

Genghis Khan

y el inicio del mundo moderno



Jack Weatherford

Reseña

¿Fue el imperio mongol algo más que una horda de salvajes guerreros a caballo que saquearon Asia y cayeron a sangre y fuego sobre Occidente?

Fruto de la visión y la energía de un hombre excepcional, Genghis Khan, la Gran Nación Mongola supuso un puente entre un floreciente y desconocido Oriente y una Europa sumida en sus propias tinieblas que, a raíz de ese dinámico e inesperado contacto, se sobrepuso y consiguió entrar en su definitiva modernidad.

Índice

[Agradecimientos](#)

[Introducción](#)

Parte I. El reinado del terror de las estepas (1162-1206)

1. [El coágulo de sangre](#)
2. [El cuento de los tres ríos](#)
3. [La guerra de los kanes](#)

Parte II. La guerra mundial mongola (1211-1261)

4. [Escupir al Khan dorado](#)
5. [El sultán contra el Khan](#)
6. [El descubrimiento y la conquista de Europa](#)
7. [Reunas en guerra](#)

Parte III. El despertar global

8. [Kublai Khan y el nuevo imperio mongol](#)
9. [Su luz dorada](#)
10. [El imperio de la ilusión](#)

[Epílogo](#)

[Nota sobre las transcripciones](#)

[Glosario](#)

[Bibliografía](#)

A los jóvenes mongoles.

*Nunca olvidéis a los eruditos
mongoles que estuvieron
dispuestos a sacrificar sus vidas
para preservar vuestra historia.*

Agradecimientos

La nación mongola fundada por Genghis Khan en 1206 sigue viva en la actualidad. En primer lugar quiero expresar mi más sincero agradecimiento a los funcionarios estatales que han hecho posible mi investigación, particularmente al presidente del país, N. Bagabandi, al ministro de Ciencia, Tecnología, Educación y Cultura, A. Tsanjid, y al diputado del Parlamento, A. Shagdarsuren, del Ij Hural.

Agradezco asimismo las muestras espontáneas de apoyo recibidas de los académicos y los pastores de toda Mongolia. Por el respeto que las gentes sentían por mis compañeros, los catedráticos J. Ljagvasuren y O. Sujbaatar, allí donde fuimos todo el mundo intentó ayudarnos en la medida de lo posible. En mi calidad de extranjero y de desconocido, fui constantemente el beneficiario del honor que se rindió a mis dos colegas.

Resulta difícil describir la dedicación con que la gente me prestó su ayuda. Incluso cuando estábamos acampados en lo que parecía el lugar más recóndito del mundo que se pudiera encontrar, nunca

tardaba en aparecer por el horizonte una muchacha conduciendo su carro tirado por un yak que nos traía agua o estiércol seco para que encendiéramos una hoguera. Un día caluroso se presentaba alguien con una cestita hecha de cortezas de abedul perfectamente cosidas, llena de bayas salvajes y yogur seco, y otro aparecía un joven cazador con una marmota recién cocinada o con un cuenco de leche fresca para nosotros. Los pastores no sólo me ofrecieron cobijo y alimentos a lo largo del camino, sino que también trajeron caballos y ovejas para realizar una aportación personal al estudio de sus antepasados. En más de una ocasión, toda una familia abandonó lo que estaba haciendo y, tras dejar a uno de sus hijos al cargo de los rebaños, vino con nosotros para acompañarnos y para hablar de la tarea que estábamos llevando a cabo. Uno de los días más agotadores, mientras los ancianos iban a lomos de los caballos, cuatro aguerridos jóvenes armados nos acompañaron voluntariamente a pie, o más bien corriendo, durante unos cincuenta kilómetros para protegernos en una región infestada de lobos.

A veces la gente nos sorprendía con unos regalos verdaderamente generosos: brillantes pieles curtidas o cuernos de animales perfectamente pulidos. Otras personas nos traían pequeñas figuras de madera talladas en forma de un caballo, una oveja o una cabra. Los chamanes rezaban sus plegarias para el éxito de nuestra empresa, y los monjes nos regalaban incienso para que lo quemáramos en los lugares santos que encontráramos. Algunas gentes que apenas tenían nada que ofrecer me regalaron

simplemente unas pequeñas piedras para que recordara el lugar en el que vivían. No hay nada que pueda compensar tanta generosidad. Si bien soy el único responsable de las deficiencias que pueda contener el presente libro, debo compartir el mérito de estas páginas con muchísimas personas. Quiero expresar mi agradecimiento a J. Boldbaatar, catedrático de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Mongolia, por sus sabios consejos, así como al personal, al profesorado y al cuerpo de estudiantes del Instituto Universitario Chinggis Khaan de Ulán Bator, por su constante colaboración. Cuando publiqué la primera edición del presente libro y una serie de artículos relacionados con él en lengua mongola, fueron los primeros en realizar una valoración de mi trabajo que ayudó a mejorarlo. Por este inestimable servicio, doy las gracias a los catedráticos O. Purev, J. Shagdar, D. Bold-Erdene y G. Baatartsooy. Agradezco sinceramente la valiosa asistencia de T. Yamyansuren, A. Mungunzul, Ts. Jishigbayar y D. Chimedljam por la colaboración prestada en cuestiones de traducción, y a los estudiantes O. Hashbat y D. Ochirdory por su ayuda sobre el terreno. Los dibujos que se incluyen en el presente libro son obra del doctor S. Badral, por lo que le estoy profundamente agradecido. Por la ayuda prestada en la organización del viaje y en la preparación de los equipos y el material necesario, estoy en deuda con T. Bold, Sh. Munhtsag, D. Tsetsegyargal, Sh. Batsugar y T. Battulga. En cuanto al viaje desde Estados Unidos, agradezco la asistencia recibida de Douglas Grimes, Annie Lucas y Angela Halonen-Webb.

Aunque esta investigación no se vio beneficiada por ninguna beca estatal o privada, lo cierto es que obtuve la inestimable colaboración del Macalester College a lo largo de todo mi trabajo. Vaya también mi agradecimiento a los bibliotecarios y demás personal de la DeWitt Wallace Library por haber encontrado para mi infinidad de textos de distintas partes del mundo, así como a los colegas que han colaborado desinteresadamente en mi labor: Daniel Balik, Mary Lou Byrne, Kay Crawford, Jimm Crowder, John Davis, Juanita Garcíagodoy, Martin Gunderson, Arjun Guneratne, Gitta Hammarberg, Daniel Hornbach, David Itzkowitz, Manazh Kousha, David Lanegran, David McCurdy, Michael McPherson, Karen Nakamura, Kathleen Parson, Sonia Patten, Ahmed Samatar, Jaldun Samman, Dianna Shandy, Paul Solon, Anne Sutherland y Peter Weisensel. Y sobre todo, doy las gracias a mis estudiantes, que con tanta buena voluntad han tolerado mis obsesiones y manías e intentado contribuir en mi obra.

En otras etapas distintas de la confección del presente libro, agradezco el asesoramiento, los consejos y los ánimos de Raydean Acevedo, Christopher Atwood, Brian Baumann, Naran Bilik, Daniel Buettner, Leah y Rodney Camper, Harm DeBlij, John Dinger, D. Enchuluun, Kevin Fagan, James Fisher, Ray Gatchalian, Zaida Giraldo, Tjalling Halbertsma, Ts. Yargalsaijan, Walt Jenkins, Christopher Kaplonski, D. Joroldamba, Philip Kohl, David McCullough, Navid Mohseni, Axel Odelberg, B. Otgonbayar, Lee Owens, Qi Yi, Marc Swartz y Don Walsh.

Siempre estaré agradecido a la diligencia y el empeño de mi agente,

Lois Wallace, que ha trabajado conmigo durante veinticinco años, y a la ayuda prestada por James O. Wade, con quien he trabajado el mismo número de años. Por los consejos recibidos a lo largo del prolongado proceso editorial siempre estaré en deuda con mis editores, Emily Loose y Christopher Jackson, que saben mejor que nadie cómo hacer su trabajo, y con Mary Vincent Franco y Lynn Olson.

De todos los obsequios de los mongoles recibidos a lo largo de los años que ha llevado la realización de este proyecto, ninguno fue máspreciado que el regalo de la canción. Cuando me sentía exhausto e intentaba alcanzar a los demás jinetes, siempre había alguien cerca que me cantaba para darme fuerzas. Al final de una agotadora jornada, cuando encontrábamos refugio entre una familia de pastores, siempre había una niña que se presentaba ante mí y, aunque temblando de miedo al ver a un extraño como yo y temerosa de mirarme a los ojos, abría la boca y se ponía a cantar con tanto sentimiento y emoción que parecía que el mismísimo tiempo debería detenerse.

Poco a poco fui dándome cuenta de que aquellas canciones eran más que una simple diversión o un mero entretenimiento; constituían un verdadero tesoro de información y ofrecían una perspectiva muy profunda de la cultura y la historia de los mongoles. Debido a su vida en constante movimiento, los nómadas como los mongoles se vieron obligados a llevar consigo sus libros y sus cuadros en forma de canción. Los cánticos mongoles recogen el paisaje de las tierras de este pueblo no sólo en palabras, sino en las

subidas y caídas de las notas que se corresponden con los altos y bajos del propio territorio. El *morin huur*, o violín con cabeza de caballo, que normalmente tocan los hombres, puede evocar el paisaje de lugares lejanos con el tono especial de su sonido. Carole Pegg se dedicó a compilar varios ejemplos de ello y, tras arduos años de investigación, los recogió en un disco compacto como parte de su estudio académico, *Mongolian Music, Dance, and Oral Narrative*.

Incluso cuando estuve lejos de Mongolia, varias personas me enviaron vídeos y grabaciones de música mongola para que me sirvieran de inspiración en mi trabajo. Como solían ser obsequios anónimos, quiero ahora agradecer desde estas páginas a los que tuvieron la generosidad y cortesía de dedicarme esos regalos. Me encantan las grabaciones de *morin huur* de Ts. Purevjuu y D. Ariunaa y la increíble voz de N. Norovbansad, el mejor cantante mongol del siglo XX. Además de la inspiración que supuso la música de D. Yargalsaijan y el grupo Chinggis Khaan, mi trabajo también se vio beneficiado por el talento de Altai-Hangai, Caballo Negro, Rosa Negra, Jonj, Tenguer Ayalguu y Turnen Ej. Más que todas las palabras que pueda contener un libro, la música de N. Jantsannorov, uno de los mejores compositores del mundo, recoge la belleza del paisaje de Mongolia y retrata las pasiones de su historia.

Mi hijo, Roy Maybank, vino como asistente mío en uno de los viajes que realicé a Mongolia y a China, y, a lo largo de toda mi investigación, recibí constantemente el apoyo y la ayuda de mi hija,

Walker Buxton. Pero a quien estoy profundamente agradecido es a mi esposa, Walker Pearce, que no sólo colaboró conmigo sobre el terreno en Rusia, China y Mongolia, sino que fue fuente de permanente inspiración y sentido del humor a lo largo de los seis años que ha durado este proyecto. Aguardo con ilusión el día en que ella y yo podamos cabalgar acompañados de nuestros nietos por las estepas de Genghis Khan.



Introducción

El conquistador perdido

Genghis Khan era un hombre dinámico¹.

The Washington Post, 1989

En 1937 el alma de Genghis Khan desapareció del monasterio budista de Mongolia central, situado junto al río de la Luna, a los pies de las montañas negras de Shanj, donde los piadosos lamas la habían protegido y venerado siglos y siglos. Durante los años treinta los secuaces de Stalin ejecutaron a unos treinta mil mongoles en una serie de campañas contra la cultura y la religión de este pueblo. Los soldados saquearon los monasterios uno tras otro, mataron a los monjes, violaron a las monjas, destrozaron todos los objetos religiosos, expoliaron las bibliotecas, quemaron las escrituras y demolieron los templos. Según se cuenta, alguien rescató secretamente la encarnación del alma de Genghis Khan del monasterio de Shanj y, para ponerla a salvo, la trasladó rápidamente a la capital, Ulaanbaatar², donde al final desapareció. A lo largo de los siglos, en las verdes estepas onduladas del Asia más profunda, un pastor-guerrero llevaba un estandarte del espíritu

¹ Joel Aschenbacher, «The Era of His Ways: In Wich We Chose The Most Important Man of the Last Thousand Years», *The Washington Post*, 31 de diciembre de 1989, p. F01.

² Nombre mongol moderno para la capital, y forma preferida por el autor (véase p. 411). (*N. del T.*)

llamado *sulde* y fabricado con trenzas de crin de sus mejores sementales atadas al astil de una lanza, justo por debajo de la punta. Cuando establecía su campamento, el guerrero plantaba el estandarte del espíritu delante de la entrada para proclamar su identidad y para que fuera su perpetuo guardián. Esta enseña siempre estaba al aire libre, bajo el Cielo Azul Eterno que adoraban los mongoles. Como las trenzas de crin se agitaban y ondeaban por la brisa prácticamente constante de las estepas, capturaban el poder del viento, del cielo y del sol, y lo canalizaban hacia el guerrero. El viento recogido en las crines inspiraba los sueños del guerrero y lo instaba a forjarse su propio destino. El ondear al aire de las crines trenzadas impulsaba a su dueño a avanzar, apartándolo de aquel lugar para ir en busca de otro, para encontrar mejores pastos, para explorar nuevas oportunidades y emprender nuevas aventuras, para forjar su propio destino en esta vida. La unión entre el hombre y su estandarte crecía con tanta intensidad que, a la muerte del guerrero, se decía que su espíritu permanecía para siempre en aquellos mechones de crin. Durante la vida del guerrero, el estandarte de crines conducía su destino; al morir, se convertía en su alma. Se abandonaba el cuerpo físico, dejándolo en manos de la naturaleza, pero el alma vivía eternamente en aquellos mechones de crin para inspiración de las generaciones venideras.

Genghis Khan tenía un estandarte hecho con crines de caballo blanco para utilizarlo en tiempos de paz, y otro fabricado con crines de caballo negro para utilizarlo en tiempo de guerra. El blanco no tardó en desaparecer, pero el negro sobrevivió como depositario de

su alma. En los siglos posteriores a su muerte, el pueblo mongol siguió honrando el estandarte en el que vivía su alma. En el siglo XVI uno de sus descendientes, el lama Zanabazar, construyó el monasterio que tendría la misión especial de enarbolar y proteger su estandarte. Desafiando tormentas y ventiscas, invasiones y guerras civiles, más de mil monjes de la secta budista tibetana del Sombrero Amarillo custodiaron el gran estandarte, pero no pudieron con la política totalitarista del siglo XX. Los monjes fueron asesinados, y el estandarte del espíritu desapareció.

Los hados no entregaron a Genghis Khan su destino; él mismo se lo forjó. Parecía muy poco probable que lograra tener nunca suficientes caballos para crear un estandarte del espíritu, y mucho menos que pudiera enarbolarlo por todo el mundo. El muchacho que se convirtió en Genghis Khan creció en un entorno de muchísima violencia tribal, caracterizado por los asesinatos, los secuestros y la esclavización. Como hijo de una familia proscrita, abandonada a su suerte en las estepas, probablemente apenas llegara a encontrarse con unos pocos cientos de personas en toda su infancia, y no recibió ningún tipo de instrucción en el sentido literal de la palabra. De este duro entorno aprendió, con todo tipo de detalles escabrosos, a conocer las emociones humanas: el deseo, la ambición y la crueldad. Siendo todavía niño, mató a su medio hermano mayor, fue capturado y esclavizado por un clan rival y consiguió escapar de sus raptos.

Bajo unas condiciones tan espeluznantes, el muchacho mostró instinto de supervivencia y de conservación, pero aún no se intuían

en él las hazañas que un día llegaría a realizar. De niño, tenía miedo de los perros y lloraba con facilidad. Su hermano pequeño era más fuerte que él, además de mejor arquero y luchador; su medio hermano lo mangoneaba y la tenía tomada con él. No obstante, pese a todas esas circunstancias degradantes de miseria, humillación, secuestro y esclavitud, el muchacho empezó su larga escalada al poder. Antes de alcanzar la pubertad, ya había establecido las dos relaciones más importantes de su vida. Juró eterna amistad y alianza a un chico algo mayor que él, que fue su mejor amigo en la juventud para convertirse luego en su más odiado enemigo, y conoció a la muchacha que amaría para siempre y a la que haría madre de emperadores. La doble capacidad de crear amigos y enemigos que fue forjándose durante la juventud de Genghis Khan sería un rasgo permanente a lo largo de su vida y se convertiría en la faceta característica de su personalidad. Los tormentosos interrogantes del amor y la paternidad que surgieron bajo una manta compartida o a la luz del trémulo fuego del hogar familiar acabarían proyectándose en el gran escenario de la historia universal. Sus objetivos, sus deseos y sus miedos más íntimos terminarían por engullir el mundo.

Año tras año, poco a poco, fue derrotando a todos aquellos más poderosos que él, hasta que hubo conquistado todas las tribus de las estepas mongolas. A los cincuenta años, cuando la mayoría de los grandes conquistadores han dejado atrás los días de lucha y combate, el estandarte del espíritu de Genghis Khan lo apartó de su remota patria para enfrentarse a los ejércitos de los pueblos

civilizados que durante siglos habían perseguido y esclavizado a las tribus nómadas. En los años de vida que le quedaban, siguió aquella divisa en repetidas victorias al otro lado del desierto de Gobi y del río Amarillo, en los reinos de China, a través de las tierras de Asia central de los turcos y persas y hacia el río Indo, al otro lado de las montañas de Afganistán.

Conquista tras conquista, el ejército mongol fue transformando la guerra en un asunto internacional con múltiples frentes abiertos, que se extendían a lo largo y ancho de miles y miles de kilómetros. Las innovadoras técnicas de combate ideadas por Genghis Khan hicieron que los caballeros de pesadas armaduras de la Europa medieval resultaran obsoletos y fueron reemplazados por una caballería disciplinada que avanzaba en unidades perfectamente coordinadas. En vez de confiar en fortificaciones defensivas, hizo un uso brillante de la velocidad y la sorpresa en el campo de batalla, además de perfeccionar las técnicas de asedio hasta tal punto, que logró poner fin a la época de las ciudades amuralladas. Genghis Khan enseñó a su pueblo no sólo a luchar a través de grandes distancias, sino también a mantener sus campañas militares durante años, décadas e incluso, llegado el caso, durante más de tres generaciones de combate constante.

En veinticinco años el ejército mongol logró someter más territorios y pueblos que los que conquistaron los romanos en cuatro siglos. Genghis Khan, con sus hijos y nietos, conquistó las civilizaciones con mayor densidad de población del siglo XIII. Tanto si se calcula por el número global de individuos derrotados, como por el de

países anexados o por la superficie total ocupada, el resultado es siempre que Genghis Khan conquistó más del doble de las regiones que cualquier otro hombre en la historia. Los cascos de los caballos de los guerreros mongoles chapotearon en las aguas de todos los ríos y lagos desde el océano Pacífico hasta el mar Mediterráneo. En el momento de su máximo apogeo, el imperio abarcaba entre 17 y 19 millones de kilómetros cuadrados de territorio contiguo, la superficie aproximada del continente africano y una extensión mucho mayor que toda Norteamérica, entendida como el conjunto de Estados Unidos, Canadá, México, América central y las islas del Caribe. Se extendía de la nevada tundra siberiana a las calurosas llanuras de la India, de los arrozales de Vietnam a los trigales de Hungría, y de Corea a los Balcanes. La mayor parte de la población del mundo actual vive en países que fueron conquistados por los mongoles; en un mapa moderno las conquistas de Genghis Khan habrían comprendido treinta estados con una población total superior a los tres mil millones de individuos. El aspecto más sorprendente de esta hazaña es que toda la tribu gobernada por el mongol apenas superaba el millón de personas, un número inferior al de los empleados de algunas grandes empresas multinacionales de la actualidad. Entre ese millón de individuos, Genghis Khan reclutó su ejército, que estaba formado por menos de cien mil hombres, un grupo que hoy en día podría caber perfectamente en uno de nuestros grandes estadios deportivos.

En términos americanos, la hazaña de Genghis Khan podría ser entendida como si Estados Unidos, en lugar de haber sido creado

por un grupo de comerciantes cultos o terratenientes acaudalados, hubiese sido fundado por uno de sus esclavos analfabetos, el cual, con su arrebatadora personalidad, su fuerte carisma y su firme determinación, habría conseguido liberar América del dominio extranjero, unir al pueblo, crear un alfabeto, escribir una constitución, establecer la libertad de todas las religiones, inventar un nuevo sistema de guerra, llevar un ejército desde Canadá hasta Brasil y abrir rutas comerciales en una zona de libre intercambio que se extendía por todo el continente. En todas las esferas y desde cualquier perspectiva, la escala y la envergadura de las hazañas de Genghis Khan desafían los límites de la imaginación y apenas permiten una explicación razonable.

A medida que su caballería iba avanzando a lo largo del siglo XIII, Genghis Khan dibujaba un nuevo mapa de las fronteras del mundo. Su arquitectura no era de piedra, sino de naciones. Insatisfecho con el gran número de pequeños reinos existente, Genghis Khan convertía los países pequeños en grandes naciones. En Europa del Este los mongoles unificaron doce ciudades y principados eslavos en un gran estado ruso. En Extremo Oriente, en el transcurso de tres generaciones, crearon el país de China, recomponiendo los restos de la dinastía Song en el sur con los territorios de los yurchen en Manchuria, el Tíbet al oeste, el reino tangut junto al Gobi y las tierras de los uigur del Turkestán oriental. Con la expansión de sus dominios crearon países como Corea y la India, que han sobrevivido hasta la actualidad con aproximadamente las mismas fronteras establecidas por los conquistadores mongoles.

El imperio de Genghis Khan conectó y amalgamó las numerosas civilizaciones que lo rodeaban formando un nuevo orden mundial. Cuando nació Genghis Khan en 1162, el Viejo Mundo consistía en una serie de civilizaciones regionales de las que se puede afirmar que prácticamente no conocían otra civilización más allá de la de su vecino más próximo. Nadie en China había oído hablar de Europa, y nadie en Europa había oído hablar de China, y, por lo que se sabe, ningún individuo había viajado de una a otra región. En el momento de su muerte en 1227, Genghis Khan había relacionado estas dos partes del mundo a través de una serie de contactos diplomáticos y comerciales que todavía persisten en la actualidad.

Con su destrucción del sistema feudal basado en el derecho por nacimiento y los privilegios aristocráticos, Genghis Khan desarrolló un nuevo sistema singular basado en los méritos personales, la lealtad y la consecución de objetivos. Tomó los centros comerciales, inconexos y lánguidos, de la Ruta de la Seda y los organizó en la región de intercambio comercial más extensa de la historia. Bajó los impuestos para todo el mundo, y abolió de un plumazo los de los médicos, los maestros, los sacerdotes y las instituciones de enseñanza. Estableció un censo regular y creó el primer sistema de correos internacional. El suyo no fue un imperio dedicado a acumular riquezas y tesoros; en lugar de eso Genghis Khan prefirió distribuir ampliamente los bienes conseguidos en los combates para que volvieran a entrar en circulación y revirtieran así en el comercio. Creó un derecho internacional y reconoció la ley suprema del Cielo Azul Eterno sobre todas las gentes. En una época en la que la

mayoría de los gobernantes creían que estaban por encima de cualquier código, Genghis Khan fue partidario de leyes que obligaran a los gobernantes a su cumplimiento como el más insignificante de los pastores. Concedió la libertad religiosa en sus dominios, aunque exigía una lealtad absoluta a todos los súbditos conquistados, independientemente de cuál fuera su religión. Supo ver la importancia que tenía el gobierno de la ley y abolió la tortura, pero no dudó en organizar grandes campañas para ir en busca de bandidos invasores y terroristas asesinos, y acabar con ellos. No quiso tomar rehenes y, en lugar de eso, instituyó una nueva práctica: conceder la inmunidad diplomática a todos los embajadores y legados, incluidos los de naciones hostiles con las que estaba en guerra.

Genghis Khan dejó su imperio con unos cimientos tan sólidos que éste siguió creciendo otros ciento cincuenta años. Luego, en los siglos que siguieron a su derrumbamiento, los descendientes de Genghis Khan continuaron gobernando toda una serie de imperios menos extensos y grandes países, desde Rusia, Turquía y la India, hasta China y Persia. Ostentaron diversos títulos de naturaleza ecléctica, incluido el de kan, emperador, sultán, rey, sha, emir y dalai lama. Los vestigios de su imperio siguieron siendo gobernados por sus descendientes durante siete siglos. Como mogoles, algunos de ellos reinaron en la India hasta 1857, cuando los británicos expulsaron al emperador Bahadur Shah II y cortaron la cabeza a dos de sus hijos y a su nieto. El último gobernante descendiente de Genghis Khan, Alim Khan, emir de Bujará, siguió en el poder en

Uzbekistán hasta que fue depuesto en 1920 a raíz de la revolución socialista soviética.

La historia ha deparado a la mayoría de los conquistadores un final miserable e imprevisto. Alejandro Magno murió a los treinta y tres años en misteriosas circunstancias en Babilonia, mientras sus seguidores acababan con su familia y se repartían su imperio. Compañeros aristócratas y viejos aliados apuñalaron a Julio César en la cámara del Senado en Roma. Tras soportar la destrucción y la pérdida de todas sus conquistas, Napoleón, solo y amargado, encontró la muerte como un pobre prisionero solitario en una de las islas más apartadas e inaccesibles del planeta. Sin embargo, el casi septuagenario Genghis Khan pasó a mejor vida acostado en el lecho de su tienda, rodeado del afecto de su familia, sus leales amigos y sus fieles soldados, siempre dispuestos a arriesgar la vida cuando él lo mandara. En el verano de 1227, durante una campaña contra la nación tangut, allí donde el río Amarillo remonta su curso y más se aproxima a la frontera mongola, se apagó la vida de Genghis Khan; o, como dicen los mongoles, a los que les horroriza pronunciar las palabras «muerte» o «enfermedad», su alma «ascendió a los cielos». Durante los años que siguieron a su fallecimiento, el bien guardado secreto de las causas de su muerte invitó a que se formularan diversas conjeturas, y más tarde inspiró leyendas que con el paso del tiempo han sido presentadas con frecuencia como hechos históricos. Plano de Carpino, el primer embajador europeo que visitó a los mongoles, escribió que Genghis Khan había muerto tras ser abatido por un rayo. Marco Polo, que realizó numerosos viajes por

todo el Imperio mongol durante el reinado del nieto de Genghis Khan, Kublai, contó que el emperador había fallecido a consecuencia de una herida de flecha en su rodilla. Algunos afirmaban que unos enemigos desconocidos lo habían envenenado. Otro relato cuenta que murió a raíz del conjuro mágico que le hizo el rey tangut con el que estaba en guerra. Uno de los relatos que circulaba entre sus más firmes detractores decía que la reina de los tangut, a la que había capturado, introdujo un artilugio en su vagina, y que cuando Genghis Khan fue a hacerle el amor, el aparato le arrancó los órganos sexuales y murió entre espantosos dolores.

Pero contradiciendo los numerosos relatos acerca de su muerte, el fallecimiento de Genghis Khan en una *ger* de nómadas muy parecida a la que lo había visto nacer pone de manifiesto el éxito con el que logró preservar el sistema tradicional de vida de su pueblo; sin embargo, curiosamente, en el proceso de conservar su sistema de vida consiguió transformar la sociedad humana. Sus soldados escoltaron el cadáver del difunto kan de vuelta a su patria, Mongolia, donde sería enterrado en secreto. A su muerte, sus seguidores lo sepultaron en una tumba anónima bajo el suelo de su patria, sin un mausoleo, sin un templo, sin una pirámide, sin una pequeña lápida que indicara dónde descansaba. Según las creencias mongolas, el cuerpo de un difunto debía dejarse reposar en paz y no necesitaba ningún monumento porque su alma ya no se encontraba allí: vivía en el estandarte del espíritu. Mediante este entierro, Genghis Khan regresó a aquellas extensas llanuras de Mongolia de

las que procedía y donde se perdió silenciosamente. Su destino final sigue sin conocerse, pero en ausencia de una información fiable la gente inventó su propia historia aderezándola con grandes dosis de dramatismo. Un relato muy repetido sostiene que los soldados de su cortejo fúnebre mataron a todas las personas y animales que encontraron en su camino durante su viaje de cuarenta días y que, después de enterrar al kan en secreto, ochocientos hombres montados hicieron correr sus caballos repetidamente por la zona para ocultar el emplazamiento de su tumba. Luego, según esos relatos llenos de imaginación, los jinetes murieron a manos de otro grupo de soldados para que no pudieran revelar nunca dicho emplazamiento; y a continuación, este segundo grupo de soldados murió a manos de un tercero.

Tras ser enterrado en su tierra natal, los soldados salvaguardaron su tumba acotando una zona que comprendía varios cientos de kilómetros cuadrados. Nadie podía entrar, excepto los miembros de su familia y una tribu de guerreros especialmente adiestrados que permanecieron allí para matar a todos los intrusos. Esa zona —el *Ij Jorig*, el Gran Tabú, en lo más profundo del corazón de Asia— permanecería cerrada durante unos ochocientos años. Todos los secretos del imperio de Genghis Khan quedaron encerrados en su misteriosa tierra natal. Mucho después de la caída del Imperio mongol y de que otros ejércitos extranjeros invadieran parte de Mongolia, los habitantes de la región seguirían impidiendo la entrada en el recinto sagrado de su ancestro. Pese a la conversión final de los mongoles al budismo, los sucesores del gran kan se

negaron siempre a que los sacerdotes construyeran un santuario, un monasterio o un monumento que indicara el lugar de su tumba. En el siglo XX, con el fin de asegurarse de que la región que vio nacer a Genghis Khan —y en la que descansaba— no se convirtiera en punto de reunión de los nacionalistas, las autoridades soviéticas la vigilaron celosamente. En lugar de llamarla Gran Tabú o por uno de sus nombres históricos que pudieran asociarla con la figura del emperador mongol, los soviéticos la denominaron con la expresión burocrática de Zona Muy Restringida. La separaron administrativamente de la provincia que la rodeaba y la sometieron a la supervisión directa del gobierno central que, a su vez, estaba totalmente controlado por Moscú. Los soviéticos la aislaron todavía más, rodeando la Zona de Acceso Muy Restringido con otra zona, de un millón de hectáreas, igualmente restringida. Para impedir los desplazamientos por la región, el gobierno no construyó ni carreteras ni puentes durante la era comunista. Los soviéticos instalaron una base aérea de cazas MiG perfectamente fortificada, y probablemente un depósito de armas nucleares, entre la Zona Restringida y la capital, Ulaanbaatar. Una gran base de tanques soviéticos bloqueaba el acceso a la zona prohibida, que los militares rusos utilizaron como centro para prácticas de artillería y para maniobras de sus carros de combate.

Los mongoles no hicieron grandes avances tecnológicos, no crearon ninguna nueva religión, escribieron pocos libros y no dieron al mundo nuevos cultivos ni innovadores sistemas de agricultura. Sus propios artesanos no sabían tejer telas, fundir metales, trabajar la

cerámica; ni siquiera hacer pan. No fabricaron objetos ni de porcelana ni de barro, no pintaron nada y tampoco construyeron edificación alguna. Sin embargo, a medida que su ejército iba conquistando una cultura tras otra, recogieron y transmitieron todos esos conocimientos de una civilización a la siguiente.

Los puentes fueron las únicas estructuras permanentes que construyó Genghis Khan. Aunque nunca quiso erigir castillos, fortalezas, ciudades o murallas, a medida que fue avanzando probablemente construyó más viaductos que cualquier otro gobernante de la historia. Tendió puentes sobre centenares de torrentes y ríos para facilitar y acelerar el movimiento de sus tropas y equipos. Deliberadamente, los mongoles abrieron el mundo a una nueva forma de comercio que no era sólo de artículos, sino también de ideas y conocimientos. Llevaron mineros alemanes a China y médicos chinos a Persia; introdujeron desde lo más monumental hasta lo más trivial. Extendieron la utilización de alfombras allí por donde fueron y trasplantaron limones y zanahorias procedentes de Persia a China, al igual que hicieron llegar a Occidente los fideos, los naipes y el té de China. Trasladaron a un metalista parisino hasta las áridas estepas de Mongolia para que construyera allí una fuente, reclutaron en las filas de su ejército a un noble inglés para que actuara como intérprete e introdujeron en Persia la práctica china de la impresión de huellas digitales. Financiaron la construcción de iglesias cristianas en China, de templos y estupas budistas en Persia, y de escuelas del Corán musulmanas en Rusia. Los mongoles irrumpieron en el mundo como conquistadores, pero

también como auténticos portadores culturales de civilización.

Los mongoles que heredaron el imperio de Genghis Khan impulsaron con ahínco la movilización de productos y bienes de consumo por todo el mundo y la combinación de los mismos, dando así lugar a otros artículos totalmente nuevos y a invenciones sin precedentes. Cuando sus expertos ingenieros de China, Persia y Europa combinaron la pólvora china con los lanzallamas musulmanes, y aplicaron la tecnología de fundición de campanas europea, produjeron el cañón, un tipo de innovación tecnológica totalmente nuevo, del que saldría el vasto arsenal moderno de armas, desde las pistolas hasta los misiles. Si bien todos los artículos tuvieron su importancia, el impacto mayor fue el modo en que los mongoles supieron seleccionar y combinar las distintas tecnologías para crear híbridos insólitos.

Los mongoles demostraron un persistente celo internacionalista en su empeño político, económico e intelectual. No sólo pretendían conquistar el mundo, sino que además su intención era instituir un orden global basado en el libre comercio, en un derecho internacional único y en un alfabeto universal con el que escribir todas las lenguas. El nieto de Genghis Khan, Kublai Khan, introdujo un papel moneda concebido para ser utilizado por todo el mundo, e intentó establecer escuelas primarias en las que se impartiera una educación universal básica a los niños para que la alfabetización se generalizase. Los mongoles refinaron y combinaron calendarios con el fin de crear un calendario que abarcaba diez mil años y que era más exacto que cualquiera de los existentes, y financiaron los

mapas más extensos jamás producidos hasta entonces. Animaron a los mercaderes a emprender viajes por tierra para llegar a su imperio y enviaron a numerosos exploradores por tierra y por mar a distintos lugares tan lejanos como África para expandir sus relaciones comerciales y diplomáticas.

En casi todos los países a los que llegaron los mongoles, la destrucción y el impacto iniciales de la conquista por una tribu desconocida y bárbara cedieron paso rápidamente a un avance sin precedentes de la comunicación cultural³, dando lugar a la expansión comercial y al desarrollo de la civilización. En Europa los mongoles acabaron con la caballería aristocrática del continente, pero, decepcionados ante la pobreza general de la zona en comparación con China y los países musulmanes, dieron media vuelta y no se preocuparon por conquistar las ciudades, saquear los estados o incorporarlos a su imperio en expansión. Al final Europa fue la región que menos sufrió, aunque disfrutó de todas las ventajas del contacto por medio de mercaderes como la familia Polo de Venecia y de los legados que intercambiaron los kanes mongoles y los papas y reyes de Europa. Las últimas tecnologías, el nuevo saber y la riqueza comercial dieron paso al Renacimiento, en el que Europa volvió a descubrir parte de su vieja cultura y, lo que es más importante, supo absorber de Oriente la tecnología de la imprenta,

³ Para más información acerca del intercambio cultural que se produjo, véase Thomas T. Allsen, *Culture and Conquest in Mongol Eurasia*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

de las armas de fuego, de la brújula y del ábaco. Como observó el científico inglés Roger Bacon⁴ en el siglo XIII, el éxito de los mongoles no sólo fue debido a su superioridad marcial, sino que más bien «han triunfado por medio de la ciencia». Aunque los mongoles «desean entablar batalla», han llegado tan lejos porque «dedican sus horas de ocio a los principios de la filosofía».

Según parece, todos los aspectos de la vida europea —la tecnología, la guerra, la vestimenta, el comercio, la alimentación, el arte, la literatura y la música— cambiaron durante el Renacimiento como consecuencia de la influencia de los mongoles. Además de nuevas formas de combate, nuevas máquinas y nuevos alimentos, incluso los aspectos más mundanos de la vida cotidiana fueron cambiando a medida que los europeos adoptaban los tejidos mongoles, sustituían las viejas túnicas y mantos por calzones y casacas, tocaban sus instrumentos musicales con el arco de la estepa en lugar de puntearlos con los dedos y pintaban sus cuadros siguiendo un nuevo estilo. Los europeos adoptaron incluso la exclamación típica de los mongoles, «¡hurra!», un grito entusiasta y bravucón que utilizaban para animarse unos a otros.

Con tantas hazañas de los mongoles, no es de extrañar que Geoffrey Chaucer, el primer autor en lengua inglesa, dedicara su relato más extenso de *Los cuentos de Canterbury* al conquistador asiático,

⁴ Las cita proceden del *Ous Majus* de Bacon, trad. Ing. De Robert Belle Burke, Pennsylvania, University of Pennsylvania Press, 1928, vol. 1, p. 616; vol. 2, p. 792.

caudillo de los mongoles, escribiendo sobre él y sus gestas en un tono inequívoco de respeto. No obstante, sorprende que los eruditos del Renacimiento llegaran a hacer semejantes comentarios acerca de los mongoles, a los que el resto del mundo veía entonces como la quintaesencia del bárbaro sediento de sangre. El retrato de los mongoles que nos han dejado Chaucer o Bacon no tiene nada que ver con la imagen que conocemos a través de obras posteriores o películas que presentan a Genghis Khan y a sus hombres como una horda salvaje codiciosa de oro y sedienta de sangre y de contacto carnal con mujeres.

Pese a los numerosos cuadros e imágenes de Genghis Khan ejecutados en los años posteriores, no tenemos ningún retrato de él realizado en vida. A diferencia de otros conquistadores de la historia, el gran kan nunca permitió que nadie lo plasmara en un cuadro o en una escultura, o que grabara su nombre o su busto en una moneda, y las únicas descripciones que hicieron de él los hombres de su época resultan más intrigantes que informativas. Como dice una canción moderna de los mongoles que habla de él, «imaginamos tu aspecto, pero nuestra mente estaba en blanco»⁵.

Sin retratos de Genghis Khan y sin documentos mongoles, el mundo fue libre de imaginarlo a su antojo. Nadie se atrevió a plasmarlo en un cuadro hasta medio siglo después de su muerte, y a partir de

⁵ De «Chinggis Khaan», autor: D. Yargalsaijan, interpretada por el grupo musical Chinggis Khann.

entonces todas las culturas se dedicaron a proyectar la imagen particular que tenían de él. Los chinos lo representaban como un anciano afable de mirada vacía y con una barba fina, más parecido a un distraído sabio chino que a un fiero guerrero mongol. Un miniaturista persa lo plasmó como un sultán turco sentado en su trono. Los europeos lo representaban como la quintaesencia del bárbaro, un hombre de aspecto feroz y de mirada fija y cruel, desagradable en todos sus particulares.

El secretismo mongol legó una ardua tarea a los historiadores futuros que deseaban escribir acerca de Genghis y su imperio. Tanto biógrafos como historiadores apenas disponían de material en el que fundamentar su relato. Conocían la cronología de las ciudades conquistadas y de los ejércitos derrotados; pero contaban con poquísima información fiable acerca de los orígenes, la personalidad, las motivaciones y la vida personal del gran kan. A lo largo de los siglos siempre había corrido el rumor de que, poco después de su muerte, la información relativa a todos esos aspectos de su vida había sido recogida por un individuo muy próximo a él en un documento secreto. Eruditos chinos y persas hablaban de la existencia del misterioso expediente, y algunos de ellos afirmaban haberlo visto durante la época de máximo esplendor del Imperio mongol. Aproximadamente al cabo de un siglo de la muerte de Genghis Khan, el historiador persa Rashid al-Din describiría⁶ esa

⁶ Las citas proceden de Allsen, *Culture and Conquest in Mongol Eurasia*, p. 88.

documentación calificándola de «auténtica crónica» escrita «en la lengua y los caracteres del pueblo mongol». Pero advertía que estaba guardada en el tesoro, donde «permanecía oculta y escondida de la vista de los intrusos». El historiador persa hacía hincapié en que «a nadie que pudiera entender e interpretar» el texto mongol «se le daba la oportunidad de acceder a él». Después de la caída del régimen mongol, pareció perderse toda pista del documento secreto, y con el paso del tiempo buena parte de los mejores especialistas llegaron a la conclusión de que esos escritos no habían existido nunca, que eran otro mito más de los muchos relacionados con el conquistador.

Los especialistas, al igual que los pintores de diferentes países, se dejaron llevar por su imaginación y presentaron a Genghis Khan de distintas maneras. Desde Corea hasta Armenia, elaboraron todo tipo de mitos y de historias fantásticas acerca de su vida. Ante la ausencia de información fiable, proyectaron sus propios miedos y fobias en sus relatos. Con el paso de los siglos, los estudiosos consideraron las atrocidades y las agresiones cometidas por personajes como Alejandro, César, Carlomagno o Napoleón en relación a sus hazañas o a la misión especial que la historia les había encomendado. En lo que respecta a Genghis Khan y a los mongoles, sin embargo, sus hazañas fueron olvidadas, mientras que sus supuestos crímenes y actos brutales fueron magnificados. El gran kan se convirtió en el arquetipo del bárbaro, del salvaje sangriento, del conquistador despiadado a quien divertía la destrucción por sí misma. Genghis Khan, sus hordas mongoles y,

en gran medida, el pueblo asiático en general se convirtieron en caricaturas unidimensionales, en el símbolo de todo lo que había más allá de la sociedad civilizada.

En los tiempos de la Ilustración, a mediados del siglo XVIII, esta imagen amenazadora apareció en *El huérfano de China*, de Voltaire, una pieza teatral sobre la conquista de China por parte del mongol: «Es llamado el rey de reyes, el feroz Genghis Khan, el que arrasa los fértiles campos de Asia». A diferencia de Chaucer, que cubre de elogios al gran mongol, Voltaire lo describe como «ese tirano destructor [...] que orgullosamente [...] pone el pie sobre el cuello de los reyes», pero que «es poco más que un salvaje soldado escita criado en el uso de las armas y habituado a comerciar con sangre» (acto I, escena I). Voltaire presenta a Genghis Khan como un hombre resentido por las virtudes superiores de la civilización que lo rodea, motivado por el deseo bárbaro elemental de violar a las mujeres civilizadas y de destruir todo aquello que está al margen de su comprensión.

La tribu de Genghis recibió distintos nombres —*tártara*, *tátara*, *mugal*, *mogol*, *moal* y *mongol*— pero fuera cual fuese el apelativo utilizado, llevaba siempre consigo una odiosa maldición. Cuando los científicos del siglo XIX pretendieron demostrar la inferioridad de los pueblos asiáticos y de los indios americanos, les dieron la calificación de *mongoloides*. Cuando los médicos quisieron explicar por qué algunas madres de la raza superior blanca podían tener hijos retrasados, indicaron que los rasgos faciales de esas criaturas dejaban «claro» que una de sus antepasadas había sido violada por

un guerrero mongol. Esos niños malhadados no eran en absoluto blancos, sino que todos ellos eran miembros de la raza mongoloide. Cuando los capitalistas acaudalados hacían gala de su riqueza y mostraban unos valores antidemocráticos o poco igualitarios, la gente se reía de ellos calificándolos de mogoles, el nombre persa para mongoles.

Con el tiempo, los mongoles se convirtieron en el chivo expiatorio de los fracasos y deficiencias de otras naciones. Cuando Rusia no pudo ponerse a la altura de los avances tecnológicos de Occidente ni supo hacer frente al poder militar del Japón imperial, lo achacó al terrible Yugo Tártaro al que se había visto sometida por culpa de Genghis Khan. Cuando Persia se vio superada por sus vecinos, fue porque los mongoles habían destruido su sistema de irrigación. Cuando China fue superada por Japón y Europa, la causa fue la cruel explotación y represión a la que sus grandes señores mongoles y manchúes la habían sometido. Cuando la India no pudo resistirse a la colonización británica, fue debido a la codiciosa rapacidad del régimen de los mogoles. En el siglo XX algunos políticos árabes⁷ aseguraron incluso a sus partidarios que los musulmanes habrían podido inventar la bomba atómica antes que los americanos de no haber sido porque los mongoles habían quemado las espléndidas bibliotecas árabes y habían asolado sus ciudades. Cuando en 2002

⁷ Citado en Erick L. Jones, *Growth Recurring: Economic Change in World History*, Oxford, Clarendon Press, 1988, p. 113.

las bombas y los misiles estadounidenses echaron a los talibanes del poder en Afganistán, éstos compararon la invasión americana con la de los mongoles, de modo que, en cruel venganza, asesinaron a millares de hazaras, los descendientes del ejército mongol que llevaban ocho siglos viviendo en Afganistán. Al año siguiente, en uno de sus últimos discursos al pueblo iraquí, el dictador Saddam Hussein lanzó unas acusaciones parecidas contra los mongoles cuando los americanos se movilizaron para invadir el país y echarlo del poder.

Entre tantísima retórica política, pseudociencia e imaginación de los especialistas, lo cierto es que Genghis Khan siguió enterrado en su tumba, aparentemente perdido para la posteridad. Su patria y la región donde ascendió al poder permanecieron aisladas del mundo exterior por imposición de los comunistas del siglo XX, que las mantuvieron cerradas con el mismo hermetismo que había caracterizado a los guerreros mongoles de los siglos anteriores. Los documentos originales de Mongolia, la llamada *Historia secreta de los mongoles*, no sólo seguían siendo secretos, sino que habían desaparecido, se habían esfumado en las profundidades de la historia de un modo más misterioso que la propia tumba del conquistador.

En el siglo XX dos hechos brindaron la inesperada oportunidad de resolver algunos misterios y de corregir así parte de la historia de Genghis Khan. El primero fue el descifre de los manuscritos que contenían una importante información sobre el emperador que se había dado por perdida. Pese a los prejuicios e ignorancia que había

en torno a los mongoles, a lo largo de los siglos los especialistas habían hablado de ciertos contactos casuales con este enigmático texto mongol. Cual raro animal o pájaro exótico del que se creía que estaba extinto, el rumor de aquellos contactos provocaba más escepticismo que interés por su estudio. Al final, en el siglo XIX, se encontró en Pekín una copia del documento escrita en caracteres chinos. Los especialistas podían leer fácilmente esos caracteres, pero las palabras no tenían sentido porque habían sido escritas en un código que utilizaba caracteres chinos para representar sonidos mongoles del siglo XIII. Sólo podían entender un breve resumen en lengua china que acompañaba a cada capítulo; estos sumarios ofrecían interesantes indicios de la historia que se contaba en el texto, pero, por otra parte, el documento seguía siendo indescifrable. A raíz del misterio que lo rodeaba, los especialistas comenzaron a llamarlo la *Historia secreta de los mongoles*, nombre con el que todavía se le conoce.

Durante casi todo el siglo XX, el descifre de la *Historia secreta* siguió siendo una cuestión mortalmente peligrosa en Mongolia. Las autoridades comunistas mantuvieron el libro fuera del alcance de la gente corriente y de los especialistas por miedo a que pudieran verse influenciados por la perspectiva anticuada, poco científica y no socialista del texto. Pero un movimiento erudito clandestino empezó a crecer en torno al libro. En las vastas estepas de Mongolia, de un campamento a otro, el relato de la historia recientemente descubierta corrió en voz baja entre la población nómada. Por fin tenían una historia que contaba el relato de su pueblo desde una

perspectiva mongola. Los mongoles habían sido mucho más que un grupo de bárbaros cuyo único objetivo fue arrasar las civilizaciones superiores que los rodeaban. A los ojos de los nómadas mongoles, las revelaciones de la *Historia secreta* provenían del mismísimo Genghis Khan, que había regresado con su pueblo para ofrecerles una esperanza y la inspiración. Después de más de siete siglos de silencio podían, finalmente, escuchar de nuevo sus palabras.

A pesar de la represión comunista oficial, el pueblo mongol parecía determinado a no perder esas palabras por segunda vez. Por un momento, la liberación de la vida política a raíz de la muerte de Stalin en 1953 y la admisión de Mongolia en las Naciones Unidas en 1961 animaron al pueblo mongol, que se sintió libre de reexplorar su historia. En 1962 el país preparó una pequeña serie de sellos para conmemorar el ochocientos aniversario del nacimiento de Genghis Khan. Tomor-ochir, la segunda máxima autoridad del gobierno, autorizó la erección de un monumento de cemento emplazado en el lugar que vio nacer a Genghis Khan, junto al río Onon, y sufragó una conferencia de especialistas cuya finalidad era determinar los aspectos positivos y negativos del Imperio mongol en la historia. Los sellos y el sencillo dibujo lineal del monumento representaban la imagen perdida del *sulde* de Genghis Khan, el estandarte del espíritu fabricado con crines de caballo que enarbó en sus conquistas y en el que descansaba su alma.

Sin embargo, después de casi ocho centurias, el *sulde* seguía teniendo un significado tan profundo y emocional para los mongoles y para algunos pueblos que éstos habían conquistado, que los rusos

se tomaron aquella mera aparición en unos sellos como un acto de resurgimiento nacionalista y de agresión en potencia. Los soviéticos reaccionaron con una cólera irracional ante el temor de que su estado satélite pudiera emprender el camino hacia la independencia o, lo que parecía aún peor, tomar parte por el otro vecino de Mongolia, China, antigua aliada de Rusia ahora convertida en enemiga. En Mongolia las autoridades comunistas suprimieron los sellos y la conferencia de especialistas. Por su delito de traición al demostrar lo que los funcionarios del partido calificaron de «tendencias encaminadas a la idealización del papel desempeñado por Genghis Khan»⁸, las autoridades destituyeron a Tomor-ochir, lo condenaron a un exilio en reclusión y al final acabaron con su vida a golpes de hacha. Tras purgar su propio partido, los comunistas dirigieron su atención al trabajo de los especialistas mongoles, a los que tacharon de *elementos subversivos, espías chinos, saboteadores o insectos nocivos*⁹. En la campaña antinacionalista que se emprendió a continuación, las autoridades metieron al arqueólogo Perlee en la cárcel, donde permaneció cautivo en unas condiciones extremadamente duras por el simple hecho de haber sido tutor de Tomor-ochir y haber investigado de manera clandestina la historia

⁸ Almaz Khan, «Chinggis Khan: From Imperial Ancestor to Ethnic Hero», en Stevan Harrell (ed.), *Cultural Encounters on China's Ethnic Frontiers*, Seattle, University of Washington Press, 1995, pp. 261-262.

⁹ Tom Ginsburg, «Nationalism, Elites, and Mongolia's Rapid Transformation», en Stephen Kotkin y Bruce A. Elleman (eds.), *Mongolia in the Twentieth Century: Landed Cosmopolitan*, M. E. Sharpe, Armonk, 1999, p. 247.

del Imperio mongol. Maestros, historiadores, artistas, poetas y cantantes corrían todo tipo de peligros si se veían relacionados con la historia de la época de Genghis Khan. Las autoridades ejecutaron a varios de ellos en secreto. Otros perdieron su puesto de trabajo y fueron expulsados de sus hogares junto con sus familias y enviados a las zonas más inhóspitas de Mongolia. También les fue negado cualquier tipo de asistencia médica, y muchos fueron exiliados sin ningún miramiento a otras regiones recónditas del país.

Durante esta purga, el estandarte del espíritu de Genghis Khan desapareció por completo, siendo posiblemente destruido por los soviéticos como castigo al pueblo mongol. Pero a pesar de esa brutal represión, o tal vez debido a ella, un gran número de especialistas mongoles se puso a estudiar por su cuenta la *Historia secreta*, y arriesgaron su vida por intentar comprender el verdadero contenido y alcance de su difamado y distorsionado pasado.

Fuera de Mongolia, diversos especialistas de muchos países, sobre todo rusos, alemanes, franceses y húngaros, se esforzaron por descifrar el texto y traducirlo a las lenguas modernas. Como no podían acceder a las fuentes existentes en Mongolia, se vieron obligados a realizar sus estudios bajo unas condiciones extremadamente difíciles. En los años setenta comenzó la publicación de la *Historia secreta* por capítulos en lengua mongola e inglesa bajo la supervisión y el atento análisis de Igor de Rachewiltz, un especialista australiano dedicado al estudio del mongol antiguo. Por esta misma época otro especialista, el americano Francis Woodman Cleaves, comenzó a preparar por su cuenta una

meticulosa traducción de la obra que la Harvard University Press publicó en 1982. Sin embargo, para poder hacer comprensibles aquellos documentos, no bastaba con descifrarlos y traducirlos. Incluso una vez traducidos, los textos seguían siendo difíciles de entender porque obviamente habían sido escritos para un grupo reducido de la familia real mongola, y su comprensión requería un profundo conocimiento no sólo de la cultura de los mongoles del siglo XIII, sino también de la geografía de su país. El contexto histórico y el significado biográfico de los manuscritos continuaban siendo prácticamente una incógnita si no se podía llevar a cabo un análisis pormenorizado sobre el terreno en el que habían sucedido todos aquellos acontecimientos.

El segundo avance importante tuvo lugar en 1990, con la caída del comunismo y el fin de la ocupación de Mongolia por parte de los soviéticos, que retiraron a sus hombres, sus aviones y sus tanques del país. El mundo mongol del Asia más profunda quedó, por fin, abierto al exterior. De forma gradual unas cuantas personas se aventuraron a entrar en la zona restringida. Los cazadores mongoles comenzaron a merodear furtivamente por los valles rebosantes de animales para darles caza, los pastores fueron con sus rebaños a las tierras de pasto limítrofes, y empezaron a llegar intrépidos aventureros ocasionales. En los años noventa acudieron diversos grupos extranjeros con su sofisticado material tecnológico en busca de las tumbas de Genghis Khan y su familia; aunque hicieron importantes y curiosos hallazgos, no consiguieron materializar su objetivo primordial.

Mis investigaciones empezaron como un estudio del papel de los grupos tribales en la historia del comercio mundial y la Ruta de la Seda que unía a China con Oriente Medio y con Europa. Me desplazé a numerosos yacimientos arqueológicos, visité diversas bibliotecas y acudí a varias reuniones de especialistas a lo largo de la ruta que va desde la Ciudad Prohibida de Pekín hasta el palacio Topkapi de Estambul, pasando por Asia central. Empecé en 1990 con mi primer viaje a Buryatia, el distrito mongol de Siberia, y desde allí seguí la pista de la estela dejada por los mongoles en Rusia, China, Mongolia, Uzbekistán, Kazajstán, Tayikistán, Kirguistán y Turkmenistán. Dedicué todo un verano a estudiar la antigua vía de migración de las tribus turkic durante su expansión desde su patria de origen en Mongolia hasta Bosnia, en el Mediterráneo. A continuación rodeé el viejo imperio por la ruta marítima que siguió aproximadamente Marco Polo, desde el sur de China hasta Vietnam, pasando luego por el estrecho de Malaca a la India, los estados árabes del golfo Pérsico, hasta llegar a Venecia.

Este largo viaje me ofreció muchísimos datos, pero no la percepción que esperaba. Pese a ello, creía que mi investigación estaba prácticamente concluida cuando llegué a Mongolia en 1998 para finalizar el proyecto en el entorno de la región en la que Genghis Khan había pasado su juventud. Lo que yo pensaba que iba a ser una breve excursión final se convirtió en otros cinco años de investigaciones mucho más exhaustivas de lo que habría podido imaginar. Comprobé que los mongoles estaban delirantes de alegría por su libertad tras siglos de dominación extranjera, y que buena

parte de su júbilo se centraba en honrar la memoria de su padre fundador, Genghis Khan. A pesar de la rápida comercialización de su nombre en botellas de vodka, tabletas de chocolate y cigarrillos, además de la divulgación de numerosas canciones en su honor, el personaje histórico seguía estando ausente. No sólo su alma estaba ausente del monasterio, sino que su verdadero rostro seguía también ausente de la historia de su pueblo y de la nuestra. ¿Quién había sido ese hombre?

Ni que decir tiene que lo hice sin saberlo ni proponérmelo, pero lo cierto es que llegué a Mongolia en un momento en el que de repente parecía posible obtener una respuesta para todos esos interrogantes. Por primera vez en casi ocho siglos se abría la zona prohibida en la que Genghis pasó su infancia y fue enterrado, a la vez que se había concluido el descifre del texto codificado de la *Historia secreta*. Ningún especialista era capaz de completar solo aquella ingente tarea, pero en estrecha colaboración con un grupo de expertos en diversas materias, podíamos empezar a encontrar las respuestas que buscábamos.

En mi calidad de antropólogo cultural, trabajé codo con codo con un arqueólogo, el doctor J. Ljagvasuren¹⁰, que tenía acceso a buena parte de la información reunida por su profesor y mentor, el doctor J. Perlee, el arqueólogo más destacado de la Mongolia del siglo XX.

¹⁰ La mayoría de los mongoles utilizan en la actualidad un solo nombre, como por ejemplo Ljagvasuren o Sujbaatar, pero cuando deben distinguirse de dos o más individuos con su mismo nombre, se identifican con la inicial de una de sus padres.

Poco a poco, gracias a Ljagvasuren, fui conociendo a otros investigadores, que se habían pasado años y años trabajando en secreto, y casi siempre en solitario, y nunca habían podido escribir ni publicar los resultados de su labor. El profesor O. Purev, miembro del Partido Comunista, había utilizado su posición como investigador oficial de historia del partido para estudiar las prácticas chamánicas de los mongoles con el fin de utilizarlas a modo de guía para interpretar los enigmas de la *Historia secreta*. El coronel del ejército mongol J. Shagdar aprovechó su destino en Moscú para comparar las estrategias militares y las victorias de Genghis Khan, como aparecen descritas en la *Historia secreta*, con las que figuraban en los archivos militares rusos. Un experto en ciencias políticas mongol, D. Bold-Erdene, analizó las técnicas políticas utilizadas por el gran kan para hacerse con el poder. El estudio más completo y pormenorizado era obra del geógrafo O. Sujbaatar, que recorrió más de un millón de kilómetros a lo largo y ancho de Mongolia en busca de la historia del caudillo mongol.

Nuestro equipo comenzó su colaboración. Comparamos los textos principales y secundarios más importantes de una docena de lenguas con los relatos de la *Historia secreta*. Nos sentamos delante de los mapas y discutimos el significado preciso de diversos documentos y de unos cuantos escritos mucho más antiguos. No nos sorprendió encontrar graves discrepancias y numerosas contradicciones que eran difíciles de reconciliar. Pronto me di cuenta de que Sujbaatar era un individuo que consideraba los textos en su forma más literal, un empírico acérrimo para quien

todos los relatos de la *Historia secreta* eran ciertos, y se había tomado el trabajo de demostrarlo científicamente. Pero para Purev, nada en esa historia debía ser tomado al pie de la letra. A su juicio, Genghis Khan había sido el chamán más poderoso de la historia, y el texto era un manuscrito de los misterios que hablaban, de manera simbólica, de cómo había llegado a esa posición. Si se conseguía descifrarlo, revelaría de nuevo el anteproyecto de un chamán para la conquista y el control del mundo.

Desde el principio de nuestra colaboración, se hizo evidente que no podíamos hacer un análisis exhaustivo de las distintas ideas e interpretaciones sin encontrar los lugares en los que habían ocurrido los hechos. La prueba concluyente de la veracidad de un texto se llevaría a cabo cuando éste estuviera extendido en el suelo del lugar en el que supuestamente habían sucedido los acontecimientos. Un libro puede mentir, pero un lugar, nunca. Un veloz y agotador examen de los lugares principales dio respuesta a algunas cuestiones, pero planteó muchas más. Nos dimos cuenta de que no sólo teníamos que encontrar el lugar exacto, sino también comprender los hechos que ocurrieron en él, de que debíamos estar allí en las condiciones climatológicas correctas. Fuimos repetidas veces a los mismos sitios a lo largo de las distintas estaciones del año. Los emplazamientos que nos interesaban estaban esparcidos a lo largo y ancho de un territorio de miles de kilómetros cuadrados, pero la zona más importante para nuestras investigaciones se encontraba en la misteriosa e inaccesible región que había permanecido cerrada desde la muerte de Genghis Khan. Debido a la

vida nómada del caudillo mongol, nuestro propio trabajo se convirtió en un proyecto peripatético, una especie de arqueología de los desplazamientos, no de un simple yacimiento.

Las imágenes por satélite mostraban un paisaje de Mongolia carente de carreteras, pero cruzado por miles de pistas y senderos que iban aparentemente en todas las direcciones a lo largo y ancho de la estepa, a través del Gobi y por las montañas; sin embargo, todos se interrumpían en la frontera con el *Ij Jorig*, la zona restringida. Para entrar en la región natal de Genghis Khan era necesario atravesar la zona tapón que había sido ocupada y fortificada por los soviéticos con el fin de impedir el acceso. Cuando abandonaron Mongolia, los soviéticos dejaron tras ellos un paisaje surrealista de cráteres de artillería llenos de carcasas metálicas de tanques, camiones averiados, aviones desguazados, obuses de artillería desactivados y bombas sin estallar. Un extraño vaho empañaba aquel ambiente oscurecido por la neblina. Curiosos restos de estructuras para Dios sabe qué se elevaban formando retorcidas esculturas metálicas de varios pisos de altura. Edificaciones demolidas, otrora almacenes de secretos aparatos electrónicos, se encontraban ahora vacías en medio de inmóviles dunas de arena empapada de petróleo. El paisaje estaba salpicado de equipos de viejos programas armamentísticos que habían sido abandonados en medio de la estepa. Misteriosos y oscuros charcos de productos químicos no identificados reflejaban dantesca mente la luz del sol. En ellos flotaban restos negruzcos de origen desconocido, y a su alrededor podían verse huesos y cadáveres momificados de animales, pedazos

de piel y penachos de plumas. Al otro lado de ese cementerio de horrores del siglo XX se encontraba —en marcado y profundo contraste— la patria, imperturbada y aislada, de Genghis Khan: varios centenares de kilómetros cuadrados de antiguos bosques, montes, ríos y valles, y la estepa.

Entrar en la Zona de Acceso Muy Restringido era mucho más que dar un simple paso atrás en el tiempo; constituía la oportunidad de descubrir el mundo de Genghis Khan prácticamente como el gran caudillo lo había dejado. La región se había conservado como una isla perdida rodeada, a la vez que protegida, por los más terribles horrores tecnológicos del siglo XX. Los árboles caídos, los espesos matorrales y los enormes cantos rodados la hacían en buena medida inaccesible, y en los últimos ocho siglos las demás zonas de la región sólo habían sido testigos del ir y venir de algunas patrullas ocasionales. Esta zona restringida constituye un monumento viviente en honor del emperador mongol; mientras viajábamos por ella, tuvimos la sensación de que en cualquier momento podía aparecer su silueta galopando río arriba o por las estribaciones, rumbo a los lugares que tanto había amado, para levantar una vez más en aquellas tierras su campamento, disparar sus flechas a una gacela fugaz, abrir un agujero en las aguas heladas del río Onon para pescar o arrodillarse y rezar en lo alto del Burján Jaldún, el monte sagrado que seguía protegiéndolo en la muerte, como lo había hecho en vida.

Nuestro equipo de investigación se dirigía al *Ij Jorig* como detectives que inspeccionan el escenario de un crimen recién cometido. Con la

Historia secreta de los mongoles como guía principal, navegamos por la llanura y observamos minuciosamente el paisaje original formado por diversas colinas y túmulos. En la estepa abierta, lejos de los puntos de referencia geográficos que son las montañas, los ríos y los lagos, tuvimos que dejarnos guiar por los pastores, que estaban acostumbrados a desplazarse a través de las grandes extensiones de pastos con la misma facilidad con que los marineros navegan por las aguas de océanos y mares. Un grupo que cambiaba constantemente, formado por estudiantes, especialistas, pastores locales y jinetes mongoles, nos acompañaba siempre, y entre ellos discutían con sumo interés las respuestas a las preguntas que les formulábamos. Sus criterios y respuestas eran siempre mejores que los míos, y a menudo se planteaban cuestiones que a mí nunca se me habían ocurrido. Sabían cómo pensaban los pastores y, aunque se encontraban en un territorio desconocido, podían identificar con facilidad los sitios en los que sus antepasados habrían acampado o la dirección que habrían tomado. No tenían ninguna dificultad a la hora de saber si un lugar determinado estaba demasiado plagado de mosquitos para levantar en él un campamento de verano, o quedaba demasiado expuesto a las inclemencias del tiempo para un campamento de invierno. Y lo más importante, deseaban vivamente poner a prueba sus ideas, como, por ejemplo, comprobar lo que tardaba un caballo en galopar de un punto a otro, o cómo retumbaban los cascos del animal en el suelo y la hierba cuando éste se dirigía de un lugar concreto a otro. Sabían cuál debía ser el espesor del hielo para poder cruzar un río helado a lomos de un

caballo o a pie, y cuándo se tenía que romper ese hielo y vadear por las frías aguas.

La calidad descriptiva de ciertos topónimos mongoles nos permitió devolverles su significado en lengua mongola y aplicarlos con facilidad al paisaje que nos rodeaba. La *Historia secreta* cuenta que Genghis Khan primero fue jefe de un clan junto al lago Joj, cerca del monte Jara Yirugen, que significa junto al lago Azul, cerca del monte Negro en Forma de Corazón. La identidad de ese lugar se había conservado durante siglos, lo que permitía localizarlo con facilidad. Otros topónimos asociados a su nacimiento, como, por ejemplo, la colina de la Ubre y el lago Bazo, constituían un reto mayor, pues, además de que la forma de las colinas y los lagos puede variar notablemente después de ocho siglos en esta árida zona caracterizada por el carácter erosivo de los vientos que la azotan, no se sabía si su nombre se debía a una característica visual del lugar o a un hecho ocurrido allí.

Poco a poco, con las pruebas que teníamos, fuimos reconstruyendo el relato lo mejor que pudimos. Tras encontrar los lugares de la infancia de Genghis Khan y seguir la pista de los acontecimientos por toda la región, pudimos corregir inmediatamente algunas ideas erróneas relacionadas con su vida. Aunque, por ejemplo, discutimos mucho acerca de la identidad exacta de la colina junto al Onon que lo había visto nacer, era obvio que este río, con sus bosques y sus numerosos pantanos, no tenía nada que ver con la estepa abierta donde vive la mayoría de los nómadas y en la que casi todos los historiadores habían dado por hecho que había crecido el gran kan.

Esta distinción ponía de relieve las diferencias existentes entre él y otros nómadas. Inmediatamente quedó claro por qué la *Historia secreta* hablaba con más frecuencia de caza que de pastoreo en la infancia de Genghis. El propio paisaje vinculaba más estrechamente ese período de la vida del emperador a las culturas siberianas, de las que, según la *Historia secreta*, procedían los mongoles, que a las tribus túrquicas de las llanuras abiertas. Por su parte, esta información influyó muchísimo nuestra comprensión de los métodos de Genghis Khan sobre el terreno, y ayudó a explicar por qué trató a los civiles hostiles como a animales de pastoreo, y a los soldados hostiles como a presas de caza.

A lo largo de cinco años, nuestro equipo volvió a aquellos parajes en repetidas ocasiones bajo condiciones y situaciones muy diversas. La temperatura podía variar en más de 45 °C (desde los casi cuarenta grados hasta los diez bajo cero en ciertas zonas inhóspitas, por no hablar de los bruscos y gélidos vientos de la estepa de Jorjonag en enero de 2001). Conocimos los contratiempos y las ventajas que ofrece un viaje por esa región. Nuestros vehículos quedaron atrapados por la nieve en invierno, en el barro en primavera y en la arena en verano; incluso perdimos uno durante una riada. En diversas ocasiones nuestros campamentos fueron destruidos por el viento y la nieve, o por desmadradas juergas etílicas. En los últimos veranos del siglo XX disfrutamos de las maravillas que suponen la leche y la carne en abundancia; pero en los primeros años del XXI, también conocimos unas de las peores temporadas de hambruna para los animales, la llamada *zud*, en la que caballos y yaks caían

literalmente muertos a nuestro alrededor y animales de todos los tamaños morían congelados durante la noche.

Sin embargo, nunca hubo un momento de duda o de peligro en nuestro trabajo. Comparadas con las dificultades de la vida cotidiana de los pastores y cazadores que viven permanentemente en esas regiones, nuestras experiencias eran pequeños sinsabores. Un episodio no programado que comenzaba como un inconveniente acababa siempre enseñándome algo nuevo acerca de aquella tierra y sus gentes. De mi viaje de ochenta kilómetros a caballo en una sola jornada, aprendí que los cuatro metros y medio de seda que se atan firmemente alrededor del diafragma ayudan a que los órganos se mantengan en su sitio y a evitar la sensación de náusea. También aprendí la importancia de llevar siempre yogur seco en el bolsillo durante esos desplazamientos tan largos, en los que no hay tiempo para detenerse ni para preparar algo de comida, y conocí la practicidad de las gruesas casacas mongolas, las *deel*, cuando se cabalga con sillas de montar de madera. Un encuentro con un lobo cerca del Burján Jaldún, el monte sagrado, constituyó, a los ojos de nuestros compañeros, toda una bendición en vez de una amenaza; y los innumerables episodios en los que nos extraviábamos o perdíamos el control, supusieron una nueva lección acerca de la orientación, los desplazamientos y la paciencia de verse obligado a esperar a que alguien acudiera en nuestra ayuda. Una y otra vez, las distintas vivencias me enseñaban cuán íntimamente los mongoles conocían su propio mundo y con qué seguridad podía depositar toda mi confianza en su sagaz criterio, en sus capacidades físicas y en su

generosa amabilidad.

El presente libro expone lo más destacado de nuestros descubrimientos, sin explicar de nuevo los detalles relativos a las condiciones climatológicas, los problemas de comida, los parásitos y las enfermedades que tuvimos que afrontar, ni las peculiaridades del carácter de los investigadores y la gente que encontramos en nuestro camino. Se centra en la misión de nuestro trabajo: comprender a Genghis Khan y el impacto que supuso en la historia universal.

La primera parte de este libro cuenta la historia de cómo Genghis Khan se hizo con el poder en la estepa y cuáles fueron las fuerzas que conformaron su vida y su personalidad desde el momento de su nacimiento en 1162 hasta la unificación de todas las tribus y el establecimiento de la nación mongola en 1206. La segunda parte habla de la aparición de los mongoles en el escenario de la historia a través de la guerra mundial mongola, que duró cinco décadas (desde 1211 hasta 1261), y de las guerras que enfrentaron a los nietos del gran kan. La tercera parte analiza el siglo de paz y el despertar global que pusieron los cimientos de las instituciones políticas, comerciales y militares de nuestra sociedad moderna.



Parte I

El reinado del terror de las estepas (1162-1206)

¡Naciones! ¿Qué son las naciones?

¡Tártaros! ¡Y hunos! ¡Y chinos!

Pululan como insectos. El historiador intenta en vano que no se pierda su recuerdo.

Es por falta de un hombre que hay tantos hombres. Son los individuos los que pueblan el mundo¹¹.

Henry David Thoreau, artículo periodístico de fecha 1 de mayo de 1851

Capítulo 1

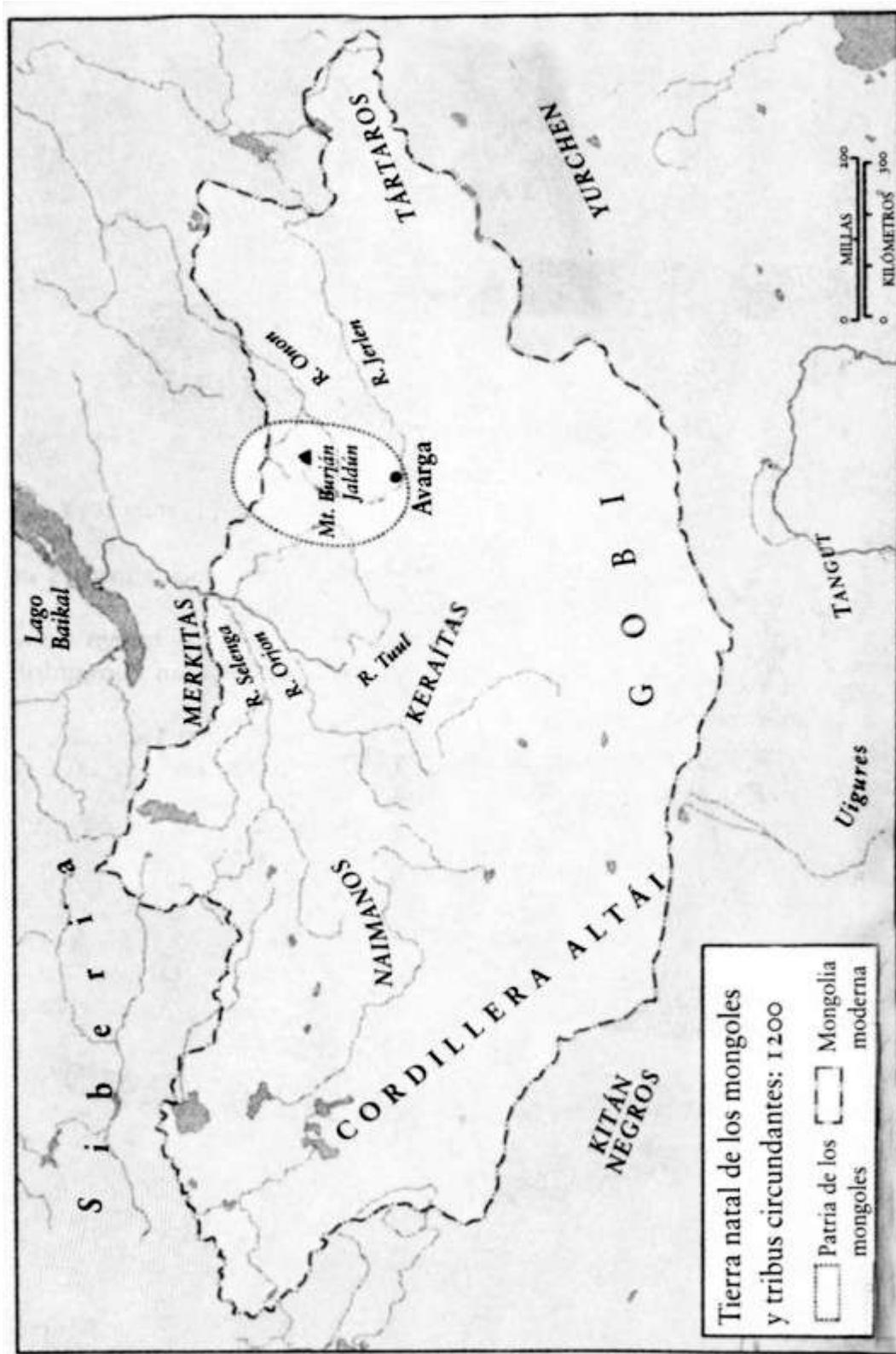
El coágulo de sangre

Hay fuego en sus ojos y luz en su rostro¹²

La historia secreta de los mongoles

¹¹ Henry David Thoreau, *Journal*, Princeton, Princeton University Press, 1981, nota correspondiente al 1 de mayo de 1851.

¹² *La historia secreta*, #62.



De las miles de ciudades conquistadas por los mongoles, la historia sólo cita una en la que Genghis Khan se dignó a entrar. Normalmente, cuando la victoria ya estaba asegurada, el conquistador se retiraba con su séquito a un campamento alejado y más cómodo, mientras sus guerreros terminaban su cometido. Un día del mes de marzo de 1220, el año del Dragón, el conquistador mongol rompió su peculiar tradición y entró al frente de su caballería en la recién capturada Bujará, una de las ciudades más importantes del sultán de Jorezm, en la actual Uzbekistán. Aunque no era la capital ni el centro comercial más importante, Bujará ocupaba un lugar destacado en el corazón de los musulmanes: era la Noble Bujará, un centro de piedad religiosa conocido como «el ornamento y la delicia de todo el islam». Sabiendo perfectamente el valor propagandístico de sus acciones, al conquistar la ciudad, Genghis Khan cruzó triunfalmente las puertas de Bujará y, tras pasar el barrio populoso de casas de madera y puestos de vendedores, llegó al gran complejo de edificios de piedra y ladrillo situado en el centro de la ciudad.

Su entrada en Bujará ponía punto final al que probablemente constituya el ataque sorpresa más audaz de la historia militar. Mientras que una parte de su ejército se dirigía directa y frontalmente desde Mongolia a atacar las ciudades fronterizas del sultán, Genghis Khan había trasladado en secreto una división de guerreros, recorriendo la mayor extensión de territorio jamás cubierta por un ejército —más de tres mil kilómetros de desierto, montañas y estepa—, para hacer su aparición por sorpresa detrás

de las líneas enemigas. Incluso las caravanas comerciales preferían desviarse cientos de kilómetros para evitar el Kizilkum, el mítico Desierto Rojo; y este hecho, por supuesto, fue precisamente la razón de que el caudillo mongol decidiera atacar desde esa dirección. Tras hacerse amigo de los nómadas de la región, consiguió conducir a sus soldados por los caminos, hasta entonces desconocidos, de las montañas y el desierto de arena.

El objetivo de Genghis Khan, la ciudad de Bujará, se encontraba en el centro de un fértil oasis a caballo sobre uno de los afluentes del Amu Daría, habitado mayoritariamente por persas y grupos tayikos, pero gobernado por tribus de etnia túrquica en el recién creado imperio de Jorezm, uno de los numerosos imperios temporales de la época. El sultán de Jorezm se había granjeado, a raíz de un error de fatales consecuencias, la enemistad de Genghis Khan tras asaltar una caravana comercial mongola y desfigurar los rostros de los embajadores mongoles que habían sido enviados para negociar un tratado de comercio pacífico. A pesar de sus casi sesenta años, cuando Genghis se enteró del ataque que habían sufrido sus hombres, no dudó en reunir en las montañas una vez más a su disciplinado y experto ejército y dirigirlo por el camino de la guerra.

A diferencia de prácticamente todos los grandes ejércitos de la historia, los mongoles viajaban ligeros de equipaje, sin un convoy de provisiones. Como esperaron a los meses más fríos para atravesar el desierto, hombres y caballos necesitaron menos agua. En esa estación también se formaba el rocío, lo cual favorecía el crecimiento de hierba que servía de pasto para los caballos y atraía

hasta allí a animales que los hombres cazaban con impaciencia para su propio sustento. En lugar de transportar grandes máquinas de asedio que avanzaban con lentitud y pesados pertrechos, los mongoles llevaban consigo a un cuerpo de ingenieros que no retrasaba la marcha y podía construir sobre el terreno lo que fuera necesario con los materiales disponibles. Cuando, tras cruzar el vasto desierto, los mongoles llegaron a la primera zona arbolada, talaron los árboles y los convirtieron en escaleras, máquinas de asedio y otros instrumentos necesarios para emprender el ataque.

Cuando la avanzadilla del ejército mongol divisó el primer asentamiento una vez atravesado el desierto, el veloz destacamento militar cambió inmediatamente el ritmo de la marcha y empezó a caminar en lenta y pesada procesión, como si se tratara de un grupo de mercaderes que llegaba para comerciar, en vez de avanzar con la velocidad de unos guerreros dispuestos a atacar. El ejército hostil se plantó en las puertas de la ciudad antes de que sus moradores pudieran darse cuenta de quién llegaba y dieran la alarma.

Tras aparecer inesperadamente desde el desierto, Genghis Khan no emprendió de inmediato el asalto de Bujará. Sabía que no podían llegar refuerzos de las ciudades colindantes sometidas al ataque de sus hombres, y por lo tanto tenía tiempo para jugar con el efecto sorpresa en lo que sería una atormentadora manipulación del miedo y las esperanzas de la población. El objetivo de esta táctica era claro y siempre el mismo: atemorizar al enemigo para que se rindiera antes de emprender una verdadera batalla campal. Tras capturar

varias ciudades pequeñas de las inmediaciones, el ejército mongol hizo que buena parte de sus habitantes emprendiera la huida hacia Bujará para buscar refugio, y llenara la ciudad haciendo cundir el pánico. Arremetiendo con fuerza tras las líneas enemigas, los mongoles difundieron el miedo y el pavor por todo el reino. Como cuenta el cronista persa Ata-Malik Yuwaini al describir el avance mongol, cuando las gentes vieron todos los campos que las rodeaban «atestados de jinetes y un aire negro como el tizón debido al polvo que levantaban los caballos, el terror y el pánico hizo presa en ellas, y un sentimiento de miedo y horror las invadió»¹³. Al preparar el ataque psicológico sobre una ciudad, Genghis Khan empezaba con dos muestras de lo que aguardaba a la población. Ofrecía unos términos de rendición muy generosos a las comunidades periféricas, y las que los aceptaban y se unían a los mongoles eran tratadas con mucha indulgencia. En palabras del citado cronista persa, «las que optan por rendirse y someterse, se salvan y no son víctimas del terror y el infortunio de la severidad de los mongoles». Las que los rechazaban eran objeto de un trato extremadamente duro, pues en el siguiente ataque los mongoles colocaban a los prisioneros delante de sus filas para que sirvieran de carne de cañón.

Esas tácticas aterrorizaron a los defensores túrquicos de Bujará.

¹³ Ata-Malik Yuwaini, *Genghis Khan: The History of the World-Conqueror*, trad. Ing. De J. A. Boyle, Seattle, University of Washington Press, 1997, p. 98.

Dejando tan sólo una guarnición de unos quinientos hombres al frente de la plaza fuerte, los restantes veinte mil soldados del ejército de Bujará huyeron antes de que llegara el grueso de las tropas mongolas, cuando pensaban que todavía estaban a tiempo de salvar la vida. Pero al abandonar la fortaleza y dispersarse en su huida, cayeron en la trampa de Genghis Khan, y los guerreros mongoles, que ya estaban a su acecho, fueron acabando con ellos prácticamente uno a uno.

La población civil de Bujará se rindió y abrió las puertas de la ciudad, aunque el pequeño contingente de esforzados soldados se quedó en la ciudadela, donde esperaban que las imponentes murallas les permitieran resistir indefinidamente cualquier asedio. Con el fin de asegurar concienzudamente la situación general a su favor, Genghis Khan tomó una decisión sin precedentes: entrar él mismo en la ciudad. Uno de sus primeros actos al llegar al centro de Bujará, o al aceptar la rendición de sus gentes, consistía en exigir la entrega de forraje para sus caballos. El hecho de dar de comer a los guerreros mongoles y a sus caballos era considerado un gesto de sumisión del conquistado; y lo que era más importante, al recibir alimentos y forraje, Genghis Khan indicaba que aceptaba a los conquistados como vasallos que quedaban bajo la protección de los mongoles, así como sometidos a sus órdenes.

De la época de sus conquistas en Asia central ha llegado a nuestros días una de las pocas descripciones escritas de Genghis Khan, que por aquel entonces contaba con sesenta años de edad aproximadamente. El cronista persa Minjah al-Siraj Yuza-yani, cuya

predisposición hacia los mongoles no era tan buena como la de su colega Yuwaini, lo describió como «un hombre de elevada estatura, de carácter enérgico y complexión robusta, con pelo escaso y grisáceo, ojos felinos, lleno de vigor, discernimiento, genio e inteligencia fina, atemorizador, un carnicero, justo, resolutivo, un arrollador de enemigos, intrépido, sanguinario y cruel»¹⁴. Debido a su extraordinaria habilidad para destruir ciudades y derrotar a ejércitos muy superiores al suyo propio en número de hombres, el cronista también indicó que Genghis Khan era un «adepto a la magia y al engaño, y algunos diablos eran sus amigos».

Los testigos oculares contaron que, una vez en el centro de Bujará, el caudillo mongol subió a lomos de su caballo hasta la gran mezquita y preguntó si, como se trataba de la construcción más imponente de la ciudad, era la residencia del sultán. Cuando le dijeron que era la casa de Dios, no la del sultán, se quedó callado. Para los mongoles el único Dios era el Cielo Azul Eterno que se extendía de un horizonte a otro en las cuatro direcciones. Dios presidía toda la tierra; no podía ser encerrado en una casa de piedra como si fuera un prisionero o un animal enjaulado, ni tampoco sus palabras podían ser capturadas y quedar confinadas entre las páginas de un libro, como afirmaba la población de la ciudad. Genghis Khan, por experiencia propia, había percibido a menudo la

¹⁴ Minhaj al-Siraj Yuzayani, *tabakat-I-Nasiri: A General History of the Muhammadan Dynasties of Asia*, tras. Ing. Del comandante H. G. Raverty, Bengala, Asiatic Society of Bengal, 1881; reimpr. Oriental Books, Nueva Delhi, 1970, p. 1077.

presencia de Dios y había oído la voz del Creador que le hablaba directamente bajo el inmenso cielo de las montañas de su patria, y siguiendo sus palabras se había convertido en el conquistador de importantes ciudades y grandes naciones.

El conquistador desmontó de su caballo para entrar en la gran mezquita, el único edificio de ese tipo que pisó en su vida. Tras acceder a su interior, ordenó que los sabios y los clérigos dieran de comer a sus caballos, liberándolos de cualquier peligro y poniéndolos bajo su protección, como hiciera con prácticamente todo el personal religioso de los territorios conquistados. A continuación, convocó en la mezquita a los doscientos ochenta hombres más ricos de la ciudad. Pese a su experiencia limitada dentro de los muros de una ciudad, Genghis Khan era muy perspicaz y conocía el funcionamiento de las emociones y los sentimientos humanos. En presencia de los hombres que había mandado reunir en la mezquita, subió unos cuantos peldaños de la escalera del púlpito y desde allí se volvió para mirar a la élite de Bujará. Con la ayuda de unos intérpretes, explicó implacablemente los pecados y fechorías que habían cometido el sultán y ellos mismos. Esos fracasos no debían ser imputados a la gente corriente; bien al contrario, «han sido los grandes entre vosotros los que han cometido esos pecados. De no haberlos cometido, Dios no habría enviado un castigo como yo sobre vosotros». Luego puso a cada uno de aquellos acaudalados hombres bajo el control de uno de sus guerreros mongoles para que lo acompañara a buscar sus tesoros, no sin antes advertir a los ricos prisioneros que no se

molestaran en mostrarles las riquezas que tenían a la vista: los mongoles podían encontrarlas sin recibir ningún tipo de ayuda. Quería que únicamente guiaran a sus soldados hasta los lugares en los que ocultaban o tenían enterrados sus tesoros.

Una vez iniciado el saqueo sistemático de la ciudad, Genghis Khan se concentró en atacar a los guerreros túrquicos que, desafiantes, seguían encerrados en la ciudadela de Bujará. Aunque no estaban familiarizados con los mongoles en particular, los habitantes de los oasis urbanizados de las ciudades de Asia central, como Bujará y Samarcanda, habían visto a muchos ejércitos bárbaros ir y venir en el transcurso de los siglos. Los anteriores ejércitos tribales, por muy disciplinados y bravos que fueran, nunca supusieron una grave amenaza porque, siempre y cuando dispusieran de alimentos y agua, los ejércitos urbanos eran capaces de resistir indefinidamente tras las macizas murallas de sus fortalezas. Desde casi todo punto de vista, los mongoles no podían compararse con los soldados profesionales bien adiestrados de Bujará. Aunque en general disponían de arcos excelentes, cada guerrero mongol era responsable de fabricarse o conseguir su propio arco, y su destreza en ese sentido variaba. Análogamente, el ejército mongol estaba compuesto por todos los hombres de la tribu, los cuales dependían del vigor de los animales que criaban para realizar un buen adiestramiento; y si bien eran individuos duros, disciplinados y dedicados a su trabajo, carecían de la selección y el adiestramiento profesionalizado de los defensores de Bujará. El factor que más favorecía a los soldados refugiados tras las descomunales murallas

de piedra de la ciudadela era que ningún ejército tribal había conseguido dominar la compleja tecnología de la guerra de asedio, pero ahora Genghis Khan tenía algo que enseñarles.

El ataque fue concebido como una muestra de fuerza arrolladora en la que los espectadores no iban a ser los habitantes ya conquistados de Bujará, sino el ejército, todavía lejano, y la población de Samarcanda, la siguiente ciudad en su avance. Los invasores mongoles arrastraron hasta allí sus nuevas máquinas de asedio: catapultas, trabuquetes y mandrones que no sólo lanzaban piedras y fuego, como habían hecho durante siglos las máquinas de asedio, sino también calderas de líquidos inflamables, explosivos y materiales incendiarios. Maniobraban enormes ballestas montadas sobre ruedas, y nutridos grupos de hombres empujaban torres portátiles con escaleras plegables desde las que podían disparar a los defensores de la fortaleza. Al mismo tiempo que atacaban por el aire, grupos de mineros se dedicaban a excavar zapas para socavar las murallas. Durante ese pavoroso despliegue de destreza tecnológica aérea, terrestre y subterránea, Genghis Khan intensificó la tensión psicológica obligando a los prisioneros, en algunos casos camaradas de los hombres que seguían en la ciudadela, a avanzar y precipitarse en el foso hasta llenarlo para convertirse en terraplenes vivientes sobre los que los demás prisioneros empujaban las máquinas bélicas.

Los mongoles idearon y utilizaron armas de las distintas culturas con las que entraron en contacto, y a través de este cúmulo de conocimientos crearon un arsenal global susceptible de ser

adaptado a las diversas situaciones a las que debían enfrentarse. En lo referente a las armas de fuego y a los explosivos, los mongoles experimentaron con formas primitivas de armamento que posteriormente darían lugar a los morteros y a los cañones. En el relato de Yuwaini percibimos la confusión de los testimonios a la hora de contar lo que sucedió exactamente a su alrededor. El cronista persa describe el asalto mongol como «un horno candente alimentado por leña dura introducida en lo más hondo, mientras que de la barriga del horno chispean los disparos al aire»¹⁵. El ejército mongol combinaba la fiereza y la celeridad tradicionales del guerrero estepario con la elevada sofisticación tecnológica propia de la civilización china. Genghis Khan utilizó a su veloz caballería, perfectamente adiestrada, contra la infantería del enemigo sobre el terreno, al mismo tiempo que socavó la capacidad de protección de las murallas de la fortaleza con su nueva tecnología de bombardeo, empleando potencia de fuego y máquinas de destrucción sin precedentes para penetrar en la fortaleza y aterrorizar a sus defensores. Con aquella lluvia de fuego mortal cayendo sobre los hombres de la ciudadela, los soldados del sultán, en palabras de Yuwaini, no tardaron en «ahogarse en un mar de aniquilación».

Genghis Khan sabía que la guerra no era un certamen deportivo o una simple pelea entre rivales; era la dedicación absoluta de un pueblo contra otro. El triunfo no lo obtenía el que jugaba siguiendo

¹⁵ Yuwaini, p. 106.

las reglas, sino el que las establecía y las imponía a su enemigo. La victoria no podía ser parcial. Debía ser completa, total e innegable; de otro modo, no era nada. En el combate, esto implicaba el uso indiscriminado del terror y la sorpresa. En la paz, significaba la firme adhesión a unos cuantos principios básicos, pero inquebrantables, que provocaban la lealtad de la gente corriente. El que se opusiera encontraría la muerte; el que fuera leal, la seguridad.

El ataque contra Bujará fue considerado un éxito, no sólo por la rendición de sus habitantes, sino porque cuando se tuvo noticia en Samarcanda de la campaña mongola, el ejército de esta ciudad también se rindió. El sultán abandonó su reino, y el monstruo mongol siguió su avance. Genghis Khan en persona capitaneó a buena parte de su ejército a través de las montañas de Afganistán hasta el río Indo, mientras otro destacamento bordeaba el mar Caspio, cruzaba el Cáucaso y llegaba a las llanuras de Rusia. Durante exactamente setecientos años, desde aquel día de 1220 hasta 1920, cuando llegaron los soviéticos, los descendientes de Genghis Khan gobernaron como kanes y emires en la ciudad de Bujará, en lo que constituiría una de las dinastías familiares más largas de la historia.

La habilidad del gran kan para manipular la tecnología y los pueblos era fruto de la experiencia y el conocimiento de más de cuatro décadas de guerras prácticamente constantes. Su genio para las actividades bélicas, su capacidad para inspirar la lealtad de sus seguidores o su insólita destreza organizativa a escala global no los

adquirió de forma repentina en un momento determinado de su vida, por trascendental que fuera. Todas esas cualidades no eran fruto de una iluminación epifánica ni de una instrucción formal, sino que eran consecuencia de un ciclo persistente de aprendizaje pragmático, adaptación experimental y revisión constante impulsado por su extraordinariamente disciplinada cabeza y su tenaz voluntad. Su carrera bélica había empezado mucho antes de que hubieran nacido los guerreros que combatían en su nombre en Bujará, y en todas las batallas aprendió algo nuevo. En todas las escaramuzas se hacía con nuevos seguidores y aprendía nuevas técnicas de combate. En todos los enfrentamientos supo combinar las nuevas ideas con una serie de tácticas militares, estrategias y armas en constante evolución. Nunca entabló dos veces la misma batalla.

La historia del muchacho que estaba destinado a convertirse en el conquistador más grande del mundo tuvo su inicio seis décadas antes de que los mongoles conquistaran Bujará, en uno de los lugares más recónditos de Eurasia, junto a la frontera de la Mongolia moderna con Siberia. Según cuenta la leyenda, el pueblo mongol se había originado en las montañas boscosas, cuando el Lobo Gris-Azul se unió a la Hermosa Cierva Roja en las orillas de un gran lago. Como los mongoles cerraron permanentemente esa patria a los extraños cuando murió Genghis Khan, no tenemos ninguna descripción histórica de ella. Los nombres de sus ríos y sus montañas no aparecen en la literatura histórica, e incluso los mapas modernos ofrecen diversos topónimos conflictivos escritos de

distintas formas.

Ese territorio de los clanes mongoles ocupaba únicamente una pequeña parte del noreste del país hoy conocido como Mongolia. En la actualidad buena parte de esta nación se extiende a través de una elevada meseta en el norte de Asia central, lejos del alcance de los vientos húmedos del océano Pacífico que empapan las exuberantes llanuras costeras de las civilizaciones agrícolas asiáticas. Por el contrario, los vientos que soplan en la meseta de Mongolia proceden en su mayoría del Ártico, del noroeste. Esos vientos dejan la poca humedad que llevan en las montañas septentrionales, quedando la zona meridional del país seca; un territorio conocido con el nombre de *govi*, el llamado desierto de Gobi por los extranjeros. Entre el árido Gobi y las montañas moderadamente húmedas del norte se extienden vastas franjas de estepa que se vuelven verdes en verano si llegan las lluvias. Es a esas estepas donde se trasladan los pastores en la estación estival en busca de pastos.

Aunque sólo se eleva unos tres mil metros por encima del nivel del mar, la cordillera de Jentii, en Mongolia, consta de algunas de las montañas más antiguas del planeta. A diferencia de las dentadas y jóvenes cimas del Himalaya, accesibles sólo con equipamiento de escalador, los antiguos montes Jentii han sufrido la erosión de millones de años, de modo que, con sólo un grado moderado de dificultad, un jinete y su caballo pueden coronar sus cumbres en verano, con la excepción de unos pocos picos. Los pantanos salpican sus laderas, y en el largo invierno se hielan formando una

masa sólida. Las muescas más profundas de las laderas recogen nieve y agua que se hielan formando lo que parecen glaciares en invierno, pero en la corta estación estival se convierten en hermosos lagos de color azul cobalto. En primavera, con el deshielo, los lagos se desbordan, y el agua baja de las montañas y crea una serie de ríos y riachuelos que corren por la estepa, haciendo que en el mejor de los veranos reluzca de hierba verde como la esmeralda, aunque en la peor de las épocas adquiere ésta un color marrón chamuscado que puede no cambiar durante varios años consecutivos.

Los ríos que nacen de las montañas Jentii son pequeños y permanecen helados durante buena parte del año, incluso en mayo, cuando el hielo tiene generalmente suficiente espesor para aguantar el paso de un grupo de jinetes y a veces incluso el de un *jeep* con carga. Las largas y anchas franjas de estepa que se extienden entre esos pequeños ríos fueron el camino que tomaron los mongoles para dirigirse a las distintas regiones de Eurasia. Algunos ramales de esos caminos de pastos llegan hasta Europa oriental, a Hungría y Bulgaria. Por el este alcanzan Manchuria, y habrían acariciado el océano Pacífico de no haberse visto interrumpidos por la estrecha cordillera costera que separa la península de Corea. Al sur, en el límite meridional del Gobi, vuelven a aparecer y se unen al corazón del continente asiático, extendiéndose hasta las grandes llanuras de tierra de cultivo que cruza el río Amarillo.

A pesar de las suaves ondulaciones del paisaje, las condiciones climáticas pueden llegar a ser muy duras y cambian bruscamente. Es una tierra de grandes extremos, en la que el hombre y sus

animales deben afrontar los desafíos constantes que impone la climatología. Los mongoles dicen que en los Jentii pueden experimentarse las cuatro estaciones del año en un solo día. Incluso en mayo un caballo puede hundirse en bancos de nieve tan profundos que apenas le permitan asomar la cabeza.

Allí, en las tierras que recorre el río Onon, nació el niño destinado a convertirse en Genghis Khan. En contraste con la belleza natural de aquel entorno, la historia de sus habitantes ya era de lucha constante y penalidades mucho antes de que él naciera en la primavera de 1162, el año del Caballo según el calendario asiático. En lo alto de un cerro aislado y pelado desde el que se veía a lo lejos el río Onon, Hoelun, una joven que había sido secuestrada, se esforzaba en alumbrar a una criatura, su primer hijo. Rodeada de extraños, la muchacha daba a luz apartada de la familia en la que se había criado y lejos del mundo que conocía. Aquel lugar no era su casa, y el hombre que ahora la reclamaba como esposa no era aquel con el que se había casado.

Apenas unos meses antes el destino de Hoelun parecía muy distinto. Estaba casada con otro guerrero, Chiledu, de la tribu de los merkitas, que había viajado a las estepas orientales para buscar esposa entre los oljunuud, una tribu famosa por la belleza de sus mujeres. Según la tradición de la estepa, habría entregado diversos regalos a los padres de la muchacha y habría trabajado para ellos, tal vez durante varios años, antes de regresar junto a su tribu llevándose a la joven como esposa. Una vez celebrados los esponsales, los recién casados emprendieron el largo y duro camino

que habría de llevarlos de vuelta a la patria del marido. Según la *Historia secreta*, la muchacha realizó el viaje subida en un pequeño carro negro tirado por un buey o un yak, mientras el orgulloso esposo cabalgaba a su lado montado a lomos de su caballo pardo. Probablemente Hoelun no habría cumplido todavía los dieciséis.

Viajaron con facilidad por la estepa, siguiendo el curso del río Onon, y luego se prepararon para adentrarse en los montes de la cordillera que los separaba de la tierra de los merkitas. Sólo les quedaban unos pocos días de duro viaje a través de los aislados valles de las montañas para llegar a los fértiles pastos en los que pacían los rebaños de los merkitas. La joven esposa iba sentada delante de su pequeño carromato negro, sin advertir la presencia de unos jinetes que estaban a punto de abalanzarse sobre ella, un asalto violento que no sólo cambiaría su vida para siempre, sino que también alteraría el curso de la historia del mundo.

Un jinete solitario que estaba de caza con su halcón vio a Hoelun y Chiledu desde su escondite en lo alto de una colina cercana. Hoelun y su carromato parecían una presa mucho mejor que la que podía capturar con su ave rapaz.

Sin dejar que los recién casados advirtieran su presencia, el cazador cabalgó de vuelta a su campamento para ir al encuentro de sus dos hermanos. Demasiado pobre para permitirse los regalos necesarios para casarse con una joven como Hoelun, y tal vez poco proclive a cumplir con el servicio a los padres de la muchacha que demandaba la boda tradicional, el cazador optó por el segundo método más común para conseguir una esposa en las estepas: el secuestro. Los

tres hermanos salieron rápidamente a la caza de la infeliz presa. Cuando iban a abalanzarse sobre la pareja, Chiledu se lanzó inmediatamente al galope para alejarlos del carro, y, como pretendía, los asaltantes fueron tras él. Intentó en vano perderlos dando una vuelta alrededor de los pies de la montaña para regresar con su esposa, pero incluso entonces Hoelun supo que su esposo no había conseguido engañarlos, no en su propio territorio, y que los asaltantes no tardarían en regresar. Aunque sólo era una adolescente, decidió que para dar a su esposo una oportunidad de conservar la vida, lo mejor era quedarse allí y rendirse a sus secuestradores. Si huía con Chiledu a lomos de su caballo, serían capturados y a él lo matarían. Pero si escapaba solo, el joven podía salvar la vida.

La *Historia secreta* cuenta que para convencer a su marido de que cooperara con su plan, Hoelun le dijo: «Si salvas la vida, habrá doncellas para ti en todos los frentes y en todos los carros. Podrás encontrar a otra mujer que se convierta en tu esposa, y podrás llamarla *Hoelun* en mi lugar»¹⁶. Entonces la joven se sacó rápidamente la blusa y mandó a su esposo «huir inmediatamente». Le arrojó al rostro la blusa en señal de despedida y dijo: «Llévala contigo para que mi olor pueda acompañarte mientras partes».

El olor ocupa un lugar importante y destacado en la cultura de las estepas. Mientras que los individuos de otras culturas suelen

¹⁶ *La historia secreta*, #56

abrazarse o besarse cuando se encuentran o se despiden, los nómadas de las estepas se huelen uno a otro en un gesto equivalente al beso en la mejilla. El hecho de olerse conlleva profundos significados emocionales a distintos niveles, que varían del simple olerse en familia, como puedan hacer un padre y un hijo, a la forma erótica de olerse propia de unos amantes. El aliento y el olor corporal de cada individuo son considerados parte de su alma. Al arrojarle la blusa a su esposo, Hoelun le ofrecía un recuerdo profundo e intenso del amor que le profesaba.

A partir de aquel día a Hoelun le esperaba una larga y azarosa existencia, pero estaba sin lugar a dudas destinada a no volver a ver a su primer amor. Mientras huía de los secuestradores de su esposa, Chiledu apretaba la blusa contra su rostro, y fueron tantas las veces que giró la cabeza para ver a Hoelun, que sus largas trenzas negras parecían un látigo golpeándole alternativamente en el pecho y en los hombros. Mientras veía cómo su esposo galopaba por el desfiladero para no volver a verlo nunca más, Hoelun dio salida a todos los sentimientos que había en su corazón. Gritó con tanta fuerza que, según cuenta la *Historia secreta*, «hizo que las aguas del río Onon se agitaran» y que «el bosque y el valle se estremecieran».

Su captor, y el hombre destinado a convertirse en su nuevo esposo, era Yesuguei, perteneciente a la pequeña e insignificante banda que un día sería llamada la de los mongoles, pero que por aquel entonces era simplemente miembro del clan de los boriyin, subordinado a otro más poderoso con el que estaba emparentado, el

de los tayichiud. Pero para Hoelun lo más preocupante no sería el estatus de su captor, sino que éste ya contaba con una esposa o concubina llamada Sochiguel, la madre de su hijo. Hoelun tendría que luchar por su posición en el seno de la familia. Si era afortunada, las dos mujeres vivirían en *gers* independientes, las tiendas abovedadas que se fabricaban con mantas de fieltro anudadas alrededor de una estructura enrejada, pero durante el día habrían permanecido en estrecha proximidad o incluso habrían compartido la misma *ger*.

Hoelun había crecido en las tierras de abundantes pastos desde donde podía contemplarse la lejanía del horizonte en las cuatro direcciones y en las que en verano pastaban y engordaban grandes manadas de caballos y reses y numerosos rebaños de ovejas y cabras. Estaba acostumbrada a la dieta, abundante y rica, de carne y leche que ofrecía la vida en la estepa. En cambio, la pequeña tribu de su nuevo esposo subsistía en el extremo meridional de las tierras de pastoreo, allí donde la estepa acaba y empiezan las montañas boscosas, y los pastos son escasos para nutrir a los grandes rebaños. Ahora se vería obligada a comer los rudos alimentos propios de los cazadores: marmotas, ratas, pájaros, peces y, ocasionalmente, ciervo o antílope. Los mongoles no reivindican que la historia de las tribus esteparias fuera antigua y gloriosa. Los miembros de esas tribus eran considerados unos carroñeros que competían con los lobos en la caza de pequeñas presas y que, cuando surgía la ocasión, robaban animales y mujeres a los pastores de las estepas. Hoelun iba a ser poco más que un trofeo de

caza para ellos.

Según cuentan diversos relatos, el primer hijo de Hoelun nació apretando con fuerza algo misterioso y siniestro entre los dedos de su mano derecha. Con sumo cuidado, aunque nerviosa, la joven madre fue retirando los deditos uno por uno para ver que lo que la criatura sujetaba era un gran coágulo de sangre oscura del tamaño de una taba. Desde algún lugar del cálido seno materno, el niño había agarrado el coágulo de sangre y lo había traído consigo de aquel mundo a éste. ¿Qué podía hacer una muchacha inexperta, analfabeta y terriblemente sola con esa curiosa señal que portaba su hijo en la mano? Al cabo de más de ocho siglos seguimos sin poder responder a la pregunta que ella probablemente se planteara acerca de su hijo. ¿Representaba aquel coágulo una profecía o una maldición? ¿Predecía cosas buenas o algo malo? ¿Debía sentirse satisfecha o tenía que preocuparse? ¿Era una señal de esperanza o de desgracia?

En el siglo XII decenas de tribus y clanes vivían en la estepa de distintas maneras, como es característico de los pueblos nómadas. De todas las tribus esteparias, los parientes más próximos de los mongoles eran los tártaros y los kitán al este, los manchúes mucho más al este y las tribus túrquicas de Asia central al oeste. Estos tres grupos étnicos compartían un legado cultural y lingüístico común con algunas tribus de Siberia, donde posiblemente todos tuvieron su origen. Situados entre los tártaros y las tribus túrquicas con los que a menudo eran confundidos, a veces los mongoles eran llamados los turcos azules o los tártaros negros. Sus lenguas, de

origen altaico (llamadas así por los montes Altái de Mongolia occidental), guardaban cierto parecido con el coreano y el japonés, pero no con el chino ni con las demás lenguas tonales de Asia.

Aunque las tribus túrquicas y los tártaros se habían fundido en diversas confederaciones tribales, los mongoles estaban divididos en numerosas bandas acaudilladas por un jefe, o *kan*, basadas en vagos lazos de parentesco. Los propios mongoles reivindicaban una identidad distinta a la de los grupos tártaros y túrquicos. Decían y dicen ser descendientes directos de los hunos, que en el siglo 111 fundaron el primer imperio en las altas estepas. *Hun* significa en mongol «ser humano», y llamaban a sus antepasados hunos *Hun-nu*, pueblo del sol. En los siglos IV y V los hunos se expandieron desde las estepas de Mongolia e iniciaron la conquista de diversos países desde la India hasta Roma, aunque fueron incapaces de mantener el contacto entre los distintos clanes y no tardaron en asimilarse a las culturas que conquistaron.

Al poco de secuestrar a Hoelun, Yesuguei partió para emprender una campaña contra los tártaros y mató a un guerrero llamado Temuyín Ugue. Regresó cuando su hijo acababa de nacer y decidió llamarlo Temuyín. Como los niños de las estepas recibían sólo un nombre que debía acompañarlos de por vida, su elección tenía un gran simbolismo, a menudo a distintos niveles; el nombre imponía a la criatura su carácter, su suerte y su destino. El hecho de llamarlo Temuyín probablemente fuera para subrayar la eterna enemistad de los mongoles y los tártaros, aunque el significado preciso del nombre de Temuyín o lo que pretendía conferirle su padre con esa

elección son dos cuestiones que han sido siempre objeto de controversia por parte de los especialistas, y muchos han dado rienda suelta a la imaginación. La pista más fiable de su pretendido significado la encontramos en la práctica mongol de imponer a varios niños nombres derivados de una misma raíz o palabra. De los cuatro hijos que tuvo Hoelun después de Temuyín, al último varón se le impuso el nombre de Temugue, y a su única hija, la más pequeña de todos, el de Temulun. Los tres nombres parecen derivar de una raíz común, el verbo *temul*, el cual aparece en varias palabras en lengua mongola que significan precipitarse, estar inspirado, tener una idea creativa e incluso realizar un vuelo de capricho. Como me explicó un estudiante mongol, para entender mejor lo que implica esta palabra deberíamos pensar en «la mirada de un caballo que galopa hacia donde quiere dirigirse sin importarle la dirección que desea seguir el jinete». Pese al aislamiento del mundo mongol, las tribus que vivían allí no quedaban totalmente al margen de las influencias de lo que sucedía más allá de sus fronteras. Durante siglos, antes del nacimiento de Genghis Khan, las civilizaciones china, musulmana, hindú y cristiana fueron filtrándose en la patria de los mongoles, aunque pocos aspectos de esas culturas consiguieron adaptarse a la dureza de la vida en las altas estepas. Las tribus nómadas mantenían complejas, aunque distantes, relaciones comerciales, religiosas y militares con los diversos estados de China y Asia central, cuya configuración cambiaba constantemente. Al vivir tan apartados, al norte, los mongoles quedaban prácticamente fuera del alcance de las rutas

comerciales que más tarde conformarían la Ruta de la Seda, que pasaba por el sur del desierto de Gobi y conectaba de forma intermitente las sociedades china y musulmana. No obstante, se filtraron hasta el norte suficientes mercancías para permitir a los mongoles ser conscientes de los tesoros que había en el sur.

Para los nómadas comerciar y luchar con sus vecinos constituía una parte interrelacionada de la vida cotidiana, tan habitual y predecible como atender a los animales recién nacidos en primavera, buscar pastos en verano o secar carne y productos lácteos en otoño. El largo y frío invierno era la estación de caza. Los hombres partían en pequeños grupos para recorrer las montañas y penetrar en los bosques en busca de conejos, lobos, martas, venados, argalis (una especie de carnero salvaje), jabalis, osos, zorros y nutrias. A veces toda la comunidad participaba en la cacería, rodeando una zona lo más extensa posible para obligar a la presa a dirigirse al punto en el que debía ser abatida. Los animales no sólo proporcionaban carne y pieles, sino también cornamentas, cuernos, colmillos, dientes y huesos que los nómadas transformaban en una variedad de instrumentos, armas y objetos decorativos, además de órganos que secaban para usarlos con fines medicinales. El bosque proporcionaba asimismo otros bienes de intercambio comercial que tenían una utilidad en la vida diaria, como, por ejemplo, aves de caza que eran atrapadas en sus nidos siendo todavía polluelos.

De familia en familia, de *ger* en *ger*, los nómadas comercializaban hacia el sur los productos que les ofrecían los bosques, mientras

que los artículos manufacturados, como por ejemplo los de metal y los textiles, llegaban lentamente al norte desde los centros comerciales situados al sur del Gobi. Los mongoles sobrevivían en el extremo meridional de ese mundo, precisamente allí donde la estepa da paso a los bosques siberianos del norte. Vivían tanto de la caza en el bosque como de la cría de animales en la estepa y encarnaban las características más extremas de estos dos mundos. Permanecían aferrados a las puntas deshilachadas de la delicada y sutil red comercial que unía la tundra y la estepa del norte con los campos de cultivo y los talleres del sur. Eran tan pocos los artículos que llegaban al lejano norte que, entre los mongoles, solía decirse que el hombre que poseía un par de estribos de hierro podía ser considerado todo un gran señor.

Algunos años escaseaba la caza, y sin el suministro de productos del bosque con los que comerciar, la gente podía pasar hambre con la llegada del invierno. En esos años, los mongoles no dejaban de organizar partidas de caza. La única diferencia estribaba en que, en vez de dirigirse hacia el norte y adentrarse en los bosques para cazar animales, se dedicaban a tomar el camino de las estepas para cazar a seres humanos. Cuando no tenían nada con que comerciar, los mongoles asaltaban a los pastores que encontraban en la estepa o en aislados valles. En la caza de una presa humana solían utilizar la misma táctica que empleaban para la caza de animales: a la primera señal del ataque, las víctimas normalmente emprendían la huida, dejando atrás casi todos sus animales, sus bienes y todo aquello que pudiera contentar a los asaltantes. Ya que el objetivo

del ataque era garantizarse un botín, los asaltantes solían dedicarse al saqueo de las *gers* y a reunir el ganado en lugar de perseguir a los que huían. Como lo que buscaban era un botín, las bajas en ese tipo de escaramuzas eran pocas. Secuestraban a las mujeres jóvenes para hacerlas sus esposas y a los niños varones para convertirlos en esclavos. Las mujeres ancianas y las criaturas más pequeñas no solían sufrir daño alguno, y los hombres en edad de combatir eran normalmente los primeros en huir a lomos de los caballos más veloces y robustos, pues eran los que tenían más posibilidades de ser asesinados, y el sustento de toda la comunidad dependía en gran medida de ellos.

Si los hombres que conseguían escapar lograban reunir un grupo de aliados con la suficiente rapidez, salían en pos de los asaltantes para intentar alcanzarlos y recuperar sus pertenencias. Cuando no era así, intentaban reunir todos los animales posibles que se hubieran salvado de caer en manos de los saqueadores y reorganizaban sus vidas, a la vez que preparaban un plan para contraatacar en el momento propicio.

Para los mongoles el combate funcionaba más como un sistema cíclico de actos de incursión que como una verdadera guerra o incluso una enemistad heredada y continuada. La venganza servía a menudo de pretexto para llevar a cabo una incursión, pero raramente era la motivación real. El éxito en la lucha conllevaba para el vencedor un prestigio basado en el botín conseguido que compartía con su familia y amigos; el combate no dependía del prestigio abstracto del honor en el campo de batalla. Los guerreros

victoriosos se sentían orgullosos de matar y recordaban a sus víctimas, aunque no hacían ostentación de ello coleccionando cabezas o cabelleras, ni haciéndose cortes u emblemas que representaran el número de hombres asesinados en el campo de batalla. Sólo importaba el botín, no la cifra de muertos.

En la vida de las tribus mongolas primitivas, la caza, el comercio, el pastoreo y la lucha constituían una telaraña sin límites de actividades encaminadas a la propia subsistencia. Desde el momento en que eran capaces de cabalgar a lomos de un caballo, todos los varones empezaban el adiestramiento para llevar a cabo cada uno de esos objetivos, y ninguna familia podía subsistir únicamente de una sola actividad sin tener en cuenta las demás. Los desplazamientos a caballo seguían un patrón geográfico que tenía su origen en el norte. Las tribus del sur, que vivían más cerca de las ciudades comerciales de la Ruta de la Seda, disponían siempre de más artículos que las del norte, distantes y alejadas. Los hombres del sur contaban con mejores armas, y para imponerse a ellos, los del norte tenían que moverse con mayor rapidez, pensar con más inteligencia y luchar con más dureza. Este modelo, en el que se alternaban el comercio y el saqueo, suministraba un lento, pero continuo, goteo de artículos textiles y de metal hacia el norte, donde el tiempo era siempre peor, los pastos escasos y los hombres más rudos y violentos. Sólo se han conservado unos cuantos episodios de la primera infancia de Temuyín, y éstos no indican precisamente que su padre lo tuviera en alta estima. En una ocasión su progenitor lo dejó atrás accidentalmente cuando la

familia se trasladó a otro campamento. El clan de los tayichiud lo encontró, y su jefe, Targutai, el Khan Obeso, le dio cobijo en su propio hogar y se encargó de él durante un tiempo. Años después, cuando Temuyín se hizo poderoso, Targutai se jactaría de haber adiestrado a Temuyín con el mismo esmero, afecto y disciplina que habría utilizado para adiestrar a un potranco, el bien máspreciado de un pastor¹⁷. Desconocemos los detalles y la sucesión de los hechos, pero lo cierto es que al final el niño y su familia pudieron reunirse de nuevo, bien porque Targutai decidió entregarlo a los suyos, bien porque su familia se unió al campamento del Khan Obeso.

El siguiente episodio de la vida de Temuyín del que tenemos constancia tuvo lugar cuando el padre del niño se lo llevó para buscarle una esposa a la temprana edad de nueve años según el cálculo mongol, ocho según el cálculo occidental¹⁸. Yesuguei y Temuyín partieron solos hacia el este en busca de la familia de Hoelun, pues, probablemente, ésta deseara que su hijo contrajese matrimonio con una mujer de su tribu o que al menos conociera a su familia. Sin embargo, al margen de las preferencias de Hoelun, lo

¹⁷ *La historia secreta*, #149

¹⁸ Resulta sumamente difícil datar con exactitud los primeros hechos de la vida de Temuyín. Para los mongoles el año nuevo empezaba al final del invierno, con la llegada de la primavera. Cada temporada de verdes pastos en la estepa contaba como un año, y la edad de un individuo era calculada de acuerdo con el número vivido de temporadas de verdes pastos. Así pues, como Temuyín nació a comienzos de la primavera, no tardó en tener un año y cada temporada de pastos fue aumentando sucesivamente su edad. Para conveniencia del presente libro, sin embargo, las edades han sido calculadas siguiendo el sistema occidental tradicional.

más significativo era que, al parecer, Yesuguei quería deshacerse de su hijo. Tal vez el padre presintiera el futuro enfrentamiento que surgiría entre él y un medio hermano suyo, algo mayor, Begter, nacido de su unión con Sochiguel, su primera esposa. Llevándose a Temuyín lejos a esa edad tan temprana posiblemente pretendiera evitar que la rivalidad existente entre sus dos hijos pusiera el peligro a su reducida familia.

Como sólo tenía un caballo que ofrecer a los progenitores de la futura novia, Yesuguei necesitaba encontrar una familia que aceptase que Temuyín trabajara para ella durante unos cuantos años, a cambio de lo cual le entregarían a su hija como esposa. Para Temuyín probablemente ese viaje fuera su primera aventura lejos de su hogar junto al río Onon. Era fácil perderse en un territorio desconocido, y el viajero debía afrontar tres peligros: los animales salvajes, la dura climatología y, sobre todo, sus congéneres. Lo cierto es que Yesuguei no se molestó en completar el viaje hasta la familia de Hoelun. En el camino se alojaron con una familia cuya hija, Borte, era ligeramente mayor que Temuyín. Al parecer, los niños se gustaron, y los padres acordaron prometerlos en matrimonio. Durante su época de aprendizaje, o servicio prenupcial, Temuyín tendría que vivir y trabajar bajo la atenta mirada de sus suegros. Poco a poco la pretendida pareja iría intimando. Puesto que la chica solía ser mayor que el chico, como ocurría en el caso de Borte y Temuyín, ella sería la encargada de iniciarlo sexualmente al ritmo y al tiempo considerados convenientes para ambos.

En su largo viaje de regreso a casa después de dejar a su hijo,

Yesuguei se encontró con un campamento en el que los tártaros estaban celebrando un banquete. La *Historia secreta* cuenta que quiso unirse al festín, pero que sabía que no debía revelar su identidad como el enemigo que ocho años atrás había matado en combate a su cabecilla, Temuyín Ugue. Pese a que intentó encubrir quién era en realidad, se dice que alguien lo reconoció y lo envenenó en secreto. Aunque bastante afectado por el veneno, Yesuguei consiguió escapar y regresar a su casa, al campamento de su familia, desde donde mandó a un hombre en busca de Temuyín, que tuvo que separarse de Borte para correr al lecho de muerte de su padre.

Cuando el muchacho llegó al campamento de su familia, su padre ya había muerto dejando dos esposas y siete hijos menores de diez años. Por aquel entonces la familia seguía viviendo a orillas del río Onon, con el clan de los tayichiud, que habían dominado a las tres últimas generaciones del clan de Yesuguei, los boriyin. Como Yesuguei ya no podía ayudarles a luchar y a cazar, los tayichiud decidieron que sus dos viudas y sus siete hijos pequeños resultaban un estorbo, pues en un territorio tan difícil para sobrevivir como el del río Onon, no podían alimentar a nueve personas más.

Según la tradición de la estepa, uno de los hermanos del difunto, el que lo había ayudado a secuestrar a Hoelun, habría debido tomarla por esposa. De acuerdo con el sistema mongol de matrimonios, incluso uno de los hijos de Yesuguei nacidos de su otra esposa,

Sochiguel, habría sido un marido apropiado para ella de haber tenido la edad suficiente para mantener a la familia¹⁹. Las mujeres mongolas se casaban a menudo con hombres mucho más jóvenes pertenecientes a la familia de su difunto marido porque así ellos tenían la oportunidad de contar con una esposa experimentada sin tener que pagar una compleja serie de regalos a la familia de la mujer o dedicar varios años de su vida al duro servicio prenupcial. Aunque seguía siendo joven, rondando probablemente los veinticinco años, Hoelun ya tenía una progenie demasiado numerosa para que un hombre estuviera dispuesto a encargarse de ella. Como esposa cautiva alejada del hogar que la vio nacer, no ofrecía a los potenciales maridos ningún patrimonio ni lazos familiares que pudieran resultar beneficiosos.

Con su marido muerto y sin un hombre que quisiera casarse con ella, Hoelun quedó entonces fuera de la familia, y como persona ajena a la misma, nadie tenía la obligación de ayudarla. El mensaje de que ya no formaba parte del grupo le llegó a través de la comida, la forma en que los mongoles simbolizan siempre las relaciones. En primavera, cuando dos ancianas viudas de un kan anterior

¹⁹ En relación con el matrimonio de una viuda con su hijastro, tenemos constancia del caso de una familia aristocrática mongola del siglo XVII en el que la mujer, después de enviudar, se casó con una de sus hijastros, a cuya muerte se casó con un hijo de este segundo esposo. Por último, cuando este tercer marido falleció, contrajo matrimonio con uno de ellos hijos de él. Así pues, a lo largo de su vida, esta aristócrata mongola se casó con cuatro varones de la misma familia: su primer esposo, el hijo de éste, su nieto y su biznieto. Véase J. Holmgren, «Observations on Marriage and Inheritance Practices in Early Mongol and Yüan Society with Particular Reference to the Levirate», *Journal of Asian History*, 20 (1986), p. 158.

organizaron la comida ceremonial anual en honor de los antepasados, no invitaron a Hoelun, dejándola sin comer y apartada de la familia. A partir de entonces ella y sus hijos debían valerse por sí mismos. Cuando el clan preparó el traslado del río Onon a otras tierras más estivales, decidió dejar allí a Hoelun y sus hijos.

Según cuenta la *Historia secreta*, cuando el grupo emprendió el traslado, abandonando a su suerte a las dos mujeres con sus siete hijos, sólo un anciano, perteneciente a una de las familias más humildes del clan, se opuso vivamente a lo que iba a hacerse. Al parecer, fue un incidente que impresionó profundamente a Temuyín: uno de los tayichiud favorable a abandonar a las mujeres y sus hijos gritó al anciano que no tenía ningún derecho a criticarlos y luego se volvió y lo mató atravesándolo con una lanza. Se cuenta que cuando el pequeño Genghis vio lo ocurrido, que por aquel entonces no tenía más de diez años, llegó a toda velocidad para intentar ayudar al moribundo; incapaz de poder hacer nada, se puso a llorar lleno de dolor y de rabia.

Hoelun, que había demostrado tanta inteligencia y serenidad durante su secuestro diez años antes, tuvo la misma determinación y fortaleza ante esa nueva crisis. Realizó un último esfuerzo, violento y desafiante, para obligar a los teyichiud a hacerse cargo de su familia. Cuando el clan levantó el campamento, Hoelun agarró el estandarte del espíritu de su difunto esposo, montó un caballo y fue tras el grupo. Mientras levantaba aquel estandarte por encima de su cabeza y lo agitaba al aire con furia, rodeó a sus desertores. Para Hoelun ondear aquella insignia no era simplemente agitar al viento

el emblema de su difunto esposo, sino presentar la mismísima alma de su marido ante los hombres de la tribu que la abandonaban, los cuales sintieron tanta vergüenza delante de aquel espíritu que, temiendo su posible venganza desde el más allá, regresaron temporáneamente al campamento. Allí aguardaron hasta que cayó la noche, y entonces, uno a uno, marcharon a hurtadillas llevándose consigo los animales de la familia, condenando así a las dos viudas y a sus siete hijos a una muerte casi segura a la llegada del invierno.

Pero la familia no pereció. En lo que podría considerarse un monumental esfuerzo, Hoelun los salvó a todos. Según cuenta la *Historia secreta*, se cubrió la cabeza, se remangó la falda y fue día y noche arriba y abajo por el río en busca de comida para poder alimentar a sus cinco hijos hambrientos. Encontró pequeños frutos y utilizó una vara de enebro con la que escarbaba en el suelo para sacar las raíces de las plantas que crecían a orillas del Onon. Para ayudar a la familia, Temuyín hizo con huesos afilados unas flechas de madera con las que cazar ratas en la estepa, y curvó las agujas de coser de su madre para convertirlas en anzuelos. A medida que fueron creciendo, los muchachos cazaban más y más animales. En palabras del cronista persa Yuwaini, que visitó a los mongoles cincuenta años después y escribió una de las primeras historias extranjeras acerca de la vida de Temuyín, la familia vestía ropas hechas con «pieles de perros y ratas, y su comida consistía en carne

de esos animales y otras cosas muertas»²⁰. Independientemente de cuánto haya de verdad en este relato, lo cierto es que la descripción demuestra la desesperación y la soledad de los esfuerzos de esos parias sociales a punto de morir de hambre, que vivían prácticamente como animales al igual que las demás tribus de su entorno. En una tierra que se caracterizaba por la dureza de la supervivencia, ellos habían caído en lo más bajo de la vida en las estepas.

¿Cómo pudo un niño marginado, perteneciente a un estatus social tan bajo, convertirse en el gran kan de los mongoles? Si estudiamos a fondo en la *Historia secreta* la biografía de Temuyín hasta su mayoría de edad, encontramos una serie de pistas cruciales acerca del importantísimo papel que probablemente desempeñaran esos traumáticos hechos en la formación de su carácter y, consiguientemente, en su ascensión al poder. Al parecer, las tragedias que sufrió su familia sirvieron para infundir en él la férrea determinación a desafiar la estricta jerarquía de castas de las estepas, a forjarse su propio destino y a fiarse de alianzas con individuos de su confianza, en lugar de parientes o miembros de su tribu, característica esta última que supuso su principal base de apoyo.

La primera de esas poderosas asociaciones la estableció con un muchacho algo mayor que él llamado Yamuka, cuya familia

²⁰ Yuwaini, *Genghis Khan*, 21.

acampaba repetidamente cerca de la de Temuyín, a orillas del río Onon, y que como miembro del clan de los Yadaran estaba lejanamente emparentado con el clan del padre de Temuyín. Entre los ideales de la cultura mongola, el parentesco reinaba por encima de los demás principios sociales. Todo aquel que no formara parte de la red de parientes era considerado automáticamente un enemigo, y cuanto más estrecho fuera ese parentesco, más estrechos eran los lazos. Los dos jóvenes, aunque eran parientes lejanos, quisieron tener unos lazos más estrechos y convertirse en hermanos. Durante su infancia hicieron en dos ocasiones un juramento de eterna hermandad, convirtiéndose en hermanos de sangre según la tradición de su pueblo. La historia de esta amistad predestinada, y los elementos cruciales de su vida durante la edad infantil, ponen de manifiesto muchos detalles reveladores de la extraordinaria capacidad de Temuyín para superar las adversidades y organizar los recursos necesarios para, a la larga, reprimir la violencia desenfrenada de una tribu contra otra que reinaba en la estepa.

Temuyín y Yamuka fueron forjando una estrecha amistad mientras cazaban, pescaban y jugaban a los juegos que se enseñaban a los niños con el fin de desarrollar sus habilidades para defenderse en la vida. Los niños mongoles, independientemente de su sexo, crecían entre caballos. En la infancia aprendían a montar con la ayuda de sus padres o de sus hermanos mayores hasta que, al cabo de muy pocos años, podían sostenerse solos a lomos del caballo y cabalgar. Normalmente a los cuatro años ya sabían montar a pelo, y al final

aprendían a mantenerse erguidos sobre el caballo. Cuando ya podían sostenerse bien sobre el animal, solían hacer justas unos contra otros para ver quién conseguía derribar al adversario. Cuando sus piernas crecían lo suficiente para poder calzar los estribos, también se les enseñaba a disparar flechas y a lanzar el lazo a lomos de un caballo. Los mongoles fabricaban bolsas de cuero que colgaban de unos palos para que las agitara el viento, y los jóvenes practicaban con ellas montados a caballo, golpeándolas desde diferentes distancias y a distintas velocidades. Las técnicas desarrolladas en ese juego serían de incalculable valor en su futura vida de jinetes.

Entre otras formas de diversión estaba el juego de tabas, una especie de dados hechos con astrágalos de carnero. Todos los niños tenían un juego de cuatro tabas, que podían ser utilizadas para leer el futuro, resolver desacuerdos o simplemente para jugar. Además, Yamuka y Temuyín también se divertían con otra forma de entretenimiento mucho más arriesgada, parecida al *curling*, que practicaban en las aguas heladas del río Onon. Aunque la *Historia secreta* no habla de que se hiciera uso de patines, en el siglo siguiente un viajero europeo escribió que los cazadores de la zona se ataban con frecuencia unos huesos a los pies para poder deslizarse sobre las aguas congeladas de lagos y ríos, bien como forma de entretenimiento, bien para ir en pos de una presa.

Todas esas habilidades supusieron una gran ventaja para los mongoles, pues, a diferencia de casi todos los demás, su ejército se desplazaba con facilidad, e incluso podía combatir, sobre las aguas

heladas de ríos y lagos. Los ríos helados, como, por ejemplo, el Volga y el Danubio, que los europeos consideraban una protección frente a las invasiones, fueron verdaderas autopistas para los mongoles, puesto que les permitían cabalgar sobre sus caballos hasta las mismísimas murallas de las ciudades durante la estación en la que los europeos estaban menos preparados para oponer resistencia.

Temuyín pasó la mayor parte de su juventud ayudando a su familia a salir adelante. Sus juegos con Yamuka a orillas del Onon son las únicas frivolidades de las que hablan las fuentes relativas a la vida del muchacho que habría de convertirse en el gran conquistador. La primera vez que Temuyín y Yamuka se juraron eterna lealtad fue cuando el primero tenía unos once años de edad. Los niños se intercambiaron juguetes como símbolo de su juramento. Yamuka entregó a Temuyín una taba de corzo, y Temuyín a Yamuka un pequeño objeto con una incrustación de latón, un insólito tesoro que probablemente viniera de muy lejos. Al año siguiente se intercambiaron un regalo propio de adultos: una punta de flecha. Yamuka cogió dos pedazos de cuerno de becerro y los perforó convirtiéndolos en una silbante punta de flecha para Temuyín, quien, a su vez, le regaló otra punta de flecha fabricada con madera de ciprés. Al igual que habían hecho los cazadores durante generaciones, el futuro emperador no tardó en aprender a utilizar las silbantes flechas para comunicarse en secreto por medio de sonidos que la demás gente ignoraba o simplemente no sabía interpretar.

Como parte de la ceremonia del segundo juramento, los muchachos solían ingerir una pequeña cantidad de sangre de su compañero, intercambiándose así una parte del alma. En el caso de Yamuka y Temuyín, la *Historia secreta* cuenta que los dos amigos se dijeron unas palabras que no debían ser olvidadas y que juntos comieron el «alimento que no podía ser digerido»²¹, sin indicar exactamente de qué se trataba. Con ese juramento, los dos muchachos se convirtieron en *andas*, un lazo que se suponía que era incluso más fuerte que el existente entre dos hermanos biológicos, porque los *andas* elegían libremente ese vínculo. Yamuka sería el único *anda* en la vida de Temuyín.

Al siguiente invierno el clan de Yamuka no regresó, y los años sucesivos separaron a ambos muchachos. Este lazo forjado en la infancia, sin embargo, sería posteriormente una gran ventaja y un importante obstáculo de la ascensión al poder de Temuyín.

A diferencia de la temprana amistad compartida con Yamuka, en su casa Temuyín tenía que soportar la autoridad, a veces intimidatoria, de su medio hermano mayor, Begter, lo que dio lugar a una rivalidad que se hizo más intensa a medida que ambos fueron entrando en la adolescencia. La vida familiar de los pastores mongoles de la época estaba gobernada por una estricta jerarquía, al igual que ocurre en la actualidad. Para hacer frente a los numerosos peligros que surgían en la vida cotidiana, bien fueran

²¹ *La historia secreta*, #201.

por la dura climatología o por los predadores que los rodeaban, los mongoles desarrollaron un sistema basado en la obediencia absoluta de los hijos a sus progenitores. En ausencia del padre, independientemente de si era por unos días o por unos meses, el primogénito de la familia asumía su papel²². El hijo mayor tenía derecho a controlar todos los actos de sus hermanos, a asignarles la tarea que creyera conveniente y a tomar de ellos lo que desease así como a hacerles entrega de lo que quisiera. Ejercía un poder absoluto.

Begter era algo mayor que Temuyín, y poco a poco, después del asesinato de su padre, empezó a ejercer las prerrogativas de poder propias de un primogénito. En un relato que sólo aparece en la *Historia secreta*, la animosidad de Temuyín se manifestó en un episodio que, en un primer momento, podría parecer bastante trivial. Begter, según se cuenta, se apoderó de una alondra a la que Temuyín había alcanzado con una flecha. Probablemente la cogiera con la única pretensión de demostrar que él era el cabeza de familia; de ser así, más le habría valido no ejercer de ese modo su dominio. Poco tiempo después, Temuyín y Jasar, hermano menor suyo de

²² La lengua mongola refleja la importancia de los primogénitos y cuenta con términos distintos para designar al primogénito, ya sea varón (*aj*) o mujer (*egch*). En cambio, los hermanos menores quedan reagrupados, independientemente de su sexo, bajo un mismo término (*düü*). El *aj* «primogénito», fue tan importante que su título acabó siendo sinónimo de jefe de un núcleo familiar o pequeño grupo. En el caso de hermanos de los mismos padre y madre, la jerarquía se establecía de manera lógica: por orden de nacimiento. Pero en el caso de los hermanastros, dependía de diversos factores, entre otros, y de modo especial, de la categoría de las respectivas madres.

padre y madre, fueron a pescar al río Onon con sus dos medio hermanos, Begter y Belgutei. Temuyín atrapó un pez pequeño, pero sus medio hermanos se lo cogieron de las manos. Enfadados y frustrados, Temuyín y Jasar fueron corriendo a su madre para contarle lo ocurrido. En lugar de ponerse de parte de sus hijos, sin embargo, Hoelun se puso del lado de Begter, diciéndoles que lo que debían hacer era preocuparse por sus enemigos, los tayichiud, que los habían abandonado, en lugar de pelearse con sus hermanos mayores.

El hecho de que Hoelun se pusiera del lado de Begter presagiaba un futuro que su hijo no podía aceptar. Como primogénito, Begter no sólo podía dirigir la vida de sus hermanos, sino que tenía una serie de importantes prerrogativas, entre otras el acceso sexual a cualquier viuda de su padre, con la excepción de la mujer que fuera su madre. Como viuda que no había sido desposada por uno de los hermanos de su difunto esposo, Hoelun tenía muchas probabilidades de convertirse en concubina de Begter, puesto que no era su hijo biológico.

En esos momentos de tremenda tensión y desasosiego en el seno de la familia, Hoelun recordó enfadada a sus hijos la historia de Alan *la Hermosa*, la antepasada de la que descendía el linaje de los mongoles, que tuvo varios hijos después de que su esposo falleciera y la dejara viviendo con un hijo adoptivo. El significado de esa historia parecía claro; Hoelun iba a aceptar a Begter como esposo cuando éste tuviera edad suficiente, convirtiéndolo así en cabeza de familia en todos los sentidos. Temuyín, sin embargo, no quiso

tolerar esa situación. Tras el duro enfrentamiento emocional con su madre por culpa de Begter, apartó de un manotazo la cortina de fieltro que cubría la entrada de la tienda, un gesto sumamente ofensivo en la cultura mongola, y encolerizado salió a toda prisa, seguido de Jasar, su hermano menor.

Los dos hermanos encontraron a Begter sentado sobre un pequeño otero, contemplando en silencio la estepa, y se acercaron a él cautelosamente arrastrándose por la hierba. Temuyín ordenó a Jasar, que era el mejor tirador de la familia, rodear el montículo y situarse delante, mientras él subía por detrás. Agazapados, fueron llegando hasta Begter como quien acorrala a un ciervo que se ha detenido a descansar o a una gacela que está pastando. Cuando estuvieron a la distancia deseada, colocaron sigilosamente una flecha en los arcos y se levantaron de repente apuntando hacia Begter. Éste no salió corriendo, ni siquiera hizo ademán de defenderse; tampoco se dignaría a mostrar miedo alguno ante sus dos hermanos menores. Los reprendió en los mismos términos que su madre, indicándoles que su verdadero enemigo era el clan de los tayichiud, y se cuenta que les dijo: «No soy yo la pestaña que os irrita el ojo, ni soy el estorbo en vuestra boca. Sin mí, no tenéis más compañero que vuestra sombra». Se sentó con las piernas cruzadas y permaneció inmóvil mientras sus dos hermanos seguían acercándose a él. Pese a saber perfectamente el destino que le aguardaba, Begter no quiso pelear. En cambio les pidió una última cosa: que no mataran a Belgutei, su hermano menor de padre y madre.

Sin dejar de mantener la distancia, Temuyín y Jasar dispararon sus flechas contra Begter, el primero a la espalda y el segundo al pecho. Evitaron acercarse a él para no correr el riesgo de contaminarse con su sangre, que corría por el suelo, y marcharon de allí abandonándolo a su suerte. El autor de la *Historia secreta* no cuenta si la muerte no tardó en llegarle o fue desangrándose poco a poco en una larga agonía. Según la tradición de los mongoles, la sangre y la muerte son temas tabúes, pero ese asesinato fue considerado un episodio tan importante de la vida de Temuyín, que fue recogido en detalle.

Se cuenta que cuando Temuyín y Jasar regresaron a casa, Hoelun leyó inmediatamente en sus rostros lo que habían hecho, y que gritó a su primogénito: «¡Destructor! ¡Destructor! Saliste de mi seno empuñando un coágulo de sangre»²³. Luego reprendió a Jasar, exclamando: «¡Y tú eres como un perro salvaje que devora su propia placenta!». Descarga su rabia irrefrenable contra Temuyín en lo que constituye uno de los monólogos más largos de la *Historia secreta*, en el curso del cual, en repetidos insultos, compara a sus hijos con animales: «como una pantera que ataca, como un león descontrolado, como un monstruo que engulle viva a su presa». Al final, exhausta, repite la misma advertencia que anteriormente les había hecho Begter, como si se tratara de una maldición: «Ahora no tenéis más compañero que vuestra sombra».

²³ *La historia secreta*, #87.

En aquella edad tan temprana Temuyín ya había jugado al juego de la vida, no sólo por una simple cuestión de honor o prestigio, sino para ganar. Abatió a su hermano como a una presa de caza, del mismo modo en que posteriormente demostraría su genio al convertir el arte de la cinegética en tácticas bélicas. El hecho de colocar a Jasar, el mejor tirador, delante, mientras él permanecía detrás, era también una demostración de su perspicacia táctica. Como el caballo que quiere ser el primero en todas las carreras, Temuyín había decidido que él iba a ir a la cabeza, no en segundo puesto. Para poder ocupar ese lugar, no dudó en violar las costumbres, desafiar a su madre y acabar con la vida de quien se interpusiera en su camino, aun cuando se tratara de un miembro de su familia.

Si bien la muerte de Begter lo había librado de estar sometido al dominio de su medio hermano, Temuyín había cometido una acción prohibida que ponía a su familia todavía más en peligro. Debían abandonar inmediatamente la región, y así lo hicieron. Siguiendo la tradición de los mongoles, dejaron que el cadáver de Begter se pudriera al aire libre y evitaron volver a ese lugar mientras quedase algún rastro de él. Como habían pronosticado Begter y Hoelun, Temuyín se encontraba ahora sin ningún protector ni aliado, y no tardarían en darle caza. Era el cabeza de una familia, pero también estaba en peligro porque se había convertido en un renegado.

Hasta entonces la familia de Hoelun había sido una banda de proscritos, pero no de criminales. Aquel asesinato lo cambiaba todo y daba a quien lo deseara una excusa para salir a cazarlo. Los

tayichiud se consideraban el clan aristócrata del río Onon y enviaron a un grupo de guerreros contra Temuyín para castigarlo por haber cometido un asesinato en su territorio y anticiparse a lo que pudiera hacer a continuación. Sin un lugar en la estepa en el que poder refugiarse, Temuyín huyó en busca de la seguridad de las montañas, pero al final sus perseguidores dieron con él. Los tayichiud lo llevaron de vuelta a su campamento principal donde, en un intento de romper su voluntad, lo sujetaron a una canga, un instrumento de tortura parecido a un yugo, que le permitía andar, pero le inmovilizaba las manos e impedía que pudiera comer e incluso beber por sí solo. Cada día una familia distinta asumía la responsabilidad de vigilarlo y cuidar de él.

Los tayichiud disponían de diversas familias de linajes subordinados, además de prisioneros de guerra, que vivían con ellos como criados, y a esas familias de sirvientes fue entregado el joven asesino en calidad de prisionero. A diferencia de los tayichiud, que lo trataban con desprecio, Temuyín encontraba comprensión y alivio entre esas familias cuando al anochecer lo trasladaban a sus *gers*. Lejos de la vista de los cabecillas del clan, no sólo compartían su comida con él, sino que, según cuenta un destacado episodio de la *Historia secreta*, una anciana curó con esmero las heridas en carne viva que la canga dejaba en su cuello. Los niños de esa familia convencieron también a su padre de que hiciera caso omiso de las órdenes recibidas y le sacara la canga por la noche para que pudiera descansar más aliviado.

La historia de la huida de Temuyín de esa situación imposible

constituye un testimonio más de su carácter, que marcaría su ascensión al poder. Un día que los tayichiud se emborracharon y habían asignado su vigilancia a un muchacho físicamente débil e ingenuo, el cautivo, haciendo un brusco movimiento, golpeó violentamente al joven en la cabeza con la canga y lo dejó sin sentido. En vez de escapar a pie por la estepa con la canga puesta y dirigirse hacia una muerte casi segura, Temuyín se ocultó entre unos espesos matorrales de un río cercano. Poco después de que se emprendiera su búsqueda, fue descubierto por el padre de la familia que lo había tratado con tanta amabilidad. En lugar de dar la señal de alarma, el anciano le dijo que huyera al caer la noche. Cuando oscureció el joven abandonó el río, pero no escapó. Sigilosamente se dirigió a la *ger* del anciano y entró en la tienda, para horror, y peligro, de la familia. Pero a pesar del gran riesgo que corrían sus vidas, los forzados anfitriones le sacaron la canga, y la quemaron y lo ocultaron entre unos montones de lana hasta el día siguiente, cuando los tayichiud reanudaron la búsqueda. Aquella noche le hicieron seguir su camino y, pese a su extrema pobreza, le cocinaron un cordero y le dieron un caballo con el que consiguió eludir a sus perseguidores durante el largo viaje de regreso al distante y aislado campamento de su madre.

No cabe duda de que Temuyín debía de tener un atractivo o carisma especial para que una familia pobre arriesgara la vida y lo ayudara, dándole unos bienes tan preciados. Por su parte, esta humilde familia también le impresionó profundamente. Los tayichiud, a los que le unían estrechos lazos de parentesco, otrora habían

abandonado a su familia a una muerte segura y ahora parecían deseosos de acabar con su vida. Esta otra familia, con la que no estaba unido por ningún lazo de parentesco, no dudó en arriesgar la vida para ayudarlo. Al parecer, este episodio inspiró en Temuyín no sólo una gran desconfianza de la gente de más rango y poder, sino que también le inculcó la convicción de que algunas personas, incluso no pertenecientes a su clan, podían de hecho ser merecedoras de la mayor confianza como cualquier otro pariente. Posteriormente, a lo largo de su vida, Genghis Khan juzgaría a los demás principalmente por sus acciones, no por sus lazos de parentesco, un concepto verdaderamente revolucionario en la sociedad de las estepas.

La tradición y las fuentes mongolas hablan sólo de este breve período de cautiverio y esclavitud de Temuyín, pero un cronista chino de la época escribió que en realidad fueron más de diez los años que pasó esclavizado²⁴. Tal vez fuera esclavizado en más de una ocasión, o quizás este episodio de su vida duró mucho más tiempo que lo que da a entender la *Historia secreta*. Algunos especialistas sospechan que el hecho de atribuirle un período tan largo de esclavitud probablemente se deba a la ausencia manifiesta de información detallada relativa a su infancia. En los años

²⁴ «Meng-Ta Pei-Lu ausführliche Aufzeichnungen über die Mongolisches Tatan von Chao Hung, 1221», en Peter Olbricht y Elisabeth Pinks, *Meng-Ta Pei-Lu und Hei-Ta Shih-Lüe; Chinesische Gesandtenberichte über die frühhen Mongolen 1221 und 1237*, Otto Harrassowitz Weibaden, 1980, p. 12.

siguientes, esa época de esclavitud sería para Genghis Khan un episodio vergonzoso de su vida, pero lo más importante es que se convertiría en un peligro tremendo para los descendientes de las familias que lo habían esclavizado. Prácticamente todos los personajes vinculados a este episodio tenían buenas razones para ocultar esa relación, y el hecho de hacer que pareciera más corto probablemente era más acorde con la sensibilidad de los mongoles que raramente solían hablar de lo malo y preferían hacer hincapié en la naturaleza heroica de la huida.

En 1178 Temuyín cumplió dieciséis años. No había visto a la que tenía que ser su esposa, Borte, desde la muerte de su padre ocurrida siete años antes, pero tenía la suficiente seguridad de que saldría en su búsqueda y lograría encontrarla. Acompañado de su medio hermano Belgutei, se dirigió hacia el sur siguiendo el curso del río Jerlen en busca de la familia de Borte. Cuando encontraron la *ger* del padre de la joven, Dei-sechin, Temuyín tuvo la agradable sorpresa de saber que la joven seguía esperándolo, aun cuando a sus diecisiete o dieciocho años empezaba a superar la edad habitual de contraer matrimonio. Deisechin conocía los problemas que había tenido Temuyín con el clan de los tayichiud, pero seguía viendo bien la unión de su hija.

Temuyín y Belgutei partieron de vuelta a casa acompañados de Borte. Según la tradición, una nueva esposa debía llevar una prenda de vestir como regalo a los padres de su esposo cuando iba a vivir con ellos. Para los nómadas los regalos voluminosos son poco prácticos, pero una prenda de vestir de buena calidad es señal de

prestigio y resulta sumamente práctica. Borte llevó un abrigo de la piel más preciada en las estepas, marta cibelina negra. En circunstancias normales, Temuyín habría ofrecido semejante regalo a su padre, pero en ausencia de éste, pensó obtener una mayor ventaja de la entrega del abrigo. Decidió utilizarlo para recuperar una vieja amistad de su padre y establecer de ese modo una alianza que pudiera ofrecer cierta seguridad para él y su familia ahora que ésta estaba creciendo.

Ese viejo amigo de su progenitor era Torghil, que más tarde sería conocido comúnmente como Ong Khan, de la tribu de los keraítas que vivían en una de las zonas más exuberantes de las estepas, situada en Mongolia central, entre el río Orjon y la Selva Negra de alerces que se extendía a orillas del río Tuul. A diferencia de los dispersos linajes y clanes de los mongoles, los keraítas constituían una poderosa confederación tribal que abarcaba a un gran grupo de tribus unidas bajo un único kan. La gran extensión de territorio que ocupaba la estepa al norte del Gobi estaba, por aquel entonces, dominada por tres grandes tribus. La zona central estaba controlada por Ong Khan y los keraítas, el oeste por la tribu de los naimanos y su caudillo, Tayang Khan, y los tártaros ocupaban la región del este en calidad de vasallos de los yurchen del norte de China y su jefe, Altan Khan. Los caudillos de las tres grandes tribus establecían y rompían alianzas y libraban batallas con las tribus más pequeñas que habitaban en los territorios fronterizos en un esfuerzo constante por reclutarlas para campañas contra sus enemigos principales. Así pues, el padre de Temuyín, Yesuguei, no

tenía ningún lazo de parentesco con los keraítas, pero en el pasado había sido el *anda* de Ong Khan, con el que había combatido codo con codo contra numerosos enemigos. El vínculo existente entre ambos había sido mucho más estrecho que el de simple patrón y vasallo porque cuando eran muy jóvenes, Yesuguei ayudó a Ong Khan a convertirse en el kan de los keraítas, derrocando al tío de este último, el Gur Khan, o jefe supremo. Además, juntos habían combatido contra los merkitas y habían sido aliados cuando tuvo lugar el nacimiento de Temuyín, durante la campaña de Yesuguei contra los tártaros.

Según la cultura de la estepa, la política venía determinada por los lazos de parentesco entre los varones. Para ser aliados, los hombres debían pertenecer a la misma familia, y de ahí que una alianza entre dos individuos que no estaban relacionados biológicamente tuviera que transformarse en un parentesco ceremonial o ficticio. De ese modo, como Yesuguei y el que habría de convertirse en caudillo de los keraítas habían sido *andas* o hermanos ceremoniales, Temuyín intentaba entonces ser acogido como hijo por el anciano. Con la entrega a Ong Khan del regalo nupcial, Temuyín lo reconocía como padre; y si Ong Khan lo aceptaba, reconocía a Temuyín como hijo suyo y, por lo tanto, le concedía su protección. Para la mayoría de los hombres de la estepa, esas formas de parentesco ceremonial eran un añadido a las relaciones familiares reales, pero para Temuyín ya habían resultado más útiles que los lazos existentes entre parientes carnales.

Los keraítas, y los naimanos al oeste, no sólo constituían grandes

unidades políticas, sino culturas más desarrolladas enlazadas, aunque de manera muy provisoria, con las redes comerciales y religiosas de Asia central a través de su conversión al cristianismo varios siglos antes por parte de los misioneros de la Iglesia Asiria de Oriente. Como los nómadas carecían de iglesias y monasterios, la rama tribal del cristianismo afirmaba descender del apóstol Tomás y dependía espiritualmente de monjes errabundos. Practicaban su religión en *gers* transformadas en santuarios y rebajaban el valor de la teología y la rigidez de las creencias en beneficio de una lectura distinta de las Sagradas Escrituras combinada con cuidados médicos generales. Jesús ejercía una gran fascinación en los nómadas porque había sanado a los enfermos y había superado la muerte. En su calidad de único ser humano que había sido capaz de vencer a la muerte, Jesús estaba considerado un importante y poderoso chamán, y la cruz era sagrada, pues simbolizaba las cuatro direcciones del mundo. Como pueblo pastoral, las tribus de las estepas se sentían sumamente cómodas con las costumbres y las creencias pastorales de las antiguas tribus hebreas que aparecían ilustradas en la Biblia. Tal vez lo más importante fuera que los cristianos comían carne, a diferencia de los budistas, y que al contrario de los musulmanes, a los cristianos no sólo les gustaba beber alcohol, sino que lo prescribían como elemento de presencia obligada de sus servicios de culto.

Tras dejar a su prometida, Borte, con su madre en la *ger*, Temuyín partió acompañado de su hermano, Jasar, y su medio hermano, Belgutei, para llevar el abrigo al cristiano Ong Khan, que gustoso

aceptó el regalo, dando así a entender que reconocía a los tres muchachos como una especie de hijastros. El kan propuso nombrarle jefe local sobre otros jóvenes guerreros, pero en una muestra reveladora de su falta de interés en el sistema tradicional, Temuyín declinó la oferta. Por su parte, parecía querer únicamente la protección del kan para su familia, y con esta pretensión asegurada, él y sus hermanos regresaron a su campamento a orillas del río Jerlen. Allí, el joven novio deseaba disfrutar merecidamente de la compañía de su prometida y de todos los suyos.

Para Temuyín y su familia las numerosas vicisitudes de los años pasados probablemente quedaran atrás ahora que todos tenían edad suficiente para llevar a cabo algún tipo de trabajo. Además de sus hermanos, su núcleo familiar había crecido e incluía a otros dos jóvenes. Boorchu se había unido al grupo tras encontrarse casualmente con Temuyín un día que éste había salido en busca de unos caballos que le habían sido robados; según parece, Yelme había sido entregado a Temuyín por su padre, pero la *Historia secreta* no cuenta el motivo de la cesión. Con esos dos nuevos miembros, el campamento contaba con siete adolescentes para cazar y proteger al grupo. Además de su prometida, Borte, en la familia de Temuyín había otras cuatro mujeres: su hermana, su madre, Hoelun, que era la matriarca, al igual que Sochiguel, la madre de su medio hermano Belgutei, y una anciana de origen desconocido que vivía con el grupo.

Según cuenta la *Historia secreta*, Temuyín habría preferido seguir siendo simplemente el jefe de aquel pequeño clan, pero el mundo

violento de ataques y contraataques tribales que rodeaba a la familia no le permitiría llevar una vida tan idílica. A lo largo de los siglos, durante generaciones y generaciones, las tribus de las estepas se habían acosado despiadadamente unas a otras. El recuerdo de antiguas agresiones seguía siempre vivo. Los daños infligidos a una familia de una tribu servían de autorización para la revancha, y también servían de pretexto para llevar a cabo una incursión incluso después de muchos años. Por muy aislado que quisiera mantenerse, ningún grupo como el de Temuyín podía pasar inadvertido o librarse de entrar en conflictos en aquel mundo de continuos tumultos.

Después de todas las penalidades a las que se había visto sometida su familia, ahora, al cabo de dieciocho años, la tribu de la que la madre de Temuyín había sido secuestrada, los merkitas, decidió vengar aquel atropello, y se presentaron no para reclamar a Hoelun, la viuda que había envejecido luchando en la vida para criar a sus cinco hijos, sino a la joven prometida de Temuyín, Borte, cuya entrega serviría para reparar el secuestro de Hoelun. La alianza que tan astutamente había establecido con Ong Khan resultaría decisiva para la respuesta que el joven Genghis iba a dar a semejante pretensión, y el desafío de los merkitas representaría el contexto decisivo que iba a poner a Temuyín en el camino hacia la grandeza y la gloria.

Capítulo 2

El cuento de los tres ríos

*Enarbolaron la bandera del destino de Chingiz-Khan y se pusieron en marcha.*²⁵

Ata-Malik Yuwaini,

Genghis Khan: The History of the World-Conqueror

Una mañana temprano, mientras la familia dormía en su *ger*, que se alzaba solitaria en una zona aislada de la estepa en la que el curso del río Jerlen alcanza su punto más septentrional, un grupo de jinetes merkitas se aproximaba. La anciana que la familia había acogido descansaba con la cabeza apoyada en el suelo, pero como le ocurre a menudo a muchas personas de edad avanzada, tenía un sueño poco regular y pasaba las últimas horas de la noche despertándose una y otra vez. Cuando los caballos estaban ya cerca, sintió las vibraciones de sus cascos en el suelo. Se despertó bruscamente y comenzó a gritar para avisar a los demás. Los siete muchachos se levantaron de un salto, se pusieron a toda prisa las botas y salieron corriendo hacia sus caballos, que estaban maneados en las proximidades. Temuyín huyó con sus seis

²⁵ Ata-Malik Yuwaini, *Genghis Khan: The History of the World-Conqueror*, trad. Ing. De J. A. Boyle, Seattle, University of Washington Press, 1997, p. 22.

compañeros, su madre y su hermana, dejando atrás a su nueva esposa, a su madrastra, Sochiguel, y a la anciana que les había salvado la vida. En un mundo tribal dominado por la desesperación, en el que la tragedia y la muerte se cernían sobre la vida cotidiana, nadie podía permitirse el lujo de guiarse por códigos artificiales de caballería. La rápida decisión, perfectamente calculada, de dejar a aquellas tres mujeres como botín serviría al menos para detener a los agresores el tiempo suficiente para que los demás lograran escapar. La estepa no ofrecía refugio alguno al grupo de fugados; tendrían que cabalgar mucho para ponerse a salvo en las montañas del norte.

Cuando los asaltantes llegaron a la *ger*, Temuyín y su reducido grupo ya se habían adentrado a galope tendido en la oscuridad de la noche previa al amanecer; sin embargo, los agresores no tardaron en encontrar el carro de bueyes conducido por la anciana en el que iba Borte escondida. Durante varios días, mientras los merkitas merodeaban por las cercanías, Temuyín, desesperado, se vio obligado a desplazarse de un lugar a otro, ocultándose siempre en las laderas y los escondrijos arbolados del monte Buján Jaldún. Al final los merkitas abandonaron la búsqueda y se dirigieron hacia el noroeste, rumbo a su campamento a orillas del lejano Selenga, un río que desemboca en el lago Baikal de Siberia. Como temía que la retirada pudiera ser una trampa para hacerlo salir de su escondite, Temuyín envió a Belgutei y a sus dos amigos, Boorchu y Yelme, a seguir durante tres días a los secuestradores, y asegurarse así de que no volvían sobre sus pasos para sorprenderlo.

Oculto en los bosques del monte Burján Jaldún, Temuyín se enfrentó a la decisión más crucial de su vida: ¿qué iba a hacer en relación al secuestro de su esposa? Podría haber abandonado cualquier esperanza de recuperar a Borte, y ésa habría sido la opción más lógica, pues su pequeño grupo tenía todas las de perder si arremetía contra los poderosos merkitas. A su debido tiempo podría encontrar una nueva esposa, aunque habría tenido que secuestrarla, como su padre había hecho con su madre, porque ninguna familia habría entregado voluntariamente su hija a un joven que ya había perdido a una primera esposa en beneficio de unos hombres más poderosos.

En el pasado, Temuyín había confiado en su intuición para decidir con celeridad la conveniencia de luchar o de huir, pero sus decisiones habían sido tomadas de forma espontánea en respuesta a un peligro repentino o a una oportunidad inesperada. Ahora debía meditar concienzudamente y concebir un plan de acción que iba a determinar toda su vida. Tenía que elegir su propio destino. Como creía haberse salvado gracias a la montaña que lo había escondido, se puso a rezar al espíritu de la montaña. A diferencia de otras tribus de la estepa que habían abrazado las tradiciones de los escriturarios y sacerdotes del budismo, del islam o del cristianismo, los mongoles seguían siendo animistas y dirigían sus oraciones a los espíritus que los rodeaban. Adoraban el Cielo Azul Eterno, la Luz Dorada del Sol y la miríada de fuerzas espirituales de la naturaleza. Dividían el mundo natural en dos partes: la tierra y el cielo. Del mismo modo que el alma humana no residía en las secciones fijas

del cuerpo, sino en la esencia movediza de la sangre, la respiración y el aroma, el alma de la tierra residía en sus movedizas aguas. Los ríos fluían por la tierra como la sangre por el cuerpo, y tres de esos ríos tenían su origen en la montaña en la que se encontraba. Al ser el de mayor altura, el Burján Jaldún, literalmente el «Monte de Dios», era el kan de la región y el lugar terrenal más próximo al Cielo Azul Eterno. Y como lugar de nacimiento de tres ríos, era también el corazón sagrado del mundo mongol.

La *Historia secreta* cuenta que Temuyín, agradecido por haber escapado de una muerte segura a manos de los merkitas, ofreció en primer lugar una plegaria de agradecimiento a la montaña que lo protegía y al sol que surcaba los cielos. Dio las gracias especialmente a la anciana capturada que había salvado a los demás gracias a su fino oído. En señal de agradecimiento a los espíritus que lo rodeaban, siguiendo una tradición de los mongoles, esparció gotas de leche al aire y en el suelo. Después de desatarse el cinto que sujetaba su túnica, se lo colgó alrededor del cuello. El fajín o cinto, que tradicionalmente llevaban sólo los varones, era el centro de la identidad de un hombre mongol. Para Temuyín el hecho de sacarse el cinto de esa manera era como desposeerse de su fuerza y presentarse impotente ante los dioses que lo rodeaban. Luego se sacó el sombrero, colocó una mano en su pecho y cayó al suelo nueve veces en señal de humilde reverencia al sol y a la montaña sagrada.

Para las tribus de la estepa, el poder político y terrenal era inseparable del poder natural, pues ambos surgían de la misma

fuelle, el Cielo Azul Eterno. Para tener éxito y triunfar sobre los demás, un individuo debía recibir primero la fuerza sobrenatural del mundo de los espíritus²⁶. Para que pudiera conducirlo a la victoria y al poder, primero su estandarte del espíritu tenía que estar infundido de fuerza sobrenatural. Los tres días que Temuyín estuvo rezando escondido en el Burján Jaldún marcaron el principio de la larga e íntima relación espiritual que mantendría con este monte y de la protección especial que creía que éste le dispensaba. Esa montaña sería su fuente de energía.

Según parece, en lugar de concederle simplemente el poder, primero el Burján Jaldún ponía a Temuyín a prueba con una difícil elección. Los tres ríos que nacían en la montaña le ofrecían una posibilidad distinta de acción. Podía dirigirse hacia el sureste, siguiendo el curso del río Jerlen, y regresar a la región de la estepa que lo había visto crecer, pero por muchos animales o esposas que consiguiera acumular como pastor, correría siempre el riesgo de perderlo todo en otra incursión de los merkitas, los tayichiud u otra tribu. El río Onon, a orillas del cual había nacido, corría hacia el noreste y representaba otra opción. Como serpenteaba a través de una región más boscosa y aislada que el Jerlen, ofrecía mayor refugio, pero no

²⁶ La etimología de muchísimas palabras mongolas y túrquicas pone de manifiesto una interrelación constante de los poderes físicos y políticos con las fuerzas sobrenaturales. «Kan», el término mongol para designar a su jefe, es muy parecido al término túrquico para chmán, «kam». La chamán mongola recibía el nombre de «idu-kan», mientras que la palabra para designar a los chamanes varones tenía sus raíces en el mismo término utilizado para referirse al luchador o atleta.

los pastos necesarios para los animales. La vida allí habría significado muchos esfuerzos para los miembros de su grupo, como en su infancia, cuando para sobrevivir su familia se había visto obligada a pescar, a atrapar pájaros y a cazar ratas y otros mamíferos pequeños. Habría sido una vida segura, pero sin la posibilidad de prosperar o de obtener honores. La tercera opción consistía en seguir el curso del Tuul, el río que corría hacia el suroeste, e ir a pedir ayuda a Ong Khan, el caudillo al que había regalado el abrigo de marta cibelina. Por aquel entonces, Temuyín había declinado el ofrecimiento de convertirse en cabecilla subordinado a la autoridad de Ong Khan, y ahora, sólo un año después, con la vida que había elegido a cambio convulsionada por la incursión de los merkitas, Temuyín seguía estando poco dispuesto a precipitarse en las guerras intestinas de kanes contra kanes, pero parecía que ése era el único camino si quería recuperar a su prometida.

Aunque había intentado crearse una vida tranquila apartada de las constantes tensiones de las guerras de la estepa, la incursión de los merkitas le había enseñado que simplemente era imposible llevar una vida así. Si no quería vivir como un proscrito, siempre a merced de cualquier asaltante que decidiera presentarse en su campamento, tendría que esforzarse para ocupar un lugar en la jerarquía de los guerreros esteparios; tendría que participar en el duro juego de las guerras constantes del que hasta ahora había pretendido quedar al margen.

Aparte de todas las cuestiones de política, jerarquía y poder

espiritual, Temuyín demostraba la desesperación que le provocaba la ausencia de Borte, la única persona que había traído un poco de felicidad a una corta vida marcada por la tragedia. Aunque se suponía que el hombre mongol no debía mostrar sus sentimientos en público, particularmente en presencia de sus congéneres, Temuyín manifestaba sin reservas el amor que sentía por Borte y el dolor que le causaba su ausencia. Se lamentaba de que los asaltantes no sólo habían dejado vacía su cama, sino que también habían abierto su pecho y partido su corazón.

Temuyín decidió pelear. Encontraría a su esposa o moriría en el intento. Después de esos tres difíciles días de meditación, plegarias y planes en la montaña, siguió el curso del Tuul, rumbo al sur, en busca del campamento de Ong Khan para pedirle ayuda. Pero no lo hizo como un proscrito solitario, sino como el hijo legítimo que ya había ofrecido al poderoso caudillo un valioso abrigo de marta y su lealtad.

Cuando Temuyín encontró a Ong Khan y le dijo que quería emprender una incursión contra los merkitas, el anciano caudillo no vaciló en prestarle ayuda. De no haber querido pelear, habría podido fácilmente negarse y ofrecer a Temuyín otra esposa, elegida entre las mujeres de su campamento. El anciano kan, sin embargo, tenía una vieja cuestión pendiente con los merkitas, y la petición de Temuyín le ofrecía un pretexto para atacar y saquearlos de nuevo.

Ong Khan envió a Temuyín a buscar los refuerzos de un joven jefe mongol aliado de los kanes que había demostrado ser un buen guerrero y había reunido un gran número de seguidores. El hombre

en cuestión no era otro que Yamuka, el *anda* de Temuyín, del clan de los yadaran. Yamuka aceptó inmediatamente la llamada de su kan para ayudar a su joven hermano de sangre a luchar contra los merkitas. Juntos formarían el ejército ideal de las estepas, con Ong Khan al mando del flanco derecho (el ala oeste) y Yamuka al mando del izquierdo (el ala este). Los hombres de Ong Khan y Yamuka se unieron a la pequeña banda de Temuyín en la fuente del río Onon, junto al Burján Jaldún, desde donde tuvieron que atravesar las montañas y descender a las estepas en dirección al lago Baikal para adentrarse en territorio enemigo a orillas del río Selenga.

En su corta vida, Temuyín había sobrevivido a situaciones muy difíciles, pero no había participado en una verdadera incursión. En este asalto, aunque al final acabara en derrota, demostraría estar a la altura de las circunstancias. Unos merkitas, que habían salido a cazar de noche en las montañas, vieron al ejército agresor y regresaron a toda prisa para dar la señal de alarma en su campamento, donde llegaron poco antes de que lo hicieran los jinetes invasores. Por seguridad, los merkitas emprendieron la huida río abajo, pero el pánico hizo mella en la larga fila de campamentos. Se cuenta que, cuando los agresores empezaron a saquear las *gers* de los merkitas, Temuyín corría de un campamento a otro de los que quedaban gritando el nombre de Borte, pero ésta, que había sido entregada como esposa a un viejo guerrero merkita, había montado en un carro y se había alejado de la batalla. La joven no sabía quién atacaba su nuevo hogar y no quería ser secuestrada por segunda vez; no había ninguna razón que pudiera hacerle

pensar que aquel asalto había sido organizado para rescatarla.

La *Historia secreta* describe en detalle cómo de repente, en medio de la confusión y el caos que la rodeaban, Borte oyó una voz gritar su nombre, y la reconoció. Saltó de su carro y corrió en la oscuridad hacia aquella voz. A lomos de su caballo, Temuyín se movía frenéticamente de un lado a otro y buscaba a su prometida en la noche sin dejar de gritar una y otra vez su nombre. Su inquietud era tanta que no se percató de que la joven venía corriendo hacia él, y cuando Borte asió las riendas de su caballo y se las arrebató de las manos, Temuyín estuvo a punto de golpearla, pero al reconocerse, «se echaron uno en brazos de otro» y se fundieron en un emocionado abrazo.

Aunque las otras dos mujeres no pudieron ser rescatadas, Temuyín había recuperado a su esposa, y eso era lo que importaba ahora. Había infligido a los merkitas el mismo dolor que ellos le habían provocado, y ya estaba preparado para regresar a casa. La *Historia secreta* cuenta que el joven Temuyín se dirigió a las tropas de asalto y dijo: «Hemos vaciado sus pechos... Y hemos vaciado sus camas... Y hemos acabado con los hombres y sus descendientes... Y hemos capturado y robado a los que quedaban... Como hemos dispersado a los merkitas, emprendamos ya la retirada»²⁷. Una vez derrotados los merkitas, y tras el emotivo encuentro de Borte con Temuyín, es

²⁷ Francis Woodman Cleaves (trad.), *The secret History of the Mongols*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1982, par. 113, pp. 47-48.

probable que la pareja nuevamente unida, con sus apenas veinte años, esperaran poder vivir felices juntos, al menos durante algún tiempo. Pero como sucede a menudo en la vida, la solución de un problema puede crear otra contrariedad. Temuyín se enteró de que Borte estaba encinta. Tras este episodio, la *Historia secreta*, en lugar de describir la tremenda felicidad de la pareja por haberse reunido de nuevo, cae en el más absoluto mutismo y no cuenta nada de la vida de los esposos durante todo el embarazo. La política mongola de los siguientes cien años se vería afectada por este silencio y se haría eco de él en un largo debate acerca de quién fue el padre biológico del primogénito de la joven. Borte tuvo a su primer hijo en 1179, y Temuyín llamó al niño Yochi, que significa «huésped» o «invitado». Muchos especialistas consideran este hecho una prueba de que Temuyín no creía que la criatura fuera suya, pero también pudo haberle puesto ese nombre simplemente para dar a entender que todos eran huéspedes de la banda de Yamuka en el momento de su nacimiento.

En cambio la *Historia secreta* sí se explaya en la alianza que Temuyín renueva con Yamuka. Tras el dramático rescate de Borte, Temuyín decidió unir su pequeño campamento al de Yamuka y sus numerosos seguidores, y condujo a su banda hasta allí, en una fértil región llamada el valle de Jorjonag, situada entre el Onon, su río ancestral, y el Jerlen.

Por tercera vez en sus cortas vidas, los dos jóvenes hicieron su juramento de hermandad. En esta ocasión se prometieron amistad eterna como dos adultos en una ceremonia pública a la que

asistieron sus seguidores en calidad de testigos. De pie, ante un árbol al borde de un barranco, los dos hombres se intercambiaron sendos fajines dorados y veloces caballos. Con el intercambio de las dos prendas de ropa, ambos compartían su olor corporal y, por lo tanto, la esencia de su alma; el fajín, en concreto, encarnaba el símbolo de su hombría. Juraron en público «amarnos el uno al otro»²⁸ y hacer de sus dos vidas una sola para no abandonarse nunca. Celebraron su compromiso con un festín, en el que corrió mucha bebida, y simbolizaron su hermandad durmiendo separados de los demás bajo una única manta, como hacían los hermanos de verdad.

Al alejar a su reducido grupo lejos de la protección de las montañas, para trasladarlo a la estepa junto al de Yamuka, Temuyín cambiaba su vida de cazador por la de pastor. Aunque él siempre amaría la cinegética, su familia nunca más volvió a depender de la caza para subsistir y, al formar parte del grupo de Yamuka, pudo disfrutar de un mayor nivel de vida con un abastecimiento de carne y productos lácteos más regular y abundante. Temuyín tenía mucho que aprender de la gente de Yamuka acerca del sistema de vida de los pastores, en el que todos los aspectos de la rutina anual se regían por unas costumbres perfectamente establecidas y el conocimiento especializado de los animales giraba en torno a la cría y el manejo

²⁸ Urgunge Onon (trad.), *The History and the life of Chinggis Khan (The Secret History of the Mongols)*, Leiden, E. J. Brill, 1990, #117

de reses, yaks, caballos, cabras, ovejas y camellos, los llamados Cinco Hocicos, pues los mongoles no distinguían entre yaks y reses. Todos los animales ofrecían, además de alimentos, una serie importantísima de materiales imprescindibles para la subsistencia. Por su parte, el caballo era considerado el aristócrata del grupo, y sólo era utilizado como montura, no para trabajar.

Ni que decir tiene que, dadas las constantes disputas entre los diversos clanes, al unirse con Yamuka, Temuyín también elegía una vida de guerrero de las estepas, papel en el que sobresaldría. Su relación de *andas* supuso para Temuyín ocupar un estatus especial entre la jerarquía más extensa, de modo que su integración no fue la de un partidario más, y durante un año y medio, según cuenta la *Historia secreta*, se sintió satisfecho con el liderazgo de Yamuka y aprendiendo de él. Pero tal vez para un hombre joven que había preferido acabar con la vida de su medio hermano antes de someterse a su dominio, una situación así acabaría por volverse insostenible en cualquier caso, y en el de Temuyín en concreto intervendrían también las viejas costumbres de la estepa relacionadas con la jerarquía de castas.

En la jerarquía de los parentescos los linajes eran identificados como huesos. Los más estrechamente relacionados, en los que el matrimonio mixto estaba prohibido, eran calificados de huesos blancos. Los llamados huesos negros eran los linajes con un menor grado de parentesco y tenían permitido celebrar matrimonios mixtos. Como estaban emparentados, todos los linajes afirmaban descender de un personaje importante, pero la fuerza de su

pretensión dependía de su capacidad para imponerla. Temuyín y Yamuka eran primos lejanos, pero de distintos huesos, pues, aunque remontaban sus orígenes a una sola mujer, ésta había tenido dos maridos. Yamuka descendía de su primer esposo, un pastor de las estepas, y Temuyín del segundo, un cazador de los bosques conocido en la tradición oral como Bodonchar *el Loco*, que raptó a la mujer tras asesinar a su marido. De acuerdo con su genealogía, Yamuka podía hacer valer que, como descendiente de un primogénito hijo de un hombre de la estepa, su linaje era de mayor rango. Este tipo de historias son empleadas en la sociedad de las estepas cuando conviene para hacer hincapié en los lazos de parentesco, pero también constituyen un pretexto para declarar hostilidades, y en la relación existente entre ambos serviría para las dos cosas. Los lazos de parentesco no eran en realidad un factor determinante de las relaciones, sino una vía a través de la cual los individuos reclamaban, negociaban y hacían valer su condición social.

Mientras Temuyín formara parte de la banda de Yamuka, la familia de este último sería considerada un hueso blanco, y el primero formaría parte de los lejanos parientes huesos negros. Sólo si Temuyín establecía su propia banda en torno a sí y a su linaje, podría ser considerado un hueso blanco. El futuro caudillo continuó aceptando el liderazgo de su amigo, pero, según indica la *Historia secreta*, con el paso de los meses Yamuka empezó a tratarlo más como un hermano menor que como un *anda*, y hacía siempre hincapié en que su clan descendía del primogénito de la antepasada

que ambos tenían en común. Como hemos visto por sus relaciones familiares, Temuyín no era un hombre que soportara durante mucho tiempo ser tratado como un inferior, y esta situación no tardó en resultarle insostenible.

La *Historia secreta* cuenta que, a mediados del mes de mayo de 1181, Yamuka ordenó levantar el campamento de invierno, y el grupo emprendió la marcha hacia las distantes tierras de pastos. Los dos amigos cabalgaban juntos, como de costumbre, al frente de una larga fila de seguidores con sus animales²⁹. Pero ese día el primero decidió que ya no deseaba compartir su posición a la cabecera con su lejano pariente. Tal vez se diera cuenta de que Temuyín se había hecho muy popular entre los miembros de su banda, o quizá simplemente se hartara de su presencia. Yamuka le dijo a Temuyín que él en persona se encargaría de llevar los caballos y que acamparía junto a las montañas, mientras que éste debía llevar las ovejas y las cabras y acampar cerca del río. Yamuka, en su calidad de hueso blanco, parecía reafirmar su autoridad como pastor de caballos, y trataba a su *anda* como un pastorcillo cualquiera de uno de los linajes de los huesos negros.

Según la *Historia secreta*, cuando Temuyín recibió esa orden, se dirigió inmediatamente a la cola de la caravana, donde se encontraban su familia y sus animales, y consultó con Hoelun.

²⁹ Para una interpretación distinta de las relaciones de clase existentes entre los dos hombres, véase Boris Y. Vladimirtsov, *The life of Chinggis-Khan, trad. Ing del príncipe D. S. Mirsky, Nueva York, Benjamin Blon, 1930.*

Parecía confundido y dudaba de cuál debía ser su respuesta. Sin embargo, cuando Borte oyó lo que le contaba a su madre, interrumpió su conversación y, enojada por lo que estaba ocurriendo, instó a su esposo a romper con Yamuka y a que su grupo se estableciera por su cuenta, acompañado de todos aquellos que quisieran seguirles. Más tarde, al anochecer de aquel mismo día, cuando Yamuka se detuvo para levantar el campamento y descansar, Temuyín y su pequeño séquito huyeron en secreto y siguieron avanzando toda la noche para alejarse lo más posible de Yamuka por si éste decidía perseguirlos. Bien premeditadamente, bien por una decisión espontánea, lo cierto es que muchos de los seguidores de Yamuka escaparon también llevándose, como era de esperar, sus animales con ellos. A pesar de la escisión que había sufrido su banda, el jefe de los yadاران no fue tras ellos.

La grieta que se abrió en la relación de los dos jóvenes aquella noche de comienzos del verano de 1181 derivó en dos décadas de guerras que se sucedieron a medida que ambos fueron abriéndose paso como grandes caudillos mongoles y dio lugar a una enemistad encarnizada. Tras romper con Yamuka a los diecinueve años de edad, parece que Temuyín tomó la firme determinación de convertirse en un jefe guerrero, reclutar a sus propios seguidores, establecer un centro de poder y, al final, erigirse como kan, como líder y unificador de la ingobernable tribu de los mongoles. Yamuka sería su adversario y el principal obstáculo para la consecución de sus objetivos, y su enemistad llevaría gradualmente al pueblo mongol a la guerra civil. Los dos rivales pasarían los veinticinco

años siguientes robándose uno a otro mujeres y animales, atacando y matando a los partidarios del contrario y poniendo todo su empeño en lograr imponerse como único caudillo de los mongoles.

En los años sucesivos ambos jefes se hicieron con numerosos seguidores entre las familias y los clanes del pueblo mongol por medio de una serie de alianzas efímeras y de lealtades pragmáticas que cambiaban constantemente; sin embargo, ninguno de los dos fue capaz de unir todos los linajes en una sola tribu, como habían hecho los keraítas, los tártaros y los naimanos. Según su tradición oral, otrora los mongoles habían estado unidos bajo un único kan; pero en las últimas décadas nadie había conseguido mantener esa antigua unidad. En el verano de 1189, año del Gallo, al cabo de ocho años de su ruptura con Yamuka, Temuyín, que a la sazón ya había cumplido los veintisiete, decidió reclamar el título de kan, caudillo de los mongoles, con la esperanza de atraer así a más partidarios de Yamuka, y con ello hacer de su pretensión una profecía autocumplida. De no lograrlo, al menos provocaría entre los dos rivales un enfrentamiento crucial que resolviera las pretensiones de ambos.

Temuyín reunió a sus seguidores en una estepa junto al lago Azul, a los pies de la montaña del Corazón, donde celebraban su asamblea tradicional, la *juriltai*. Las familias, los linajes y los clanes votaban simplemente asistiendo al acto: su presencia era una especie de confirmación oficial del nombramiento de Temuyín como kan, y su ausencia todo lo contrario. La obtención de la mayoría simple suponía la victoria. En una ocasión como ésa, generalmente se

elaboraba una lista que era memorizada para verificar la elección, pero se desconoce el número final de votos favorables, lo que probablemente sea indicativo de un modesto resultado. Buena parte de los linajes de la estepa, tal vez la mayoría, seguía apoyando a Yamuka.

La tribu de Temuyín, que a la sazón estaba formada por su propia familia, una fiel camarilla de amigos y unas cuantas familias más, era pequeña en comparación con las demás tribus de la estepa, y él no había dejado de ser vasallo de Ong Khan. Para demostrar que con su nuevo título no pretendía desafiar a su señor, envió un legado al jefe de los *keraitas* para reconfirmar su lealtad y solicitar su bendición. Este mensajero explicó concienzudamente que todo lo que Temuyín pretendía era unir a los desparramados clanes mongoles bajo la autoridad de Ong Khan y su tribu. Ong Khan estuvo de acuerdo, aunque en realidad, como poco le importaba la unificación de los mongoles si éstos le seguían siendo leales, quería mantener divididos a sus vasallos. Al fomentar la ambición de Yamuka y Temuyín, jugaba a enfrentar a los dos rivales con el fin de prolongar su debilidad y tenerlos bajo su control como kan de los *keraitas*.

Tras recibir el apoyo que consideraba apropiado para ejercer como kan de un pequeño grupo, Temuyín empezó un proceso radical de construcción de una nueva estructura jerárquica en el seno de su tribu, para lo cual se guió por las lecciones aprendidas en su juventud. El complejo de las *gers* de un jefe, que hacía la función de centro tribal o corte, recibía el nombre de *ordu*, u *horda*. En la

mayoría de las tribus de la estepa, la *ordu* del kan estaba constituida por los parientes de éste y era una especie de aristocracia que estaba por encima del resto de la tribu, a la cual dirigía y gobernaba. Sin embargo, Temuyín asignó numerosas responsabilidades a varios de sus seguidores, y para ello tuvo en cuenta las dotes y la fidelidad del individuo sin importarle los lazos de parentesco. Para los cargos más importantes, los de ayudante personal, eligió a sus dos primeros seguidores, Boorchu y Yelme, que durante más de diez años le habían demostrado su lealtad incondicional. Genghis Khan desarrolló un talento especial a la hora de reconocer las dotes de una persona y supo asignar acertadamente la labor que más se adecuaba a las capacidades de cada individuo, prescindiendo de su genealogía.

Los primeros nombramientos recayeron en hombres de confianza que debían encargarse de la cocina, un trabajo que consistía principalmente en sacrificar a los animales, despedazarlos y manejar grandes calderones para cocer la carne, pero que Temuyín consideraba su primera línea de defensa debido al miedo que sentía de morir envenenado como su padre. Otros seguidores suyos se convirtieron en arqueros, y a varios les encomendó el cuidado del ganado, al que a menudo había que trasladarlo muy lejos del campamento principal. Entre otros guerreros, nombró a su hermano, el fuerte y robusto Jasar, vigilante del campamento, y a su hermanastro, Belgutei, responsable de la gran reserva de caballos castrados que utilizaban para montar, situada cerca del campamento principal. También creó una guardia de corps de élite

compuesta por ciento cincuenta hombres: setenta guerreros de día y ochenta de noche, encargados de vigilar su campamento las veinticuatro horas del día. Bajo Temuyín, la administración de la naciente tribu de los mongoles se convirtió en una extensión de su propia familia.

A pesar de que Temuyín consiguió ser reconocido como kan y estableció su propia corte administrativa, Yamuka seguía al mando de su grupo de partidarios y tenía el firme propósito de oponerse al nombramiento de su antiguo compañero como caudillo de todos los clanes mongoles. Para Yamuka y los aristocráticos linajes de los huesos blancos, Temuyín no era más que un insolente advenedizo al que los huesos negros idolatraban, pero que necesitaba recibir una lección y debía ser puesto de nuevo en su lugar. En 1190, apenas un año después de la elección de Temuyín, Yamuka utilizó el asesinato de uno de sus parientes a manos de un partidario del clan rival en el curso de un saqueo de ganado como pretexto para llamar a todos sus seguidores a la guerra. Cada bando reunió sendos ejércitos, probablemente formados sólo por algunos centenares de hombres, aunque los cálculos no pasan de ser simples conjeturas. En la batalla que se entabló, las fuerzas de Yamuka infligieron una derrota rotunda a los seguidores de Temuyín en las estepas. Con el fin de impedir que pudieran reagruparse contra él, a continuación Yamuka perpetró una de las venganzas más crueles que se habían visto en la estepa. En primer lugar mandó cortar la cabeza de uno de los jefes capturados y la hizo atar a la cola de su caballo. La laceración y la sangre vertida de

la cabeza, la región más sagrada del cuerpo desde el punto de vista ritual, eran como una profanación del alma del difunto, y el hecho de atarla a la parte más obscena del caballo suponía una deshonra para toda su familia.

Según se cuenta, luego Yamuka hirvió vivos en grandes calderos a setenta jóvenes cautivos, una forma de morir que habría destruido las almas de los desgraciados, aniquilándolos por completo. Como el siete es un número de fatalidades para los mongoles, este episodio de los setenta calderos probablemente no fuera más que una forma de acentuar el efecto dramático del relato, pero la *Historia secreta* pone de relieve que, independientemente de lo que hiciera al final, después de su victoria Yamuka horrorizó a todo el mundo, lo cual fue en perjuicio de su propia imagen. Esta demostración suya de crueldad injustificada no hizo más que agudizar la profunda división existente entre los viejos linajes aristocráticos, que se basaban en el poder heredado, y los de menor rango, agraviados y maltratados, que se cimentaban en la lealtad y las dotes personales. El episodio marcó un antes y un después para Temuyín, que, pese a su descalabro en el campo de batalla, se ganó el favor popular y la simpatía de los mongoles, cada vez más temerosos de Yamuka por su extrema crueldad. Los guerreros de Temuyín habían sido derrotados, pero poco a poco volverían a reunirse alrededor de su joven kan.

Esta rivalidad seguía siendo un problema, pero en 1195, a los treinta y tres años de edad, Temuyín tuvo la oportunidad inesperada de llevar a cabo una incursión en tierras extranjeras

que, además de acentuar su prestigio militar, le proporcionaría un importante botín que aumentaría su poder económico entre los mongoles. Los civilizados caudillos yurchen de Catai, al sur del desierto de Gobi, solían entrometerse en la política de la estepa con el fin de mantener enfrentadas y débiles a las distintas tribus de la región para que no supusieran una amenaza. Aunque tradicionalmente aliados de los tártaros, los yurchen temían su cada vez mayor poder, e instigaron a Ong Khan a reunir un ejército para atacarlos. Una vez más Ong Khan solicitó a Temuyín su ayuda, que obtuvo a través de una alianza organizada a toda prisa con el kan dorado de los yurchen, en virtud de la cual atacarían y saquearían conjuntamente a la rica y poderosa tribu de los tártaros. En el invierno de 1196, el caudillo keraíta y Temuyín seguido de sus partidarios, partieron para marchar sobre los tártaros; su ataque, llevado a cabo siguiendo las mismas tácticas utilizadas en una incursión típica de la estepa, aunque a mayor escala, se vio rápidamente coronado por el éxito. Temuyín quedó muy impresionado por el suntuoso botín que podía proporcionar la guerra. Debido a su proximidad al reino yurchen y a los sofisticados artículos manufacturados del imperio chino, los tártaros poseían más productos comerciales que cualquier otra tribu de las estepas. Entre los bienes saqueados, la *Historia secreta* cuenta la impresión que causó entre los mongoles una cuna con relieves de plata, cubierta con una manta de seda bordada de hilos de oro y perlas. Incluso los niños tártaros capturados vestían ropas de satén ornamentadas con hilos de oro; en un caso en concreto, el pequeño

prisionero llevaba un aro de oro en la nariz y dos más en los lóbulos de las orejas. Los andrajosos mongoles no habían visto nunca a nadie, y menos a un niño, llevar unos adornos tan lujosos.

Temuyín no tardó en darse perfecta cuenta de que el poderoso reino yurchen se dedicaba a enfrentar las tribus de las fronteras. Un año se aliaban con los tártaros contra los keraítas, pero al siguiente hacían frente común con los keraítas y los mongoles contra los tártaros. Los aliados de hoy podían ser los enemigos de mañana, como en el caso de Yamuka, y una tribu conquistada hoy debería ser conquistada una y otra vez en un ciclo continuo de guerras y disputas. Ninguna victoria era decisiva, ninguna paz permanente. A largo plazo esa lección tendría una profunda repercusión en el nuevo mundo que Temuyín forjaría a partir de semejante caos, pero por aquel entonces las vicisitudes de esa guerra en particular supusieron un número sin precedentes de objetos para su pueblo, además de aumentar su reputación.

El joven kan todavía tenía una cuenta pendiente con Yamuka por el control de los mongoles. El botín expoliado a los tártaros le proporcionó más partidarios: empezaba a aumentar su poder sobre otros linajes mongoles y sobre sus territorios. No podía extenderse hacia la región de las grandes tribus, pero estaba preparado para expulsar a otras menos importantes como la de los yurkin, un pequeño linaje mongol asentado en las tierras situadas al sur de las del grupo de Temuyín, a orillas del río Jerlen.

Cuando Temuyín accedió a luchar contra los tártaros, pidió ayuda a sus parientes yurkin, que en un principio decidieron prestarle su

apoyo. Sin embargo, cuando estuvo dispuesto para emprender la campaña militar, Temuyín aguardó durante seis días la llegada de los yurkin, pero éstos nunca aparecieron. Al igual que en una *juriltai*, donde la simple presencia a la misma representaba un voto de apoyo, el hecho de no acudir a los preparativos de un ataque militar constituía un voto de no confianza en el jefe de la incursión. Como prácticamente todos los que había a su alrededor, los yurkin pertenecían a un linaje de mayor rango que el de Temuyín y solían tratarle a él y a sus seguidores con desprecio. En un relato pintoresco de la *Historia secreta* se pone de manifiesto la animosidad que había surgido entre ambos bandos.

Poco antes de que se emprendiera la campaña contra los tártaros, Temuyín había invitado a los yurkin a un banquete, pero una sonora reyerta estalló cuando su hermanastro fue agredido de una manera especialmente vil. Belgutei era el guardián encargado de la custodia de los caballos de la banda, y estaba vigilando a los animales mientras transcurría la fiesta. Al parecer, un yurkin intentó robar uno de los caballos, y Belgutei lo sorprendió, pero en ese momento se interpuso entre ambos otro yurkin llamado Buri el *Luchador*. En señal de que estaba dispuesto a enfrentarse a Buri, Belgutei se quitó las ropas que cubrían la parte superior de su cuerpo, dejando su torso desnudo. En vez de luchar contra Belgutei, como era habitual en una disputa entre iguales, Buri quiso tratarlo con el mismo desprecio que podía merecer un ser inferior. Así pues, desenvainó la espada y, dando un golpe con ella, le hizo un corte en el hombro. Hacer sangrar a alguien de esa manera, incluso con un

rasguño, constituía un grave insulto. Al enterarse de lo que había ocurrido en el exterior, junto a los caballos, los invitados, ebrios de alcohol, se enzarzaron en una pelea. Como era habitual, habían entrado al banquete sin sus armas, por lo que empezaron a arrojar sillas y platos, y a golpearse con las paletas utilizadas para remover la leche fermentada de yegua que habían consumido en grandes cantidades.

No sólo no se habían unido a los hombres de Temuyín para luchar contra los tártaros, sino que más tarde, aprovechando su ausencia, asolaron su cuartel general, mataron a diez de sus hombres y los despojaron del resto de sus ropas y de otras posesiones. De este modo, cuando Temuyín quiso expandir sus dominios a raíz de la victoria sobre los tártaros, los yurkin fueron los primeros que sufrieron su embestida. Empezó su campaña contra esta tribu en 1197 y, en un alarde de lo que ya eran unas dotes muy perfeccionadas como guerrero y comandante, no tardó en derrotarla. Fue entonces cuando introdujo un segundo cambio radical en el sistema de gobierno —el primero había sido el nombramiento de fieles aliados, en lugar de parientes, para los principales cargos de su séquito— que marcaría su ascensión al poder.

En la larga historia de guerras de la estepa, la tribu vencida era saqueada, parte de sus miembros eran hechos prisioneros y el resto quedaba abandonado a su suerte. Los grupos derrotados solían reorganizarse y contraatacar, o se dispersaban para unirse a tribus rivales. En su victoria sobre los yurkin, sin embargo, Temuyín

siguió una política radicalmente nueva que ponía de manifiesto su ambición de alterar desde un principio el ciclo de ataques y contraataques y de acuerdos y rupturas de alianzas. Convocó una *juriltai* de sus seguidores para llevar a cabo un juicio público de los aristocráticos cabecillas yurkin, que fueron acusados de haber incumplido la promesa de unirse a él en la guerra y de haber saqueado su campamento en su ausencia. Tras ser declarados culpables, Temuyín mandó ejecutarlos para dar una lección acerca de la importancia de la lealtad a los aliados, pero también para lanzar una clara advertencia a los aristócratas de todos los linajes en el sentido de que ya no iban a recibir ningún trato especial. A continuación dio un paso sin precedentes: ocupó las tierras de los yurkin y redistribuyó a los restantes individuos de esta tribu entre las familias de su propio clan. Aunque, según parece, algunos miembros de ambos grupos interpretaron esa decisión como una forma de esclavizar a los yurkin siguiendo las costumbres de la estepa, la *Historia secreta* cuenta que el joven kan los integró en su tribu no en calidad de esclavos, sino como miembros de pleno derecho. Para simbolizarlo, Temuyín adoptó a un huérfano de la tribu derrotada y lo llevó a Hoelun para que ésta lo criara en su *ger* como hijo y no como esclavo. Al hacer que su madre adoptara al chiquillo yurkin, al igual que anteriormente había adoptado a un niño de otras tribus derrotadas como los merkitas, los tayichiud y los tártaros, Temuyín reconocía a todas esas criaturas como hermanos pequeños. Independientemente de las connotaciones sentimentales o políticas que pudieran tener en realidad esas

adopciones, lo cierto es que el gran caudillo mongol demostró saber muy bien el significado simbólico y el beneficio práctico que tenían este tipo de actuaciones para poder unir a sus partidarios mediante la utilización de aquellos parentescos ficticios. Del mismo modo que tomaba a esos niños en su familia, Temuyín integraba las tribus conquistadas en la suya propia con la posibilidad de que fueran partícipes de las futuras conquistas y la prosperidad de su ejército.

En una última demostración de su nuevo poder, Temuyín concluyó el episodio yurkin con la celebración de un gran banquete en el que participaron tanto los victoriosos mongoles como los nuevos miembros adoptados por sus familias. Para la fiesta mandó llamar a Buri *el Luchador*, el hombre que un año antes había herido a Belgutei con la espada, y ordenó que ambos se enfrentaran en un combate. Nunca nadie había podido derrotar a Buri, que temiendo la cólera de Temuyín, permitió que Belgutei lo abatiera. Normalmente, llegado este punto, el combate habría acabado, pero, al parecer, el kan y Belgutei habían maquinado otro plan. Belgutei agarró a su contrincante por los hombros y montó sobre sus nalgas como si se tratara de un caballo; tras recibir una señal de Temuyín, clavó su rodilla en la espalda de Buri y le partió la médula espinal. A continuación arrastró el cuerpo paralizado del yurkin fuera del campamento, dejándolo morir solo.

Temuyín se había deshecho de todos los cabecillas yurkin. Era un claro mensaje dirigido a todos los clanes de la estepa que estaban relacionados con ellos: los que lo siguieran y le fueran leales, recibirían un buen trato y serían recompensados; con los que

decidieran combatirlo, no tendría piedad.

Tras derrotar a los yurkin, decidió adentrarse en sus dominios y condujo a su grupo río abajo, siguiendo el curso del Jerlen. En las proximidades de la confluencia de este río con el Tsenker estableció su nuevo cuartel general, que a la larga se convertiría en su capital, Avarga, pero que por aquel entonces no era más que un lejano campamento. La porción de tierra que se abría entre dos ríos recibía el nombre de *aral*, «isla», en mongol. Como la isla existente entre el Tsenker y el Jerlen ofrecía abundantes pastos, era llamada Jodoe Aral, que en mongol moderno significa «Isla Rural», pero que en mongol clásico quería decir «Isla Yerma»³⁰, nombre que describe perfectamente ese aislado lugar situado en medio de una vasta pradera carente de árboles.

Por yerma que pudiera ser, Avarga constituye en sentido lato el territorio ideal de los pastores de la estepa, que prefieren que su *ger* esté orientada al sur para recibir más luz y calor del sol por la entrada de la tienda y evitar el azote frontal de los fríos vientos del norte. Quieren ver el agua, pero no tenerla demasiado cerca. Una distancia del río de unos treinta minutos andando parece la adecuada para que sus aguas no se contaminen de demasiados desechos humanos. Esta distancia también les protege de los insectos propios del verano y de las inundaciones que asolan las llanuras fluviales. Además de estas ventajas, Avarga estaba cerca

³⁰ Traducción de *La historia secreta* realizada por Rachelwiltz, #136, 1971.

del lugar de nacimiento de Temuyín y del monte sagrado, el Burján Jaldún, que se erigía a unos doscientos kilómetros río arriba, en las fuentes del río Jerlen. Todo esto ofrecía Avarga que, desde 1197 hasta el final de sus días, sería el centro de operaciones de Genghis Khan.

Aunque los seguidores de Temuyín prosperaron durante cuatro años en su nuevo hogar mientras su tribu no dejaba de crecer, Yamuka se negó a reconocer su liderazgo y empezó a convertirse en la cabeza visible de los clanes aristocráticos que veían con malos ojos los cambios introducidos por un nuevo kan en su tradicional sistema de vida. En 1202, año del Gallo, con la ayuda de esos clanes reacios, Yamuka hizo una jugada para erigirse como caudillo de todo el pueblo mongol. En un claro desafío a Temuyín y a Ong Khan, convocó una *junltai* para hacerse con el antiguo y honorable título de Gur-ka o Gur-Khan, caudillo de todos los caudillos o kan de todos los kanes. Su gente hizo un nuevo juramento de lealtad a su persona, y para santificar este voto, sacrificaron un caballo y una yegua.

Yamuka no había elegido aquel prestigioso título simplemente por su antigüedad; sus razones eran más siniestras. El último kan en ostentarlo había sido el tío de Ong Khan, que fue caudillo de los keraítas hasta que su sobrino se sublevó contra él y acabó con su vida y la de sus hermanos. Fue durante esa revuelta cuando el padre de Temuyín, Yesuguei, se alió con Ong Khan. Con la elección de ese título Yamuka desafiaba públicamente el poder de Ong Khan y el del subordinado de éste, Temuyín.

Si Yamuka conseguía imponerse en esa guerra, se convertiría en el caudillo supremo de las tierras de la estepa central. Tenía de su lado a los clanes importantes y aristocráticos, como, por ejemplo, los tayichiud, la tribu que había esclavizado a Temuyín y a la que otrora la familia de éste había estado subordinada. El conflicto entre las dos facciones iba a convertirse en algo más que simplemente una serie de incursiones en las que obtener algún botín y tomar unos cuantos cautivos; sería una lucha a muerte entre los dos por el liderazgo de todos los mongoles. Como patrocinador de este último, Ong Khan organizó a sus hombres y decidió dirigir personalmente la campaña contra Yamuka.

El objetivo primordial de esas campañas nunca era entablar una batalla propiamente dicha, sino atemorizar al bando contrario con un ejército tan abrumador que provocara su huida. Para suscitar este terror, los guerreros de la estepa tenían diversas estrategias. Una de ellas consistía en mostrar el estandarte del espíritu de los caudillos adversarios y sus antepasados. Antes de iniciar el combate, los soldados sacrificaban animales ante los estandartes del espíritu a modo de ofrenda a sus espíritus guía y a sus ancestros. Este tipo de escenificaciones espirituales avivaban las emociones y aumentaban la tensión. Para un linaje de un bando podía resultar muy difícil combatir si unos parientes suyos del otro bando enarbolaban el estandarte del espíritu de un antepasado común, pues ello equivalía a atacar, por ejemplo, al propio abuelo.

En la propaganda anterior a la batalla también participaban los chamanes con sus tambores y toda su parafernalia ritual. Antes de

entrar en combate, los chamanes de uno y otro bando lanzaban presagios sirviéndose de la lectura de las fisuras que aparecían en los escápulos de una oveja tras ser quemados. Su presencia fue la señal de que habían pronosticado la victoria para el bando en el que se encontraban, y la fuerza del augurio dependía de la reputación que el chamán en cuestión había alcanzado en el pasado por haber elegido al bando vencedor. Temuyín ya se había hecho con diversos chamanes que le revelaban sueños, entre otros uno llamado Teb Tengueri que posteriormente desempeñaría un importante papel. Para contribuir a dar mayor realce a la ocasión, los chamanes subían a un promontorio donde hacían sonar estrepitosamente sus tambores y golpeaban rocas mágicas con el fin de invocar la ayuda de los espíritus y de controlar el clima. El objetivo consistía en inducir a los guerreros del bando contrario a pasarse al suyo o a huir.

Cuando Yamuka colocó su ejército junto al de los keraítas, se hizo patente que Ong Khan y Temuyín tenían la ventaja numérica. La ventaja psicológica que suponía el cuadro de respetables chamanes de Temuyín no hizo más que reforzar la posición de éste, sobre todo después de que estallara una tremenda tormenta cuyos potentes truenos y fulgurantes rayos fueron atribuidos por ambos bandos a las artes mágicas de los chamanes. Muchos seguidores de Yamuka huyeron despavoridos, lo que forzó su retirada. Ong Khan mandó a sus hombres que fueran tras él y el grueso de su ejército, y ordenó a Temuyín que persiguiera a los tayichiud en su huida hacia el río Onon, la región que le había visto crecer y que conocía a la

perfección.

Cuando Temuyín los alcanzó, vencer a los tayichiud fue más arduo de lo que pensaba. En la estepa el modo de guerrear consistía principalmente en disparar flechas contra el enemigo a lomos del caballo o desde una posición fija al amparo de una roca (o, en el caso de las boscosas tierras del Onon, tras una improvisada barricada de troncos). Durante el combate, los guerreros de la estepa intentaban no mancharse de sangre, de modo que raramente luchaban cuerpo a cuerpo. El aliento o el olor del enemigo llevaba una parte de su alma, por lo que evitaban contaminarse incluso del olor corporal de su enemigo. Caían sobre sus adversarios a galope tendido y no cesaban de disparar flechas a medida que iban acercándose, para luego dar media vuelta y emprender la huida sin dejar de disparar. A veces los defensores salían a caballo provistos de largas lanzas con las que intentaban abatir a los agresores para luego clavárselas cuando caían.

Los hombres de Temuyín y los tayichiud combatieron todo el día sin que ninguna de las dos facciones consiguiera una clara ventaja, aunque, al parecer, los primeros infundieron a sus adversarios un mayor temor a la derrota. Según cuenta la *Historia secreta*, al final de la jornada una flecha alcanzó a Temuyín Khan en el cuello. Cuando cayó la noche los dos ejércitos enemigos depusieron las armas y levantaron sus campamentos uno cerca del otro en el mismo campo en el que habían estado guerreando todo el día. Aunque parezca extraño, lo cierto es que al pernoctar juntos podían vigilarse mejor y evitar ataques sorpresa.

Aunque la herida era superficial, el kan perdió el conocimiento al anochecer. Ese tipo de herida comportaba un elevado riesgo de infección; además, la flecha podía haber estado envenenada. El leal Yelme, segundo de Temuyín, estuvo junto a su lecho toda la tarde y parte de la noche y chupó la sangre de la herida. Para no ofender a la tierra, en lugar de escupirla en el suelo, la tragó. Aparte de las razones religiosas de sus actos, el hecho de ocultar la sangre tenía un objetivo práctico: evitar que los otros guerreros vieran la gran cantidad de sangre que Temuyín había perdido. Yelme no la escupió en el suelo hasta que la sangre corrió por la comisura de sus labios cuando ya estuvo demasiado lleno para seguir tragando.

Después de medianoche Temuyín recobró momentáneamente el sentido y pidió que le dieran de beber *airak*, leche de yegua fermentada. Como estaban instalados en el campo de batalla, Yelme no tenía nada más que un poco de agua, pero sabía que los *tayichiud* tenían en medio de su campamento varios carros de provisiones dispuestos en un círculo defensivo. Tras despojarse de sus ropas, cruzó a rastras el campo de batalla y anduvo desnudo entre los soldados enemigos en busca de *airak*. Para un mongol la desnudez en público es un gran signo de degradación, y si un *tayichiud* veía a alguien cruzar desnudo el campamento de noche, seguramente pensaría que se trataba de uno de los suyos que se había levantado para hacer sus necesidades. Por cortesía, es probable que mirara hacia otro lado por temor a avergonzar a uno de sus propios compañeros. Si alguno lo observaba atentamente y se daba cuenta de quién era, Yelme tenía pensado decir que

acababa de ser despojado de sus ropas y humillado por los de su bando y que había escapado para pasarse al de los tayichiud, lo cual habría resultado bastante creíble, pues era muy improbable que un guerrero mongol que se preciara permitiese que lo capturaran desnudo.

Los tayichiud no se despertaron, y, aunque no pudo encontrar *airak*, Yelme dio con un balde de cuajada y se lo llevó. Cuando regresó a su campamento, agregó agua a la cuajada y con esta mezcla fue alimentando a Temuyín durante toda la noche. Cuando se hizo de día, el convaleciente empezó a abrir los ojos y vio la sangre que lo rodeaba y a su amigo medio desnudo; estaba confundido y preguntó qué había ocurrido. Tras escuchar cómo había transcurrido la noche, el profundo desagrado que sintió ante la visión de su propia sangre desparramada en el suelo junto a él, le hizo exclamar: «¡Podrías haberla escupido en otra parte!». Pese a la aparente falta de gratitud, Temuyín nunca olvidaría lo que había hecho Yelme para salvarlo de los tayichiud³¹, y posteriormente le confiaría algunas de las expediciones de conquista más importantes

³¹ La herida de Temuyín presenta un estrecho paralelismo con la sufrida por aquel entonces por el rey inglés Ricardo Corazón de León en el campo de batalla. En abril de 1199, durante el combate contra uno de sus vasallos rebeldes, Ricardo fue herido en el hombro por una flecha. Intentó arracársela, pero la punta de hierro resistió y la flecha se partió. Durante los siguientes días los médicos trataron al agonizante monarca, pero no pudieron vencer la infección y la fiebre. Al final, once días después, el rey murió. Su cuerpo fue embalsamado, aunque se extrajeron algunos órganos para ser enterrados con gran pompa y boato en distintos lugares de importancia sentimental para el soberano. Su cerebro fue extraído y enviado a una abadía en Poitiers para recibir sepultura. Su corazón fue a parar a la catedral de Rouen, y el resto del cadáver a la abadía de Fontevrault. Sin embargo, Telme, al chupar la sangre de la herida de Temuyín, evitó que éste siguiera el trágico y doloroso destino del rey Ricardo.

de los mongoles.

El episodio de la herida en el cuello es representativo de la gran lealtad que el kan parecía inspirar. Aunque las tribus esteparias de su época cambiaban de bando a la menor provocación, y los soldados podían desertar de sus jefes, durante sus seis décadas de guerrero Temuyín no fue abandonado por ninguno de sus generales y, por su parte, nunca castigó ni perjudicó a sus altos oficiales, lo que constituye todo un récord de fidelidad entre los grandes soberanos y conquistadores de la historia.

Los tayichiud no se enteraron de que Temuyín había sido herido, y durante la noche muchos de ellos empezaron a escabullirse del campo de batalla. A la mañana siguiente, la mayor parte de los guerreros había huido, y el kan envió a sus hombres tras ellos. Al igual que había hecho con los yurkin, tras la victoria Temuyín mandó ejecutar a la mayoría de los jefes tayichiud, pero permitió que los demás pudieran entrar en sus filas. Unos treinta años después de su captura a manos de los tayichiud y de sufrir las penalidades de la canga, pudo recompensar a la familia que lo había ayudado a escapar y la liberó de la esclavitud.

Mientras Temuyín combatía y derrotaba a los tayichiud, Yamuka lograba escapar del ejército de Ong Khan. Aunque había perdido a los tayichiud, seguía contando con la lealtad de muchos clanes, por lo que huyó a regiones más remotas de la estepa para hacerse con nuevos aliados que se unieran a su causa. La confrontación decisiva entre ambos estaba todavía por venir. En 1202, año del Perro, unos doce meses después de su victoria sobre los tayichiud, Temuyín fue

enviado por Ong Khan al este en una segunda misión contra los tártaros, mientras el anciano kan emprendía cerca de sus territorios una campaña contra los merkitas.

En esta empresa militar Genghis instituiría otra serie de cambios radicales en las leyes que durante tanto tiempo habían regido la vida de la estepa; cambios que provocarían el antagonismo de algunos de sus seguidores, los de los linajes aristocráticos, y que harían más profunda la lealtad de muchos otros, los de los linajes inferiores, cuyas vidas había enriquecido con sus reformas y su sistema de distribución de bienes. En el curso de sus diversas incursiones militares, Temuyín se había dado cuenta de que la prisa por saquear las *gers* de los vencidos constituía un verdadero impedimento para la consecución de una victoria más rotunda. En vez de capturar a los guerreros de los campamentos atacados, normalmente los agresores dejaban que éstos escaparan y sólo se preocupaban de buscar un buen botín. Esta actitud permitía a muchos de los vencidos emprender la huida y, en último término, reagruparse para contraatacar. Así pues, en aquella incursión el kan decidió que todos los actos de saqueo se pospondrían hasta obtener una victoria rotunda sobre las fuerzas tártaras; el despojo se llevaría a cabo de una forma más organizada en la que todos los bienes deberían depositarse bajo su control personal para ser distribuidos entre sus hombres según creyera oportuno. Para el reparto del botín se inspiró en las mismas pautas que seguían los cazadores del bosque a la hora de repartirse las piezas obtenidas tras una jornada de batida en grupo.

Otra de sus innovaciones consistiría en la entrega de una parte del botín —la correspondiente a un soldado— a las viudas y huérfanos de los hombres muertos en acción. Independientemente de los motivos que lo impulsaron a tomar esta decisión, bien fuera por el recuerdo de la apurada situación de su madre cuando los tártaros mataron a su padre, bien fuera por razones de carácter político, lo cierto es que tuvo un profundo efecto. Esta línea de conducta no sólo le aseguró el apoyo de los más pobres de las tribus, sino que también inspiró la lealtad de sus soldados, pues sabían que, en caso de que murieran, Temuyín se haría cargo de sus familias.

Después de perseguir a los tártaros algunos de sus hombres hicieron caso omiso de la orden que prohibía saquear en beneficio exclusivamente propio, y el nuevo caudillo quiso demostrar su firme propósito de reforma imponiendo un severo, pero adecuado, castigo. Privó a esos individuos de todas sus posesiones y los despojó del botín que se habían apropiado durante la campaña. Con el control de la distribución de todo el botín, Temuyín volvía a violar los derechos tradicionales de los linajes aristocráticos sometidos a su poder en beneficio de sus partidarios. El carácter radical de sus reformas enfureció a muchos de ellos, y algunos desertaron y lo abandonaron para unirse a las fuerzas de Yamuka, con lo que provocaron, llegado este punto, una división todavía mayor entre los grandes linajes de prestigio y los clanes corrientes de pastores. Una vez más el joven kan había demostrado que en vez de confiar en los lazos tradicionales de parentesco, los miembros de su tribu podían acudir a él en busca de ayuda; con este cambio no sólo centralizaba

su capacidad de gobierno, sino que al mismo tiempo fortalecía la obediencia que le debían sus seguidores.

Pese al descontento de la minoría de los grandes linajes mongoles, el nuevo sistema demostró inmediatamente su eficacia. Al posponer las actividades de saqueo al término de la campaña militar, el ejército de Temuyín consiguió reunir más bienes y animales que nunca. Pero el nuevo sistema de enriquecimiento también supuso un nuevo problema: no sólo habían derrotado a los tártaros, sino que los mongoles habían capturado prácticamente a todos los civiles y al conjunto de su ejército.

Según el sistema tradicional de pensamiento propio de la estepa, todo aquel que estaba al margen de la red de parentescos era considerado un enemigo, y siempre lo sería a no ser que ingresara en la familia mediante lazos de adopción o matrimonio. Temuyín deseaba acabar con los enfrentamientos constantes de esos grupos, y decidió hacer con los tártaros lo mismo que había hecho con los yurkin y los tayichiud: ejecutar a los cabecillas del clan y absorber en su tribu a los supervivientes y todas sus pertenencias y animales. Aunque esta política había funcionado con clanes de centenares de individuos, los tártaros, sin embargo, se contaban por millares. Para una transformación social tan imponente, Temuyín necesitaba todo el apoyo de sus hombres, y para obtenerlo convocó una *juriltai* de sus victoriosos guerreros.

Los asistentes a la *juriltai* accedieron a su propuesta y acordaron ejecutar a los varones tártaros cuya altura superara la del pivote que sostenía las ruedas de un carro, un eje que no sólo indicaba el

tamaño de un adulto, sino que también constituía una forma simbólica de la propia nación, del mismo modo que la gente de mar suele utilizar el barco como distintivo de su país. Una vez más, para contrarrestar la matanza, Temuyín ordenó que los tártaros supervivientes pasaran a formar parte de su tribu en calidad de miembros de pleno derecho y no como esclavos. Para subrayar su decisión, no sólo adoptó en nombre de su madre a otro niño tártaro, sino que quiso fomentar los matrimonios mixtos. Hasta entonces su única esposa oficial seguía siendo Borte, que le había dado cuatro hijos varones y un número desconocido de hijas, pero ahora el caudillo tomaría a dos aristocráticas tártaras, Yesuguen, y a la hermana mayor de ésta, Yesui, como segundas esposas. Como la reputación de los tártaros siempre había sido superior a la de los mongoles, y tras esa batalla la tribu de los mongoles había absorbido a un número ingente de tártaros, muchos de los cuales ocuparon altos cargos y alcanzaron una gran prominencia en el Imperio mongol, el nombre de *tártaro* se convirtió en sinónimo de *mongol* y llegó a tener más relevancia que este último, lo que ha dado pie a importantes confusiones históricas a lo largo de los siglos.

Los matrimonios mixtos y las adopciones no bastarían, sin embargo, para conseguir el objetivo de Genghis Khan de unir a los dos grandes grupos en un solo pueblo. Si se permitía que los grupos familiares permanecieran prácticamente intactos, al final el grupo mayor acabaría por fragmentarse. Así pues, en 1203, un año después de la conquista Temuyín dispuso una nueva reforma, aún

más radical, de la tribu y el ejército mongoles.

Organizó a sus guerreros en escuadrones, o *arban*, de diez hombres que debían hermanarse unos con otros. Independientemente de sus orígenes tribales o del grupo familiar al que pertenecieran, estaban obligados a vivir y a luchar juntos como fieles hermanos; a modo de afirmación final de parentesco, ninguno podía abandonar a uno de sus nuevos compañeros en el campo de batalla y permitir que fuera hecho prisionero. Como en cualquier familia compuesta por varios hermanos varones en la que el mayor ejercía un control absoluto, el guerrero de más edad asumía el liderazgo del *arbati* mongol, aunque los demás también podían elegir a otro para ocupar ese cargo.

Diez escuadras formaban una compañía, o *zagan*, de cien hombres, uno de los cuales era elegido el cabecilla. Y al igual que las familias se unían para constituir un linaje, diez de esas compañías formaban un batallón, o *mingan*, de mil hombres. Las *mingan* eran organizadas en grupos de diez para crear una *turnen*, esto es, una división de diez mil hombres, cuyo jefe era elegido por Temuyín, que sabía perfectamente las cualidades necesarias para ocupar este importante cargo. Cuando le convenía, Temuyín dejaba que padres, hijos, hermanos y primos permanecieran juntos en esas nuevas unidades, pero con esta novedosa modalidad de organización del ejército que no permitía que ningún hombre pudiera desertar de su grupo o cambiarlo por otro, so pena de muerte, acabó con el poder de los linajes, clanes, tribus y grupos étnicos del antiguo sistema. Cuando se llevó a cabo su reorganización, se sabe que contaba con noventa y cinco *mingan*, esto es, unidades de mil hombres, pero

como varias de ellas no estaban completas, es probable que el número total de soldados apenas llegara a los ochenta mil³².

Toda la tribu mongol fue integrada a través del ejército. Con este nuevo sistema, todos los miembros de la tribu — independientemente de su edad y sexo— tenían que cumplir algún tipo de servicio público. Si no podían prestarlo en el ejército, estaban obligados a entregar el equivalente a un día de trabajo por semana en forma de proyectos públicos y servicios al kan. Esto incluía el cuidado de los rebaños de los guerreros, recoger estiércol para utilizarlo como combustible, cocinar, fabricar fieltro, reparar armas o incluso cantar y entretener a las tropas. En la nueva organización todo el mundo pertenecía al mismo hueso. Temuyín, aquel niño que había sido víctima de tantos rechazos debido a su baja condición social, había abolido las diferencias entre los huesos negros y los blancos. Todos sus seguidores formaban ahora un pueblo unido.

Son muchas las conjeturas históricas acerca de cómo Genghis Khan adoptó la organización decimal de su pueblo. Algunas tribus túrquicas primitivas utilizaron una organización militar parecida basada en unidades de diez, y es probable que se inspirara en ellas. Sin embargo, no sólo empleó este sistema como una táctica militar de guerra, sino que lo utilizó como estructura permanente de toda la

³² Para una información más detallada acerca del número de sus soldados, véase Bat-Ochir Bold, *Mongolian Nomadic Society: A Reconstruction of the «medieval» History of Mongolia*, Nueva York, St. Martin's Press, 2001, p. 85

sociedad.

La solución de Temuyín era muy parecida a la adoptada por el arconte ateniense Clístenes unos dos mil años antes, aunque no hay ninguna razón que nos lleve a pensar que el mongol conociera ese episodio de la historia. Para acabar con las rivalidades y las luchas intestinas tradicionales en Atenas, Clístenes abolió las tribus y reorganizó a todo el mundo en diez unidades de diez, transformando así su ciudad tribal en una ciudad-Estado que se convertiría en el principal poder militar, comercial, artístico e intelectual del Mediterráneo oriental. Esa misma reforma tendría unos resultados todavía más sorprendentes para los mongoles de las estepas del interior de Asia.

Una vez reorganizado el ejército, Temuyín instituyó otra reforma poco importante en apariencia. Si bien mantenía su campamento base en Avarga, a orillas del Jerlen, decidió crear un territorio cerrado como patria de la tribu mongol en las fuentes de los ríos Onon, Jerlen y Tuul, alrededor del monte sagrado, el Burján Jaldún, donde otrora buscara refugio en su huida de los merkitas. «Que nadie levante un campamento en las fuentes de los tres ríos», decretó³³. Con semejante orden, la patria de los mongoles quedaba cerrada a todos los forasteros con excepción de la familia real mongola, que durante los dos siglos siguientes enterró a sus muertos en ese lugar, donde siempre acudió para celebrar sus

³³ *La historia secreta*, #179.

ceremonias y reuniones privadas lejos de los ojos de extraños. Desde antaño, los mongoles consideraban que las montañas en las que nacían los tres ríos eran su patria, pero con esa nueva ley, la región se convirtió en el centro ritual secreto del que sería el gran Imperio mongol. En la cosmografía de este pueblo, la zona circundante al Burján Jaldún ahora era oficialmente sagrada, y ocupaba no sólo el centro de la tierra, sino el de todo el universo.

En vez de utilizar un único nombre étnico o tribal, Temuyín comenzó a hablar de sus seguidores como el Pueblo de las Paredes de Fielto³⁴, en clara referencia al material con el que fabricaban sus *gers*. La adopción de este término tras derrotar a los tártaros representa, tal vez, la primera indicación de sus ambiciosos planes de unificación de todos los pueblos esteparios.

Con la derrota y la incorporación de los poderosos tártaros, así como la de otros grupos menos importantes, a saber, los tayichiud y los yurkin, Temuyín alcanzó un gran prestigio en el mundo de las estepas, unos niveles de poder insospechados por Ong Khan, su señor durante tanto tiempo. Incluso durante la consolidación de su dominio sobre el séquito cada vez más numeroso de seguidores, tendría que afrontar otro importante reto que sometería su nuevo sistema a una prueba decisiva. Sus siguientes pasos llevarían a su eterno rival, Yamuka, a establecer una alianza con Ong Khan, su padre ritual, para combatir el auge de su creciente popularidad y su

³⁴ Esta expresión sigue utilizándose en Mongolia, «Esgii Tuurgatan».

poder.

Capítulo 3

La guerra de los kanes

*Todas las tribus iban bajo un mismo color y obedecían sus órdenes*³⁵.

Ata-Malik Yuwaini, Genghis Khan: The History of the World-Conqueror

Todos se daban cuenta de que el final de Ong Khan estaba próximo, pero nadie sabía quién iba a ser su sucesor. Después de más de veinte años de guerras, Temuyín controlaba a la mayoría de los mongoles, pero todavía no había sometido a su eterno rival, Yamuka. Ong Khan, pese a estar normalmente del lado de Temuyín, no había dejado de jugar con los dos kanes subordinados, enfrentando a uno contra el otro. En 1203 Temuyín decidió poner todas las cartas sobre la mesa y resolver la cuestión solicitando la mano de la hija de Ong Khan para su primogénito, Yochi. La aceptación del viejo jefe habría supuesto el reconocimiento de Temuyín como favorito en detrimento de Yamuka.

A petición de Senggum, su hijo biológico, que tenía muy poco talento y a nadie que le siguiera, Ong Khan rechazó con arrogancia

³⁵ Ata-Malik Yuwaini, *Genghis Khan: The History of the World-Conqueror*, trad. ing. de J. A. Boyle, Seattle, University of Washington Press, 1997, P. 38.

la propuesta de matrimonio. Aun cuando Temuyín presumía que sus seguidores eran el Pueblo de las Paredes de Fieltro y se negaba a aceptar la distinción entre los clanes, no era más que un vulgar advenedizo a los ojos de la aristocrática familia real keraíta, a la que no importaba todos los servicios que él le había prestado. Aproximadamente cien años después, Marco Polo, creyendo que Genghis había solicitado la mano de la joven para casarse con ella, recogería el tono empleado por Ong Khan, si no sus propias palabras, en la respuesta dada, según le habían contado los propios mongoles: «¿No se avergüenza Genghis Khan de pedir a mi hija en matrimonio? ¿Acaso no sabe que es mi vasallo y mi esclavo? Volved y decidle que, antes que entregarle a mi hija como esposa, la arrojaría a las llamas»³⁶.

El anciano kan, sin embargo, no tardó en lamentar su impetuosa negativa y en temer la posible respuesta de Temuyín, de quien no cabía duda de que se había erigido en el principal líder militar de la estepa, y con el que un enfrentamiento bélico podía tener fatales consecuencias. Así pues, concibió con malas mañas un plan para librarse del peligro potencial que suponía el nuevo caudillo, una artimaña parecida a la utilizada por los tártaros para acabar con Yesuguei, su padre. Envío un mensaje a Temuyín notificándole que había cambiado de idea y que aceptaba que se llevara a cabo la

³⁶ Marco Polo, *The Travels of Marco Polo*, trad. ing. de Ronald Latham, Londres, Penguin Books, 1958, p. 94.

boda que habría de unir a las dos familias. Fijó una fecha e invitó a Temuyín y a su familia a celebrar los esponsales de sus dos hijos. Al parecer, Genghis confió en la palabra del kan, que había sido su padre ritual durante más de dos décadas, y partió con un pequeño séquito hacia el lugar designado para el festejo, dejando su ejército tras él. Aquella boda, si la realizaba con éxito, podría representar la culminación de su carrera, pues no sólo se convertiría en la unión de las tribus que ya lo seguían con la de los keraítas, sino que lo habría colocado en la mejor posición para suceder a este último como futuro caudillo de las estepas centrales.

Cuando sólo faltaba una jornada de caballo para llegar a la corte de Ong Khan, Temuyín se enteró de que la invitación no era más que una trampa que le habían tendido: Ong Khan había reunido secretamente su ejército y tenía la intención de matarlo y aniquilar a su familia. En el momento preciso en que se anticipaba y comenzaba a saborear el triunfo de su victoria, tuvo conocimiento de que no sólo no iban a celebrarse los esponsales, sino que su propia vida y la de toda su familia estaban en peligro. Con apenas un reducido contingente de guerreros, lejos del grueso de sus hombres, sabía que no podía arriesgarse y entablar batalla. Así pues, hizo lo que la gente de la estepa siempre había hecho ante una abrumadora situación de peligro: ordenó a su pequeño séquito que se dispersara inmediatamente en todas las direcciones, mientras él emprendía la huida a toda prisa rumbo al este seguido por unos cuantos compañeros, antes de que el ejército de Ong Khan pudiera darse cuenta y fuera tras ellos.

Temuyín tuvo que hacer frente a una crisis que pondría a prueba sus mejores habilidades. Aquella huida, perseguido por los keraítas, debió de parecerle muy similar a la emprendida dos décadas antes, cuando escapó de los merkitas que secuestraron a Borte. El ciclo interminable de algaras parecía no tener fin en la estepa. Pese a todos los esfuerzos que había realizado a lo largo de su vida, poco habían cambiado las cosas, pues él, una vez más, se veía obligado a escapar de los que ocupaban un peldaño más alto en la escala social y eran mucho más poderosos desde un punto de vista político.

Con su líder cogido desprevenido y fugado, la recientemente constituida tribu del Pueblo de las Paredes de Fieltro de Temuyín se enfrentaba a su primera gran amenaza. ¿Resistiría? ¿Iba la gente de tantas tribus y familias distintas a conservar los lazos de su alianza y a confiar en él allí donde estuviera escondido? ¿O iban a huir todos al lugar del que provenían, o a intentar desesperadamente llegar a un acuerdo para ponerse bajo la protección de Ong Khan o de Yamuka? Para el pueblo mongol los acontecimientos que siguieron se convirtieron en legendarios, pues constituyeron la principal adversidad y el mayor triunfo de la vida de Temuyín.

Exhausto y sin provisiones después de varios días de constantes enfrentamientos, Temuyín llegó a orillas del lejano y turbio lago Balyuna³⁷. Miró a su alrededor para comprobar cuántos hombres

³⁷ En el texto se dice que Balyuna era un lago, pero podría haber sido un río o una laguna

habían logrado huir. Contó sólo diecinueve, y ahora todos podían morir de hambre en aquel remoto exilio. Mientras se detenían junto a las aguas del Balyuna para recobrar fuerzas y decidir qué iban a hacer, apareció inesperadamente por el norte un caballo salvaje, y el hermano de Temuyín, Jasar, se lanzó tras él. Cuando se presentó con el animal, todos los hombres se pusieron inmediatamente a despellejarlo. Sin brasas sobre las que asar la carne ni calderos en los que cocerla, el grupo decidió recurrir a las antiguas técnicas de cocina. Tras despellejar el caballo, cortaron la carne, y con la piel del animal hicieron un enorme saco en el que la fueron depositando con un poco de agua. Recogieron estiércol seco para encender una pequeña hoguera, pero no podían colocar aquella olla improvisada con la piel del animal directamente en el fuego, de modo que calentaron unas piedras y, cuando estuvieron candentes, las arrojaron en la mezcla de carne y agua. Las piedras calentaron el agua, y a su vez el agua impidió que quemaran el saco. Al cabo de unas cuantas horas, los hambrientos guerreros celebraron su banquete de carne de caballo cocida.

Aparte de Jasar, los hombres que Genghis tenía a su lado eran

conectada al río Balj, afluente del Onon. La fecha exacta en la que tuvo lugar este episodio es objeto de numerosos debates. Algunos especialistas creen que el episodio en cuestión sucedió en otro momento, en el curso de las largas guerras civiles, y que no está relacionado con la traición perpetrada por Ong Khan. Unos pocos estudiosos ponen en tela de juicio la veracidad de estos hechos, pero la mayoría los aceptan, basándose sobre todo en numerosos documentos chinos. Para un estudio exhaustivo de estos acontecimientos y las distintas versiones que de ellos se dan, véase Francis Woodman Cleaves, «The Historicity of the Balyuna Covenant», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, 18, 3-4 (diciembre, 1995), pp. 357-421.

amigos suyos, no parientes. Algunos de los miembros de su familia anduvieron temporalmente perdidos por la estepa, pero otros habían desertado de sus filas para unirse a Ong Khan o a Yamuka. En concreto un tío por línea paterna, el que había ayudado a su padre a secuestrar a su madre, separándola de su esposo merkita, se había pasado al bando de Ong Khan contra su sobrino.

Sin apenas nada que pudiera consolarlos o abrirles una perspectiva de futuro, los exhaustos hombres se valieron de la aparición del caballo para creer que se trataba de un regalo milagroso que representaba algo más que simple comida para sus estómagos vacíos. Como animal más importante y venerado del mundo mongol, el caballo solemnizaba la ocasión y constituía un signo de intervención y ayuda divina. Simbolizaba el poder del destino de Temuyín, y su sacrificio, al igual que cuando se llevaba a cabo en vistas de una gran batalla o antes de celebrar una *juriltai*, no sólo servía para alimentar a los hombres, sino que concedía más poder al estandarte del espíritu de Temuyín. Como únicamente disponían de las aguas fangosas del Balyuna para beber al finalizar el banquete, alzó una mano hacia el cielo, y con la otra levantó agua del lago en señal de brindis. Agradeció a sus hombres la fidelidad demostrada y prometió que nunca lo olvidaría. Sus guerreros se unieron a él y bebieron de aquellas sucias aguas, jurándole lealtad eterna. En la tradición oral este capítulo de la historia pasaría a ser conocido como la Alianza del Balyuna y adquiriría un aura mítica por ser considerado el momento más crítico del destino de Temuyín Khan desde el punto de vista militar, pero también el

acontecimiento que daría lugar a la identidad y a la creación del Imperio mongol.

El episodio adquirió connotaciones simbólicas de la diversidad del pueblo mongol, basadas en el compromiso mutuo y una lealtad que trascendían los lazos de parentesco, las etnias y la religión. Los diecinueve hombres que le acompañaban procedían de nueve tribus distintas; probablemente sólo Temuyín y su hermano Jasar pertenecieran a verdaderos clanes mongoles. Los demás eran merkitas, kitán y keraítas. Si bien Temuyín era devoto de los chamanes y adoraba el Cielo Azul Eterno y el monte divino, el Burján Jaldún, entre sus diecinueve seguidores había varios cristianos, tres musulmanes y unos cuantos budistas. Lo único que unía a esos hombres era la devoción que sentían por él y el juramento que habían prestado a orillas del Balyuna. Aquellos juramentos crearon un tipo de fraternidad que, al trascender los lazos de parentesco, las etnias y la religión, parecía una especie de forma de ciudadanía moderna basada en la elección personal y el compromiso individual. Esta relación acabó por convertirse en una metáfora del nuevo tipo de comunidad para los seguidores del gran kan que al final lograrían imponerse como base de unidad del Imperio mongol.

Tras refugiarse junto al lago Balyuna, Temuyín ideó un plan para contraatacar. Sabía que debía actuar con rapidez mientras Ong Khan, equivocado, siguiera creyendo que se había deshecho definitivamente de la amenaza que él suponía. Por lo tanto, hizo que llegara a oídos de sus partidarios, desparramados por toda la

estepa, la noticia de su ardid, en la que probablemente se incluyeron los detalles de la milagrosa aparición del caballo que lo había salvado a él y a sus seguidores. En los días sucesivos volvieron a reunirse cientos y cientos de hombres de una punta a otra de la estepa, en un número que probablemente el propio Temuyín ni siquiera habría llegado a imaginarse, formando un ejército perfectamente organizado. Mientras Temuyín se dirigía desde el Balyuna hacia el oeste, de vuelta a los territorios de Ong Khan, sus hombres llegaban de las cuatro direcciones y se unían a él. Además, gracias a la intervención de su madre y de su esposa, Borte, algunos de sus parientes que habían sido leales a Ong Khan desertaron entonces de las filas del caudillo keraíta y salieron en busca de su campamento.

Mientras tanto, para celebrar su victoria sobre Temuyín, Ong Khan, ajeno a lo que estaba sucediendo en la estepa, organizó una gran fiesta en su palaciega *ger* dorada, la tienda que siempre llevaba consigo. Seguro del poder que ejercía sobre sus seguidores, decidió conmemorar su triunfo convencido de que los partidarios de Temuyín habían sido dispersados y que el propio Temuyín se encontraba en las remotas tierras del este.

El ejército de Genghis se lanzó a galope tendido rumbo al lugar donde se celebraba el festejo. Otros partidarios leales habían partido anteriormente para disponer postas a lo largo del camino, de suerte que cuando un grupo de cabalgaduras se agotara, sus hombres encontrarán otras aguardándolos. Con la ayuda de esos animales de repuesto, sus hombres pudieron cabalgar sin detenerse, a lo largo

de toda la noche, en lo que el gran kan vino a calificar la Marcha del Rayo. En lugar de dirigirse directamente a la corte keraíta a través de la estepa, que habría sido la forma más rápida de llegar, Temuyín llevó a sus hombres por un desfiladero más alejado y de difícil acceso que sabía que no iba a estar vigilado.

De repente, Temuyín, al que se le creía a varios días a caballo de distancia, se lanzó sobre los ebrios celebrantes; sus hombres habían rodeado todo el campamento. En los tres días de arduo combate que siguieron, los keraítas fueron retirándose ante el avance del ejército agresor. Muchos de los seguidores de Ong Khan desertaron y se pasaron al bando contrario, el cual, como era por todos conocido, los aceptaba en sus filas siempre y cuando no hubieran cometido ningún acto de traición o causado perjuicio alguno a su anterior jefe, aparte de la deserción.

Más que vencido, el ejército de Ong Khan fue engullido por el de Temuyín. La corte keraíta huyó en diferentes direcciones, cada hombre buscó su propio camino. El hijo de Ong Khan escapó al sur y, tras ser abandonado por sus propios criados, murió de sed en el desierto, mientras que Yamuka y su reducido séquito emprendieron la huida hacia el oeste, rumbo al territorio de los naimanos, la única de las tres grandes tribus de la estepa que todavía no había sido derrotada por Temuyín. Ong Khan también intentó llegar por su cuenta al santuario de los naimanos.

Como no habían conseguido capturar al caudillo de sus enemigos ni a su hijo, los mongoles tenían que justificar su fracaso y restar importancia al asunto. Los partidarios de Temuyín contaron

diversas historias para denigrar la figura de Ong Khan y garantizar a las gentes de ambos bandos que el anciano kan había muerto y ya no constituía ninguna amenaza. Según el relato que hicieron circular los mongoles, tras llegar sano y salvo a los alrededores de las tierras de los naimanos, se encontró con un guardia fronterizo que, negándose a creer que aquel hombre solitario era ni más ni menos que el célebre kan guerrero de los keraítas, le dio muerte. Contaron que para expiar aquel asesinato, la reina naimana mandó traer la cabeza de Ong Khan y la hizo colocar sobre un paño sagrado de fieltro blanco en un lugar de honor en el interior de su *ger*, frente a la entrada a la tienda, donde la soberana podía presentarle ofrendas y rezarle. Nada podía resultar más ofensivo para la sensibilidad de los mongoles que la presencia de un objeto tan macabro como aquél en el interior del hogar, y nada podía resultar más peligroso que la cabeza, la residencia del alma de Ong Khan. Según el relato, sin embargo, la reina ordenó que un músico tocara el *morin huur*, el violín de cabeza de caballo, mientras sus nueras cantaban y ejecutaban danzas en honor a la cabeza, y la soberana realizaba ofrendas ceremoniales de vino ante ella como si aún estuviera vivo y fuera un huésped distinguido que visitaba su *ger*. Cuando Tayang Khan, el caudillo de los naimanos, entró en la tienda y vio la cabeza cortada, fue presa del pánico y, lleno de cólera y pavor, empezó a gritar que la cabeza le había sonreído, con lo cual, le pegó una patada lanzándola fuera del paño de fieltro sagrado y luego comenzó a pisotearla hasta hacerla añicos.

Este tipo de relato venía a refrendar que el anciano kan estaba

verdaderamente muerto, y al mismo tiempo colmaba de vergüenza y oprobio a la corte naimana, el siguiente objetivo de la campaña militar de Temuyín. La propaganda y el control de la opinión pública no tardaron en convertirse en las armas preferidas por el gran kan. Los mongoles hicieron correr diversos relatos entre sus seguidores en los que se acusaba al achacoso Tayang Khan de haber degenerado en un viejo imbécil y debilucho cuya esposa e hijo lo desautorizaban y avergonzaban en público. Para suscitar el odio de sus partidarios contra el enemigo, los jefes mongoles hicieron correr el rumor de que la reina naimana despreciaba a las gentes de su pueblo a las que calificaba de salvajes sucios y pestilentes. No dudaron en servirse de los comentarios y el chismorreo para aumentar la confianza de los suyos y debilitar la determinación del enemigo, y contaron también que el hijo de Tayang Khan se mofaba de su padre, llamándolo «la Vieja Tayang», y decía que el anciano kan no se atrevía a alejarse de su *ger* más de lo que lo hacía una mujer embarazada cuando tenía que salir a orinar.

Al mismo tiempo que hacían correr esas anécdotas tan curiosas acerca de la corte de Tayang Khan, los mongoles se jactaban de sus propios espíritus contando historias relacionadas con el pavor que suscitaban entre los naimanos. Como Yamuka se había unido a este pueblo, circularon relatos acerca del pavor que sentían los naimanos cuando este último les contaba cómo eran los guerreros de Temuyín. La *Historia secreta* recoge con orgullo la descripción pormenorizada que se hacía de los mongoles: «Sus narices parecen escoplos, y sus lenguas leznas afiladas. Pueden subsistir

alimentándose de rocío y galopan sobre el viento». Comparaban a Temuyín con un halcón hambriento, pero también decían que «todo su cuerpo está hecho de cobre y hierro, y es tan sólido que no hay lezna que consiga penetrarlo».

En contraste con esta descripción, el primer mongol que fue hecho prisionero por una avanzadilla de los naimanos montaba un caballo tan flaco y su silla era tan primitiva que los captores decidieron enviar toda su montura de campamento en campamento para mofarse de él y convencer a su pueblo de la patética situación que atravesaban los mongoles. Temuyín respondió a este episodio con otra artimaña. Como disponía de muchos menos hombres que los naimanos, ordenó que cada uno de sus guerreros encendiera todas las noches cinco hogueras de campamento en las colinas en las que su ejército se había instalado. Desde la distancia, su reducido contingente militar parecía mucho más numeroso, pues daba la impresión de que había «más hogueras que estrellas en el cielo»³⁸.

La batalla decisiva por el control de Mongolia tendría lugar en 1204, año de la Rata, a unos quinientos kilómetros al oeste del Burján Jaldún. En los días previos al combate, Temuyín probó su nueva organización militar basada en pelotones de diez. En vez de optar por un enfrentamiento total, que podía perder fácilmente debido al número reducido de sus hombres, Temuyín decidió acosar a su enemigo realizando por sorpresa pequeños ataques relámpago. En

³⁸ *La historia secreta*, #194.

un primer episodio, ordenó a sus hombres avanzar poco antes del amanecer en la llamada «formación de rastrojo o de arbustos movedizos». En lugar de utilizar grandes unidades lanzadas al ataque, los dispersos pelotones de diez avanzaron por separado y en silencio desde distintas direcciones, agachados y ocultos en la oscuridad. Así impedían que el enemigo distinguiera su número o pudiera prepararse para responder a un ataque procedente de una sola dirección. Después de atacar, los pelotones huían también en distintas direcciones, dejando al enemigo herido, pero incapaz de devolver el golpe antes de que desaparecieran los agresores.

Después de llevar a cabo los ataques esporádicos en «formación de arbustos movedizos», Temuyín empleó la «formación del lago», en la que una larga línea de soldados avanzaba, disparaba sus flechas y luego era sustituida por la siguiente fila. Como oleadas, sus hombres daban un embate y luego se esfumaban con la misma rapidez con la que habían aparecido, y cada grupo de arqueros volvía a formar detrás y se preparaba para disparar una segunda oleada de flechas. El empleo de la «formación del lago» hizo que los naimanos se vieran obligados a dispersarse en una fila larga y delgada para responder a la también larga línea de agresores. Cuando ya estuvieron lo bastante dispersos, Temuyín pasó a su tercera táctica. Reagrupó a sus pelotones uno tras otro en la llamada «formación de cincel», que era estrecha en primera línea, pero extremadamente profunda, lo que permitió al agresor concentrar la máxima fuerza en un punto y embestir a las ya delgadísimas líneas defensivas naimanas para romperlas.

Según parece, las tácticas empleadas fueron, al menos en parte, una amalgama de viejas técnicas de combate y estrategias de caza; sin embargo, la incapacidad por parte del enemigo de responder con eficacia a esta modalidad de guerra indica que Temuyín introdujo suficientes innovaciones como para hacer de esas estrategias una creación propia. Había creado un nuevo tipo de ejército de la estepa basado en una variedad mucho mayor de tácticas y, lo que era más importante, en la estrecha colaboración de los soldados y su obediencia ciega a los comandantes. Ya no eran un puñado de individuos que se lanzaban al ataque como un enjambre, sino una formación unida y coordinada. Temuyín se dedicó a utilizar una serie de maniobras que todos los hombres debían conocer y ante las que todos respondían con precisión y sin vacilaciones. Los mongoles popularizaron un dicho: «Si me envía al fuego o al agua, allí voy. Voy por él»³⁹. Este dicho reflejaba no sólo un ideal, sino la realidad, la de la nueva modalidad de guerra de los mongoles, y los naimanos tuvieron buena prueba de ello.

Los mongoles estaban ganando, pero Temuyín no tenía prisa por alcanzar la victoria. La vigilia del que todos esperaban que iba a ser el día de la batalla decisiva, dijo a sus hombres que podían dormir profundamente. En el otro bando, confusos y desorientados, los

³⁹ «Hei-Ta Shih-Lüeh Kurzer Bericht über die schwarzen Tatan von P'eng Ta-Ya und Sü T'ing, 1237», en Peter Olbricht y Elisabeth Pinks, *Meng-Ta Pei-Lu und Hei-Ta Shih-Lüeh: Chinesische Gesandtenberichte über die frühen Mongolen 1221 und 1237*, Weisbaden, Otto Harrassowitz, 1980, p. 161.

naimanos, con su línea de comunicación rota, empezaron a huir durante la noche. Temuyín, sin embargo, contuvo a sus hombres y prohibió que los persiguieran. Era una oscura noche de luna nueva, y no había otra vía de escape que la escarpada ladera de la montaña. Sin un atisbo de luz, los hombres que emprendieron la huida no pudieron ver el camino y fueron precipitándose por el barranco con sus caballos. Según cuenta la *Historia secreta*, sus cadáveres quedaron apilados en el fondo del cañón como «leños carcomidos»⁴⁰.

A la mañana siguiente las fuerzas mongolas derrotaron con facilidad a los pocos naimanos que no habían huido y «acabaron con Tayang Khan». Entre los guerreros que habían conseguido escapar figuraban el hijo del kan naimano, Guchlug, que buscó refugio en las remotas montañas Tian Shan, en el territorio de los kitán, y Yamuka, que desapareció en el bosque. No quedaba grupo alguno en el que Yamuka pudiera pedir cobijo, y su fin llegaría con un agónico lamento, no con un combate decisivo. Incluso las pocas bandas merkitas que quedaban no tardaron en ser absorbidas por la creciente nación mongola, y Yamuka, a sus cuarenta años, tuvo que vivir como un proscrito, acompañado sólo de un reducido número de seguidores que se alimentaban de animales salvajes. Por un curioso revés del destino, el otrora aristocrático caudillo había quedado reducido al mismo estado de existencia en el que el joven

⁴⁰ *La historia secreta*, #96.

Temuyín quedó sumido a la muerte de su padre. En el año del Buey de 1205, un año después de esta victoria, los seguidores de Yamuka, desesperados y resignados a la derrota, apresaron a su jefe y lo entregaron a Temuyín. Pese al odio mutuo que existía entre ambos, Genghis siempre valoraba la lealtad por encima de todo. En vez de recompensar a los individuos que le trajeron a su enemigo, los mandó ejecutar en presencia del caudillo al que habían traicionado.

El último encuentro entre los dos hombres, que durante más de veinte años habían luchado uno contra otro, constituye sin duda uno de los episodios más emocionantes de la *Historia secreta*. En vez de intentar vengarse de Yamuka, ahora que ya no suponía ninguna amenaza, Temuyín le ofreció unirse a él de nuevo: «Seamos camaradas. Ahora volvemos a estar unidos, debemos recordarnos mutuamente las cosas que hemos olvidado, despertar de nuestro letargo. Incluso cuando te fuiste y te apartaste de mí, seguiste siendo mi bendito y adorado hermano de sangre por juramento. Ni que decir tiene que en los días de luchas y enfrentamientos era yo quien te revolvía el estómago y afligía tu corazón. Ni que decir tiene que en los días de incursiones y matanzas era yo quien estaba clavado en tu pecho y en tu corazón»⁴¹.

Al parecer, Yamuka se conmovió por el ruego y el sentimiento de su

⁴¹ Urgungue Onon, trad. ing., *The History and the Life of Chinggis Khan (The Secret History of the Mongols)*, E. J. Brill, Leiden, 1990, #200.

viejo compañero de la infancia que ahora gobernaba todo lo que él había poseído, e incluso mucho más. Por un momento pareció rendirse a la nostalgia que sentía Temuyín por los lazos de fraternidad que les había unido de niños; luego, respondió: «Nos alimentamos de lo que no puede digerirse, y nos dijimos palabras que no pueden olvidarse» mientras «compartíamos la manta bajo la que dormíamos». A continuación culpó de su separación a la influencia que había ejercido otra persona, sin nombrarla: «Hemos sido provocados por uno que nos rebasa. Hemos sido incitados por uno que era ajeno a nosotros».

La *Historia secreta* ofrece la extensa confesión de arrepentimiento de Yamuka, pero la prosa grandilocuente y la minuciosidad del relato invitan a sospechar de su veracidad. «Ahora, cuando el mundo te espera —dice Yamuka—, ¿de qué te sirve tenerme por compañero? Al contrario, hermano de sangre, en la noche oscura atormentaría tus sueños, en el luminoso día torturaría tu corazón. Sería un piojo en tu collar, me convertiría en la astilla de tu puerta».

Yamuka, adoptando prácticamente la misma actitud de un abogado moderno que solicita la absolución de su cliente y se basa para ello en problemas psicológicos e inestabilidad emocional, se pone a reflexionar sobre la juventud de ambos en busca de una explicación de por qué ha sentido tanto afecto por Temuyín y por qué lo ha traicionado. Cuenta brevemente que perdió a sus padres, que no tuvo hermanos ni amigos en los que confiar, y que tuvo a una arpía por esposa. Pero cuando termina, en vez de pedir misericordia, implora la muerte, con un único ruego: que lo ejecuten como a un

aristócrata según la tradición, esto es, sin derramar su sangre en el suelo y sin exponerla al sol y al cielo.

Como le había fallado en vida, Yamuka se ofrecía a ser mejor amigo de Temuyín en la muerte. Juró que si se colocaban sus restos en un lugar elevado, vigilaría y cuidaría de él y de todos sus descendientes: «Mátame y deposita mis huesos en un lugar elevado. Si así lo haces, protegeré durante toda la eternidad la semilla de tu semilla y me convertiré en una bendición para ellos». Según cuenta la leyenda, Temuyín le enterró con el cinto dorado que le regaló cuando realizaron su juramento de *andas*.

Yamuka había sido su primer rival, y acabó su vida como el último aristócrata mongol que se opuso a él. En la difícil y larga empresa por el control de los clanes mongoles, Temuyín había vencido a todas las tribus de la estepa y había acabado con la amenaza que suponían los linajes aristocráticos, matando a los varones de estas familias y casando a las mujeres con sus hijos y sus seguidores. Se irritaba ante la autoridad de todo el que estaba por encima de él. Mató a Begter para dirigir su familia. Acabó con los merkitas porque raptaron a su esposa. Aniquiló a los tártaros que habían matado a su padre y despreciaban a los mongoles, a los que consideraban poco más que ratas de la estepa. Derrocó a los nobles de su propio pueblo y eliminó uno por uno a los clanes mongoles de los tayichiud y los yurkin. Cuando su propio aliado y padre putativo se negó a permitir un matrimonio entre sus respectivas familias, lo destruyó junto con su tribu. Cuando la reina de los naimanos se mofó de los mongoles, calificándolos de subordinados, atacó su tribu, asesinó a

su marido y entregó a la soberana a uno de sus hombres como esposa. Por último, mató a Yamuka, una de las personas que más había querido en toda su vida, y acabó así con el aristocrático clan de los yadاران.

Temuyín podía considerarse ahora dueño indiscutible de un vasto territorio, cuyos dominios iban desde el Gobi en el sur hasta la tundra ártica en el norte, y desde los bosques de Manchuria en el este hasta los montes Altái en el oeste. El suyo era un imperio de hierba con más animales que seres humanos. La simple victoria en el campo de batalla no confería legitimidad de gobierno hasta que ésta no fuera votada públicamente en una *juriltai* de representantes de todas las zonas de la región. Si algún grupo decidía no mandar a nadie a la asamblea, quería decir que rechazaba el gobierno del kan que la había convocado. El kan no podía imponer su autoridad sobre este grupo, y lo que era más importante, ellos no podían exigir su protección.

Temuyín dejó pasar otro año para restaurar la paz y mejorar sus relaciones antes de convocar la *juriltai* que debía elevarlo al poder. En el año del Tigre de 1206 regresó a las fuentes del río Onon⁴², junto a su monte sagrado, el Burján Jaldún, y reunió la *juriltai*, probablemente la más nutrida e importante de la historia de la

⁴² En cuanto al lugar en el que se celebró la *juriltai* de 1206, la *Historia secreta* habla simplemente de las fuentes del Onon, pero una obra del siglo XVII, *Erdeni-yin Tobchi*, dice que tuvo lugar concretamente en la isla del río Jerlen. Paul Kahn, *The Secret History of the Mongols: The Origins of Chingis Khan*, edición ampliada, Cheng & Tsui, Boston, 1998, p. 189.

estepa. Decenas de miles de animales pacían por las inmediaciones para suministrar la leche y la carne que iban a consumirse durante los festejos. Alrededor del campamento infinidad de *gers* se extendían alineadas en todas las direcciones, y en el centro se erguía el *sulde*, el estandarte del espíritu que había conducido y guiado a Temuyín hasta aquella asamblea. Las jornadas de celebraciones solemnes e importantes rituales se alternaron con otras de fiestas, competiciones deportivas y música. Durante el día los chamanes de la corte, entre ellos Teb Tengueri, batían sus tambores y cantaban, y al caer la noche los músicos hacían sonar sus instrumentos. La brisa nocturna se llenaba del sonido seductor característico del canto gutural mongol, insistente y armónico a la vez, en el que los hombres emiten sonidos desde lo más profundo de su cuerpo, de modo que pueden seguir dos líneas musicales simultáneamente. Como en cualquier gran acontecimiento político, los jóvenes demostraban su destreza en competiciones de lucha, carreras de caballos y tiro al arco, los juegos tradicionales de los mongoles conocidos con el nombre de *naadam*.

Temuyín controlaba un vasto territorio de aproximadamente el tamaño de la Europa occidental moderna, pero con una población de apenas un millón de personas entre las distintas tribus nómadas que le seguían y tal vez entre quince y veinte millones de animales. No gobernaba simplemente en calidad de kan de los tártaros, los *keraitas* o los *naimanos*. Iba a convertirse en el caudillo de todo el Pueblo de las Paredes de Fielto, y decidió imponer a este naciente imperio un nuevo nombre oficial inspirado en el de su propia tribu.

Lo llamó *Yeke Mongol Ulus*, la Gran Nación Mongola. Tras unir todos los pueblos, abolió los títulos aristocráticos hereditarios de los linajes, los clanes y las tribus. Todos ellos pasaron a ser propiedad del estado, no de los individuos o sus familias, y serían distribuidos según la voluntad del nuevo caudillo. Temuyín rechazó para su persona los antiguos títulos tribales, como, por ejemplo, Gur-Khan o Tayang Khan, y eligió el que probablemente sus seguidores utilizaran ya cuando se referían a él, Chingguis Khan, apelativo que más tarde fue conocido en Occidente en su forma persa como Genghis Khan. La voz mongola *chin* significa fuerte, firme, inamovible, sin temor a nada, y se parece al término *chino*, utilizado en esta lengua para designar al lobo, el antepasado común del que este pueblo decía descender. Era un título sencillo y adecuado para el nuevo kan.

Como la mayoría de los grandes gobernantes, Genghis Khan comprendió el potencial político que tenían las ceremonias solemnes y las demostraciones espectaculares. Pero a diferencia de los grandes príncipes que se hallaban confinados tras los muros de imponentes edificaciones, como, por ejemplo, palacios y templos, el ambiente de Genghis Khan eran las grandes estepas abiertas que compartía con cientos de miles de personas.

Las ceremonias públicas de los mongoles causaban una profunda impresión en los visitantes y cronistas que las describieron con todo tipo de detalle. El relato más completo que ha llegado a nuestras manos es obra del biógrafo francés del siglo XVII François Pétis de la Croix, que tuvo acceso a documentos persas y turcos de la época

perdidos en la actualidad. Según Pétis, los seguidores de Genghis Khan «lo colocaron sobre una alfombra de fieltro negro que habían extendido en el suelo; y la persona que tenía la orden de ser la voz del pueblo, le dijo cuáles eran los deseos de éste»⁴³. El orador advirtió a Genghis Khan «que fuera cual fuese la autoridad de poder que le había sido concedida, ésta provenía del Cielo, y que Dios no dudaría en bendecir y hacer cumplir sus designios si gobernaba a sus súbditos con equidad y justicia; pero que si abusaba de este poder, ese mismo Dios tampoco dudaría en convertirlo en un desgraciado».

La ceremonia constituyó una señal inequívoca de apoyo por parte de sus seguidores, que manifestaron públicamente su sumisión y alzaron por encima de sus cabezas la alfombra en la que estaba sentado el gran kan para trasladarlo literalmente hasta el trono. A continuación «se arrodillaron hasta nueve veces ante su nuevo emperador, para demostrar la obediencia que le habían prometido». Del mismo modo que la presencia de un linaje representaba su apoyo, la de un chamán indicaba que sus espíritus y sus sueños le habían ordenado asistir a la asamblea. Como se carecía de una religión organizada, los chamanes conferían la bendición espiritual al acto y lo convertían en algo más trascendental que un simple acontecimiento político. Con su presencia el acto se convirtió en una

⁴³ François Pétis de la Croix, *The History of Genghizcan the Great: First Emperor of the Ancient Moguls and Tartars*, publicado para J. Darby, etc., Londres, 1722, pp. 62-63.

proclamación divina del destino que el Cielo Azul Eterno había dispuesto para Temuyín.

Los chamanes batían los tambores, entonaban cánticos a los espíritus de la naturaleza y esparcían *airak* en el suelo y al aire. Con las palmas de las manos alzadas hacia el Cielo Azul Eterno, la multitud reunida rezaba plegarias de pie en hileras bien formadas. Cuando concluyeron sus oraciones las elevaron al cielo gritando la antigua exclamación mongola que ponía fin a todas las plegarias, «*buree, buree, buree*», una expresión parecida al amén cristiano. Este acto místico hizo que todos participaran en la elección y vino a sellar una alianza religiosa del pueblo no sólo con su caudillo, sino también con el mundo espiritual.

La mayoría de los líderes, sean reyes o presidentes, se han formado en instituciones de un tipo determinado de estado. Sus logros han comportado normalmente la reorganización o revitalización de esas instituciones y del estado que las amparaba. Genghis Khan, sin embargo, emprendió deliberadamente la creación de un estado y las instituciones necesarias para su funcionamiento sobre una serie de nuevos fundamentos, parte de los cuales tomó prestados de las viejas tribus y parte de los cuales inventó. Para la supervivencia de su nación-Estado, tenía que construir instituciones sólidas, y, en su opinión, la primera debía ser el ejército que lo había conducido al poder; lo hizo más fuerte si cabe y más centralizado alrededor del gobierno. Bajo Genghis Khan, los pastores de reses y ovejas y los muchachos que cuidaban de camellos progresaron para convertirse en generales y cabalgar al frente de un ejército de mil o diez mil

guerreros. Todos los varones sanos de edad comprendida entre los quince y los setenta años eran miembros en activo del ejército. Del mismo modo que hiciera tras ser elegido por primera vez kan de una tribu, nombró a sus más fieles seguidores jefes de un grupo de mil soldados con sus correspondientes familias, y a los que llevaban más tiempo con él, como, por ejemplo, Boorchu, los puso al mando de unidades de diez mil hombres. Recompensó a individuos que procedían de los linajes inferiores de los huesos negros, colocándolos en altos cargos de acuerdo con sus logros y la lealtad demostrada tanto en tiempos de paz como en el campo de batalla. En comparación con las unidades de diez mil hombres que encomendó a sus amigos más leales, las que asignó a los miembros de su propia familia fueron bastante inferiores en número: a su madre, a su hermano menor y a sus dos hijos pequeños, Ogodei y Tolui, les cedió el control de unidades de cinco mil. Los ocho mil hombres que puso a las órdenes de Chagatai, y los nueve mil de Yochi, ponen de manifiesto que ni siquiera sus dos hijos mayores recibieron una *turnen* completa de diez mil guerreros. Genghis Khan encargó a sus amigos más fieles que supervisaran la administración de varios miembros de su familia, sobre todo la de su madre, la de su hermano menor y la de Chagatai. Explicó la conveniencia de controlar a este último aduciendo que «es obstinado y de miras estrechas»⁴⁴. Y quiso que los consejeros estuvieran «día y noche a su

⁴⁴ *La historia secreta*, #243.

lado para asesorarlo».

Para mantener la paz en aquel conjunto de tribus, tan numeroso y variopinto desde el punto de vista étnico, que él había unido formando una sola nación, promulgó inmediatamente nuevas leyes con el fin de abolir los pleitos tradicionales que se dirimían en guerras y enfrentamientos tribales. El gran código de Genghis Khan⁴⁵ era muy distinto del de otros juristas de la historia. Éste no basó sus leyes en la revelación divina; ni se inspiró para su elaboración en antiguos códigos de una civilización sedentaria. Las consolidó a partir de las costumbres y tradiciones de las tribus de pastores tal y como se habían conservado a lo largo de los siglos; pero no dudó en prohibir las viejas prácticas cuando éstas suponían una amenaza para el funcionamiento de su nueva sociedad. Permitió que los grupos locales siguieran la ley tradicional de su región, siempre y cuando sus normas no entraran en conflicto con el gran código, la ley suprema o código civil que era de aplicación para todos sus súbditos.

El gran código, sin embargo, no constituía un único conjunto de normativas jurídicas, sino un Corpus legislativo en continua evolución que Genghis Khan se encargó de desarrollar a lo largo de los veinte años de vida que le quedaban. No ahondaba en todos los aspectos de la vida cotidiana, pero servía para regular los más

⁴⁵ Para una información más exhaustiva acerca del código de Genghis Khan, véase Valentin A. Riasanovsky, *Fundamental Principles of Mongol Law*, Uralic & Altaic Series, vol. 43, Bloomington, Indiana University Publications, 1965, p. 33.

problemáticos. Mientras se siguiera secuestrando a las mujeres, no iban a cesar los largos enfrentamientos en la estepa. Según se sabe, la primera ley del nuevo código prohibió el rapto de mujeres, probablemente como reacción al que había sufrido su esposa Borte. La persistente tensión doméstica derivada de ese tipo de secuestros no dejaría de acompañar a Genghis Khan y de afectar a su propia familia debido a la incertidumbre en torno a quién era el padre biológico de su primogénito, si él o el raptor de Borte, una duda que daría lugar a problemas mucho más graves a medida que fue envejeciendo.

En concomitancia con la ley que ponía fin a los secuestros, Genghis Khan decretó la prohibición de raptar y esclavizar a los mongoles. Desde su captura y esclavización a manos de los tayichiud, conocía muy bien la angustia que suponía el hecho de ser apresado y obligado a trabajar como siervo, pero también supo darse cuenta de cómo esa práctica iba en detrimento de todo el conjunto de la sociedad y de los odios y violencia que engendraba entre las tribus de la estepa.

Genghis Khan intentó eliminar todo aquello que pudiese suscitar disensiones internas entre las filas de sus seguidores. Sabedor, por propia experiencia, de las hostilidades que provocaban las cuestiones relativas a la legitimidad de los hijos, decretó que todos ellos eran legítimos, fuera la madre una esposa o una concubina.

Como el regateo por el precio de una esposa⁴⁶, como si se tratara de un camello, podía provocar graves desencuentros entre sus hombres, prohibió la venta de mujeres en el matrimonio. Por la misma razón, declaró ilegal el adulterio, práctica que para los mongoles tenía un sentido distinto del de la mayoría de los pueblos. La ley de Temuyín no afectaba a las relaciones sexuales entre una mujer y los parientes cercanos de su marido, ni a las que pudiera tener un hombre con las criadas o las esposas de los demás varones de su familia. De acuerdo con el principio mongol de que las cuestiones de una *ger* debían ser dirimidas en la *ger*, y las de la estepa en la estepa, el concepto de adulterio se refería a las relaciones extramatrimoniales de personas casadas pertenecientes a distintas familias. Siempre y cuando no dieran lugar a enfrentamientos públicos entre familias, los adúlteros no incurrían en un delito.

El robo de animales nunca había estado considerado una práctica correcta, pero era muy común en la cultura de la estepa, caracterizada por la depredación de sus habitantes, y también había dado lugar a odios y discordias sin fin. Tal vez al recordar el grave perjuicio causado a su familia cuando ésta se vio privada de sus ocho caballos castrados, Genghis Khan decretó que el robo de ganado y animales pasaba a ser un delito capital. Además ordenó

⁴⁶ Para una información más detallada acerca del matrimonio, véase Paul Ratchnevsky, *Genghis Khan: His Life and Legacy*, trad. ing. de Thomas Nivison Haining, Oxford, Blackwell, 1991, p. 191.

que todo aquel que encontrara un animal perdido debía devolverlo a su legítimo propietario. Con ese fin, instituyó un complejo sistema de objetos perdidos que no dejó de crecer durante la expansión de su imperio. Todo individuo que encontrara un objeto, dinero o un animal y no lo consignara al supervisor pertinente sería considerado un ladrón, y la pena por robo era la muerte.

Además de pelearse por los animales extraviados, los pueblos de la estepa solían enfrentarse por los derechos de caza de los animales salvajes⁴⁷. Genghis Khan codificó las costumbres existentes y prohibió la caza entre los meses de marzo y octubre, en la época de cría. Esta ley, que protegía a los animales durante la estación estival, no sólo venía a crear una red de seguridad para el invierno, sino que obligaba a los cazadores a limitar sus actividades cinegéticas a lo estrictamente necesario para sobrevivir. Especificaba también cómo se debía cazar a los animales y la manera de despedazarlos para aprovechar su carne al máximo.

Aparte de los problemas concernientes a las relaciones sexuales, las propiedades y la comida, el kan se dio cuenta del potencial destructivo que suponía el antagonismo entre las distintas religiones. De una manera u otra, prácticamente todas las religiones, desde el budismo hasta el cristianismo y desde el maniqueísmo hasta el islam, se habían hecho un hueco entre los pueblos de la estepa, y casi todas ellas no sólo afirmaban ser la

⁴⁷ Véase *La historia secreta*, #199.

verdadera religión, sino la única. En la que tal vez pueda definirse como la primera ley de su especie en el mundo, Genghis Khan decretó una libertad absoluta de credo para todo el mundo. Aunque siguió venerando a los espíritus de su patria, no permitió que éstos fueran utilizados a modo de culto nacional.

Con el fin de promover todas las religiones, declaró a los líderes religiosos y sus propiedades exentos del pago de tributos y de todo servicio público. Para favorecer las actividades laborales que podían estar asociadas con el culto, hizo extensiva posteriormente esas exenciones⁴⁸ a un conjunto de profesionales que aportaban una serie de servicios públicos fundamentales, como, por ejemplo, empresarios, médicos, juristas, maestros y hombres de letras.

También estableció diversas leyes concebidas específicamente para prevenir las disputas por el título de kan. Según su normativa, el kan debía ser elegido siempre por la *juriltai*. Decretó que cualquier miembro de su familia que pretendiera hacerse con el título sin pasar por la asamblea incurriría en un delito capital. Para evitar que los candidatos rivales se mataran unos a otros, ordenó que la aplicación de la pena de muerte a un miembro de su familia sólo podía ser acordada en el curso de una *juriltai* de toda la familia, y no por decisión de un solo individuo. Con esta ley prohibía el empleo de medios de los que él mismo se había servido para llegar al poder: el

⁴⁸ Para una información más completa acerca de la ley de tributos de Genghis Khan, véase Valentin A. Riasanovsky, *Fundamental Principles of Mongol Law*, p. 83.

asesinato de su medio hermano.

La ley mongola, según la codificación de Genghis Khan, reconocía la responsabilidad de grupo y la culpabilidad de grupo. El individuo en sí mismo no tenía personalidad jurídica fuera del contexto familiar y del gran conjunto o unidad al que pertenecía; así pues, la familia era la responsable de garantizar el comportamiento correcto de sus integrantes. Un delito cometido por uno de sus miembros podía comportar un castigo para todos. Del mismo modo, las tribus o los pelotones de soldados eran también responsables de las acciones de otras tribus u otros pelotones, y por lo tanto la nación entera, no sólo el ejército o la administración civil, tenía la responsabilidad de respetar y aplicar la ley. Para poder ser un mongol justo, debía vivirse en una comunidad justa.

La práctica de la ley y la obligación a acatarla empezaba por los cargos más destacados, por el mismísimo kan. De esta manera, Genghis Khan proclamaba la supremacía de los códigos legales⁴⁹ por encima de cualquier individuo, incluso el propio soberano. Al someter al gobernante al respeto de las leyes, logró algo que ninguna otra civilización había conseguido anteriormente. A diferencia de muchas culturas, especialmente la de Europa occidental, donde los monarcas gobernaban por la gracia de Dios y su voluntad estaba por encima de la ley, Genghis Khan estableció

⁴⁹ Para una información más pormenorizada acerca de cómo era aplicada la ley a la familia real, véase Boris Y. Vladimirtsov, *The Life of Chingis-Khan*, trad. ing. del príncipe D. S. Mirsky, Nueva York, Benjamin Blom, 1930, p. 74.

claramente que su gran código era de estricta aplicación tanto para los gobernantes como para el resto del pueblo. Sus descendientes sólo fueron capaces de acatar esta ley durante unos cincuenta años después de su muerte; luego la abolieron.

Para el gobierno en general de su imperio, pero más concretamente para recoger las numerosas leyes nuevas y administrarlas a lo largo y ancho del vastísimo territorio que ahora tenía bajo su control, Genghis Khan ordenó la adopción de un sistema de escritura. Aunque ya hacía muchos siglos que la escritura había sido introducida en las estepas por los mercaderes musulmanes y los monjes cristianos itinerantes, era poca la población local que sabía escribir, incluso entre las tribus más sofisticadas como la de los tártaros, los naimanos y los keraítas; y, según tenemos conocimiento, ningún mongol conocía este arte. Tras conquistar a los naimanos en 1204, Genghis descubrió que Tayang Khan había contado con los servicios de un escriba encargado de redactar todas sus decisiones y luego estamparlas con un sello oficial. Dicho escriba era un uigur, tribu originaria de la estepa mongola, pero que en el siglo IX había emigrado a los oasis de lo que en la actualidad es la región de Xinjiang, al oeste de China. La lengua uigur era muy parecida a la mongola, por lo que resultó fácil adaptar su escritura. Derivada del alfabeto siríaco utilizado por los monjes misioneros que llevaron el cristianismo a las tribus de la estepa, dicha escritura consistía en una serie de letras, más que caracteres, que eran dispuestas verticalmente de arriba abajo en columnas, como en chino.

Para mantenerse al tanto del funcionamiento de sus leyes, Genghis Khan creó el cargo de juez supremo y lo confió a su hermano adoptado, Shigui-Jutuju, el niño tártaro con los pendientes de oro y la argolla en la nariz que se había encontrado y que había puesto en manos de su madre. Le encargó «castigar a los ladrones y enmendar las mentiras»⁵⁰, así como llevar un registro de sus decisiones en papeles blancos encuadernados con tapas azules, el color sagrado del Cielo Eterno. Es probable que esta estrecha asociación entre la escritura y el mantenimiento de la ley existente en la administración de Genghis Khan explique por qué el término mongol para libro, *nom*, deriva del griego *nomos*, que significa «ley». En el mundo mongol del siglo XIII, la ley y la palabra escrita eran una misma cosa.

Para preservar la lealtad y la cohesión de la gran maquinaria de su estado, Genghis Khan realizó una serie de innovaciones en una antigua práctica política: la toma de rehenes. Exigió que todos los comandantes de las unidades de mil y diez mil soldados le enviaran a sus hijos y a los hijos de sus mejores amigos, para que él pudiera crearse su propia unidad de diez mil. En vez de amenazar con matarlos si sus parientes no se comportaban según lo esperado, introdujo una medida mucho más efectiva: adiestró a esos muchachos en el arte del gobierno y los tuvo en reserva, listos para sustituir a cualquier oficial o funcionario que no estuviera a la

⁵⁰ *La historia secreta*, #203.

altura de las circunstancias o tuviera un comportamiento desleal. Es probable que el peligro de ser destituido contribuyera mucho más a asegurar la lealtad de un hombre en el terreno que la amenaza de matar a un pariente. De ese modo, Genghis Khan cambió la condición de los rehenes, convirtiéndolos en una parte integral de su gobierno que proporcionaba a casi todas las familias una conexión directa y personal con la corte del imperio.

Genghis Khan dividió la unidad de élite en guardia de día y guardia nocturna. Aunque, como su nombre indica, su principal cometido era proteger permanentemente al kan y su campamento, ambas tenían muchas más funciones que una simple guardia de corps. Se encargaban de la vigilancia de los niños y niñas que trabajaban en la corte y de organizar a los pastores de los distintos animales. Supervisaban el traslado del campamento con todas sus armas y las pertenencias del estado: banderas, picas y tambores. También controlaban los calderos de comida y el sacrificio de animales, y velaban por una correcta distribución de la carne y los productos lácteos. Colaboraban en la concesión de audiencias judiciales, en la ejecución de los castigos y en el cumplimiento de la ley en general. Como controlaban las entradas y salidas de las tiendas reales, constituían la base de la administración del gobierno.

Todos los integrantes del regimiento personal de Genghis Khan ostentaban el rango de hermano mayor de las otras nueve unidades de diez mil soldados, y por lo tanto podían emitir órdenes a cualquiera de los demás guerreros y debían ser obedecidos sin rechistar. A diferencia de muchos ejércitos, en los que cada

individuo ostenta un rango, en el mongol toda la división ostentaba un rango. El guerrero de rango inferior en la *turnen* de diez mil hombres de Genghis Khan tenía una categoría superior al individuo de mayor rango de las otras *turnen*. En cada *turnen*, a su vez, los integrantes de la división de mil hombres a las órdenes del comandante tenían un rango superior a todos los soldados de las otras nueve divisiones de mil guerreros.

Con el fin de facilitar las comunicaciones para que las órdenes llegaran a la persona interesada, el gran kan estableció un sistema basado en jinetes veloces que recibían el nombre de mensajeros flecha⁵¹. El ejército proporcionaba los jinetes, pero la población local era la encargada de suministrar las postas. Para los mongoles, el servicio en el correo tenía la misma categoría e importancia que el militar, y la población podía prestar sus servicios en correos en vez de en el ejército regular. Dependiendo del terreno, la distancia entre posta y posta era de unos treinta y cinco kilómetros, y para el funcionamiento y la conservación de cada posta eran necesarias unas veinticinco familias. Aunque las postas eran de uso público, casi toda la información acerca de cada una de ellas en particular y sobre su número total fue un secreto celosamente guardado, por lo que no ha llegado a nuestras manos. Sin embargo, podemos hacernos una idea de su desarrollo si nos fijamos en la situación

⁵¹ Para un estudio acerca de las postas, véase Bat-Ochir Bold, *Mongolian Nomadic Society: A Reconstruction of the «Medieval» History of Mongolia*, Nueva York, St. Martin's Press, 2001, p. 168.

reinante en el siglo XVIII, cuando el sistema todavía estaba operativo, y eran necesarias unas sesenta y cuatro postas para atravesar Mongolia de parte a parte, desde los montes Altái, en el oeste, hasta la entrada a China por la Gran Muralla, en el este.

Para las distancias más cortas, Genghis Khan adaptó una serie de métodos de comunicación antiguos, como, por ejemplo, el empleo de antorchas, de flechas silbantes, de humo, de señales de fuego y de banderas, con el fin de transmitir —con mayor celeridad incluso— la información durante las partidas de caza, las maniobras y otras operaciones militares. Antiguamente los pastores habían desarrollado un complejo sistema de señales con los brazos que podía ser utilizado para comunicarse con un individuo cuando éste ya se había alejado mucho y quedaba fuera del alcance de la voz, y con Genghis Khan estas señas también fueron utilizadas para crear un sistema de comunicación rápida y efectiva mucho más elaborado que era empleado en batallas y maniobras militares.

La paz y la prosperidad dieron lugar a algunos problemas para Genghis Khan. Seis años de paz acarrearón, o probablemente fomentaron, una serie de intrigas y rivalidades mezquinas que amenazaron con deshacer la unión de las tribus que con tanto esfuerzo había conseguido. Cuanto más crecía su campo de influencia, más desacuerdos surgían entre sus seguidores, en especial en el seno de su propia familia, cuyos miembros se sentían en el derecho de disfrutar de más poder y riquezas que los aliados del kan con los que éste no mantenía ningún lazo de sangre. Prácticamente ningún pariente suyo formaba parte de su séquito de

leales consejeros. El caudillo envió a su madre a vivir con su hijo pequeño, Temugue, que de acuerdo con la tradición esteparia era llamado *otchiguen*, príncipe del hogar, y cuyo cometido consistía en cuidar de sus progenitores en la vejez.

Después de conseguir la lealtad absoluta de su ejército y de eliminar a los rivales que tenía entre los miembros de su familia y la vieja aristocracia, Genghis Khan tuvo que hacer frente a un nuevo problema: Teb Tengueri, su chamán⁵². Éste había repetido hasta la saciedad que el Cielo Azul Eterno estaba de parte del gran kan y lo iba a convertir en el dueño del mundo; interpretaba sueños y todo tipo de señales siempre en beneficio de su caudillo, y de los cuales decía que eran un signo revelador de la gran importancia de Genghis Khan, quien, a su vez, no sólo se sirvió del valor sobrenatural que Teb Tengueri aportaba a su corte, sino también de su valor práctico, como ocurrió cuando nombró al chamán inspector de las propiedades de Hoelun y Temugue Otchiguen. Teb Tengueri utilizó su cargo para enriquecerse él y sus seis hermanos, que formaban una poderosa coalición y que, debido a su poder

⁵² El nombre de Teb Tengueri era Kokochu. En la *Historia secreta* aparecen cuatro hombres que se llamaban como él, y el texto no siempre resulta claro a la hora de indicar cuál de estos personajes fue el administrador de las posesiones de Hoelun. Dos de ellos ya habían muerto cuando tuvo lugar este episodio. Además del chamán, Kokochu se llamaba el niño de los tayichiud que fue adoptado por Hoelun, y que posteriormente se convertiría en jefe de una división de mil hombres. Muchos especialistas consideran que a la muerte de Hoelun, sus gentes pasaron a depender del Kokochu adoptado, pero como ciertos argumentos convincentes indican que esas personas fueron encomendadas a Teb Tengueri, cabe pensar también que el chamán fue el administrador de los bienes de Hoelun. Aunque la identidad exacta de este individuo siga siendo una incógnita, probablemente ésta no sea una cuestión de particular importancia.

sobrenatural, contaban con sus propios seguidores dentro de la recién creada nación mongola; un grupo de hombres cuyo número sólo superaba el que tenía el mismísimo Genghis Khan.

En cierta ocasión estos siete hermanos se confabularon contra el hermano de Genghis Khan, Jasar, y le dieron una paliza. Más tarde, Jasar fue a la *ger* de su hermano, cayó ante él de rodillas y le suplicó ayuda. Como nunca se fiaba totalmente de su familia, Genghis le reprendió y preguntó con tono burlón cómo era posible que él, otrora célebre por ser considerado el más fuerte de la tribu, se dejaba ahora pegar una paliza por esos hombres. Según la *Historia secreta*, Jasar, avergonzado, se deshizo en lágrimas mientras permanecía arrodillado ante su hermano. Luego abandonó la *ger* y, airado, temeroso y humillado, no le dirigió la palabra al kan en tres días.

Al parecer, poco tiempo después, envalentonado por su pequeño triunfo sobre Jasar, Teb Tengueri contó a Genghis Khan que había tenido un sueño en el que aparecía el caudillo mongol como jefe supremo de la nación, pero que en un segundo sueño había visto a Jasar en este cargo. Imploró a Genghis Khan que se impusiera con firmeza y rapidez a su hermano para evitar que su gobierno pudiera verse amenazado. El emperador ordenó inmediatamente la detención de su hermano, que fue alejado de su pequeño contingente de fieles seguidores.

La madre de Genghis Khan vivía con su hijo pequeño a un día de viaje de la corte del caudillo mongol, pero pronto tuvo noticia de lo acaecido. Ella misma ya sentía las consecuencias del poder que

ostentaba Teb Tengueri como administrador de sus propiedades, y montó en cólera cuando se enteró del rifirrafe entre sus dos hijos que el chamán había provocado. Pese a ser una hora avanzada, Hoelun enganchó un camello blanco a su carro negro y viajó toda la noche hasta llegar al campamento real de su hijo cuando empezaba a amanecer.

Según cuenta la *Historia secreta*, Genghis Khan, más que sorprendido, se quedó helado cuando su madre se presentó dentro de su *ger*, desató a Jasar, le puso de nuevo su sombrero y lo ayudó a ceñirse el fajín alrededor de la cintura. Excitada y llena de cólera contra su primogénito, Hoelun se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, se abrió la *deel* y dejó expuestos sus pechos, que estaban tan viejos, arrugados y deteriorados después de haber amamantado a cinco hijos, que, según la *Historia secreta*, incluso cuando los levantó entre sus manos seguían cayéndole hasta las rodillas.

«¿Ves esto?»⁵³, preguntó airada a Genghis Khan mientras le mostraba sus dos pechos con ambas manos. «¡Son los pechos que mamaste de pequeño!», exclamó. Entonces lanzó una larga invectiva contra su hijo. Utilizando prácticamente las mismas palabras que le había dirigido cuando Genghis Khan acabó con la vida de su medio hermano Begter, Hoelun acusó a su primogénito de actuar como un animal que muerde con ansia su propio cordón umbilical y mastica su propia placenta. Para apaciguar y calmar la ira de su madre, el

⁵³ *La historia secreta*, #244.

kan aceptó devolver a Jasar su libertad y el mando sobre algunos de sus partidarios.

Poco después de aquel terrible enfrentamiento con su hijo, Hoelun, que probablemente no habría cumplido aún los sesenta años, falleció. Sus propiedades habrían debido pasar, según la tradición, a su hijo pequeño, que quería añadirlas a las suyas propias para conseguir el control de un total de diez mil personas, más que cualquier otro miembro de la familia. El chamán y sus seis hermanos, tal vez con el consentimiento implícito de Genghis Khan, apartaron a Temugue Otchiguen y se adueñaron de los territorios de Hoelun y sus seguidores. Cuando Temugue intentó recuperar a sus partidarios, Teb Tengueri y sus hermanos lo humillaron públicamente haciendo que se arrodillara en el suelo frente a las posaderas del viejo chamán y suplicara por su vida.

Pese a las repetidas protestas de su familia, Genghis Khan siguió mostrándose mejor aliado del chamán que de sus propios parientes. El único familiar al que todavía parecía dispuesto a escuchar era su esposa Borte. Esta comprendía con más claridad que su marido el peligro que suponían siete hermanos poderosos que se mantenían firmemente unidos y que ahora contaban con su propio séquito de seguidores en la nación mongola. Tras enterarse del último episodio, la humillación de Temugue Otchiguen, Borte explicó enojada a Genghis Khan que ponía a sus propios hijos en peligro si seguía permitiendo que Ieb Tengueri hiciera tanto alarde de su poder cada vez mayor. Del mismo modo que otrora aconsejara a Temuyín que se alejase de Yamuka cuando los dos amigos unieron a sus

respectivos seguidores en un ejército conjunto, ahora Borte pedía a Genghis Khan que apartara de su lado a Teb Tengueri y su familia. Y formulaba la siguiente pregunta: si el chamán era capaz de hacer todas esas cosas a los hermanos del gran kan en vida de éste, ¿qué sería capaz de hacerle a sus hijos y viudas cuando el caudillo muriera?

Cuando Teb Tengueri volvió a presentarse en la corte acompañado de sus seis hermanos y su padre, Monglik, Temugue Otchiguen los estaba esperando con Genghis Khan en el interior de la *ger*. En cuanto el chamán se sentó, Temugue se acercó a él y lo agarró por el cuello de la *deel*. Genghis Khan, pensando que los dos hombres estaban simplemente a punto de iniciar una lucha, ordenó que dirimieran sus diferencias fuera de la *ger*. Temugue, sin embargo, no pretendía entablar un combate con Teb Tengueri; quería castigarlo. En cuanto empujó al chamán fuera de la tienda, tres hombres que estaban allí aguardando lo agarraron y le quebraron la espalda. Genghis Khan ordenó levantar una pequeña tienda sobre el desgraciado moribundo, y todo el mundo abandonó el lugar.

El chamán fue el último adversario de las tribus esteparias al que Genghis Khan tuvo que enfrentarse. Lo que el caudillo mongol no había podido controlar, ahora estaba destruido. Había neutralizado el poder de sus propios parientes, había aniquilado los linajes de los aristócratas y a todos los kanes rivales, había abolido las viejas tribus, había redistribuido a sus gentes y, por último, había permitido el asesinato del chamán más poderoso de la estepa.

Genghis Khan nombró a un nuevo chamán, pero esta vez su

elección recayó en un hombre de más edad, menos ambicioso y de carácter afable. Los seguidores de Genghis Khan también aprendieron la lección. Interpretaron esa victoria como una señal de que su caudillo, además de ostentar el poder militar, tenía un poder espiritual mucho mayor que el más poderoso de los chamanes. A los ojos de un gran número de ellos, Genghis Khan había demostrado ser un poderoso chamán, convicción que en la actualidad siguen teniendo muchos mongoles.

Con todas las tribus nómadas unidas, y con Genghis firmemente instalado como su caudillo, no se sabía muy bien qué podía ocurrir a continuación. Había pasado tantos años pendiente de su lucha contra Yamuka y Ong Khan que, sin ellos, parecía que su gran tribu carecía de un objetivo o propósito. Sin enemigos, no había motivo para mantenerse unida. Genghis Khan parecía buscar nuevos rivales, pero no encontraba ninguna tribu digna de ello. Sin ningún objetivo potencial a la vista, en 1207 decidió enviar a Yochi, su primogénito, que a la sazón contaba con veintiocho años, y a su *turnen* en campaña militar a la región que llamaban *Sibir*, término del que deriva el nombre actual de Siberia, para someter a las tribus de los bosques y a los pastores de renos. Yochi regresó triunfal con miles de nuevos reclutas para el ejército mongol, así como con diversos jefes de tribu con los que Genghis Khan negoció una serie de alianzas matrimoniales, entre otras la boda de la hija de su primogénito. Además de un gran número de hombres, Yochi trajo consigo importantes tributos, como, por ejemplo, curiosas pieles de marta cibelina negra, aves de caza y otros productos típicos de los

bosques.

Sin embargo, la expansión hacia el norte no ofrecía más que pieles y plumas. El sur, con su gran variedad de productos manufacturados —objetos de metal, artículos textiles y otras novedades—, era la región que más interés suscitaba en el gran kan. Los uigures, que cultivaban los oasis de los grandes desiertos de Taklamakán y las zonas circundantes, lo que es actualmente la región autónoma china de Xinjiang, fueron los primeros en ponerlo en contacto con ese tipo de bienes. Genghis Khan aceptó su sumisión e intentó introducirlos en su familia para establecer una alianza con ellos. Ofreció al kan uigur a su hija en matrimonio, convirtiéndolo así en yerno suyo⁵⁴.

Al extender sus lazos familiares a las tribus siberianas y los uigures, Genghis Khan no sólo establecía una simple alianza con las familias que gobernaban a esos pueblos, sino que acogía a toda la tribu o nación en su imperio en calidad de parientes, pues en el lenguaje político de las tribus, la concesión de un parentesco al kan representaba el reconocimiento de lazos familiares con toda la nación. De esta manera, el lenguaje de los parentescos se había convertido en una especie de ciudadanía. A medida que ese lenguaje fue utilizándose y expandiéndose en los años siguientes, se iría transformando en un tipo de ciudadanía universal basada no en

⁵⁴ En *La historia secreta* (#194) se habla del caudillo de los uigures como el «Idu'ut», que significa algo parecido a rey, príncipe o kan.

una religión común, como ocurría entre cristianos y musulmanes, o en una mera cuestión biológica, sino más bien en una cultura tribal tradicional. Sus cimientos serían simplemente la alianza, la aceptación y la lealtad. Con el tiempo, todos los reinos no mongoles del imperio pasarían a ser conocidos como *Jari*, término derivado de la palabra para «negro» que connota los parentescos políticos. Así pues, ciertas naciones escogidas como los uigures y los coreanos, además de ciertos grupos escogidos de los túrquicos, tendrían el honor de ser parientes políticos de los mongoles, por cuanto no se permitirían los matrimonios mixtos fuera de los «parientes negros».

Cuando en 1209 el kan uigur llegó a la corte mongola para celebrar su matrimonio, lo hizo llevando consigo una caravana de camellos cargados de lujosos obsequios, entre otros objetos de oro y plata y perlas de diversos tamaños, formas y colores. Como desconocían el arte de tejer, los mongoles tenían únicamente prendas de cuero, de piel con pelo y de fieltro que fabricaban con lana prensada, de modo que los regalos más importantes para ellos eran los increíbles tejidos de seda, brocado, damasco y satén. La visita de los uigures vino a resaltar el contraste existente entre la riqueza de las civilizaciones agrícolas y la pobreza de las tribus esteparias. Genghis Khan capitaneaba un gran ejército, pero gobernaba un pueblo carente de muchos recursos, mientras que en el sur, al otro lado del Gobi, fluía a lo largo de la Ruta de la Seda un caudal intermitente, pero impresionante, de productos y bienes preciados. Estaba dispuesto a aprovechar la oportunidad de corregir aquel desequilibrio de riquezas y de poner a prueba a su ejército, pero

tamaño empresa conllevaba importantes riesgos. Genghis Khan quería intentarlo, y la oportunidad no tardaría en presentarse, como si llegara en respuesta a sus plegarias.

Nadie había advertido todavía la furia de este orgulloso caudillo y su recién creada nación de los mongoles. Por aquel entonces, fuera de las altas estepas del Asia profunda, poca gente prestaba atención a las matanzas de un jefe bárbaro y a la coronación de un nuevo caudillo, ni relacionaba la destrucción de una tribu salvaje con la dominación de su rival. Las batallas de pequeñas tribus que se enfrentaban por unos caballos, una mujer o cuatro fardos de tela, carecían de la importancia aparente de las guerras mucho más decisivas que entablaban las verdaderas civilizaciones. Pero todo eso estaba a punto de cambiar.



PARTE II

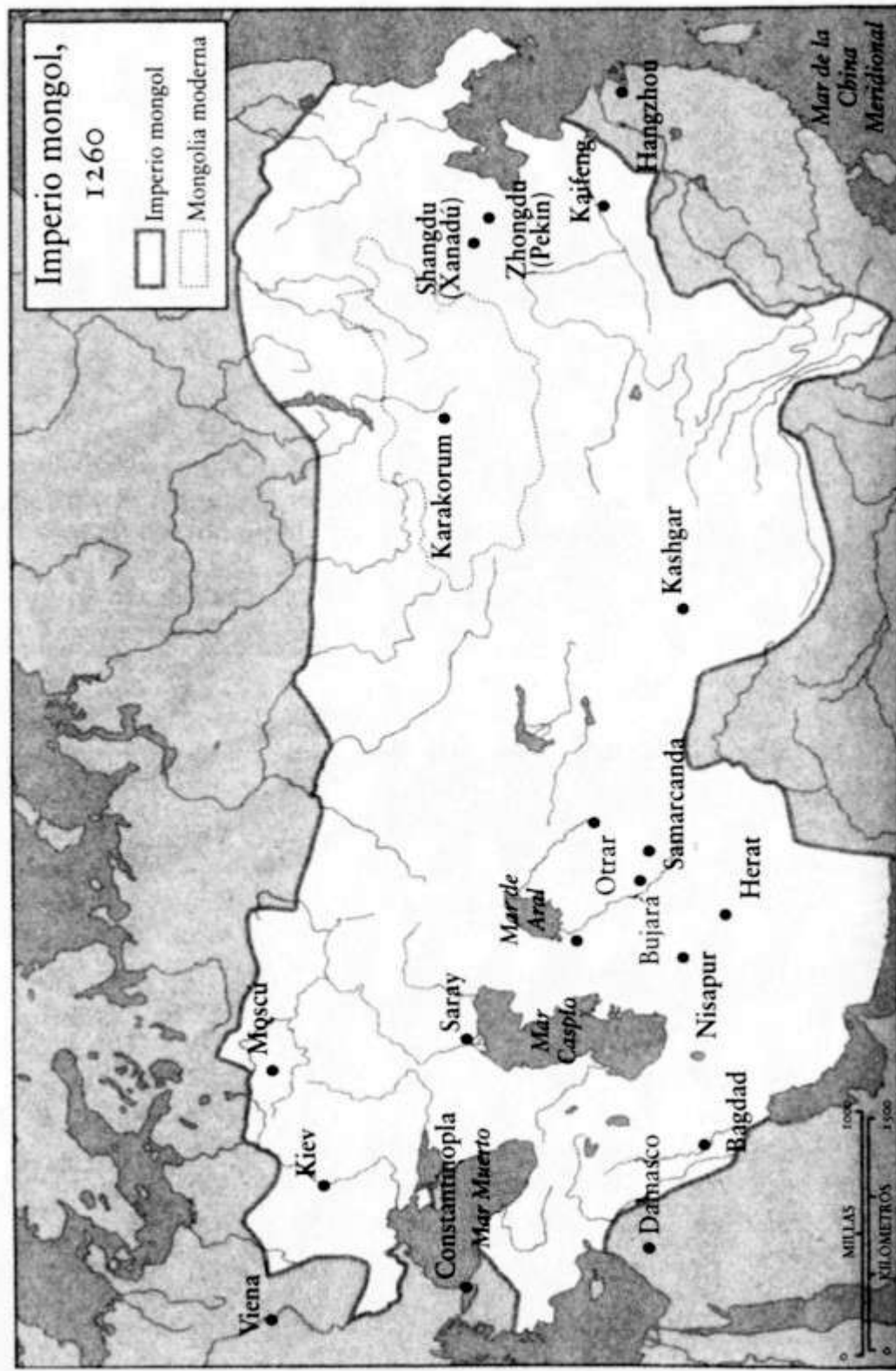
La guerra mundial mongola 1211-1261

Las armas de Zingis y sus descendientes convulsionaron el mundo: los sultanes fueron derrotados, cayeron los califas y temblaron los tronos de los Césares⁵⁵.

Edward Gibbon,

Decadencia y caída del Imperio romano

⁵⁵ Edward Gibbon, *Decline and Fall of the Roman Empire*, Londres, J. M. Dent, 1910, vol. 5, p. 76.



Capítulo 4

Escupir al Khan dorado

*Los cascos de nuestros caballos
mongoles llegan a todas partes.*

*Suben a los cielos y atraviesan los
mares⁵⁶.*

YELÚ CHUCAI, 1237

En 1210, año del Caballo, cuadragésimo cuarto de la vida de Genghis Khan y el cuarto de su nueva nación, llegó una embajada al campamento mongol para proclamar la subida al trono de los yurchen de un nuevo kan dorado y exigir el vasallaje de Termugín y los mongoles a este nuevo soberano. Desde su capital, Zhongdu⁵⁷, donde se emplaza la actual Pekín, la dinastía yurchen, fundada casi un siglo antes, en 1125, regía los destinos de Manchuria y de buena parte del interior de Mongolia y el norte de China modernos. Como pueblo también tribal, en este caso de los bosques de Manchuria, los yurchen reclamaban su hegemonía sobre todas las tribus de la estepa. Ong Khan se había aliado con ellos en el pasado, y por lo

⁵⁶ Citado por un representante Song en «Meng-Ta Pei-Lu Ausführliche Aufzeichnungen über die Mongolischen Tatan von Chao Hung, 1221», en Peter Olbricht y Elisabeth Pinks, *Meng-Ta Pei-Lu und Hei-Ta Shih-Lüeh: Chinesische Gesandtenberichte über die frühen Mongolen 1221 und 1237*, Weisbaden, Otto Harrassowitz, 1980, p. 210.

⁵⁷ El mismo lugar tuvo nombres distintos en diferentes épocas. Con los yurchen se llamaba Zhongdu. Cuando Kublai Khan estableció su capital en ella, esta ciudad fue llamada Kanbalik (la ciudad del kan) por los mongoles y otros extranjeros; los chinos la llamaban Dadu (o Ta-tu). Posteriormente pasaría a llamarse Pekín, y en la actualidad recibe también el nombre de Beijing.

que parecía, ahora querían confirmar su superioridad exigiendo el vasallaje de Genghis Khan, que había sustituido a Ong Khan como figura hegemónica de los nómadas esteparios.

El poder de los yurchen en la estepa se basaba no tanto en su fuerza militar, sino en el férreo control que ejercían sobre los artículos que llegaban a las tierras de los pastores procedentes de los talleres y ciudades de toda China. La posición de un kan de la estepa se basaba tanto en su destreza para ganar en el campo de batalla, como en su habilidad para garantizar el suministro regular y continuado de mercancías y productos. Normalmente ambos objetivos se veían cumplidos cuando la victoria en el combate comportaba la oportunidad de saquear a los derrotados. El éxito sin precedentes obtenido por el gran kan en la derrota y la unificación de todas las tribus había conllevado el fin de los saqueos y, por lo tanto, la merma de nuevos productos. Como todos los artículos manufacturados procedían del sur, Genghis Khan tenía dos opciones: ofrecer su alianza a uno de los reinos meridionales y recibir a cambio sus productos en calidad de guerrero vasallo, o atacarlos y apoderarse de sus bienes.

El caudillo mongol no tenía confianza alguna en los yurchen. Los mongoles mantenían una mayor afinidad lingüística y étnica con los kitán, a los que los yurchen habían derrotado y actualmente dominaban. Muchos kitán, que habían percibido el aumento de poder del nuevo kan mongol, habían optado por abandonar las tierras de los yurchen para buscar amparo en Temuyín. En 1208 cuatro altos oficiales se pasaron al bando de los mongoles, a los que

instaron a atacar a los yurchen con la mayor celeridad, pero temeroso de que se tratara de una trampa o una vil artimaña, Genghis Khan se negó a emprender la agresión militar.

La inesperada muerte del kan dorado de los yurchen y la subida al trono en 1210 de su joven hijo brindaron a la corte yurchen la oportunidad de poner a prueba a Genghis Khan; le enviaron una legación para anunciarle los cambios habidos y exigirle una demostración contundente de sumisión. Un artículo de 1878 de la *Peking Gazette*, en el que se describe la investidura de un oficial mongol por parte de un enviado de la corte de los manchúes, descendientes de los yurchen, permite hacernos una idea del tipo de ceremonia que se esperaba que Genghis Khan aceptase celebrar. Según cuenta el relato, el joven mongol se arrodilló «en el suelo reverentemente» y, «con profunda gratitud», reconocía que era «un esclavo mongol, un individuo inferior, totalmente incapaz de compensar en lo más mínimo todos los favores imperiales con los que las últimas generaciones de su familia se había visto bendecida, y luego manifestaba su intención de cumplir lo mejor posible con sus obligaciones en la medida en que sus humildes capacidades lo permitieran»⁵⁸. A continuación «se volvía en dirección a palacio y daba unos golpes en el suelo con la cabeza... en señal de gratitud por la munificencia imperial».

⁵⁸ *Peking Gazette*, 30 de junio de 1878, citado en C. W. Campbell, *Travels in Mongolia: 1902*, reimpr., Londres, Stationery Office, 2000, p. 74.

Genghis Khan sabía muy bien lo que era postrarse de rodillas —lo había hecho en repetidas ocasiones en el monte Burján Jaldún para honrar al Cielo Azul Eterno—, pero ahora, a sus casi cincuenta años, no estaba dispuesto a doblegarse ante ningún hombre. Y tampoco iba a ser el esclavo mongol de nadie. Se cuenta que, cuando escuchó al legado exigirle una demostración de vasallaje, Genghis Khan se volvió hacia el sur y escupió en el suelo; luego vertió infinitos insultos contra el kan dorado, montó su caballo y se lanzó a galope tendido rumbo al norte, dejando al perplejo enviado yurchen envuelto en una nube de polvo. Esa actitud de desafío ante los embajadores yurchen equivalía a una declaración de guerra en toda regla. Para Genghis Khan, la necesidad de mercancías y productos comerciales ya constituía una buena razón para emprender una agresión militar contra ellos, pero ahora la exigencia del kan dorado de que se le rindiera vasallaje le ponía en bandeja de plata un pretexto para atacar.

Tras esta entrevista, Genghis regresó a su campamento a orillas del río Jerlen y, en la primavera del año de la Oveja de 1211, convocó una *juriltai*. Como todo el mundo estaba al corriente de la cuestión que iba a decidirse, la gente podía ejercer su veto simplemente no acudiendo a la cita; si eran muy pocos los que iban, Genghis Khan no habría podido proceder. Por medio de un prolongado debate público todos los miembros de la comunidad fueron incluidos en el proceso y, lo más importante, pudieron comprender por qué iban a enzarzarse en una guerra. Aunque se suponía que en la batalla todos los hombres debían obedecer sin rechistar, incluso los

soldados rasos fueron tratados como parte interesada en el asunto para que pudieran dar su modesta opinión y comprendieran el esfuerzo que la empresa requería. Los miembros más importantes de la comunidad organizaron juntas grandes concentraciones públicas para discutir sobre el tema, y luego, a título individual, se reunió con su unidad o división para continuar el debate con los hombres de rango inferior. Para obtener la absoluta disposición de los guerreros era importante que, desde los altos oficiales hasta los soldados rasos, todos y cada uno de ellos participaran en el gran proyecto y supieran qué lugar ocupaban en él⁵⁹.

Al incluir representantes de los uigures y los tangut, Genghis Khan consolidaba sus relaciones con esas naciones aliadas y protegía de paso la zona más indefensa y la retaguardia de su país cuando lanzara la invasión. En su región natal tuvo que inspirar también a su pueblo los ánimos necesarios para emprender una nueva guerra, y explicar las razones que le empujaban a ella. Con este objetivo, apeló al honor de sus seguidores y a la necesidad de vengar ofensas pasadas, aunque también les ofreció una oportunidad sin precedentes, a saber, la de obtener bienes ilimitados de los grandes tesoros que encerraban las ciudades de los yurchen. Según la *Historia secreta*, cuando tuvo la seguridad de que su pueblo y sus aliados estaban todos de su lado, Genghis Khan se retiró

⁵⁹ Véase Sechin Jagchid y Paul Hyer, *Mongolia's Culture and Society*, Boulder, Westview, 1979, p. 370.

oficialmente de la *juriltai* para ir a rezar en privado a una montaña de las inmediaciones. Allí se descubrió la cabeza y se sacó el cinturón, se inclinó ante el Cielo Azul Eterno y expuso su caso a los poderes sobrenaturales que velaban por él. Les contó la infinidad de ofensas de las que su pueblo había sido víctima durante generaciones por parte de los yurchen, así como ciertos pormenores de las torturas y los asesinatos de sus antepasados. Les explicó que no había buscado la guerra contra el kan dorado y que no había iniciado aquel enfrentamiento.

En su ausencia, el pueblo mongol se dividió en tres grupos, cada uno formado por hombres, mujeres y niños, para ayunar y rezar. Durante tres largos días de inquietud con sus correspondientes noches, la nación mongol reunida esperó, con la cabeza descubierta y con hambre, la decisión del Cielo Azul Eterno y las órdenes de Genghis Khan, entonando a todas horas su antiguo cántico de alabanza, «*hurra, burra, burra*», dedicado a ese Cielo Azul Eterno.

Al amanecer del cuarto día, Genghis Khan regresó con veredicto: «El Cielo Azul Eterno nos ha prometido la victoria y la venganza».

Cuando el ejército mongol se puso en marcha hacia el sur, rumbo a las espléndidas ciudades de aquella región, los yurchen, seguros de su superioridad, ya los esperaban, y detuvieron su avance. «Nuestro imperio es como el mar; el vuestro, un puñado de arena»⁶⁰,

⁶⁰ «Meng-Ta Pei-Lu Ausführliche Aufzeichnungen über die Mongolischen Tatan von Chao Hung, 1221», en Peter Olbricht y Elisabeth Pinks, *Meng-Ta Pei-Lu und Hei-Ta Shih-Lüeh: Chinesische Gesandtenberichte über die frühen Mongolen 1221 und 1237*, Weisbaden, Otto Harrassowitz,

escribiría un erudito chino, recogiendo las palabras que dijo el kan yurchen al referirse a Genghis Khan. «¿Por qué íbamos a temeros?», exclamaba.

No tardaría en conocer la respuesta a su pregunta. En el siglo XIII la región situada al sur de Mongolia que en la actualidad forma parte de China era un conjunto de numerosos estados y reinos independientes que representaban probablemente un tercio de la población mundial. Con sus más o menos cincuenta millones de habitantes, el yurchen era sólo el segundo reino en extensión de los muchos existentes en el territorio que ocupa China hoy día. El más extenso e importante era administrado por la dinastía Song, heredera de siglos de civilización china, que gobernaba en el sur sobre unos sesenta millones de personas desde su capital, Hangzhou. Una cadena de estados tapón de población nómada separaba la meseta mongola del reino de los Song. Cada uno de esos estados tapón conformaba un híbrido de regiones de pastos y zonas agrícolas gobernadas por una antigua tribu nómada que las había conquistado y se había establecido en ellas para explotarlas con más eficacia. Con frecuencia aparecía una nueva tribu de la estepa que desplazaba a otra anterior, ya debilitada y corrompida debido a la vida lisonjera de ciudad que habían llevado sus últimas generaciones. En lo que podemos considerar un ciclo establecido desde tiempos inmemoriales, un ejército nómada bajaba de la

1980, p. 61.

estepa, conquistaba los campos y las ciudades del sur, creaba una nueva dinastía y, al cabo de unos pocos años, caía ante el ataque de otra tribu intrusa. Aunque la identidad de la tribu gobernante no era la misma de un siglo para otro, este sistema no había cambiado en milenios.

Al oeste del país de los yurchen se encontraba el reino de los tangut, luego el de los uigures y por último, en los montes Tian Shan, el de los kitán negros. Los uigures ya se habían sometido a Genghis Khan, quien, en lo que parecía ser una guerra práctica, poco tiempo atrás había subyugado a los tangut, cuya conquista se había completado mediante una serie de incursiones entre 1207 y 1209. Esta campaña militar fue una especie de ensayo general de la batalla contra los poderosos yurchen que estaba por venir, y fue rematada atravesando el desierto de Gobi. Los tangut, pueblo tibetano que había creado un imperio de colonos y pastores en la parte alta del río Amarillo, en lo que actualmente constituye la provincia china de Gansu, ocupaban una pequeña franja de tierra junto a la sucesión de oasis del desierto interior que controlaba el flujo de caravanas que iban desde el oeste musulmán hasta el este chino. Las rutas se ramificaban como una telaraña por los desiertos del interior y suponían, por frágiles que fueran, el único enlace entre las grandes civilizaciones de Oriente y Occidente. La campaña contra los tangut sirvió a Genghis Khan de impulso para aprender un nuevo modo de guerra cuyo objetivo eran las ciudades amuralladas y las fortalezas provistas de foso. Los tangut no sólo estaban perfectamente fortificados, sino que disponían de un

ejército de unos ciento cincuenta mil hombres, casi el doble del que capitaneaba Genghis Khan. A diferencia de muchos generales, que se habían formado en contacto con ciudades y tenían acceso a técnicas de asedio de siglos de antigüedad, Genghis Khan tuvo que inventar sus propios métodos. No tardó en aprender las tácticas más simples, como, por ejemplo, dejar al enemigo sin suministro de alimentos, pero tampoco tardó en poner en práctica métodos menos ortodoxos, como, por ejemplo, desviar un canal del río Amarillo para inundar la capital fortificada de los tangut. A pesar de su falta de conocimientos de ingeniería, los mongoles consiguieron desviar ese canal, pero inundaron su propio campamento en lugar de la ciudad tangut. De todos modos, consiguieron sobrevivir a su fatídico error. El caudillo aprendió la lección y siguió con la conquista de la ciudad. En el futuro los mongoles volverían a utilizar ese método, pero lo harían cada vez con mayor destreza y éxito.

Con su decisión de atravesar el desierto de Gobi e invadir el país de los yurchen en 1211, Genghis Khan no sólo había empezado otra guerra en la frontera china, sino que había iniciado una conflagración que al final consumiría al mundo. Nadie, ni siquiera él mismo, podía prever lo que estaba por venir. No mostraba signos de ambiciones globales, puesto que emprendía las guerras una a una, y ahora le tocaba a los yurchen. Pero con la campaña militar contra este pueblo, el ejército mongol, perfectamente adiestrado y organizado, iba a librar batallas fuera de su patria, lejos de las tierras altas, y lo ocuparían todo, desde el río Indo hasta el Danubio, desde el océano Pacífico hasta el mar Mediterráneo. Como

un relámpago, en apenas treinta años, derrotarían a todos los ejércitos, conquistarían todas las fortificaciones y abatirían las murallas de todas las ciudades que encontraran a su paso. Cristianos, musulmanes, budistas e hindúes no tardarían en arrodillarse ante las botas polvorientas de jóvenes e incultos jinetes mongoles.

La travesía por el vasto desierto de Gobi exigía una gran preparación. Antes de emprender la marcha, diversos pelotones de soldados salieron a comprobar las fuentes de suministro de agua, el estado de los pastos y las condiciones climatológicas. Un observador chino comentaría cómo esas avanzadillas exploraban cada colina y cada lugar antes de que llegara el grueso del ejército. Querían saber quién había en la zona, qué podían encontrarse, y siempre tenían preparada una vía de retirada en caso de necesidad.

El mongol estaba perfectamente adiestrado para los largos viajes; cada hombre llevaba sólo lo imprescindible. Aparte de su *deel*, la casaca tradicional de lana que llegaba hasta las corvas, vestía un par de pantalones, se cubría la cabeza con un sombrero de piel con orejeras y calzaba unas botas de montar de suela gruesa. Además de esta vestimenta concebida para protegerse en las condiciones climáticas más duras, cada guerrero llevaba sus pedernales para encender hogueras, sus cantimploras de piel para agua y leche, sus limas para afilar puntas de flecha, su lazo para atrapar animales o prisioneros, sus agujas de coser para remendar la ropa, su cuchillo, su hacha y su bolsa de piel que utilizaba para guardarlo todo. Cada pelotón de diez hombres disponía de una pequeña tienda.

La movilidad y la formación del ejército mongol venían determinadas por dos factores que lo diferenciaban claramente de las fuerzas armadas de cualquier otra civilización tradicional. En primer lugar, estaba formado exclusivamente por la caballería y carecía de una infantería que marchara a pie⁶¹. En cambio, en casi todos los demás ejércitos, la mayoría de los soldados habría pertenecido a este último cuerpo. Aproximadamente fueron sesenta y cinco mil jinetes mongoles los que partieron en campaña contra los yurchen para enfrentarse a un ejército que contaba más o menos con el mismo número de soldados a caballo y con otros ochenta y cinco mil de infantería, lo que le daba una importante ventaja numérica —más de dos yurchen por cada mongol—, aunque sin la movilidad de las fuerzas mongolas.

La segunda característica peculiar del ejército mongol es que viajaba sin un engorroso convoy de provisiones. A medida que avanzaban, los soldados ordeñaban los animales, sacrificaban algunos para comer e iban alimentándose de lo que cazaban y saqueaban. Marco Polo cuenta que los guerreros mongoles podían viajar diez días seguidos, sin detenerse para encender una hoguera o calentarse la comida, que bebían sangre de caballo, que cada hombre llevaba consigo diez libras de una pasta de leche seca y que su comida diaria consistía en una libra de esta pasta que diluía en una

⁶¹ Thomas J. Barfield, *The Perilous Frontier: Nomadic Empires and China, 221 B. C. To A. D. 1757*, Cambridge, Mass., Blackwell, 1984.

cantimplora de piel llena de agua⁶². Que llevaban tiras de carne seca y quesón secado que podían masticar mientras cabalgaban; y que cuando disponían de carne fresca, pero no tenían tiempo para cocinarla, la colocaban debajo de la silla de montar para ablandarla y hacerla comestible.

Los chinos fueron testigos, con sorpresa y disgusto, de la capacidad que tenían los mongoles de sobrevivir durante un largo período de tiempo sin apenas alimentos y agua; según un miembro de dicha comunidad, todo el ejército mongol podía acampar sin encender ni una sola hoguera, pues no la necesitaban para cocinar⁶³. Comparados con los yurchen, sus soldados eran mucho más sanos y fuertes. Llevaban una dieta regular basada en carne, leche, yogur y otros productos lácteos, y luchaban contra hombres que se alimentaban de gachas de diversos cereales. La dieta basada en cereales propia de los guerreros campesinos impedía un buen desarrollo óseo, pudría los dientes, debilitaba y provocaba enfermedades. En cambio, el soldado mongol, mucho más pobre, comía principalmente proteínas, lo que fortalecía sus huesos y dientes. A diferencia de los yurchen, cuyo físico dependía de una pesada dieta de carbohidratos, los mongoles podían estar fácilmente

⁶² Marco Polo, *The Travels of Marco Polo*, trad. ing. de Teresa Waugh, Nueva York, Facts on File, 1984, p. 57.

⁶³ Véase «Meng-Ta Pei-Lu Ausführliche Aufzeichnungen über die Mongolischen Tatan von Chao Hung, 1221», en Peter Olbricht y Elisabeth Pinks, *Meng-Ta Pei-Lu und Hei-Ta Shih-Lüeh: Chinesische Gesandtenberichte über die frühen Mongolen 1221 und 1237*, Weisbaden, Otto Harrassowitz, 1980, p. 58.

uno o dos días sin ingerir alimentos.

Los ejércitos tradicionales solían desplazarse en largas columnas de hombres que avanzaban por una misma ruta seguidos de grandes cargamentos de provisiones. El mongol, en cambio, lo hacía extendiéndose en un amplio territorio con el fin de obtener suficientes pastos para los animales y maximizar las ocasiones de caza. Genghis Khan iba en el centro, flanqueado por el ejército de la derecha al oeste y el de la izquierda al este. Una división más pequeña tomaba posiciones como pelotón de avanzadilla, y otra igual se encargaba de vigilar la retaguardia, con la que viajaban las reservas de animales. La organización decimal del ejército del gran kan permitía realizar numerosos cambios y favorecía la movilidad. Cada unidad de diez mil hombres funcionaba como una versión a pequeña escala del campamento de Genghis Khan. El comandante de estas unidades de diez mil iba en el centro de su división de mil hombres, y colocaba a las otras nueve restantes según creyera oportuno (a la izquierda, a la derecha, delante o atrás). En lugar de seguir una jerarquía de unidades militares, Genghis Khan organizaba a sus hombres en una serie de círculos concéntricos.

Aunque los mongoles trasladaban sus campamentos militares con frecuencia, el campamento central de cada unidad se montaba de acuerdo con un modelo preciso para que los soldados de reciente incorporación supieran siempre dónde debían dirigirse para

comunicar una información o encontrar lo que pudieran necesitar⁶⁴. Cada unidad de diez mil hombres viajaba con un equipo médico propio, compuesto normalmente de médicos chinos, que se encargaba del cuidado de sus enfermos y heridos. Las tiendas se montaban alineadas en formaciones específicas, y cada una de estas formaciones tenía un nombre, una función concreta; incluso el interior de las tiendas solía ser prácticamente igual en todas. Tras una jornada de viaje, combates o caza, los ejércitos acampaban, y las tiendas de los oficiales se levantaban en el centro del campamento rodeadas por las de los guardias y demás soldados. Por la noche siempre tenían preparados a los caballos en caso de emergencia y fijaban el perímetro del campamento.

A diferencia del centro del campamento, perfectamente estructurado y organizado, la mayoría de los soldados corrientes se dividían en pequeños grupos y pasaban la noche por los alrededores. Al atardecer encendían pequeñas hogueras, sobre todo cuando aún había demasiada luz para que pudiera divisarse el fuego desde cierta distancia y, sin embargo, la oscuridad suficiente para que no pudiera apreciarse el humo desde lejos. De ese modo preparaban con la mayor celeridad su única comida caliente del día. Después de cenar, no se entretenían ni se ponían a dormir junto al fuego; se

⁶⁴ Véase «Hei-Tah Shih-Lüeh Kurzer Bericht über die schwarzen Tatan von P'eng Ta-Ya und Sü T'ing, 1237», en Peter Olbricht y Elisabeth Pinks, *Meng-Ta Pei-Lu und Hei-Ta Shih-Lüeh: Chinesische Gesandtenberichte über die frühen Mongolen 1221 und 1237*, Weisbaden, Otto Harrassowitz, 1980, p. 187.

dispersaban en grupos todavía más reducidos, de tres o cinco hombres, para descansar en rincones ocultos de las inmediaciones. En cuanto salía el sol al día siguiente, empezaban la jornada con un minucioso reconocimiento del ala derecha, el ala izquierda, el frente y la retaguardia de la formación militar.

Con sus hombres dispersos por un territorio tan vasto, las comunicaciones se convirtieron en un elemento más importante y difícil a la vez para Genghis Khan⁶⁵. Los ejércitos convencionales avanzaban y acampaban en grandes columnas, y los comandantes podían comunicarse fácilmente unos con otros utilizando mensajes escritos. En el caso mongol, los soldados estaban mucho más dispersos, y sus oficiales eran analfabetos. Las comunicaciones, en todas las esferas, debían ser de palabra, nunca por escrito. Las órdenes se transmitían de boca en boca. El problema de un sistema oral de comunicaciones radicaba en la exactitud de la recepción del mensaje, que debía repetirse con precisión a cada individuo y luego recordarlo tal como había sido transmitido. Con el fin de facilitar su memorización, los oficiales componían las órdenes en verso y para ello empleaban un sistema estandarizado conocido por todos los soldados. Los guerreros mongoles utilizaban una serie de melodías fijas y de estilos poéticos en los que improvisaban distintas palabras de acuerdo con el significado del mensaje. Para un soldado,

⁶⁵ Walther Heissig, *A Lost Civilization: The Mongols Rediscovered*, trad. ing. de D. J. S. Thompson, Londres, Thames & Hudson, 1966, p. 35.

escuchar una orden era como aprender una nueva poesía de una canción que ya sabía.

Los guerreros, al igual que siguen haciendo en la actualidad las bandas de jinetes que se desplazan por la estepa, solían cantar mientras cabalgaban en pequeños grupos. Además de entonar los cánticos propios de los combatientes —que hablaban de la patria, las mujeres y la guerra—, los mongoles repetían cantando sus leyes y normas de conducta, a las que también se les había dado música para que todos las aprendieran. Así pues, acostumbrados a memorizar leyes y al formato de sus órdenes cantadas, esos hombres estaban preparados en todo momento para recordar un nuevo mensaje —transmitido en forma de nuevo verso que añadir a las consabidas canciones— y llevarlo donde les mandaran.

A pesar de las desventajas que suponía combatir en tierras extranjeras contra un ejército numéricamente superior, Genghis Khan tenía a su favor las lecciones aprendidas a lo largo de una vida de constantes guerras; y conocía muy bien a sus soldados y oficiales. Había peleado al lado de muchos de ellos durante más de un cuarto de siglo, y unos cuantos de sus generales, como Boorchu y Yelme, lo habían acompañado durante casi cuarenta años. Sabía que podía confiar en ellos para las largas campañas militares que emprendía en otros lugares lejos de su supervisión. Conocía también cuáles eran los puntos fuertes, así como los débiles, de todos sus oficiales. Yebe, uno de sus comandantes, combatía con energía y arrojo, no temía por su vida, y en el campo de batalla inspiraba ardor y coraje a sus hombres; por su parte Muhali, otro

de sus comandantes, era de naturaleza pausada y metódica, pero podía llevar a cabo misiones más largas y de mayor envergadura.

Los mongoles, por riguroso que fuera su adiestramiento, férrea su disciplina o firme su voluntad, no podían conquistar ciudades fortificadas por medio de una guerra convencional. Para enfrentarse a los yurchen, Genghis utilizó los principios elementales de estrategia de sus primeras guerras en la estepa e intentó ganar la batalla antes de que se disparara la primera flecha contra el enemigo, esto es, intentó derrotar al contrincante creando el caos para luego inspirar un gran pavor que desmoronara su ánimo. Como al principio los mongoles carecían de las armas y los conocimientos necesarios para derrumbar las colosales murallas de una ciudad, decidieron hacer estragos en los campos de las inmediaciones y a continuación se esfumaron, para aparecer de nuevo cuando los habitantes de la ciudad creyeron estar a salvo.

A Genghis Khan le gustaba socavar todavía más el ánimo del enemigo sirviéndose de alguna revuelta social o desavenencia interna fácil de provocar. En la campaña contra los yurchen lo primero que hizo fue crear una escisión entre los kitán y sus señores, esto es, los yurchen, con lo que consiguió que los súbditos chinos perdieran la confianza en estos últimos y pensaran que ya no eran capaces de defenderlos. En lo que puede considerarse una obra maestra de propaganda, los mongoles entraron en territorio yurchen anunciándose como una fuerza liberadora que pretendía restaurar en el poder a la antigua familia real kitán —derrocada por los yurchen— que había gobernado hacía un siglo. Antes de que

empezara el combate, muchos kitán huyeron para unirse a los mongoles, a los que consideraban unos parientes que hablaban su misma lengua. En una de las primeras operaciones bélicas, Yebe, acompañado de Jasar, hermano de Temuyín, condujo al ejército directamente a la patria de los kitán a orillas del río Liao. Los soldados mongoles fueron recibidos con júbilo y no tardaron en localizar a un descendiente de la dinastía Yelú, la antigua familia real kitán. Al año siguiente, en 1212, Genghis Khan restauró oficialmente el reino kitán como estado vasallo del Imperio mongol. Por supuesto, los mongoles todavía no habían conquistado a los yurchen todas sus tierras, pero con la creación de ese estado vasallo, consiguieron dividirlos más y atraer a nuevos desertores a su bando.

En el curso de su campaña militar Genghis Khan encontró a numerosos miembros de la vieja aristocracia kitán deseosos de ayudarlo a comprender mejor la tierra que estaba invadiendo. Uno de los más importantes sería Yelú Chucai, un joven de veintitantos años perteneciente a la familia, que suscitó el interés de los mongoles debido a sus buenos conocimientos de astrología y el arte esotérico de la escapulomancia, esto es, el arte de adivinar el futuro mediante la lectura de las fisuras de un omóplato calentado de una cabra o una oveja sacrificadas. Como era de origen kitán y hablaba esta lengua, podía comunicarse con facilidad con los mongoles, aunque también conocía perfectamente la cultura china. Con su dominio de las dos lenguas, del arte de la escritura y de las leyes y tradiciones de las poblaciones conquistadas, los eruditos kitán

fueron de tanta utilidad para la buena administración del Imperio mongol, que Genghis Khan puso todo su empeño en atraer o capturar a todo tipo de sabios con el fin de poder emplear sus conocimientos en beneficio del imperio. A partir de entonces, allí donde estuviera, haría traer a su presencia a todos los hombres de cultura para interrogarlos y comprobar sus aptitudes y en qué lugar de su imperio podrían resultar útiles sus servicios.

El sistema de combate mongol era una forma refinada del modo de guerrear en la estepa que había ido evolucionando en Mongolia a lo largo de milenios. Los triunfos del ejército mongol no se debieron, al fin y al cabo, a la superioridad de sus armas. La tecnología armamentística no es un secreto fácil de guardar, pues todo aquello que funciona con eficacia en un bando puede ser adoptado en poco tiempo por el enemigo; bastan unas cuantas batallas. El éxito de los mongoles fue debido a su cohesión y disciplina, fruto de siglos y siglos como nómadas que trabajaban en pequeños grupos, y de una absoluta lealtad a su caudillo.

A los soldados de todo el mundo se les ha enseñado a morir por su jefe, pero Genghis Khan nunca pidió a sus hombres que sacrificaran la vida por él. Por encima de todo emprendía las guerras con el siguiente objetivo estratégico en mente: preservar la vida de los mongoles. A diferencia de otros generales y emperadores de la historia que no tuvieron ningún reparo en enviar a la muerte a cientos de miles de soldados, el kan nunca sacrificaría voluntariamente ni a uno solo de sus hombres. Las normas más relevantes que creó para su ejército estaban relacionadas con la

pérdida de soldados. Dentro y fuera del campo de batalla, el guerrero mongol tenía prohibido hablar de muerte, heridas o derrotas. El simple pensamiento en una de esas cosas podía hacerla realidad. Era tabú incluso mencionar el nombre de un camarada caído en combate o de un soldado fallecido. Todo guerrero mongol debía vivir su vida como un soldado que creía ser inmortal, que nadie podía vencerlo o herirlo y que nada podía matarlo. En sus últimos minutos de vida, cuando todos sus compañeros habían caído y ya no quedaba ninguna esperanza, tenía que mirar hacia arriba y llamar a su destino invocando en voz alta el nombre del Cielo Azul Eterno para que éstas fueran sus palabras de despedida de este mundo. Cuando luchaban en la estepa los nómadas abandonaban los cuerpos de los soldados caídos y sus pertenencias en el campo de batalla para que fueran pasto de las alimañas y se descompusieran de forma natural.

Cuando se hallaban en regiones agrícolas lejos del hogar, los mongoles temían que los cadáveres no tuvieran una descomposición natural y que las gentes del lugar los profanaran. Durante la campaña contra los yurchen, en lo que puede considerarse un cambio más del modelo habitual de guerra esteparia, comenzaron a repatriar los cadáveres de los soldados caídos para que fueran enterrados en la estepa. Los prisioneros de guerra eran los encargados de transportar los cuerpos, probablemente en sacos de piel que cargaban en camellos o en carretas tiradas por bueyes. En las pocas ocasiones en las que fue imposible realizar el traslado, los mongoles llevaron los cadáveres a la zona herbosa más próxima al

campo de batalla para enterrarlos en secreto con todas sus posesiones. Luego hicieron pasar a sus animales por encima del improvisado cementerio para borrar todo rastro e impedir que los campesinos lo localizaran y exhumaran las pertenencias de sus muertos.

Para los mongoles el honor no estaba en el combate; estaba en el triunfo. En todas sus campañas militares sólo tuvieron un objetivo: la victoria absoluta. Para conseguirla no importaba qué tácticas debían emplearse contra el enemigo ni cómo librar o no una batalla. La victoria obtenida mediante la astucia y el engaño o una cruel artimaña seguía siendo una victoria y no ponía en tela de juicio el coraje de los guerreros, pues siempre habría otra ocasión para que demostraran su arrojo en el campo de batalla. El concepto del honor personal en el combate no tenía cabida en el pensamiento del guerrero mongol si el resultado final no era la victoria. Como, según se cuenta, decía Genghis Khan, nada hay de bueno en lo que no está concluido.

Donde se hizo más patente el ingenio de los mongoles fue en su capacidad de transformar la principal ventaja de los yurchen, el elevado número de habitantes de su reino, en su peor lastre. Antes de atacar una ciudad, los mongoles siempre evacuaban las aldeas de los alrededores. Reclutaban a los varones del lugar, que pasaban a formar parte de la organización decimal del ejército. Todo guerrero mongol debían reunir un grupo de diez hombres que trabajara a sus órdenes; si uno de esos individuos moría, tenía que reemplazarlo por otro, de modo que siempre fueran diez los que estuvieran a su

servicio. Como elemento de la ramificación del ejército, esos cautivos realizaban diversas tareas cotidianas, por ejemplo obtener alimentos y agua para los animales y los soldados, además de reunir el material necesario —piedras, barro, etc.— para rellenar los fosos en los sucesivos asedios. Esos concriptos se encargaban también del manejo y el funcionamiento de las máquinas de asedio destinadas a la demolición de las murallas con proyectiles de madera y piedra y de empujar las torres móviles que servían para abrir brechas en ellas.

El estilo de vida de los campesinos resultaba incomprensible para los mongoles. El territorio de los yurchen estaba bien poblado, pero había muy pocos animales, lo cual contrastaba enormemente con lo que ocurría en Mongolia, donde solía haber entre cinco y diez animales por persona. A los ojos de los mongoles, los campos de cultivo eran simplemente pastos, al igual que los jardines, y pensaban que los campesinos eran como meras bestias que pacían, en vez de verdaderos seres humanos carnívoros. Para referirse a esos individuos herbívoros empleaban la misma terminología que utilizaban para hablar de las vacas y las cabras⁶⁶. Las masas de campesinos eran simples rebaños, y cuando los soldados salían a acorrallar o a trasladar a otro lugar a esas gentes, lo hacían usando la misma terminología, precisión y vehemencia que empleaban en

⁶⁶ Para un estudio más detallado de la terminología utilizada por los mongoles para referirse a los pueblos sedentarios, véase Uradyn E. Bulag, *Nationalism and Hybridity in Mongolia*, Oxford, Clarendon Press, 1998, p. 213.

los rodeos de yaks.

Los ejércitos tradicionales de la época consideraban las aldeas simples recursos para ser saqueados, y a los colonos individuos molestos que podían violar, asesinar o utilizar a su antojo. En cambio, los mongoles, que mostraban siempre una inferioridad numérica en comparación con los habitantes de los territorios que invadían, hacían un uso estratégico de la población conquistada. Modificaron la tradicional estrategia de la estepa de reunir los rebaños del enemigo y mandarlos en estampida contra los frentes de batalla o los hogares de sus dueños, creando de ese modo una gran confusión antes de lanzarse al ataque. En la campaña contra los yurchen adaptaron esta táctica a los rebaños de los campesinos. Dividido en reducidas unidades de ataque, el ejército mongol incendió las aldeas y ahuyentó a la población. La gente, presa del pánico, huyó en todas las direcciones, con lo cual provocó atascos en los caminos y dificultó los desplazamientos de los convoyes de suministros de los yurchen. En su huida desesperada del campo, más de un millón de refugiados buscaron amparo en las ciudades y, allí donde fueron, acabaron con las grandes reservas de alimentos y provocaron el caos.

En vez de ir seguidos por una multitud de refugiados, como era habitual en los ejércitos de la época, los mongoles iban precedidos por ella, y no dudaron en utilizar a esas masas de una manera más directa, esto es, a modo de escudos humanos y a modo de arietes contra las puertas de las ciudades. Nunca les preocupó la pérdida de vidas humanas del bando enemigo si con ello evitaban bajas en

sus filas. Cuando los cautivos empezaron a caer en el campo de batalla, utilizaron sus cadáveres para llenar los fosos y crear los caminos que les permitieron abrirse paso a través de las zanjas y las estructuras defensivas del enemigo. Atrapados en sus ciudades, los yurchen y sus súbditos se quedaron sin alimentos, viéndose obligados a recurrir al canibalismo. El descontento creció, y comenzaron a estallar motines urbanos y revueltas de campesinos contra los oficiales yurchen, que no fueron capaces de proteger, alimentar y controlar aquel número masivo de refugiados. Como consecuencia de esa dramática rebelión, unos treinta mil campesinos perdieron la vida a manos de su propio ejército.

A diferencia de los masivos ejércitos de infantería que se desplazaban con lentitud y entablaban los combates en un frente en concreto o en un determinado campo de batalla, los mongoles hicieron la guerra por todo el territorio, y la confusión y el desorden consiguientes les permitió utilizar todo tipo de astutas artimañas que redundarían en su beneficio. En un episodio, capturaron un convoy con un alto oficial que acudía en ayuda de la ciudad sitiada de Dading. Un mongol se vistió con las ropas del legado, cogió sus papeles oficiales y, así disfrazado, prosiguió el viaje hacia la ciudad enemiga. Cuando el falso enviado llegó, el ejército mongol, de acuerdo con el plan preestablecido, levantó el sitio y desapareció. Una vez dentro de la ciudad, el mongol enmascarado engañó a los oficiales locales y les hizo creer que acababan de derrotar al enemigo. A continuación se encargó de supervisar el laborioso desmantelamiento de las defensas del lugar y la retirada de las

tropas. Tras tener la ciudad desarmada, envió al cabo de unas cuantas semanas un mensaje a los suyos, que regresaron con la velocidad de un rayo y tomaron Dading sin mayor problema.

Los mongoles no sólo se aprovecharon de ese tipo de estratagemas, sino que en su implacable empleo de la propaganda, hicieron correr historias que fomentaban la angustia y el miedo entre el enemigo. En un relato apócrifo que circuló para aumentar la inquietud y el terror, los mongoles, según parece, prometieron levantar el sitio de una ciudad si los yurchen entregaban un gran número de gatos y pájaros como botín. Los hambrientos habitantes del lugar reunieron los animales y los dieron a los mongoles. Tras recibirlos, los mongoles ataron antorchas encendidas y banderas en llamas a los rabos de los gatos y a las colas de los pájaros, y los dejaron libres. Los animales volvieron asustados a la ciudad, que fue pasto del fuego. El relato proporcionó una dosis importante de propaganda de guerra.

Una vez llevadas a cabo las operaciones de reconocimiento, la organización de las tropas y los ejercicios de propaganda, cuando por fin llegaba el momento de atacar, el ejército mongol intentaba crear el mayor clima de confusión posible. Una de las formas más habituales de agresión, parecida a la de la «formación de arbusto», era la llamada «estampida de cuervos» o «estrellas fugaces». Tras dar la señal con un tambor, o con fuego si era de noche, los guerreros cargaban a galope tendido contra el enemigo por las cuatro direcciones. En palabras de un observador chino de la época, cuando aparecían era «como si el cielo se nos viniera encima, y se

esfumaban con la velocidad de un rayo»⁶⁷. Los soldados enemigos quedaban conmocionados y amilanados por el inesperado ataque y por la repentina desaparición de los agresores, por el inesperado estruendo y por el repentino silencio que le seguía. Antes de que pudieran responder adecuadamente al ataque, los mongoles ya se habían ido tras causar numerosas bajas y provocar una gran confusión.

Durante las campañas contra los tangut, Genghis Khan había descubierto que los ingenieros chinos sabían cómo construir máquinas de asedio capaces de abatir con enormes piedras las murallas de una ciudad desde muy lejos. Por aquel entonces los chinos ya habían desarrollado algunos de esos artefactos: la catapulta lanzaba piedras, líquidos inflamables y otras sustancias dañinas contra las murallas o al otro lado de ellas; y el trabuquete, una pequeña catapulta que funcionaba por la acción de un contrapeso, arrojaba objetos con más rapidez que la típica catapulta basada en el principio de elasticidad de torsión de las cuerdas. La ballesta era un artefacto mecánico que disparaba grandes flechas capaces de dañar edificios y estructuras, además de matar a las personas y animales que se interpusieran en su camino. Aunque fueran bastante antiguas en la historia militar de la guerra de

⁶⁷ Véase «Hei-Tah Shih-Lüeh Kurzer Bericht über die schwarzen Tatan von P'eng Ta-Ya und Sü T'ing, 1237», en Peter Olbricht y Elisabeth Pinks, *Meng-Ta Pei-Lu und Hei-Ta Shih-Lüeh: Chinesische Gesandtenberichte über die frühen Mongolen 1221 und 1237*, Weisbaden, Otto Harrassowitz, 1980, p. 187.

asedio, estas armas resultaban nuevas para los mongoles, pero pronto se convertirían en un elemento permanente del arsenal de Genghis Khan, que apreciaba la eficacia y el ingenio que se escondía tras ellas. Más que limitarse a utilizarlas, el caudillo mongol optó por fomentar los conocimientos de ingeniería necesarios para crearlas. Recompensaba con creces a los sabios que se pasaban a su bando y, después de cada batalla, llevaba a cabo una esmerada selección de ingenieros entre los cautivos y los convencía de que se pusieran al servicio del Imperio mongol. Instituyó una serie de unidades de ingenieros que serían parte permanente del ejército mongol, y con cada batalla y cada conquista aumentaría de ese modo la complejidad y eficacia de su maquinaria de guerra.

Las máquinas de asedio ejercían una fascinación particular sobre los mongoles, pues les permitían mantenerse alejados de las ciudades y de los peligros del combate cuerpo a cuerpo que tanto aborrecían. En un momento determinado de la campaña, los atacantes entraron en contacto con la lanza de fuego utilizada por los yurchen: una caña hueca de bambú rellena de pólvora, que cuando la encendían se consumía lentamente y escupía llamaradas, chispas y humo por uno de sus extremos como una especie de lanzallamas. Desarrollada a partir de los petardos, esta arma se empleaba para provocar incendios y desorientar al enemigo y a sus caballos; posteriormente los mongoles la mejorarían para adaptarla a un sinfín de operaciones militares.

Cuando no podía adueñarse de una fortificación, Genghis Khan intentaba que el enemigo abandonara su plaza fuerte, para lo cual

seguía una serie de estratagemas, como, por ejemplo, una falsa retirada, como sucedió en el asedio de Yebe a la ciudad de Liaoyang durante la campaña contra los yurchen. En una estrategia conocida como la táctica de la «pelea de perros», fingió la retirada tras ordenar a sus hombres que abandonaran en el lugar buena parte de su equipamiento y de sus provisiones, como si hubieran huido despavoridos a toda prisa. Los oficiales de la ciudad enviaron a unos soldados a recoger el botín y dejaron abiertas las puertas de la muralla para permitir el paso de los carros y los animales que debían transportar todos aquellos pertrechos. Cuando los soldados se encontraban en campo abierto, y nada impedía el acceso a la fortificación, los mongoles cayeron sobre ellos y entraron en la ciudad, conquistándola.

En su condición de nómadas permanentes, los mongoles habían aprendido a combatir sobre la marcha. Para el campesino soldado, huir significaba perder; ir a la caza significaba ganar. El soldado sedentario intentaba expulsar al agresor de un lugar. El nómada deseaba acabar con el enemigo, y no importaba si lo hacía mientras lo atacaba o cuando huía de él. Para los mongoles una y otra cosa formaban parte del combate; una conquista en la huida era tan buena como la obtenida en un campo de batalla. Una vez conseguido con astucias que los adversarios salieran de su ciudad fortificada, los mongoles aplicaban unas técnicas que habían aprendido guiando los movimientos de grandes manadas de animales. Por lo general, solían hacer que el enemigo fuera tras ellos formando una larga fila cada vez más indefensa, a la que podían

atacar sin dificultad en cuanto cayera en la trampa que tenían preparada, o bien emprendían la huida en pequeños escuadrones para que el enemigo los persiguiera también en pequeños grupos más fáciles de vencer.

Incluso cuando se daban a la fuga o eran perseguidos por un enemigo determinado, los mongoles no dejaban de utilizar todo tipo de artimañas para salvar el pellejo. Si eran sorprendidos o atacados mientras patrullaban por una zona, emprendían la escapada tras arrojar al suelo algunos objetos valiosos que solían llevar con este fin. El enemigo siempre rompía filas para coger esos objetos, enfrentándose a menudo unos con otros para conseguirlos, lo que permitía la huida de los mongoles. Otras veces arrojaban arena al aire o ataban ramas de árbol a las colas de sus caballos para levantar una gran polvareda con el fin de ocultar sus movimientos o de hacer creer a los agresores que eran muchos más de los que en realidad eran.

Después del primer año de campaña contra los yurchen pudo comprobarse que lo más peligroso para los mongoles no era la batalla, sino el clima tan desagradable de la región. La menor altura y la proximidad a los grandes ríos y al océano favorecían un elevado grado de humedad que, en verano, con el calor, se hacía insoportable para los mongoles y sus lanudos caballos. Documentos de la época hablan en repetidas ocasiones de las horribles enfermedades que contraían tanto en zonas rurales como urbanas. Las campañas militares quedaban prácticamente interrumpidas en esta estación del año, en la que muchos mongoles se retiraban con

sus manadas de caballos a las vecinas tierras de pastos más elevadas y frías del interior de Mongolia.

En 1214 Genghis Khan por fin puso sitio a la mismísima corte del kan dorado en Zhongdu (Pekín). En esta corte se acababa de vivir un golpe de estado, y el nuevo kan dorado había tenido que hacer frente a tantas luchas internas que en vez de resistir un asedio con su correspondiente guerra, prefirió llegar a un acuerdo con los mongoles para que se retiraran. Les entregó grandes cantidades de seda, plata y oro, además de tres mil caballos y quinientos jóvenes de ambos sexos. Para sellar el pacto, el emperador yurchen reconoció ser vasallo de Genghis Khan y le dio a una de las princesas reales en matrimonio.

En respuesta, Genghis Khan levantó el asedio de Zhongdu y emprendió el largo camino de vuelta a Mongolia exterior, al norte del Gobi. Los kitán habían recibido de nuevo casi todas sus tierras, y su familia real había sido restaurada; a los yurchen se les permitiría conservar un pequeño reino propio. El gran caudillo mongol demostró que no tenía ninguna intención de reinar en aquellos dominios, ni de establecer un gobierno mongol en ellos, siempre y cuando obtuviera los productos que quería. Del mismo modo que había dejado a los uigures y a los tangut a cargo de sus tierras, ahora se sentía satisfecho permitiendo que los yurchen y los kitán administraran sus propios reinos del modo que consideraran oportuno mientras permanecieran subordinados al poder mongol y satisficieran sus tributos.

Puesto que estos dos últimos pueblos lo habían reconocido como su

emperador supremo, el gran kan ya no tenía ninguna razón que lo sujetara a las tierras de esos pueblos. El verano estaba en sus comienzos, pero el calor y el clima seco ya hacían estragos, por lo que su ejército decidió acampar al sur del Gobi, en un lugar llamado Dolon Nor (los Siete Lagos), en vez de atravesar el desierto de vuelta a la patria. Mientras esperaban la llegada de los días más frescos del otoño, los soldados pudieron disfrutar de juegos y festejos, así como del talento de los músicos y cantantes capturados que se llevaban a su país.

Sin embargo, en cuanto los mongoles se retiraron de las tierras recién conquistadas, las autoridades yurchen empezaron a renegar del pacto firmado. Como desconfiaba de sus propios súbditos, de los que sospechaba que secretamente estaban de parte del invasor mongol, el kan dorado, el mismo que Genghis Khan había dejado en el trono, abandonó con toda su corte la capital, Zhongdu, y se refugió en una ciudad del sur, Kaifeng, donde pensó que estaría a salvo del ejército mongol. Genghis Khan consideró esa huida un verdadero acto de traición y una rebelión en toda regla. Aunque había estado más de tres años ausente de su patria —la región situada entre los cauces de los ríos Onon y Jerlen—, se preparó inmediatamente para reemprender la guerra. Organizó a sus hombres para un cuarto año de campaña militar, marchó hacia el sur desde el interior de Mongolia y se dirigió a la capital que pocos meses antes se había rendido a él y a su ejército.

El kan dorado había dejado un contingente militar para proteger la antigua capital, pero los soldados y la población local sabían que

estaban desamparados. Las victorias obtenidas por Genghis en el curso de la campaña del año anterior le proporcionaron el apoyo de muchos soldados enemigos, en especial los que habían sido abandonados por el emperador yurchen. Según la concepción tradicional china de la guerra, el triunfo era para quien recibía la bendición del cielo, y con la larga lista de victorias que podía acreditar, el mongol era, a los ojos de los campesinos chinos y los guerreros yurchen indistintamente, el que parecía combatir por mandato celestial, por lo que enfrentarse a él podía implicar una ofensa directa al mismísimo cielo. Muchos soldados yurchen y de otras tribus al servicio del kan dorado también veían en Genghis Khan al verdadero guerrero de la estepa, al guerrero que habían sido sus propios antepasados antes de la conquista y la colonización de las ciudades. Tenían muchas más cosas en común con él y con sus soldados que con los gobernantes viciosos y decadentes que, en cualquier caso, los habían abandonado a su destino ante la amenaza de los invasores. Regimientos enteros, con sus oficiales y sus armas, desertaron para unirse a las fuerzas mongolas.

Temuyín y sus nuevos aliados tomaron fácilmente la ciudad. Esta vez, sin embargo, el caudillo mongol no iba a ofrecer la oportunidad a los yurchen derrotados de pagar un tributo; la vieja capital sería castigada y saqueada. Los mongoles arrasaría con todo. Cuando se hizo evidente que la ciudad estaba a punto de caer, Genghis Khan dejó en manos de sus subordinados el asalto final a Zhongdou. Irritado por el calor cada vez mayor del verano y harto de la suciedad de la vida sedentaria, abandonó el lugar para regresar a

las tierras más elevadas y ventiladas de Mongolia interior y a su clima más seco. Encomendó el saqueo de Zhongdou a Jada, un comandante kitán, y a sus hombres, pues estaban más acostumbrados a las ciudades y sabían muy bien cómo obtener todas las riquezas guardadas en ella. Los oficiales mongoles tendrían que esperar en las afueras a que trajeran el botín para su recuento. Genghis Khan deseaba que el saqueo se llevara a cabo con la eficiencia habitual que caracterizaba a los mongoles, sobre la que tanto había insistido desde que derrotara a los tártaros. Según el sistema mongol, los soldados debían distribuir el botín del mismo modo que los cazadores se repartían las piezas obtenidas tras una cacería en grupo, esto es, entre todos y de acuerdo con su rango. Todo, tanto el último botón de latón como el objeto de plata más insignificante, debía ser distribuido siguiendo una fórmula bien precisa, que empezaba con el 10% que correspondía al kan y acababa con la parte destinada a huérfanos y viudas.

Sin embargo, los nuevos aliados de los mongoles no supieron entender el sistema o simplemente se negaron a ponerlo en práctica. Muchos de ellos, sobre todo los kitán y los chinos, que habían sufrido una gran represión y tenían un sinfín de quejas contra los yurchen, anhelaban vengarse y arrasarlo con todo. Pensaban que un soldado tenía derecho a quedarse lo que encontraba. Así pues, arrancaron el oro que recubría las paredes de los palacios y se apoderaron de piedras preciosas y de cofres llenos de monedas de oro y plata. Cargaron los metales preciosos en carros tirados por bueyes y ataron fardos de seda al lomo de sus camellos.

Genghis Khan consideraba que un saqueo y su consiguiente botín eran importantes cuestiones de estado, de modo que envió al principal juez de los mongoles, Shigui-Jutuju, a la ciudad para que se encargara de supervisar el saqueo sistemático de la vieja capital y compilara un inventario meticuloso de las riquezas obtenidas. En lugar de un proceso ordenado, Shigui-Jutuju se encontró con la anarquía más absoluta. Los oficiales mongoles que esperaban fuera de Zhongdu, incluido el cocinero real, se habían dejado sobornar y, a cambio de unas piezas de seda bordada en oro, permitían que los soldados aliados siguieran con su caótico saqueo; y cuando Shigui-Jutuju llegó, también quisieron sobornarlo ofreciéndole una parte de los tesoros. El juez rechazó la proposición y regresó inmediatamente al campamento de Genghis Khan para informar de aquella conducta impropia. Cuando el jefe mongol supo lo ocurrido, montó en cólera, reprendió a los kitán y confiscó los bienes, aunque no ha llegado a nuestras manos ningún documento que hable de los castigos que impuso.

Antes de retirarse de las ciudades de los yurchen, los guerreros mongoles tenían un castigo final que infligir al país cuyas aldeas ya habían quemado tras expulsar a sus habitantes. Genghis Khan quería dejar un gran territorio abierto con extensos pastos en caso de que su ejército se viera obligado a regresar. Los campos arados, las murallas de piedra y las fosas profundas habían frenado el avance de los jinetes mongoles y limitado su capacidad de movimiento en todas las direcciones. Esos mismos obstáculos impedían la libre migración de las manadas de antílopes, burros y

otros animales salvajes que a los mongoles les gustaba cazar. En su retirada una vez concluida la campaña militar, los mongoles se dedicaron a revolver la tierra que encontraban a su paso, haciendo que sus caballos pisotearan las zonas de cultivo con sus cascos con el fin de convertirlas de nuevo en una región de pastos. Querían asegurarse de que los campesinos no iban a volver nunca a sus aldeas y campos. De esta manera, el interior de Mongolia siguió siendo una tierra de verdes praderas, y los mongoles crearon una amplia zona de pastos y bosques que actuó de almohadilla entre las regiones tribales y los campos de los agricultores de vida sedentaria. Así pues, la gran estepa, con sus vastas extensiones de hierba, se convirtió en unos depósitos de pastos para alimentar a sus caballos, además de facilitar el acceso a aquellas tierras en futuras incursiones y campañas militares, al tiempo que, con sus manadas de animales salvajes que regresaron a ella después de la expulsión de campesinos y aldeanos, ponía a disposición del ejército mongol un verdadero almacén de carne listo para ser consumido.

Durante los seis primeros meses de 1215, año del Cerdo, los mongoles organizaron caravanas de personas y animales y poco a poco fueron abandonando las ruinas humeantes de la ciudad de Zhongdu, y emprendieron viaje rumbo a la elevada y árida meseta del interior de Mongolia. Todos se reunieron en Dolon Nor —donde un año atrás habían esperado en vano poder regresar a casa— y allí aguardaron que pasara el verano antes de aventurarse a atravesar el desierto de Gobi. Genghis Khan había demostrado por enésima vez su destreza en la guerra, y ahora iba a poner de manifiesto, a

una escala sin precedentes en la historia de los kanes de la estepa, su destreza para llevar el botín a la patria, a su pueblo.

Un río de seda de brillantes colores empezó a fluir desde China. Era como si Genghis Khan hubiera desviado todos los distintos canales entrelazados de la Ruta de la Seda, los hubiera combinado en uno solo y los hubiera redirigido hacia el norte para derramarse por las estepas de Mongolia. Las caravanas de camellos y carros tirados por bueyes llevaban tanta seda que los mongoles utilizaron el preciado tejido para empaquetar sus pertenencias y sus tesoros. Se deshicieron de las cuerdas de cuero y las sustituyeron por cordones de seda. Dispusieron en fardos vestidos bordados con hilos de oro y plata que formaban dibujos de peonías, de grullas al vuelo, de olas encrespadas y de animales míticos, y empaquetaron zapatillas de seda que llevaban cosidas perlas minúsculas. Llenaron sus carros de alfombras de seda, tapices, almohadones, cojines y mantas, y también de fajines, galones, borlas y complementos todos de seda. Llevaban rollos de seda en crudo, hilos del mismo material y telas de todo tipo imaginable de tejidos y diseños de tonalidades tan variadas que algunos colores no tenían ni siquiera nombre en lengua mongola.

Además de tejidos de seda, satén, brocado y gasa, los fardos contenían todo tipo de objetos del agrado de los mongoles y fáciles de transportar, como, por ejemplo, muebles lacados, abanicos de papel, cuencos de porcelana, armaduras de metal, cuchillos de bronce, tablas de juego y sillas de montar repujadas. Llevaban frascos de fragancias y maquillaje fabricados con ocre, plomo

amarillo, índigo, extractos de flores, ceras perfumadas, bálsamos y almizcle, además de ornamentos para el pelo y joyas hechas con metales preciosos, marfil o carey e incrustaciones de turquesas, perlas, cornalinas, coral, lapislázuli, esmeraldas y diamantes. Los vagones, cargados de odres de vino, barriles de miel y paquetes de té negro, seguían a los camellos que dejaban a su paso aromas de incienso, medicinas, cinabrio, alcanfor, afrodisíacos y maderas preciosas como el sándalo.

Un gran número de contables dispuestos en hileras catalogaban, comprobaban y volvían a comprobar meticulosamente todos los artículos que llevaba cada una de esas caravanas de camellos y carros tirados por bueyes. Los músicos tocaban sus instrumentos y cantaban para deleite de sus conquistadores mientras avanzaban las caravanas. Cuando una de ellas se detenía, un grupo de acróbatas, contorsionistas y juglares se ponía a actuar mientras las muchachas recogían estiércol seco para encender una lumbre, ordeñaban los animales, preparaban la comida o hacían cualquier otra cosa que se les pidiera. Los muchachos eran los encargados de atender a los animales y de cargar y descargar los bultos más pesados. Detrás de los animales iba una fila interminable de prisioneros; miles y miles de ellos. Príncipes y sacerdotes. Sastres y boticarios. Traductores y escribas. Astrólogos y joyeros. Artistas y adivinos. Todos los individuos de talento habían sido capturados y unidos al grupo de los que simplemente habían llamado la atención de algún mongol por la razón que fuera.

En todos los siglos de innumerables incursiones y transacciones

comerciales, ningún líder había llevado a su patria tanta cantidad de tesoros como Genghis Khan. Pero por muchas riquezas que llegaran, el caudillo mongol no conseguiría saciar a su pueblo. Cuando regresaba de sus campañas militares, sus caravanas siempre transportaban objetos preciosos, pero cada cargamento creaba el deseo de obtener más. Todo mongol podía sentarse en su *ger* en muebles lacados forrados de seda; toda doncella iba perfumada, maquillada y enjoyada. Todo caballo llevaba arreos de metal, y todo guerrero portaba armas de bronce y hierro. Para realizar su trabajo, los miles de artesanos recién incorporados necesitaban materias primas: desde madera, arcilla y telas, hasta bronce, oro y plata. Para alimentar a estos operarios, debían transportarse constantemente grandes cantidades de cebada, trigo y otros productos básicos a través de un vasto territorio estéril que separaba las tierras de pastos de los campos de cultivo del sur; y cuantos más prisioneros traía Genghis Khan, más comida y equipamientos se requerían para abastecerlos. Todo lo nuevo se convertiría en una necesidad, y cada caravana estimularía la búsqueda de más tesoros. Cuanto más conquistara, más tendría que conquistar.

Las estepas no podían seguir aisladas. Genghis Khan se vio obligado a organizar líneas de aprovisionamiento, a mantener la producción y a coordinar el tráfico comercial y humano a una escala sin precedentes. Lo que empezó como una rápida incursión en busca de seda y chucherías en las ciudades situadas al sur del Gobi, acabó convirtiéndose en las tres décadas de guerras más intensas de la

historia universal. Su artífice pasaría los siguientes cincuenta años de su vida librando batallas por toda Asia y, a su muerte, legaría esa lucha a sus descendientes, que durante dos generaciones se dedicaron a expandir sus dominios conquistando nuevos países y pueblos.

Después de sus campañas contra los yurchen, el gran kan se dirigió directamente a sus estepas de Jodoe Aral, entre los ríos Jerlen y Tsenker. De acuerdo con sus principios, comenzó de inmediato a distribuir el botín conseguido entre sus generales y oficiales, quienes a su vez lo repartieron entre sus hombres según lo establecido. Sin embargo, por primera vez en su vida, tenía simplemente demasiados tesoros y materiales que repartir, y debía encontrar la manera de administrarlos y almacenarlos hasta que fueran necesarios. Para resolver el problema de esta gran afluencia de riquezas, permitió la construcción de unas cuantas edificaciones, que fueron emplazadas a orillas de un río secundario, el Avarga, en la zona de la estepa donde manaba del suelo un manantial. Según la tradición, Borte trató a su hijo pequeño, Ogodei, con las aguas de dicho manantial para curarlo de una enfermedad. El conjunto de edificios recibió el nombre de palacio Amarillo y sirvió principalmente de depósito de los botines obtenidos en campañas militares. Los ríos que la rodeaban y el pequeño macizo montañoso que se levantaba en medio de ella, hacían de esa zona un lugar fácil de proteger y prácticamente imposible de tomar por sorpresa.

Tras su larga ausencia, Genghis Khan tenía numerosos problemas pendientes de resolver, no sólo relacionados con sus súbditos

mongoles, sino también con las tribus siberianas del norte y los campesinos uigures del sur. Algunas tribus siberianas que se habían sometido a los mongoles durante la invasión dirigida por Yochi en 1207, habían aprovechado su prolongada ausencia para dejar de enviar sus tributos en forma de pieles, productos de los bosques y doncellas. Cuando llegó un enviado mongol con el fin de investigar lo que estaba sucediendo, éste se encontró con que acorde con la fama de las mujeres siberianas, ahora las tribus tenían por jefe a una llamada Botohui-tarhun —que más o menos significa «Grande y Fuerte»—. En vez de entregar a sus señores treinta doncellas como esposas, Botohui-tarhun hizo prisionero al legado estepario. Cuando Genghis Khan vio que el mensajero no regresaba, envió a otro, y ella también se lo quedó como prisionero. El 1219, año de la Liebre⁶⁸, el caudillo envió a uno de sus generales de confianza con un destacamento de bravos soldados a averiguar qué ocurría. Habitados a las campañas militares en las estepas abiertas y en regiones de tierras de cultivo, los mongoles no estaban acostumbrados a combatir en la profundidad de los bosques, ni a viajar por esas zonas. El ejército mongol solía atravesar la estepa extendiendo sus filas y marchaba formando un amplio frente. En el bosque, sin embargo, los guerreros se veían obligados a avanzar por estrechos senderos prácticamente en fila india. Botohui-tarhun se

⁶⁸ Existen numerosas controversias acerca de si estos hechos ocurrieron en 1207 o en 1219, pues ambos años correspondieron al de la Liebre.

enteró de que venían mucho antes de que llegaran a su territorio y, como experta cazadora de los bosques, les preparó una trampa. Colocó un contingente de soldados detrás de la retaguardia de los mongoles para cerrarles el paso y evitar así que pudieran escapar, y luego les tendió una emboscada en el frente. Su triunfo fue rotundo, y en la batalla sus guerreros mataron incluso al general mongol.

Genghis Khan no estaba acostumbrado a este tipo de derrotas y montó en cólera. En un primer momento amenazó con dirigir personalmente a sus hombres contra la victoriosa reina para vengar lo ocurrido. Pero inmediatamente sus consejeros le hicieron cambiar de idea. Los mongoles organizaron una gran expedición, y esta vez estaban firmemente determinados a ganar a toda costa. Un pequeño destacamento de guerreros avanzó como reclamo y fingió que vigilaba el camino y los pasos fronterizos que comunicaban el territorio mongol con el de la reina. Mientras tanto el grueso de las tropas abrió en secreto un nuevo sendero en el bosque desde otra dirección. Con la ayuda de hachas, azuelas, serruchos, uñetas y todos los instrumentos y armas que lograron reunir, los mongoles empezaron a abrir con gran fatiga un sendero siguiendo la pista de montaña que solía recorrer el «toro rojo»⁶⁹, probablemente ciervos o alces, que tiene coloración rojiza. Una vez abierta la senda secreta, se lanzaron contra el cuartel general de la reina con tanta rapidez que, según cuenta la *Historia secreta*, parecía que descendían «por

⁶⁹ *La historia secreta*, #240.

los conductos de humo de sus tiendas».

Los mongoles, victoriosos, liberaron a sus legados y se llevaron prisionera a toda la tribu para repartirse a los hombres como criados y a las mujeres como esposas o concubinas. Genghis Khan entregó a la reina Botohui-tarhun en matrimonio al segundo de sus enviados, al que probablemente ella ya había tomado como marido, pues, en vez de acabar con su vida, se lo había quedado como prisionero suyo.

Las tribus del bosque fueron sólo un breve entretenimiento para Genghis Khan en comparación con las cuestiones mucho más graves que planteaban las de los oasis del desierto, los uigures, que figuraban entre sus súbditos más estables. Tan fervoroso era su apoyo, que otros uigures musulmanes que vivían más al oeste, a los pies de los montes Tian Shan (en el Kirguistán y el Kazajstán modernos), querían derrocar a sus cabecillas budistas para unirse también a los mongoles. De la musulmana Kashgar, una ciudad comercial que se encontraba en lo que en la actualidad es la provincia de Xinjiang, al oeste de China, fueron enviados varios legados al país mongol⁷⁰. A comienzos del siglo XIII este pueblo estaba gobernado por otro grupo kitán de orígenes manchúes que, tras ser expulsado del este por los yurchen, se había establecido en los montes Tian Shan. Para diferenciarlos de los kitán que

⁷⁰ En relación con los acontecimientos que tuvieron lugar en Kashgar, la *Historia secreta* data la invasión de la ciudad en 1205, año del Buey, pero la mayoría de las demás fuentes la sitúan en el siguiente año del Buey, esto es, en 1217.

permanecieron en el este, los mongoles los llamaban kara kitán, «kitán negros», pues negro significaba pariente lejano y era, en concreto, el color que simbolizaba el oeste.

Si bien muchos uigures se habían unido voluntariamente a los mongoles, otros tantos seguían bajo el control de los kitán negros, que por aquel entonces estaban acaudillados por Guchlug, el hijo del Tayang Khan de los naimanos, enemigo acérrimo de Genghis Khan. Tras la derrota de su pueblo, Guchlug había huido al sur, donde, tras casarse con la hija del caudillo de los kara kitán, había usurpado el poder de su suegro. Aunque era originalmente cristiano, y los kitán negros budistas, Guchlug compartía con éstos un mismo sentimiento de desconfianza hacia los súbditos uigures, que eran musulmanes. Una vez asentado en el trono, empezó a perseguir a los súbditos musulmanes y puso coto a la práctica de su religión. Prohibió la llamada a la oración, el culto público y el estudio de la religión islámica. En cierta ocasión que tuvo que abandonar la capital de su reino, Balasagun, para emprender una campaña militar, los uigures se encerraron en la ciudad e intentaron evitar su regreso. En venganza, Guchlug puso sitio a la capital, la conquistó y la arrasó.

Como no encontraron a ningún caudillo musulmán que quisiera protegerlos, la población islámica de Balasagun acudió a Genghis Khan en busca de ayuda, y así poder derrocar al monarca opresor. Aunque el ejército mongol se encontraba a cuatro mil kilómetros de distancia, Genghis Khan ordenó a Yebe, el general que había restaurado en el trono a la familia real kitán, que dirigiera una

expedición de veinte mil soldados mongoles a través de Asia para defender a los musulmanes. El hecho de que se negara a encabezarla personalmente pone de manifiesto la poca importancia que esos países tenían para él. Su mundo estaba en Mongolia, y quería pasar todo el tiempo que le fuera posible junto a su familia, en su campamento de Avarga situado a orillas del río Jerlen. Las distantes ciudades de los oasis del desierto y las montañas apenas le atraían. Esta invasión en concreto sólo le ofrecía la oportunidad de poder enfrentarse finalmente a su viejo enemigo, Guchlug.

Como llevaron a cabo esa campaña militar a petición de los uigures musulmanes, los mongoles no permitieron que se efectuaran operaciones de saqueo, ni que se destruyeran propiedades o se pusiera en peligro la vida de civiles. Pero, en castigo por sus crímenes, lo que sí hizo Yebe tras derrotar al ejército de Guchlug fue cortar la cabeza de este tirano en una llanura próxima a las fronteras que separan actualmente Afganistán, Pakistán y China⁷¹. Después de la ejecución, los mongoles enviaron un heraldo a Kashgar para proclamar el fin de la persecución religiosa y la restauración de la libertad de credo para todas las comunidades. Según el historiador persa Yuwaini, los habitantes de la ciudad aclamaron a los mongoles como «una de las bendiciones del Señor y

⁷¹ Para un estudio más exhaustivo acerca de la campaña militar mongola contra Guchlug, véase René Grousset, *The Empire of the Steppes: A History of Central Asia*, trad. ing. de Naomi Walford, Nuevo Brunswick, Rutgers University Press, 1970, p. 234.

una de las munificencias de la gracia divina»⁷².

Aunque los cronistas persas y musulmanes recogieron este episodio con sumo detalle, la *Historia secreta* resume toda la campaña militar en un escueto párrafo: «Yebe persiguió a Guchlug, el kan de los naimanos, lo apresó en el monte Amarillo, acabó con él y regresó a casa»⁷³. Desde el punto de vista mongol, es probable que eso fuera lo único que importara. Yebe había cumplido con su obligación: matar al enemigo y volver a la patria sano y salvo. Esta campaña puso a prueba, y demostró, la capacidad del ejército mongol de actuar con éxito a miles de kilómetros de distancia de su cuartel general y sin contar con la presencia física del propio Genghis Khan. Más que en el aumento del número de sus súbditos o que en la fama de defensor de religiones perseguidas que pudiera reportarle, la importancia de la victoria sobre los kara kitán estribaba en que concedía a Genghis Khan el control absoluto de la Ruta de la Seda que comunicaba China con los países musulmanes. Ahora tenía estados vasallos entre los tangut, los uigures y los kitán, y en las tierras septentrionales de los yurchen; y aunque no ejercía su dominio en la principal zona de producción, en manos de la dinastía Song, ni en las principales regiones consumidoras de Oriente Medio, sí controlaba sus redes de conexión. Con ese control directo sobre grandes cantidades de artículos comerciales chinos, empezó a

⁷² Ata-Malik Yuwaini, *Genghis Khan: The History of the World-Conqueror*, trad. ing. de J. A. Boyle, Seattle, University of Washington Press, 1997, p. 67.

⁷³ *La historia secreta*, #237.

vislumbrar todas las fabulosas oportunidades que podía brindarle el comercio con los países musulmanes de Asia central y Oriente Medio.

En 1219, con muchas hazañas militares y comerciales a sus espaldas, Genghis Khan estaba a punto de cumplir sesenta años. Como cuenta Yuwaini, «había traído la paz y la calma, la seguridad y la tranquilidad, y había alcanzado las más altas cotas de prosperidad y bienestar; los caminos eran seguros y los disturbios se habían apaciguado»⁷⁴. Parecía satisfecho de llevar una vida tranquila, disfrutando de su familia y complaciéndose en la nueva prosperidad que había traído a su pueblo.

Ahora tenía más tesoros de los que podía utilizar o repartir entre los suyos, y quería utilizar todos esos recursos para estimular el comercio. Además del floreciente suministro de los artículos tradicionales de Asia, de vez en cuando llegaban otros productos de las lejanas y exóticas tierras occidentales de Oriente Medio. Los musulmanes de esa región del mundo fabricaban el más exquisito de los metales, el magnífico acero brillante. Tenían algodones y otros delicados tejidos, y conocían el misterioso proceso de la fabricación del vidrio. La gran extensión de territorio que va de las montañas de Afganistán al mar Negro estaba gobernada por el sultán túrmico Muhammad II, y su imperio se llamaba Jorezm. Genghis Khan,

⁷⁴ Ata-Malik Yuwaini, *Genghis Khan: The History of the World-Conqueror*, trad. ing. de J. A. Boyle, Seattle, University of Washington Press, 1997, p. 77.

deseoso de recibir todos aquellos productos exóticos, decidió buscar una alianza comercial con el lejano sultán.

El historiador francés Pétis de la Croix resume cuál era la situación del gran kan por aquel entonces en los siguientes términos: «... este emperador, como ya no tenía nada que temer en el este, en el oeste o en las regiones del norte de Asia, se dedicó a cultivar una amistad sincera con el soberano de Carizme. Con ese propósito, hacia finales de aquel año de 1217, le envió tres embajadores con regalos... para pedirle... que sus pueblos pudieran comerciar entre sí con seguridad y establecer una unión perfecta, pues la paz y la abundancia son las principales bendiciones a las que tienen que aspirar todos los reinos»⁷⁵.

Para la negociación del tratado comercial que debía formalizar sus relaciones mercantiles, Genghis Khan envió un legado al sultán de Jorezm: «Mi mayor deseo es vivir en paz contigo. Te protegeré como a un hijo. Por tu parte, eres perfectamente consciente de que he conquistado el norte de China y he sometido a todas las tribus septentrionales. Sabes que mi país es un hormiguero de soldados, una mina de plata, y que no tengo ninguna necesidad de ambicionar más dominios. Tenemos el mismo interés en fomentar el comercio entre nuestros súbditos»⁷⁶.

⁷⁵ François Pétis de la Croix, *The History of Genghizcan the Great: First Emperor of the Ancient Moguls and Tartars*, publicado para J. Darby, etc., Londres, 1722, pp. 119-120.

⁷⁶ Citado en René Grousset, *Conqueror of the World*, trad. ing. de Marian McKellar y Denis Sinor, Nueva York, Orion Press, 1966, p 209.

Pese a sus sospechas y recelo, el sultán accedió a firmar el tratado. Como los mongoles no eran mercaderes, Genghis Khan recurrió a los comerciantes musulmanes e hindúes que ya operaban en los territorios uigures recién conquistados; entre todos ellos reunió a cuatrocientos cincuenta mercaderes y dependientes, y los envió desde Mongolia con una caravana cargada de lujosos artículos de pelo de camello blanco, seda china, lingotes de plata y jade en bruto. Al frente de la delegación puso a un hindú que llevaba otro mensaje de amistad para el sultán, invitándolo a comerciar para que «a partir de ahora que los malos pensamientos se desvanezcan gracias al progreso de nuestras relaciones y al tratado que hemos firmado, y que desaparezca el pus de la sedición y la rebelión»⁷⁷.

Cuando la caravana se adentró en Jorezm por la provincia noroccidental de Otrar, el sur del Kazajstán moderno, el arrogante y codicioso gobernador se apoderó de todos los productos que llevaba y mató a los mercaderes y a los camelleros. No podía imaginarse cuán rotunda iba a ser la respuesta de Genghis Khan. Como cuenta el observador persa Yuwaini, la agresión del gobernador no sólo aniquiló a los integrantes de una caravana, sino que «arrasó todo un mundo».

Al enterarse de lo ocurrido, Genghis Khan envió a unos legados para exigir al sultán que castigara a su funcionario por el ataque; pero el

⁷⁷ Ata-Malik Yuwaini, *Genghis Khan: The History of the World-Conqueror*, trad. ing. de J. A. Boyle, Seattle, University of Washington Press, 1997, pp. 79-81.

sultán prefirió censurar públicamente al kan de la manera más dramática y ofensiva que sabía: ejecutó a unos cuantos enviados, y a los demás, después de mutilarles el rostro, los mandó de vuelta a su señor. La noticia de aquel agravio apenas tardó unas pocas semanas en atravesar las estepas y llegar a la corte mongola, donde, en palabras de Yuwaini, «un torbellino de cólera nubló de polvo los ojos de la paciencia y la misericordia, y el fuego de la ira, que ardió con tanta fuerza que le hizo verter agua por los ojos, sólo podía apagarse con un derramamiento de sangre». Genghis Khan, encolerizado, humillado y frustrado, se retiró por enésima vez a la cima de su Burján Jaldún, donde de nuevo se descubrió la cabeza, bajó los ojos al suelo y durante tres días y sus correspondientes noches ofreció una plegaria que decía: «No he sido el causante de este problema; concédeme fuerzas para exigir mi venganza». Luego descendió de la montaña, mientras meditaba qué pasos iba a dar a continuación y se preparaba para una guerra inminente.

Capítulo 5

El sultán contra el Khan

La guerra era una especie de industria para los pueblos nómadas.

Significaba éxito y riquezas para los guerreros⁷⁸.

Sechin Jagcid,

Essays in Mongolian Studies

El año de la Liebre de 1219 Genghis Khan partió hacia el oeste, con dirección a Jorezm, donde llegó a la primavera siguiente, ya en el año del Dragón, después de cruzar el desierto para aparecer por sorpresa detrás de las líneas enemigas en Bujará. Antes de que acabara el año, los mongoles habían tomado todas las grandes ciudades de la región, cuyo sultán quedó abandonado, medio moribundo, en una pequeña isla del mar Caspio en la que se había refugiado huyendo del acoso implacable de los hombres del gran kan.

Los mongoles llevaron los combates al interior del nuevo territorio y conquistaron, en una campaña que duró cuatro años, las ciudades de Asia central con la misma contundencia con la que se aplasta

⁷⁸ Sechin Jagchid, *Essays in Mongolian Studies*, Provo, Brigham Young University Press, 1988, p. 12.

una mosca. Los nombres de las localidades tomadas parecen sucederse en una secuencia invariable de sílabas en diversas lenguas: Bujará, Samarcanda, Otrar, Urguench, Balj, Banakat, Jojend, Merv, Nisa, Nisapur, Termez, Herat, Bamiyan, Gazni, Peshawar, Qazvin, Hamadan, Ardabil, Marageh, Tabriz, Tbilisi, Derbent, Astracán. Las tropas de Genghis Khan aniquilaron a todos los ejércitos que encontraron a su paso, desde las montañas del Himalaya hasta las del Cáucaso, desde el río Indo hasta el Volga. Cada ciudad conquistada tuvo su propia historia, que siguió un curso de los acontecimientos ligeramente distinto, aunque el resultado siempre fuera el mismo: ninguna resistió al ataque mongol; y no hubo una ciudadela que no fuera tomada, ni plegaría que procurara la salvación de sus habitantes. No se aceptó ni se permitió ningún tipo de soborno, ni que los funcionarios y los oficiales se saltaran las órdenes a su antojo. Nada podía frenar, y mucho menos detener, el avance del monstruo mongol.

Con su incursión en Jorezm, Genghis Khan se lanzaba contra un reino recién creado, de apenas doce años más que su nación mongola, pero no sólo atacaba a un imperio, sino a toda una antigua civilización. El territorio musulmán del siglo XIII, que incluía las civilizaciones árabe, túrquica y persa, estaba formado por los países más ricos del planeta y los más sofisticados en casi todas las ramas del saber, desde la astronomía y las matemáticas, hasta la agronomía y la lingüística, y su grado de alfabetización era el más elevado del mundo. En comparación con Europa y la India, donde sólo los sacerdotes sabían leer, o con China, donde la cultura

estaba reservada a los burócratas del gobierno, en prácticamente todas las aldeas musulmanas había un grupo de hombres que podían leer el Corán e interpretar las leyes islámicas. Mientras que Europa, China y la India habían alcanzado sólo los niveles de una civilización regional, el mundo musulmán había conquistado prácticamente los de una civilización mundial, con un comercio, una tecnología y unos conocimientos generales mucho más sofisticados. Sin embargo, debido a su encumbramiento, más dura resultaría su caída. El daño provocado por la invasión mongola en esos territorios fue mucho mayor que en cualquier otra zona del mundo por la que galoparon los guerreros de Genghis Khan.

Como había ocurrido en el norte de China, donde las antiguas tribus nómadas de los kitán, los yurchen y los tangut gobernaban sobre una población campesina, por todo Oriente Medio las antiguas tribus nómadas túrquicas, como, por ejemplo, los selyúcidas y los turcomanos, habían conquistado y sometido varios reinos de población mayoritariamente agrícola. Una serie de estados túrquicos dominaba el paisaje político de los territorios que en la actualidad constituyen la India, Pakistán y Afganistán, la antigua Persia, y que se adentran en el corazón de la región de Anatolia de la Turquía moderna, extendiéndose por la costa mediterránea. La civilización de esta enorme región se basaba en una antigua fusión de culturas persas que se había visto fuertemente influenciada por el mundo árabe y por las primeras civilizaciones clásicas, desde Roma hasta la India. El mosaico cultural que ofrecía Oriente Medio y Próximo incluía importantes minorías, como judíos y cristianos,

además de otros grupos religiosos y lingüísticos, aunque en general los eruditos, los jueces y las autoridades religiosas hablaban arábigo y citaban el Corán. Los soldados utilizaban los dialectos túrquicos de su correspondiente tribu. Los campesinos hablaban y cantaban en los diversos dialectos persas.

Pese a la riqueza de la región en los tiempos en que Genghis Khan hizo su aparición repentina en esta parte del mundo, la complejidad de su vida social había desembocado en una serie de rivalidades políticas, tensiones religiosas y animadversiones culturales entre sus numerosos reinos. Como turco advenedizo, el sultán de Jorezm apenas conseguía establecer alianzas con sus colegas musulmanes, en su mayoría árabes y persas, que lo consideraban poco más que un conquistador bárbaro. Sus relaciones con el califa árabe de Bagdad eran tan tensas que, según distintas crónicas, supuestamente este último solicitó a Genghis Khan que atacara al sultán, para lo cual le hizo llegar un mensaje secreto tatuado en la cabeza de un individuo que luego consiguió atravesar inadvertidamente el sultanato y llegar al país de los mongoles. Aunque apócrifa, esta historia del mensajero tatuado corrió como la pólvora por todo el mundo islámico y, a los ojos de aquellos musulmanes que buscaban un pretexto religioso para ponerse de parte del infiel frente a un sultán musulmán, sirvió para conferir cierta legitimidad a la guerra de Genghis Khan contra el reino de

Jorezm⁷⁹. Según un relato que probablemente sea cierto, el califa colaboró además en la campaña militar de los mongoles, enviando a modo de regalo un regimiento de cruzados que había capturado en Tierra Santa. Como no necesitaba una infantería, Genghis Khan liberó a los cristianos, algunos de los cuales lograron finalmente regresar a su patria en Europa e hicieron correr los primeros rumores de los hasta entonces desconocidos conquistadores mongoles.

Además de las tensas relaciones que mantenía con sus vecinos musulmanes, el sultán tenía que hacer frente a las numerosas divisiones que se habían producido en su propio reino y en el seno de su familia. Tenía frecuentes discusiones con su madre, que ostentaba prácticamente el mismo poder que su hijo; y la amenaza de una invasión mongola acentuó más sus desacuerdos en torno a cómo debía ser gobernado su imperio y cómo debía prepararse para la guerra. Su hermano era el que había desencadenado el conflicto con el kan apoderándose de la primera caravana mongola, pero al no permitir que su hijo lo castigara y evitara así un enfrentamiento armado, la madre del sultán no hacía más que exacerbar los ánimos de los mongoles. Por si las diferencias existentes en el seno de la familia real no bastaran, los súbditos persas y tayikos del imperio no veían con muy buenos ojos a sus gobernantes y mucho menos a

⁷⁹ François Pétis de la Croix, *The History of Genghizcan the Great: First Emperor of the Ancient Moguls and Tartars*, publicado para J. Darby, etc., Londres, 1722, p. 136.

los soldados túrquicos que estaban estacionados en sus ciudades para explotarlos en vez de defenderlos. Por su parte, esos soldados no tenían ningún interés en proteger las tierras en las que se encontraban y tampoco estaban muy dispuestos a poner en peligro su vida para salvar a unas gentes que despreciaban.

Cuando Genghis Khan se lanzó contra las ciudades de Jorezm, lo hizo al mando de un ejército compuesto por entre cien mil y ciento veinticinco mil jinetes, un contingente de aliados de origen uigur y túrquico y un cuerpo de médicos chinos y otro de ingenieros, sumando en total entre ciento cincuenta y doscientos mil hombres. Por su parte, el sultán de Jorezm disponía de aproximadamente cuatrocientos mil soldados repartidos por todo su imperio, los cuales, además, contarían con la ventaja de pelear en su propio territorio.

Los mongoles prometieron ser justos con los que se rindieran, pero juraron la muerte a los que opusieran resistencia. A los habitantes de un lugar que se rindieran y actuaran como hacen los parientes, cuando, correspondiendo a un ofrecimiento de amistad, ponen alimentos al servicio del recién llegado, los mongoles iban a tratarlos como a miembros de su familia y les garantizarían su protección y ciertos derechos básicos propios de un pariente; pero a los que no quisieran someterse, iban a tratarlos como a enemigos. La propuesta que hacía Genghis Khan a los asediados de una ciudad era tan sencilla como horripilante. Sirva de muestra el mensaje que envió a la población de Nisapur: «A los comandantes, a los ancianos y al pueblo en general. Sabed que Dios me ha dado el gobierno de la

tierra desde Oriente hasta Occidente. El que se someta, salvará la vida, pero el que resista, será aniquilado junto con sus esposas, hijos y las personas que tenga a su cargo»⁸⁰. El mismo sentimiento se expresa en muchos documentos de la época, siendo uno de los más claros el ofrecido por la crónica armenia en la que se citan las siguientes palabras del kan mongol: «es voluntad de Dios que nosotros ocupemos la tierra y mantengamos el orden»⁸¹, además de imponer las leyes mongolas y el pago de tributos, y a los que se negaban a ello, los mongoles estaban obligados a «matarlos y destruir sus casas, para que los que se enteren, lo oigan y lo vean sepan lo que les puede ocurrir y no actúen del mismo modo».

Algunas ciudades se rindieron sin oponer resistencia. Otras se defendieron durante unos días o unas cuantas semanas. Sólo la más fuerte aguantó unos pocos meses. Genghis Khan había aprendido mucho de sus campañas contra los yurchen: no sólo cómo conquistar una ciudad perfectamente fortificada, sino el modo en que debía ser tratada tras su caída, en concreto cómo debía llevar a cabo con éxito las operaciones de saqueo. No quería que se repitieran los errores cometidos durante el caótico expolio de Zhongdu, por lo que en Jorezm decidió introducir un sistema nuevo y más eficaz consistente en evacuar a todo el mundo de la ciudad,

⁸⁰ Henry H. Howorth, *History of the Mongols*, parte 1, *The Mongols Proper and the Kalmuks*, Longmans, Green, Londres, 1876, p. 81.

⁸¹ Robert P. Blake y Richard N. Frye, «History of the Nation of Archers (the Mongols) by Grigor of Akanc», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, 12 (diciembre, 1949), p. 301.

incluso a los animales, para luego pasar a su saqueo sistemático, minimizando así los peligros que pudieran correr sus hombres en el curso de esas operaciones.

Antes de empezar, los guerreros mongoles seguían un procedimiento similar con la población de las ciudades hostiles. Primero mataban a los soldados. En el ejército mongol, basado en la caballería, no tenían cabida unos soldados de infantería adiestrados para la defensa de ciudades fortificadas, y lo que era más importante, Genghis Khan no quería dejar tras de sí a un gran ejército de antiguos enemigos que pudiera bloquearle el paso cuando decidiera regresar a su patria en Mongolia. Siempre quería tener el camino de vuelta despejado. Después de ejecutar a los soldados enemigos, los comandantes mongoles enviaban a unos funcionarios para que se encargaran de dividir a la población por actividades. Todos los individuos que sabían leer y escribir en alguna lengua eran considerados profesionales cualificados, bien fueran funcionarios, médicos, astrónomos, jueces, adivinos, ingenieros, maestros, imanes, rabinos o sacerdotes de cualquier religión. Los mongoles necesitaban en concreto los servicios de mercaderes, camelleros, gente políglota y artesanos, pues la guerra, el pastoreo y la caza eran las tres únicas actividades en las que eran diestros. En su creciente imperio hacían falta operarios cualificados de todo tipo, desde herreros, alfareros, carpinteros, ebanistas, tejedores, curtidores y mineros hasta tintoreros, papeleros, sopladores de vidrio, sastres, joyeros, músicos, barberos, cantantes, artistas, boticarios y cocineros.

Las personas sin ocupación definida eran utilizadas como auxiliares en los sucesivos ataques a las ciudades, consistiendo su tarea en transportar cargas, cavar trincheras, hacer de escudos humanos, ser arrojados a los fosos para hacer de relleno y servir de puente o sacrificar su vida en la empresa bélica de los mongoles. Los que ni siquiera servían para esos cometidos eran pasados por las armas, y sus cadáveres abandonados.

Durante estas conquistas hubo un grupo que corrió peor suerte que los demás. Fue el de los ricos y poderosos. Según las reglas de caballería seguidas en Europa y en Oriente Medio durante las Cruzadas, los enemigos aristócratas solían mostrarse un respeto superficial, y a menudo pomposo, en tiempos de guerra, pero no tenían ningún problema en matar a un vulgar soldado. En vez de acabar con la vida de un aristocrático enemigo en el campo de batalla, preferían capturarlo como rehén y pedir por él un rescate a su familia o a su país. Los mongoles no seguían este código ético. Bien al contrario, mataban a todos los aristócratas lo antes posible para evitar futuras guerras con ellos, y Genghis Khan nunca aceptó enemigos aristócratas en su ejército y raras veces permitió que entraran a su servicio.

Pero ésa no había sido siempre su política. En sus primeras campañas militares contra los yurchen, los tangut y los kitán negros, Genghis Khan había protegido con frecuencia a los ricos e incluso había permitido a los gobernantes de las ciudades conquistadas que siguieran en su puesto. Pero los yurchen y los tangut lo traicionaron en cuanto su ejército se retiró. Cuando llegó a

los países musulmanes de Asia central ya había aprendido una buena lección relacionada con la lealtad, la fiabilidad por los pelos, escribía airado acerca de los hermosos y lujosos palacios que los mongoles habían «borrado de la faz de la tierra, lo mismo que se borran las palabras de un pedazo de papel, y todas esas residencias se han convertido en morada de cuervos y búhos; en esos palacios las lechuzas se responden a sus llamadas, y en esos salones soplan y gimen los vientos»⁸².

Genghis Khan era la personificación de la crueldad a los ojos de los musulmanes. Aunque probablemente no saliera de sus labios, los cronistas de la época le atribuyen el siguiente comentario: «El mayor goce que puede conocer un hombre es conquistar a sus enemigos y hacerlos desfilar en su presencia. Montar sus caballos y apoderarse de sus bienes. Contemplar los rostros de sus seres queridos llenos de lágrimas, y estrechar a sus esposas e hijas entre los brazos»⁸³. Al parecer, en vez de encontrarlas denigrantes, el kan favoreció ese tipo de descripciones apocalípticas. Con su inclinación a buscar una utilidad a todo lo que encontraba, vio en ese tipo de comentarios un sistema eficaz para aprovecharse del elevado grado de cultura de los musulmanes, y convirtió a sus incautos enemigos en una potente arma con la que modelar la opinión pública. Se dio cuenta de que la

⁸² Yaqut al-Hamawi citado en Edward G. Browne, *A Literary History of Persia*, vol. 2, Iranbooks, Bethesda, Md., 1997, p. 431.

⁸³ Michael Prawdin, *The Mongol Empire: Its Rise and Legacy*, trad. ing. de Eden Paul y Cedar Paul, Londres, George Alien & Unwin, 1940, p. 143.

mejor forma de propagar el terror no era a través de las acciones de sus guerreros, sino por la pluma de los escribas y los hombres cultos. En una época en la que no existían los periódicos, las cartas y crónicas de la *intelligentsia* desempeñaban un papel trascendental en la formación de la opinión pública, y en el caso concreto de la conquista de Asia central por parte de los mongoles, jugaron sin duda a favor de Genghis Khan, quien supo poner en funcionamiento lo que cabría definir como un verdadero aparato de propaganda que inflaba constantemente el número de bajas en el campo de batalla y sembraba el pánico allí donde alguien se hiciera eco de sus palabras.

En agosto de 1221, apenas un año después de que emprendiera la campaña militar, los oficiales mongoles requirieron a sus súbditos coreanos el envío de cien mil hojas de su famoso papel. La envergadura de este pedido pone de manifiesto la velocidad con que aumentaba el volumen de la documentación de los mongoles a medida que su imperio iba creciendo, aunque también demuestra el interés que tenían por escribir su historia. Cada vez más, el papel fue convirtiéndose en el arma de mayor potencia del arsenal de Genghis Khan, quien no mostraba interés alguno en recoger sus hazañas en panegíricos que ensalzaran su valor, sino que prefería que circularan libremente entre las gentes las historias más increíbles y espeluznantes sobre su persona y su pueblo.

Desde todas las ciudades conquistadas, los mongoles se dedicaban a mandar delegaciones a otras ciudades para anunciarles los horrores sin precedente que infligían los guerreros de Genghis Khan

con la habilidad casi sobrenatural que los caracterizaba. Todavía puede sentirse el poder de aquellas palabras en los relatos de los testigos oculares recogidos por algunos cronistas, como, por ejemplo, el historiador Ibn al-Atir, que vivió en la época de la conquista de Mosul, ciudad emplazada actualmente dentro de las fronteras de Irak, pero que por aquel entonces se encontraba cerca, aunque ligeramente apartada, del territorio en el que los mongoles estaban llevando a cabo su campaña militar. Cuenta en su libro *al-Kamil fi at-tarij*, que podría traducirse como «la historia perfecta» o «la historia completa», los relatos de varios refugiados. Al principio, Ibn al-Atir parece reacio a creer lo que le dicen: «Me han contado una serie de historias, a las que cuesta dar crédito, acerca del terror que siembran los tártaros a su paso»⁸⁴. Pero adopta inmediatamente una postura de credulidad. «Se dice que cualquiera de ellos es capaz de entrar en una aldea o en un barrio en el que haya mucha gente, y de ponerse a matar a todos sus habitantes, uno tras otro, sin que nadie se atreva a ponerle las manos encima». Escribe que también le contaron que «uno de ellos hizo prisionero a un hombre, pero no tenía ningún arma con que matarlo; y le dijo a su cautivo: “Apoya la cabeza en el suelo, y no te muevas”. El individuo obedeció, y el tártaro fue en busca de una espada y se la clavó allí mismo». Cada victoria hizo que corrieran más ríos de tinta con nueva

⁸⁴ Citado en Browne, *A Literary History of Persia*, vol. 2, Iranbooks, Bethesda, Md., 1997, p. 430.

propaganda, y se difundió la creencia de que Genghis Khan era invencible. Por absurdas que parezcan esas historias con la distancia del tiempo, lo cierto es que su impacto fue tremendo en toda Asia central. Ibn al-Atir se lamenta de las conquistas mongolas, a las que considera «el anuncio del golpe mortal que han de recibir el islam y los musulmanes». Y añade con un toque de dramatismo: «¡Ojalá mi madre no me hubiera tenido, u ojalá hubiera muerto y pasado al olvido antes de que llegaran esas noticias!». Dice que lo único que le impulsó a «recoger por escrito» los detalles más escabrosos fue «la insistencia de varios de mis amigos». Califica la invasión de la «catástrofe más grande y la peor de las calamidades [...] que se haya abatido sobre el género humano, y sobre los musulmanes en particular (...) desde que Dios Todopoderoso creara a Adán». Mediante una serie de analogías, indica que las matanzas más cruentas de la historia antes de la aparición de Genghis Khan tuvieron como víctima al pueblo judío, pero que el ataque de los mongoles contra el mundo islámico es más grave porque el número de musulmanes a los que «han pasado por las armas en una sola ciudad supera el de los hijos de Israel». Para que el lector no desconfíe de sus palabras, Ibn al-Atir promete dar unos detalles del comportamiento de los mongoles «que horrorizaron a todos aquellos que los escucharon, y que vosotros, si Dios quiere, encontraréis expuestos debidamente con todo tipo de pormenores». No obstante, más que llevar a cabo una crónica exacta y precisa de las conquistas mongolas, parece que lo que pretendía este historiador con su retórica apasionada era despertar del letargo a sus

correligionarios musulmanes.

Aunque los hombres de Genghis Khan pasaron a muchísima gente por las armas y utilizaron la muerte casi como una cuestión de necesidad política y sin duda como un medio calculado para sembrar el terror, también se alejaron de manera considerable y sorprendente de las prácticas habituales de la época. No torturaban ni mutilaban a las personas. La guerra era a menudo por aquel entonces una forma de combate en medio del terror, y otros gobernantes de la época empleaban la táctica, bárbara y simple, de infundir el miedo y suscitar el pánico entre las gentes mediante la tortura pública o la mutilación más horrenda. En agosto de 1228, en el curso de una batalla contra Jalal al-Din, el hijo del sultán, cuatrocientos mongoles fueron hechos prisioneros por las fuerzas enemigas; todos sabían qué final les esperaba. Los soldados de Jorezm condujeron a los guerreros cautivos a la vecina Isfahán, los ataron a unos caballos y los arrastraron por las calles de la ciudad a modo de espectáculo para la población. Los prisioneros mongoles murieron, pues, para diversión del pueblo, y sus restos fueron arrojados a los perros⁸⁵. Esa tortura pública haría que los mongoles nunca perdonaran a los civilizados habitantes de la ciudad y les hicieran pagar por ello. En otro caso en que los mongoles perdieron un ejército en el campo de batalla, los victoriosos persas mataron a

⁸⁵ El asesinato de los guerreros mongoles aparece detallado en Luc Kwanten, *Imperial Nomads: A History of Central Asia, 500-1500*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1979, p. 131.

los cautivos clavándoles clavos en la cabeza, el lugar del cuerpo en que, según creían los mongoles, residía el alma⁸⁶. Este episodio vino a repetirse un siglo más tarde, en 1305, cuando el sultán de Delhi convirtió la ejecución de varios prisioneros mongoles en todo un espectáculo público, haciendo que un grupo de elefantes aplastara a los cautivos. Luego mandó levantar una torre con las cabezas de los mongoles muertos o apresados en la batalla.

Desde China hasta Europa, los gobernantes civilizados y los líderes religiosos dependían de esos espeluznantes espectáculos para dominar a su pueblo, y desanimar de paso a sus enemigos potenciales, por medio del terror. Cuando en 1014 el emperador bizantino Basilio derrotó a los búlgaros, mandó cegar a quince mil prisioneros de guerra. Permitted que de cada cien hombres, uno quedara tuerto para que pudiera guiar a los otros noventa y nueve de vuelta a casa, y se propagara así el terror. Cuando los cruzados cristianos tomaban una ciudad, como fue el caso de Antioquía en 1098 o el de Jerusalén en 1099, hacían una matanza de judíos y musulmanes sin tener en cuenta su edad o su sexo, simplemente por la religión que profesaban.

En la persona de Federico Barbarroja, el titular del Sacro Imperio Romano Germánico que figura como uno de los héroes históricos y culturales más destacados de Alemania, encontramos un ejemplo

⁸⁶ Stuart Legg, *The Barbarians of Asia: The Peoples of the Steppes from 1600 B. C.*, Nueva York, Dorset, 1970, p. 274.

perfecto de cómo era utilizado el terror en Occidente. Cuando en 1160 intentó conquistar la ciudad lombarda de Cremona, en el norte de Italia, este emperador puso en marcha una serie escalonada de actos de violencia con el fin de sembrar el pánico entre la población local. Sus hombres decapitaban a los prisioneros y jugaban con sus cabezas delante de las murallas de la ciudad como si fueran balones de fútbol. Entonces los defensores de Cremona condujeron a los germanos que tenían en su poder hasta las mismas murallas y les arrancaron sus extremidades ante la mirada atónita de sus compañeros. Por su parte, los germanos reunieron a más cautivos y los ahorcaron en una ejecución en masa. Las autoridades de la ciudad respondieron haciendo lo mismo en lo alto de las murallas con el resto de sus prisioneros. En vez de luchar directamente unos contra otros, los dos ejércitos siguieron con su escalada de actos de terror. A continuación los germanos reunieron a los niños cautivos y los colocaron en las catapultas, que se utilizaban normalmente para abatir las murallas y abrir una vía de entrada a la ciudad. Con la fuerza de esas grandes máquinas de asedio, arrojaron a los niños vivos contra las murallas de Cremona.

Si tenemos en cuenta los vandálicos y horripilantes actos de los ejércitos civilizados de la época, no puede decirse que los mongoles hicieran cundir el pánico por la ferocidad o la crueldad de sus acciones, sino más bien por la rapidez y la eficacia de sus conquistas y el supuesto menosprecio absoluto que les merecía la vida de los ricos y poderosos. En su avance hacia el este los

mongoles sembraron el terror, pero sus campañas destacaron más por el éxito militar sin precedentes con que se vieron coronadas en detrimento de poderosísimos ejércitos y de ciudades aparentemente imposibles de conquistar, que por una sed de sangre o un uso ostentoso de actos públicos de marcada crueldad.

Las ciudades que se les rindieron sin oponer resistencia encontraron el trato dispensado por los mongoles tan apacible y benigno, sobre todo en comparación con las horribles historias que circulaban, que ingenuamente pusieron en duda sus capacidades también en otros terrenos⁸⁷. Después de entregarse, muchas ciudades esperaron obedientemente a que los invasores abandonaran el país, y a continuación se sublevaron. Como los mongoles dejaban sólo a unos cuantos oficiales al mando y no había ningún destacamento militar encargado de vigilar a la población, los habitantes de la ciudad interpretaban erróneamente la retirada de las fuerzas de ocupación como un signo de debilidad y creían que el grueso del ejército mongol no volvería nunca. Con esas ciudades los mongoles no tuvieron misericordia; regresaron en cuanto tuvieron noticia del levantamiento y aniquilaron hasta el último rebelde. Una ciudad arrasada no podía sublevarse de nuevo.

Una de las matanzas más sangrientas fue la que sufrió Nisapur, la ciudad natal de Ornar Jayyam. Sus habitantes se levantaron contra

⁸⁷ Para un examen detallado de estas campañas, véase David Morgan, *The Mongols*, Cambridge, Mass., Blackwell, 1986, pp. 60-61.

los mongoles, y en la batalla que se entabló, una flecha disparada desde las murallas de la ciudad hirió de muerte a Tokuchar, el yerno de Genghis Khan. En venganza por la rebelión, y como lección para otras ciudades, el caudillo dejó que su hija, a la sazón encinta, dispusiera el castigo que debía aplicarse a la ciudad capturada. Se dice que la joven viuda decretó la ejecución de todos sus habitantes, y que en abril de 1221 los soldados mongoles cumplieron la orden dada. Según cuentan diversas historias que circularon ampliamente, pero cuya veracidad no está comprobada, mandó a los soldados que apilaran las cabezas de los muertos en tres pirámides distintas: una con las de los varones, otra con las de las mujeres y una tercera con las de los niños y niñas. Al parecer, luego ordenó que los perros, los gatos y todos los demás animales de la ciudad fueran sacrificados para que ninguna criatura sobreviviera a su esposo.

El episodio más doloroso para Temuyín, desde el punto de vista personal, tuvo lugar en el curso de una batalla en el espléndido valle de Bamiyán, en Afganistán, centro de peregrinación de los budistas y hogar de las estatuas más colosales del mundo. Los antiguos devotos habían esculpido imágenes gigantescas de Buda en la ladera de la montaña, y sólo cabe preguntarse qué pensarían los mongoles al ver esas grandiosas representaciones. Durante la batalla que se libró en este valle, una flecha hirió de muerte a Mutuguen, el nieto favorito de Genghis Khan, que recibió la noticia del fallecimiento del joven antes de que Chagatai, el padre del muchacho, se enterara de la desgracia. El kan mandó llamar a su

hijo y, sin contarle aún lo ocurrido, le ordenó que no llorara.

Genghis Khan había llorado en público muchas veces, y lo había hecho a la menor provocación. Había llorado movido por el miedo y por sentimientos de rabia, de dolor y de tristeza, pero al enfrentarse con la muerte de la persona que más había querido, no permitió que ni él ni sus hijos demostraran la aflicción y la angustia que los embargaban con lágrimas o sollozos. Cuando se veía apremiado por una gran dificultad o una desgracia personal, Genghis Khan se desahogaba en el combate. Mataba, no lloraba. Así pues, transformó el dolor de su aflicción en una furia enorme que vertió sobre las gentes del valle. Nadie —rico o pobre, hermoso o feo, bueno o malo— sobreviviría a su cólera. Al final el valle fue colonizado de nuevo por los hazaras, nombre que significa «diez mil» en persa, quienes afirmaban descender de uno de los regimientos mongoles formado por ese número de hombres.

Si bien en muchos casos la destrucción de las ciudades fue total, las distintas cifras barajadas por los historiadores a lo largo de los años no sólo son exageradas o fantásticas, sino absurdas⁸⁸. Las crónicas persas dicen que en la batalla de Nisapur los mongoles mataron exactamente a 1.747.000 personas. Este número supera el de 1.600.000 muertos que les atribuyen en la ciudad de Herat. Pero aún se va más allá, y Yuzayani, un historiador respetable pero

⁸⁸ Para un estudio más pormenorizado acerca del número supuestamente elevado de víctimas, véase Stuart Legg, *The Barbarians of Asia: The Peoples of the Steppes from 1600 B. C.*, Nueva York, Dorset, 1970, p. 277.

vehementemente antimongol, habla de un total de 2.400.000 muertos en Herat. Posteriormente otros eruditos más conservadores situarían el número de víctimas durante la invasión de Asia central en torno a los quince millones. Incluso esta estimación, mucho más moderada, habría requerido, sin embargo, que cada mongol hubiera matado a más de cien personas; los cálculos inflados del número de víctimas de otras ciudades habrían requerido una cifra muy superior situada en torno a los trescientos cincuenta individuos por mongol. De haber vivido tantísima gente en las ciudades de Asia central de la época, su conjunto habría podido frenar con facilidad al invasor mongol.

Aunque hayan sido aceptadas como un hecho y se hayan repetido hasta la saciedad durante generaciones y generaciones, todas esas cifras carecen en realidad de fundamento. Habría sido físicamente casi imposible sacrificar una cantidad parecida de vacas y cerdos que esperaran pacientemente su turno. Por regla general, las supuestas víctimas de una ciudad superaban en conjunto el número de mongoles en una proporción de hasta cincuenta contra uno. Podrían haberse dado simplemente a la fuga, y los mongoles no habrían sido capaces de detenerlas. La inspección de las ruinas de las ciudades conquistadas por los mongoles demuestra que raramente el número de sus habitantes superaba el 10% del total de las supuestas bajas. El terreno, árido y desértico, propio de esas zonas permite la conservación de los huesos durante siglos e incluso milenios, pero en ningún lugar se ha encontrado rastro alguno de los millones de personas asesinadas a manos de los

mongoles.

En vez de asesino, sería más exacto calificar a Genghis Khan de destructor de ciudades, pues en innumerables ocasiones no sólo arrasó ciudades enteras por venganza o para hacer cundir el pánico, sino también por razones estratégicas. En lo que cabría definir como un esfuerzo, ingente y fructífero, destinado a remodelar las vías mercantiles de toda Eurasia, asoló ciudades emplazadas en las rutas menos importantes o de más difícil acceso con el objetivo de canalizar el comercio por un número menor de rutas cuya supervisión y control resultara más fácil para su ejército. Para interrumpir el flujo comercial a una región, no dudó en destruir sus ciudades, arrasándolas hasta los mismísimos cimientos.

Además del derribo organizado de algunas ciudades, Genghis Khan no dudó en despoblar regiones enteras mediante una laboriosa destrucción de sus sistemas de riego. Sin ellos, la población campesina y rural se veía obligada a abandonar sus hogares, y los campos se convertían en tierras de pastos, lo cual permitía que grandes extensiones de terreno fueran de uso exclusivo de los rebaños que acompañaban al ejército, pudiendo ser utilizadas, además, como reservas para futuras campañas. Del mismo modo que hizo revolver las tierras de cultivo cuando marchó del norte de China para regresar a Mongolia, el gran kan siempre quería que hubiera una zona despejada por la que avanzar o emprender la retirada y en la que sus hombres pudieran encontrar en todo momento unos pastos adecuados para los caballos y los demás animales de los que dependía su éxito.

Tras cuatro años de campañas en Asia central, Genghis Khan ya había cumplido los sesenta años. Estaba en el culmen de su poder, sin rivales en su tribu o la amenaza de un enemigo externo que cuestionaran su autoridad. Pero en cambio, incluso antes de que muriera, su familia ya estaba desgarrada. Después de dejar su tierra natal en Mongolia en manos de su hermano menor, Temugue Otchiguen, se había llevado con él a sus cuatro hijos a la campaña militar en Asia, donde esperaba que éstos no sólo aprendieran a ser mejores guerreros, sino también a vivir y a trabajar juntos. A diferencia de los conquistadores que al final se consideran dioses, Genghis Khan sabía perfectamente que era un mortal, y se dispuso a preparar su imperio para una transición. Según la tradición esteparia, en las familias de pastores cada hijo recibía unos cuantos animales de las distintas especies que poseían sus padres, así como el uso y disfrute de una parte de las tierras de pastos. Análogamente, Genghis Khan planeaba ceder a cada uno de sus hijos un imperio en miniatura que reflejara, en un grado práctico, las diversas facetas de todos sus dominios. Cada hijo se convertiría en el kan de un gran número de súbditos y de rebaños de la estepa, así como en dueño y señor de una importante extensión de territorio, con sus respectivos talleres, ciudades y granjas en las zonas sedentarias. Sin embargo, por encima de los otros tres, uno de ellos debería ser el gran kan, encargado de la administración del gobierno central y juez supremo de apelación, que, con el consejo de sus hermanos, sería además responsable de las relaciones internacionales del imperio, especialmente en lo tocante a las

campañas militares contra otras naciones. El sistema dependía de la capacidad y la buena voluntad que demostraran los hermanos a la hora de llevar a cabo un trabajo conjunto de cooperación bajo la autoridad de un único gran kan.

Incluso antes de su partida para emprender la campaña militar contra Jorezm, Genghis Khan pudo comprobar que su plan topaba con algunas dificultades cuando, pese a la drástica prohibición de hablar o prepararse para la muerte, convocó una *juriltai* familiar para tratar precisamente esta cuestión. La reunión se convirtió en unos de los episodios más decisivos de la historia mongola, pues, no sólo afloraron en ella todas las rivalidades del pasado, sino que fue una especie de anticipo del modo en que el imperio acabaría desmembrándose.

Además de sus hijos, Genghis Khan invitó a la asamblea a varios hombres de su confianza, ya que la aprobación y el apoyo de éstos iban a ser necesarios para garantizar la sucesión a la muerte del gran caudillo mongol. Cuando empezó la *juriltai* sus dos hijos mayores, Yochi y Chagatai, parecían tensamente serenos, como trampas de hierro preparadas para saltar. Ogodei pudo presentarse, haciendo honor a su fama de borrachín, algo bebido, pero es bastante improbable que tuviera la osadía de presentarse totalmente borracho ante su padre. Tolui, el benjamín, permanecería callado, como si hubiera desaparecido entre los pliegues de la tienda mientras sus hermanos mayores protagonizaban la reunión.

Genghis Khan abrió la *juriltai* explicando lo que implicaba la

elección de un sucesor. Se dice que sus palabras fueron las siguientes: «Si todos mis hijos pretendieran convertirse en kan y en dueño y señor, negándose a colaborar juntos, no ocurrirá como en la fábula de la serpiente de una sola cabeza y la de muchas cabezas»⁸⁹. Según este cuento tradicional, cuando llegó el invierno, las cabezas rivales de la serpiente multicéfala se pusieron a pelear entre ellas porque no llegaban a un acuerdo acerca de qué agujero era mejor para refugiarse de la nieve y los gélidos vientos. Cada cabeza abogaba por un agujero, y todas tiraban en distintas direcciones. La otra serpiente —con muchas colas, pero una sola cabeza— se dirigió inmediatamente a un agujero y permaneció al resguardo durante todo el invierno, mientras que su compañera murió de frío.

Tras exponer la gravedad y la importancia del tema, Genghis Khan pidió a Yochi, su hijo mayor, que fuera el primero en pronunciarse sobre la cuestión de la sucesión. El orden, a la hora de sentarse, caminar, hablar, beber o comer, tiene un importante valor simbólico para los mongoles incluso en la actualidad. El kan, al establecer un turno para hablar, ponía públicamente de relieve que Yochi era el primogénito, lo que lo situaba como el probable sucesor. Si los demás hijos seguían el turno de palabra fijado por Genghis, reconocían de manera tácita que Yochi era el legítimo heredero y

⁸⁹ Paul Ratchnevsky, *Genghis Khan: His Life and Legacy*, trad. ing. de Thomas Nivison Haining, Oxford, Blackwell, 1991, p. 140.

estaba por encima de ellos.

Pero Chagatai, el segundogénito, se negó a que esa forma de reconocimiento pasara desapercibida y sin ser cuestionada. Antes de que Yochi pudiera responder, se cuenta que, desafiante, preguntó a su padre en voz alta: «Cuando le dices a Yochi que hable, ¿le estás ofreciendo la sucesión?»⁹⁰. Y a continuación dejó ir la pregunta retórica que de hecho no era más que una afirmación, por mucho que le pesara a Genghis Khan, sobre la dudosa paternidad del hermano mayor, que había nacido hacía cuarenta años, pero muy poco tiempo después de que su pretendido padre rescatara a Borte, su madre, de los merkitas que la habían raptado. «¿Cómo vamos a permitir que este bastardo, hijo de un merkita, nos gobierne?», exclamó Chagatai dirigiéndose a su padre y a sus hermanos.

Yochi se levantó lleno de furia cuando oyó que su hermano lo tachaba de bastardo. Soltó un grito, cruzó la tienda y se abalanzó sobre él, agarrándolo por el cuello. Los dos empezaron a pegarse. Con palabras emocionadas y cargadas de dolor, pronunciadas probablemente por el propio Genghis, pero que la *Historia secreta* atribuye a uno de sus consejeros en un intento de preservar la dignidad del kan, a Chagatai se le recordó cuánto lo quería y lo respetaba su padre. Genghis Khan, emocionado y triste, suplicó a

⁹⁰ Paul Khan, *The Secret History of the Mongols: The Origins of Chinggis Khan*, Boston, Cheng & Tsui, 1998, p. 153.

sus hijos que comprendieran lo distintas que eran las cosas en los viejos tiempos, antes de que nacieran, cuando el terror reinaba en las estepas, los vecinos luchaban unos contra otros y nadie estaba fuera de peligro. Que lo sucedido a su madre cuando fue secuestrada no había sido culpa de ella: «Nunca escapó de casa [...] No amaba a otro hombre. Fue raptada por unos hombres que habían venido dispuestos a matar».

El gran caudillo mongol imploró humildemente a sus hijos que recordaran que, a pesar de las circunstancias de sus respectivos nacimientos, todos procedían «del mismo seno materno» y que «si insultáis a la madre que desde su corazón os dio la vida, si hacéis que su amor por vosotros se hiele, aun cuando luego le pidáis su perdón, el daño ya estará hecho». El consejero del kan recordó a los hermanos cuánto habían luchado sus padres para formar su nueva nación, y luego enumeró los sacrificios que ambos habían tenido que hacer para crear un mundo mejor para sus hijos.

Después de esa larga y emotiva escena, Genghis Khan supo que no podía imponer a sus hijos una elección que a su muerte probablemente rechazarían. Tenía que negociar un acuerdo de compromiso que todos estuvieran dispuestos a aceptar. Invocó su limitada autoridad paterna y dijo que él mismo había reconocido a Yochi como primogénito, por lo que mandó a sus otros hijos que aceptaran esa circunstancia como un hecho y que no volvieran a poner en duda que él era su verdadero padre.

Chagatai acató la orden de su padre, pero dejando claro que, incluso cumpliendo su mandato, sus palabras no hacían de aquella

afirmación una verdad. Rió irónicamente y dijo que «el animal cazado con los labios no puede ser cargado a lomos de un caballo. El animal abatido con palabras no puede ser despellejado». En apariencia todos los hermanos iban a reconocer la legitimidad de Yochi mientras su padre siguiera vivo; pero en su interior nunca lo harían. Sin embargo, el hecho de que Yochi fuera reconocido primogénito y legítimo heredero no le garantizaba que fuera a suceder a su padre como gran kan, pues se suponía que un cargo de tanta importancia debía recaer en una persona capaz y que gozara del apoyo de la mayoría, y no en un individuo por una cuestión de edad.

Como había desencadenado la ira de su padre, Chagatai sabía perfectamente que Genghis Khan nunca aceptaría que lo sucediera como gran kan, pero no quería que ese cargo fuera a parar a manos de Yochi. Así pues, propuso a su familia un compromiso, tal vez de manera espontánea o quizá fruto de un acuerdo anterior con sus hermanos pequeños. Dijo que el título no debía ser ni para el primogénito ni para él, sino para Ogodei, el tercer hermano, que se caracterizaba por su carácter afable y bonachón y por su afición a la bebida.

Yochi, cuya única opción posible era declarar una guerra, prefirió adherirse a ese compromiso y reconocer a Ogodei como sucesor. Así pues, el kan asignó tierras y ganado a cada hijo de la manera que hacen siempre los padres cuando hay diferencias entre los hermanos: separó a Yochi de Chagatai. «La Madre Tierra es grande, y sus ríos y sus aguas numerosos. Instalad vuestros campamentos

lejos uno del otro, y que cada uno de vosotros gobierne su propio reino. Velaré por manteneros separados». A continuación aconsejó a sus hijos que no se comportaran de un modo que pudiera provocar las risas o los insultos del pueblo.

Al parecer, a los sabios musulmanes que prestaban sus servicios en la corte mongola les resultó sumamente difícil y complicado recoger este episodio, pues para ellos el honor de un hombre se basaba en el control que supiera ejercer sobre la vida sexual de las mujeres que lo rodearan. Era prácticamente inconcebible que un hombre tan poderoso como Genghis Khan pudiera tener un hijo engendrado por otro individuo, por no hablar de recibir una acusación en este sentido de labios de sus hijos. A diferencia de la *Historia secreta*, redactada por un mongol y en la que se incluye una versión detallada de las pugnas familiares, el cronista persa Yuwaini habla de este episodio sin atenerse a la veracidad de los hechos y convierte la *juriltai* familiar en una reunión en la que reina un sereno decoro y una unanimidad absoluta. Según su versión, Genghis Khan pronunció un hermoso discurso acerca de las cualidades admirables de Ogodei, y todos sus hijos estuvieron de acuerdo con su decisión. Los hermanos respetuosamente «se arrodillaron en señal de homenaje y sumisión y respondieron con la lengua de la obediencia, diciendo: “¿Quién tiene poder para oponerse a las palabras de Genghis Khan, y quién es capaz de ello?”... Todos los hermanos de Ogodei acataron la decisión de su

padre y así lo expresaron por escrito»⁹¹.

Desde una perspectiva un poco más distante de los hechos, Rashid al-Din ofrece una versión algo más exacta, pero su manuscrito contiene varias lagunas en los momentos cruciales en los que podía verse comprometido el honor de Genghis Khan o de su esposa. Cuenta que «debido a _____, el camino a la unidad se vio pisoteado por ambos bandos»⁹², pero que los miembros buenos de la familia «nunca pronunciaron semejante afrenta, pues consideraban su _____ auténtica». Independientemente de si su introducción en el texto original fue obra del propio Rashid al-Din o bien de los escribas de época posterior encargados de copiarlo, lo cierto es que esas lagunas ponen de manifiesto la importancia simbólica y política que tuvo para las generaciones venideras la cuestión de la paternidad de Yochi.

Al término de la reunión entre Genghis Khan y sus hijos, tan intensa desde el punto de vista emocional, probablemente ninguno de sus protagonistas fuera consciente de las importantes consecuencias que esa asamblea tendría en un futuro. En aquella *juriltai* familiar, los que salieron victoriosos acababan de configurar el mundo de un modo que presagiaría los resultados del Congreso de Viena celebrado tras las guerras napoleónicas, los de la

⁹¹ Ata-Malik Yuwaini, *Genghis Khan: The History of the World-Conqueror*, trad. ing. de J. A. Boyle, Seattle, University of Washington Press, 1997, pp. 182-183.

⁹² Rashid al-Din, *The Successors of Genghis Khan*, trad. ing. de John Andrew Boyle, Nueva York, Columbia University Press, 1971, p. 98.

Conferencia de Versalles después de la Primera Guerra Mundial y los de las reuniones de los Aliados en Yalta y Potsdam durante la Segunda Guerra Mundial.

Aunque en el transcurso de la reunión su nombre aparece repetidas veces, Borte no estuvo presente en la asamblea familiar, pero probablemente siguiera viva. No se sabe si tuvo conocimiento de lo ocurrido entre sus hijos, y no ha llegado a nuestras manos ninguna información digna de confianza que explique exactamente qué fue de ella. La tradición oral sostiene que por aquel entonces seguía viviendo en la hermosa estepa de Avarga, a orillas del río Jerlen, a pocos días de caballo del lugar en el que, en compañía de su esposo, había pasado sus primeros días de mujer casada. Es posible que su muerte se produjera allí —o en las inmediaciones— entre los años 1219 y 1224.

Aquel desagradable episodio enturbió, además de sus últimos años de vida, la campaña en Asia central. Las desavenencias surgidas entre sus hijos le hicieron tomar perfectamente conciencia del trabajo que todavía le esperaba para conseguir que a su muerte su obra pudiera seguir adelante. Sus hijos no sabían asumir las necesidades del imperio. Dedicado, como había estado, a su importante empresa de unir a las tribus esteparias y a la conquista de cualquier nación que supusiera una amenaza, no había prestado la debida atención a sus hijos, que eran ya hombres hechos y derechos, pero que todavía no habían demostrado su valía. Debido a su desconfianza de los parientes y al hecho de haberse fiado siempre de sus camaradas y amigos de la juventud, no había

enseñado a sus hijos a trabajar conjuntamente ni los había preparado para la sucesión.

Durante sus últimos años de vida Genghis Khan intentó en vano mejorar las tensas relaciones existentes entre Yochi y Chagatai encomendándoles una campaña militar conjunta contra la ciudad de Urguench, la antigua capital del sultán situada al sur del mar de Aral. La tirantez que había entre los dos hermanos estuvo a punto de desembocar en un enfrentamiento abierto durante el asedio. Ambos sabían que la ciudad sería para Yochi como parte de su patrimonio, y por ello nunca estaban de acuerdo en las tácticas que debían seguirse para la conquista. Como la ciudad iba a ser para él, Yochi sospechaba que su hermano pretendía arrasarla. Por su parte, Chagatai pensaba que la codicia de su hermano le impulsaba a querer proteger los edificios y las estructuras de la ciudad a toda costa, aunque con ello se arriesgara la vida de muchos soldados mongoles.

Si bien la mayoría de las ciudades caían en cuestión de días o semanas, para la conquista de Urguench fueron necesarios seis meses: una cantidad de tiempo desconocida hasta ese momento. Los defensores de la antigua capital lucharon con heroicidad. Incluso después de que los mongoles abatieran las murallas, sus habitantes siguieron oponiendo resistencia de casa en casa. Incómodos por verse obligados a pelear dentro de los confines claustrofóbicos de una ciudad prácticamente destruida, los mongoles provocaron numerosos incendios para quemarla. Sin embargo, los defensores siguieron peleando desde las ruinas

carbonizadas de su ciudad. Al final los mongoles construyeron un dique, desviaron un río e inundaron la antigua capital, matando así a los pocos soldados y habitantes que quedaban. Urguench quedó prácticamente arrasada y nunca volvió a levantarse. Fue cedida a Yochi, pero en ella no quedaba nada sobre lo que él o sus descendientes pudieran gobernar.

Furioso por las peleas entre sus dos hijos, Genghis Khan los mandó llamar y los apartó temporalmente de su lado, negándose a admitirlos en la corte. Más tarde, cuando por fin permitió que regresaran, los reprendió con vehemencia, los sermoneó e intentó hacerles ver lo absurdo de su actitud una y otra vez. Flan llegado a nuestras manos más conversaciones y citas relacionadas con esta etapa de la vida del gran kan que de cualquier otra, y en todas ellas se observa, además de la gran preocupación que sentía el caudillo mongol por el futuro de su familia, su pérdida de control sobre ella. Tras haber descuidado durante demasiado tiempo la educación de sus hijos, intentaba enseñarles todo de golpe, y con este fin se esforzaba por explicar las lecciones que había aprendido y las ideas que tenía, pero que no había sabido expresar con claridad. Estaba acostumbrado a dar órdenes, no explicaciones.

Intentó enseñarles que un buen líder debía sobre todo tener autocontrol, que en concreto tenía que saber dominar su orgullo, más difícil, decía Genghis Khan, que domar a un león salvaje, y su ira, cosa más difícil que derrotar al mejor de los luchadores. Les advirtió que «si no sabéis tragaros el orgullo, no seréis capaces de mandar». Les aconsejó que nunca se creyeran los más fuertes ni los

mejores. Incluso el monte más alto tiene animales que lo pisan, dijo. Cuando suben a la cima, están más altos que la propia montaña. En consonancia con el laconismo de las tradiciones mongolas, Genghis Khan aconsejó a sus hijos que no hablaran demasiado. Di sólo lo imprescindible. Un líder debe demostrar sus pensamientos y opiniones con hechos, no palabras: «No puede ser feliz hasta que su pueblo lo sea». Subrayó la importancia que tenían las perspectivas, los objetivos y los proyectos. «Sin la perspectiva de un objetivo, un hombre no consigue dirigir su vida, y mucho menos la de los demás», les dijo.

Algunos de sus pensamientos parecen en clara contradicción con otros. Por mucho que hace hincapié en la importancia de hacerse con el liderazgo, parece que mantiene una postura cauta y conservadora cuando dice que «las perspectivas no deben alejarse nunca de lo que nos han enseñado los ancianos»⁹³. Pues, como explica, «la casaca vieja, o *deel*, sienta mejor y siempre es más cómoda; dura más que las penurias de la vida en medio de los arbustos, mientras que la *deel* nueva o la que está por estrenar se rasga y se rompe con facilidad». En consonancia con su propia sobriedad y su sencillo estilo de vida, Genghis Khan los previene de la búsqueda de una vida «fácil», llena de frivolidades materiales y placeres inútiles. «Será fácil —explica—, que olvidéis vuestras

⁹³ Coronel J. Shagdar, «Ij Jaadin surgaal guereeslel», *Chingis Khaan Sydlal*, vol. 4 (2002), pp. 3-35; traducido del mongol.

perspectivas y objetivos una vez hayáis conseguido estar en posesión de espléndidos vestidos, veloces corceles y hermosas mujeres». Si eso ocurre, «no seréis mejor que un esclavo, y sin duda lo perderéis todo».

En la que cabría calificar de una de sus enseñanzas más importantes, el kan explica a sus hijos que la conquista de un ejército no es como la de una nación. Puedes conquistar a un ejército con mejores tácticas y más soldados, pero una nación sólo se conquista ganándose el corazón de sus gentes. Por idealista que parezca, a continuación quiso darles un consejo todavía más práctico y les dijo que, aun cuando el Imperio mongol debía ser uno, a los súbditos no se les tenía que permitir nunca que se unieran como uno: «Los pueblos conquistados que se encuentran en orillas distintas de un lago, deben ser gobernados desde orillas distintas de un lago». Ésta, como muchas otras de sus enseñanzas, también sería ignorada por sus hijos y sus sucesores.

La conquista mongola se detuvo en la ciudad de Multan, en el centro del Pakistán actual, en el verano del año del Caballo de 1222. Después de descender por las montañas de Afganistán y llegar a las llanuras del río Indo a comienzos de ese año, Genghis Khan consideró la posibilidad de conquistar el norte de la India rodeando el sur del Himalaya rumbo al norte, a través de los territorios de la China Song. Ese plan encajaba perfectamente con la mentalidad mongola en el sentido de que nunca se debe regresar por el mismo camino que se ha ido. Sin embargo, la geografía y las condiciones climatológicas del lugar lo hicieron desistir de su empresa. En

cuanto abandonaron las regiones más secas y frías de las montañas, los guerreros y caballos mongoles empezaron a debilitarse y a enfermar. Y lo que era más alarmante, sus arcos, que estaban perfectamente adaptados al frío glacial y al calor intenso de su tierra natal esteparia, comenzaron a funcionar indebidamente a causa de la humedad, perdiendo aquella fuerza y aquel tino que hacían del guerrero mongol un adversario mortal. Ante tantos obstáculos, en el mes de febrero Genghis Khan optó por retirarse de nuevo hacia las montañas y, pese al gran número de bajas humanas que se produjo en el grupo de prisioneros encargado de apartar la nieve de los caminos, consiguió conducir a su ejército a una región más cálida y menos agreste. Dejó dos *turnen*, esto es, a unos veinte mil hombres, para que prosiguieran con la campaña de la India, pero en verano las enfermedades y el calor hicieron tantos estragos entre sus filas que los supervivientes se vieron obligados a emprender la retirada y dirigirse, exhaustos, a Afganistán, un territorio con un clima más apacible y saludable.

Pese al fracaso de la invasión de la India, la campaña militar había cumplido sus principales objetivos, a saber, la conquista del imperio de Jorezm y el control mongol de Asia central y de buena parte de Oriente Medio. Antes de abandonar las tierras recientemente conquistadas, Genghis convocó una celebración que probablemente constituya la partida de caza más grande de la historia. Durante el invierno de 1222-1223, después de largos meses de preparativos, sus hombres consiguieron acordonar toda una gran zona, tras clavar a su alrededor un sinfín de postes en el suelo y tender largas

trenzas de crin de caballo entre ellos⁹⁴. Por todo el cercado fueron colgando tiras de fieltro que, cuando soplaba el viento, como solía ocurrir, asustaban a los animales y los empujaban a adentrarse en la zona acotada. En el momento indicado los distintos ejércitos comenzaron a converger en el territorio cerrado desde todas las direcciones. Millares y millares de soldados tomaron parte en la cacería, que duró varios meses. Abatieron todo tipo de animales, desde liebres y pájaros hasta grandes manadas de gacelas, de antilopes y de asnos salvajes.

La cacería fue una celebración en parte, pues parece que también tuvo por objetivo utilizar el compañerismo de las batidas y los festejos que las siguieron para suavizar las tensas relaciones existentes entre los hijos de Genghis Khan, apaciguar el ardor y el arrojo que invade a los hombres en tiempos de guerra y poner punto final a la sucesión de campañas militares con una nota de camaradería. Sin embargo, resentido aún de las heridas que le habían infligido sus hermanos y aparentemente distante también con su padre, Yochi, el hijo más amado, dijo sentirse indispuerto y se negó a presentarse incluso cuando fue convocado por orden directa del kan. Las tensas relaciones entre padre e hijo estuvieron a punto de desembocar en un conflicto armado cuando Genghis

⁹⁴ Para una explicación detallada de las tácticas empleadas en las batidas en grupo, véase «Hei-Ta Shih-Lüeh Kurzer Bericht über die schwarzen Tatan von P'eng Ta-Ya und Sü T'ing, 1237», en Peter Olbricht y Elisabeth Pinks, *Meng-Ta Pei-Lu und Hei-Ta Shih-Lüeh: Chinesische Gesandtenberichte über die frühen Mongolen 1221 und 1237*, Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1980, p. 117.

Khan se enteró de que su primogénito, supuestamente enfermo, había organizado otras partidas de caza distintas para celebrarlo con sus hombres.

Padre e hijo nunca volvieron a encontrarse. En vez de regresar a Mongolia, Yochi se quedó en las tierras recién conquistadas. Falleció al poco tiempo, y su muerte estuvo tan rodeada de misterio como su nacimiento. Lo propicio de su desaparición, mientras su padre todavía vivía, hizo correr el rumor de que tal vez Genghis Khan ordenó que lo mataran para asegurar la paz política entre sus hijos por el bien del Imperio mongol; pero como ocurre en muchas partes de la historia mongola, sólo se han conservado rumores sin pruebas convincentes que los confirmen o los nieguen.

Pese a las tensiones reinantes en el seno de la familia del gran kan, para la mayoría de los mongoles el regreso triunfal de su ejército marcó un punto álgido en sus vidas. El espíritu victorioso de las partidas de caza siguió imperando entre los soldados durante su largo viaje de vuelta a Mongolia, donde el ambiente triunfal de satisfacción general desembocó en una festiva bienvenida y en la celebración de la victoria, esto es, en un *naadam*. Largas caravanas de cautivos precedían el grueso del ejército de Genghis. Durante cinco años aproximadamente fue incesante el flujo de caravanas de camellos que partían de tierras musulmanas, cargadas con el botín obtenido, rumbo a Mongolia, donde la población aguardaba ansiosa la llegada de los lujosos productos exóticos. Las jóvenes mongolas, que se habían pasado la vida ordeñando cabras y yaks cuando los hombres se ausentaban para emprender campañas militares, no

tardaron en vestir ropajes de seda y oro y en disponer de criados que hicieran esas labores por ellas. Los ancianos, que raras veces habían visto un metal en su infancia, cortaban la carne con cuchillos de lamas de acero de Damasco grabado y mangos de marfil tallado, y se pasaban el *airak* en cuencos de plata, mientras sus músicos les cantaban.

Aunque Genghis Khan se encontraba de nuevo en la tierra que tanto amaba, su descanso fue muy breve, pues enseguida empezó a planificar una nueva campaña. Sabedor tal vez de que se aproximaba al fin de sus días, no tenía tiempo que perder, o quizá se dio cuenta de que su imperio dependía de conquistas constantes. Si se detenía, los partidismos que había en su familia podían poner en peligro la unidad de su imperio. Y lo que probablemente resultara más acuciante: ahora sus seguidores dependían demasiado del flujo constante de nuevos productos. No estaban dispuestos a volver a la vida humilde y sencilla que habían conocido en su infancia. Así pues, para saciar aquel apetito voraz, tenía que emprender nuevas conquistas.

Lanzó la última campaña de su larga vida contra los tangut, el primer enemigo extranjero que había conquistado en 1207, un año después de la creación del Imperio mongol. A pesar de la rendición inicial de este pueblo, Genghis Khan albergaba desde hacía tiempo un sentimiento obsesivo de animadversión hacia su rey por haberse negado a proporcionarle soldados para la invasión de Jorezm. El kan tangut había dicho en tono presuntuoso que si Genghis Khan no era capaz de derrotar a los de Jorezm sin ayuda, no debía

empezar esa guerra. Aunque irritado por aquellas palabras, prefirió concentrarse en la campaña en Asia central, y no hizo nada al respecto; pero una vez concluida la empresa militar, decidió retomar la cuestión que tenía pendiente con el monarca tangut. Cuando empezó a avanzar con su ejército una vez más hacia el sur, seguramente planeaba otra gran campaña militar en la que la guerra contra los tangut iba a ser sólo una primera operación. Es probable que sus intenciones fueran asegurar una base en este reino, para luego seguir su avance hacia el sur y dirigirse al objetivo final, el reino de los Song, una presa que había conseguido escapar del ejército que dejó combatiendo en el norte de China cuando emprendió la invasión de Jorezm.

Durante el invierno de 1226-1227, mientras atravesaba el desierto de Gobi rumbo al reino de los tangut, Genghis Khan detuvo la marcha de sus tropas para iniciar una cacería de caballos salvajes. El corcel gris rojizo que montaba el caudillo mongol se asustó cuando los caballos salvajes se lanzaron contra él y lo tiró al suelo. A pesar de las heridas internas que sufrió, de la fiebre alta y de los consejos de su preocupada esposa, Yesui, se negó a volver a casa y continuó su avance hacia el reino de los tangut. Aunque su salud nunca se recuperaría tras ese accidente, quiso seguir con la campaña militar contra el rey de ese pueblo, cuyo nombre, por extraña coincidencia, era Burján, que significa «dios», como en Burján Jaldún, el monte sagrado. Esta palabra tenía unas connotaciones tan divinas para Genghis Khan que, tras vencer a los tangut, ordenó que se cambiara el nombre del monarca antes de

ejecutarlo.

Seis meses después y apenas unos cuantos días antes de su victoria final sobre los tangut, Genghis falleció. La *Historia secreta* dice claramente que murió a finales del verano y, si bien describe con detalle todos los caballos que montó, enmudece por completo a la hora de hablar de las circunstancias que rodearon la muerte del gran caudillo mongol. Otras fuentes sostienen que cuando murió, Yesui, su esposa tártara, preparó su cuerpo para que fuera enterrado sin ningún tipo de pompa ni boato, con la misma sencillez que había caracterizado su vida⁹⁵. Un grupo de asistentes se encargó de lavar y vestir el cadáver con una túnica blanca lisa, botas de fieltro y un sombrero, y luego lo envolvieron en una manta de fieltro cubierta de sándalo, la costosa madera aromática que repelía los insectos e impregnaba el cuerpo de una agradable fragancia. Ataron el ataúd en el que fueron depositados sus restos mortales con tres bandas doradas.

Al tercer día, una procesión partió rumbo a Mongolia con los despojos del gran kan depositados en un sencillo carro. El séquito fúnebre iba encabezado por su estandarte del espíritu, seguido de una mujer chamán y a continuación un caballo guarnecido con la montura y los estribos vacíos del gran caudillo mongol.

Es difícil imaginar qué imagen creyó Genghis Khan que dejaba para

⁹⁵ Para un análisis más exhaustivo acerca de las prácticas funerarias de los mongoles, véase V. V. Barthold, «The Burial Rites of the Turks and the Mongols», trad. ing. de J. M. Rogers, *Central Asiatic Journal*, 14 (1970), pp. 195-227.

la posteridad. Únicamente podemos encontrar una pista de lo que pensaba de sí mismo en la crónica de Minhaj al-Siraj Yuzayani, que lo califica de maldito y dice que su muerte fue un descenso a los infiernos. Sin embargo, recoge una conversación que un imán afirmaba que había mantenido con el infame conquistador. El religioso servía en la corte del kan y, al menos según su jactanciosa versión, se convirtió en uno de los favoritos del caudillo mongol. Al parecer, un día, en el curso de una charla, Genghis Khan dijo que «de mi paso por el mundo quedará un nombre poderoso»⁹⁶.

Tras titubear un poco, el imán contestó que, como mataba a tanta gente, probablemente no quedaría casi nadie que pudiera recordar su nombre. El kan, molesto por la respuesta, espetó al clérigo: «Acabo de comprobar que no estás en posesión de un conocimiento absoluto, y que [tu] comprensión es simplemente mínima. Hay muchos reyes en el mundo». En referencia a su reputación en un futuro, añadió que había muchos más pueblos en otras partes del mundo, y muchos más soberanos y muchos más reinos. Y luego Genghis Khan exclamó lleno de confianza: «¡Ellos contarán mi historia!».

Podemos vislumbrar una faceta más inusual e informativa acerca del concepto que tenía el emperador mongol de sí mismo y de la imagen que se había creado de su persona al final de su vida, en

⁹⁶ Los comentarios del clérigo proceden de Minhaj al-Siraj Yuzayani, *Tabakat-I-Nasiri: A General History of Muhammadan Dynasties of Asia*, trad. ing. del comandante H. G. Raverty, Asiatic Society of Bengal, Bengala, 1881; reimpr., Nueva Delhi, Oriental Books, 1970, pp. 1041-1042.

una carta que envió a un monje taoísta de China, copiada por alguno de los compañeros del anciano religioso⁹⁷. A diferencia de la *Historia secreta*, que recoge principalmente hazañas y discursos, esta misiva ofrece un análisis que Genghis se hizo de sí mismo. Aunque sólo está disponible en la versión en chino clásico en la que fue redactada por su escriba, casi con absoluta certeza uno de los kitanes que viajaban con la corte mongola, en ella pueden apreciarse con bastante claridad los sentimientos y las percepciones de Temuyín.

Sus palabras manifiestan sencillez y claridad, y están impregnadas de sentido común. Más que a sus propios méritos, atribuye el fracaso de sus enemigos a la falta de destreza: «No me distingo por tener dotes especiales». Dice que el Cielo Azul Eterno había condenado las civilizaciones que lo rodeaban por su «arrogancia y sus lujos extravagantes». A pesar de los grandes tesoros y del poder que ha acumulado, cuenta que sigue llevando una vida sencilla: «Visto las mismas ropas y como los mismos alimentos que los pastores de vacas y los cuidadores de caballos. Hacemos idénticos sacrificios y compartimos las riquezas». Y expone sus principios en dos frases muy simples: «Detesto los lujos» y «Practico la moderación». Dice que se esfuerza por tratar a sus súbditos como a hijos, y trata a los hombres de talento como a hermanos,

⁹⁷ El texto en inglés de la carta de Genghis Khan aparece en E. Bretschneider, *Mediaeval Researches from Eastern Asiatic Sources*, vol. I, Nueva York, Barnes & Noble, 1967, pp. 37-39.

independientemente de sus orígenes. Cuenta que las relaciones que mantiene con sus oficiales son cordiales y basadas en el respeto: «Siempre estamos de acuerdo en nuestros principios y nos mantenemos unidos por un afecto mutuo».

Aunque la misiva fue enviada antes de emprender la conquista del mundo musulmán, y está redactada en chino, resulta evidente que Genghis Khan no se consideraba el heredero de los reinos y las tradiciones culturales de esas dos civilizaciones. Reconocía sólo un imperio anterior al suyo, el de sus antepasados, los hunos, en quienes se inspiró. Es indudable que no deseaba gobernar ni al estilo musulmán ni al chino. Quería encontrar el suyo propio, como correspondía al imperio de un pueblo estepario descendiente de los hijos de Atila.

Afirmaba que sus victorias habían sido posibles gracias exclusivamente a la ayuda del Cielo Azul Eterno, «pero al igual que mi llamada llegó desde lo alto, las obligaciones que caen sobre mis espaldas son también muy pesadas». Sin embargo, no le parece que sus hazañas en tiempos de paz fueran iguales a las realizadas en tiempos de guerra: «Creo que en mi gobierno hay algunas deficiencias». Dice que es tan importante disponer de buenos funcionarios para la administración del estado, como de un buen timón para tripular una nave. Si bien cuenta que ha conseguido encontrar a hombres capacitados para ocupar los cargos más importantes de sus ejércitos, admite que por desgracia no ha sido así en lo referente a la administración del estado.

Y lo más importante, la carta pone de manifiesto un cambio radical

en su pensamiento político. Tras reconocer sus errores, el gran caudillo mongol demuestra en este documento una alta consideración por su persona y por su misión en la tierra. Había empezado su campaña contra los yurchen —su primera gran empresa militar fuera de las estepas— como una serie de incursiones cuyo único objetivo era el saqueo sistemático, pero que al final acabó con el establecimiento de un estado vasallo. Sus palabras revelan un proyecto más sólido y de mayor envergadura que las meras incursiones militares o el simple control de las redes comerciales. Reconoce que emprendió su avance hacia el sur para llevar a cabo una misión que nadie había realizado hasta entonces. Dice que quería iniciar «una gran labor», porque su objetivo era «unir el mundo en un solo imperio»; que había dejado de ser un simple jefe tribal y que ahora pretendía convertirse en el gobernante de todos los pueblos y de todos los países en los que se pone el sol. Tal vez la descripción más apropiada de los últimos minutos de vida de Genghis Khan la encontremos en las sencillas palabras de Edward Gibbon, el historiador británico del siglo XVIII especializado en el Imperio romano y en la historia de los imperios y sus conquistas, que escribió: «Murió en la plenitud de su vida y de su gloria, y con su último aliento exhortó a sus hijos a llevar a cabo la conquista del Imperio chino»⁹⁸. Sin embargo, quedaba mucho

⁹⁸ Edward Gibbon, *Decline and Fall of the Roman Empire*, J. M. Dent, Londres, 1910, vol. 6, p. 280.

camino por recorrer hasta que sus deseos y órdenes pudieran verse cumplidos.

Capítulo 6

El descubrimiento y la conquista de Europa

*Por nuestros pecados, llegaron tribus desconocidas*⁹⁹.

Crónica de Novgorod, 1224

Con el espíritu de ebria generosidad propio de la celebración de su ascensión al trono como gran kan, Ogodei abrió el tesoro de su padre y repartió escandalosamente todas las riquezas acumuladas en él. Regaló perlas, las gemas más admiradas por los mongoles, a manos llenas. Rollos enteros de seda fueron distribuidos entre el pueblo. Caballos y camellos fueron guarnecidos con lujosos arreos, y todos los mongoles tendrían nuevas *deel* de seda bordadas con hilos de oro. Tenían a su disposición un número tal y de tan hermosos colores que los cortesanos podían a diario vestirse todos del mismo tono, mientras que al día siguiente se decretaba usar un color distinto. Pasaron todo el verano de 1229 bebiendo y celebrando banquetes y juegos en Avarga, donde se habían levantado almacenes a modo de tesoros para guardar parte del succulento botín obtenido durante las campañas de Genghis Khan. Los días de seda azul, verde, blanca y amarilla se sucedían unos a otros, mientras que la familia más poderosa del mundo se festejaba

⁹⁹ *The Chronicle of Novgorod: 1016-1471*; trad. ing. de Robert Michel y Novill Forbes, Camden 3rd Series, vol. 25, Londres, Offices of the Society, 1914, p. 64.

a sí misma. Para mojar el acontecimiento, el alcohol corría sin cesar. Hombres y mujeres bebían hasta que no podían más; dormían un rato y en cuanto despertaban se ponían otra vez a beber.

Por entonces la familia adoptó el nombre de Familia Dorada o Linaje Dorado. El oro simbolizaba la realeza para el pueblo de la estepa, pero con la misma facilidad habría podido aludir a las inmensas riquezas que poseían y que no tardaron en consumir. Sin Genghis Khan para poner moderación a las celebraciones, sus herederos gobernaban el imperio ebrios de unas riquezas que no habían ganado personalmente y del alcohol, que se habían acostumbrado a consumir. El bullicio envuelto en los vapores del alcohol que caracterizó la ascensión al trono de Ogodei Khan marcó la pauta y el modelo de su gobierno y, al menos de momento, dominó también el espíritu del imperio. Como escribiría poco después Ata-Malik Yuwaini, Ogodei «tendía en todo momento la alfombra de los festejos y pisaba la senda del exceso, entre constantes degustaciones de vino y en compañía de hermosas mujeres»¹⁰⁰.

A partir de la muerte de Genghis Khan y mientras los mongoles se hallaban distraídos con los festejos por la elección de Ogodei, algunos súbditos recién conquistados se separaron del imperio y dejaron de pagar tributo. Ogodei tuvo que mandar otra vez grandes

¹⁰⁰ Ata-Malik Yuwaini, *Genghis Khan: The History of the World-Conqueror*, trad. ing. de J. A. Boyle, Seattle, University of Washington Press, 1997, p. 202.

ejércitos al norte de China y a Asia central con el fin de reafirmar la dominación mongola. En cuanto se estableció en el trono en 1230, envió una fuerza formada por tres *turnen*, en total casi treinta mil hombres, con el fin de reforzar el poder de los mongoles en Asia central, pero la mayor parte de las riquezas ya habían desaparecido. Envió un ejército de ocupación, del que formaban parte las familias de los combatientes, no un ejército de conquista. No obstante, el volumen del tributo remitido a Mongolia desde los imperios vasallos siguió siendo modesto, comparado con las riquezas obtenidas con el botín original.

Ogodei no acompañó a su ejército; la conquista no estaba entre sus prioridades. Resuelto como estaba a disfrutar de su imperio, decidió que, como todos los grandes soberanos, debía tener una capital permanente, no formada por una simple colección de *ger*, sino por edificios de verdad, con paredes y tejados, ventanas y puertas. Al revés de lo que pensaba su padre, Ogodei estaba convencido de que un reino conquistado a lomos de caballo no podía ser gobernado a lomos de caballo, cuando, a decir verdad, el gobierno a lomos de caballo y los centros móviles de poder habían sido de hecho uno de los factores fundamentales del éxito mongol. En el primero de los múltiples errores cometidos durante su breve reinado, Ogodei abandonó esta política e intentó crear un centro fijo de poder y una administración para su imperio.

Como la antigua tierra natal a orillas de los ríos Onon y Jerlen pertenecía por entonces, según la costumbre mongola, a Tolui, el hijo menor de Genghis, Ogodei decidió levantar su capital en su

propio territorio, un poco más al oeste. Escogió una zona en el centro de las tierras de los mongoles, a orillas del río Orjon, en el territorio que otrora había pertenecido a la tribu keraíta de Ong Khan y que antes todavía había sido capital de los primitivos reinos túrquicos. Escogió el emplazamiento de la ciudad con arreglo a las antiguas pautas nómadas que regían la ubicación de un buen campamento. Se encontraba en una estepa abierta, con buenos vientos para mantener alejados a los mosquitos, con abundancia de agua lo bastante lejos para no ser contaminada por las gentes que vivían en ella, y con montañas en las cercanías a modo de santuario de invierno para los rebaños. En todos estos aspectos el emplazamiento de Karakorum, como sería llamada la ciudad, era perfecto; el único problema era que una ciudad con una población permanente exigía unos requisitos muy distintos de los de un campamento temporal, por bueno que fuera. Se necesitaba un aprovisionamiento constante de víveres a lo largo de todo el año y, al no haber modo de producirlos, la ciudad dependería en todo momento de bienes adquiridos a cientos de kilómetros al sur del Gobi a costa de grandes gastos. Su emplazamiento en una estepa abierta no proporcionaba protección alguna de los durísimos vientos del invierno. A diferencia de los rebaños, que podían retirarse al abrigo de las montañas, la ciudad no podía cambiar de lugar con cada estación. Todos estos problemas se abatirían sobre la capital mongola, y en último término causarían su ruina.

Ogodei probablemente comenzara la construcción de su palacio al estilo típico de los mongoles, es decir disparando una flecha en

plena estepa y a continuación levantando la primera ala del edificio siguiendo la trayectoria del dardo. En consonancia con el sistema mongol de medición del espacio, la extensión del edificio equivalía a la longitud media de un tiro de flecha. Levantó otra ala procediendo de la misma manera, y en el centro colocó un pabellón bastante alto que las unía. Erigió un robusto muro rodeando los palacios y por esas murallas el lugar se llamó Karakorum, que significa «Piedras Negras» o «Muros Negros». Rashid al-Din describía el nuevo palacio de Ogodei diciendo que era «extraordinariamente alto en su estructura y con elevadas columnas, de modo que estuviera en consonancia con la excelsa resolución de semejante rey. Los artesanos terminaron los edificios pintándolos con dibujos e imágenes muy coloristas»¹⁰¹.

Los mongoles siguieron viviendo en sus *ger* alrededor de Karakorum, como habían venido haciéndolo en la estepa. La corte real se trasladaba de un sitio a otro según las estaciones, a menudo a una distancia de varios días o incluso semanas de viaje de la capital. Arquitectos y artesanos chinos diseñaron y construyeron las estructuras de Karakorum, pero el palacio privado que Ogodei levantó para su familia en Kerchagan, a una jornada a caballo de Karakorum, era de estilo musulmán. A diferencia de otras capitales del mundo, que funcionaban a modo de escaparate del poder, la

¹⁰¹ Rashid al-Din, *The Successors of Genghis Khan*, trad. ing. de John Andrew Boyle, Nueva York, Columbia University Press, 1971, pp. 61-62.

grandeza y la majestad de las familias reinantes, Karakorum constituía fundamentalmente un almacén y un taller enorme, ignorado por la mayoría de los mongoles, empezando por el propio Ogodei, durante la mayor parte del año. La utilizaba como campamento base para guardar sus posesiones, y entre éstas habría que incluir a los artesanos que trabajaban para él. La ciudad producía pocas cosas, pero se recogía en ella el tributo de todo el imperio. Una tercera parte de la ciudad estaba reservada para albergar a los funcionarios recién contratados que se necesitaban para administrar unos dominios tan extensos¹⁰². Entre ellos había escribas y traductores de todas las naciones del imperio, encargados de la correspondencia con los diversos países.

La descripción más antigua que conocemos realizada por un visitante de la ciudad es la de Yuwaini, que hablaba de un jardín rodeado de murallas en un terreno con una puerta orientada a cada uno de los puntos cardinales. Dentro del jardín, los artesanos chinos habían construido «un castillo con puertas como las del jardín; y dentro había un salón del trono con tres estrados superpuestos, uno sólo para [Ogodei], otro para sus damas, y un tercero para los coperos y camareros»¹⁰³. Enfrente del palacio, Ogodei había construido una serie de lagos «en los que solían

¹⁰² Para más información sobre el desarrollo de la administración, véase Thomas T. Alisen, «The Rise of the Mongolian Empire and Mongolian Rule in North China», en *The Cambridge History of China*, vol. 6, *Alien Regimes and Border States, 907-1368*, eds. Herbert Franke y Denis Twitchett, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1994, P. 397.

¹⁰³ Yuwaini, *Genghis Khan*, pp. 236-237.

congregarse muchas aves acuáticas». Contemplaba la caza de estos animales y luego se entregaba a los placeres de la bebida. Como correspondería a un hombre tan aficionado al alcohol, el elemento más importante del complejo palacial era una serie de tinajas de oro y plata, tan grandes que, según se decía, el soberano tenía a su disposición camellos y elefantes para que «cuando se celebrara un banquete público, pudieran cargar con los distintos tipos de bebidas».

Además de palacios para él y para otros miembros de la Familia Dorada, Ogodei construyó varios edificios para sus súbditos de religión budista, musulmana, taoísta y cristiana. Entre ellos, parece que los cristianos constituían el grupo predominante en la corte mongola, pues Ogodei, al igual que sus tres hermanos, había tomado esposas cristianas cuando conquistó a los keraítas y a los naimanos, y algunos de sus descendientes eran cristianos, en particular su nieto favorito, Shiremun (versión mongola del nombre bíblico Salomón). La atracción del cristianismo para los mongoles se debía en parte, según parece, al nombre de Jesús, Yesu, que sonaba más o menos como la palabra mongola que significa «nueve», su número sagrado, y como el nombre del padre de Genghis Khan, Yesuguei, fundador de toda la dinastía. A pesar del elevado estatus de que gozaban los cristianos, la pequeña ciudad de Karakorum probablemente fuera por aquel entonces la población más abierta y más tolerante desde el punto de vista religioso del mundo. En ningún otro sitio podían celebrar juntos en paz sus cultos los seguidores de tantas religiones distintas.

Para animar a las caravanas de mercaderes a visitar su nueva capital, Ogodei no dudó en pagar precios altísimos por toda clase de mercancías, independientemente de que las necesitara o no, y de que fueran de mejor o peor calidad. Rashid al-Din escribe que Ogodei «se sentaba a diario, una vez terminada su comida, en una silla colocada fuera de su corte, donde se apilaban todo tipo de mercancías que puedan encontrarse en el mundo. Solía regalar aquellos objetos a mongoles y musulmanes de todas clases, y a menudo sucedía que invitaba a personas de gran tamaño a que se llevaran tantos objetos como quisieran, siempre y cuando pudieran cargar con ellos»¹⁰⁴. Además de traer animales y alimentos de todo tipo, los mercaderes llegaban cargados de tejidos, colmillos de marfil, perlas, halcones de cetrería, vasos de oro, cinturones guarnecidos de piedras preciosas, empuñaduras de látigo hechas de madera de sauce, guepardos, arcos y flechas, vestidos, sombreros y cuernos de animales exóticos. Acudían también artistas para todo tipo de espectáculos, entre ellos actores y músicos procedentes de China, luchadores venidos de Persia, e incluso un bufón originario de Bizancio.

Ogodei Khan pagaba a menudo el doble del precio que le pedían por los productos de importación como muestra de agradecimiento por el esfuerzo que pudiera haber hecho el mercader desplazándose hasta su reino y como incentivo para que otros hicieran lo mismo.

¹⁰⁴ Al-Din, *The Successors of Genghis Khan*, pp. 84-85.

Decretó además que se pagara a los mercaderes el precio que pidieran por sus mercancías, fuera éste el que fuera, más un 10% de bonificación¹⁰⁵. Los mongoles proporcionaban asimismo respaldo financiero a las caravanas que lo necesitaran. En su afán de incrementar el comercio¹⁰⁶, Ogodei introdujo un patrón de pesas y medidas para sustituir los diversos tipos utilizados en los distintos países y ciudades¹⁰⁷. Como el transporte de lingotes de metal y de monedas resultaba tan pesado, los mongoles crearon un sistema de transacciones en papel moneda que hacía el comercio mucho más cómodo y seguro.

Los ejércitos de Ogodei lograron reafirmar la dominación mongola en Asia central y, bajo la eficiente autoridad del anciano general Subodei, se aliaron con la dinastía Song para quedarse con lo que restaba de las riquezas y las tierras de los yurchen. Su padre se había asegurado un suministro permanente de bienes de importación viviendo en el campo de batalla y enviando el botín obtenido a la patria; Ogodei, en cambio, utilizaría cada vez más a menudo el poder de su ejército para hacer las rutas más seguras para los mercaderes, de modo que pudieran acudir a ella llevando más y más productos. Estableció guarniciones permanentes para la

¹⁰⁵ Para más información sobre esta bonificación, véase Larry Moses y Stephen A. Halkovic Jr., *Introduction to Mongolian History and Culture*, Bloomington, Ind., Research Institute for Inner Asian Studies, 1985, p. 71.

¹⁰⁶ Véase Thomas J. Barfield, *The Perilous Frontier: Nomadic Empires and China, 2.21 B. C. To A. D. 1757* Cambridge, Mass., Blackwell, 1992, p. 206.

¹⁰⁷ Véase Henry H. Howorth, *History of the Mongols*, pt. 1, *The Mongols Proper and the Kalmuks*, Londres, Longman, Green, 1876, p. 156.

salvaguardia de los caminos y los mercaderes, y abolió el complejo sistema de impuestos y gabelas locales que dificultaban y encarecían el comercio. Los mongoles plantaron árboles a uno y otro lado de los caminos para proporcionar sombra a los viajeros en verano y señalar la ruta en medio de la nieve durante el invierno. En las zonas en las que no podían crecer árboles, erigieron pilares de piedra para marcar el camino. Yuwaini afirmaba que los caminos mongoles debían asegurar que «doquiera se hiciese ostentación de ganancia y beneficios, ya fuera en el Occidente más remoto o en el Oriente más lejano, hasta allí habían de dirigir sus pasos los mercaderes»¹⁰⁸.

El establecimiento de Ogodei en Karakorum y la construcción de murallas de piedra, tan odiadas por su padre, marcaron un hito decisivo en el abandono de las políticas seguidas por Genghis Khan. Comenzó así un proceso de cooptación que durante las cuatro décadas siguientes transformaría por completo a los mongoles: éstos dejarían de ser una nación de guerreros montados a caballo para convertirse en una corte con todos los arreos propios de la decadencia civilizada, tan opuesta al legado de Genghis.

En 1235 Ogodei había dilapidado ya la mayor parte de las riquezas de su padre. Su ciudad resultaba muy cara, tanto por su construcción como por su funcionamiento, y sus hábitos eran muy costosos. Los tributos seguían llegando desde todos los rincones del

¹⁰⁸ Yuwaini, *Genghis Khan*, p. 77.

imperio, pero no en las proporciones en que lo hicieron en tiempos de su padre. Por mucho que se construyera una capital o se reformara la administración, el Imperio mongol se basaba en último término en las conquistas. El nuevo kan necesitaba desesperadamente una inyección de riquezas para seguir llevando el tenor de vida al que él mismo y los mongoles en general se habían acostumbrado. El pueblo mongol no se dedicaba a la agricultura ni fabricaba productos manufacturados, y era reacio a vender los caballos que criaba en tan abundante cantidad. Si el Imperio mongol quería sobrevivir, Ogodei debía llevar a sus hombres a la guerra contra un nuevo objetivo, un objetivo que todavía no hubiera sido víctima de saqueos. Pero ¿cuál? ¿Y dónde?

Para decidir la meta de las futuras conquistas, Ogodei convocó una *juriltai* en las estepas situadas cerca de su nueva capital, Karakorum. Cada participante apoyaba, al parecer, seguir un procedimiento distinto. Unos querían que el ejército se dirigiera al sur, penetrando en el vasto subcontinente indio cuyo horizonte se había limitado a otear Genghis Khan desde las montañas del norte, pero que había preferido no invadir debido a sus elevadísimas temperaturas. Otros abogaban por adentrarse en Persia y atacar luego las fabulosas ciudades árabes de Bagdad y Damasco, y otros, en fin, eran partidarios de emprender un ataque en toda regla contra los Song, con los que los mongoles habían establecido últimamente una alianza de conveniencia.

Hubo un hombre, sin embargo, que planteó algo distinto. Subodei, que acababa de vencer a los yurchen, había sido el más grande

general del ejército de Genghis Khan, y con su profundo conocimiento de la guerra de asedio y el empleo de las grandes máquinas de ataque había desempeñado un destacado papel en todas las campañas importantes emprendidas por los mongoles. Por entonces tenía sesenta años, probablemente era tuerto y, según algunas noticias, estaba tan gordo que ya ni siquiera podía montar a caballo y debía trasladarse de un sitio a otro en un carro de hierro. A pesar de estas limitaciones físicas, su mente seguía tan aguda y vigorosa como siempre, y estaba ansioso por volver a la guerra. En vez de luchar de nuevo contra los ejércitos musulmanes o chinos sobre los que había obtenido ya tantas victorias, Subodei era partidario de romper con la política de Genghis Khan y lanzar una campaña masiva contra Occidente, contra Europa, civilización hasta entonces desconocida, que había descubierto recientemente de un modo bastante accidental. Insistía en que, al igual que China, la India, o los países musulmanes, Europa guardaba también la promesa de grandes riquezas. Subodei había probado lo que eran los ejércitos europeos y sabía cómo luchaban y con qué facilidad podían ser derrotados.

Para la mayoría de los participantes en la *juriltai* Europa era una gran desconocida. Subodei era el único general vivo que había estado allí y en un principio había entrado en contacto con ella acompañado sólo de una pequeña fuerza. Su descubrimiento de Europa había tenido lugar hacía más de una década, en 1221, cuando Subodei y Yebe habían rodeado el mar Caspio persiguiendo al sultán de Jorezm. Una vez muerto éste, ambos generales pidieron

y obtuvieron permiso para continuar explorando las tierras situadas más al norte. Allí descubrieron el pequeño reino cristiano de Georgia, gobernado por Jorge III el Brillante.

Yebe probó cómo eran sus defensas. Tras siglos de guerras contra los musulmanes que la rodeaban, Georgia se jactaba de poseer un ejército muy eficiente y profesional, y como combatían en su propio territorio, los georgianos respondieron al ataque de los mongoles del mismo modo que se habían enfrentado a los numerosos ejércitos túrquicos y musulmanes que los habían agredido con anterioridad. Los mongoles arremetieron contra los georgianos, hicieron varias cargas, y a continuación volvieron grupas produciendo en sus adversarios la impresión de que emprendían una huida aterrorizada; pero naturalmente no era más que la estrategia de la «pelea de perros», consistente en una falsa retirada. Las tropas georgianas, excesivamente seguras de sí mismas, rompieron filas y se lanzaron en persecución de los mongoles, que apenas eran capaces de mantener la delantera. Los caballos georgianos fueron agotándose gradualmente bajo el peso de sus jinetes y la tensión de la prolongada persecución, y empezaron a flaquear mientras que los más débiles iban quedándose atrás.

Entonces, cuando las tropas georgianas se habían dispersado y comenzaban a dar signos de fatiga, los guerreros en retirada de Yebe los hicieron caer inesperadamente en manos del otro regimiento mongol que permanecía al acecho al mando de Subodei. Mientras que los soldados de éste emprendían la matanza de los georgianos, los hombres de Yebe montaban en nuevas cabalgaduras

y regresaban dispuestos a reanudar el combate. Al cabo de unas horas, los mongoles habían destruido por completo al ejército georgiano y habían acabado con la aristocracia de aquel pequeño pueblo. Subodei convirtió el país en un estado vasallo, el primero de Europa en ser sometido, que se revelaría como uno de los súbditos más fieles e incondicionales de los mongoles durante las generaciones venideras.

Una vez finalizada esta prueba, los generales mongoles descendieron de los montes y se dedicaron a explorar las llanuras de Europa oriental, comprobando cómo era en el campo de batalla el resto de aquellos pueblos desconocidos. Sistemática e insistentemente, los mongoles fueron examinando la zona. Haciendo hincapié, como solían, en las operaciones de reconocimiento y de búsqueda de información, determinaron el número de habitantes que había, el emplazamiento de las ciudades, las divisiones políticas, y las rivalidades que existían entre ellas. Los mongoles descubrieron ciertas tribus túrquicas, llamadas kipchakos, que habitaban en las llanuras situadas entre las riberas septentrionales del mar Negro y del mar Caspio. Los kipchakos se dedicaban al pastoreo y llevaban un estilo de vida que a los mongoles les resultaba familiar. Aprovechando las semejanzas que existían entre unos y otros por el hecho de vivir todos entre paredes de fieltro y de hablar lenguas afines, los mongoles aprendieron muchas cosas de ellos e indujeron a algunos a unírseles en calidad de aliados. El verdadero objeto de interés de Subodei, sin embargo, eran las tierras dedicadas a la agricultura que se encontraban más al norte y

más al oeste. En la zona había numerosas ciudades y aunque todas tenían en común la religión ortodoxa y la lengua rusa, eran gobernadas por príncipes rivales y ambiciosos. Subodei lanzó sus tropas contra ellos deseoso de ver cómo reaccionaban. Llegó a las orillas del Dniéper, al norte del mar Negro, a finales de abril de 1223.

Las ciudades cristianas de la llanura lograron alcanzar contra los invasores paganos un grado de unión suficiente como para mandar al conjunto de sus tropas contra ellos. Reunieron precipitadamente un ejército procedente de todos los pequeños reinos y ciudades-Estado de la zona: Smolensk, Galich, Chernigov, Kiev, Volhynia, Kursk, Suzdal, y algunas tribus kipchakos. Tres cuerpos de ejército —provenientes de Galich, Chernigov y Kiev— llegaron al mando de sendos príncipes, llamados todos Mstislav. El más impresionante de los tres era el príncipe Mstislav Romanovich de Kiev, la mayor y la más rica de las ciudades, que llegó al frente del ejército más numeroso, en el que iban además sus dos yernos. A medida que iban presentándose los ejércitos rusos, los mongoles fueron enviándoles embajadas de diez legados con el fin de negociar su rendición o su alianza. Llenos de altanería, los rusos los ejecutaron a todos, sin darse cuenta del grave quebrantamiento de la etiqueta diplomática mongola que estaban llevando a cabo ni del alto precio que sus príncipes y todos los rusos iban a tener que pagar muy pronto por su crimen.

Los mongoles empezaron los enfrentamientos realizando una pequeña escaramuza, tras la cual dieron inmediatamente la vuelta

hacia el este, de donde habían venido, como si les diera miedo luchar contra un enemigo tan numeroso y potente. Las tropas rusas y algunos de sus aliados kipchakos salieron alegremente tras ellos, pero día tras día los mongoles seguían manteniendo la distancia con sus perseguidores. Mientras que algunos regimientos todavía no llegaban a darles alcance, las unidades más lentas iban quedando rezagadas, y las más rápidas pisaban los talones a los mongoles en fuga. Los rusos temían que se les escapara la presa, privándoles así de conseguir gran cantidad de caballos y los despojos que los mongoles habían obtenido en otras correrías anteriores por Persia, Georgia y Azerbaiyán. En aquella competición por la gloria y el botín, los príncipes rusos empezaron a apremiar a sus soldados con el acicate de alcanzar la gloria de ser los primeros en atacar a los mongoles; pero cometieron un error trascendental, pues no hicieron planes para una posible retirada, un reagrupamiento o un regreso organizado. Tras casi dos semanas de persecución, la vanguardia del ejército ruso alcanzó finalmente a los mongoles junto al río Kalka, que desemboca en el mar de Azov, y allí por fin obligaron a los invasores a entablar combate, en el lugar que Yebe y Subodei habían escogido por ser el más ventajoso para ellos. Sin detenerse para que sus hombres se recuperaran de la larga persecución a marchas forzadas y temerosos de que los mongoles se les escaparan una vez más, los confiados príncipes rusos trazaron las líneas de combate dispuestos a librar batalla.

Las crónicas posteriores varían mucho unas de otras en lo tocante al número de soldados rusos presentes, pero podemos afirmar que

en el bando europeo combatieron entre cuarenta y ochenta mil hombres; los rusos dispusieron en orden de batalla por lo menos al doble de soldados que los mongoles. Sin embargo, los combatientes rusos habían sido reclutados principalmente en los campos de grano y las pequeñas aldeas de las zonas rurales. Se trataba de campesinos que, cuando estaban sanos y alimentados como es debido, eran bastante fuertes y tenían experiencia en la realización de campañas esporádicas, pero no podían ser considerados un ejército profesional, especialmente al final del invierno, cuando estaban malnutridos. La mayoría tenía más experiencia en manejar una guadaña para segar el heno o en hacer restallar el látigo para aguijar a un buey, que en utilizar las armas de la guerra. No obstante, convencidos de obtener una victoria fácil por sus oficiales de la nobleza, los campesinos se alinearon debidamente en orden de batalla detrás de sus escudos. Cada individuo llevaba las armas que había podido conseguir o los aperos de labranza que había adaptado para utilizarlos de ese modo, una espada improvisada, una lanza, una maza o una clava. En las proximidades había un pequeño número de arqueros mejor entrenados, mientras que en la retaguardia, detrás de la infantería, los oficiales de la aristocracia contemplaban el panorama montados orgullosamente en sus corceles.

Los soldados rusos se prepararon para resistir el embate, plantándose firmemente hombro con hombro, sin saber qué clase de ataque iba a producirse, pero decididos a no romper filas. La acometida, sin embargo, parecía que no llegaba nunca. En vez de

atacar, los mongoles se pusieron de pronto a cantar y a tocar los tambores, y entonces, de manera igualmente repentina, la hueste mongola cayó en un silencio absoluto, casi espectral. Como era un día claro de primavera, sin apenas bruma, los mongoles habían decidido lanzar un ataque silencioso, que pudieran controlar y coordinar haciendo ondear las banderas, señal ante la cual los arqueros a caballo cargarían silenciosamente contra las líneas de la infantería rusa. El ruido de los cascos de las cabalgaduras al golpear sobre el suelo retumbaba hasta el último rincón de las escuadras y repercutía en las piernas de los soldados inquietos que aguardaban el choque de las armas. Pero ese choque no llegó a producirse. Los jinetes mongoles se detuvieron justo antes de llegar al alcance de las armas de los eslavos y, desde allí, dispararon sus flechas contra la falange rusa. De repente, los soldados rusos vieron atónitos cómo sus compañeros iban cayendo a su alrededor en un charco de sangre, pero no podían contraatacar porque el enemigo no estaba a su alcance. No tenían a nadie contra quien luchar a espada. Ni a quien arrojar una lanza o a quien ahuyentar blandiendo la clava. Todo lo que veían ante sí era una barrera de flechas, y los mongoles habían fabricado intencionadamente sus dardos de tal modo que no encajaran en los arcos del enemigo. Irritados y frustrados, lo único que podían hacer los rusos era romper las flechas caídas para que los mongoles no pudieran recogerlas y utilizarlas de nuevo.

Con la infantería totalmente desbaratada, los arqueros rusos apuntaron sus flechas y empezaron a responder al ataque de sus

adversarios, pero el alcance de los disparos de los arcos europeos era mucho menor, por lo que pocos proyectiles llegaban a dar en el blanco. Con aire burlón, los mongoles recogían las flechas de los rusos y, en vez de romperlas, las disparaban de nuevo contra sus dueños, pues las muescas de los dardos encajaban perfectamente en la cuerda de los arcos asiáticos. Las tropas rusas quedaron estupefactas y no tardaron en retroceder, presas del pánico. Los mongoles las persiguieron, capturando uno a uno a los combatientes como si se tratara de una manada de gacelas en fuga o de ciervos aterrorizados. Los soldados rusos que se retiraban desordenadamente chocaron con las columnas de sus compatriotas que aún no habían entrado en combate, cayendo así unos encima de otros, obstruyendo el camino y haciendo que el caos y la matanza fueran aún mayores.

Los príncipes rusos iban montados en sus enormes caballos de guerra, armados con sus brillantes jabalinas, sus espadas resplandecientes, sus banderas y pendones de mil colores, y sus jactanciosos escudos de armas. Los caballos de guerra europeos habían sido criados para hacer impresionantes demostraciones de fuerza —para cargar con el peso de la armadura de sus nobles jinetes en una plaza de armas—, pero no para hacer gala de rapidez o agilidad en el campo de batalla. Protegidos por sus pesadas armaduras de metal, en el campo de batalla los nobles rusos habrían tenido normalmente poco que temer de otros aristócratas europeos montados en caballos de parada similares a los suyos, pero con la infantería deshecha a su alrededor, también ellos se

vieron obligados a emprender la huida. Por hermosos que fueran, sin embargo, sus corceles no eran capaces de cargar demasiado tiempo con sus pesados jinetes. Los mongoles dieron alcance a los guerreros cubiertos de armaduras de acero, y uno a uno fueron matando a todos los príncipes de las ciudades-Estado de Rusia. Continuaron persiguiendo y matando a los eslavos hasta llegar al mar Negro, donde había dado comienzo la campaña. Según dice el artículo de la Crónica de Novgorod correspondiente al año 1224, del gran ejército enviado a combatir contra los mongoles sólo «regresó a su hogar una décima parte» de los hombres¹⁰⁹. Por primera vez desde el ataque de los hunos contra Europa casi mil años antes, una fuerza asiática había invadido Europa y había aniquilado a un gran ejército prácticamente por completo.

Al final de la campaña, Subodei y Yebe condujeron a sus soldados hasta Crimea, a orillas del mar Negro, para que pasaran allí una primavera tranquila. Celebraron su victoria con una gran fiesta marcada por el consumo de alcohol que duró varios días. Los invitados de honor fueron el príncipe derrotado Mstislav y sus dos yernos, pero el trato que se les dispensó vino a demostrar cuánto habían cambiado los mongoles desde los tiempos de Genghis Khan. Envolvieron a los tres próceres en alfombras de fieltro, como correspondía a unos aristócratas de tan alta alcurnia, y los metieron

¹⁰⁹ *The Chronicle of Novgorod: 1016-1471*; trad. ing. de Robert Michel y Novill Forbes, Camden 3rd Series, vol. 25, Londres, Offices of the Society, 1914, p. 66.

bajo las tablas del suelo de la *ger*, aplastándolos así lentamente, pero sin derramar su sangre, mientras los mongoles bebían y cantaban toda la noche sobre la tarima que los cubría. Para los mongoles era muy importante que los rusos supieran la dura condena que les aguardaba por matar a sus embajadores, y a sus líderes les interesaba asimismo reafirmar ante sus hombres hasta dónde estaban dispuestos a llegar para vengar la muerte injusta de un compatriota.

Aunque los cronistas de Armenia, Georgia y las ciudades comerciales de la antigua Rusia registraron qué aspecto físico tenían los mongoles, desconocían por completo quiénes eran aquellas gentes y adonde se dirigían cuando se marcharon. Interpretaron su derrota a manos de aquellos extranjeros como un castigo de Dios. Como los mongoles no se quedaron ni ocuparon las tierras, sino que continuaron la marcha y regresaron a Mongolia, los europeos no tardaron en olvidar la derrota que les habían infligido y volvieron de nuevo a sus viejas reyertas. Según la interpretación cristiana, los mongoles habían venido a cumplir el deseo de Dios de castigar al pueblo, de modo que, una vez realizado su cometido, el Altísimo los había devuelto a sus tierras. Como dice la Crónica de Novgorod, «los tártaros dieron media vuelta cuando llegaron al río Dniéper, y no sabemos ni de dónde vinieron ni dónde volvieron a meterse; Dios sabe de dónde los sacó para enviarlos contra nosotros por nuestros pecados».

Doce años después de la primera victoria de Subodei sobre los rusos, los asistentes a la *juriltai* de Ogodei repasaron la información

existente acerca de la anterior victoria mongola. El interés primordial de Ogodei era la riqueza obtenida en la campaña europea, no la táctica de combate. A pesar del rotundo triunfo obtenido en el campo de batalla, la expedición había producido poco botín, comparada con las campañas contra China o contra los musulmanes. Como las tropas de Subodei no habían tenido tiempo o no habían sido lo bastante numerosas para organizar un ataque contra las ciudades amuralladas, habían vuelto trayendo pocos trofeos que mostrar, pero la exploración llevada a cabo revelaba que había muchas ciudades. Y lo que es más importante, durante la tregua que se dieron para cebar a sus caballos en Crimea, los mongoles descubrieron centros comerciales habitados por mercaderes de Génova, algunos de los cuales habían asaltado.

Parece que a Ogodei no le gustaba Subodei, o que acaso desconfiaba de él, y aparentemente esos sentimientos eran mutuos. La postura de Subodei fue firmemente respaldada por la familia de Yochi, que habitaba en el extremo occidental de la estepa y había heredado las tierras conquistadas por Subodei a orillas del Volga. A su muerte, Yochi había sido sucedido como kan de su estirpe por su hijo Batu. Al ser el segundo nieto en edad de Genghis Khan y uno de los más capacitados, Batu Khan se encontraba en la posición ideal para ser elegido gran kan cuando muriera Ogodei, y una campaña contra Europa habría supuesto un grandísimo incremento de su riqueza y su prestigio, y en último término una gran ventaja para su candidatura.

Más o menos por los mismos motivos que Batu deseaba llevar a

cabo la campaña, Ogodei Khan se oponía a ella. Personalmente era más partidario de marchar contra los Song. Dada su posición en el centro del Imperio mongol, lo separaban de Europa las tierras de las familias de dos de sus hermanos, mientras que entre él y la dinastía Song se interponía tan sólo el territorio de su hermano menor, Tolui. Convenientemente para Ogodei, apenas tres años antes —en otoño, cuando la leche de yegua fermentada era más abundante— Tolui, con sólo cuarenta años, había salido una mañana borracho de su tienda dando trompicones después de una francachela, había sufrido una caída y había muerto. Ogodei se dispuso inmediatamente a apropiarse de las tierras de su hermano, que incluían el territorio ancestral de la familia y el Burján Jaldún, arreglando la boda de su hijo Guyuk y la viuda de Tolui, Sorjojtani, de estirpe keraíta, que era sobrina del difunto Ong Khan. La mujer, sin embargo, se negó, alegando que sus cuatro hijos necesitaban todas sus atenciones. Esta decisión se revelaría una de las más importantes de la historia del imperio, pero de momento, sus hijos, todavía no probados en el arte de la guerra, carecían de poder para rivalizar con su tío, el gran kan.

Avanzando hacia el sur, hacia China, Ogodei habría incrementado su presencia en las posesiones de Sorjojtani y en sus inmediaciones, y habría usado la invasión como pretexto para asumir el mando de los guerreros que habían sido puestos al cargo de su difunto hermano. De ese modo, una campaña contra los Song le habría reportado un doble beneficio: habría aumentado las riquezas provenientes de China y al mismo tiempo le habría

brindado la oportunidad de anexionarse las tierras y los ejércitos de su difunto hermano arrebatándoselos a la viuda de éste.

Con la familia dividida entre los que deseaban invadir Europa y los partidarios de lanzar un ataque contra la dinastía Song, acabó por tomarse una curiosa decisión hasta entonces desconocida: el ejército mongol se pondría en marcha en todas direcciones, se dividiría y atacaría China y Europa al mismo tiempo. Las tropas mongolas participarían en unas campañas que se extenderían a lo largo de más de ocho mil kilómetros y de más de cien grados de latitud, una hazaña que no llegaría a realizar ningún otro ejército hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando Estados Unidos y los Aliados emprendieron sus campañas simultáneamente en Europa y Asia. Ogodei Khan envió tres ejércitos —en su mayoría a las órdenes de sus hijos favoritos— para que atacaran a los Song desde varios frentes. La campaña europea quedó al mando de Batu Khan, que contaría con el asesoramiento de Subodei; pero en una jugada cuya finalidad probablemente fuera minimizar el poder de Batu, diversos nietos pertenecientes a las cuatro ramas de la familia serían puestos al mando de diferentes secciones de la empresa. Por parte de Ogodei fue Guyuk, el hijo por el que menos predilección sentía y el que más quebraderos de cabeza le causaba.

Por muy osada que fuera la decisión, probablemente fuese también la peor de la historia del Imperio mongol. A pesar de los numerosos éxitos obtenidos en la campaña contra China, al final los mongoles no lograron conquistar su principal territorio, y en el intento Ogodei perdió además a su hijo favorito. Es posible que el fracaso de la

campaña se debiera a la división de los objetivos y a que no contó con el asesoramiento de Subodei. Gracias a que la invasión se produjo sólo con la mitad de los contingentes necesarios, el imperio Song logró sobrevivir otras cuatro décadas, antes de capitular definitivamente ante los mongoles. En cambio, la campaña europea, pese a los incesantes altercados entre los distintos príncipes de la familia, acabó en un tremendo éxito militar, pero una vez más produjo muy pocos beneficios, comparados con las riquezas obtenidas en las ciudades conquistadas anteriormente por Genghis Khan.

Para los preparativos de la campaña europea se necesitaron dos años. Se enviaron mensajeros en todas las direcciones para que comunicaran la decisión tomada y asignaran a cada uno la tarea que le correspondía. El sistema de postas creado por Genghis Khan fue remozado y ampliado por decisión de la *juriltai* de 1235; en vista de la guerra que estaba a punto de emprenderse en un frente tan vasto, resultaba más importante que nunca contar con una red de comunicaciones rápida y fiable. Antes de que se produjera la invasión propiamente dicha, los mongoles enviaron pequeños escuadrones de reconocimiento para comprobar las defensas del enemigo y localizar las tierras de pasto adecuadas y los manantiales de agua necesarios para el mantenimiento de sus animales. Localizaron valles y llanuras capaces de alimentar a sus ovejas y sus cabras, y también a las manadas de reses y caballos. Allí donde les pareció que las tierras de pastos no eran apropiadas, los mongoles decidieron convertir los campos de labranza en tierras de

pastos, y para ello enviaron pequeños destacamentos de soldados con el cometido de incendiar las aldeas y las colonias agrícolas que habrían de encontrar a su paso en el futuro. Al no haber labradores que araran y cultivaran las tierras, éstas volverían a convertirse en pastos antes de que llegara el grueso del ejército mongol.

Los cinco años de campaña europea marcaron el punto culminante del poderío militar mongol, y en el campo de batalla casi todo salió según los planes previstos. Este ejército estaba compuesto por unos cincuenta mil mongoles y otros cien mil aliados. Subodei encarnaba el conocimiento acumulado del viejo cazador y guerrero de la estepa que había seguido de cerca a Genghis Khan y sabía cómo pensaba y cómo combatía su señor. Además, Mongke y Batu, los dos nietos más inteligentes y más capaces del gran Genghis, contribuyeron a que la campaña fuera un éxito. Al comienzo de ésta, el ejército mongol ya había absorbido lo mejor de la tecnología y los conocimientos militares de chinos y musulmanes, lo que lo convertía en una fuerza de combate verdaderamente increíble, probablemente superior al ejército del que dispusiera el propio Temuyín Khan.

Como primer objetivo, Subodei emprendió la conquista de la región del Volga, ocupada por los búlgaros. En 1236, año del Mono, el grueso del ejército se puso en marcha. Avanzaba con un destacamento de casi doscientos exploradores por delante y otros doscientos guerreros en la retaguardia. Una vez alcanzado el Volga, dio comienzo la invasión propiamente dicha. En aquel momento, los mongoles pusieron en práctica una estrategia insólita, aunque para

ellos perfectamente segura y comprobada, consistente en dividir el ejército y atacar al menos por dos frentes al mismo tiempo. De ese modo, el enemigo no podía determinar qué ciudad o qué príncipe iba a ser el objetivo principal. Si un príncipe abandonaba su ciudad con sus tropas para ayudar a otro, el segundo ejército mongol atacaba la zona desguarnecida. Ante aquella incertidumbre y en vista del peligro que corría su propio territorio, todos los príncipes se quedaban con sus tropas en sus respectivas ciudades a fin de proteger sus tierras y ninguno salía en ayuda de los demás.

Subodei condujo a sus tropas remontando el Volga hacia el territorio del que eran originarios los búlgaros, mientras que Mongke, el hijo mayor del difunto Tolui, marchaba al frente de otro cuerpo de ejército hacia el sur, hacia el territorio de los turcos kipchakos, de donde algunos salieron huyendo, pero otros no tuvieron reparos en unirse a los mongoles para atacar las ciudades rusas. Tras la rápida derrota de los búlgaros del Volga, los mongoles utilizaron el territorio de éstos como campamento base y como reserva para millones de animales que pastaban en las estepas a lo largo de cientos de kilómetros hacia el este. Algunas tribus nómadas que ya habitaban en las llanuras del este de Europa se unieron a los mongoles, mientras que otras huyeron de ellos y los precedieron propagando el temor y el pánico ante su llegada.

Desde el valle del Volga, emprendieron una campaña de tres años de duración a través de lo que más tarde sería Rusia y Ucrania. En sus exploraciones, encontraron a su paso ciudades-Estado y principados que seguían tan divididos y enfrentados unos a otros

como lo habían estado cuando se produjera la primera invasión mongola casi veinte años antes. Los mongoles seguían el mismo protocolo en todas las ocasiones. Iniciaban la campaña en cada territorio enviando embajadores para solicitar la rendición de la capital e invitar a sus habitantes a unirse a la familia mongola y a convertirse en vasallos del gran kan. Si aceptaban, el legado ofrecía protección a los nuevos vasallos frente a sus enemigos y les permitía conservar a su familia reinante y su religión. A cambio de esa protección, la población tenía que comprometerse a pagar como tributo a los mongoles el 10% de todas sus riquezas y posesiones. Pocas ciudades aceptaron el ofrecimiento.

Los mongoles hicieron de la ciudad de Riazán uno de sus principales objetivos. Hablando de 1238, la Crónica de Novgorod decía que «los tártaros llegaron en incontable número, como plaga de langosta». En primer lugar, se dividieron en pequeñas unidades de guerreros para explorar las zonas rurales. Cada guerrero capturaba un número fijado de antemano de civiles para que realizaran las tareas que se les asignaran, como por ejemplo cavar zanjas para las obras de fortificación, cortar árboles, y acarrear víveres. A continuación incendiaban las aldeas y perseguían a los campesinos que quedaban vivos y buscaban seguridad tras las murallas de madera de sus ciudades. Cuando el ejército mongol llegaba finalmente a la ciudad, para consternación y horror de la población refugiada en su interior, se presentaba una embajadora que exponía sus condiciones y exigía la rendición. Temerosos de que fuera una bruja, las autoridades de la ciudad se negaban a dejarla

entrar y a entablar negociaciones, y los mongoles se disponían para el ataque.

Todo lo relacionado con los invasores mongoles debió de parecerles horroroso a los rusos. «Tienen pechos duros y robustos —decía un observador—, rostros enjutos y pálidos, hombros altos y rígidos, y narices cortas y deformes; el mentón lo tienen apuntado y prominente, la mandíbula inferior caída y profunda, los dientes largos y escasos, las cejas les van desde el cabello hasta la nariz; tienen los ojos negros e inquietos, el semblante alargado y ceñudo, sus brazos son huesudos y nerviosos, y las piernas gruesas, pero cortas de rodilla para abajo»¹¹⁰. Cuando atacaban, los guerreros mongoles llevaban una armadura ligera de cuero, gruesa por delante y delgada por la espalda, de modo que «no tuvieran la tentación de salir huyendo». En la batalla «usan dardos, clavos, hachas y espadas [...] combaten con valentía y determinación inflexible, aunque su principal prerrogativa es el empleo del arco». Cuando eran capturados, «nunca piden clemencia, y ellos desde luego nunca perdonan al vencido». «Su intención y su firme propósito es reducir al mundo entero a su autoridad».

En vez de atacar las murallas de Riazán, los mongoles utilizaron al enorme número de trabajadores forzosos que poseían en un proyecto que causó todavía más confusión y terror a los habitantes

¹¹⁰ Las citas incluidas en este párrafo corresponden a Mateo Paris. *Matthew Paris's English History from the Year 1235 to 1273*, trad. ing. de J. A. Giles, 1852, Henry G. Bohn, Londres; reimpresión: AMS Press, Nueva York, 1968, vol. I, p. 469.

de la ciudad. Los trabajadores talaron árboles, los arrastraron hasta las líneas mongolas que sitiaban Riazán e inmediatamente se pusieron a levantar una muralla con la que rodearon por completo la ciudad ya amurallada. La muralla mongola formaba una poderosa empalizada que circundaba por completo la ciudad, cerraba sus puertas e impedía a sus defensores enviar tropas a atacar al enemigo o a destruir su maquinaria de asedio. El muro era una variedad en madera coreado tradicional, el *nergue*, utilizado para encerrar a los animales en una cacería. El muro mongol cortaba la ruta de aprovisionamiento impidiendo el acceso a la ciudad y el suministro de alimentos o pertrechos. Probablemente el efecto más aterrador desde el punto de vista psicológico del muro fuera que encerraba a la gente dentro de su ciudad excluyendo toda esperanza de escapatoria. Detrás de su muro, los mongoles continuaban fuera del alcance de los arcos disparados desde las murallas de la ciudad, y podían seguir montando sus máquinas de asedio y demás equipamiento sin que nadie los viera.

Desde la seguridad de las pasarelas dispuestas tras la empalizada que acababan de levantar, los guerreros mongoles podían observar desde lo alto la ciudad de Riazán exactamente igual que generaciones y generaciones de cazadores mongoles habían observado a sus presas amontonadas unas junto a otras desde la seguridad de sus cuerdas atadas a los árboles de las que colgaban alfombras de fieltro. Aunque acostumbrados ya a enfrentarse a atacantes que usaban catapultas y arietes, los habitantes de Riazán no conocían todavía la novedad de los bombardeos que los mongoles

habían desarrollado hasta convertirlos en una nueva modalidad de guerra. Sus catapultas descargaban una lluvia de piedras, troncos de madera, pucheros ardientes llenos de nafta, pólvora, y otras sustancias desconocidas. Los mongoles utilizaban estos objetos a modo de bombas incendiarias para propagar el fuego, pero también como bombas de humo y para provocar un olor nauseabundo, que en aquellos tiempos se creía en Europa que era obra de magia y fuente de enfermedades. Además de escupir llamas, las lanzas de fuego podían disparar también un pequeño cohete incendiario o granadas explosivas por encima de las murallas enemigas. Aquellos misteriosos artefactos provocaban un terror tal que, según informarían luego las víctimas, los mongoles se desplazaban no sólo a lomos de caballos, sino también con dragones entrenados para el ataque.

En el bombardeo de la ciudad, el fuego, el humo y la confusión provocada por aquellas sustancias desconocidas lanzadas por un invasor invisible suscitaron en la población una desmoralización tan grande como la destrucción que causaban en sus defensas. Tras cinco días de bombardeos aterradores y enormemente destructivos, los mongoles salieron finalmente de detrás de su muro y atacaron las maltrechas murallas de la ciudad con escalas y arietes. Aquel mismo día tomaron la ciudad. Los civiles buscaron refugio en la iglesia, donde muchos murieron en el incendio provocado por el ataque mongol. Los vencedores acorralaron a los aristócratas que gobernaban la ciudad y los ejecutaron a todos. Como contaba un cronista ruso de la época hablando de la carnicería perpetrada, tras

el paso del ejército mongol «no quedó ni un solo ojo abierto para llorar a los muertos»¹¹¹. Los mongoles escogieron a los trabajadores que les convenía dejar vivos para utilizarlos como mano de obra y obligaron a grandes cantidades de individuos a buscar asilo en las ciudades vecinas. Los fugitivos no sólo daban espantosos detalles del ataque que causaban el terror de los habitantes de las ciudades de acogida; al incrementar el número de sus pobladores, suponían además un ulterior agobio para éstas, antes incluso de que se presentaran los mongoles para atacarlas.

Mientras los nuevos prisioneros desmantelaban la empalizada y empezaban a transportar los troncos a la siguiente ciudad cuyo ataque estaba previsto, un grupo de censadores mongoles seguía al ejército para efectuar el recuento del número de personas, animales y productos capturados. Dividían las riquezas y los cautivos en lotes según las leyes del reparto y los distribuían entre todos, desde los huérfanos y las viudas hasta la Familia Dorada. Luego utilizaban a millares de prisioneros para transportar el botín a Karakorum.

Los fugitivos propagaron información acerca de los mongoles por toda Europa, como podemos comprobar por la crónica escrita por Mateo París, monje de la abadía benedictina de St. Albans en Hertfordshire, Inglaterra. En 1240 el cronista recogía la alusión a los mongoles más antigua que se conoce en la Europa occidental,

¹¹¹ J. J. Saunders, *The History of the Mongol Conquests*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2001, p. 82.

llamándolos «una inmensa horda de la odiosa raza de Satán»¹¹², y calificándolos de «demonios liberados del Tártaro». Decía erróneamente que «se llaman tártaros por un río llamado Tártaro que corre por sus montañas». El *Tártaro* era el nombre griego del infierno, la caverna más profunda situada por debajo del Hades, a la que habían sido condenados los Titanes tras provocar una guerra entre los dioses.

Mateo París escribía que los mongoles «asolaron los países de Oriente con lamentable destrucción, propagando el fuego y las matanzas allá donde fueron». Describía a continuación con todo lujo de detalles el horror de aquellos invasores que «arrasaban ciudades, incendiaban bosques, arruinaban castillos, arrancaban las vides, destruían los huertos, y mataban a los habitantes de las ciudades y los campos; si por azar perdonaban la vida a los que suplicaban clemencia, los obligaban, como a esclavos de ínfima condición, a combatir delante de ellos contra sus parientes. Y si sólo fingían que luchaban, o avisaban tal vez a sus paisanos para que huyeran, los tártaros que iban tras ellos los mataban; pero si luchaban con valentía y llevaban a cabo alguna conquista, no hallaban agradecimiento alguno en forma de recompensa, y de ese modo aquellos salvajes maltrataban a sus cautivos como si fueran bestias de carga».

La diatriba del monje contra los invasores mongoles va subiendo de

¹¹² Mateo París, *Matthew Paris's English History*, vol. I, p. 314.

tono y pasa de la alarma delirante al odio histérico: «Esos individuos son inhumanos y de la misma naturaleza que las bestias, y más valdría llamarlos monstruos que hombres, sedientos de sangre que no dudan en beber, capaces de desgarrar y devorar lo mismo carne de perro que de seres humanos». Entre todo ese resentimiento y desprecio, el autor deja caer alguna información importante y precisa: «Se visten con pieles de toro, y van armados con lanzas de hierro; son de corta estatura y chaparros, de cuerpo recio y dotados de gran fuerza; invencibles en el combate, infatigables en el trabajo; no llevan armadura en la parte posterior del cuerpo, pero van protegidos por delante; beben la sangre de sus ovejas y sus cabras, y la consideran una exquisitez; tienen caballos grandes y fuertes, que se alimentan de hojas e incluso de árboles, y en los que, debido a la cortedad de sus piernas, montan dando tres brincos en vez de valerse del estribo». Otros fragmentos de su relato contienen un fondo de verdad mezclado con ciertos errores: «No tienen leyes humanas, desconocen la piedad, y son más crueles que los leones y los osos; tienen barcas hechas de piel de buey, que comparten unos diez o doce hombres; son hábiles en la navegación y en la natación, por lo que cruzan los ríos más anchurosos y rápidos sin demora ni dificultad; y cuando no tienen sangre, beben ávidamente agua turbia o incluso fangosa».

En 1240, al mismo tiempo que Mateo Paris hacía estas observaciones, los mongoles habían completado la conquista de casi todas las ciudades de Rusia y se disponían a tomar el centro político y religioso más grande y más importante del mundo eslavo, Kiev.

Aprovechando los primeros hielos para cruzar los ríos en noviembre de 1240, año de la Rata, los embajadores mongoles llegaron a las puertas de la ciudad. Como habría cabido esperar, las autoridades eslavas los asesinaron y clavaron orgullosamente sus cuerpos en las puertas.

A las órdenes de Mongke, el ejército mongol se congregó en los alrededores de Kiev a comienzos del invierno, en lo que los clérigos rusos recordarían como la «nube de los tártaros»¹¹³. Se dice que el ruido que hacían los mongoles era tan grande que los habitantes de la ciudad no podían oírse unos a otros cuando hablaban. Mientras los soldados se esforzaban en defender las murallas, la población civil buscó refugio en la grandiosa iglesia de la Virgen. Cuando no cupo nadie más, se cerraron las puertas de la basílica. En su afán por hallar refugio en las cercanías del altar de la Virgen, muchos otros individuos aterrorizados treparon por las paredes de la iglesia buscando protección en el tejado. Fueron tantas las personas que se acumularon en él que el edificio entero se vino abajo, incapaz de aguantar el peso, aplastando a la multitud que se hallaba en el interior.

Cuando las tropas mongolas tomaron la ciudad el 6 de diciembre de 1240, la saquearon y la arrasaron. El comandante en jefe de Kiev, Dmitri, había combatido con tanto coraje, incluso tras ser abandonado por muchos aristócratas de la ciudad, que Batu, como

¹¹³ Saunders, *History of the Mongol Conquests*, p. 83.

muestra de aprecio de su talento militar y su tenacidad, le perdonó la vida y lo dejó libre. La fase rusa de la invasión mongola se acercaba a una feliz conclusión. Al cabo de poco más de un año, a comienzos de 1242, la Crónica de Novgorod empezaría a llamar al nuevo soberano no sólo Batu, el kan de los mongoles, sino también el zar Batu, título que literalmente significaba «césar» Batu, lo que comportaba el establecimiento de un nuevo gobierno unificado por encima de las numerosas familias principescas rusas en constante pugna unas con otras. Como diría el príncipe Miguel al ser presentado a Batu Khan, «ante ti, zar, me inclino, pues Dios te ha concedido la soberanía de este mundo»¹¹⁴.

Con la caída de Kiev, la conquista del este de Europa por los mongoles llegó a su fin. Se produjo el desalojo de más refugiados, que se vieron obligados a huir hacia Occidente y que empezaron a aterrorizar a la Europa central con sus relatos acerca de los mongoles antes de que éstos hicieran realmente su aparición en la zona. Los refugiados apenas tuvieron tiempo de abandonar el país cuando Subodei empezó a enviar nuevos destacamentos de exploradores en febrero de 1241, mientras los ríos estaban todavía helados y los jinetes podían llegar con más facilidad y rapidez a las llanuras de Hungría. En los campos de batalla de Europa se libraría el combate por el futuro control del Imperio mongol y del mundo, no en las batallas propiamente dichas, que a los mongoles les

¹¹⁴ *The Chronicle of Novgorod*, pp. 87-90.

resultaría relativamente fácil vencer, sino en las escaramuzas políticas entre bastidores que se produjeron entre los nietos de Genghis Khan. La elección de Ogodei como gran kan no había supuesto una solución al problema de la sucesión; simplemente lo había retrasado una generación, y esa generación estaba ahora al mando de los ejércitos mongoles repartidos por toda Europa y empezaba ya a rivalizar por la supremacía.

Subodei iba acompañado por un representante de la familia de cada uno de los cuatro vástagos de Genghis Khan. Tras la muerte del hijo favorito de Ogodei, uno de esos jóvenes habría de convertirse en el siguiente gran kan, pero ¿cuál? Según la ley mongola, el personaje en cuestión debía ser elegido en una *juriltai*, y la campaña de Europa se convertiría para todos ellos en terreno de pruebas y en campaña electoral a un tiempo. Los nietos maniobraban por alcanzar la supremacía y la precedencia en la nueva jerarquía que estaba formándose, y este proceso comportaba en parte la obtención de crédito a través de las victorias militares conseguidas. Como sucedía con tantos otros procesos políticos mongoles, el punto culminante se manifestaría en la disputa por determinar quién daba el primer paso. En un banquete de celebración de una victoria, Batu se levantó e hizo el primer brindis. Al ser el primero en beber, ponía de manifiesto su posición como nieto mayor y de más rango, lo que equivalía a proclamar públicamente que esperaba ser el próximo gran kan. Guyuk se opuso vehementemente, afirmando que debía

ser servido antes que Batu porque su padre era el actual gran kan. Otro nieto, llamado Buri, que era «impetuoso y valiente»¹¹⁵, pero que «pronunciaba duras palabras cuando bebía», volvió a plantear la cuestión más vieja y a la vez más dolorosa de la familia, cuando, lleno de cólera, dijo que Batu no pertenecía realmente a ella, pues su padre era un bastardo engendrado por un merkita.

Según cierto informe que luego se hizo llegar a Ogodei, los tres príncipes perdieron mucho tiempo dando voces y gritándose unos a otros. «No eres más que una vieja con barba», gritó Buri a Batu. «Batu no es más que una vieja con carcaj», insistió Guyuk. Ofendidos por el trato que les dispensaba el resto de la familia, Guyuk y Buri abandonaron airadamente la sala del banquete, montaron en sus cabalgaduras, y salieron al galope lanzando juramentos y maldiciones. Cuando Ogodei Khan tuvo noticia del incidente, se quedó lívido. Convocó de inmediato a la corte a los jóvenes. Al principio se negó a verlos y amenazó con ejecutar a su hijo Guyuk. «¡Ojalá se pudra como un huevo!», dijo a propósito de su maleducado vástago.

Cuando se calmó y admitió finalmente a Guyuk en su *ger*, lo reprendió duramente por desencadenar una lucha en el seno de la familia y por tratar de manera indebida a sus soldados. «Rompiste el espíritu de todos los hombres de tu ejército»¹¹⁶, exclamó en tono

¹¹⁵ Al-Din, *The Successors of Genghis Khan*, p. 138.

¹¹⁶ *La historia secreta*, #277.

acusador. Planteando agudamente la cuestión de cuál era la forma adecuada de tratar a las tropas de uno, Ogodei Khan preguntó a su hijo: «¿Crees que los rusos se rindieron por lo mezquino que eres con tus hombres? ¿Crees que se rindieron porque te temían?», añadió con sorna. «Porque capturaste a uno o dos guerreros crees que has ganado la guerra. ¡Pero si no has capturado ni un simple cabrito!».

Ogodei continuó su filípica contra su hijo: «Era la primera vez que salías de la *ger* y por eso quieres jactarte de tu virilidad. Actúas como si hubieras realizado una gran hazaña. Gritas y das voces a la gente como si fueran animales». Por fin se calmó con las palabras tranquilizadoras que le dijeron los hijos de sus hermanos. Citó una sentencia de su padre acerca de la conveniencia de dejar que las cuestiones del ejército se resolvieran en la estepa, y mandó de nuevo a los jóvenes a seguir conquistando Europa.

En Europa no se sabía casi nada acerca de las anteriores conquistas de Genghis Khan en Asia y sólo se tenía una ligerísima idea de la destrucción del sultanato de Jorezm. Pero de repente, con la caída de Kiev, se generó una masa ingente de refugiados y de relatos procedentes del este de Europa. Y tras ellos llegaron los temidos jinetes mongoles, aparentemente de todas las direcciones. Mateo Paris cuenta que invadieron Occidente «penetrando con la fuerza del relámpago en los territorios cristianos, devastando el país, causando una gran mortandad, y suscitando un terror y una alarma indescriptibles en todo el mundo». Esa referencia a la guerra «relámpago» probablemente sea la primera mención de este tipo de

lucha que luego recibiría el nombre alemán de *blitzkrieg*.

Subodei envió un triple ejército de cincuenta mil hombres hacia Hungría por el sur, y a una fuerza de distracción menos numerosa, formada por unos veinte mil soldados, hacia Alemania atravesando Polonia, por el norte. Los ejércitos mongoles recorrieron unos seis mil kilómetros desde su territorio originario, Mongolia, cruzando las llanuras de Europa oriental, hasta llegar a Polonia y Hungría, prácticamente hasta las puertas de Viena y de las ciudades alemanas de los caballeros de la Orden de los Teutones y de la Liga Hanseática. Por el norte, saltaron por encima de Polonia como un guijarro que rebota sobre la superficie helada de un estanque. Las ciudades fueron cayendo una tras otra, mientras se dedicaban a arrasar el país. El duque Enrique II de Silesia reunió un ejército de treinta mil hombres, entre ellos algunos caballeros procedentes de toda Alemania, Francia y Polonia; presa del pánico, y en su afán de reclutar a todos los soldados potenciales que pudiera encontrar, obligó a alistarse a un contingente de trabajadores de las minas de oro para que lucharan contra los invasores. El 9 de abril de 1241, los dos ejércitos se enfrentaron en Liegnitz, cerca de la actual frontera germanopolaca¹¹⁷. Los mongoles escogieron una zona abierta para combatir, situada a unos ocho kilómetros de la ciudad, y el campo de batalla sería conocido en adelante por su nombre

¹¹⁷ Para más información acerca de esta batalla, véase Erik Hildinger, «Mongol Invasión of Europe», *Military History* (junio, 1997).

alemán, Wahlstatt, «Lugar Elegido».

El duque Enrique ordenó a su caballería cargar contra las tropas mongolas. Éstas rechazaron el primer embate, pero parecieron ceder ante el segundo y, de repente, emprendieron la huida. Entre gritos de victoria, los caballeros europeos rompieron filas y se lanzaron en persecución de los mongoles, que se retiraban lentamente, casi al alcance de las armas de los caballeros. Entonces, precisamente cuando los caballos europeos empezaban a dar signos de fatiga bajo el peso de las armaduras de sus jinetes, éstos oyeron a su alrededor unos ruidos atronadores y se vieron envueltos en una densa humareda, lo que causó una gran confusión. Como dice el cronista Jan Dlugosz, los mongoles utilizaron en el campo de batalla un artefacto parecido a «una gran cabeza de la que de repente sale una nube de olor nauseabundo que envuelve a los polacos y les hace casi perder el sentido, de modo que son incapaces de combatir»¹¹⁸. El humo y el ruido hicieron que la caballería europea quedara aislada de los arqueros y la infantería, que la seguían a cierta distancia. Una vez más, los mongoles inspiraron a sus adversarios una falsa seguridad y los hicieron caer en una trampa mortal. Dispersos, desorganizados, confundidos y fatigados rápidamente, los caballeros y sus monturas se convirtieron en blanco fácil para los mongoles, que dieron la vuelta y empezaron a acribillarlos con

¹¹⁸ Jan Dlugosz, *The Annals of Jan Dlugosz*, trad. ing. de Maurice Michael, comentarios de Paul Smith, Chichester, Reino Unido, IM Publications, 1997, artículo correspondiente al año 1241.

sus flechas.

Los mongoles aplastaron a los alemanes. La documentación europea registra la muerte de veinticinco mil de los treinta mil hombres del duque Enrique, pero los mongoles tomaron cautivos a muchos de ellos, especialmente a los mineros, oficio del que ellos entendían muy poco, pero que apreciaban mucho; en realidad siempre estaban buscando individuos dotados de habilidades y talentos nuevos. Los vencedores se llevaron a miles de mineros a Oriente para que trabajaran en los ricos depósitos de minerales de Dzungaria, la zona del oeste de Mongolia que era propiedad personal de Ogodei.

Toda la campaña desde Kiev hasta Alemania había sido una simple maniobra de distracción de los mongoles para impedir que los europeos enviaran soldados a defender su verdadero objetivo, a saber, las llanuras ricas en pastos de Hungría. Tras aniquilar a la mayor parte del ejército del norte y dispersar y neutralizar al resto, las tropas mongolas se retiraron de las ciudades alemanas y polacas; con el tiempo, los habitantes de la región llegaron a convencerse de que en realidad habían sido ellos los que habían ganado la batalla y habían rechazado a los invasores. El difunto duque Enrique II se convirtió en un mártir y recibió el apelativo de Enrique *el Piadoso*; se construyó un monasterio benedictino cuyo altar se erigió en el lugar exacto en el que, según la mitología cristiana, su madre, santa Eduvigis, encontró su cuerpo decapitado y desnudo, que sólo pudo identificar por los seis dedos de su pie izquierdo. Mucho después, ya en el siglo XIX, el gobierno prusiano transformó la abadía en una academia militar, en la que recibían su

instrucción los futuros oficiales del ejército alemán y en la que se hacía especial hincapié en la táctica desarrollada en la batalla que había tenido lugar allí mismo.

Al cabo de unos días, la estrategia empleada por los mongoles para derrotar y exterminar a los caballeros alemanes fue utilizada de nuevo en Hungría, sólo que en un campo mucho más espacioso y con un número muy superior de bajas. Tras saquear buena parte del país, el ejército de Subodei emprendió la retirada cuando el rey Bela y sus tropas se presentaron en su busca. Subodei marchó durante varios días hasta que encontró la topografía que mejor se acomodaba a una victoria mongola en la llanura de Mohi. Una vez allí, los húngaros se congregaron en un campamento densamente poblado que fue fortificado con un círculo de carretas y pesadas cadenas de hierro, y en el que el rey mantuvo encerradas a sus tropas varios días. Para Batu, acostumbrado a que sus hombres durmieran desperdigados en pequeños grupos, la decisión de los húngaros de concentrarse en una formación tan apretada y rodeados de una cadena era comparable al círculo de cuerdas y alfombras de fieltro con el que su pueblo acorralaba a su presa en las grandes cacerías en grupo. Los mongoles montaron sus catapultas y se pusieron a disparar su misterioso surtido de nafta, pólvora, petróleo y otras sustancias.

Incapaces de soportar el humo y el fuego, los húngaros salieron de su campamento. Se vieron entonces prácticamente rodeados por los mongoles, pero dio la impresión de que éstos habían dejado desguarnecida una zona, en la que no habían apostado a sus

jinetes. Los húngaros, de religión cristiana, debieron de pensar que era un verdadero milagro que el lugar en cuestión se encontrara precisamente en la dirección de su capital, Pest, a sólo tres días de marcha de allí. Empezaron, pues, la huida rumbo a la ciudad. A medida que avanzaban, su pánico era mayor. Unos a pie y otros a caballo, rompieron las filas, se dispersaron, y tiraron sus pertrechos a fin de poder escapar con más rapidez. Naturalmente los mongoles no habían dejado aquella zona desguarnecida accidentalmente; ya habían dispuesto allí a sus jinetes aguardando a los húngaros que huían despavoridos. A muchos los persiguieron hasta arrojarlos a las ciénagas y pantanos en los que perecieron ahogados. El cronista Tomás de Spalato, archidiácono de la ciudad que hoy día llamamos Split, en Croacia, habla refiriéndose a los mongoles *de peste Tartarorum*, de la «peste de los tártaros», y es autor del relato más vívido de la matanza que hicieron de los húngaros: «Los muertos caían a diestro y siniestro; como las hojas en invierno, los cuerpos mutilados de aquellos miserables yacían esparcidos a lo largo del camino; la sangre corría como torrentes de lluvia»¹¹⁹.

Como los caballeros no habían sido capaces de derrotar a los mongoles en el campo de batalla, el clero intentó someterlos por medios sobrenaturales. Conscientes tal vez de que muchos mongoles eran cristianos, pero sin saber cuánto odiaban y temían

¹¹⁹ James Ross Sweeney, «Thomas of Spalato and the Mongols», *Florilegium: Archives of Canadian Society of Medievalists* 12 (1980).

verse expuestos a los despojos de los difuntos, los sacerdotes cristianos intentaron mantenerlos fuera de Pest, exponiendo los huesos y demás reliquias de sus santos ante el ejército que se les venía encima. La visión de los fragmentos de cuerpos muertos irritó a los mongoles, para los cuales aquel acto suponía una contaminación religiosa, además de ser repugnante. Llenos de miedo y de cólera, no sólo mataron a los clérigos, sino que además quemaron las reliquias y las iglesias con el fin de purificarse de toda contaminación. Para Europa, el encuentro con los mongoles había supuesto tanto un revés religioso como un desastre militar, pues, además de los soldados y el rey, Hungría perdió a un obispo, a dos arzobispos y a muchos caballeros de la Orden del Temple.

Los mongoles habían acabado con los caballeros del país y habían dado caza al rey Bela IV en el sur, cerca del Adriático. Se han conservado varios textos que describen el tremendo impacto psicológico y emocional que supuso la invasión mongola, entre otros el *Carmen miserabile super destructione regni Hungariae per Tartaros*, o *Canto de lamento sobre la destrucción de Hungría por los tártaros*, de Rogelio de Torre Maggiore. Los caballeros de Europa no se recuperaron nunca del golpe que supuso perder a casi cien mil soldados en Hungría y Polonia, a los que los europeos lloraron llamándolos «la flor» de la caballería y la nobleza. Las hordas mongolas acabaron con las ciudades amuralladas y los caballeros de pesadas armaduras, y entre el humo y la pólvora de aquella pascua de 1241, su triunfo presagiaría el fin inminente del feudalismo europeo y de la Edad Media.

A finales de 1241, pocos meses después de las victorias obtenidas por los mongoles, la alarma se transformó en pánico cuando un eclipse nubló la luz del sol el domingo 6 de octubre. Los habitantes de toda Europa interpretaron el eclipse solar producido en aquel día sagrado como una señal segura de que iban a sufrir nuevos daños a manos de los mongoles. El pánico se vio alimentado por el desconocimiento que se tenía acerca de la identidad de los atacantes. En una carta que llegó a tener bastante difusión, a pesar de estar llena de informaciones y datos erróneos, un clérigo comunicaba al arzobispo de Burdeos que los mongoles eran «caníbales salidos del infierno que se comen a los muertos después de las batallas y no dejan más que huesos que hasta los buitres son demasiado nobles para tocar»¹²⁰. Según este relato tan detallado como deliberadamente incendiario, a los mongoles les gustaba comerse a las mujeres ancianas y celebraban sus victorias violando en grupo a doncellas cristianas hasta que las pobres mujeres morían de agotamiento. Luego «les cortaban los pechos y los guardaban como bocado selecto para sus jefes, mientras que los cuerpos servían de jovial banquete a los salvajes».

La serie de consecutivas victorias mongolas sobre búlgaros, rusos, húngaros, alemanes y polacos, provocaron un clima de alarma generalizada y en algunos ámbitos incluso de pánico. ¿Quiénes eran aquellas gentes y qué querían? Como lamentaba Mateo París,

¹²⁰ Mateo París, *Matthew Paris's English History*, vol. 1, pp. 469-472.

ningún europeo conocía su lengua: «Pues nunca hasta ahora ha habido forma de acceder a ellos, ni ellos tampoco se dieron a conocer, de modo que pudiera saberse cuáles eran sus costumbres o qué clase de personas eran a través del trato común con otros hombres».

Al no disponer de ninguna otra fuente de información que pudiera serles útil, el clero cristiano recurrió a la Biblia en busca de alguna respuesta¹²¹. El nombre «tártaro» sonaba como el de «Tarsis», cuyo rey «tendrá el dominio también desde el mar y desde el río hasta los confines de la tierra». El mismo salmo afirmaba por otra parte: «Ante él se inclinarán los habitantes del desierto, y sus enemigos morderán el polvo. Los reyes de Tarsis y de las islas le ofrecerán sus dones».

Para los clérigos, la alusión a los regalos relacionaba al rey de Tarsis con los tres reyes de Oriente que ofrecieron presentes al Niño Jesús, y de repente encontraron una explicación que relacionaba estos pasajes bíblicos con los mongoles. En 1164 unos cruzados alemanes que regresaban de una campaña en el extranjero se presentaron trayendo unos huesos que, según dijeron, pertenecían a los Reyes Magos; en 1181, los alemanes comenzaron la construcción de un elaborado relicario de esmalte dorado para

¹²¹ La información acerca de las hipotéticas relaciones bíblicas con los mongoles puede encontrarse en Axel Klopprogge, *Ursprung und Ausprägung des abendländischen Mongolenbildes im 13. Jahrhundert: Ein Versuch zur Ideengeschichte des Mittelalters*, Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 1993.

guardar aquellos restos en la maravillosa nueva catedral de Colonia. Como consecuencia de este episodio y de lo que todos veían que era el robo de una sagrada reliquia, los cristianos empezaron a creer que los tártaros invadían Europa para recuperar los huesos de sus antepasados. En tal caso, lo más probable era que los mongoles atravesaran el corazón de Europa con tal de alcanzar su objetivo y llegar a Colonia.

Cuando los mongoles se desviaron hacia el sur desde Hungría, adentrándose en los Balcanes y alejándose por tanto de Colonia, los clérigos dedujeron que si los invasores no venían en busca de los huesos de los Reyes Magos, probablemente fueran judíos errantes que no habían podido regresar de su cautiverio en Babilonia. Habían quedado incomunicados por un río que corría más allá de Persia. Los cronistas cristianos comunicaron que el año 1241 correspondía al año 5000 del calendario hebraico, y en esa fecha muchos judíos esperaban que se produjera la llegada del Mesías o la reaparición del rey David.

Mateo París se mostró inicialmente escéptico ante esta teoría, pues los mongoles no hablaban hebreo y no tenían ninguna ley, lo que contradecía el relato bíblico de la entrega de la ley a Moisés por Dios. No obstante, a falta de una explicación mejor, pronto encontró una manera de justificar los vínculos existentes entre los mongoles y los judíos, y el paralelismo entre los tiempos de Moisés y su propia época. Aquellas gentes extrañas quizá fueran unas tribus hebreas perdidas desde que «en tiempos del gobierno de Moisés sus corazones rebeldes se pervirtieron y se acostumbraron a un maléfico

modo de pensar, de manera que buscaron dioses extraños y usanzas ignotas, y así ahora, de un modo aún más maravilloso, debido a la venganza de Dios, eran desconocidas de todas las demás naciones, y su corazón y su lengua estaban confundidos, y su vida había sido cambiada y equiparada a la de las fieras crueles e irracionales»¹²².

Debido a «la enorme maldad de los judíos»¹²³, los cristianos los acusaban de llevar la cólera de los mongoles contra cristianos inocentes. Según la noticia, por lo demás bastante inverosímil, de Mateo Paris, los líderes judíos europeos «se reunieron en asamblea general en un lugar secreto». Tomaron la palabra los «más sabios y más influyentes de entre ellos», explicando que sus «hermanos de las tribus de Israel, que anteriormente habían permanecido en silencio, se han adelantado para imponer a todo el mundo el sometimiento a ellos y a nosotros. Y cuanto más duros y pesados hayan sido nuestros sufrimientos hasta ahora, mayor será la gloria que nos aguarde». El orador supuestamente pretendía que los demás judíos recibieran a los mongoles «con valiosos regalos, dispensándoles los honores más altos: necesitan grano, vino y armas». De modo que los judíos reunieron «todas las espadas, dagas y armaduras que pudieron encontrar a la venta en cualquier parte y, para ocultar su traición, por seguridad, las guardaron en toneles».

¹²² Mateo Paris, *Matthew Paris's English History*, vol. 1, p. 314.

¹²³ Las citas incluidas en este párrafo corresponden a *idem*, pp. 357-358.

Al no disponer de mejor explicación, los cristianos aceptaron esta versión como prueba de la «traición oculta y la extraordinaria mendacidad de los judíos». Por consiguiente los hebreos fueron entregados de inmediato a las autoridades, bien para ser encerrados en la cárcel de por vida, bien para ser ejecutados con sus propias espadas.

Por absurdos que pudieran ser los detalles, y a pesar de la falta de pruebas, estas historias tuvieron, de hecho, unas consecuencias terriblemente desastrosas en toda Europa. Aunque no fueran capaces de derrotar a los mongoles, al enemigo que amenazaba las fronteras de su civilización, los europeos podían vencer a los judíos, a los enemigos imaginarios que tenían en su propio país. En una ciudad tras otra, desde York hasta Roma, muchedumbres de cristianos encolerizados atacaron los barrios hebreos. Los cristianos intentaron castigar a los judíos dispensándoles el mismo trato que, según habían oído decir, los mongoles habían dispensado al enemigo durante sus campañas de invasión. Incendiaron las casas de los judíos y mataron a sus habitantes. Los hebreos que lograron escapar de las ciudades, fueron vagando de un sitio a otro en busca de refugio, pero en casi todas las comunidades encontraron más persecuciones. Para identificar con seguridad quiénes eran refugiados judíos, e impedir su integración en nuevas comunidades cristianas, la Iglesia ordenó que todos los hebreos debían llevar ropas y emblemas distintivos con el fin de que todo el mundo los viera.

Con la destrucción del ejército húngaro quedó despejado el camino

hacia Viena, cuyos habitantes, al cabo de unas semanas, vieron aterrizados cómo algunas partidas de exploradores mongoles merodeaban por los barrios de las afueras de su ciudad. En el curso de una escaramuza con una de esas avanzadillas, los soldados de los Habsburgo capturaron a un oficial mongol, que, para sorpresa y consternación de los cristianos, resultó ser un inglés culto de treinta años que había viajado a Tierra Santa, donde, al parecer, había desarrollado un talento especial para aprender lenguas y transcribirlas¹²⁴. Algunos han especulado que, dado su elevado nivel cultural y su huida de Inglaterra, quizá tuviera algo que ver con los barones que intentaron obligar al rey Juan Sin Tierra a firmar la Carta Magna en 1215. Tras escapar de Inglaterra y enfrentarse a la excomunión de la Iglesia católica romana, acabó poniéndose al servicio de los mongoles, bastante más tolerantes. La presencia de un europeo, que además había sido cristiano, en el ejército mongol puso de manifiesto que los individuos de este pueblo eran en realidad seres humanos y no una horda de demonios, pero los cristianos, aterrizados, mataron al inglés apóstata antes de obtener una buena explicación de la misteriosa misión de los mongoles a las afueras de Viena.

La captura de aquel inglés anónimo coincidió con el final de la penetración mongola en Europa. Habían seguido cabalgando por las

¹²⁴ Para una novela bastante interesante acerca de la identidad de este caballero inglés, véase Gabriel Ronay, *The Tartar Khan's Englishman*, Londres, Cassell, 1978.

estepas ricas en pastos de Asia central, Rusia, Ucrania, Polonia y Hungría, pero cuando se acabaron los pastos, los mongoles se detuvieron. Sus notables ventajas en lo tocante a rapidez, movilidad y sorpresa, no sirvieron de nada cuando se vieron obligados a abrirse camino entre bosques, ríos y campos roturados con cultivos y zanjas, cercas y setos. Los suaves surcos de los plantíos ofrecían un suelo inseguro a los cascos de los caballos. El punto en el que daban comienzo los campos de cultivo marcaba también el cambio del clima seco de las estepas a la humedad de las zonas costeras que hacía que los arcos mongoles perdieran fuerza y puntería.

A pesar de las incursiones de prueba que hicieron a lo largo del Danubio, la invasión a gran escala de Europa occidental por parte de los mongoles no llegó a materializarse. El 11 de diciembre de 1241 murió Ogodei, según se dijo, con los sentidos embotados por una borrachera. La noticia de su muerte llegó a oídos de las tropas mongolas en Europa, a seis mil kilómetros de distancia de Karakorum, al cabo de cuatro o seis semanas. Chagatai falleció más o menos por la misma época, y de ese modo, apenas catorce años después de la muerte de Genghis Khan, habían perdido la vida sus cuatro hijos, y los jóvenes príncipes, los nietos del fundador de la dinastía, regresaban de prisa y corriendo a la patria para seguir peleándose unos con otros y determinar cuál de ellos se convertía en el nuevo gran kan. La lucha entre las diversas ramas de la familia se prolongaría durante otros diez años, y al menos a lo largo de toda esa década el resto del mundo se vería libre de la invasión mongola.

Durante los primeros meses de 1242, año del Tigre, los mongoles se retiraron de Europa occidental y regresaron a su principal baluarte en este continente, Rusia. Las ciudades europeas les habían proporcionado poco botín, y los pertrechos de los ejércitos que habían derrotado eran escasos. Lo más valioso que se llevaron consigo fueron las tiendas y el mobiliario conseguido en el campamento del rey de Hungría, que Batu utilizó para su campamento base a orillas del Volga. A pesar de la falta de riquezas, los mongoles se habían apoderado de una gran variedad de artesanos, como los mineros de Sajonia, escribas y traductores, y durante las incursiones realizadas por los alrededores de Belgrado y los Balcanes, capturaron un contingente de franceses entre los que se encontraba por lo menos un orfebre de París.

Decepcionados de los beneficios materiales de la invasión y deseosos de poder hacer ostentación de las ganancias obtenidas, los líderes mongoles llegaron a un acuerdo con los mercaderes italianos establecidos en Crimea. A cambio de una gran cantidad de mercancías, los mongoles permitieron a los italianos llevarse a numerosos cautivos europeos, especialmente a los más jóvenes, para venderlos como esclavos a lo largo y ancho del Mediterráneo. Este acuerdo marcó el comienzo de una relación tan duradera como lucrativa entre los mongoles y los mercaderes de Venecia y Génova, que establecieron colonias comerciales en el mar Negro con el fin de sacar provecho de aquel nuevo mercado. Los italianos suministraban a los mongoles productos manufacturados a cambio del derecho de vender esclavos de origen eslavo en los mercados del

Mediterráneo.

Esta decisión de vender a los jóvenes crearía más adelante un grave problema a los mongoles, pues los italianos vendían la mayoría de sus esclavos al sultán de Egipto, que los utilizaba en su ejército de soldados de condición servil. Al cabo de otros veinte años, los mongoles se verían condenados a enfrentarse a ese ejército compuesto principalmente por eslavos y kipchakos perfectamente familiarizados con su forma de combatir y que en muchos casos habían aprendido incluso la lengua mongola antes de ser vendidos en el extranjero. El futuro choque entre mongoles por un lado y eslavos y kipchakos por otro a orillas del mar de Galilea, en el Israel moderno, tendría un resultado muy distinto del primer enfrentamiento que se produjera entre ellos en las llanuras de Rusia.

Capítulo 7

Reinas en guerra

*Como Dios ha dado diferentes dedos a la mano, así ha dado también diferentes maneras de ser a los hombres*¹²⁵.

Mongke Khan

Mientras los mongoles varones se ocupaban en el campo de batalla de conquistar países extranjeros, las mujeres se encargaban de administrar el imperio. En las tribus dedicadas al pastoreo, las mujeres tradicionalmente gestionaban los asuntos domésticos, mientras los hombres salían a apacentar el ganado, a cazar o a luchar, y aunque las campañas bélicas duraban ahora años en vez de meses y el mundo doméstico no estaba constituido por un simple conjunto de *gers*, sino que era un vasto imperio, las mujeres seguían gobernándolo. Lejos de Rusia y de la Europa del Este, donde se desarrollaron las luchas más encarnizadas durante el reinado de Ogodei, las mujeres asumieron la administración del resto del Imperio mongol. A pesar de su rivalidad con Ogodei Khan, Sorjojtani, la viuda de Tolui, el hijo menor de Genghis, siguió gobernando el norte de China y la parte oriental de Mongolia,

¹²⁵ Christopher Dawson, ed., *The Mongol Mission: Narratives and Letters of the Franciscan Missionaries in Mongolia and China in the Thirteenth and Fourteenth Centuries*, Nueva York, Sheed & Ward, 1955, p. 195.

incluido el territorio ancestral de la familia, donde se había criado Genghis Khan. Ebuskun, la viuda del segundo hijo de éste, Chagatai, gobernaba Asia central o el Turkeistán.

Mientras ostentó el título de gran kan, Ogodei estuvo con mucha frecuencia demasiado borracho para dirigir el imperio, y poco a poco fue cediendo el poder administrativo a Toreguene, su esposa más capacitada, aunque no la principal. A su muerte en 1241, la reina se convirtió en la regente oficial. Durante los diez años siguientes, hasta 1251, esta mujer y algunas otras controlaron el imperio más extenso de la historia universal. Ninguna de ellas era mongola de nacimiento; por el contrario, todas entraron a formar parte de la familia procedentes de alguna tribu conquistada de la estepa, y en su mayoría eran cristianas. Ni su sexo ni su religión supusieron el menor obstáculo para que ascendieran al poder ni para que lucharan unas contra otras cuando intentaron poner la totalidad del imperio en manos de sus hijos.

Las luchas por el poder, por encarnizadas que fueran, eran relativamente pacíficas excepto por lo que se refiere al trato dispensado en último término a las propias mujeres, que sufrían una muerte atroz en caso de perder la batalla. Al margen de las luchas cortesanas, esta década supuso un período de paz muy necesaria para todo el imperio, una oportunidad de consolidar determinadas conquistas, y una época de recuperación tras las cuatro décadas de la primera guerra mundial mongola de 1212-1241, que, entre otras cosas, sirvió de preparación para la siguiente. El testimonio más antiguo que se conserva del poder y la

preeminencia de Toreguene en la corte mongola aparece en un documento que ordena la impresión de textos taoístas y que lleva su firma con el título de *Yeke Katun*, la gran emperatriz, con su nombre y el sello de Ogodei, y con fecha 10 de abril de 1240¹²⁶. El decreto demuestra con toda claridad no sólo que administraba el imperio, sino que, mientras los hombres combatían, ella emprendió una serie de actividades completamente distintas, prestando apoyo a la religión y la educación y trabajando en pro de la construcción de edificios y de importantes estructuras sociales a una escala verdaderamente imperial.

Tras perder a su hijo favorito y a otros parientes cercanos en la campaña de China, que sólo le deparó éxitos marginales, Ogodei perdió interés en general por la vida política, pero nombró sucesor suyo a uno de sus nietos. Toreguene, sin embargo, intentó favorecer la candidatura de su hijo Guyuk, belicoso y arrogante, severamente reprendido por su padre, que, al parecer, no lo encontraba de su agrado. Poco después de la muerte de Ogodei, su esposa convocó una *juriltai* para elegir gran kan a Guyuk en detrimento del nieto nombrado por Ogodei, pero no consiguió apoyo suficiente en la Familia Dorada, lo que significa que no hubo un número suficiente de personas que favorecieran su elección. Toreguene continuó ejerciendo de regente y durante cinco años llevó a cabo una

¹²⁶ Para un análisis más a fondo del edicto de Toreguene, véase Igor de Rachewiltz, «Töregene's Edict of 1240», *Papers on Far Eastern History* 23 (marzo, 1981), pp. 38-63.

meticulosa labor política para conseguir los apoyos necesarios para la elección de Guyuk. Con el fin de alcanzar este objetivo, destituyó a los ministros de su difunto esposo y los sustituyó por otros elegidos por ella, el más importante de los cuales sería otra mujer, Fátima, una cautiva tayika o persa capturada en la campaña de Jorezm, que había sido llevada a trabajar a Karakorum. El cronista AtaMalik Yuwaini, que no la encontraba de su agrado, como tampoco le gustaba, al parecer, ninguna mujer que interviniera en política, escribió que Fátima disfrutaba de acceso constante a la tienda de la regente, y que «compartía con ella sus confidencias más íntimas y era la depositaria de los secretos más ocultos»¹²⁷. Fátima desempeñó un papel político, mientras que los viejos «ministros se vieron privados de todo poder ejecutivo, y ella era libre de dictar órdenes y prohibiciones».

En 1246 Toreguene había reforzado el control que ejercía sobre el imperio y se sintió con la seguridad necesaria para orquestar la elección de su hijo. Las deliberaciones para el nombramiento de Guyuk y la elección propiamente dicha se llevaron a cabo en privado, limitadas a los miembros de la Eamilia Dorada y a los funcionarios más importantes, pero Toreguene organizó la subida al trono de su hijo como un acto de la mayor importancia para los dignatarios extranjeros y para el pueblo mongol. Durante todo el

¹²⁷ Ata-Malik Yuwaini, *Genghis Khan: The History of the World-Conqueror*, trad. ing. de J. A. Boyle, Seattle, University of Washington Press, 1997, pp. 245-246.

verano, hasta que tuvo lugar la ceremonia de la coronación en el mes de agosto, estuvieron llegando delegados extranjeros procedentes de los rincones más apartados del imperio. Emires, gobernadores y grandes personalidades se tropezaron en su camino con príncipes y reyes. Desde Turquía llegó el sultán selyúcida; también acudieron representantes del califa de Bagdad, así como dos pretendientes al trono de Georgia: David, hijo legítimo del monarca difunto, y David, hijo bastardo del mismo rey. El delegado europeo de mayor rango fue el padre de Alejandro Nevski, el gran príncipe Yaroslav II Vsevolodovich de Vladimir y Suzdal, que murió misteriosamente después de celebrar una cena con Toreguene Khatun.

Casualmente el 22 de julio de 1246, en medio de una gran aglomeración de gente, hizo su aparición en la corte mongola el primer legado procedente de la Europa occidental. Fray Giovanni de Plano Carpini, un clérigo de sesenta y cinco años que había sido discípulo de san Francisco de Asís, llegó como agente y espía del papa Inocencio IV, con el encargo de enterarse de todo lo que pudiera acerca de aquel extraño pueblo que había supuesto una amenaza tan grave para Europa. Tras partir de la ciudad francesa de Lyon el día de Pascua de 1245, Carpini tardó casi un año en recorrer Europa, cruzar las líneas de los mongoles y llegar al campamento de Batu en Rusia. Pero una vez entró en el sistema de transporte mongol, Carpini cubrió casi cinco mil kilómetros en apenas 106 días, lo que supuso una media de más de cuarenta kilómetros diarios a caballo durante casi tres meses y medio.

Debido al éxito de sus campañas militares en Europa, los mongoles recibieron calurosamente a Carpini, en la falsa creencia de que traía el sometimiento del Papa y de todos los habitantes de la Europa occidental, pero el mensaje de su carta era totalmente distinto. El papa Inocencio IV ofrecía al kan un resumen bastante pedante de la vida de Jesús y los principios básicos del cristianismo, rasgos que probablemente conociera ya el soberano mongol a través de su madre, de religión cristiana, y de la frecuente asistencia a los servicios religiosos en su compañía. Es posible que el propio Guyuk fuera cristiano; si no lo era, estaba desde luego bien dispuesto hacia el cristianismo y se apoyaba en gran medida en mongoles cristianos para la administración de su imperio. La carta del Papa reprochaba a los mongoles haber invadido Europa, y ordenaba al kan «cesar por completo en este tipo de ataques y especialmente en la persecución de los cristianos»¹²⁸. Le exigía una explicación «para hacernos saber claramente... qué te movió a destruir otras naciones y cuáles son tus intenciones en el futuro». La misiva informaba al kan de que el Señor había delegado todo el poder terrenal en el Papa de Roma, que era la única persona autorizada por Dios para hablar en su nombre.

Cuando los funcionarios mongoles se enteraron de que Carpini no traía tributo alguno y que no venía a ofrecer un sometimiento sin

¹²⁸ Christopher Dawson (ed.), *The Mongol Mission: Narratives and Letters of the Franciscan Missionaries in Mongolia and China in the Thirteenth and Fourteenth Centuries*, Nueva York, Sheed & Ward, 1955, pp. 73-76.

condiciones, la mayoría de ellos dejó de interesarse por su persona, pero en una carta de noviembre de 1246 que todavía se conserva, Guyuk planteaba a Inocencio IV una serie de preguntas por lo demás obvias: «¿Cómo sabes a quién absuelve Dios y a quién muestra clemencia? ¿Cómo sabes que Dios refrenda las palabras que tú pronuncias?». Guyuk señalaba que Dios había dado a los mongoles, no al Papa, el control del mundo desde donde sale el sol hasta el ocaso. Dios pretendía que los mongoles difundieran sus mandamientos y sus leyes a través del gran código de Genghis Khan. Aconsejaba luego al pontífice visitar Karakorum en compañía de todos sus príncipes para rendir homenaje al kan de los mongoles.

Los primeros contactos diplomáticos directos entre Europa y el Lejano Oriente habían degenerado hasta convertirse en una discusión de teología comparada mezclada con insultos religiosos. A pesar de las numerosas creencias espirituales que mongoles y europeos tenían en común, las primeras relaciones entabladas entre unos y otros habían sido tan negativas y habían sido tan mal llevadas que en los años venideros toda la base de la religión común acabaría por venirse abajo. Los mongoles seguirían fomentando durante otra generación las estrechas relaciones que habían mantenido con la Europa cristiana, pero al final tendrían que abandonar toda esperanza de afianzarlas y con ello acabarían también a la larga abandonando por completo el cristianismo en beneficio del budismo y el islam.

En el otoño de 1246, cuando Carpini y los demás dignatarios

extranjeros abandonaron el campamento real y volvieron a sus países, Guyuk dejó de interesarse por la pompa y el boato de las ceremonias públicas para volcarse en la tarea política mucho más importante de consolidar su poder y convertirse en un verdadero kan, no sólo de título, sino *de facto*. Para reafirmar el poder que le acababa de ser conferido, lanzó sus ataques primero contra Fátima, la fiel consejera de su madre. Utilizando como pretexto una acusación de hechicería, le ordenó abandonar la corte de su madre y presentarse en la suya. Toreguene se negó a dejarla marchar: «Volvió a mandarla llamar varias veces, pero siempre [Toreguene] se negaba a conceder su permiso con un pretexto distinto. En consecuencia las relaciones con su madre se hicieron muy malas, y mandó a [un] hombre con instrucciones para traerse a Fátima por la fuerza si su madre seguía dándole largas»¹²⁹.

Las vagas noticias que tenemos de lo que sucedió a continuación suscitan más preguntas que información suministran. Guyuk capturó a Fátima, y su madre murió. ¿Estaba Toreguene enferma? ¿Fue asesinada? ¿Murió de rabia o de pena? La mayor parte de la documentación guarda silencio al respecto. El historiador persa Yuzayani dice que Toreguene fue enviada a reunirse con su esposo, Ogodei. Como éste había fallecido hacía seis años, la frase parece un eufemismo para decir que murió, pero Yuzayani no parece demasiado seguro, pues añade: «Pero Dios sabe cuál es la

¹²⁹ Yuwaini, *Genghis Khan*, p. 245.

verdad»¹³⁰. Todo lo que sabemos es que los hombres de Guyuk prendieron a Fátima y que Toreguene, su madre, murió.

En vez de quitar discretamente de en medio a Fátima, Guyuk la sometió a un cruel calvario público. En un momento en el que los mongoles regían un imperio que se extendía a lo largo y ancho de dos continentes y todavía tenían numerosas oportunidades de ampliarlo, la corte parecía obsesionada no con el imperio en sí, sino con aquella mujer, con las acciones que había realizado, y con lo que debía hacerse con ella. Guyuk ordenó a sus guardias que la trajeran, la desnudaran y la ataran con cuerdas ante él al aire libre. Allí la tuvieron expuesta al público, «hambrienta y llena de sed durante varios días con sus noches; fue víctima de todo tipo de actos violentos, rigurosos, crueles e intimidatorios»¹³¹. La golpearon y la azotaron con una especie de varas de metal incandescente. Aquel suplicio público acaso fuera el que hubiera correspondido a una bruja en la sociedad europea o el que hubiera aplicado a un hereje la iglesia cristiana, pero violaba por completo las prácticas de Genghis Khan, que mataba a sus enemigos y gobernaba con una severidad rigurosísima, pero desde luego sin aplicar tormentos ni infligir dolores innecesarios. Parecía especialmente contrario a la tradición mongola, pues iba dirigido contra una mujer; no se

¹³⁰ Minhaj al-Siraj Yuzayani, *Tabakat-I-Nasiri: A General History of the Muhammadan Dynasties of Asia*, trad. ing del comandante H. G. Raverty, Bengala, Asiatic Society of Bengal, 1881; reimpr.: Nueva Delhi, Oriental Books, 1970, p. 1144.

¹³¹ Yuwaini, *Genghis Khan*, p. 245.

conocía ningún precedente de un espectáculo comparable en toda la historia de los mongoles.

La tortura de Fátima quizá fuera técnicamente legal según el código vigente, pues no era mongola de nacimiento ni estaba casada con un mongol, sino que era una cautiva de guerra de estatus desconocido y no tenía a nadie que la protegiera. Cuando, después de ser atormentada, la mujer confesó finalmente haber cometido toda una lista de actos malvados, entre otros haber hechizado a Toreguene Khatun y a varios miembros de la Familia Dorada, Guyuk le impuso un castigo de una crueldad y un simbolismo singulares. Ordenó que todos los orificios de su cuerpo fueran cosidos, para que ninguna de las esencias de su alma pudiera salir de él; que la envolvieran en una manta de fieltro y que la arrojaran a un río para que se ahogara. Y de ese modo acabó la vida de Fátima, la consejera de Toreguene y una de las mujeres más poderosas del siglo XIII.

Siguiendo la pauta marcada por el suplicio público y la ejecución de Fátima, el breve reinado de Guyuk se caracterizó por los horribles actos de venganza que en él se cometieron. El gran kan emprendió una campaña feroz con el fin de consolidar su poder y quitar de en medio a sus rivales. Ordenó a sus soldados perseguir y matar a todas las personas relacionadas de algún modo con Fátima. Emprendió el procesamiento de su tío abuelo Temugue Otchiguen, el último hermano de padre y madre de Genghis Khan que seguía vivo y por lo tanto pretendiente legítimo al trono. Poco antes de la elección de Guyuk, Temugue Otchiguen había intentado reforzar su

posición y reafirmar sus derechos reclutando un ejército e invadiendo las tierras de Toreguene Khatun, pero el intento había resultado fallido. Otchiguen había sobrevivido a su enfrentamiento con el chamán Teb Tengueri cuando era joven, pero no logró sobrevivir al choque con su sobrino nieto. En un juicio secreto y vigilado de cerca por Guyuk, que se celebró en una *ger* cerrada a cal y canto, los varones de la familia lo condenaron a muerte por intentar hacerse con el título de gran kan por la fuerza de las armas, en vez de por la de los votos.

Guyuk volcó su atención en las otras mujeres que gobernaban tierras pertenecientes al Imperio mongol. Destituyó a la regente viuda que gobernaba las tierras de la familia de Chagatai y ordenó que se investigara la situación de las posesiones de Tolui, por entonces bajo la regencia de Sorjojtani, que se había negado a casarse con él cuando murió su esposo. En el curso de las investigaciones, ordenó la entrega de todos los guerreros que les habían sido asignados a ella y a sus hijos. Asegurado así y sometido a un férreo control su flanco oriental, reunió a su ejército para dirigirse a Occidente en una gran cacería, según dijo. En realidad, la movilización no era más que un pretexto para llevar a cabo un ataque por sorpresa contra Batu Khan en Rusia. No sólo deseaba vengarse de su primo por los insultos que éste le había inferido durante el banquete de la victoria en Rusia, sino que entre todos los kanes, Guyuk parecía el más convencido de la importancia de Europa. Deseaba acabar su conquista y añadirla a su territorio personal dentro del Imperio mongol.

Como no quería de ninguna manera desafiarlo públicamente, Sorjojtani actuó con cautela para asegurarse de que el ataque por sorpresa de Guyuk fracasaba. Envío en secreto mensajeros avisando a Batu de los planes del gran kan. Lo más probable es que además tomara alguna medida directa contra el propio Guyuk, pues tras abandonar las tierras de su familia en la estepa central de Mongolia, el gran kan, que apenas tenía cuarenta y tres años y aparentemente gozaba de buena salud, murió de forma repentina en circunstancias misteriosas cuando sólo llevaba dieciocho meses en el cargo. Probablemente lo matara alguien, pero la lista de sospechosos que tenían motivos para quitárselo de en medio es demasiado larga para analizarla detalladamente. Ningún documento mongol que se haya conservado recoge los detalles de su muerte, y las crónicas persas adoptan repentinamente un tono lacónico y dicen sólo que «le llegó la hora predestinada»¹³².

En el curso de las luchas políticas que se desencadenaron a continuación en el centro del imperio, el ovillo empezó a desenredarse. Con el gusto por las metáforas que lo caracteriza, Yuwaini dice que «los asuntos del mundo han sido apartados de la senda de la rectitud y las riendas del comercio y de los negocios honestos se han apartado del camino de la justicia». Decía que la tierra estaba envuelta en las tinieblas y que «la copa del mundo estaba llena hasta rebosar de la bebida de la iniquidad». El pueblo

¹³² Yuwaini, *Genghis Khan*, p. 185.

mongol y sus súbditos «se arrastraban ahora por aquí y luego por allá, estaban al borde de la locura, pues ni tenían el aguante necesario para quedarse en un sitio ni conocían lugar alguno en el que pudieran refugiarse».

Tras el breve reinado de Guyuk, se reanudó la guerra de las reinas que quedaban vivas, e incluso se recrudeció pues la viuda del gran kan, Ogul Gamish, dio un paso adelante para hacerse con el control del imperio igual que su suegra, Toreguene, hiciera a la muerte de Ogodei. Pero la viuda de Guyuk carecía de las habilidades de su suegra, y tampoco el momento le sería propicio, en gran medida porque sus propios hijos establecieron cortes rivales poniendo en entredicho sus derechos como regente. Sorjojtani, que se había pasado toda la vida preparándose y aguardando el momento propicio, se decidió por fin a dar el paso con el apoyo unánime de sus cuatro hijos, todos ellos hombres de gran valía. En 1250, en vez de esperar a que la viuda de Guyuk convocara la *juriltai* en la capital, Karakorum, Batu Khan, instigado por su aliada secreta, la convocó en una zona próxima al lago Issykul, a la que le resultaba más fácil llegar, en los montes Tian Shan, fuera de Mongolia. La *juriltai* escogió al hijo mayor de Sorjojtani, Mongke, pero la familia de Ogodei impugnó su nombramiento alegando que, para ser legítima, una elección debía celebrarse en Mongolia propiamente dicha, y en particular en la capital, Karakorum, controlada por la familia.

Sorjojtani no se dejó amedrentar e ideó un plan brillantísimo. Aunque no tenía acceso a la capital imperial, como viuda del hijo

menor de Genghis Khan controlaba la región de la que era originaria la familia, en la que había nacido, había sido elegido y estaba enterrado el gran caudillo mongol. Nadie podía negarse a asistir a una *juriltai* celebrada en aquel territorio sagrado. Su aliado, Batu Khan, no pudo hacer aquel largo viaje desde Rusia, pero envió a Sorjojtani una guardia personal de treinta mil soldados al mando de su hermano Berke para protegerla a ella y a su familia durante la elección y el proceso de ascensión al trono. Sorjojtani organizó una segunda elección en aquel lugar santo y el 1 de julio de 1251 la multitudinaria asamblea proclamó gran kan del Imperio mongol a Mongke, a la sazón de cuarenta y tres años. Esta vez nadie podría oponerse a la reunión.

Para celebrar su elección, Mongke promulgó un edicto ordenando que ese día descansara todo el mundo, y que no se hiciera trabajar a los animales ni de tiro ni de carga. La tierra no debía ser perforada con los palos de las tiendas ni debía contaminarse el agua. Nadie debía cazar bestias salvajes y los animales que hubiera que sacrificar para el banquete debían ser matados sin derramar su sangre sobre la sagrada tierra. Pasado el día santo, vendría una semana de festejos. En el curso de los banquetes, los huéspedes congregados para la celebración consumieron cada día trescientos caballos y bueyes, tres mil ovejas y dos mil carretas cargadas de *airak*, la bebida alcohólica a base de leche de yegua fermentada que tanto gustaba a los mongoles.

Aquella celebración supuso para Sorjojtani la culminación de la obra de su vida y, en cierto sentido, fue más en su honor que en el

de su hijo. Mientras que incluso Genghis Khan había tenido unos hijos relativamente débiles, dados a la bebida y egoístas, ella había engendrado y criado a cuatro hijos destinados a marcar un hito en la historia. Todos ellos fueron kanes. En los años por venir Mongke, Arik Boke y Kublai ostentarían el título de gran kan durante períodos más o menos largos, y otro hijo suyo, Hulegu, se convertiría en Ilkan de Persia y sería el fundador de su propia dinastía en este país. Los hijos de Sorjojtani llevarían el Imperio mongol a su máxima extensión conquistando toda Persia, Bagdad, Siria y Turquía. Conquistarían la China de la dinastía Song por el sur y llegarían hasta Vietnam, Laos y Birmania. Acabarían con la temida secta de los Asesinos y ejecutarían al califa musulmán de Bagdad.

La familia de Ogodei y Guyuk llegó tarde a la *juriltai*, cuando la elección ya se había producido, pero a tiempo de participar en las celebraciones. Los tres destacados príncipes de la familia de Ogodei entraron de manera repentina en la tienda para anunciar que deseaban rendir pleitesía al nuevo kan. Este los mandó arrestar a los tres y cargarlos de cadenas porque sus espías ya le habían comunicado que su llegada no era más que una estratagema para distraer a la corte mientras los demás miembros de la familia se reunían en las inmediaciones para preparar un ataque a traición contra la multitud completamente entregada a los festejos y sumida en la ebriedad. Mongke capturó fácilmente a los atacantes e inició una nueva ronda de procesos. No torturaría a ningún descendiente de Genghis Khan ni derramaría su sangre, pero haría que sus

consejeros, en su mayoría musulmanes y chinos, fueran llevados a su presencia y azotados cruelmente con varas hasta que confesaran e inculparan a sus señores. Al término del juicio, el nuevo kan halló a sus primos culpables de diversos delitos. A dos príncipes les llenaron la boca de piedras y lodo hasta que murieron. Algunos consejeros suyos se suicidaron. En total, Mongke ejecutó a setenta y siete personas de la estirpe de Ogodei o estrechamente relacionadas con ella.

Mientras Mongke asistía a los juicios de los varones, su madre juzgaba a las mujeres en su corte. Y ordenó la detención de la infortunada regente Ogul Gaimish Khatun y en una réplica ligeramente más benigna del proceso de Fátima, sus captores cosieron una piel alrededor de sus manos y la desnudaron para mayor escarnio público antes de envolverla en una manta de fieltro y ahogarla junto con otra destacada mujer de su familia. Una tercera pariente suya fue también envuelta en una manta y muerta a patadas.

Desde su corte, Mongke Khan amplió los juicios hasta convertirlos en una verdadera purga enviando cuadrillas de inquisidores por todo el imperio a interrogar, juzgar y castigar a toda persona sospechosa de deslealtad a su familia¹³³. Estos juicios tuvieron una

¹³³ Para más detalles sobre la purga, véase Thomas T. Alisen, «The Rise of the Mongolian Empire and Mongolian Rule in North China», en *The Cambridge History of China*, vol. 6, *Alien Regimes and Border States, 907-1368*, ed. Herbert Franke y Denis Twitchett, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1994, p. 394.

dimensión verdaderamente global, pues se desarrollaron desde China y Mongolia por el este, hasta Afganistán por el sur, y Persia e Irak por el oeste. Incluso los dignatarios de mayor rango, como el caudillo de los uigures, fueron ejecutados, pero a quien se infligió el mayor daño fue a la propia Familia Dorada. Mongke parecía decidido a erradicar a todos los partidarios de las familias de sus difuntos tíos Chagatai y Ogodei. Capturó la ciudad de Karakorum y el territorio circundante arrebatándoselo a los descendientes de Ogodei. De una punta a otra del imperio, los soberanos y los dignatarios que tuvieron la suerte de no ser castigados por los tribunales nombrados al efecto, tuvieron que viajar a Karakorum y presentarse al nuevo kan, esperar a que fueran examinadas sus credenciales de lealtad, y enfrentarse al eventual peligro de ser castigados. Los dignatarios que sobrevivieron a la prueba fueron restablecidos en sus puestos. Tras llevar a cabo la amplia y sangrienta purga del linaje de Ogodei, Mongke Khan promulgó una amnistía general de los cautivos y presos de carácter no político.

Era evidente que el poder había pasado al linaje de Tolui. Sorjojtani había aplastado los últimos obstáculos que se oponían al poder de sus hijos, y murió sabiendo que sus cuatro vástagos no tenían que temer ninguna otra amenaza procedente de ninguna otra rama de la Familia Dorada. La mejor descripción que se hiciera de los logros que alcanzó es la que efectuara el escritor Bar Hebreo, cuando dice que «si llegara a ver entre el género femenino otra mujer como ésta,

diría que la raza de las mujeres es superior a la de los varones»¹³⁴. Nadie en toda la historia universal había entregado a sus descendientes un imperio tan vasto y tan rico como el que ella legara a sus hijos, pero a los pocos años de su muerte, sus cuatro vástagos empezarían a desmembrarlo.

En una fecha desconocida, pero próxima en cualquier caso a la fiesta mongola de Año Nuevo, en febrero de 1252, durante los últimos días del año del Cerdo o los primeros del año de la Rata, falleció Sorjojtani. Con su muerte, llegó a su fin la década de mujeres gobernantes que se iniciara en 1241. A pesar de sus rivalidades, aquellas mujeres añadieron una buena dosis de talento exterior, por lo demás sumamente necesario, al círculo más íntimo del gobierno mongol, y proporcionaron al imperio unos nuevos fundamentos con el apoyo que prestaron al establecimiento de monasterios y escuelas, a la impresión de libros, y al intercambio de ideas y conocimientos. Tras la reanudación de la guerra mundial mongola por parte de los varones, al final serían las nuevas instituciones creadas por estas mujeres las que tendrían el mayor impacto en el mundo situado dentro y fuera del Imperio mongol. Pero el pleno florecimiento de dichas instituciones debería aguardar a que se produjera una nueva oleada de guerras.

La ascensión de Mongke al cargo de gran kan del Imperio mongol en

¹³⁴ Morris Rossabi, «The Reign of Khubilai Khan», en *The Cambridge History of China*, vol. 6, *Alien Regimes and Border States, 907-1368*, ed. Herbert Franke y Denis Twitchett, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1994, p. 414.

1251 se produjo casi un cuarto de siglo después de la muerte de su abuelo, Genghis Khan, acontecida en 1227. En una frase que resume el carácter de su administración y de la sobria personalidad de que lo había imbuido su madre, diría de sí mismo: «Sigo las leyes de mis antepasados. No imito los modos de otros países»¹³⁵. Fue un hombre serio que no mostró ni la frivolidad de Ogodei ni la crueldad de Guyuk, y que, caso prácticamente único entre los miembros de la Familia Dorada, evitó la destructiva lacra del alcoholismo.

Con el fin de dar mayor legitimidad a su posición como gran kan del Imperio mongol y de reescribir la historia para acomodarla mejor a sus necesidades, en 1252 honró retrospectivamente a su padre con el título de gran kan. Lo hizo poniendo el pretexto legal de que, en su calidad de hijo menor y, por lo tanto, *Otcbiguen* o príncipe del hogar, Tolui tenía derecho a heredar los títulos de su difunto padre y su tierra natal.

Con el fin de asegurar su territorio, Mongke volcó su atención en la ciudad de Karakorum, la ciudad que ahora reclamaba como suya y que durante veinte años había constituido el centro y el símbolo del poder de la familia de Ogodei. Mongke, sin embargo, pretendía transformar la modesta ciudad de manera que dejara de ser la sede de la estirpe de Ogodei para convertirse en auténtica capital del Imperio mongol. Antes de que Ogodei fundara Karakorum, la

¹³⁵ Thomas T. Alisen, *Mongol Imperialism: The Policies of the Grand Qun Mongke in China, Russia, and the Islamic Tands, 1251-1259*, Berkeley, University of California Press, 1987, p. 36.

comarca había pertenecido a los keraítas y en concreto a Ong Khan y a su familia, a la que pertenecía Sorjojtani, su madre y sobrina de Ong Khan.

Mongke necesitaba imprimir su sello a la capital y, como Ogodei había utilizado ya arquitectos chinos y persas, él decidió recurrir a los artesanos cristianos capturados durante la campaña europea en la que participó. Aunque no mostrara demasiado aprecio por la arquitectura europea, la habilidad técnica de los metalúrgicos cristianos lo había impresionado. Cuando su ejército conquistó la ciudad de Belgrado, apresó a Guillaume Boucher, un orfebre de París¹³⁶. Debido a su habilidad en la fabricación de objetos religiosos cristianos, Boucher había sido entregado a Sorjojtani y, cuando ésta murió, el orfebre pasó a pertenecer al hermano menor de Mongke, Arik Boke. Mongke escogió a Boucher, junto con un equipo de otros cincuenta artesanos auxiliares, para dar un exótico aire europeo a la capital mongola, y lo hizo con un estilo irresistible y al mismo tiempo peculiar, que dejaría atónitos a cuantos visitaran su corte.

Los embajadores llegados a la corte de Mongke en Karakorum comentaban que en su palacio había un insólito artefacto. En medio del patio se erguía un gran árbol tallado en plata y otros metales preciosos que destacaba sobre todo el entorno, pues sus ramificaciones se extendían hasta el interior del edificio y a lo largo

¹³⁶ Para más información sobre este orfebre, véase Leonardo Olschki, *Guillaume Boucher: A French Artist at the Court of the Khans*, Nueva York, Greenwood, 1946, p. 5.

del techo. Frutos de plata colgaban de sus ramas y tenía cuatro serpientes de oro enroscadas al tronco. En la copa del árbol se elevaba un ángel triunfante, hecho asimismo de plata, que sostenía una trompeta en sus manos. Un complicado sistema de tubos neumáticos existente en el interior del árbol permitía que unos criados invisibles soplaran en ellos y los manipularan de forma que se produjeron aparentes actos de magia. Cuando el kan deseaba que se sirvieran bebidas a sus invitados, el ángel mecánico se llevaba la trompeta a los labios y la hacía sonar; en ese momento de las bocas de las serpientes manaba una fuente de bebidas alcohólicas que se derramaban en grandes recipientes de plata dispuestos a los pies del árbol. Por cada tubería corría un líquido distinto: vino, *airak* negro, vino de arroz e hidromiel.

Las cuatro serpientes del Árbol de Plata de Karakorum simbolizaban las cuatro direcciones por las que se extendía el Imperio mongol, del mismo modo que las cuatro bebidas alcohólicas derivaban de productos procedentes de civilizaciones exóticas y distantes: uvas, leche, arroz y miel. Los árboles eran raros en la estepa, pero tenían un papel más importante en la tierra natal de Genghis Khan y en los orígenes de su familia mongola. Según la historia oral de este pueblo, el primer antepasado que intentó unir a las tribus mongolas fue nombrado kan al pie de un árbol en la estepa de Jorjonag, y fue en esa misma zona donde Temuyín y Yamuka prestaron juramento como *andas* después de la batalla contra los merkitas. Todo este artefacto constituía un espectacular y emotivo recordatorio de los orígenes de los mongoles y de su misión de conquistar el mundo en

las cuatro direcciones. Mongke cumplía con su obligación de poner todas las cosas bajo el dominio del estado mongol, que se erguía como un enorme árbol en medio del universo. Mongke Khan consideraba que aquella misión era literalmente el destino de su nación y que su responsabilidad era conseguir que así fuera.

Como una muestra más de la orientación más occidental que pretendía dar a su imperio, el cristianismo recuperó temporalmente en la corte de Mongke el ascendente del que había gozado en otros tiempos, tendencia que se vio reforzada por el gran número de esposas cristianas existentes en la Familia Dorada y por la constante lealtad mostrada al imperio por naciones cristianas como Georgia y Armenia. Ya a finales de 1253, año del Buey, el monje franciscano Guillermo de Rubruck llegó a la corte mongola como enviado del rey de Francia. En sus escritos encontramos una intrigante descripción, no siempre demasiado detallada, de las rivalidades existentes entre los cristianos y las demás religiones de la corte de Mongke. Rubruck tuvo la oportunidad de ver cómo celebraba la Navidad la corte de los mongoles, aunque su papel se limitara prácticamente a cantar para ellos el *Vertí, Sánete Spiritus*. Mongke Khan y su esposa asistieron a misa en la iglesia, sentados los dos en un diván dorado enfrente del altar. En consonancia con la tradición cristiana asiria, el interior del templo carecía prácticamente de decoración y de imágenes, pero el techo estaba tapizado de seda, para dar al edificio la sensación y la apariencia de una *ger* mongola. Después de la misa, el kan habló durante un rato de religión con los sacerdotes. Cuando abandonó la iglesia, su

esposa se quedó a repartir regalos de Navidad a todo el mundo. Regaló a Rubruck unos paños, pero él se negó a aceptarlos. Al parecer, la katun no comprendió el supuesto desaire que se le hacía, pues el intérprete de Rubruck se quedó con el manto y luego lo revendió en Chipre.

Tras el reparto de regalos, dio comienzo la celebración navideña con la degustación de vino tinto, cerveza de arroz y el omnipresente *airak* mongol. Los embajadores franceses tuvieron que cantar una vez más para la katun. Por último, tras unas cuantas rondas de bebida, llegó la comida de Navidad, consistente en grandes bandejas de carne de cordero y de carpa, manjares que Guillermo comenta despectivamente que fueron servidos sin sal ni pan. «Comí un poco. De ese modo pasaron el tiempo hasta el anochecer»¹³⁷. La misa de Navidad y el banquete terminaron cuando «la señora, borracha ya, subió en una carreta, en medio de los cánticos y los alaridos de los sacerdotes, y se marchó».

Los cristianos mongoles hacían hincapié en la asociación de Dios con la luz, particularmente con la Luz Dorada sagrada de su mitología, y relacionaban a Jesús con las curaciones y el triunfo de la vida sobre la muerte. A pesar de compartir la misma religión, Guillermo de Rubruck lamentaba la influencia de los cristianos asirios, armenios y ortodoxos en la corte mongola. Como, a su

¹³⁷ Guillermo de Rubruck, «The Journey of William of Rubruck», en *The Mongol Mission: Narratives and Letters of the Franciscan Missionaries in Mongolia and China in the Thirteenth and Fourteenth Centuries*, ed. Christopher Dawson, Nueva York, Sheed & Ward, 1955, p. 163.

juicio, todos los no católicos eran herejes, llamaba despectivamente a los fieles mongoles de la Iglesia asiria nestorianos, en alusión a Nestorio, el patriarca de Constantinopla del siglo V condenado por hereje en el Concilio de Éfeso de 431. Entre las creencias asirias que Guillermo consideraba heréticas estaba la de que la Virgen María era la madre de Cristo, pero no la madre de Dios. Los nestorianos también se diferenciaban de los católicos en su tenaz negativa a representar a Cristo en la cruz, por considerarlo una violación de los tabúes mongoles relativos a la representación de la muerte y la sangre. Aun admitiendo que eran cristianos, los mongoles no veían en su religión su principal seña de identidad. Como señalaba un general mongol seguidor del cristianismo, él no era cristiano, era mongol.

Tras hacer esperar varios meses al embajador francés, Mongke lo recibió por fin oficialmente el 24 de mayo de 1254. Guillermo de Rubruck hizo saber a los dignatarios que conocía la palabra de Dios y que había venido hasta allí para propagarla. Ante los representantes de las distintas religiones allí reunidos, el kan le pidió que les explicara a todos la palabra de Dios. Rubruck balbució unas cuantas frases y subrayó la importancia que para los cristianos tenía el mandamiento que dice «Amarás a Dios sobre todas las cosas», ante lo cual un clérigo musulmán le preguntó con incredulidad: «¿Hay algún hombre que no ame a Dios?».

Guillermo respondió: «Los que no guardan sus mandamientos no lo aman».

Otro clérigo le preguntó: «¿Acaso has estado en el cielo, tú que

conoces los mandamientos de Dios?». Basándose en lo que se desprendía de cuanto les decía Guillermo acerca de los mandamientos de la Ley de Dios, le preguntó directamente en tono desafiante: «¿Acaso quieres decir que Mongke Khan no guarda los mandamientos de Dios?».

La discusión siguió adelante durante algún tiempo y, según la versión del propio Guillermo de Rubruck, es evidente que no siempre salió muy bien parado de aquella controversia tan desabrida. No estaba acostumbrado a celebrar debates con gentes que no compartían sus ideas fundamentales, los principios del cristianismo católico. Evidentemente, Mongke Khan se dio cuenta de los problemas que tenía y sugirió que los sabios allí congregados se tomaran el tiempo necesario y escribieran sus pensamientos con más claridad, volviendo más tarde para realizar una discusión y un debate a fondo de todas aquellas cuestiones.

A los mongoles les gustaban las competiciones de todo tipo, y organizaban debates entre las religiones rivales del mismo modo que organizaban combates de lucha. El debate dio comienzo en una fecha concreta con un tribunal de jueces encargado de supervisarlo. En este caso, Mongke Khan les ordenó celebrar la discusión ante tres jueces: uno cristiano, uno musulmán y otro budista. Se congregó una gran muchedumbre para contemplar el espectáculo, que comenzó con gran seriedad y formalidad. Un funcionario expuso las severas normas que, según el kan, debían regir el debate: so pena de muerte, «nadie osará pronunciar palabras destempladas».

Guillermo de Rubruck y los demás cristianos formaron un equipo

con los musulmanes, deseosos todos de refutar las doctrinas budistas. Al reunirse aquellos hombres ataviados con sus túnicas y adornos en las tiendas plantadas en las polvorientas llanuras de Mongolia, hicieron algo que no había hecho nunca en la historia ningún otro grupo de sabios ni teólogos. Es dudoso que los representantes de tantos tipos distintos de cristianismo coincidieran con anterioridad en una misma asamblea, y desde luego no habían debatido nunca en pie de igualdad con representantes de las diversas confesiones musulmanas y budistas. Los especialistas en materia religiosa debían competir basándose en sus ideas y creencias, sin usar las armas ni la autoridad de ningún príncipe ni ningún ejército que los respaldara. Sólo podían emplear las palabras y la lógica para demostrar la capacidad de persuasión de sus ideas. En la primera ronda, Guillermo se enfrentó a un budista del norte de China que empezó preguntando cómo había sido creado el mundo y qué le pasaba al alma después de la muerte. Guillermo respondió que el monje budista se equivocaba al plantear esas preguntas; la primera cuestión debía versar sobre Dios, del que derivan todas las cosas. Los árbitros concedieron los primeros puntos al franciscano.

El debate versó sobre los temas del mal frente al bien, sobre la naturaleza de Dios, sobre lo que les sucede a las almas de los animales, sobre la existencia de la reencarnación, y sobre si Dios había creado o no el mal. A medida que avanzaba el debate, los clérigos fueron formando coaliciones cambiantes entre las diversas religiones, según el tema tratado en cada momento. En los

combates de lucha, entre una ronda y otra los atletas mongoles bebían leche de yegua fermentada; en consonancia con esta tradición, después de cada ronda del debate, los eruditos hacían una pausa para beber tranquilamente mientras se preparaban para el siguiente duelo.

Parece que ningún bando convencía de nada a su adversario. Por último, cuando los efectos del alcohol se hicieron más evidentes, los cristianos dejaron de intentar persuadir a sus oponentes utilizando argumentos lógicos y recurrieron al canto. Los musulmanes, que no cantaban, reaccionaron poniéndose a recitar en voz alta el Corán en su afán de apagar las voces de los cristianos, y los budistas se retiraron a una meditación silenciosa. Al final del debate, incapaces de convencer ni de matar a sus adversarios, los participantes en el reto acabaron como solían acabar las celebraciones mongolas, es decir, todo el mundo demasiado borracho para tenerse en pie.

Mientras los clérigos discutían en Karakorum, en otras partes del mundo, fuera del Imperio mongol, sus correligionarios se dedicaban a matarse a golpe de espada unos a otros o a quemarse en la hoguera. Casi al mismo tiempo que tenía lugar el debate de Guillermo de Rubruck en Mongolia, su señor, el rey Luis IX de Francia, se dedicaba a requisar todos los textos talmúdicos y demás libros judíos. El piadoso monarca hizo una pila con todos los manuscritos hebreos que encontró y los mandó quemar. Mientras Guillermo de Rubruck estaba ausente de Francia, sus compatriotas hicieron pasto de las llamas unos doce mil manuscritos y libros judíos decorados con miniaturas. Por este y otros grandes servicios

prestados a la difusión del evangelio de Jesucristo, su Iglesia canonizó al soberano francés y lo convirtió en san Luis, haciendo de él una figura venerable al que los buenos cristianos debían emular y al que podían rezar para que hiciera de intermediario entre Dios y los hombres.

Por esa misma época, en los reinos cristianos y musulmanes, los gobernantes hacían de la intolerancia religiosa la política oficial de sus estados. Al ver frustrados sus intentos de conquistar Tierra Santa o de extenderse por la Europa oriental, la Iglesia católica inició una fase de mayor intolerancia para con las diferencias religiosas en el ámbito doméstico. En 1255 la Iglesia reconoció la legitimidad de torturar a los sospechosos de tener creencias heréticas, y algunos clérigos, especialmente los dominicos, empezaron a viajar de ciudad en ciudad para descubrirlos y torturarlos. Hasta entonces las autoridades civiles habían utilizado el tormento para interrogar a los sospechosos de haber cometido un delito, a los traidores y a los prisioneros de guerra, pero los sacerdotes se habían abstenido de infligir ningún tipo de tortura por motivos religiosos.

Pocos días después de la celebración del debate en Karakorum, Mongke Khan convocó a Guillermo de Rubruck para despedirlo y hacerlo volver al país del que había venido. Aprovechó la ocasión para explicar al fraile, y a través de él a los príncipes europeos, que el gran kan no pertenecía a ninguna religión en exclusiva, y dio una lección a Guillermo acerca de las ideas mongolas en torno a la tolerancia y la bondad: «Los mongoles creemos en un solo Dios, por

el que vivimos y morimos y para con el cual tenemos un corazón recto». Comentó entonces que, «como Dios ha dado diferentes dedos a la mano, así ha dado también diferentes maneras de ser a los hombres. A ti Dios te ha dado las Escrituras y los cristianos no las observáis». Citó como prueba el hecho de que los cristianos ponían celosamente el dinero por delante de la justicia. A continuación, añadió que en vez de Escrituras, Dios había dado a los mongoles hombres santos, los chamanes. En la vida cotidiana, «hacemos lo que nos dicen y vivimos en paz» unos con otros.

Mongke Khan envió además una carta al rey Luis IX de Francia. Contenía un mensaje muy sencillo: en el cielo no había más que un solo Dios eterno, y en la tierra no había más que un solo señor, Genghis Khan, el Hijo de Dios, y sus descendientes, que gobernaban el Imperio mongol. Al margen de esta retórica mesiánica, añadida a la muerte de Genghis, el principal mensaje seguía siendo el mismo que había formulado el fundador del Imperio mongol durante sus últimos años de vida. Cuando todo el mundo se sometiera al dominio tolerante de los mongoles, «por el poder del Dios eterno, el mundo entero, desde donde nace el sol hasta el ocaso, estaría unido, contento y en paz». Pero Mongke advertía a los franceses y a todos los cristianos que «si cuando oigáis y entendáis la orden del Dios eterno no estáis dispuestos a atenderla y creerla, diciendo: “Nuestro país está muy lejos, nuestras montañas son poderosas, nuestro mar es muy vasto”, y en esta creencia traéis un ejército contra nosotros, sabremos muy bien lo que tenemos que hacer».

A pesar del examen teológico al que fue sometido Rubruck, el

interés de Mongke por su persona era ante todo diplomático y comercial, no religioso. Bajo su mandato, toda la energía del estado y de la Familia Dorada se dirigió de nuevo hacia las primitivas empresas que Genghis había dejado inacabadas: la conquista de la dinastía Song y de los estados árabes de Oriente Medio. Con el fin de enderezar el imperio y ponerlo de nuevo en la senda debida, Mongke ordenó elaborar una serie de censos en los que se recogiera el número de personas y animales que había en el imperio, así como el de huertos, granjas y demás bienes. Las autoridades locales facilitaron a Karakorum la información pertinente en grandes registros que proporcionaron al emperador un cuadro demográfico y económico muy detallado de sus enormes dominios. El gran kan utilizó dicha información para planificar su política, organizar el sistema fiscal, y reclutar soldados y mano de obra. Su control centralizado de la información le confería un poder muy elevado en la esfera local y le permitía una mayor supervisión de los funcionarios regionales y comarcales.

Para reanudar las campañas bélicas, Mongke necesitaba estabilizar la economía, controlar los gastos del gobierno, y hacer frente a la enorme deuda acumulada por Guyuk y los administradores de la década anterior. Durante su breve y desastroso reinado, Guyuk había adquirido ingentes cantidades de bienes a cambio de pagarés con la promesa de que el mercader podría convertir el papel en oro o plata cuando lo necesitara. Una vez muerto, muchos dignatarios y consejeros locales no quisieron seguir haciendo efectivos aquellos recibos firmados por el anterior kan. Mongke, sin embargo, se dio

cuenta astutamente de que si no se hacía cargo de esas obligaciones financieras, lo único que conseguiría sería que los mercaderes y otros extranjeros fueran reacios a seguir haciendo negocios con los mongoles. La decisión de Mongko Khan de saldar esas deudas llevaría a Yuwaini a preguntarse: «¿Y en qué libro de historia se ha leído o se ha oído decir [...] que un rey pagara las deudas de otro rey?»¹³⁸.

En un mundo comercial todavía no acostumbrado a manejar el papel moneda¹³⁹, Mongke se dio cuenta de la importancia que tenía reforzar la fe en el sistema monetario y la pureza del mismo. Genghis Khan había autorizado el empleo del papel moneda apoyándose en las reservas de metales preciosos y de seda poco antes de su muerte en 1227. Esta práctica se incrementaría de manera desigual durante los años siguientes, pero en tiempos de Mongke Khan se hizo preciso limitar la provisión de papel moneda, mientras que no fue necesario hacer lo mismo con las monedas de oro y plata. Mongke se dio cuenta de los riesgos que habían corrido los gobiernos anteriores, que habían emitido papel moneda y deuda pública *ad hoc*, y en 1253 creó un Departamento de Asuntos Monetarios encargado de controlar y estandarizar la emisión de papel moneda. El superintendente de esta sección centralizaba el control para impedir la excesiva emisión de papel y la erosión de su

¹³⁸ Yuwaini, *Genghis Khan*, p. 604.

¹³⁹ Para más detalles sobre el sistema monetario mongol, véase Alisen, *Mongol Imperialism*, pp. 171-188, y Alisen, «Rise of the Mongolian Empire», p. 402.

valor debido a la inflación.

Los mongoles permitían a las distintas naciones dominadas por ellos seguir acuñando moneda con las denominaciones y los pesos usados tradicionalmente por cada una, pero establecieron una medida universal basada en el *suje*, lingote de plata dividido en quinientas unidades, al cual estaban vinculadas todas las monedas locales. Esta estandarización de las diversas monedas respecto al *suje* facilitaba los problemas de contabilidad y de cambio de moneda tanto a los mercaderes como a la administración. Así pues, la estandarización de la moneda permitió al kan monedar los impuestos en vez de tener que admitir el cobro de tributos en especie, que además variaban de un lugar a otro. A su vez, el hecho de monedar permitió la estandarización de los trámites presupuestarios de la administración imperial, pues en vez de cobrar impuestos en especie, los mongoles empezaron a percibirlos cada vez más a menudo en dinero. En lugar de apoyarse en funcionarios del gobierno para recaudar y redistribuir los tributos cobrados en especie (grano, flechas, seda, pieles, aceite y otros productos), el gobierno fue acostumbrándose cada vez más a los movimientos de dinero. Por primera vez, pudo utilizarse una sola unidad de cuenta desde China hasta Persia. Mientras los mongoles mantuvieran el control de la moneda, podían dejar a los mercaderes asumir la responsabilidad del movimiento de productos comerciales sin riesgo de pérdida de poder para el gobierno.

En la primavera de 1253, con las finanzas del gobierno perfectamente saneadas, Mongke Khan convocó a sus hermanos y a

su familia más cercana a Karakorum para celebrar una pequeña *juriltai* cuya finalidad era la planificación de su nueva política y sus nuevas empresas. Ahora que ejercían un férreo control del núcleo del Imperio mongol, ¿qué debían hacer con él? Las familias de los dos hijos de Genghis Khan, Ogodei y Chagatai, habían sido aplastadas y privadas de la mayor parte de sus posesiones. A la tercera rama de la familia, los descendientes de Yochi, con los que Sorjojtani había establecido aquella alianza tan eficaz, se les había concedido la independencia para que gobernaran Rusia y los territorios europeos como les pareciera conveniente. Mongke Khan estaba dispuesto a reanudar la expansión del Imperio mongol, pero intentó hacerlo de modo que la operación resultara beneficiosa fundamentalmente para él y para sus hermanos, más que para sus numerosos primos, los demás nietos de Genghis.

A pesar de su afición por los artilugios y diseños europeos, Mongke no mostró el menor interés por lanzar una nueva campaña en esa dirección. Volvió a las dobles campañas de su abuelo, contra la dinastía Song del sur de China y contra la civilización musulmana de árabes y persas. Mongke encargó a Hulegu, aquel de sus hermanos que tenía mejor preparación militar, ponerse al frente del ejército de la derecha para atacar las ciudades árabes de Bagdad, Damasco y El Cairo. Encomendó a Kublai, que, pese a su falta de experiencia militar, poseía un profundo conocimiento de la cultura china, la dirección del ejército de la izquierda con el fin de conquistar las tierras de la dinastía Song. Como gran kan, Mongke permanecería en el centro, en Mongolia, mientras que Arik Boke, su

hermano menor y por lo tanto príncipe del hogar para su familia, se quedaba en casa para ayudarlo en la administración del imperio. En mayo de 1253 Hulegu y Kublai se pusieron en marcha dispuestos a concluir las dos conquistas planeadas por su abuelo y reafirmadas ahora por su hermano mayor.

Según era habitual que hicieran los mongoles cuando preparaban una invasión, Hulegu ya había enviado por delante algunas tropas a Asia central para que fueran despejando el camino y aseguraran al grueso del ejército un buen aprovisionamiento de pastos cuando pasara por la zona. Hulegu permitió a su vanguardia probar la valía de las fuerzas enemigas y entablar negociaciones diplomáticas con potenciales aliados antes de que se hiciera visible la amenaza de su gran ejército. El grueso de sus fuerzas se reunió en verano para engordar a los caballos y, siguiendo el estilo tradicional de los mongoles, no iniciaría la campaña hasta el invierno. A diferencia de los guerreros de Genghis Khan, acostumbrados a moverse con la rapidez del rayo y a lanzarse contra las ciudades musulmanas en varias direcciones a la vez, Hulegu avanzó deliberadamente más despacio y de manera ostentosa. Iba al frente no sólo de un ejército, sino de todo un imperio nómada. Disponía de un cuerpo de ingenieros chinos mucho más numeroso que el de su abuelo y además lo había incrementado con artesanos europeos capaces de construir puentes y fabricar catapultas y otras máquinas de guerra. Llevaba asimismo consigo un cuerpo médico mucho más numerosos y más escribas y funcionarios encargados de la gestión de un ejército tan grande. A diferencia de los guerreros de su abuelo, que

se alimentaban de lo que iban encontrando sobre la marcha, llevaba consigo caravanas de carretas cargadas de trigo, arroz y vino para dar de comer a los diversos tipos de hombres de armas que tenía a su mando.

Para Hulegu, el objetivo final era conquistar la capital cultural y financiera del mundo árabe, Bagdad, pero para ello tenía primero que reafirmar la autoridad mongola en varias zonas rebeldes que se interponían en su camino. La más difícil de estas misiones era conquistar las fortalezas de los ismailíes nizaríes, una secta herética chiíta más conocida en Occidente con el nombre de los Asesinos. Se habían retirado a casi cien fortalezas de montaña inexpugnables que se extendían desde Afganistán hasta Siria, la más importante de las cuales era Alamut, el Nido del Águila, al norte de Persia. Los miembros de la secta seguían sin rechistar las órdenes de su líder hereditario, que recibía numerosos títulos, como el de imán, gran maestro, o anciano de las montañas. Como creían que el Imán había sido elegido por Dios, lo consideraban infalible; no necesitaba educación alguna, pues se pensaba que, por extraño que pudiera parecer a los mortales, todo lo que hacía había sido inspirado por Dios. Sus seguidores aceptaban de él todo tipo de actos aparentemente irracionales, las frecuentes modificaciones de la ley, o incluso la revocación de preceptos sagrados como prueba de los planes de Dios para la humanidad.

Pese a la falta de un ejército convencional, la secta de los ismailíes ejerció un poder político tremendo por medio de un sistema de terror y asesinatos sumamente sofisticado, y el carácter secreto del

grupo y sus éxitos fomentaron el desarrollo de muchos mitos, circunstancia que, incluso hoy día, dificulta averiguar la verdad. La secta tenía, según parece, una estrategia política muy sencilla y eficaz: matar a todos aquellos, especialmente líderes y personajes poderosos, que se opusieran de cualquier modo a sus designios. Reclutaban a jóvenes dispuestos a morir en sus ataques, convencidos de que lograrían entrar inmediatamente en el paraíso como mártires del islam. Las fuentes chinas, persas y árabes cuentan todas la misma versión del modo en que los jóvenes eran atraídos con grandes cantidades de hachís y otros placeres terrenales, cuyo disfrute los aguardaba en los jardines especiales de los castillos y fortalezas de la secta. Aquello no era más que un anticipo del paraíso que los esperaba si morían al servicio del gran maestro. Éste los adiestraba y los controlaba con un aprovisionamiento constante de hachís, para asegurarse su obediencia y conseguir que no tuvieran miedo a nada. Debido supuestamente a la importancia que tenían las drogas para los ismailíes, las gentes de su entorno los llamaban *hashshashin*, palabra que significa «consumidores de hachís». Con el tiempo, este nombre se modificó y dio lugar a nuestro término «asesinos»¹⁴⁰. Independientemente de que aquellos asesinos utilizaran realmente o

¹⁴⁰ Dante fue uno de los primeros autores europeos en utilizar la palabra por escrito. Aparece en el libro XIX de la *Divina Comedia*, y su empleo pone de manifiesto que esperaba que el lector conociera perfectamente su significado: «Io stava come il frate che confessa / Lo perfido assassin...» («Yo estaba como el fraile que confiesa / Al pérfido asesino...»).

no el hachís como fuente de inspiración, el nombre se propagó a numerosas lenguas para designar a los autores de la muerte de una persona, especialmente de alto rango.

Anteriormente, en tiempos de la primera invasión de la región por Genghis Khan, el gran maestro se había mostrado dispuesto a jurar obediencia a los mongoles. Durante las décadas sucesivas, los Asesinos prosperaron en medio del vacío de poder creado por la derrota del sultán túrquico de Jorezm a manos de Genghis Khan y la posterior retirada del grueso de las tropas mongolas. Cuando Mongke Khan subió al trono, los Asesinos temieron que el regreso de un gran ejército mongol supusiera un perjuicio para el poder que acababan de obtener. En lo que acaso no sea más que un pretexto para justificar el ataque de Hulegu, algunos cronistas dicen que el gran maestro envió una delegación a Karakorum con la misión aparente de rendir pleitesía al gran kan, aunque en realidad sus integrantes habían sido adiestrados para matarlo. Los mongoles los hicieron dar marcha atrás e impidieron el asesinato, pero por eso mismo Mongke decidió aplastar a la secta para siempre y arrasar sus fortalezas.

Antes de que el ejército de Hulegu llegara a las plazas fuertes de los Asesinos, el gran maestro, entregado al alcohol y a todo tipo de excesos, perdió la vida a manos de algunos miembros disgustados de su séquito, siendo sustituido por su hijo, personaje igualmente incapaz. Hulegu sopesó la dificultad de conquistar uno por uno aquellos castillos tan bien fortificados, e ideó un plan más sencillo y directo a la vez. Debido al sagrado papel desempeñado por el gran

maestre, Hulegu concentró sus esfuerzos en capturarlo utilizando una combinación de poderío militar incontestable y la oferta de mostrarse compasivo con él en caso de que se rindiera. Los mongoles bombardearon la fortaleza ismailí y demostraron que eran capaces de escalar los lugares más escarpados y coger por sorpresa a sus defensores. La combinación de fuerza, potencia de fuego y la propuesta de clemencia funcionó y el 19 de noviembre de 1256, primer aniversario de su ascensión al poder, el imán se rindió a los mongoles.

Una vez que tuvo al imán en sus manos, Hulegu lo hizo desfilar de castillo en castillo por el territorio de los ismailíes para que ordenara a sus seguidores que se rindieran. Con el fin de asegurarse la colaboración del imán y mantenerlo contento hasta el final de la campaña, Hulegu no tuvo inconveniente en soportar su obsesiva afición a contemplar peleas de camellos y el acto de apareamiento de estos mismos animales, suministrándole además doncellas sin cesar. En la primavera de 1257, una vez conquistados los castillos de los asesinos, el imán se dio cuenta de que había dejado de resultar útil a los mongoles y pidió permiso para trasladarse a Karakorum y visitar al gran kan Mongke, acaso con el fin de elaborar algún plan que le permitiera salvar la vida. Hulegu dispuso todo lo necesario para que emprendiera el largo viaje hasta Mongolia, pero una vez en la capital, Mongke se negó a recibirlo. Por el contrario, la escolta mongola se llevó al imán y a su séquito a las montañas que circundaban Karakorum y los mataron a todos a patadas.

Tras aniquilar a los Asesinos, el ejército de Hulegu tuvo expedito el camino hacia Bagdad, la ciudad más populosa y más rica del mundo musulmán. Si los ismailíes suponían una especie de frontera, de anillo terrorista del mundo islámico, la gran metrópoli de Bagdad, a orillas del Tigris, constituía el centro del mismo, y podríamos decir que era la Madre de todas las Ciudades. La Meca, en el centro de Arabia, seguía siendo la ciudad sagrada del islam, pero se encontraba demasiado lejos de los núcleos de población para convertirse en un centro político o comercial importante. Con la fundación de Bagdad en 762, apenas un siglo después de la creación de la Hégira, el mundo árabe encontró su foco metropolitano bajo la autoridad de los califas de la dinastía abasí, que gobernaban como soberanos titulares de todo el mundo musulmán. En aquellos momentos el califa reinaba como trigésimo séptimo sucesor del profeta Mahoma y así, además de ser la autoridad secular más poderosa del mundo islámico, ocupaba el puesto de líder simbólico de todos los musulmanes. Prácticamente era una mezcla de Papa y emperador a la vez.

Bagdad era la ciudad de Sherezade, la legendaria contadora de cuentos de *Las mil y una noches*, y durante quinientos años las riquezas del mundo musulmán habían afluído a la ciudad, en la que los califas las habían dilapidado en la construcción de palacios, mezquitas, escuelas, jardines particulares, y fuentes públicas. Bagdad era una ciudad provista de lujosos baños y bulliciosos bazares. Además de satisfacer las necesidades de la mayoría musulmana, la ciudad constituía un centro religioso para

numerosos cristianos, que habían levantado en ella iglesias, y un centro cultural para los judíos, que habían construido numerosas sinagogas y escuelas. La metrópoli se extendía a una y otra orilla del río Tigris, unidas por un puente, y el corazón de la ciudad estaba protegido por sólidas murallas.

Según los usos clásicos de la diplomacia mongola, antes de lanzar su ataque contra el califa, Hulegu envió a unos legados con una lista de las quejas legales que tenía contra él. Acusaba al califa de no haberle mandado tropas para ayudarlo a acabar con la secta de los Asesinos ismailíes, aunque en otro tiempo había jurado lealtad a Genghis Khan. A juicio de los mongoles, el califa era un vasallo tan rebelde como el imán, y posiblemente se enfrentara a su mismo destino. Si no expiaba de inmediato sus faltas rindiéndose a la dominación mongola, Hulegu lo amenazaba con conquistar su ciudad y hacerlo cautivo. Parece que el califa fue tan incapaz de comprender el peligro que suponían los mongoles como lo fuera el imán, y se burló de las que consideró insolentes exigencias mongolas. Proclamó orgullosamente que todo el mundo islámico se levantaría para defender la independencia del califa y que no permitiría que un pueblo infiel ocupara Bagdad, la capital de los árabes. Juró que los musulmanes de zonas tan apartadas como el Magreb, en la costa atlántica de Marruecos, vendrían a matar a los invasores mongoles si persistían en su campaña. Ni Dios, ni el pueblo musulmán, aseguraba jactanciosamente, permitirían que Bagdad cayera en manos de los infieles.

En noviembre de 1257, convencido de que el califa no hablaba, ni

mucho menos, en nombre de Dios ni de la población musulmana en su totalidad, Hulegu emprendió la marcha hacia Bagdad. Se acercó con más cautela que su abuelo, pero provisto de las mismas estrategias y tácticas mongolas cuya eficacia estaba perfectamente probada ya. Para incrementar sus fuerzas, mandó llamar a las tropas de los estados vasallos de Armenia y Georgia, así como a numerosas tribus túrquicas. De ese modo, mientras el grueso del ejército se acercaba formando un extenso arco por el norte y el este, las demás tropas se aproximaban por el norte y el oeste. Aunque históricamente los ríos Tigris y Éufrates habían hecho las veces de barreras naturales frente a los ataques extranjeros lanzados contra Mesopotamia, los mongoles se movieron fácilmente cruzando los ríos en un sentido y otro por medio de puentes de barcas. En su avance, los ejércitos invasores ponían en fuga a la población indígena, que salía en desbandada buscando refugio en la ciudad fortificada. La última semana de enero de 1258, los ejércitos invasores ya habían rodeado la capital y ocupado los populosos barrios situados extramuros, llenando al máximo el recinto de la ciudad de refugiados.

Antes de comenzar el ataque, Hulegu intentó sacar provecho de las divisiones políticas, religiosas y étnicas existentes en Bagdad entablando relaciones secretas con la colonia cristiana. Como su madre y sus dos esposas eran cristianas, al igual que muchos de sus hombres, Hulegu había establecido contactos con las comunidades cristianas de todo Oriente Medio, a las que inspiraba respeto, y había mantenido buenas relaciones con sus reinos

vasallos de religión cristiana, Georgia y Armenia. Aprovechando esos contactos, los enlaces cristianos iban y venían de la ciudad al campamento mongol, proporcionando informaciones de vital importancia a Hulegu y trasladando promesas del trato favorable que dispensaría a los cristianos y a otras minorías de la ciudad en caso de victoria. En prueba de los privilegios especiales de los que habrían gozado los cristianos bajo su dominio, Hulegu eximió a los clérigos de esta religión de la obligación de hacer la reverencia de respeto en la corte, pues ellos sólo se inclinaban ante Dios. Hulegu sacó provecho de los temores de los cristianos de Bagdad en tanto que minoría en medio de un verdadero mar de musulmanes potencialmente hostiles, y alimentó los sueños que abrigaban cristianos y judíos de liberarse al fin de la dominación islámica.

El califa intentó también utilizar en su propio beneficio los estrechos lazos que unían a mongoles y cristianos. Mandó llamar al *katholikós* Makija, patriarca de la iglesia cristiana, y lo envió acompañado de un ministro musulmán a negociar con los sitiadores. Se mostraba dispuesto a realizar un sometimiento formal, a pagar un tributo enorme, y a leer todos los viernes en la mezquita plegarias en nombre del gran kan, reconociendo así oficialmente su subordinación al poder mongol. Hulegu se burló de su oferta. Sabía que estaba ya demasiado cerca de obtener la victoria final como para llegar a un acuerdo a cambio de semejante bagatela: y menos cuando podía apoderarse con tanta facilidad de las riquezas de la ciudad más opulenta de la tierra.

Los mongoles mostraron su tradicional capacidad de improvisación

y su habilidad para utilizar como arma cualquier material que tuvieran a mano. Lo más grande que tenían a su alcance eran las altísimas palmeras datileras que los árabes llevaban plantando y cultivando desde hacía siglos. Los mongoles las talaron y convirtieron sus troncos en misiles mortíferos que dispararon contra la ciudad. Al no tener suficiente madera para rodear con una empalizada una metrópoli de las proporciones de Bagdad como habían hecho anteriormente los mongoles en las ciudades de Rusia, Hulegu circundó la capital musulmana con un profundo foso y un terraplén, y emprendió el asalto lanzando un terrible bombardeo. Los árabes conocían el empleo del lanzallamas en combate, pero hasta entonces no se habían enfrentado al poderío militar de la pólvora.

Los mongoles modificaron la fórmula de la pólvora con el fin de que tuviera suficiente oxígeno para activarse en una explosión rápida, en vez de la tradicional combustión lenta de la lanza de fuego o de los cohetes. Esa combustión instantánea producía una explosión, en vez de un incendio, y los mongoles aprovecharon esas explosiones para arrojar una gran variedad de proyectiles. Los artesanos fabricaron unos tubos lo bastante delgados para que un solo hombre pudiera manejarlos y disparar así puntas de flecha u otros proyectiles metálicos. La explosión de esos tubos exigía la utilización de un material más resistente que el bambú, por lo que se vieron obligados a emplear tubos de hierro. Los mongoles ataban los tubos más pequeños a un mango de madera para facilitar su manejo, y montaban los más grandes sobre ruedas para facilitar su

movilidad. Los tubos de mayor tamaño disparaban cápsulas de cerámica o de metal llenas de metralla o de más pólvora que daba lugar a una explosión secundaria cuando se producía el impacto. En su ataque, los mongoles combinaron todas estas modalidades de bombardeo utilizando una gran variedad de bombas de humo, protogranadas, formas sencillas de mortero y cohetes incendiarios. Habían desarrollado artefactos explosivos capaces de lanzar proyectiles con una fuerza semejante a la de verdaderos cañones; eran capaces de concentrar los disparos en una determinada zona de las defensas de la ciudad y acabar con ellas.

Aquel bombardeo desde una distancia tan grande confundió y aterrorizó a los habitantes de Bagdad y frustró los esfuerzos de los defensores, que no habían sido atacados nunca por el enemigo desde una distancia tan alejada del alcance de sus armas. Además de en el uso de las armas de fuego, los ingenieros mongoles habían llegado casi a la perfección en el empleo de la colocación de explosivos para derribar murallas. Todas estas innovaciones militares se ajustaban a la preferencia de los mongoles por mantenerse lo más lejos posible del combate cuerpo a cuerpo y la matanza propiamente dicha. Hulegu destruyó las presas y desvió el Tigris para que sus aguas inundaran el campamento del ejército del califa, obligando a sus hombres a refugiarse en el interior de la ciudad. La muralla de agua que rodeaba Bagdad debió de causar en sus pobladores un impacto psicológico semejante al que produjera la muralla de madera sobre los habitantes de las ciudades rusas. El 5 de febrero de 1258 las tropas mongolas derribaron las murallas de

Bagdad y tras cinco días de lucha, el califa acabó por capitular. Antes de proceder al saqueo de la metrópoli, Hulegu ordenó a sus habitantes que entregaran las armas, dejaran todas sus pertenencias y abandonaran Bagdad. En vez de cumplir la orden, el ejército defensor se sublevó e intentó escapar, pero los mongoles salieron en su persecución y mataron a todos sus integrantes.

Hulegu mandó a sus tropas cristianas entrar en la ciudad a recoger el botín, pero cuando lo hicieron descubrieron que mucha gente había desobedecido la orden de evacuación y seguía oculta en sus casas. Los invasores los mataron a todos. Por orden de los mongoles, las iglesias y los bienes de los cristianos bagdadíes fueron respetados, y Hulegu regaló uno de los palacios del califa al *katholikós* Makija. Los cristianos se unieron a sus correligionarios en el saqueo y la matanza de musulmanes, convencidos de que al fin había llegado la hora de librarse de ellos. El odio y la cólera contenidos durante siglos se desbordaron, mientras los cristianos deshonraban y destruían las mezquitas, convirtiendo muchas de ellas en iglesias. El acontecimiento fue celebrado jubilosamente por los cristianos de todos los territorios abasíes y de otros muchos lugares. Un cronista armenio resumía la alegría reinante en los siguientes términos: «Han pasado quinientos quince años desde la fundación de la ciudad», decía. «Durante todo el tiempo de su supremacía, como si de una sanguijuela insaciable se tratara, [Bagdad] se tragó al mundo entero. Ahora ha devuelto todo lo que se había llevado». Bagdad había sido «castigada» ahora «por la sangre que había derramado y el mal que había hecho; la medida de su

iniquidad se había colmado»¹⁴¹. El saqueo duró diecisiete días. Los invasores, ya fuera de manera accidental o deliberada, prendieron fuego a la ciudad.

Hulegu permitió a los cristianos destruir las tumbas de los califas abasíes. A continuación mandó llamar al califa cautivo a su campamento, situado fuera de los muros de la ciudad. Según el cronista armenio Gregorio de Akanc¹⁴², Hulegu mantuvo encerrado al soberano durante tres días sin comer ni beber, luego lo llevó a su presencia y apiló ante él el oro y las joyas que le habían pertenecido. Indicando las ingentes cantidades de riquezas obtenidas en el saqueo de la ciudad, se cuenta que Hulegu ordenó al califa comerse el oro, y como no pudo hacerlo, lo reprendió por acumular riquezas con tanta codicia en vez de organizar un ejército para defenderlas. Condenó entonces al califa y a sus herederos varones a muerte, pero en un último gesto de respeto por el alto rango de los condenados, les concedió el honor de ser ejecutados a la manera mongola, esto es sin derramamiento de sangre. Según las diferentes versiones, por lo demás bastante similares, fueron envueltos en alfombras o metidos en sacos cerrados y muertos a patadas por los soldados mongoles o pisoteados por sus caballos.

El ejército mongol había llevado a cabo en sólo dos años lo que los

¹⁴¹ René Grousset, *The Empire of the Steppes: A History of Central Asia*, trad. ing. de Naomi Walford, Nuevo Brunswick, Rutgers University Press, N. J., 1970, p. 357

¹⁴² Véase «History of the Nation of the Archers (the Mongols) by Grigor of Akanc», trad. ing. de Robert P. Blake y Richard N. Frye, *Harvard Journal of Asiatic Studies* 12 (diciembre, 1949).

cruzados europeos de Occidente y los turcos selyúcidas de Oriente no habían conseguido en doscientos años de lucha continuada. Había conquistado el corazón del mundo árabe¹⁴³. Ningún otro ejército no musulmán sería capaz de conquistar Bagdad o Irak de nuevo hasta la llegada de las tropas americanas y británicas en 2003.

Mientras los mongoles derrotaban a los árabes, los cruzados, que por entonces ocupaban una serie de castillos y pequeñas ciudades diseminadas a lo largo de la costa mediterránea, habían observado su avance con prudencia. De repente, con la caída de Bagdad, vieron la ocasión de aliarse con ellos y compartir sus victorias. Cuando los mongoles abandonaron la capital abasí y se dirigieron hacia Damasco, el rey cruzado Bohemundo de Antioquía salió con su ejército dispuesto a atacar, también la ciudad desde el flanco mediterráneo, llevando pertrechos y alimentos para ayudar a los mongoles. Análogamente, el sultán selyúcida envió a sus tropas desde Anatolia para unirse al ataque mongol.

Damasco se rindió y de ese modo se libró de correr la misma suerte que Bagdad. Poco después los guerreros mongoles se hallaban por segunda vez en las playas del Mediterráneo. Dieciocho años antes, en 1241, las tropas comandadas por Batu habían llegado al Mediterráneo atravesando Europa. Ahora lo hacían después de

¹⁴³ Para más detalles sobre las conquistas mongolas, véase David Morgan, *The Mongols*, Cambridge, Mass., Blackwell, 1986, pp. 154-155.

atravesar Asia. En los siete años transcurridos desde que se separara de sus hermanos en Karakorum, Hulegu había conquistado o reconquistado todas las tierras habidas y por haber a lo largo de unos seis mil kilómetros y había añadido millones de árabes, turcos, kurdos y persas al imperio en constante expansión.

En los seis siglos transcurridos desde la aparición del islam, esta religión se había extendido enormemente y había perdido el control de unas cuantas zonas fronterizas, pero nunca una parte tan grande del mundo musulmán había caído en poder de los paganos. Las cuatro décadas que separaban el ataque de Genghis Khan contra Bujará y la caída de Bagdad y Damasco representaban el punto más bajo de la historia del islam. Mientras que los cruzados sólo habían sido capaces de hacerse con un mínimo punto de apoyo y apoderarse de unos cuantos puertos, los mongoles habían conquistado todos los reinos y ciudades musulmanes desde el río Indo hasta el Mediterráneo. Se habían adueñado de casi todos los territorios islámicos de Asia; sólo la península Arábiga y el Norte de África seguían fuera de su control.

El júbilo y el regodeo de los cristianos no podían ser mayores. Un pasaje de una crónica armenia cuenta un relato apócrifo que nos dice más del desprecio de los cristianos por los musulmanes que de las propias acciones de los mongoles¹⁴⁴. Según dicha historia, tras su victoria sobre los árabes, Hulegu ordenó que le enviaran de

¹⁴⁴ Véase Blake y Frye, «History», p. 343.

Armenia cien mil lechones y mandó dos mil a cada ciudad musulmana, ordenando que todos sus habitantes de religión islámica criaran a los cerdos en medio de la población, les dieran de comer a diario almendras y dátiles, y los lavaran cuidadosamente con jabón cada sábado. Por absurdo que parezca, el cronista añade que los mongoles exigieron a los árabes comer carne de puerco y decapitaron a todos los que se negaron a hacerlo.

Aunque por entonces diera la impresión de que el Imperio mongol amenazaba con tragarse la totalidad del mundo islámico, en realidad había tocado techo en Occidente. El imperio no se extendería más en esa dirección. Un ejército de esclavos mamelucos, en su mayoría comprados por mercaderes italianos entre las poblaciones kipchakas y eslava de Rusia y vendidos después al sultán de Egipto, salió de este país y se enfrentó a un destacamento mongol en Ain Yalut, las Fuentes de Goliat, cerca del mar de Galilea, en lo que hoy día es Israel. La mañana del 3 de septiembre de 1260, un año después de la muerte de Mongke Khan, los mamelucos derrotaron a los mongoles. El imperio había llegado a su límite occidental.

Comparados con los triunfos militares de su hermano Hulegu y las enormes conquistas de tierras y gentes obtenidas en todo Asia central y Oriente Próximo, los intentos de Kublai de derrotar de modo parecido a la dinastía Song y de anexionarse sus tierras del sur de China siguieron pareciéndose más a un sueño lejano que a una realidad inminente. La evidente falta de experiencia militar le impidió el cumplimiento de su misión. A diferencia de sus

hermanos, que habían combatido en Europa y en Oriente Medio, Kublai había pasado la mayor parte de su vida en las tierras mongolas situadas al sur del Gobi, donde mantenía una corte personal más grande y más lujosa que la propia corte imperial de Karakorum, en el corazón de Mongolia. Le gustaba más celebrar banquetes que combatir. Había engordado y padecía gota, lo que dificultaba aún más sus posibilidades de convertirse en un líder militar que monta a caballo y es digno de ser emulado. Tras recibir de su hermano Mongke Khan la orden de dirigirse al sur e invadir China, el ejército mongol obtuvo un éxito muy modesto en una serie de campañas limitadas contra los reinos fronterizos situados al oeste del imperio Song. Además de realizar sin el menor disimulo complejos preparativos de guerra contra los chinos, Kublai se movió con mucha lentitud. No sólo encontró obstáculos en la expansión de los dominios mongoles, sino que además dentro de su propio territorio administrativo la violencia sectaria desembocó en una lucha abierta por la supremacía entre monjes budistas y taoístas, con lo que el control sobre sus propias tierras se vio aún más limitado.

En vez de mandar noticias de victorias y de enviar caravanas cargadas de tributos a Karakorum, lo único que hacía Kublai era mandar excusas por las demoras y las situaciones inesperadas con las que se encontraba. La generosa explicación de los estudiosos que simpatizan con la figura de Kublai es que era un líder maduro y prudente que pretendía actuar con una organización metódica no impulsiva, y en el que se mezclaba lo mejor de las estrategias

militares y de los ejércitos mongoles y chinos. La explicación menos generosa dice que carecía de la aptitud para la guerra propia de su pueblo, pero que se las arregló para no fracasar debido a la importancia global de las conquistas mongolas y a la notable capacidad marcial de sus generales.

A todas luces insatisfecho, Mongke Khan envió una serie de investigadores a examinar los problemas que aquejaban a Kublai. Tras encontrar abundantes pruebas de fraude y corrupción en su gestión, ejecutaron a muchos de sus administradores y le quitaron sus prerrogativas y funciones financieras. Los investigadores actuaron más o menos con la misma crueldad que lo hicieran durante la purga de la familia de Ogodei, y parece que no sólo estuvo en peligro el poder de Kublai, sino también su propia vida.

Mongke hizo venir a su hermano a Karakorum, a todas luces para que respondiera de las irregularidades fiscales percibidas, pero probablemente también para dar cuenta de otros varios asuntos, el más importante de los cuales era la falta de éxitos militares frente a los Song. En vez de oponer resistencia, como le recomendaban algunos consejeros, Kublai se trasladó a Karakorum, tal como se le había ordenado, y se entregó a la clemencia de su hermano mayor. Tras el degradante espectáculo de humillación y servil lealtad de Kublai, Mongke Khan lo perdonó públicamente y se reconcilió con él, pero el incidente no contribuyó ni mucho menos a resolver la causa última de la tensión existente entre los dos hermanos. Ni tampoco contribuyó a que los mongoles se acercaran más a la consecución de su objetivo, la victoria sobre China. Frustrado en

sus propósitos, el gran kan tendría que idear un nuevo plan.

En el otoño de 1257, mientras las tropas de Hulegu avanzaban sobre Bagdad, Mongke Khan convocó una pequeña *juriltai* en una zona boscosa del valle de Jorjonag, a orillas del viejo río familiar, el Onon, no lejos del monte sagrado, el Burján Jaldún. Allí vio con claridad —o al menos así se lo hizo ver a su corte— que él mismo tendría que ponerse al frente de la campaña contra los Song. El kan había participado activamente en las campañas europeas y había recibido adiestramiento con Subodei, el más eficaz de los generales mongoles, y a la muerte de su mentor, acontecida dos años antes, Mongke probablemente fuera el mejor general que había para dirigir esa campaña. Mientras estuvo ausente haciendo los preparativos necesarios, Mongke confió la administración central del imperio en Karakorum y la responsabilidad sobre su hijo y heredero a su hermano menor, Arik Boke. Mongke Khan ordenó a Kublai regresar a su territorio y poner fin a la guerra religiosa entre las facciones opuestas de taoístas y budistas, mientras él se hacía cargo de la campaña militar más importante.

Mongke emuló los principios básicos de la estrategia militar de su abuelo atacando primero las zonas más pequeñas y más débiles, antes de lanzarse contra el objetivo mayor. Para Mongke, eso significaba comenzar la conquista con una campaña contra las regiones adyacentes de Sichuan y de Yunnan, al oeste y el suroeste respectivamente del territorio de los Song, para luego ir encerrando poco a poco la presa mayor en la red mongola. Si lograban hacerse con el control de estas zonas, los mongoles podrían atacar desde

todos los flancos a la vez. En mayo de 1258, sólo tres meses después del saqueo de Bagdad por las tropas de Hulegu, Mongke Khan cruzó con su ejército el río Amarillo. En el plazo de un año, habían recorrido el territorio comprendido entre las gélidas aguas del Onon, en los confines de Siberia, y el territorio húmedo y caluroso del sur.

Tras someter rápidamente a los reinos periféricos, Mongke empezó a avanzar hacia el territorio de la dinastía Song propiamente dicho durante el segundo año de la campaña, pero de pronto empezó a hacer un calor excesivo. El clima era muy diferente del que Mongke y la mayoría de sus guerreros conocían de Mongolia o de sus campañas europeas. Muchos soldados empezaron a sufrir diarrea sanguinolenta, probablemente disentería, y luego otros padecimientos. Mongke Khan cayó enfermo, aunque pronto se restableció, pero luego, el 11 de agosto de 1259, falleció de manera repentina. Cada crónica atribuye su muerte a una causa distinta. Las chinas dicen que murió de cólera, las persas dicen que de disentería, y otras afirman que murió de una herida de flecha recibida en el curso de una batalla. Su muerte paralizó el imperio; el avance se detuvo.

En vez de regresar a toda prisa a la patria para participar en la elección de un nuevo gran kan como habían hecho los líderes mongoles a la muerte de los tres soberanos anteriores, cada facción se apresuró a proteger el territorio que ya poseía. En Oriente Medio, Hulegu, tras el triunfo alcanzado recientemente en sus campañas, ocupaba las tierras y las ciudades más ricas del imperio; controlaba

un volumen de riqueza mucho mayor que el resto del Imperio mongol junto. Ya se había apoderado en parte de los preciados pastos de Azerbaiyán pertenecientes a sus primos que gobernaban Rusia. Temerosos de perder más tierras en beneficio de Hulegu, éstos prefirieron quedarse en su territorio y no acudieron a Mongolia para participar en la elección. Ni Hulegu en Oriente Medio ni la Horda de Oro, como acabaron siendo llamados los descendientes de Yochi establecidos en Rusia, querían arriesgarse a perder el territorio que ya controlaban por disputarse el título supremo de gran kan en Mongolia.

El Imperio mongol alcanzó su máxima extensión con Mongke, que fue el último descendiente de Genghis en ser reconocido y aceptado como gran kan por todo el Imperio mongol. Numerosos kanes seguirían gobernando sobre diversas partes del imperio y muchos de ellos afirmarían ser herederos legítimos de Temuyín y acreedores por tanto al título imperial. Pero ninguno de ellos sería reconocido como tal por las demás facciones y ramas de la familia. Mongke Khan comenzó, pero no terminó, la segunda guerra mundial mongola. Ésta acabó sin victoria ni derrota; sencillamente fue languideciendo poco a poco hasta cesar por completo.

Sus hermanos llevaron a cabo campañas episódicas, pero concentraron sus esfuerzos en luchar unos contra otros, en vez de hacerlo contra un enemigo exterior. Kublai dejó repentinamente de prestar atención a los Song para desafiar a su hermano menor, Arik Boke, que gobernaba Mongolia desde Karakorum. Cada uno convocó una *juriltai* distinta en su propio territorio. La elección entre

los dos pretendientes, y lo que es más importante, entre sus partidarios, parecía perfectamente clara. Al ser el más culto, Kublai había recibido tierras en las zonas agrícolas en las que predominaba la cultura china, y nunca gozó plenamente de la confianza ni la aprobación de los restantes miembros de la Familia Dorada. Kublai prefería los edificios y las ciudades. Parecía sentirse tan cómodo en un palacio como en una tienda, y quizás incluso hablara un poco de chino. Este alejamiento de la vida tradicional mongola contribuyó a darle el aire extraño que siempre pareció rodearle.

Frente a la personalidad cosmopolita de Kublai¹⁴⁵, Arik Boke vivía como un hombre de la estepa, como el típico mongol que rara vez se apartaba de su caballo. Al ser el hijo menor, era el *Otchiguen* de la familia, el príncipe del hogar, como lo fuera su padre, y podía decir que poseía los mismos derechos al cargo de gran kan que había pretendido poseer Mongke cuando elevó póstumamente a ese rango a su padre. Además, Arik Boke inspiraba confianza a los demás miembros de la Familia Dorada, pues no representaba una amenaza tan grande al control que ejercían sobre sus tierras, mientras que los aires más imperiales de Kublai despertaban muchos recelos. Según la ley mongola, Arik Boke celebró su *juriltai* en el territorio patrio de Mongolia. La viuda de Mongke Khan y sus hijos lo apoyaron como heredero legítimo y más apropiado, igual que

¹⁴⁵ Para todas las cuestiones relacionadas con Kublai Khan, la fuente más autorizada es Morris Rossabi, *Khubilai Khan: His Life and Times*, Berkeley, University of California Press, 1988.

hicieron los demás miembros de la familia aparte de sus dos hermanos, Hulegu y Kublai. En junio de 1260, los representantes de todas las ramas de la familia proclamaron gran kan a Arik Boke en la asamblea de Karakorum.

Pero Kublai logró dar un golpe de estado. Siguiendo los consejos de sus ministros chinos, convocó su *juriltai* en su propio territorio. Aparte de sus seguidores, no asistió a ella prácticamente nadie, pero la pequeña asamblea lo proclamó también gran kan. Para ganarse la lealtad de sus súbditos chinos, ese mismo año, 1260, se proclamó emperador, escogiendo el título de *Zhongtong (Chung-t'ung)*, que significa «dominio central»¹⁴⁶. Dicho título era una adaptación china de la denominación que daban los mongoles al gran kan, concebido como el campamento central, flanqueado por el ejército de la derecha y el ejército de la izquierda.

Por mucho que su elección fuera en contra de la tradición y las normas mongolas, Kublai ejerció un férreo control sobre el ejército chino y también sobre su propio contingente de guerreros mongoles; y lo que es más importante, controlaba el suministro de productos alimenticios que Karakorum necesitaba para sobrevivir. La población de la ciudad de la estepa mongola había crecido tanto que no podía sobrevivir contando sólo con el ganado de la zona, y la tierra que rodeaba Karakorum, pese a los constantes esfuerzos por

¹⁴⁶ Herbert Franke, *From Tribal Chieftain to Universal Emperor and God: The Legitimation of the Yüan Dynasty*, Verlag der bayerischen Akademie der Wissenschaften, Sitzungsberichte, vol. 2, Munich, 1978, p. 27.

fomentar el establecimiento de agricultores extranjeros, era demasiado inhóspita para el desarrollo de la agricultura. Sin un suministro abundante y continuado de productos alimenticios procedentes de las tierras de labor controladas por Kublai, Karakorum tendría que ser evacuada o enfrentarse a morir de hambre.

Kublai cortó el suministro de alimentos y luego mandó a su ejército a la conquista de Karakorum. Arik Boke se batió valerosamente, pero tuvo que retirarse una y otra vez frente a la superioridad del ejército chino de su hermano. La capital cayó enseguida en poder de Kublai, pero en 1261 Arik Boke volvió a recuperarla por un breve período. Los ejércitos de los kanes rivales se enfrentaron otras dos veces, pero el de Arik Boke fue debilitándose poco a poco y empezó a atrofiarse debido a la deserción de unos aliados que veían que el joven kan no lograría prevalecer nunca sobre su hermano mayor, mejor equipado y probablemente más inteligente. Arik Boke tuvo que enfrentarse también a la peor amenaza de los mongoles, el *zud* o hambruna de los animales. De 1250 a 1270 Mongolia sufrió un notable descenso de las temperaturas¹⁴⁷. En una zona ecológicamente tan frágil como Mongolia, un cambio de unos pocos grados de la temperatura anual reduce drásticamente la pequeña cantidad de precipitaciones, limita el crecimiento de la hierba, y por

¹⁴⁷ Para más información sobre las precipitaciones y el clima en la época del Imperio mongol, véase William Atwell, «Volcanism and Short-Term Climatic Change in East Asia and World History, c. 1200-1699», *Journal of World History* 12, n.º 1 (primavera, 2001), p. 50.

consiguiente debilita o mata a los animales. Sin caballos fuertes y sin comida abundante, los partidarios de Arik Boke, privados ya de la opulencia agrícola del territorio de Kublai Khan, se revelaron demasiado débiles para soportar una guerra continuada. El invierno de 1263 fue particularmente crudo y la primavera siguiente Arik Boke ya no contaba con una base de poder viable. Incapaz de alimentar a sus partidarios, se retiró a Shangdu, donde se rindió a Kublai en 1264.

Cuando los dos hermanos volvieron a verse al término de aquel prolongado enfrentamiento, Kublai obligó a Arik Boke a ejecutar una ceremonia pública de acatamiento de su autoridad. Ante toda la corte reunida, Kublai interrogó a su hermano, preguntándole cuál de los bandos en la lucha por el título de gran kan era el que tenía razón. La respuesta de Arik Boke puso de manifiesto la fuerza de su orgullo incluso al enfrentarse a la derrota: «Nosotros la teníamos entonces y tú la tienes hoy»¹⁴⁸. Otros miembros de la familia, entre ellos el hermano ausente, Hulegu, reaccionaron tan mal ante la vergüenza pública a la que sometió Kublai a su hermano menor, que le trasladaron sus quejas. Kublai convocó otra *juriltai* en territorio mongol para decidir el destino de Arik Boke y ratificar su posición como kan legítimo sin la mancha de su anterior proclamación en suelo chino. A pesar de la imponente superioridad

¹⁴⁸ Rashid al-Din, *The Successors of Genghis Khan*, trad. ing. de John Andrew Boyle, Nueva York, Columbia University Press, 1971, p. 261.

militar del ejército de Kublai, la Familia Dorada se negó a asistir a ella. Sus miembros reconocieron la realidad del gobierno de Kublai, pero ninguno de ellos se mostró dispuesto a participar en el juicio criminal de Arik Boke, al que habían prestado apoyo como gran kan. Ninguno confiaba en Kublai lo suficiente como para arriesgarse a abandonar su territorio y tal vez no volver nunca más. A falta de *quorum* para celebrar la *juriltai*, Kublai perdonó a su hermano. El nuevo emperador juzgó y ejecutó a muchos partidarios de Arik Boke, pero el único castigo que infligió a éste, al menos públicamente, fue su destierro de la corte. Poco después, en 1266, de forma tan misteriosa como conveniente para Kublai, Arik Boke, aún en la flor de la edad, enfermó repentinamente y murió. Casi con toda seguridad fue envenenado.

Kublai ocupaba ahora el cargo de gran kan. Tenía bajo su control el ejército más grande del mundo y gobernaba una de las naciones más populosas de la tierra. Las victorias habían sido obtenidas a un precio altísimo; algunos miembros de la familia real mongola y sus partidarios se habían negado a reconocer su legitimidad o, al menos, le habían otorgado un reconocimiento simbólico, pero lo habían ignorado y seguirían emprendiendo de forma intermitente guerras fronterizas durante una generación más.

Como las cuatro fuentes del Árbol de Plata, el Imperio mongol se había dividido en cuatro grandes zonas de administración política. Kublai gobernaba China, el Tíbet, Manchuria, Corea y el este de Mongolia, pero tendría que enfrentarse constantemente a problemas para imponer su gobierno en Mongolia y Manchuria. La Horda de

Oro gobernaba los países eslavos del este de Europa, y se negó sistemáticamente a reconocer como gran kan a Kublai. Las tierras regidas por Hulegu y sus descendientes, desde Afganistán hasta Turquía, recibirían el nombre del Ilkanato, que significa «imperio vasallo». Fue allí donde, tras siglos de dominación árabe, reaparecería la cultura persa para construir los cimientos del Irán moderno. Los mongoles más tradicionales ocuparon la zona de las estepas centrales, que recibiría el nombre de Mogulistán y que comprendía un territorio que iba desde Kazajistán y Siberia por el norte, hasta el Turquestán, en Asia central, y Afganistán, por el sur. Durante algún tiempo, gozaron de cierta unidad bajo el poder de Jaidu, nieto de Ogodei y Toreguene, que reinó en Bujará e hizo de contrapeso al poder de Kublai Khan, pero la región se fragmentaría una y otra vez a lo largo de los siglos venideros.

Durante apenas tres décadas Karakorum había sido la capital del Imperio mongol, hasta que los propios mongoles, al mando de Kublai, la saquearon y prácticamente la destruyeron. Durante ese breve lapso de tiempo había sido el centro y el eje del mundo. Uno de los despojos obtenidos en el saqueo de Karakorum fue el Árbol de Plata, que fue desmontado y trasladado a otro lugar.



Parte III

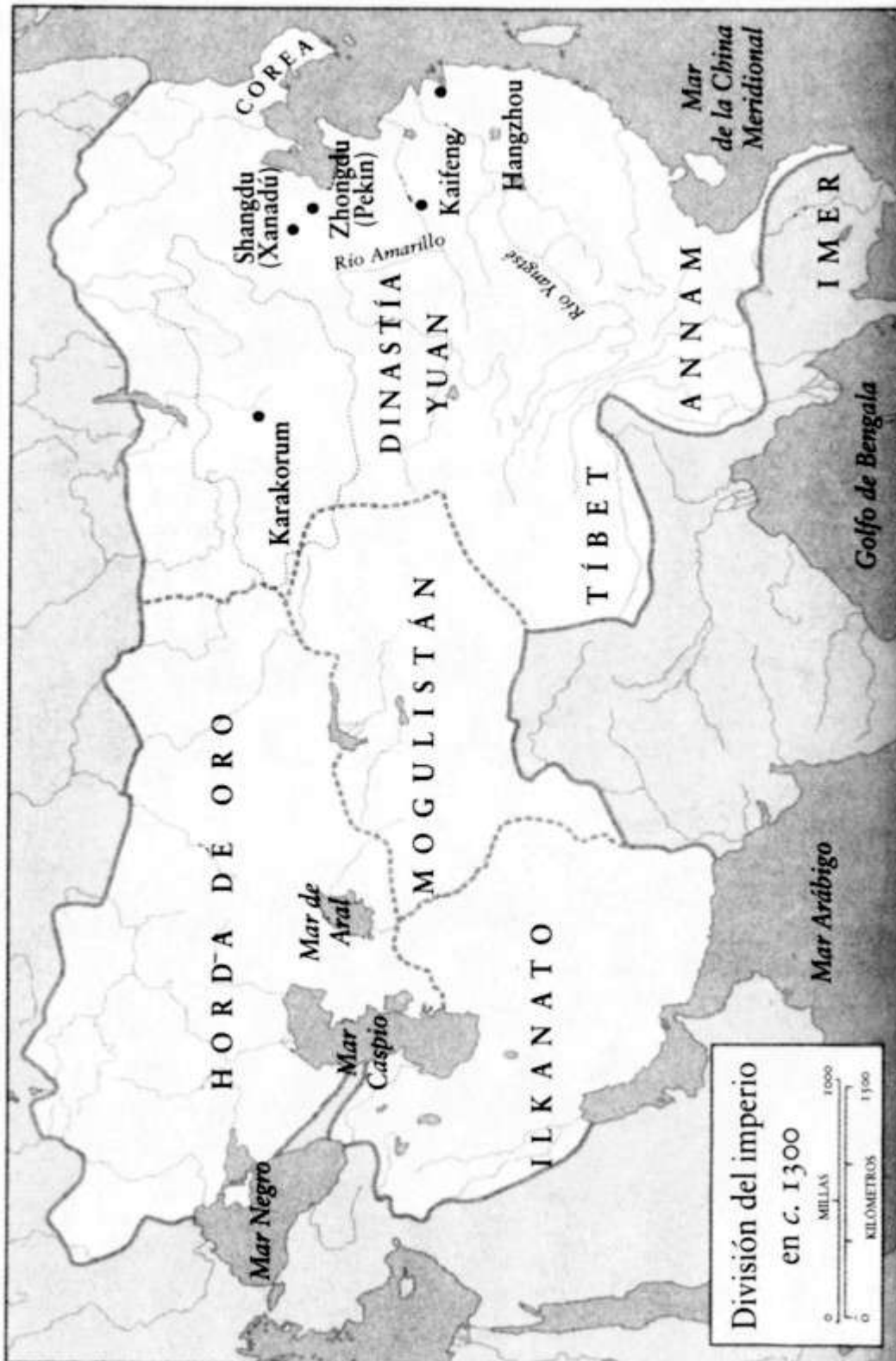
El despertar global

*Asia nos devora. Los tártaros nos rodean*¹⁴⁹.

THOMAS MANN,

La montaña mágica

¹⁴⁹ Thomas Mann, *The Magic Mountain*, trad. ing. de John E. Woods, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1995, p. 238.



Capítulo 8

Kublai Khan y el nuevo imperio mongol

Este gran kan es el más poderoso de los hombres, tanto por el número de sus súbditos como por la extensión de sus territorios o sus enormes riquezas¹⁵⁰.

MARCO POLO

El éxito de Kublai Khan residió en su perfecto conocimiento de que, por colosal que fuera su ejército o por sofisticadas que fueran sus armas, no podía conquistar toda China valiéndose simplemente de la fuerza. Aunque carecía de las habilidades militares de su abuelo, había burlado a toda su familia. Poseía el talento de concebir magníficas estrategias, una imaginación muy ocurrente y la capacidad de poner en práctica las ideas que le pasaban por la cabeza; y utilizaba todas esas cualidades para administrar sus territorios y, lo más importante, para expansionar sus dominios hacia el sur. Al final demostraría que con la política pública se podía conseguir el objetivo que su abuelo no fue capaz de materializar por medio de la fuerza bruta, a saber, la conquista y la unificación de toda China, el país más populoso del mundo. Se ganó a sus

¹⁵⁰ Marco Polo, *The Travels of Marco Polo*, trad. ing. de Ronald E. Latham, Londres, Penguin, 1958, p. 113.

habitantes mediante una sagaz manipulación de la opinión pública, en la que el poderío militar desempeñó un papel importante, pero no constituyó el único factor. Erigió una capital china, adoptó nombres chinos, fundó una dinastía china y estableció una administración china. Se hizo con el control de China haciendo ver que era más chino que los propios chinos, o al menos más chino que los Song.

Durante toda su historia, China había sido una gran civilización, pero no un país unificado. Si bien la élite culta compartía una misma lengua escrita, textos clásicos, estilos artísticos y otros aspectos culturales importantes, el pueblo llano hablaba unas lenguas completamente distintas en un mosaico en constante evolución de fronteras nacionales y dinastías y familias de gobernantes transitorias. La *intelligentsia* se aferraba a un sueño irrealizado: el de una nación unida bajo un único gobierno. Ocasionalmente, un líder o una familia aunaban bajo su mando varios estados y ofrecían, una vez más, la tentadora esperanza de hacer realidad una China unificada; en los sucesivos interines, el concepto de China seguía vivo, como un ideal o una imagen romántica, en las poesías, el arte caligráfico y los ensayos producidos por la élite china.

Como ningún otro gobernante, Kublai Khan ofreció a esas gentes cultivadas la golosa oportunidad de ver cumplido su deseo nacionalista. A pesar de sus rudos y bárbaros orígenes esteparios, demostró ser más capaz que los gobernantes Song de hacer realidad aquel añorado sueño. Todo lo que hizo parecía estar calculado para convencer al pueblo chino de que, indudablemente, el Cielo le había

concedido su Mandato sólo a él; y, a su debido tiempo, se produjo la caída de la vieja dinastía, que demostró carecer de la vitalidad necesaria.

Al parecer, Kublai supo darse cuenta de que muchos de los problemas que debía afrontar guardaban una curiosa similitud con los que había tenido su abuelo en tiempos de la unificación de las tribus de la estepa; a saber, cómo organizar a un gran número de individuos muy dispares en una sola entidad política unida. Si bien Genghis Khan había tenido ese problema con una serie de tribus de apenas cien mil individuos, su nieto afrontaba el mismo reto con un conjunto de países de varios millones de habitantes cada uno. Como hiciera Genghis Khan dos generaciones antes, el nuevo kan empezó el arduo proceso de la construcción de un estado alrededor de una identidad étnica central, con la diferencia de que esa identidad, en este caso cultural, de partida iba a ser china en lugar de mongola. Debía ganarse la lealtad y el apoyo incondicional del pueblo chino, y tenía que reconstruir, y en muchos casos inventar, instituciones que sirvieran para unificar a unos pueblos tan dispares como aquéllos en un bloque nacional viable y activo.

En su lucha por imponerse a su hermano Arik Boke, en 1260 Kublai había adoptado un título chino que era la traducción de otro mongol, pero en 1264 decidió modificar su nombre de soberano, cambiándolo por Zhiyuan o Chih-yuan, que significa «principio absoluto» y que posteriormente, en 1271, utilizó para derivar el de su dinastía, Da Yuan, cuyo significado es «grandes orígenes» o «grandes principios», nombre con el que se conocería oficialmente a

la dinastía mongola a lo largo de la historia de China. Este nombre no sólo quería decir que había empezado una nueva era para sus súbditos chinos, sino también para sus súbditos mongoles. Kublai no era Genghis, pero se había embarcado en una aventura tan difícil y ambiciosa como la de su abuelo.

En su calidad de emperador y fundador de una nueva dinastía, Kublai intentó dar una imagen más «achinada» de sí mismo, para que resultara no sólo simplemente aceptable, sino más atractiva a los ojos de sus súbditos chinos. En 1263 ordenó la construcción de un templo ancestral para sus parientes. Mandó a sus ministros que ejecutaran ceremonias tradicionales chinas en honor de los antepasados de la familia, aunque, tal vez debido a la típica costumbre mongola de evitar todo aquello que estuviera relacionado con la muerte, se mantuvo físicamente bien alejado de ellos. Al año siguiente erigió una serie de tablillas ancestrales al estilo chino en honor de sus antepasados. En 1277, tras proclamar la instauración de la nueva dinastía mongola, concedió a título póstumo diversos nombres chinos a sus parientes difuntos y construyó un templo de dimensiones mayores provisto de ocho cámaras: una para los fundadores de la familia, Yesuguei Baatar y Hoelun; otra para Genghis Khan; una para cada uno de los cuatro hijos de Genghis; otra para Guyuk Khan, y una última para Mongke Khan. En la nueva versión oficial de la historia de su parentela, a Yochi, cuya familia había sido el más fiel aliado de la de Kublai, se le reconocía como miembro legítimo del clan familiar. Del mismo modo que su hermano, Mongke, había otorgado a su padre, Tolui, el rango de

gran kan a título póstumo, Kublai concedió a su progenitor la condición de emperador de China. Mandó que se realizaran retratos de todos ellos ataviados al estilo chino para que su aspecto fuera más parecido al de unos sabios mandarines que al de unos guerreros mongoles.

Kublai era consciente de la utilidad que tenía contar con un ejército poderoso y llevar a cabo una propaganda efectiva, pero el tercer elemento de su estrategia consistiría en la correcta administración del estado y en una política bien programada. Sin seguir necesariamente los principios del confucianismo, muy bien vistos por la clase alta china, pero poco relevantes a ojos del pueblo llano, puso todo su empeño en el establecimiento de un sistema ordenado de gobierno eficaz, que le sirviera para obtener el favor popular y que minimizara a la vez los efectos negativos que su origen extranjero pudiera tener en la opinión pública. Para ello nombró a varios comisionados para la pacificación que lo ayudaran a restaurar unas buenas relaciones con los chinos Han de los territorios recién conquistados. Estos comisionados empezaron por reparar los daños ocasionados por la guerra y a mostrar su interés por una serie de edificios públicos —hasta entonces muy descuidados—, como, por ejemplo, templos, santuarios y otros tipos de estructuras, de gran valor simbólico e importancia, desde el punto de vista sentimental, para la población.

Para parecer un poderoso caudillo chino, Kublai necesitaba contar con una espléndida corte situada en una ciudad de verdad; una corte que no residiera en las peripatéticas tiendas de un

campamento ni en las estructuras construidas *ad hoc* en Shangdu (Xanadú), en la actual Mongolia interior. Esta capital tenía una importancia especial para él porque allí se había celebrado la *juriltai* de su nombramiento como gran kan, pero era evidente que no presentaba ninguna ventaja. No sólo estaba situada en medio de una región nómada, bárbara y extraña a los ojos de sus nuevos súbditos, sino que había sido también el lugar utilizado tradicionalmente como base por su abuelo para llevar a cabo sus incursiones de saqueo contra las ciudades chinas. Kublai deseaba apartarse de los aspectos menos convenientes de aquella etapa de la historia.

A pesar de conservar Shangdu como residencia de verano y coto de caza, Kublai quiso erigir una nueva ciudad, una verdadera capital imperial al gusto chino, más hacia el sur, en un lugar mejor situado en el que poder explotar la riqueza agrícola de las tierras que bordeaban el río Amarillo. Eligió como emplazamiento la antigua capital de los yurchen, Zhongdu, conquistada por Genghis Khan en 1215, el año de su nacimiento. En 1272 publicó el decreto en virtud del cual ordenaba la construcción de su nueva ciudad, y la hizo conectar al río Amarillo por medio de un canal. Los mongoles la llamaron Kanbalik, la ciudad del kan. Sus súbditos chinos la llamaron Dadu, la Gran Capital, que creció hasta convertirse en la actual Pekín. Kublai hizo venir a arquitectos musulmanes y a artesanos de Asia central para diseñar su ciudad siguiendo un nuevo estilo que combinara los gustos de los nómadas esteparios y los de la civilización sedentaria.

A diferencia del laberinto de sinuosas callejuelas que caracterizaba a la mayoría de las ciudades chinas de la época, la capital de Kublai tenía anchas calles rectas que iban de norte a sur y de este a oeste, formando una parrilla; los guardias de una puerta podían ver en línea recta a los de la puerta opuesta al otro lado de la ciudad. Del palacio imperial salían una serie de avenidas cuya finalidad era facilitar las maniobras de los caballos y las tropas mongolas, más que favorecer el tránsito de las carretillas y los carretones de los peones chinos. Eran lo suficientemente amplias para permitir que los jinetes atravesaran la ciudad de punta a punta a galope tendido en columnas de a nueve en el caso de que la población nativa intentara sublevarse contra sus gobernantes extranjeros.

Con el fin de fomentar el interés mongol por los beneficios derivados del comercio internacional, Kublai Khan asignó algunas secciones de la ciudad a gentes de Oriente Medio y de Mongolia, así como a otras originarias de los territorios que actualmente ocupa China. La capital hospedó a mercaderes procedentes de lugares tan lejanos como Italia, la India y el norte de África. En un lugar que aglomeraba a tantos hombres, como Marco Polo cuenta con gran detalle, era lógico que acudieran muchísimas prostitutas que, organizadas en sus propios barrios, prestaban sus servicios. De Oriente Medio llegaban sabios y médicos para desarrollar sus actividades. Sacerdotes católicos romanos, nestorianos y budistas se unieron a sus homólogos taoístas y confucianos que ya ejercían en China. Clérigos musulmanes, místicos indios y, en algunas regiones de la China mongola, rabinos judíos vinieron a añadirse a

la amalgama de gentes e ideas que se apiñaban en el imperio. De dimensiones mucho mayores que las de Karakorum, pero con prácticamente los mismos principios internacionalistas, la nueva ciudad era una metrópoli mundial en toda regla, digna de ser calificada de capital del mundo.

Por último, en el corazón de la ciudad, Kublai Khan creó, sin embargo, un coto mongol en el que pocos extranjeros y chinos podían entrar. En un recinto amurallado, vigilado por guardias mongoles, la familia real y la corte seguían viviendo como mongoles. Las grandes zonas abiertas destinadas a los animales que había en medio de la ciudad no tenían precedente alguno en la cultura china. Esta Ciudad Prohibida era como una estepa en miniatura creada en el centro de la capital. Durante la era mongol estuvo plagada de tiendas, pues con frecuencia los miembros de la corte preferían vivir, comer y dormir en su *ger*. Las esposas del kan que estaban embarazadas siempre querían que sus hijos nacieran en una *ger*, y cuando crecían los niños recibían sus lecciones y enseñanzas también en una *ger*. Aunque Kublai Khan y sus sucesores siguieron comportándose públicamente como emperadores chinos, dentro de las murallas de la Ciudad Prohibida nunca dejaron de vivir como mongoles esteparios.

Cuando el fraile franciscano Odorico de Pordenone visitó los territorios mongoles en la década de 1320, describió la Ciudad Prohibida de Kanbalik en los siguientes términos: «Dentro del recinto del que dicen que es el palacio imperial, se levanta un hermosísimo monte, cuajado de árboles, por lo que recibe el nombre

de Monte Verde, tras el cual se eleva el palacio más regio y suntuoso que hayan visto mis ojos, cuyas dependencias son, en buena parte, residencia del kan»¹⁵¹. En un pasaje que recuerda mucho las primeras descripciones que se hicieron de Karakorum, el fraile cuenta que «a un lado de dicho monte hay un gran lago, atravesado por un majestuoso puente, en el que abundan las ocas, los ánades y todo tipo de aves acuáticas; y el bosque que sube por el monte es una gran reserva de aves y de animales salvajes».

El palacio de madera que mandó construir Kublai Khan tenía, según parece, el mismo trazado básico que el de Karakorum. Kublai Khan instaló en él varios pavos reales mecánicos que podían abrir la cola y titar, emitiendo unos sonidos muy parecidos a los del ángel diseñado por Guillaume Boucher para coronar el Árbol de Plata del palacio de Karakorum. Probablemente el kan se llevara esta magnífica estructura y la instalara, al menos en parte, en su nuevo palacio. Como explica Marco Polo, «en una zona determinada de la sala, cerca de donde el gran kan tiene su mesa, hay una bellísima y colosal pieza dorada de artesanía en forma de arca, o aparador, de unos tres pasos por cada lado, labrada con exquisitas figuras de animales y perfectamente esculpida»¹⁵². El funcionamiento de la estructura en cuestión también se parece al del Árbol de Plata: «En

¹⁵¹ Sir John Mandeville, *The Travels of Sir John Mandeville, the Voyage of Johannes de Plano Carpini, the Journal of Friar William de Ruhrquais, the Journal of Friar Odoric*, Nueva York, Dover, 1964, p. 348.

¹⁵² Marco Polo, *The Travels of Marco Polo: The Complete Yule-Cordier Edition*, Nueva York, Dover, 1993, vol. 1, p. 382.

medio tiene un gran espacio hueco en el que hay un barco enorme de oro puro [...] y en cada extremo de la gran nave hay otra de dimensiones parecidas, y la primera vierte en la siguiente vino o bebidas aromatizadas con exquisitas y costosas especias».

Dentro de los confines de su Ciudad Prohibida, Kublai y su familia seguían comportándose como mongoles, tanto en su manera de vestir, como en su forma de hablar, alimentarse, practicar deportes y divertirse. Esto significa que consumían una gran cantidad de alcohol, que ingerían la sopa haciendo ruido y que cortaban la carne en la mesa con un cuchillo, lo que disgustaba sumamente a los chinos, para quienes ese tipo de acciones debían llevarse a cabo en la cocina durante la preparación de los alimentos. Con sus excesos de alcohol y sus muchas celebraciones caracterizadas por la bebida y el estado de ebriedad de sus participantes, en las escenas que se veían en la corte seguramente reinara el caos, a pesar de que los mongoles, un pueblo errante e individualista, pretendiera imitar los complejos rituales y las ceremonias perfectamente orquestadas de la corte china. A diferencia de la tradición imperial china, en virtud de la cual los cortesanos se alineaban de acuerdo con su rango, los mongoles tendían a formar grupos sin orden ni concierto, y, tal vez lo que más molestaba a los chinos, sus mujeres se mezclaban libremente con los hombres incluso en las ocasiones más importantes. Las ceremonias de la corte mongola llegarían a ser tan desorganizadas que a veces la guardia de corps del kan tendría que intervenir y apartar a golpes de bastón a la multitud de oficiales e invitados.

Al igual que su abuelo, Kublai se dio cuenta de la importancia de establecer un código legal estricto y claro como base de la administración civil. La creación y la puesta en vigor de leyes nuevas era la manera tradicional de los caudillos esteparios, y de los gobernantes chinos, de fijar su legitimidad ante sus súbditos. Más que reemplazarlas, lo que pretendía Kublai con su nuevo código legal era reformar las leyes chinas para hacerlas compatibles con las de Genghis Khan y obtener de esa manera simultáneamente el apoyo de sus súbditos mongoles y chinos. Las leyes constituirían un arma más en su empeño por ganarse la lealtad y el favor de sus súbditos e imponerse, en último término, sobre sus rivales, esto es, sobre la dinastía Song.

Su administración garantizó a los terratenientes sus derechos de propiedad, rebajó los impuestos y mejoró las carreteras y las comunicaciones. Para ganarse aún más a la opinión pública, los mongoles suavizaron el duro y estricto código penal de los Song. Redujeron a casi la mitad el número de delitos capitales en China: de doscientos treinta y tres a ciento treinta y cinco¹⁵³. Kublai Khan raras veces autorizó la aplicación de la pena de muerte, incluso en aquellos delitos que no habían sido despenalizados. Con la excepción de las correspondientes a cuatro años, han llegado a nuestras manos todas las listas de ejecuciones de los treinta y

¹⁵³ Las cifras de las ejecuciones proceden de Paul Heng-chao Ch'en, *Chinese Legal Tradition Under the Mongols: The Code of 1291 as Reconstructed*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1979, pp. 44-45.

cuatro que reinó. El mayor número de penas de muerte aplicadas en un año es de doscientas setenta y ocho, y corresponde a 1283; y el menor fueron las siete de 1263. Probablemente la razón de que falten las listas de cuatro años sea que en ellos no hubo ninguna ejecución. En total, durante los más de treinta años que reinó Kublai Khan, la pena de muerte fue aplicada a unos dos mil quinientos reos, lo que da una media anual considerablemente inferior a la de algunos países modernos como China o Estados Unidos.

En general, podemos decir que Kublai instauró un sistema legal más coherente con los delitos y los castigos, así como más suave y humanitario en comparación con el vigente en tiempos inmediatamente anteriores. Allí donde resultaba práctico, sustituyó los castigos físicos por multas y creó una serie de procedimientos cuya finalidad era conceder la amnistía a los delincuentes que se arrepentían de los crímenes cometidos. Del mismo modo, las autoridades mongolas intentaron erradicar la práctica de la tortura o, cuando menos, reducirla de forma drástica. El nuevo código especificaba que, antes de poder aplicar torturas para hacer confesar a un individuo, los funcionarios debían tener suficientes pruebas, y no meras sospechas, de que el acusado en cuestión había cometido un delito concreto. La normativa legal mongola de 1291 indicaba con claridad que debían «utilizar primero el sentido común para analizar y establecer las conjeturas pertinentes, sin imponer torturas a su antojo». En cambio, en la misma época en la que los mongoles ponían límites al empleo de la tortura, el clero y

los estados europeos aprobaban leyes que extendían su uso a muchísimos delitos de cuya comisión no era necesario disponer de pruebas. A diferencia del sinfín de torturas sangrientas que se aplicaban en otros países —como, por ejemplo, tirar de las extremidades al reo en el potro de tormento, aplastarlo con una gran rueda, empalarlo en una estaca o quemarlo de diversas maneras—, los mongoles se limitaban a golpear al culpable con una vara.

La benevolencia de las leyes mongolas y de las costumbres de la cultura de las estepas se puso de manifiesto de maneras harto curiosas. Las autoridades chinas solían tatuar los crímenes cometidos en la frente del reo para que siempre estuviera marcado por su delito. Como los mongoles consideraban que la frente encerraba la morada del alma, sostenían que ni siquiera la cabeza de un criminal podía sufrir semejante ofensa. Las autoridades mongolas siguieron permitiendo la práctica de los tatuajes allí donde esta costumbre estaba arraigada; no obstante, decretaron que los dos primeros delitos debían tatuarse en los antebrazos, y en el caso de un tercero, en el cuello, pero nunca en la frente. Además, impidieron que esta forma de castigo se extendiera a otras regiones y minorías étnicas que no estaban acostumbradas a ponerla en práctica. En vez de marcar con tinta en el cuerpo del reo el crimen cometido, preferían escribir el delito en un muro erigido frente a la casa del condenado para que toda la comunidad se enterara perfectamente y vigilara sus acciones. También utilizaban un sistema de libertad condicional en el que el prisionero tenía que

presentarse dos veces al mes a las autoridades locales con la finalidad de que éstas controlaran su conducta. De acuerdo al principio mongol de culpabilidad y responsabilidad de grupo, la libertad de un prisionero dependía, en parte, en su voluntad de unirse a un departamento auxiliar de la aplicación de la ley con el fin de aplicar sus conocimientos del crimen para la captura de otros delincuentes. El reo, y a menudo toda su familia, debía firmar documentos de acuse de recibo de su sentencia y hacer constar su posible desacuerdo con el proceso y sus quejas. Para registrar el cumplimiento de este trámite, se tomaban al condenado las huellas dactilares que eran añadidas a la documentación. Cuando era posible, los administradores mongoles preferían que los casos se solucionaran sin la intervención de las altas instancias. Los delitos cometidos en el seno de una familia podían ser juzgados y penados por la familia, del mismo modo que un grupo de monjes podía dirimir las discrepancias surgidas en su seno, o el consejo de un gremio podía penalizar los delitos relacionados con su profesión cometidos por uno de sus miembros.

Para facilitar la emisión de un veredicto a los ciudadanos de a pie y a esos pequeños consejos, las autoridades mongolas fomentaron la edición de manuales de criminología que sirvieran de guía. En el campo del derecho penal, también establecieron una serie de requisitos mínimos para los funcionarios que visitaban la escena de un crimen con el fin de recoger pruebas para posteriormente analizarlas y hacerlas constar en el correspondiente informe. Por ejemplo, se especificaba el modo en que debía manipularse y

examinarse un cadáver con el fin de obtener de él el mayor número de datos posible, que debían ser recogidos en un informe por triplicado en el que tenían que incluirse los dibujos pertinentes para indicar la ubicación de las heridas. El sistema mongol no sólo servía para mejorar la calidad de las prácticas legales, sino que ponía de manifiesto la política general mongola de que todo el mundo, no sólo la élite culta, debía conocer y saber utilizar las leyes. Más que un mero instrumento para decidir la culpabilidad de un encausado y administrar un castigo, para los mongoles la ley era un medio que servía para solucionar problemas, crear una buena unión y preservar la paz.

En vez de instruir a los funcionarios en el arte clásico de la poesía y de la caligrafía, los mongoles prefirieron impartir enseñanzas más prácticas de muy distintas maneras. Fijaron una serie de conocimientos básicos para diversos profesionales, desde casamenteras y comerciantes hasta médicos y abogados. En todos los frentes, su política parecía la misma. Pretendía sentar unos patrones para todas las actividades y mejorar sus niveles, además de garantizar a un gran abanico de individuos el acceso a ellas y a los beneficios y servicios que ofrecían.

Con el reducido número de mongoles que estaban al frente del gobierno de un país tan populoso como China, Kublai Khan parecía obligado a aceptar en el seno de su administración a los tradicionales mandarines que habían sido seleccionados mediante un largo proceso de estudios y exámenes, pero no quiso. En vez de perpetuar el antiguo sistema, abolió los exámenes y buscó la ayuda

necesaria para la administración del país en individuos de la colonia extranjera, sobre todo musulmanes, y, cuando pudo conseguirlos, europeos, como, por ejemplo, Marco Polo. Al igual que su abuelo, para quien los administradores musulmanes eran muy hábiles en «las leyes y las costumbres de las ciudades»¹⁵⁴, Kublai Khan hizo venir a muchos de esos hombres del reino de su hermano en Persia. En repetidas ocasiones transmitió al Papa y a los monarcas europeos el deseo de recibir en su imperio a eruditos y sabios de Europa, pero nunca obtuvo respuesta.

Sin embargo, consciente de los peligros que encerraba la excesiva dependencia de un grupo étnico o nacional, y con su propensión natural a buscar siempre un equilibrio, Kublai mezcló constantemente a los chinos con individuos extranjeros de orígenes muy diversos, a saber, tibetanos, armenios, kitán, árabes, tayikos, uigures, tangut, turcos, persas y europeos. Los mongoles asignaban a cada departamento de la administración una cuota de los tres grupos étnicos principales, esto es, los chinos septentrionales, los chinos meridionales y los extranjeros, de manera que todos los oficiales estuvieran rodeados de hombres de distinta cultura o religión. Del mismo modo que Genghis Khan, en vez de dejarse guiar por razones de nacimiento, se fijó en las dotes personales y los méritos de un individuo, por sencillos que fueran sus orígenes, para

¹⁵⁴ *La historia secreta*, #263. Para una descripción más detallada de las leyes mongolas, véase Valentin A. Riasanovsky, *Fundamental Principles of Mongol Law*, Uralic & Altaic Series, vol. 43, Bloomington, Indiana University Publications, 1965, p. 83.

encomendarle un puesto de gran responsabilidad, la administración de Kublai Khan se dedicó a promocionar a hombres que ejercían oficios humildes, como, por ejemplo, cocineros, porteros, escribas y traductores¹⁵⁵. Con la promoción de gente de baja condición social y su incorporación a otras áreas de actividad, los señores mongoles lograrían aumentar la obediencia y la lealtad de estas personas y minimizar las relaciones que éstas pudieran mantener con el pueblo que gobernaban.

Sin el rígido sistema de escalafones que había caracterizado la administración local de los jerarquizados mandarines, Kublai impuso el procedimiento de toma de decisiones creado por Genghis Khan, basado en las grandes reuniones y asambleas y en la deliberación constante. Siempre que resultara posible, y en cualquier ámbito, los mongoles sustituían la burocracia por asambleas inspiradas en las pequeñas *juriltai* típicas de la estepa. Las asambleas locales tenían la obligación de reunirse diariamente, y todas las medidas nuevas que aprobaban debían llevar el sello de al menos dos funcionarios. Entre otras, su misión consistía en discutir los distintos temas y llegar a un consenso; las decisiones debían ser tomadas en grupo, no por un solo funcionario. Desde el punto de vista chino, este sistema era sumamente ineficaz y muy poco práctico, pues, además de absorber muchas energías, suponía

¹⁵⁵ Para una valoración exhaustiva de la administración mongola, véase Elizabeth Endicott-West, *Mongolian Rule in China: Local Administration in the Yuan Dynasty*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1989.

una pérdida de tiempo en comparación con el viejo método de contar sólo con un funcionario encargado de tomar todas las decisiones que los demás se limitaban a seguir. Los mongoles extendieron también el sistema de pequeñas asambleas a otros campos muy distintos. Los pacientes que se sentían insatisfechos de los servicios médicos recibidos podían buscar una compensación en un consejo compuesto por representantes del cuerpo sanitario y funcionarios ajenos al mismo. Análogamente, se crearon grupos similares para dirimir las disputas surgidas entre los profesionales de distintos oficios, desde soldados hasta músicos.

Como el antiguo sistema burocrático dependía de una serie de funcionarios cultos que no recibían remuneración alguna y se ganaban la vida extorsionando a los que necesitaban sus servicios o su visto bueno, los mongoles optaron por contratar a empleados a sueldo para realizar los trabajos más sencillos de la rutina administrativa. Por todos sus territorios fijaron una media salarial con unos pocos diferenciales por comarcas para compensar las posibles variaciones del coste de vida.

Sin embargo, el cambio al sistema de asambleas de consenso y a la utilización de personal civil remunerado no llegó a cuajar en China, y no sobrevivió a la dinastía mongola. En cuanto los Ming subieron al poder, volvieron a las instituciones tradicionales de los cargos burocráticos y abandonaron el sistema de asambleas en beneficio de una administración manejada desde lo alto. Este experimento de una administración participativa no volvería a probarse en China hasta bien entrado el siglo XX, cuando los fundadores de la

república y los fundadores del comunismo se esforzaron en volver a introducir algunas asambleas locales, debates, empleados asalariados y la participación ciudadana en el gobierno.

Para facilitar aún más la rapidez y la seguridad de las actividades comerciales por todo su reino, Kublai difundió de forma radical la utilización del papel moneda. Cuando Marco Polo visitó el imperio, el nuevo sistema se hallaba en plena expansión. El viajero veneciano cuenta que el dinero estaba hecho a partir de corteza de morera, de una manera que hoy día identificamos con el papel, pero que por aquel entonces seguía siendo prácticamente desconocida en Europa. El papel moneda estaba cortado en rectángulos de distintos tamaños, marcado con su valor y llevaba impreso un sello bermellón. Su principal ventaja radicaba en que era mucho más fácil de manejar y de cargar en los barcos que las pesadas y voluminosas monedas utilizadas por aquel entonces. Marco Polo dice que ese dinero era aceptado en todo el imperio, pues «rechazarlo suponía incurrir en un delito castigado con la pena de muerte»¹⁵⁶, aunque la mayoría de la gente «están absolutamente dispuestos a ser pagados con papel moneda, puesto que con él pueden comprar todo lo que deseen, desde perlas y gemas preciosas hasta oro y plata». Las autoridades mongolas de Persia intentaron instaurar el sistema del papel moneda en su reino, pero fracasaron

¹⁵⁶ Marco Polo, *The Travels of Marco Polo*, trad. ing. de Teresa Waugh, Nueva York, Facts on File, 1984, p. 88.

porque el concepto resultaba extraño para los mercaderes locales, cuyo descontento estuvo a punto de acabar en una revuelta en toda regla en un momento en el que los mongoles no tenían consigo todas las de ganar. En vez de arriesgarse a sufrir una derrota humillante, las autoridades optaron finalmente por retirar el papel moneda.

Allí donde corre el papel moneda, hay más oportunidades de vender y comprar a crédito y, por lo tanto, más posibilidades de que se produzca un desastre financiero. En lo que cabría definir como una importante innovación destinada a dar mayor consistencia a los mercados, relacionada sobre todo con la difusión de los créditos, la ley mongola contemplaba el supuesto de una declaración de quiebra, pero nadie, ni comerciante ni cliente, podía acogerse a ella más de dos veces para no pagar las deudas contraídas. A la tercera, podía ser condenado a muerte.

Aunque los mongoles rechazaron invariablemente algunos aspectos de la cultura china, como el confucianismo y el vendado de los pies, el refinamiento de su sistema monetario pone de manifiesto su especial aprecio por otras facetas de dicha cultura¹⁵⁷. Kublai no dudó en recurrir a la historia china en busca de ideas e instituciones cuyo valor práctico había quedado claramente demostrado. Erigió escuelas y dio un nuevo impulso a la Academia

¹⁵⁷ Para una explicación más completa de las influencias culturales mongolas, véase Adam T. Kessler, *Empires Beyond the Great Wall: The Heritage of Genghis Khan*, Los Ángeles, Natural History Museum, 1993.

Hanlin, que estaba compuesta por los eruditos más destacados del país, con el fin de promover determinados aspectos de la erudición y la cultura tradicionales de China. Fundó la Escuela de Lengua Mongola en 1269 y dos años más tarde, en 1271, la Universidad Nacional Mongola de Kanbalik. Inauguró departamentos nuevos y encomendó a los sabios la compilación escrita de los acontecimientos de la época, la edición y la reimpresión de textos antiguos y el mantenimiento de los archivos.

La corte de Kublai Khan no sólo disponía de escribas especializados en lengua mongola, sino también en árabe, persa, uigur, tangut, yurchen, tibetano, chino y otras lenguas de menor difusión; no obstante, todos ellos tenían que hacer frente a innumerables dificultades debido a la gran variedad de lenguas. Utilizando sólo su alfabeto mongol-uigur, a las autoridades mongolas les resultaba muy difícil recoger toda la información administrativa que necesitaban de su vasto imperio. En su trabajo cotidiano, los funcionarios se veían obligados a escribir nombres tan diversos como los de las ciudades chinas, los de los príncipes rusos, los de los montes persas, los de los sabios hindúes, los de los generales vietnamitas, los de los clérigos musulmanes o los de los ríos húngaros. Como los súbditos del imperio empleaban tantas lenguas diferentes, Kublai Khan decidió poner en marcha uno de los inventos más innovadores de la historia intelectual y administrativa. Quiso crear un alfabeto único que pudiera ser utilizado para transcribir todas las lenguas del mundo. Encomendó esta tarea a un lama budista del Tíbet llamado Phagspa, que en 1269 presentó

al kan un conjunto de cuarenta y un caracteres derivados del alfabeto tibetano. Kublai Khan hizo de éste el alfabeto oficial del imperio, pero en vez de imponer el nuevo sistema de escritura, permitió que los chinos y el resto de sus súbditos continuaran utilizando el suyo propio con la esperanza de que el nuevo alfabeto acabaría imponiéndose a los antiguos cuando quedara demostrada su superioridad y conveniencia. No obstante, los eruditos chinos sentían un gran apego por su antiquísima lengua para permitir que un nuevo sistema de escritura, obviamente bárbaro desde su punto de vista, los apartara de ella, y la mayoría de la gente acabó abandonando este alfabeto en cuanto el poder dejó de estar en manos de los mongoles.

Las gentes del campo se hallaban tradicionalmente relegadas y se veían dominadas por una serie interminable de funcionarios gubernamentales que controlaban todos y cada uno de los aspectos más íntimos de sus vidas. Para acabar con este antiguo sistema jerárquico, los mongoles organizaron a los campesinos en unidades de aproximadamente cincuenta núcleos familiares llamadas *she*. Estas unidades locales ejercían una gran autoridad sobre sus miembros, de los que también eran responsables. Controlaban la agricultura de la zona y estaban encargadas de la mejora de las tierras, de la utilización y distribución del agua y demás recursos naturales y del suministro de las reservas de alimentos en tiempos de hambruna. En general podemos decir que funcionaban como una especie de gobierno local, en el que se combinaban elementos de la organización decimal ideada por Genghis Khan y tradiciones

rurales chinas.

La *she* también tenía la misión de suministrar algún tipo de educación a los hijos de los campesinos; los mongoles, sabedores de lo importante que era que el pueblo aprendiera a leer y a escribir para mejorar su calidad de vida, promovían la alfabetización general¹⁵⁸. Kublai Khan fundó escuelas públicas para que la educación básica estuviera al alcance de todos los niños, incluso los de las zonas rurales. Hasta entonces, únicamente los ricos habían tenido el tiempo y el dinero necesarios para educar a sus hijos, y de ese modo, durante generaciones y generaciones, habían conservado en sus manos el poder sobre una clase campesina analfabeta. Los mongoles observaron que en el invierno, los niños de las zonas rurales disponían de tiempo para estudiar; en vez de impartirles clases en chino clásico, optaron por que los maestros utilizaran el lenguaje coloquial para las lecciones más prácticas. La documentación de la dinastía mongola habla de 20.166 escuelas públicas creadas durante el reinado de Kublai Khan. A pesar de que tal vez los funcionarios estatales exageraran sus datos en un intento de magnificar los méritos de su administración, lo cierto es que el logro de los mongoles es notorio si tenemos en cuenta que hasta entonces ningún otro país se había embarcado en una empresa de

¹⁵⁸ Para una explicación más detallada del sistema educativo mongol en China, véase Morris Rossabi, «The Reign of Khublai Khan», en *The Cambridge History of China*, vol. 6, *Alien Regimes and Border States, 907-1368*, Herbert Franke y Denis Twitchett, eds., Cambridge, Cambridge University Press, 1994, p. 447.

educación general de tanta envergadura. En Occidente debería pasar otro siglo antes de que los autores empezaran a escribir en su lengua vernácula, y tendrían que transcurrir quinientos años antes de que los gobiernos asumieran la responsabilidad de la educación pública de los hijos de la gente sencilla.

En la sociedad confuciana tradicional, las artes literarias iban enfocadas hacia los distintos tipos de escritura utilizados en el sistema nacional de estudios. Esto conllevaba que la literatura estuviera en manos de la burocracia, y al servicio de sus intereses. Los mongoles, sin embargo, permitieron que la literatura fuera más allá, fomentando la producción de obras escritas en el lenguaje coloquial del pueblo en lugar del estilo clásico tan del gusto de los burócratas cultos. Las preferencias de los mongoles coincidían mucho más con las de las masas que con las de la élite cultivada, y combinaban la cultura popular y la cultura de corte para crear nuevas formas más divertidas de entretenimiento.

En consonancia con las grandes celebraciones escenificadas con motivo de la instauración de Genghis Khan en 1206, los mongoles solían subvencionar espectaculares representaciones ceremoniales en las que participaban miles de personas y que llegaban a durar semanas. En 1275 resumieron la historia militar mongola en un drama ceremonial interpretado por su ejército. Constaba de seis partes que simbolizaban las etapas más importantes de la creación

del imperio, desde Genghis hasta Mongke¹⁵⁹.

Con la habilidad propia de un empresario capaz de dirigir un espectáculo público y de captar la imaginación popular, Kublai Khan fue un partidario entusiasta del teatro, arte muy olvidado en la cultura tradicional china, y montó con frecuencia representaciones teatrales en el recinto palaciego. A los cortesanos mongoles les entusiasmaban las obras plagadas de acción acrobática, música emotiva, maquillajes brillantes y trajes coloristas. De manera muy parecida a las de William Shakespeare en Europa, las representaciones teatrales de la era mongola buscaban el entretenimiento de la audiencia, pero también la comprensión de ciertas cuestiones, como, por ejemplo, la relación existente entre el poder y la virtud. Según se cuenta —aunque es absolutamente imposible comprobar la veracidad de esta afirmación—, ninguna obra fue censurada durante el reinado del kan mongol. Las piezas teatrales de esa época pasarían a ser las más representadas de la literatura china, convirtiendo así la era mongola en la verdadera edad de oro del teatro chino. Los cálculos sitúan el número total de piezas teatrales estrenadas durante la dinastía Yuan en quinientas aproximadamente, de las cuales ciento sesenta han llegado a nuestras manos.

¹⁵⁹ Las seis partes conmemoraban y escenificaban las conquistas de la tribu *keraita* y Ong Khan; de los *tangut*; de los *chin-chin*; del oeste y Honan (al sur del río Amarillo); de Sichuan y el estado *tai* de Nanchao; y de Corea y Vietnam. Sechin Jagchid y Paul Hyer, *Mongolia's Culture and Society*, Boulder, Westview, 1979, p. 241.

En China, tradicionalmente, todos los intérpretes, fueran actores o cantantes, no gozaban de más prestigio que las prostitutas, las concubinas y los profesionales de otros oficios marginales¹⁶⁰. Los gobernantes mongoles elevaron la condición social de estos artistas y construyeron teatros para que las representaciones no se vieran confinadas a lugares como mercados, burdeles y tabernas. La combinación del teatro chino y el mecenazgo mongol de la música sentó las bases de lo que sería la Ópera de Pekín.

En ese mecenazgo de la cultura popular para su propio entretenimiento y el de las masas, los mongoles nunca perdieron la aversión cultural que sentían por la sangre. Aunque les gustara la lucha y el tiro al arco, nunca llegarían a desarrollar nada parecido a los combates entre gladiadores y las carnicerías públicas que tanto fascinaran a los romanos, ni tampoco a los tradicionales deportes europeos consistentes en enfrentar a un animal contra otro, como ocurría en los combates de osos y las peleas de perros, o a un hombre contra un animal, como en las corridas de toros. No permitieron que la ejecución de los criminales se convirtiera en un espectáculo público, como sucedía con las decapitaciones y los ahorcamientos tan habituales en las ciudades europeas. Ni tampoco ofrecieron para entretenimiento público nada parecido a las ejecuciones en la hoguera, tan frecuentes en los lugares de Europa

¹⁶⁰ Para mayor información acerca del apoyo de los mongoles a las artes, véase Morris Rossabi, *Khubilai Khan: His Life and Times*, Berkeley, University of California Press, 1988, p. 161.

occidental en que la iglesia cristiana tenía la facultad de llevar a cabo esa práctica.

Kublai no siguió una estrategia a corto plazo para ganarse un apoyo popular transitorio, sino que llevó a cabo de manera consistente y sistemática una larga política de casi dos décadas de duración con el objetivo de conseguir la alianza de una civilización continental. Los mongoles se presentaron a sí mismos como los grandes caudillos que gozaban del favor del Cielo para unir al pueblo chino, a diferencia de los decadentes y distantes dinastas Song, que se revolcaban en el lujo y la corrupción y daban más importancia a las demostraciones ostentosas de riqueza que al poder militar. Las masas chinas se identificaban más con los mongoles, por distintos que fueran en muchos aspectos, por sus gustos y su sensibilidad, que con sus propios compatriotas funcionarios de la corte Song.

Año tras año, cada vez eran más los soldados, los funcionarios y los campesinos que desertaban para vivir bajo los mongoles o que ayudaban a éstos a adueñarse de su región. Cada vez era mayor el número de mercaderes que llevaban sus actividades a tierras mongolas, al igual que cada vez era mayor el número de sacerdotes y eruditos que buscaban una mayor libertad de movimiento bajo la protección y el amparo de los gobernantes mongoles, y al final serían los generales chinos y regimientos enteros de soldados y marineros los que desertarían para pasar a engrosar el frente mongol. El colapso de la dinastía Song no se debió a una caída rápida ni a una conquista, sino que fue provocado por una lenta erosión que poco a poco acabó con ella.

A lo largo de su campaña, los mongoles ejercieron una constante presión militar sobre la dinastía china. Toda pequeña victoria venía a reforzar la idea de que el Cielo dejaba el futuro en manos de los mongoles, abandonando a los Song. Kublai Khan dirigió su campaña de relaciones públicas, pero no la militar, que dejó en manos de sus generales más competentes, como un tal Bayan, quien demostró prácticamente la misma habilidad en combatir a los chinos que la que había tenido Subodei en la destrucción de los ejércitos europeos desde Rusia hasta Hungría. En 1276 las tropas mongolas entraron por fin en Hangzhou, la capital de los Song, y en pocos años acabaron con los pequeños focos de resistencia local. Mediante una paciente política de propaganda y otras astucias, Kublai Khan había conseguido lo que Genghis Khan no había logrado con su poderoso ejército. En consonancia con su nueva imagen, que personificaba las virtudes chinas, dispensó un trato excelente a la emperatriz madre y permitió que buena parte de la familia real residiera en un espléndido palacio con todos los lujos a los que estaba acostumbrada. Con el fin de evitar que el heredero del depuesto dinasta se convirtiera en el centro de una rebelión, envió al joven emperador a estudiar al Tíbet, donde entró como monje en un monasterio en 1296.

Para los *literati* y la élite culta de China, la derrotada dinastía Song pasaría a convertirse en un recuerdo nostálgico de una época dorada. El poeta Xie Ao (Hsieh Ao) captó esa nostalgia en un poema titulado «Con motivo de la visita al antiguo palacio imperial de Hangchow».

Como en las antiguas ruinas, crece la hierba por doquier: lejos quedan los tiempos de los guardias y los porteros que lo custodiaban.

Los torreones caídos y los palacios que se desmoronan desconsuelan mi alma.

Bajo los aleros del otrora gran salón entran y salen volando las golondrinas,

Pero en su interior reina el silencio. Ya no se oye el parloteo de los papagayos machos y hembras¹⁶¹.

Kublai Khan se dio cuenta de la joya que había conseguido tras la conquista de la capital y los funcionarios de los Song. Una y otros encarnaban lo mejor de la civilización china, y durante los años que estaban por venir no dudó en conservar todo lo que representaban mientras seguía reformando y expandiendo el imperio. Como diría el sabio japonés Hidehiro Okada, «el mejor legado del Imperio mongol que heredaron los chinos es la propia nación china»¹⁶². Los mongoles no sólo unieron todas las regiones que hablaban distintos dialectos chinos, sino que las combinaron con los reinos vecinos de los tibetanos, los manchúes y los uigures y con infinidad de pequeños principados y naciones tribales. El nuevo estado bajo su administración comprendería un territorio aproximadamente cinco

¹⁶¹ Citado en Jacques Gernet, *Daily Life in China on the Eve of the Mongol Invasion, 1230-1276*, trad. ing. de H. M. Wright, Nueva York, Macmillan, 1962, p. 237.

¹⁶² Hidehiro Okada, «China as a Successor State to the Mongol Empire», en *The Mongol Empire and Its Legacy*, Reuven Amitai-Preiss y David O. Morgan, eds., Koninklijke Brill NV, Leiden, 1999, p. 260.

veces mayor que el de la civilización en la que se hablaban las diversas lenguas chinas. Es evidente que la cultura estatal china oficial que floreció en él no fue mongola, pero tampoco china. El kan creó un híbrido; y, gracias a su empeño, esta cultura tendría un impacto mundial de una envergadura y una importancia imprevistas.

Como su control se extendía a prácticamente cualquier rincón del mundo en tierra firme, Kublai Khan tuvo que volver su atención hacia el mar en busca de nuevas tierras que conquistar. Las misiones comerciales de sus juncos habían traído información detallada acerca de las lejanas islas de las especias, Java, Ceilán y el vecino archipiélago japonés del norte. El deseo del soberano era incorporar esas tierras al creciente Imperio mongol. En 1268 envió un legado a Japón exigiendo su sometimiento, pero los nipones se negaron a rendirse. Kublai estaba todavía demasiado ocupado en la conquista final de China como para emprender una campaña militar contra Japón, razón por la cual prefirió seguir enviando legaciones con el fin de convencer a los nipones de lo conveniente de la rendición.

Cuando Kublai incorporó las fuerzas navales de los derrotados Song a las suyas propias, pudo contar con el personal y los conocimientos marítimos necesarios para llevar a cabo la invasión de las reticentes islas niponas. Revitalizó la armada y la dotó de más

naves y hombres¹⁶³, y quiso transformar aquella mera patrulla de las zonas costeras y fluviales en una verdadera flota oceánica capaz de actuar en alta mar tanto en empresas comerciales como militares. Convirtió la península de Corea en un gran astillero para la construcción de embarcaciones y en una base naval y militar desde la que iniciar la invasión de Japón. Aunque sus barcos figuraban por aquel entonces entre los más grandes del mundo, la rapidez con la que fueron construidos repercutió negativamente en su calidad. Las evidencias arqueológicas ponen de manifiesto ciertas premuras en la fabricación de las naves, como, por ejemplo, el hecho de unir dos piedras grandes para hacer el ancla en vez de tallar una única piedra, lo que habría permitido una mayor estabilidad del aparejo en cuestión. Los mongoles cargaron sus barcos de provisiones, armamento y municiones, entre otras una cantidad considerable de granadas de terracota del tamaño de un melón llenas de pólvora y metralla para bombardear a los japoneses. Kublai envió varias embajadas más para convencer a la nación insular de Japón de la conveniencia de someterse al poder mongol, pero las autoridades militares del archipiélago rechazaron todas las propuestas. En 1274 había reunido una armada de casi novecientas embarcaciones para transportar a un ejército de veintitrés mil

¹⁶³ Para una información más exhaustiva acerca de la flota mongola y la invasión de Japón, véanse James P. Delgado, «Relics of the Kamikaze», *Archaeology* (enero, 2003), pp. 36-41; y Theodore F. Cook Jr., «Mongol Invasión», *Quarterly Journal of Military History* (invierno, 1999), pp. 8-19.

soldados de infantería coreanos y chinos y un número indeterminado de guerreros mongoles de caballería. En noviembre este gran contingente militar atravesó las ciento diez millas marinas de traicioneras aguas que separan Corea de Japón. Los mongoles no tardaron en conquistar la isla de Tsushima, situada en medio del estrecho, y a continuación la de Ika, más próxima a Kyushu. Luego alcanzaron las costas de la bahía de Hakata, donde desembarcaron las tropas y los animales.

Los guerreros samuráis se lanzaron contra las fuerzas invasoras para entablar un combate cuerpo a cuerpo, pero las tropas de Kublai Khan mantuvieron su formación. Como era habitual, los mongoles presentaron batalla como una fuerza unida, no de forma individual. En vez de lanzarse a una lucha cuerpo a cuerpo, bombardearon a los samuráis con misiles explosivos y una densa lluvia de flechas. Aniquilaron a los afamados guerreros nipones, y los demás japoneses se retiraron de la zona costera para refugiarse en una fortaleza del interior de la isla. Sin embargo, en vez de perseguir a los que huían y adentrarse en unas tierras sobre las que carecían de información fiable, las fuerzas mongolas abandonaron el campo de batalla victoriosas, pero mermadas, y volvieron a embarcar en sus naves con todos los animales y pertrechos que los acompañaban. El plan que tenían preparado los mongoles sigue siendo hoy día un misterio. ¿Pensaban tal vez regresar al día siguiente para ir a la caza de los japoneses fugitivos? ¿Pretendían, tras su triunfo en la batalla, remontar la costa y atacar en otro punto? ¿Había sido enviado aquel contingente para medir la

capacidad de reacción de los japoneses y conocer sus tácticas de guerra? ¿O acaso las bajas y los daños sufridos durante el combate habían sido mucho mayores de lo que parecían y, por lo tanto, se optó por una retirada?

Aquella noche, con la totalidad de las tropas invasoras a bordo de sus naves, se desató una horrible tormenta en el océano. El kamikaze, o Viento Divino, como posteriormente sería llamado por los japoneses, agitó las aguas del mar y destruyó, empujándolas contra las rocas, muchas de las embarcaciones que los mongoles habían construido a toda prisa. En su esfuerzo por escapar de aquel infierno, perdieron la vida unos trece mil hombres, en su mayoría ahogados, al intentar cruzar el fatídico canal que los separaba de los puertos seguros de Corea. La mayor armada de la historia acabó siendo víctima de la matanza más trágica, aunque sin sangre, perpetrada en las aguas de un océano.

En consonancia con ese tipo de explicaciones míticas que a veces elaboran los gobernantes para justificarse ante los demás, y que ellos mismos acaban creyéndose, Kublai Khan y sus cortesanos proclamaron que la invasión había sido un éxito porque los mongoles habían conseguido derrotar al ejército nipón en una breve batalla terrestre; la consiguiente pérdida de vidas humanas y la destrucción de casi toda la armada parecían menos importantes. Así pues, al año siguiente Kublai volvió a enviar legaciones al archipiélago japonés para exigirle al emperador nipón que se presentara en persona en la capital mongola para expresar su sometimiento, tras lo cual Kublai volvería a investirlo como

soberano de Japón. Los nipones, convencidos igualmente de que la victoria había sido suya pese a las bajas sufridas en la batalla campal, se opusieron a las exigencias de los mongoles. Movidos por una renovada seguridad en sí mismos o por la confianza en sus dioses, decidieron cometer un último acto de agravio contra los mongoles. Los japoneses decapitaron a los legados, derramando así su sangre, y a continuación exhibieron sus cabezas para mofa del pueblo.

El gran kan organizó el envío de una segunda expedición militar. Los japoneses comenzaron a preparar una pequeña flota para enfrentarse al ejército invasor en alta mar, y a lo largo de la costa levantaron una muralla de piedra con el fin de impedir el desembarco de los soldados mongoles y sus caballos. Cuando en 1279 Kublai Khan envió otra legación, los japoneses ejecutaron a sus integrantes, y ambos bandos se prepararon para una guerra inminente. Esta vez los mongoles lanzarían la invasión desde dos frentes distintos. Primero partiría una nueva flota coreana de prácticamente las mismas dimensiones que la primera; luego, desde China llegaría el grueso de la armada, compuesta por tres mil quinientas naves tripuladas por sesenta mil marineros y con unos cien mil soldados a bordo. Y esta vez, en lugar del otoño, sería el verano la estación elegida para la empresa.

A finales del mes de mayo de 1281 zarpó la flota coreana que, pese a encontrar una fuerte resistencia de los japoneses, en pocos días volvió a conquistar la isla situada en medio del estrecho. La estrategia de los mongoles en alta mar, sin embargo, no fue tan

precisa ni fácil de poner en práctica como la que estaban acostumbrados a desarrollar en tierra firme. Los barcos chinos encontraron numerosas dificultades y demoras. La flota coreana se adentró en la bahía de Hakata esperando recibir los refuerzos que debían venir de China por el sur, y que nunca llegaron. La muralla levantada por los japoneses impidió que los soldados consiguieran desembarcar con éxito, y las tropas invasoras quedaron atrapadas en sus naves bajo el agobiante calor de junio y no tardaron en caer enfermas a consecuencia de las pequeñas epidemias de dolencias desconocidas que se desencadenaron. Al anochecer los pequeños barcos nipones salían para atacar las grandes embarcaciones mongolas en medio de la oscuridad; más que infligir un daño militar decisivo, su intención era sembrar el pánico y el caos. Ante la imposibilidad de desembarcar y el acoso de los agresores nocturnos, el 30 de junio la flota coreana se vio obligada a emprender la retirada y regresar a la isla de Takashima, donde esperaba la llegada de la flota del sur, que finalmente se produjo al cabo de dos semanas. Desorganizada, enferma, prácticamente sin provisiones y después de haber pasado más tiempo en alta mar del esperado, la totalidad de la armada zarpó rumbo a Japón a mediados de agosto. De nuevo una tormenta revolvió las aguas, hizo zozobrar las naves y las mandó a pique, acabando probablemente con la vida de más de cien mil hombres. Pocos barcos consiguieron salvarse para contar la historia del desastre.

Las invasiones de Japón organizadas por Kublai Khan habían fracasado, pero tuvieron una repercusión y un impacto tales en la

vida social y política nipona, que las autoridades del archipiélago emprendieron el camino hacia la unificación cultural y un tipo de gobierno militarista. Los mongoles, por su parte, volvieron la cara a Japón como si esos fracasos nunca se hubieran producido y empezaron a buscar otros lugares con la esperanza de que fueran objetivos más fáciles.

Las conquistas mongolas en tierra firme siguieron adelante. A pesar de las extremas dificultades que suponían el caluroso clima tropical y los territorios desconocidos, el ejército mongol triunfó en Birmania, Annam (en el norte de Vietnam) y Laos. Varios reinos del sureste asiático, como, por ejemplo, Champa (en el sur de Vietnam) y Malabar (en el litoral indio), se sometieron voluntariamente al dominio mongol. En cierto sentido, estos actos de sumisión fueron más ceremoniales que reales, pues los mongoles carecían del personal necesario para la administración de esas tierras. Sin embargo, los nuevos súbditos enviaron tributos a la corte mongola, entre otros, elefantes, rinocerontes y un diente que, según se dijo, pertenecía al mismísimo Buda. El intercambio ceremonial de tributos y regalos no fue más que un sutil pretexto para emprender una actividad comercial que poco a poco fue aumentando de volumen y valor.

Los mongoles no sólo lograron construir un estado chino unificado, pues su influencia ejerció contemporáneamente la misma presión sobre los pequeños estados que los rodeaban. Con anterioridad habían impulsado la unificación en una sola nación de los estados de la península coreana, similares desde el punto de vista cultural,

aunque en constante guerra unos con otros. Análogamente, en el sureste asiático, de cuya administración no se ocuparon de forma directa, forjaron nuevas naciones que constituirían los cimientos del Vietnam y la Tailandia actuales. Antes de la era mongola, la región que hoy día comprende Tailandia, Laos, Vietnam y Camboya había sido decididamente india en cultura y había seguido los estilos arquitectónicos, las prácticas religiosas y la mitología de la India hindú. Los mongoles, y los emigrantes chinos que ellos llevaron a esas tierras, crearon una nueva cultura híbrida que sería conocida con el calificativo de indochina.

Sin embargo, el éxito de los mongoles fue menor en las islas que actualmente conforman Indonesia. En 1289 Kublai Khan envió un legado a Java para exigir la misma sumisión que había recibido de los monarcas de otros estados vecinos, pero el rey javanés temió que los mongoles planearan hacerse con el control del valioso comercio de las especias procedentes de las islas Molucas. En un claro gesto de desafío, marcó con hierro candente el rostro del emisario y lo envió de vuelta a Kublai, quien, al igual que hiciera tras el episodio parecido ocurrido en Japón, ordenó la preparación de una flota para conquistar Java y vengarse de su rey. En 1292 la armada compuesta de mil naves y barcas recién construidas, con veinte mil soldados a bordo, zarpó provista de los abastecimientos necesarios para todo un año. A su llegada en 1293, los mongoles obtuvieron una victoria sin apenas dificultades, no tardaron en matar al rey que había cometido el ultraje y conquistaron aparentemente toda la isla con bastante facilidad. Pero luego cayeron en una trampa.

Creyendo que estaban preparándose para la ceremonia de sumisión del nuevo monarca, los líderes mongoles fueron víctimas de una emboscada en la que muchos de ellos perdieron la vida, tras la cual las tropas supervivientes emprendieron, humilladas, la retirada de la isla.

Kublai Khan había fracasado en su intento de adaptar a las campañas militares marítimas las estrategias que los mongoles desarrollaban con tanto éxito en la guerra en tierra firme. Las antiguas técnicas del cazador a caballo en las que su abuelo se había inspirado para emprender sus empresas bélicas en el continente, no funcionaban en las campañas militares insulares. A diferencia de otras potencias marítimas anteriores como Roma y Atenas, que habían actuado en pequeñas zonas bien delimitadas de un mar cerrado como el Mediterráneo, los mongoles habían convertido China en una potencia oceánica. En este sentido, anunciaron el nuevo tipo de potencia imperial basada en armadas navales que serían España, Inglaterra y los Países Bajos en siglos posteriores.

Pero mientras tanto las derrotas de Kublai en Japón y Java perfilaron el límite oriental del Imperio mongol, que nunca llegaría a extenderse allende los mares, ni siquiera a las vecinas islas de Taiwán y el archipiélago filipino. Del mismo modo, la derrota a manos de los mamelucos egipcios en 1260, al principio del reinado de Kublai Khan, había configurado la frontera suroccidental, así como el abandono voluntario de las tierras de Polonia y Hungría había trazado veinte años antes la línea que delimitaba el avance

mongol por el noroeste. De esta forma, entre 1242 y 1293, la expansión mongola llegó a su máximo apogeo, siendo cuatro los frentes de guerra que marcaron las fronteras externas del mundo mongol, a saber, Polonia, Egipto, Java y Japón. La zona comprendida entre estos cuatro puntos había sufrido conquistas devastadoras y había sido objeto de cambios radicales con el fin de establecer un sistema completamente distinto de gobierno, pero estaba a punto de vivir un siglo de paz política sin precedente que se caracterizaría por una explosión comercial, tecnológica e intelectual de proporciones desconocidas en la historia de la humanidad.

Todas las primaveras, cuando las bandadas de grullas atravesaban volando China septentrional rumbo al norte para anidar alrededor de las aguas poco profundas de los lagos y ríos de Mongolia, Kublai Khan aguardaba su llegada en el campo, tumbado en su palanquín de seda cubierto de pieles de tigre, protegido por un maravilloso pabellón dorado instalado sobre las espaldas de cuatro espléndidos elefantes que había recibido como parte del botín obtenido en Birmania. Demasiado gordo para montar un caballo, y aquejado de gota, prefería cazar desde los confines de aquella cámara especial cuidadosamente preparada. Cuando estaba listo para disparar, se corría el techo del pabellón, y sobre su cabeza aparecían tal cantidad de grullas blancas y grises que parecían nubes en contraste con el color azul intenso del cielo. A una señal suya, acudían de inmediato centenares de halconeros que, tras formar sendas hileras a ambos lados de los elefantes, sacaban la capucha

de sus aves rapaces; y los gerifaltes, los halcones peregrinos y las águilas se echaban a volar. Perseguían a las grullas y, una por una, las hacían desaparecer del cielo para traérselas a sus cuidadores.

Aunque su abuelo había codificado la costumbre mongola de cazar sólo en invierno y nunca en primavera, a Kublai no le gustaba cazar durante la cruda estación invernal, y cambió la ley. Incluso vestido con su manto blanco de armiño y arropado por el calor de las mantas de marta cibelina y las alfombras y los tapices de piel de tigre que lo rodeaban, a Kublai Khan le incomodaban las bajas temperaturas y el azote del viento; en consecuencia, trasladó la época de caza a comienzos de la primavera, cuando el tiempo resultaba más agradable.

El séquito de la cacería estaba formado por soldados a caballo¹⁶⁴, camellos que transportaban el equipamiento y diversos elefantes provistos de pabellones individuales de dimensiones más reducidas que eran utilizados cuando el kan deseaba perseguir a su presa por zonas más limitadas en las que no podía adentrarse su palacio móvil a lomos de cuatro elefantes. La caravana, engalanada de tejidos de seda de vivos colores, iba precedida de los estandartes imperiales de Kublai. La procesión incluía diversos tigres de caza que iban en sus jaulas móviles tiradas por bueyes robustos, así como leopardos y linceos que viajaban sobre los cuartos traseros de

¹⁶⁴ Marco Polo, *The Travels of Marco Polo*, trad. ing. de Ronald E. Latham, Londres, Penguin, 1958, pp. 141-145.

caballos, solos o sentados detrás de sus cuidadores. Cuando aparecía una presa, Kublai mandaba a uno de sus predadores perfectamente adiestrados para abatirla. En el caso de los osos y otros animales más pequeños, bastaba enviar a los perros; si se trataba de un venado, a los leopardos; y para los grandes asnos salvajes y los toros, a los tigres. Si no se podía alcanzar una presa con estos animales, siempre había una falange de arqueros dispuesta a disparar contra cualquier objetivo que mandara su señor.

Entre los miembros del séquito de Kublai que cruzaba los campos en procesión había numerosos astrólogos, adivinos, chamanes mongoles y monjes tibetanos cuyo cometido consistía —recordando vagamente el empleo que hacía Genghis Khan de los chamanes antes de una batalla— en despejar el camino de nubes, lluvias y cualquier otra forma de inclemencia del tiempo que pudiera estorbar al poderoso cazador. Con el ruido que hacía esa interminable caravana, y el olor que desprendía, los animales advertían perfectamente su presencia y tenían la oportunidad de escapar. Resultaba difícil que los cogieran por sorpresa, pues la caravana de Kublai Khan avanzaba como un ejército mongol tradicional: el emperador, acompañado de su corte y su colección de animales, constituía el centro o eje de la comitiva, y a ambos lados, más alejadas y dispersas, iban sendas *tumen* (compuestas oficialmente de diez mil hombres cada una, aunque en estas ocasiones probablemente el número fuera inferior). Para reflejar el flanco que les correspondía, la de la izquierda iba vestida de color

escarlata, y la de la derecha de azul. Según Marco Polo, cubrían en ambas direcciones la distancia correspondiente a una jornada a caballo. Acompañados de mastines y aves rapaces, los criados conducían a los animales delante de ellos y en dirección al centro para que estuvieran correctamente colocados cuando llegaran los elefantes con Kublai Khan y su palacio móvil.

Para atender todas las necesidades del grupo de caza tras una agotadora jornada a lomos de elefante, el nutrido grupo de sirvientes que precedía a la comitiva levantaba un campamento parecido a una ciudad móvil. El pabellón más grande podía acoger a mil invitados durante las ruidosas celebraciones de los mongoles. Una serie de tiendas adyacentes hacían las veces de barrios dormitorio. Con el séquito iba una banda de músicos para acompañar con sus melodías a los cantantes, acróbatas, juglares y contorsionistas que tanto gustaban a los miembros de la corte.

En los banquetes que se celebraban todas las noches, los invitados, desde el primero al último, vestían una *deel* del mismo estilo y del color que había sido asignado para ese día; pero para que su aspecto no pareciera demasiado igualitario, su rango y poder quedaba simbolizado en el número y el valor de las joyas y perlas que engalanaban sus ropajes. Sus casacas iban ceñidas por fajines dorados, y calzaban botas bordadas con hilos de plata. En medio de la celebración, uno de los tigres adiestrados entraba en el pabellón, caminaba lentamente entre los invitados hasta llegar al kan, se inclinaba ante él y a continuación ocupaba el lugar que tenía asignado, esto es, sentado junto al trono, donde permanecía

durante toda la fiesta. La comida era servida en platos de oro y plata. Todos los criados llevaban unos pañuelos de seda ribeteados en oro a modo de velo que les cubría la nariz y la boca para evitar que su aliento, o cualquier mucosidad, pudiera contaminar los alimentos. Las recetas de los manjares que se servían a Kublai Khan han llegado hasta nuestros días. Incluyen una gran variedad de productos, pero conservan la preferencia tradicional mongola por los cárnicos y los lácteos¹⁶⁵. Los miembros de la corte mongola comían exquisiteces tales como tiras de lardo de rabo de cordero, espolvoreadas de harina y cocidas con puerros; testículos de toro fritos, untados de pasta de azafrán y salpicados de cilantro; cocido de cordero con cardamomo y canela, servido con arroz y garbanzos; o berenjenas tiernas rellenas de carne picada de cordero, lardo, yogur, peladura de naranja y albahaca.

Como verdaderos mongoles que eran, se hartaban de su bebida favorita, esto es, de leche fermentada de yegua, aunque no era una leche cualquiera, pues procedía de una yeguada especial del emperador, compuesta únicamente de hembras de color blanco inmaculado que habían sido montadas por sementales, también de color blanco inmaculado, con el fin de obtener una leche especial de uso exclusivo del kan y su corte. Cuando llegaba la hora de retirarse

¹⁶⁵ Para una información más completa acerca de la comida mongola en China, véanse Paul D. Buell, *Historical Dictionary of the Mongol World Empire*, Scarecrow, Lanham, Md., 2003, pp. 309-312; y Paul D. Buell y Eugene N. Anderson, *A Soup for the Qan: Chinese Dietary Medicine of the Mongol Era as Seen in Hu Szu-Hui's Yin-Shan Cheng-Yao*, Londres, Kegan Paul, 2000.

a sus aposentos para pasar la noche, disponía de un grupo elegido de hermosas doncellas que habían sido seleccionadas después de comprobar que no roncaban, que no tenían mal aliento y que no desprendían malos olores. A la mañana siguiente, para recuperarse de los excesos de la bebida, la comida y otras indulgencias, el kan tomaba una infusión de peladura de naranja, flores de kudzú, ginseng, sándalo y cardamomo que le preparaba su unidad móvil de médicos y farmacéuticos. Ingerida con el estómago vacío, esta tisana servía para hacer pasar la resaca y dejarlo en las condiciones idóneas para otra jornada de caza y de excesos en la comida y la bebida.

Apenas unas décadas antes, los antepasados de Kublai habían utilizado la caza como medio principal para la obtención de alimento. Su bisabuelo Yesuguei había salido a cazar con su gerifalte cuando vio a la joven Hoelun, a la que no dudó en raptar para hacerla su esposa. El abuelo de Kublai, Genghis, a la muerte de su padre, alimentaba a su familia con las piezas que obtenía cazando, y había acabado con la vida de su medio hermano, Begter, durante un altercado que, según parece, se produjo a raíz de una disputa por unas piezas de caza, a saber, un pájaro y un pez. Posteriormente Genghis Khan, con la colaboración de Subodei y otros grandes cazadores, adaptó las numerosas estrategias, técnicas y armas de caza a las campañas militares, en las que trataba a los enemigos como presa que debía ser acechada y atrapada con artimañas y astucias, y así conquistó su vasto imperio.

La caza combinaba el pasatiempo que tanto entretenía a Kublai con

las necesidades imperiales de la pompa ceremonial y los espectáculos derrochadores. Kublai seguía conservando algunos rasgos tradicionales de la caza y el estilo de vida mongoles: la afición por el tiro al arco, las aves rapaces adiestradas, la leche de yegua, las tiendas de campaña y la organización de los ejércitos de la derecha y la izquierda. Pero convirtió todo ello en una recreación decadente y lujosa al servicio del entretenimiento, costoso y aburrido a la vez, de la élite mongola y de su persona. Su grandiosa comitiva tenía más de ostentación que de efectividad. Su razón de ser era el espectáculo público y la impresión que creaba en los súbditos del imperio y los individuos que lo visitaban.

Como se hacía en los frecuentes traslados de campamento en la estepa mongola, la caravana de Kublai seguía a un jinete que llevaba el estandarte del espíritu del kan. El estandarte del espíritu guiaba a Kublai en lo que era un frívolo paseo caracterizado por una serie de entretenimientos que en último término no tenían ningún significado ni conducían a ninguna parte. El Imperio mongol seguiría en pie durante un siglo más, pero apenas tres generaciones después de su creación ya había perdido el rumbo. Era evidente para todos que el estandarte del espíritu de Genghis Khan ya no guiaba a sus descendientes ni al pueblo que se vanagloriaba de ser su seguidor.

Capítulo 9

Su luz dorada

Los artistas de China y París rivalizaban entre sí al servicio del gran kan¹⁶⁶.

EDWARD GIBBON

Un día del invierno de 1287-1288, el rey Eduardo I de Inglaterra, que asistía a misa, se levantó del trono en un rasgo de deferencia hacia Rabban Bar Sawma, el embajador del emperador mongol Kublai Khan, recién llegado a su corte. Para presentarse en la corte del monarca inglés, Rabban Bar Sawma probablemente hubiera viajado más que cualquier otro legado oficial de la historia, tras recorrer unos doce mil kilómetros por la retorcida ruta terrestre que comunicaba la capital mongola con las principales ciudades de Oriente Medio y numerosas capitales europeas. El rey Eduardo se levantó ante el legado no para rendir pleitesía al kan mongol, sino para recibir de manos del embajador asiático el pan bendito, en cumplimiento del sacramento cristiano de la eucaristía. Como los primeros embajadores europeos llegados a tierras mongolas habían sido sacerdotes, Kublai Khan había elegido para ese cometido a Rabban Bar Sawma porque, pese a ser un mongol leal, era también

¹⁶⁶ Edward Gibbon, *Decline and Fall of the Roman Empire*, Londres, J. M. Dent, 1910, vol. 6, p. 287.

sacerdote cristiano, aunque del rito asirio.

La misión de Rabban Bar Sawma comenzó como una peregrinación desde Konbalik a Jerusalén, pero, una vez en Bagdad, sus superiores desviaron su ruta hacia Europa en 1287. Además de visitar al ilkan mongol en Persia, al emperador bizantino Andrónico II Paleólogo en Constantinopla, al colegio de cardenales en Roma, y al rey Felipe IV de Francia en París, Rabban Bar Sawma se trasladó a la corte de Eduardo, el punto más distante de su viaje. Entregó cartas y regalos a todos los monarcas a los que visitó a lo largo de su camino, y se quedó en cada corte algunas semanas o meses antes de reemprender la marcha y trasladarse al siguiente destino. Dedicó su tiempo a visitar monumentos y a entrevistarse con sabios, políticos y funcionarios eclesiásticos para hablarles del gran kan de los mongoles, de su vasallo, el ilkan, y del ardiente deseo de ambos por mantener relaciones pacíficas con el resto del mundo. A su paso por Roma en el viaje de vuelta, el papa Nicolás IV lo invitó a celebrar misa en su propia lengua y posteriormente, el Domingo de Ramos de 1288, el pontífice dio personalmente la comunión al emisario mongol.

Las testas coronadas de Europa recibieron con los brazos abiertos a Rabban Bar Sawma en sus cortes, pero con anterioridad ya habían llegado muchos otros legados que habían sido ignorados oficialmente por la Iglesia y el estado. Ya en 1247, durante el reinado de Guyuk Khan, Mateo Paris hablaba de la llegada de unos embajadores mongoles a la corte francesa. De nuevo en el verano del año siguiente, «se presentaron dos embajadores de los tártaros,

enviados al señor sumo pontífice por su príncipe»¹⁶⁷. Durante esas primeras visitas, sin embargo, los dignatarios europeos sintieron, al parecer, miedo de que trascendiera cualquier tipo de información acerca de los mongoles. Como señala Mateo Paris, «el motivo de su viaje se ocultó a todos los miembros de la curia, de modo que ni los escribanos, notarios y otros funcionarios, ni siquiera los familiares del Papa lo conocían». De nuevo en 1269, cuando los hermanos Maffeo y Nicolás Polo regresaron de su primer viaje a Asia, trajeron consigo una carta de Kublai Khan al sumo pontífice en la que el soberano mongol solicitaba el envío de cien sacerdotes para que compartieran sus conocimientos con su corte.

Teniendo en cuenta el tremendo hincapié que se hacía en la libertad religiosa a lo largo y ancho de todo el Imperio mongol, Rabban Bar Sawma quedó sorprendido cuando, al llegar a Europa, descubrió que sólo se toleraba un solo credo. Encontró particularmente curioso que las autoridades de la Iglesia tuvieran tanto poder político sobre las naciones y todavía más poderes mundanos sobre la vida cotidiana de las gentes sencillas. Como cristiano, quedó encantado con el monopolio que ejercía su religión, pero aquella situación contrastaba poderosamente con la del Imperio mongol, en el que florecían muchas religiones distintas, si bien todas tenían la obligación de satisfacer las necesidades del imperio antes que las

¹⁶⁷ Mateo Paris, *Matthew Paris's English History from the Year 1235 to 1273*, trad. ing. de J. A. Giles, Londres, Henry G. Bohn, 1852; reimpresión: Nueva York, AMS Press, 1968, p. 155.

propias.

A pesar de la publicidad que se concedió a su visita y de la cordial recepción que se le dispensó en toda Europa, Rabban Bar Sawma no tuvo más éxito en su misión que los legados no reconocidos que lo precedieron, pues no logró firmar ningún tratado con ningún monarca ni dignatario eclesiástico de Europa. El único éxito que alcanzó fue el compromiso del Papa de enviar maestros a la corte mongola, tal como ya había solicitado Kublai en varias ocasiones. Pese al fracaso de su misión diplomática, Rabban Bar Sawma regresó a la corte del ilkan de Persia y contó los pormenores de sus viajes, de los que se realizó una copia en siríaco llamada *Historia de la vida y los viajes de Rabbatt Sawma, legado y plenipotenciario de los kanes mongoles, a los monarcas de Europa*. El viaje de Rabban Bar Sawma, y en particular la anécdota de cómo dio la comunión al rey de Inglaterra y de cómo él mismo la recibió de manos del Papa, ilustran claramente cuánto habían contribuido los mongoles a cambiar el mundo en los cincuenta años transcurridos desde que sus ejércitos invadieran Europa. Unas civilizaciones que en otro tiempo habían sido mundos separados y en gran medida desconocidos entre sí, se habían convertido en un solo sistema intercontinental de comunicaciones, relaciones comerciales, tecnología y política.

En vez de enviar por delante guerreros a caballo y terribles máquinas de asedio, los mongoles enviaban ahora humildes sacerdotes, sabios y embajadores. El tiempo de las conquistas mongolas había terminado, pero la era de la paz mongola no había

hecho más que empezar. En reconocimiento de los extraordinarios cambios alcanzados en la difusión de la paz y la prosperidad en el ámbito internacional, los estudiosos occidentales denominarían más tarde al siglo XIV la era de la *pax mongólica* o *pax tartárica*. Los kanes mongoles intentarían ahora establecer a través del comercio pacífico y de la diplomacia las relaciones comerciales y diplomáticas que no habían sido capaces de crear por la fuerza de las armas. Los mongoles continuarían, aunque por medios distintos, persiguiendo su objetivo compulsivo de unir a todas las gentes bajo el Cielo Azul Eterno. La influencia comercial de los mongoles se extendió mucho más allá que su ejército y la transformación del Imperio mongol en la gran empresa mongola tuvo lugar durante el reinado de Kublai Khan. Durante todo el siglo XIII y la primera parte del XIV, los mongoles se ocuparon del mantenimiento en buen estado de las rutas comerciales que atravesaban su imperio y dispusieron albergues bien surtidos de provisiones a intervalos de unos cuarenta o cincuenta kilómetros. Las casas de posta suministraban animales y guías para que los mercaderes pudieran viajar con tranquilidad por los terrenos difíciles. Marco Polo, que estuvo en la corte mongola más o menos cuando Bar Sawma llevaba a cabo su misión en Europa, utilizó a menudo en sus viajes las casas de posta mongolas¹⁶⁸. Acaso con un poco más de entusiasmo que de

¹⁶⁸ Para texto completo del relato de Rabban Bar Sawma, véase E. A. W. Wallis, Budge, *The Monks of Kublai Khan, Emperor of China*; o *The History of the Life and Travels of Rabban Swama, Envoy and Plenipotentiary of the Mongol Khans to the Kings of Europe, and Markos Who*

exactitud, dice de ellas que no sólo eran «hermosas» y «como palacios», sino que además tenían «sábanas de seda y todos los demás lujos propios de un rey»¹⁶⁹. Con el fin de promover el comercio a través de esas rutas, las autoridades mongolas facilitaban a los viajeros una forma primitiva de pasaporte y tarjeta de crédito a un tiempo. La *paiza* mongola era una tablilla de oro, plata o madera, más grande que la mano de un hombre, que se llevaba alrededor del cuello sujeta de una cadena o cosida a la ropa. Según el metal empleado y la presencia de símbolos como tigres o halcones, las personas analfabetas podían identificar la importancia del viajero y por lo tanto ofrecerle el tipo de servicio apropiado. La *paiza* permitía a su beneficiario viajar por todo el imperio y le aseguraba protección, alojamiento, transporte y exención de impuestos y obligaciones locales.

La expansión y el mantenimiento de las rutas comerciales no se debieron a un compromiso ideológico de los mongoles con el comercio y las comunicaciones en general. Más bien fueron fruto del sistema de participaciones o *jubi*, profundamente arraigado en la organización tribal mongola, que había sido formalizado por Genghis Khan. Del mismo modo que cada huérfano o viuda, igual que cada soldado, tenía derecho a una cantidad alícuota de todos

as Mar Yahbhallaha III Became Patriarch of the Nestorian Church in Asia, Londres, Religious Tract Society, 1928.

¹⁶⁹ Marco Polo, *The Travels of Marco Polo*, trad. ing. de Teresa Waugh, Nueva York, Facts on File Publications, 1984, p. 89.

los bienes obtenidos en la guerra, cada miembro de la Familia Dorada tenía derecho a una participación en la riqueza de todos los rincones del imperio. En vez del salario pagado a los administradores que no eran mongoles, los funcionarios mongoles de alto rango recibían participaciones en especie, una gran parte de las cuales eran vendidas o cambiadas en el mercado para obtener dinero u otros bienes. Como titular del Ilkanato de Persia, Hulegu seguía poseyendo veinticinco mil familias de sederos en China, donde reinaba su hermano Ku-lai. Hulegu era asimismo propietario de algunos valles en el Tíbet y tenía derecho a una parte de las pieles y halcones de las estepas del norte, y por supuesto tenía asignados pastos, caballos y hombres en el territorio patrio, en la propia Mongolia. Cada rama de la familia real mongola exigía la parte que le correspondía de astrónomos, médicos, tejedores, mineros y acróbatas.

Kublai poseía en Persia e Irak explotaciones agrícolas, así como rebaños de camellos, caballos, ovejas y cabras. Un ejército de funcionarios recorría el imperio inspeccionando los productos en un sitio y comprobando las cuentas en otro. Los mongoles de Persia suministraban a sus parientes de China especias, acero, joyas, perlas y tejidos, mientras que la corte mongola de China enviaba a Persia porcelanas y medicinas¹⁷⁰. A cambio de la recogida y el

¹⁷⁰ Para un estudio exhaustivo de los intercambios comerciales entre China y el ilkanato, véase Thomas T. Alisen, *Culture and Conquest in Mongol Eurasia*, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 2001.

transporte de las mercancías, los mongoles de China se quedaban más o menos con las tres cuartas partes de la producción; no obstante, exportaban una cantidad considerable de ella a sus parientes de otras regiones. Kublai Khan importó traductores y médicos persas, así como cerca de diez mil soldados rusos, utilizados para colonizar las tierras situadas al norte de la capital. Los rusos se quedaron allí como residentes permanentes y seguirían apareciendo en las crónicas oficiales chinas hasta que éstas dejaran de mencionarlos en 1339.

A pesar de las disputas políticas entre las distintas ramas de la familia enfrentadas por el título de gran kan, el sistema económico y comercial siguió funcionando con breves interrupciones y pequeños cambios provocados por las luchas esporádicas. A veces incluso en medio de la guerra, los contendientes permitían el intercambio de participaciones. Jaidu, nieto de Ogodei Khan y señor de la estepa central, se rebeló a menudo contra su primo Kublai. No obstante, siguió poseyendo cantidades considerables de artesanos y agricultores cerca de la ciudad china de Nankín. Entre ronda y ronda de enfrentamientos con Kublai Kan, Jaidu exigiría que se le enviaran de Nankín los bienes que le pertenecían, y a cambio de ellos presumiblemente permitiera a Kublai recaudar de las tribus de las estepas la parte de caballos y otros bienes que le correspondía. La división administrativa del Imperio mongol en cuatro grandes partes —China, Mogulistán, Persia y Rusia— no impidió que en las otras regiones siguieran necesitándose mercancías. Si acaso, la fragmentación política agravó la necesidad de preservar el viejo

sistema de participaciones. Si un kan se hubiera negado a suministrar las participaciones que les correspondían a los demás miembros de la familia, éstos se habrían negado a mandarle a él la cuota de productos de sus territorios que le tocara. Los intereses financieros mutuos supusieron un impedimento para las disputas políticas.

El movimiento constante de esas participaciones en un sentido y otro hizo que las vías de comunicación guerreras de los mongoles se convirtieran poco a poco en rutas comerciales. Gracias a la constante expansión del *ortoo* o *yam*, podían enviarse mensajes, personas y mercancías por medio de caravanas de caballos o camellos desde Mongolia a Vietnam o desde Corea a Persia. A medida que se incrementaba el movimiento de mercancías, las autoridades mongolas intentaron encontrar rutas más rápidas o más fáciles que las tradicionales. Con este fin, Kublai Kan emprendió en 1281 una gran expedición para descubrir las fuentes del río Amarillo, que los mongoles llamaban río Negro, y elaborar un mapa de la zona. Los especialistas utilizaron la información obtenida para hacer un mapa detallado de la cuenca del río. La expedición abrió una ruta que iba desde China hasta el Tíbet, y los mongoles la utilizaron para incluir esta última región y la zona del Himalaya en su sistema de postas. Las nuevas comunicaciones contribuyeron más que cualquier otra empresa desarrollada durante la era mongola a relacionar el Tíbet con el resto de China tanto en el plano comercial, como en el religioso y el político.

Durante las campañas militares, los oficiales mongoles ponían todo

su empeño en localizar los mapas, atlas y otras obras de carácter geográfico que pudiera haber en los campamentos o ciudades del enemigo, y apropiárselos. Durante el reinado de Kublai, los sabios de su corte sintetizaron los conocimientos de geografía de chinos, árabes y griegos para elaborar la cartografía más sofisticada que se conocía¹⁷¹. En 1267, por influencia de los cartógrafos árabes llevados a la corte de Konbalik, particularmente Yamal al-Din, unos artesanos fabricaron para él varios globos terrestres, en los que aparecían representadas Europa y África además de Asia y las islas vecinas del Pacífico.

Aunque el comercio se basó al principio en las rutas creadas a raíz de las conquistas militares, pronto resultó evidente que, si bien la forma más rápida de trasladar un ejército era hacerlo por tierra a lomos de caballo, la mejor forma de transportar grandes cantidades de mercancías era hacerlo por vía acuática. Los mongoles ensancharon y prolongaron el Gran Canal que unía ya desde antiguo los ríos Amarillo y Yangtsé para transportar grano y otros productos agrícolas a las comarcas del norte con mayor eficacia y hasta zonas más alejadas. Gracias a la adaptación de la mecánica y la tecnología china a los nuevos ambientes, construyeron proyectos hidráulicos en todo tipo de territorios. En Yunnan, el gobernador mongol construyó una docena de presas y embalses con canales de

¹⁷¹ Para más información sobre la ciencia en China en tiempos de los mongoles, véase J. Needham, *Science and Civilization in China*, vols. 4 y 6, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1971, 1986.

comunicación que han sobrevivido hasta la actualidad.

Las invasiones fallidas de Japón y Java supusieron para los mongoles la adquisición de mayor experiencia en la construcción de barcos, y cuando sus proyectos militares fracasaron, pusieron esos conocimientos al servicio de empresas pacíficas de carácter comercial. Kublai Khan tomó la decisión estratégica de transportar los productos alimenticios dentro de su imperio fundamentalmente por barco porque se dio cuenta de que, al depender del viento y de las corrientes, el transporte por vía acuática resultaba mucho más barato y más eficaz que el transporte por vía terrestre, por lo demás mucho más lento, y dependiente del trabajo de hombres y animales, que necesitaban ser alimentados constantemente. Durante los primeros años, los mongoles transportaban unas tres mil toneladas de mercancías por barco, pero en 1329 esa cifra había aumentado a las doscientas diez mil toneladas¹⁷². Marco Polo, que se trasladó de China a Persia en barco durante su viaje de regreso, dice que las embarcaciones mongolas eran grandes juncos de cuatro palos, tripulados por cerca de trescientos marineros y provistos de sesenta camarotes para los mercaderes que transportaban en ellos productos de todas clases. Según Ibn Battuta, algunas naves transportaban incluso plantas que se criaban en tubos de madera para proveer de alimentos frescos a los marineros. Kublai Khan

¹⁷² Información sobre la armada mongola en Louise Levathes, *When China Ruled the Seas*, Nueva York, Simon & Schuster, 1994.

promovió la construcción de juncos todavía más grandes, capaces de navegar por mar y de transportar cargamentos mayores, y de puertos para acogerlos. Los mongoles mejoraron el empleo de la brújula en la navegación y aprendieron a elaborar cartas marinas más exactas. La ruta que iba del puerto de Zaytun, en el sur de China, hasta Ormuz, en el golfo Pérsico, se convirtió en la vía marítima más importante entre Extremo Oriente y Oriente Medio, y la utilizaron Marco Polo e Ibn Battuta entre otros.

Durante la travesía, los barcos se detenían también en los puertos de Vietnam, Java, Ceilán y la India, y en cada lugar los representantes mongoles cargaban más mercancías, como, por ejemplo, azúcar, marfil, canela, y algodón, que no se producían con tanta facilidad en sus tierras. A partir del golfo Pérsico, los barcos continuaban su ruta fuera del área de influencia mongola para seguir comerciando en una variedad todavía mayor de bienes procedentes de Arabia, Egipto y Somalia. Los gobernantes y mercaderes de estas otras zonas situadas fuera del sistema de influencia mongol no operaban según el sistema de participaciones en los productos propios de los mongoles; en cambio, las autoridades mongolas crearon relaciones comerciales a largo plazo con ellos. Bajo la protección de los mongoles, sus vasallos se revelaron unos competidores tan valiosos en el comercio como lo habían sido ellos en el terreno de las conquistas, y empezaron a dominar los mercados del océano Índico.

Con el fin de extender el comercio a nuevas áreas situadas fuera de su control político, los mongoles animaron a algunos vasallos suyos,

en particular a los habitantes del sur de China, a emigrar y establecer colonias comerciales en puertos extranjeros. Durante todo el tiempo que duró la dominación de la dinastía mongola, miles de chinos abandonaron el país y emigraron a las comunidades de la costa de Vietnam, Camboya, la península de Malaca, Borneo, Java y Sumatra. Se dedicaban sobre todo a la navegación y al comercio y desarrollaban sus actividades mercantiles recorriendo arriba y abajo los ríos que desembocaban en los puertos, aunque poco a poco fueron extendiendo sus actividades a otros sectores.

Para llegar a los mercados europeos más directamente, sin tener que tomar el largo desvío que pasaba por los países musulmanes del sur, los mongoles animaron a los extranjeros a crear centros comerciales en la periferia del imperio, y en especial a lo largo de la costa del mar Negro. Aunque en un principio habían realizado incursiones de rapiña contra los emporios comerciales, ya en 1206, durante el reinado de Genghis Khan, autorizaron a los genoveses a mantener un centro comercial en el puerto de Kaffa, en Crimea, y luego les concedieron permiso para establecer otro en Tana. Con el fin de proteger estas estaciones por tierra y por mar, los mongoles se dedicaron a perseguir la piratería y el bandolerismo. En la *Pratica della mercatura* («Práctica del comercio»), un manual mercantil publicado en 1340, el mercader florentino Francesco Balducci Pegolotti subrayaba que las rutas que conducían al Catai mongol

eran «perfectamente seguras, tanto de día como de noche»¹⁷³.

La apertura de nuevas rutas comerciales, junto con la destrucción generalizada de las actividades manufactureras en Persia e Irak a consecuencia de las invasiones mongolas, brindaron nuevas oportunidades al desarrollo de la producción fabril china. La conquista mongola de China resultó mucho menos destructiva que las campañas militares contra Oriente Medio, y Kublai impulsó la expansión de los productos tradicionales chinos por estos mercados, pero fomentó también la difusión generalizada de la tecnología musulmana e india por China. A través del sistema de participaciones, los miembros de la familia real mongola controlaban buena parte de la producción de toda Eurasia, pero dependían de la clase de los mercaderes para el transporte y la compraventa de los productos. Los mongoles habían dejado de ser conquistadores para convertirse en accionistas, pero aparentemente carecían de talento para convertirse en auténticos mercaderes o tal vez no desearan hacerlo.

La intervención directa de la élite mongola en la actividad comercial supuso una ruptura evidente con la tradición. Desde China hasta Europa, la aristocracia tradicional había desdeñado en general las actividades comerciales por considerarlas indignas, sucias y a menudo inmorales; lo mismo que los oficios manuales, se hallaban

¹⁷³ Ronald Latham, introducción a Marco Polo, *The Travels of Marco Polo*, trad. ing. de Ronald Latham, Londres, Penguin, 1958, p. 15.

por debajo de los intereses de los poderosos y de las personas piadosas. Además, el ideal económico en la Europa feudal de la época era no sólo que cada país fuera autárquico, sino que cada hacienda fuera capaz de ser tan autosuficiente como pudiera. Cualquier producto que sobrara en la hacienda no debía ser comercializado ni trocado por otros productos en beneficio de los campesinos de la comarca, sino dedicado a la compra de joyas, reliquias religiosas y otros artículos de lujo para uso y disfrute de la familia noble o la iglesia. Los señores feudales intentaban que los campesinos subvinieran a todas sus necesidades —que produjeran los bienes de los que se alimentaban, la madera que necesitaban, fabricaran sus propias herramientas, y confeccionaran sus vestidos— y comerciaran lo menos posible. En el sistema feudal, la dependencia de los productos de importación suponía un fracaso en la esfera doméstica.

Los reinos chinos tradicionales habían vivido durante siglos sometidos a una enorme limitación de las actividades comerciales. La construcción de murallas en sus fronteras había constituido una manera de limitar ese comercio y de mantener la riqueza de la nación literalmente intacta y dentro de los propios muros. Para este tipo de administradores, ceder al intercambio de productos era lo mismo que pagar tributo a los vecinos, e intentaron evitarlo en la medida de lo posible. Los mongoles atacaron directamente el prejuicio cultural chino que situaba a los comerciantes apenas un peldaño por encima de los bandoleros elevando oficialmente su estatus por delante de todas las religiones y oficios, por detrás sólo

de los funcionarios del gobierno¹⁷⁴. En una degradación más de los sabios confucianos, los mongoles los humillaron pasándolos del nivel más elevado de la sociedad tradicional china al noveno escalón, por debajo de las prostitutas y por encima de los mendigos. Desde los tiempos de Genghis Khan, los mongoles se habían dado cuenta de que muchos artículos que se consideraban triviales y básicos en un lugar resultaban exóticos y potencialmente comercializables en otro. Las últimas décadas del siglo XIII fueron un período de búsqueda casi frenética de nuevos artículos susceptibles de ser comercializados en cualquier punto de la red mercantil mongola en constante expansión, o de productos ya conocidos que pudieran ser comercializados de una manera distinta. Debió de dar la impresión de que cualquier producto, desde los tintes, el papel o las drogas, hasta los pistachos, los petardos o los venenos, tenía un posible comprador, y los funcionarios mongoles estaban decididos a descubrir quién era ese comprador y dónde se encontraba. Al intentar responder a las necesidades de un mercado universal, los talleres mongoles de China acabaron produciendo no sólo las labores chinas tradicionales de porcelana y seda destinadas al mercado mundial, sino también añadiendo nuevos productos con destino a mercados

¹⁷⁴ Para más información sobre las actitudes culturales mongolas frente a sus súbditos, véase Erich Haenisch, *Die Kulturpolitik des Mongolischen Weltreichs*, Preussische Akademie der Wissenschaften, Heft 17, Berlín, 1943, o Larry Moses y Stephen A. Halkovic Jr., *Introduction to Mongolian History and Culture*, Bloomington, Ind., Research Institute for Inner Asian Studies, 1985.

especializados, como por ejemplo imágenes de la Virgen con el Niño Jesús talladas en marfil, que eran exportadas a Europa.

El fomento del comercio por los mongoles trajo consigo la introducción de una gran variedad de tejidos nuevos, pues impulsó la salida al exterior de los productos locales y la búsqueda de un mercado internacional para ellos. Los orígenes de esos tejidos pueden verse todavía en la etimología de los nombres de muchos de ellos. Un tipo de seda particularmente suave y lustrosa se llamó en Occidente *satén*, nombre derivado del puerto mongol de Zaytun, el mismo del que zarpó Marco Polo cuando regresó a Europa. Una variedad de tela ricamente decorada llamada seda *adamascada* recibía este nombre de la ciudad de Damasco, a través de la cual pasaba la mayor parte del comercio del Ilkanato de Persia camino de Europa. Marco Polo alude a otro tipo de tela especialmente fina y delicada fabricada en Mosul, que recibió en francés antiguo el nombre de *mouslin* y entre nosotros se llama *muselina*.

Incluso los productos más triviales podían generar sustanciosos beneficios, y así el nuevo comercio provocó una rápida difusión de las cartas de juego, pues mercaderes y soldados encontraron en aquellos objetos ligeros y fáciles de transportar un nuevo entretenimiento y pasatiempo divertido. Comparados con los objetos mucho más incómodos que se necesitaban para jugar al ajedrez y a otros tipos de tablas, cualquier soldado o camellero podía llevar una baraja de naipes en su petate. Este nuevo mercado fomentó la necesidad de acelerar y abaratar la producción de cartas de juego, y la solución al proceso se encontró en la imprenta, que permitía

estamparlas a partir de una plancha tallada, como la que se utilizaba habitualmente para imprimir las escrituras religiosas. El mercado de los naipes estampados resultó mucho más grande que el de la literatura piadosa. La mayor parte de los imperios de conquista que ha conocido la historia ha impuesto su civilización a los conquistados. Los romanos impusieron la lengua latina, sus dioses y la afición por el vino, el aceite de oliva y la agricultura cerealista incluso en ambientes en los que estos productos no prosperaban. Todas las ciudades del imperio, desde Éfeso, en Turquía, hasta Colonia, en Alemania, tenían el mismo diseño urbano y el mismo estilo arquitectónico, desde los mercados y los baños públicos hasta los detalles más insignificantes de las columnas o las portadas. En otros tiempos, los británicos erigirían edificios de estilo Tudor en Bombay, los holandeses levantarían molinos de viento en el Caribe, los españoles construirían su propio estilo de catedrales y plazas desde México hasta Argentina, y últimamente los norteamericanos han edificado sus característicos conjuntos residenciales desde Panamá hasta Arabia Saudita. Simplemente mediante el estudio de los restos físicos de un lugar, los arqueólogos pueden seguir la pista del desarrollo del imperio hindú, azteca, malayo, inca o árabe.

En comparación, los mongoles dejaron una huella muy superficial en el mundo que conquistaron. No llevaron consigo ningún estilo arquitectónico característico. Y tampoco intentaron imponer su lengua ni su religión a los pueblos conquistados, pues en la mayor parte de los casos prohibieron a la población no mongola aprender

su lengua. No obligaron a nadie a cultivar ningún producto extraño ni impusieron ningún cambio radical en los modos de vida colectivos de sus súbditos.

Habitados a movilizar a grandes contingentes de personas y a utilizar nuevas tecnologías con fines bélicos, los mongoles siguieron con esas mismas costumbres durante la *pax mongólica* y aplicaron los principios itinerantes de la sociedad nómada a áreas sumamente conservadoras de la vida y la cultura. Los ejércitos mongoles reunían traductores, escribas, médicos, astrónomos y matemáticos para distribuirlos en lotes entre las familias del mismo modo que lo hacían con músicos, cocineros, orfebres, acróbatas o pintores. Las autoridades repartían aquellos trabajadores del saber, igual que hacían con cualquier otro tipo de artesanos, con los animales o con cualquier producto, para transportarlos a través de una larguísima ruta caravanera o por mar y entregárselos a los distintos miembros de la familia real mongola.

Los imperios tradicionales acumulaban la riqueza en una sola ciudad. Todos los caminos conducían a la capital y lo mejor de cada cosa acababa en ella. Un solo lugar llegaba a dominar de tal modo un imperio que los nombres de ciudades como Roma o Babilonia pasaron a ser sinónimos de sus respectivos imperios. El Imperio mongol nunca tuvo una sola gran ciudad, y dentro de él las mercancías y las personas viajaban constantemente de un sitio a otro.

En 1261 Kublai Khan creó la Oficina de Fomento de la Agricultura, bajo la autoridad de ocho comisarios, que buscaron el modo de

mejorar la vida de los agricultores y su producción. Además de mejorar los cultivos, la oficina tenía la responsabilidad de proteger y fomentar el bienestar de los agricultores. Esta política favorable a este sector de la población supuso un cambio de actitud considerable por parte de un gobierno que conservaba los hábitos del estilo de vida nómada ancestral de los mongoles y que tradicionalmente había mostrado un interés limitado por los labradores y los problemas de la agricultura. Antes de la ocupación de China por los mongoles, la mayor parte de los labradores de una zona se dedicaba a los mismos cultivos; éstos variaban de una región a otra, pero no dentro de la misma zona. Los mongoles incitaron a los agricultores a cultivar los productos que eran más adecuados al clima, al tipo de suelo o al sistema de drenaje de cada lugar. Este cambio de prioridades fomentó una mayor variedad de cultivos y una productividad más alta dentro de cada zona. Las autoridades mongolas promovieron la difusión de cultivos tradicionales chinos, como el té y el arroz, en otras regiones, especialmente en Persia y en Oriente Medio. Intentaron descubrir mejores herramientas y propagaron así el empleo de un arado triangular más eficaz, introducido en China desde el sureste asiático.

Tan pronto como asumieron el control de Persia, los mongoles establecieron también allí una oficina de fomento y mejora de la agricultura. Tras miles de años de explotación, los suelos de la zona habían sufrido una importante erosión y la productividad se veía amenazada. Los mongoles solucionaron este problema mediante la

importación masiva de semillas procedentes de China y, cuando fue necesario, trayendo esquejes, ramas, y árboles enteros, que plantaban en explotaciones agrícolas recién creadas para su adaptación al clima y al terreno propios de Oriente Medio. Introdujeron nuevas variedades de arroz y mijo, así como árboles frutales y diversos tipos de bulbos y tubérculos. La India, China y Persia cultivaban algunas variedades de cítricos antes de la llegada de los mongoles, pero éstos trasplantaron y combinaron frecuentemente dichas variedades, aumentando los tipos existentes en cada región. Cerca de Cantón, en el sur de China, las autoridades mongolas plantaron un huerto con ochocientos limoneros importados de los territorios de Oriente Medio. En Tabriz, en Persia, plantaron campos de una variedad distinta de limón y otros cítricos importados en sentido contrario, es decir, de China a Oriente Medio. Trasplantaron asimismo una variedad enorme de guisantes, alubias, uvas, lentejas, nueces, zanahorias, nabos, melones y diversas verduras de hoja, desarrollando a su vez nuevas variedades e híbridos. Además de los cultivos destinados a la alimentación de personas y animales, las autoridades mongolas mostraron un interés constante por las variedades de algodón y otras plantas destinadas a la fabricación de tejidos, así como de diversos materiales necesarios para la elaboración de cuerdas, tintes, aceites, tinta, papel y medicamentos.

Debido a lo lucrativo que resultaba el comercio de tejidos y a su destacado papel en el desarrollo del comercio exterior, los gobernantes mongoles mostraron un interés especial por las

diversas variedades de lana que daban sus ganados, así como por los tipos de sedas, algodones y otras fibras producidas por los agricultores. Con el fin de fomentar el cultivo del algodón, en 1289 crearon una Oficina de Fomento del Algodón y establecieron representantes de este organismo por todas las provincias recién conquistadas de la costa del sureste asiático y del valle del Yangtsé. Esta oficina inventó métodos para extender la siembra de la planta más al norte, en las zonas dedicadas al cultivo de trigo, y promovió el desarrollo de mejores técnicas de tejido y manufacturación. Aunque la seda conservó su elevado prestigio tanto dentro como fuera de China, el algodón se reveló como una nueva fibra valiosísima. Cualquier innovación introducida en una zona trae consigo la probabilidad de introducir muchos otros cambios. Los nuevos cultivos requerían nuevas técnicas de roturación, de siembra, de regadío, de poda, de colocación de rodrigones, de recolección, de siega, de trilla, de molienda, de transporte, de conservación, de fermentación, de destilación, y de elaboración culinaria. La innovación de las técnicas o las ligeras modificaciones introducidas en ellas exigían el empleo de nuevas herramientas y aperos que, a su vez, requerían la introducción de nuevas técnicas de fabricación.

Los mongoles hicieron de la cultura un bien portátil. El intercambio de productos no era suficiente, pues para utilizar muchos de ellos era preciso además trasladar sistemas enteros de conocimientos. Las drogas, por ejemplo, no eran artículos rentables para el comercio, a menos que se tuviera un conocimiento adecuado de su

uso. Con este fin, la corte mongola importó médicos persas y árabes a China, y exportó también médicos chinos a Oriente Medio. Cualquier forma de conocimiento llevaba consigo nuevas posibilidades de comercialización. Se hizo patente que los chinos tenían un conocimiento superior de la farmacología y de ciertas formas de tratamiento insólitas, como por ejemplo la acupuntura, esto es la inserción de agujas en determinados puntos clave del cuerpo, y como la moxibustión, es decir, la aplicación de fuego o calor en esas mismas zonas. Los médicos musulmanes, sin embargo, poseían un conocimiento mucho más sofisticado de la cirugía, si bien los chinos, basándose en la práctica de la disección de los cadáveres de los delincuentes ejecutados, tenían un conocimiento muy detallado de los órganos internos del cuerpo y del sistema circulatorio. Con el fin de fomentar un intercambio más a fondo de la ciencia médica, los mongoles crearon hospitales y centros de aprendizaje en China en los que había médicos originarios de la India y de Oriente Medio, además de curanderos naturales del país. Kublai Khan fundó también un departamento dedicado al estudio de la medicina occidental bajo la dirección de un sabio cristiano.

Los mongoles fundaron un sanatorio cerca de Tabriz, que debía hacer a un tiempo las veces de hospital y de centro de investigación y de adiestramiento en las artes médicas de Oriente y Occidente. En la Persia ocupada por los mongoles, Rashid al-Din publicó en 1313 el primer libro de medicina china del que se tiene constancia que fue editado fuera de China, y en el que se incluían ilustraciones

realizadas en la propia China. La acupuntura no se hizo muy popular en Oriente Medio porque, según los criterios musulmanes, requería demasiado contacto físico con la persona y demasiada manipulación a la hora de colocar las agujas a lo largo del cuerpo. Por otra parte, la práctica china del diagnóstico mediante la toma del pulso se hizo muy popular entre los musulmanes de Oriente Medio y la India porque lo único que le hacía falta al médico era tocar la muñeca del paciente antes de dar su diagnóstico y de prescribir el tratamiento apropiado. Con el uso de este nuevo método, los médicos podían tratar a pacientes de sexo femenino sin atender contra el honor de su familia.

Pocos años después de unir China bajo su autoridad, Kublai creó la Academia de Estudios del Calendario y una imprenta para producir en masa una gran variedad de calendarios y almanaques. Si un príncipe tenía el Mandato del Cielo de gobernar a su pueblo, debía mostrar su capacidad de marcar el tiempo, de conocer las fases de la luna, los cambios de las estaciones, y, lo que posiblemente fuera más importante de cara a la opinión pública y a la consecución del prestigio, de prever los eclipses de sol y de luna. Los soberanos mongoles, sin embargo, se enfrentaron a un problema mucho mayor con su calendario. En un imperio tradicional en el que había una sola corte y una sola capital era suficiente con un solo calendario oficial, y poco importaba que otras naciones usaran otros distintos. En el vasto Imperio mongol, en el que había tantas capitales, diseminadas a gran distancia unas de otras, era muy importante coordinar los calendarios para controlar el movimiento de sus

grandes ejércitos y de las ingentes cantidades de mercancías que circulaban por él. En Extremo Oriente se utilizaba un ciclo de doce años con nombres de animales, mientras que los musulmanes usaban un calendario lunar en el que los años iban numerándose progresivamente a partir de la fecha de la fundación de su religión. Los persas hacían coincidir el comienzo del año con el equinoccio de primavera. Algunos acontecimientos venían señalados por el movimiento de los planetas, especialmente Marte y Venus, o por los astros. Los europeos empleaban un calendario solar, excepto para algunas celebraciones religiosas como la Cuaresma, la Pascua y la Epifanía, que se calculaban a partir del calendario lunar. Incluso las diversas confesiones cristianas estaban en desacuerdo en la colocación de esas fechas, por lo que, a pesar de los constantes ajustes introducidos, sus calendarios no coincidían.

Cuando el imperio de los mongoles basado en las conquistas se extendió hasta convertirse en un imperio aún mayor basado en el comercio, resultó cada vez más imprescindible disponer en todo el imperio de un calendario de fácil manejo y que estuviera basado en los mismos principios. Ante la necesidad de coordinar las actividades y regular la vida cotidiana en unos lugares en los que había tantas formas distintas de marcar el tiempo, los mongoles, casi tan pronto como conquistaban una zona, establecían observatorios para medir con exactitud el movimiento de los planetas y los astros con fines prácticos y religiosos a la vez. Construyeron uno de esos observatorios en las inmediaciones de Tabriz, pero en China fue preciso erigir varios a lo largo del país,

debido a sus grandes dimensiones. Las autoridades mongolas habían recibido instrucciones concretas del gobierno central ordenándoles que buscaran astrónomos e instrumentos y mapas astronómicos en todos los países que conquistaran. Hulegu envió a Mongolia, su patria, a muchos de los astrónomos capturados en las ciudades persas y árabes. Entre ellos estaba Yamal al-Din, uno de los astrónomos más brillantes de su época; llevó consigo a Mongolia los planos de varios importantes aparatos astronómicos y nuevos sistemas de medición científica desconocidos en China.

A una escala muy superior a la de las civilizaciones anteriores, los mongoles se vieron en la necesidad de procesar y archivar enormes cantidades de información numérica relativa a los censos de personas, animales y edificios¹⁷⁵. Cada año debían ajustar las cuentas de todas las mercancías importadas y exportadas, así como registrar los movimientos de rebaños, soldados y mercaderes. Las nuevas modalidades de agricultura, las exigencias planteadas por la astronomía, el sistema de censos, y otra multitud de asuntos relacionados con la administración se dejaron sentir sobre los conocimientos aritméticos de la época y la capacidad de usarlos. Eran precisos nuevos enfoques del manejo de los números. Para dar rapidez y eficacia a los cálculos que necesitaban efectuar, los contables al servicio de los mongoles utilizaban el ábaco que,

¹⁷⁵ Para más información sobre los sistemas numéricos y las matemáticas, véase Joseph Needham, *Science and Civilization in China*, vol. 3, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1970.

mediante la manipulación de unas pocas bolitas, les permitía calcular mecánicamente grandes magnitudes con menos esfuerzo del que supone el cálculo mental o la escritura.

Siempre preocupados por la información numérica y con cientos de millones de personas repartidas a lo largo y ancho de su vasto imperio, los mongoles intentaron encontrar métodos más sencillos, atajos, y formas de calcular cantidades cada vez más grandes y de procesarlas en secuencias cada vez más complejas. Las numerosas operaciones de cálculo exigían nuevas formas de guardar la información mediante la compilación de complejas tablas y la coordinación de los sistemas numéricos empleados en los distintos países. Los administradores mongoles consideraban las matemáticas europeas y chinas demasiado sencillas y poco prácticas, en cambio adoptaron muchas innovaciones útiles de la matemática árabe e india. Las ciudades del imperio de Jorezm habían sido centros particularmente importantes del estudio de las matemáticas; el término «algoritmo» deriva precisamente de al Jorezm. Los mongoles llevaron el conocimiento de estas innovaciones por todo su imperio. Enseguida se dieron cuenta de las ventajas que comportaba la utilización de columnas de números o su colocación al estilo de los guarismos árabes, e introdujeron en China el empleo del cero, los números negativos y el álgebra.

No sólo en el terreno de los números y el calendario, sino también en muchos otros ámbitos, la vida cotidiana de los distintos lugares del imperio tenía que coordinarse como no había necesitado hacerlo en épocas anteriores de la historia. La escritura de la historia era

demasiado importante para permitir que cada civilización actuara por su cuenta y según las convenciones desarrolladas por su respectiva tradición literaria. Para controlar el modo en que eran presentados a sus súbditos, los mongoles se vieron obligados a adaptar el relato de su historia a los modelos historiográficos locales. La historia escrita era mucho más que un medio de recoger información; servía como instrumento para legitimar a la dinastía reinante y hacer propaganda de sus grandes conquistas y hazañas. Para los mongoles, la historia escrita se convirtió también en un instrumento importante para conocer a otras naciones con el fin de conquistarlas y gobernarlas con mayor eficacia. Kublai Khan creó la Oficina Nacional de la Historia en la década de 1260. En consonancia con las costumbres chinas, encargó la compilación de historias completas de los reinos yurchen y kitán, así como de la dinastía Song. El proyecto quizá supusiera el mayor encargo de redacción de una obra histórica que se había hecho hasta entonces y se tardó casi ochenta años en completarlo, concluyendo su composición en la década de 1340. En la Persia mongola, el il-kan Gazan encargó la primera historia universal a Rashid al-Din, sucesor de Yuwaini. Rashid al-Din orquestó una empresa imponente en la que fueron empleados muchos estudiosos y traductores encargados de escribir la historia de los chinos, los turcos y los francos, que era como los mongoles llamaban a los europeos.

El volumen de información producida en el Imperio mongol exigía nuevas formas de difusión. Los escribas ya no podían manejar aquel

aluvión de documentos copiando laboriosamente a mano todo lo que había que escribir. Compilaban los documentos, escribían cartas y enviaban información a los que la necesitaban, pero no tenían tiempo de copiar manuales de agricultura, tratados de medicina, atlas y tablas astronómicas. La información debía ser producida de forma masiva para su difusión igualmente masiva, y para ello los mongoles recurrieron una vez más a la tecnología, y en concreto a la imprenta.

Los mongoles adoptaron muy pronto la tecnología de la imprenta. Además de las imprentas patrocinadas por Toreguene durante el reinado de su marido, ya en 1236 Ogodei ordenó el establecimiento de una serie de talleres de impresión regionales por todo el territorio del norte de China controlado por los mongoles. La imprenta de tipos móviles probablemente apareciera en China a mediados del siglo XII, pero fueron los mongoles los que la emplearon a gran escala y los que adaptaron sus capacidades potenciales a las necesidades de la administración del estado. En vez de utilizar una imprenta con miles de caracteres, como hacían los chinos, los mongoles utilizaban un alfabeto en el que se usaban una y otra vez las mismas letras. Con los mongoles, los impresores fabricaban numerosas copias de cada letra que podían adaptarse a cualquier palabra en la que su empleo fuera necesario. Cada vez que el impresor quería estampar una nueva página, en vez de tallar una nueva plancha con todo el texto, no tenía más que colocar en su sitio la secuencia adecuada de letras ya fabricadas, utilizarlas, y esperar que se produjera el siguiente encargo, para el cual los tipos

volvían a ser colocados en el sitio que les correspondiera y utilizados de nuevo.

La alfabetización en general se incrementó notablemente bajo la dinastía mongola, y el volumen de material literario aumentó también en la misma proporción. En 1269 Kublai Khan fundó una imprenta para dar mayor difusión entre la población a las decisiones gubernamentales, y fomentó también la propagación de la imprenta en general por medio de grupos no dependientes de la administración. Además de los documentos gubernamentales, entre las publicaciones podríamos citar los libros religiosos y las novelas. El número de libros impresos aumentó tanto que su precio fue disminuyendo constantemente a lo largo de todo el período de dominación mongola. Las imprentas de todo el imperio empezaron a publicar enseguida opúsculos de agricultura, almanaques, libros religiosos, códigos de leyes, historias, tratados de medicina, nuevas teorías matemáticas, canciones y poesía en muchas lenguas distintas.

Tanto a través de su política de tolerancia religiosa, como en la invención de un alfabeto universal, el cuidado y mantenimiento de las casas de posta, la difusión de los juegos, o la impresión de almanaques, papel moneda o mapas astronómicos, los príncipes del Imperio mongol hicieron gala de un universalismo permanente. Como no tenían un sistema propio que imponer a sus súbditos, se mostraron dispuestos a adoptar y combinar sistemas procedentes de cualquier sitio. Al no tener preferencias culturales profundas en estos campos, los mongoles adoptaron soluciones más pragmáticas

que ideológicas. Intentaban encontrar lo que funcionaba mejor; y cuando lo hallaban, lo exportaban a otros países. No tenían que preocuparse de si su astronomía estaba de acuerdo o no con los preceptos de la Biblia, si su sistema de escritura seguía los principios clásicos enseñados por los mandarines de China, o si los imanes musulmanes desaprobaban sus estampas y pinturas. Los mongoles tuvieron el poder, al menos temporalmente, de imponer unos sistemas internacionales de tecnología, agricultura, y de conocimiento nuevos, que estaban por encima de los gustos o los prejuicios de una sola civilización; y al hacerlo, acabaron con el monopolio del pensamiento que ejercían las élites locales.

Al conquistar su imperio, los mongoles no sólo revolucionaron la guerra, sino que además crearon el núcleo de una cultura universal y de un sistema mundial. Esta nueva cultura global siguió creciendo mucho después de la caída del Imperio mongol, y a través de su desarrollo continuo durante los siglos venideros se convertiría en el fundamento del sistema mundial moderno, en el que sigue haciéndose hincapié en los principios establecidos originalmente por los mongoles, esto es el libre comercio, las comunicaciones libres, los conocimientos compartidos, la política secular, la coexistencia religiosa, el derecho internacional, y la inmunidad diplomática.

Aunque nunca fue gobernada por los mongoles, Europa fue la que más se benefició en muchos sentidos de su sistema mundial. Los europeos recibieron los beneficios del comercio, de la difusión de la tecnología, y del Despertar Global sin pagar las costas de la conquista mongola. Los mongoles aniquilaron a los caballeros de

Hungría y Alemania, pero no destruyeron ni ocuparon las ciudades. Los europeos, que habían quedado aislados de la gran corriente de la civilización a partir de la caída de Roma, bebieron ansiosamente de la fuente de los nuevos saberes, se vistieron con las nuevas telas, escucharon la nueva música, comieron los nuevos alimentos, y gozaron de unos niveles de vida que subieron en casi todos los sentidos a una velocidad vertiginosa.

Los europeos olvidaron muy pronto los comentarios históricos de cronistas como Mateo Paris o Tomás de Spalato, que escribieron sobre las invasiones mongolas allá por 1240. A lo largo del siglo transcurrido desde entonces, los mongoles habían pasado a representar para ellos el comercio de artículos suntuosos y de lujosas rarezas. La palabra «tártaro» ya no significaba terror desenfrenado; por el contrario, los escritores italianos Dante y Boccaccio, o el inglés Chaucer, hablaban de los *panni tartarici* o del *tartar satín* para designar las telas más delicadas del mundo. Cuando el rey Eduardo III de Inglaterra ordenó que se confeccionaran ciento cincuenta jarreteras para los caballeros de la orden que acababa de instituir, especificó que debían hacerse de «azul tártaro». Evidentemente esos calificativos no se aplicaban a tejidos ni tintes fabricados por los mongoles, sino a los productos con los que ellos comerciaban o que eran originarios de sus tierras. A Europa fue llegando una innovación tecnológica tras otra. Los sectores que exigían la utilización de un trabajo más intensivo, como las minas, los molinos o la metalurgia, habían dependido casi por completo de la mano de obra humana o de la fuerza bruta, pero

no tardaron en irse mecanizando gracias a la utilización de la energía hidráulica y eólica. La transmisión de la tecnología necesaria para la mejora de los altos hornos también llegó a Europa procedente de Asia a través de las rutas comerciales de los mongoles, y permitió a los metalúrgicos alcanzar temperaturas más altas y por consiguiente mejorar la calidad del metal, material cada vez más importante en esta nueva era de la alta tecnología. Como consecuencia del Despertar Global Mongol, en Europa los carpinteros empezaron a utilizar cada vez menos la azuela genérica y a adaptar herramientas más especializadas destinadas a funciones específicas para incrementar la rapidez y la eficacia de su trabajo, y los operarios de la construcción utilizaban nuevos tipos de grúas y montacargas. Se produjo una rápida difusión de los nuevos cultivos, cuya producción requería menos esfuerzo o que necesitaban un procesamiento menor; zanahorias, nabos, berros, alforfón y chirivías se convirtieron en elementos habituales de la dieta. La cocina que requería una inversión considerable de mano de obra mejoró con la mecanización del espetón, que podía hacerse girar fácilmente. La introducción de nuevas herramientas, máquinas y aparatos mecánicos contribuyó a que se construyeran más cosas, con más rapidez y de mayor calidad, desde barcos y muelles hasta almacenes y canales, del mismo modo que antes la mejora de la tecnología bélica de los mongoles contribuyó a acelerar el derribo y la ruina de las construcciones gracias al adelanto que supusieron los cañones y la pólvora.

Algo tan sencillo como la preparación de un documento de una sola

página en vitela o pergamino requería el trabajo de una larga línea de obreros especializados. Además del pastor que cuidaba las ovejas, el sacrificio y el desollado de los animales eran operaciones tan importantes para la calidad del material de escritura que los matarifes debían tener una habilidad grandísima. A lo largo de varias semanas, la piel debía ser lavada y rascada para que perdiera el pelo por la parte de fuera y la carne por la de dentro, puesta a remojo en una sucesión de sustancias químicas, extendida en un marco que debía reajustarse una y otra vez, tendida al sol, humedecida y secada alternativamente con una frecuencia muy precisa, afeitada, y finalmente cortada en páginas del tamaño adecuado. Para confeccionar las páginas de un libro, era necesaria toda una serie de actividades mercantiles que iban desde la fabricación de la tinta, hasta la copia del texto, su ilustración, su iluminación y su encuadernación con tapas de cuero, material que a su vez había tenido que pasar por otra serie igualmente larga de talleres.

La sustitución del pergamino por el papel, innovación china conocida ya en Europa, aunque muy poco usada antes de la era mongola, requería una mayor cualificación del trabajador, pero de uno solo, y muchos menos pasos para su fabricación, por lo que el proceso general de producción implicaba un menor gasto de energía y de mano de obra. El fabricante de papel cocía trapos viejos y otros materiales fibrosos en una tina, metía en ella un molde que bañaba en una capa de fibras, lo trataba con varios productos químicos, y lo dejaba secar.

La demanda cada vez mayor de papel aumentó con la difusión de la imprenta. Una de las tareas más laboriosas de la sociedad medieval había sido la copia de manuscritos y documentos, confeccionados en su totalidad en monasterios que actuaban a la vez como fábricas de libros, con escribas entregados todo el día a la meticulosa labor de copia en un gran *scriptorium*. Aparte de lo que pudiera costar su escaso alimento y su manutención básica, la mano de obra era gratuita y el dinero ganado con la venta de los libros era destinado a otros usos dentro de la propia Iglesia. Johannes Gutenberg introdujo una gran innovación con la publicación de doscientas Biblias en 1455, y dio comienzo así a la revolución de la imprenta y la información en Occidente. La nueva tecnología hizo que la actividad relativamente menor que suponía la confección de libros se convirtiera en una de las fuerzas más poderosas de la vida pública. Estimuló el resurgimiento de los clásicos griegos, el desarrollo de formas escritas de las lenguas vernáculas, el incremento del nacionalismo, desencadenó la Reforma protestante, el nacimiento de la ciencia, y revolucionó prácticamente todos los aspectos de la vida cotidiana y del saber, desde la agronomía hasta la zoología.

Las ideas del Imperio mongol abrieron nuevas posibilidades en la mente de los europeos. Los nuevos conocimientos, desde los libros de viaje de Marco Polo hasta los detallados mapas astrales de Ulug Beg, pusieron de manifiesto que buena parte del saber clásico que había sido transmitido a los occidentales sencillamente estaba equivocado, y al mismo tiempo abrieron nuevas sendas hacia los

descubrimientos intelectuales. Como el Imperio mongol se había basado en gran medida en las nuevas ideas y las nuevas formas de organizar la vida pública, más que en la nueva tecnología, esas ideas dieron lugar a nuevos pensamientos y experimentos en toda Europa. Los principios comunes del Imperio mongol —como, por ejemplo, el papel moneda, la primacía del estado sobre la Iglesia, libertad religiosa, la inmunidad diplomática y el derecho internacional— fueron ideas a las que se concedió nueva importancia.

Ya en 1650 el científico inglés Francis Bacon reconocía el impacto que habían tenido en Europa los cambios tecnológicos. Decía que la imprenta, la pólvora y la brújula eran las tres innovaciones tecnológicas sobre las que se había construido el mundo moderno. Aunque eran «desconocidos para los antiguos [...] estos tres elementos han cambiado la apariencia y el estado de todo el mundo; primero en el ámbito de la literatura, luego en el de la guerra, y por último en el de la navegación»¹⁷⁶. Más importante que las innovaciones propiamente dichas, es el hecho de que de ellas «se han derivado innumerables cambios». En un claro reconocimiento de su relevancia, Bacon escribía «que ningún imperio, religión o estado parece haber ejercido sobre las cosas humanas mayor poder e influencia que estos descubrimientos mecánicos». Todos ellos se

¹⁷⁶ Francis Bacon, *Novum Organum*, vol. 3, *The Works of Francis Bacon*, ed. y trad. ing. de Basil Montague, 1620; reimpr.: Filadelfia, Parry & MacMillan, 1854, p. 370.

habían difundido por Occidente durante la época del Imperio mongol.

Gracias a la influencia generalizada del papel y la imprenta, la pólvora y las armas de fuego, y a la difusión de la brújula y otros instrumentos marítimos, los europeos experimentaron un Renacimiento, fenómeno que no supuso, sin embargo, que el mundo antiguo de Grecia y Roma volviera a nacer. Su lugar fue ocupado por el Imperio mongol, compendiado, transmitido y adaptado por los europeos a sus propias necesidades y a su propia cultura.

En mayo de 1288, poco después de la entrevista con Rabban Bar Sawma y de recibir la carta y los regalos de la corte mongola, el papa Nicolás IV publicó una bula invitando a la construcción de una nueva iglesia en Asís para los monjes de san Francisco. Al ser el primer pontífice franciscano, Nicolás IV, y con él todos los franciscanos, parece que pretendían proclamar de ese modo la mayoría de edad de su Orden. Para este proyecto querían utilizar una imaginería que no sólo pusiera de manifiesto su nuevo estatus, sino que además subrayara los logros alcanzados por su congregación. Dentro de Europa, los franciscanos eran el grupo que mantenía unos lazos más estrechos con la corte mongola. Entre otros, los monjes que habían integrado la delegación de Plano de Carpini, el primer embajador enviado al territorio de los mongoles en tiempos de la elección de Guyuk como gran kan, y Guillermo de Rubruck, que visitó Mongolia cuando subió al trono Mongke Khan, habían sido franciscanos. Los artistas tomaron prestados temas y técnicas típicos del arte chino y persa introducidos por los

mongoles, muy probablemente a través de los regalos ofrecidos por el propio Rabban Bar Sawma.

Las pinturas tenían una fuente común, a saber la obra de Giotto de Bondone y sus discípulos, y parece que derivan de una serie de frescos existentes en el monasterio franciscano de Asís. Aunque las pinturas de la iglesia representaban escenas de la vida de Cristo, acontecidas más de mil años antes del Imperio mongol, o de la vida del santo, que vivió poco antes de que se produjeran los primeros contactos con los mongoles, los artistas representaron a muchos personajes como si fueran mongoles o les pusieron vestidos y ropas mongolas: «En el ciclo de frescos, la vida de san Francisco está literalmente envuelta en seda. Casi todas las escenas muestran tejidos pintados e historiados, o bien definiendo el relato, o bien bordeándolo por debajo a modo de festón imaginario»¹⁷⁷. Además de simples sedas, los frescos representan complejos brocados que eran muy del agrado de los mongoles y que éstos enviaban como regalo al Papa y a los reyes de Europa. Los artistas situaron a los mongoles en numerosas pinturas cristianas con los ropajes, tocados y arcos que los caracterizaban. Los caballos empezaron a aparecer en el arte al estilo de los dibujos chinos popularizados a través del comercio mongol. Las escenas mostraban asimismo una poderosa influencia asiática en la representación de paisajes rocosos y poblados de

¹⁷⁷ Lauren Arnold, *Princely Gifts and Papal Treasures: The Franciscan Mission to China and Its Influence on the Art of the West, 1250-1350*, San Francisco, Desiderata Press, 1999, p. 39.

árboles. El arte europeo, que había sido plano y unidimensional durante toda la Edad Media, produjo un nuevo estilo híbrido, que no era ni estrictamente europeo ni propiamente asiático; se trataba de un estilo marcado por la profundidad, la luz, los tejidos y los caballos, que pasó a denominarse arte renacentista.

En sí, esas imágenes probablemente representarían nada más que una nueva conciencia por parte de los artistas de la gran variedad de rostros humanos existente en el mundo, pero en una representación de la Túnica de Cristo ejecutada en Padua en 1306, la túnica no sólo fue pintada con el estilo y la tela propia de los mongoles, sino que lleva una franja dorada con las letras cuadradas del alfabeto de Phagspa encargado por Kublai Khan. En la misma iglesia, el vicio de la infidelidad aparece representado como una mujer tocada con el casco de fibra vegetal que puso de moda Kublai. Los profetas del Antiguo Testamento aparecen llevando en las manos grandes rollos adornados con largos e indescifrables textos en alfabeto mongol. Las alusiones directas a la escritura y la vestimenta de la corte del kan ponen de manifiesto una relación innegable entre el arte del Renacimiento italiano y el Imperio mongol.

Del mismo modo que los rostros y la escritura mongoles empezaron a aparecer en el arte del Renacimiento europeo, sus ideas también empezaron a dejarse notar en las obras literarias y filosóficas de la época. El carácter provocativo de las ideas y políticas mongolas aparece reflejado decisivamente en la obra del clérigo alemán Nicolás de Cusa, cuyo ensayo *Sobre la docta ignorancia.*, de 1440,

podría considerarse la inauguración del Renacimiento europeo. Nicolás había pasado algún tiempo dedicado a asuntos eclesiásticos en Constantinopla, poco antes de la caída de la ciudad en poder de los otomanos y, como pondrían de manifiesto sus escritos posteriores, estaba familiarizado con las ideas de las civilizaciones persa, árabe y mongola. En 1453 escribió un extenso tratado *Sobre la paz de la fe*, en el que presentaba un diálogo imaginario entre representantes de diecisiete naciones y religiones acerca de la mejor forma de promover la paz y el entendimiento universal. El autor muestra un conocimiento más que superficial de la ideología religiosa mongola cuando cita al representante tártaro calificando a su nación como «un pueblo numeroso y sencillo, que adora a un solo Dios por encima de todos los demás y al que asombra la variedad de ritos de los otros pueblos, que adoran como ellos al mismo único Dios. Se burlan de la costumbre que tienen algunos cristianos, y desde luego todos los árabes y judíos, de hacerse circuncidar, de que otros se dejen poner una marca en las cejas con un tizón, y de que otros aún se bauticen»¹⁷⁸. Señala también que los mongoles encontraban curiosos los ritos y la teología cristiana, en particular el hecho de que «entre las diversas formas de sacrificio está la variedad cristiana, en la que se ofrece pan y vino, y se dice que es el cuerpo y la sangre de Cristo. El hecho de que se lo coman

¹⁷⁸ Nicolás de Cusa, *Toward a New Council of Florence: «On the Peace of Faith» and Other Works by Nicolaus of Cusa*, ed. William F. Wertz Jr., Schiller Institute, Washington, DC, 1993, p. 264.

y se la beban después de la oblación les parece el colmo de la abominación. Pues devoran aquello que adoran».

Este tártaro de ficción venía a reflejar precisamente las palabras de Mongke Khan al embajador francés, cuando denunciaba la perniciosa rivalidad de las religiones del mundo: «Es conveniente guardar los mandamientos de la Ley de Dios. Pero los judíos dicen que han recibido esos mandamientos de Moisés, los árabes dicen que los han recibido de Mahoma, y los cristianos de Jesús. Y quizás haya otras naciones que honren a sus profetas, a través de los cuales afirman que han recibido sus preceptos divinos. Así pues, ¿cómo podemos llegar a la concordia?». La respuesta que habían dado los mongoles había sido que la concordia religiosa sólo podía alcanzarse mediante el sometimiento de todas las religiones al poder del estado.

La visita de embajadores como Rabban Bar Sawma proporcionó a los europeos una visión muy distinta de los lejanos y exóticos mongoles. Al no considerarlo ya una amenaza, los europeos empezaron a ver en el imperio de Genghis Khan una curiosa alternativa a la sociedad en la que vivían. Mientras que los escritores utilizaban a los musulmanes para representar todo lo que los europeos despreciaban, llenaron la historia mongola de imágenes románticas de un mundo infinitamente mejor, en cierto modo considerado una utopía, la sociedad ideal. La imagería de la grandeza mongola tendría su manifestación más clara hacia 1390

en la obra de Geoffrey Chaucer¹⁷⁹, que había viajado ampliamente por Francia e Italia desarrollando labores diplomáticas y que tenía una perspectiva mucho más internacional que buena parte del público para el que escribía. En los *Cuentos de Canterbury*, el primer libro escrito en inglés, el relato más largo narra una historia llena de romanticismo y fantasía acerca de la vida y aventuras de Genghis Khan.

*Este noble rey se llamaba Genghis Khan,
Que en sus tiempos gozó de tanta nombradía
Que en ninguna parte ni en comarca alguna hubo Tan
excelso señor en todo.
No le faltaba nada de cuanto conviene a un rey.
En cuanto a la fe en la que había nacido,
Guardaba sus leyes, a las que había prestado juramento.
además era valiente, sabio y rico,
Piadoso y justo, todo en uno;
Fiel a su palabra, bondadoso, honrado,
En su valor constante como el centro;
Joven, lozano, fuerte, apasionado por las armas
Como cualquier bachiller de su casa.
Era de buen talante y afortunado,*

¹⁷⁹ Para más detalles sobre el «Cuento del Escudero» y los mongoles, véanse Vincent J. DiMarco, «The Historical Basis of Chaucer's Squire's Tale», *Edebiyat*, vol. 1, n.º 2 (1989), pp. 1-22; y Kathryn L. Lynch, «East Meets West in Chaucer's Squire's and Franklin's Tales», *Speculum* (1995), pp. 530-551.

*mantenía siempre tan bien su regia dignidad
Que no había en parte alguna otro hombre semejante.
Este noble rey, el tártaro Genghis Khan¹⁸⁰.*

¹⁸⁰ *El texto original de Chaucer dice así:*
Heere Bigynneth the Squires Tale
At Sarray, in the land of Tartarye,
Ther dwelte a kyng that werreyed Russye,
Thurgh which ther dyde many a doughty man.
This noble kyng was cleped Cambyuskan,
Which in his tyme was of so greet renoun
That ther was nowher in no regioun
So excellent a lord on alle thyng.
Hym lakked noght that longeth to a kyng.
As of the secte of which that he was born
He kept his lay, to which that he was sworn;
And therto he was hardy, wys, and riche,
And pitous, and just, alwey yliche;
Sooth of his word, benigne, and honourable,
Of his corage as any centre stable;
Yong, fresh, and strong, in armes desirous
As any bachelor of al his hous.
A fair persone he was and fortunat,
And kepte alwey so wel roial estat
That ther was nowher swich another man.
This noble kyng this tartre Cambyuskan.

Capítulo 10

El imperio de la ilusión

Cuando Cristóbal Colón zarpó de España en 1491, partió rumbo al Catay, la tierra del gran kan¹⁸¹.

DAVID MORGAN

En 1332 la confusión, la alarma y el dolor se desbordaron en los palacios de recreo de Xanadú, la capital mongola de verano de Shangdu. La familia real permaneció en la ciudad hasta bien pasada la temporada estival, y pese a los esfuerzos por mantener la crisis en secreto, se hizo patente que los soberanos mongoles estaban pasando por un trance tan grave que ponía en peligro la continuidad de la dinastía. La documentación conservada ofrece explicaciones bastante confusas de lo que estaba sucediendo, pero parece que el título de gran kan fue pasando de un hermano a otro y de padres a hijos en una impetuosa sucesión de asesinatos, desapariciones y muertes inexplicables. Desde 1328 a 1332, al menos cuatro miembros de la Familia Dorada ocuparon el trono, y uno de ellos, Rinchinbal Khan, de apenas siete años, permaneció en él sólo dos meses en 1332. El miedo se apoderó de todos. En el seno de la familia, desde el más joven hasta el más viejo, desde el criado más humilde hasta el propio gran kan, todos parecían en peligro de

¹⁸¹ David Morgan, *The Mongols*, Blackwell, Cambridge, Mass., 1986, p. 198.

perecer de una muerte horrible.

Dentro y fuera de la capital reinaban casi el mismo alboroto y la misma confusión, pero no eran ni invasores extranjeros ni grupos de rebeldes los que amenazaban la sociedad. El temor provenía de algo más siniestro y misterioso, pero que en todas partes tenía unos efectos perfectamente visibles: la peste¹⁸². Una persona podía parecer que tenía una salud de hierro por la mañana, y de repente se le declaraba una fiebre altísima que rápidamente daba paso a escalofríos acompañados de vómitos y diarrea. Los cuerpos de los individuos que hacía unos momentos parecían sanos y robustos de manera repentina e inexplicable languidecían y empezaban a decaer ante los ojos aterrorizados de sus familiares. Se producían hemorragias subcutáneas, que provocaban la pérdida de color de la piel, y en la ingle se formaban tumores que supuraban sangre y pus. Más tarde esos tumores, posteriormente llamados «bubones», palabra derivada del vocablo griego que significa «ingle», se desarrollaban también en las axilas y en el cuello, y de ahí el término médico empleado para designar la enfermedad: peste bubónica¹⁸³. Cuando los bubones se hacían demasiado grandes, reventaban. La falta de oxígeno circulando por el cuerpo y la sangre seca que se acumulaba por debajo de la piel hacían que diera la

¹⁸² Para más información sobre la peste en territorio mongol, véase Michael W. Dols, *The Black Death in the Middle East*, Princeton, Princeton University Press, N. J., 1977.

¹⁸³ Para más información sobre la peste en general, véanse Robert S. Gottfried, *The Black Death*, Free Press, Nueva York, 1983, y David Herlihy, *The Black Death and the Transformation of the West*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1997.

impresión de que la persona se volvía negra: este síntoma tan llamativo dio lugar al nombre con el que se conocería habitualmente la enfermedad, es decir peste negra. Al cabo de unos días angustiosos, entre dolores horribles, la persona solía acabar muriendo. En algunos casos, en vez de afectar a los ganglios linfáticos, la enfermedad atacaba los pulmones, que se llenaban de sangre y espuma, y la persona perecía asfixiada. Las víctimas además contagiaban a los que las rodeaban a través de los violentos ataques de tos, los estornudos y los jadeos.

Según las versiones más razonables, aunque no del todo verificares, la enfermedad se originó en el sur de China, y los guerreros mongoles la llevaron consigo al norte. La bacteria de la peste vive en las pulgas, que viajaban en las ratas que acompañaban los cargamentos de comida y de otros tributos cobrados en especie en el sur. Aunque las pulgas no infectan normalmente al ser humano y el olor de los caballos las repele, pueden vivir en los sacos de grano, en la ropa de las personas, y en otros lugares cercanos a los seres humanos, esperando la ocasión de saltarles encima. Una vez que las pulgas infectadas llegaron al desierto de Gobi, encontraron fácilmente nuevos hogares en las madrigueras de las marmotas y en las populosas colonias de roedores, que siempre habían sido su hábitat natural. En la amplitud de las estepas de Mongolia la peste conservó su virulencia, pero en aquel ambiente tan poco poblado suponía un peligro menor. Incluso en la actualidad causa la muerte de unas cuantas personas cada verano. El hecho de que hubiera tan pocos habitantes en medio de una cantidad tan grande de

caballos y la ausencia de pulgas en las viviendas mongolas hicieron que la enfermedad no adquiriera las dimensiones de una epidemia. En cambio, en las áreas urbanas densamente pobladas de China, y luego en otras zonas urbanas, la peste encontró el hábitat ideal en las grandes colonias de ratas que llevaban tanto tiempo viviendo en la proximidad de las personas que nadie sospechaba que pudieran ser el origen de la enfermedad.

En 1331 los cronistas señalan que murió el 90% de la población de la provincia de Hopei. En 1351 se dice que China había perdido entre la mitad y los dos tercios de su población a causa de la peste. El país contaba con unos ciento veintitrés millones de habitantes a comienzos del siglo XIII, pero a finales del XIV esa cifra había descendido a los sesenta y cinco millones.

China funcionaba como el principal centro de producción manufacturada del sistema mundial mongol, y a medida que las mercancías salían de China, la enfermedad iba tras ellas, propagándose al parecer en todas las direcciones al mismo tiempo. El testimonio arqueológico de las tumbas en las inmediaciones de los emporios comerciales indica que hacia 1338 la peste había pasado de China a los montes Tian Shan y había hecho estragos en una colonia comercial cristiana establecida junto al lago IssiKul, en el Kirguistán. La peste fue una epidemia del comercio. Por las rutas y caravanas mongolas que habían unido el universo euroasiático de los siglos XIII y XIV no sólo habían pasado la seda y las especias. Los caminos y las casas de posta establecidas por los mongoles para uso y disfrute de los mercaderes sirvieron inconscientemente

también de centro de transmisión de pulgas y, por ende, de la propia enfermedad. Junto con los tejidos lujosos, los sabores exóticos y las opulentas joyas, las caravanas transportaban las pulgas que propagaron la peste de un campamento a otro, de una aldea a otra, de una ciudad a otra, y de un continente a otro. Si la peste aniquilaba a la población de toda una estación de la ruta, determinante por encontrarse en un puerto de montaña o en un punto crucial del desierto, potencialmente aislaba a una gran región dentro de aquel vasto imperio.

La peste llegó a la capital de la Horda de Oro, Saray, en el bajo Volga, en 1345. Por entonces Yanibeg, el kan de los kipchakos, se disponía a poner sitio al puerto de Kaffa, en Crimea (la actual Feodosia, en Ucrania), centro comercial establecido por los mercaderes genoveses fundamentalmente para la exportación de esclavos rusos a Egipto. Los mongoles habían colaborado de vez en cuando con los traficantes de esclavos italianos, pero en otras ocasiones habían intentado suprimir este comercio. Las autoridades mongolas habían clausurado el emporio y expulsado a los genoveses en varias ocasiones, pero cada vez habían acabado por transigir y les habían permitido regresar. Para protegerse de nuevas amenazas por parte de los mongoles y salvaguardar su tráfico de esclavos, los genoveses habían construido una poderosa muralla defensiva alrededor de la ciudad y un segundo muro interior para preservar el núcleo de su emporio.

Cuando se desencadenó la peste en el ejército mongol, Yanibeg se vio obligado a levantar el sitio y a retirarse, pero la enfermedad no

tardó en propagarse fuera del campamento mongol y atacar el puerto vecino. Según un único documento europeo, Yanibeg ordenó catapultar los cadáveres de las víctimas de la peste por encima de las murallas de la ciudad, y aunque los genoveses intentaron deshacerse de ellos arrojándolos al mar, no tardó en declararse la enfermedad¹⁸⁴. Aunque repetida a menudo, esta noticia no se basa en testimonios oculares; su única fuente conocida son los papeles de un jurista, Gabriele de Mussis, que trabajó en la ciudad de Piacenza, no lejos de Génova. Afirmaba De Mussis que él se la había oído contar a su vez a unos marineros. Como los cadáveres no podían respirar ni echar el aliento a sus presuntas víctimas, difundiendo así la enfermedad a la manera habitual, habrían tenido que llevar encima pulgas vivas que infectaran a los habitantes de la ciudad. La noticia parece dudosa no porque los mongoles no quisieran propagar la enfermedad de esa forma, sino porque probablemente semejante estrategia no habría podido dar los frutos esperados.

Intencionadamente o no la enfermedad ya había empezado a propagarse y continuaría haciéndolo. Cuando los genoveses y otros fugitivos huyeron del puerto en barco, llevaron consigo la infección

¹⁸⁴ La creencia de que los mongoles propagaron deliberadamente la enfermedad siguió lo bastante arraigada entre la población como para inspirar la imitación de la costumbre a lo largo de los años, aunque sin éxito. Se dice que las tropas rusas utilizaron la misma táctica contra los suecos en 1710, y durante la Segunda Guerra Mundial los japoneses intentaron emplearla lanzando desde sus aviones pulgas infectadas sobre las aldeas chinas. Las pulgas habían sido expuestas a una modalidad particularmente virulenta de peste y de hecho llegaron a infectar a algunos campesinos, pero no dieron lugar a ninguna epidemia.

a Constantinopla, desde donde se propagó fácilmente a El Cairo, en Egipto, y a Messina, en Sicilia. Si la ciudad proporcionaba el caldo de cultivo ideal para la peste, el ambiente cerrado de los barcos constituía una incubadora perfecta, un lugar en el que personas, ratas y pulgas podían mezclarse estrechamente sin la molesta presencia de los caballos o el fuego, las dos cosas que más detestan las pulgas. Lejos del movimiento relativamente lento de las rutas comerciales terrestres, en las que la enfermedad tenía que esperar la carreta o el cargamento apropiado para desarrollarse, la peste se propagó con la velocidad impuesta por las velas desplegadas. En 1348 azotó las ciudades de Italia y en junio de ese mismo año llegó a Inglaterra. En el invierno de 1350, la peste había cruzado el Atlántico norte desde las islas Feroe y había pasado a Islandia y Groenlandia. Es posible que costara la vida al 60% de los colonos de Islandia, y probablemente fuera el factor más importante de la extinción definitiva de la colonia de belicosos vikingos establecida en Groenlandia.

Durante los sesenta años transcurridos entre 1340 y 1400, según ciertos cálculos, la población de África descendió alrededor de los 80 a los 68 millones de habitantes, y la de Asia de los 238 a los 201 millones¹⁸⁵. El total de la población mundial —incluidas las dos Américas, donde la peste tardaría otros dos siglos en dejarse

¹⁸⁵ Para los cálculos de población, véanse Massimo Livi-Bacci, *A Concise History of World Population*, 2.ª ed., trad. ing. de Carl Ipsen, Blackwell, Malden, Mass., 1997, p. 31, y Jean-Noël Biraben, «An Essay Concerning Mankind's Evolution», *Population* (diciembre, 1980).

sentir— descendió de los aproximadamente 450 a unos 350 o 375 millones de personas, lo que supuso una pérdida neta de al menos 75 millones de habitantes, o lo que es lo mismo una media de más de un millón de individuos al año durante el resto del siglo XIV. A medida que van acumulándose nuevos testimonios, la investigación especializada continúa elevando el número de las pérdidas. La población de Europa se redujo de los 75 a los 52 millones de almas aproximadamente. Con una mortandad de alrededor de 25 millones de individuos, las vidas que se perdieron sólo en el continente europeo fueron más o menos las mismas que se cobraría en todo el mundo el sida en el siglo XX. Para la Europa del siglo XIV, sin embargo, esa cifra supuso entre un tercio y la mitad del total de su población. En comparación, en la tremenda destrucción que supuso la Segunda Guerra Mundial en Europa, Gran Bretaña perdió menos del 1 % de su población, y Francia, escenario de gran parte de la actividad bélica, perdió el 1,5%. En cuanto a Alemania, sus pérdidas ascendieron al 9,1%. El hambre generalizada hizo que los índices de mortandad de la Segunda Guerra Mundial ascendieran en Polonia y Ucrania al 19%, pero incluso estas cifras se quedan en nada comparadas con los índices de mortandad de la peste en el siglo XIV.

La peste dejó algunas zonas totalmente despobladas, mientras que unas cuantas ciudades salieron prácticamente incólumes. Una de las pocas medidas eficaces que se tomaron fue la que se puso en vigor en Milán. En cuanto estallaba la peste en una casa, los alguaciles precintaban inmediatamente el edificio entero con todos

sus habitantes dentro, enfermos y sanos, parientes y criados. Otras ciudades intentaron imponer otras medidas menos eficaces, como, por ejemplo, hacer repicar las campanas o, por el contrario, prohibir que se tocaran. Tanto si una comunidad en concreto era víctima de la epidemia como si no, podemos decir que la enfermedad cambió para siempre la vida de todas las regiones del continente¹⁸⁶. La peste destruyó de hecho el ordenamiento social que había venido dominando Europa desde la caída del Imperio romano, dejando el continente sumido en un peligroso caos. La enfermedad acababa con la población urbana con más rapidez y de ese modo aniquiló a la clase culta y a los artesanos cualificados. Dentro y fuera de las ciudades, los ambientes cerrados y contaminados de los monasterios y conventos ofrecían una oportunidad única para que la enfermedad exterminara a todos sus habitantes, tragedia de la que no volvió a recuperarse el monaquismo europeo en particular y la Iglesia católica romana en general. Las aldeas densamente pobladas se enfrentaron a un peligro similar, lo mismo que los habitantes de los castillos y las mansiones señoriales.

El mejor reflejo del impacto social de la peste lo tenemos en Florencia, donde la enfermedad se declaró en 1348, gracias a los escritos de Giovanni Boccaccio, que, como otros muchos, perdió a numerosos familiares y amigos. En su *Decamerón*, diez jóvenes

¹⁸⁶ Para un estudio más completo de las repercusiones de la peste y otras enfermedades similares, véase William H. McNeill, *Plagues and Peoples*, Doubleday, Garden City, N. Y., 1976, pp. 132-175.

damas nobles y diez jóvenes caballeros se refugian huyendo de la peste en una mansión rural, y se dedican a contar cuentos para entretenerse. En el mundo descrito por Boccaccio, el marido abandonaba a la mujer y la madre a sus hijos con tal de escapar de la peste. Moría tanta gente que los curas no tenían tiempo de celebrar funerales ni los enterradores daban abasto a enterrar a los muertos, que eran arrojados a fosas comunes o abandonados para que los devoraran los perros y los cerdos. La «venerable autoridad de las leyes, humanas y divinas, fue envilecida y quedó disuelta por completo»¹⁸⁷. Los alguaciles eran «incapaces de ejecutar ninguna orden, por lo que cada uno era libre de hacer lo que consideraba justo».

Aun sin entender la verdadera causa de la enfermedad ni las vías de transmisión, la gente se dio cuenta enseguida de la estrecha relación que tenía con el comercio y el movimiento de las gentes que entraban y salían de las ciudades. Las obras de Boccaccio, Petrarca y otros autores de la época muestran que las dos reacciones principales ante la enfermedad fueron el abandono de las ciudades, siempre que fuera posible, o al menos el cierre de éstas a los forasteros. Tanto una como otra medida supusieron un freno para el comercio, las comunicaciones y el transporte. Las autoridades locales de toda Europa promulgaron leyes sobre la peste con el fin

¹⁸⁷ Boccaccio, *El Decamerón*, según trad. ing. de M. Riggs, Londres, David Campbell, 1921, vol. 1, pp. 5-11.

de frenar su propagación y de controlar la reacción popular. En 1348 la pequeña ciudad de Pistoia, en Toscana, prohibió la entrada a las personas procedentes de zonas infectadas, proscribió la importación de todo tipo de tejidos usados, y puso fuera de la ley la venta de frutas y el sacrificio de animales que pudieran provocar olor a muerto, que se sospechaba que contribuía a la difusión de la enfermedad. Análogamente prohibieron las labores de curtido y sin ellas el comercio de artículos de marroquinería cesó por completo. Los ciudadanos que regresaban de otros lugares podían llevar consigo sólo un equipaje pequeñísimo, equivalente apenas a unos quince kilos. Nadie podía mandar regalos a la casa de una persona que hubiera muerto de peste ni visitar a su familia, y nadie tenía permiso para comprar ropa nueva.

El movimiento de las delegaciones diplomáticas y de las cartas se interrumpió. Al no poder utilizar el sistema de transportes mongol, la Iglesia católica perdió el contacto con sus misiones en China. Los habitantes aterrorizados de todas las poblaciones echaban la culpa a los forasteros de traer consigo la enfermedad, lo que supuso una amenaza más para el comercio internacional. En Europa, los cristianos se lanzaron una vez más contra los judíos¹⁸⁸, que mantenían una estrecha relación con el comercio y con Oriente, de donde procedía la infección. Algunos judíos fueron encerrados en

¹⁸⁸ Para más información sobre las acusaciones que se vertieron contra los judíos de ser los causantes de la peste, véase Rosemary Horrox, *The Black Death*, Manchester, Reino Unido, Manchester University Press, 1994, pp. 209-226.

sus casas y quemados vivos; otros fueron sacados violentamente de ellas y torturados en el potro hasta que confesaban sus crímenes. A pesar de la bula del papa Clemente VI de julio de 1348 que protegía a los judíos y ordenaba a los cristianos cesar en su persecución, la campaña en su contra fue subiendo de tono. El día de san Valentín de 1349, las autoridades de Estrasburgo condujeron a casi dos mil judíos hasta el cementerio hebreo, situado a las afueras de la ciudad, para quemarlos en masa. A unos cuantos se les permitió salvarse a cambio de confesar sus crímenes y convertirse al cristianismo y algunos niños fueron bautizados a la fuerza. Más de mil individuos perecieron durante los seis días que se tardó en quemarlos a todos y la ciudad prohibió la presencia de judíos dentro de sus muros. Una tras otra, numerosas ciudades adoptaron la costumbre de quemar en público a los judíos con el fin de frenar la epidemia. Según las jactanciosas palabras de un cronista, entre noviembre de 1348 y septiembre de 1349, fueron quemados en la hoguera todos los judíos que había entre Colonia y Austria. En las regiones cristianas de España, la población emprendió una persecución similar de la minoría musulmana, obligando a muchos moriscos a buscar refugio en Granada y Marruecos.

La peste no sólo supuso el aislamiento de Europa, sino que también cortó la comunicación de los mongoles de Persia y Rusia con China y Mongolia. Los príncipes mongoles de Persia ya no pudieron recibir las mercancías procedentes de las tierras y los talleres que poseían en China. La rama de la Familia Dorada establecida en China dejó de recibir sus mercancías provenientes de Rusia y Persia. Al quedar

las distintas ramas aisladas unas de otras, el sistema basado en el entramado de propiedades se vino abajo. La peste había diezclado el país, había desmoralizado a sus habitantes y, al interrumpir el flujo de mercancías y tributos, privó a la Familia Dorada mongola de su principal fuente de ingresos. Durante casi un siglo, los mongoles habían utilizado sus intereses materiales recíprocos para superar las diferencias políticas que los separaban. A pesar de sacrificar la unidad política, habían mantenido vivo un imperio cultural y comercial unificado. Con la mortandad causada por la peste, el centro no pudo aguantar más y el complejo sistema se vino abajo. El Imperio mongol dependía del movimiento rápido y constante de personas, mercancías e información a lo largo y ancho de sus vastos dominios. Sin esos contactos, no había imperio.

En su condición de conquistadores extranjeros, los mongoles habían sido tolerados por sus súbditos, que a menudo los superaban en número a razón de más de mil por uno, pues habían seguido potenciando un flujo extraordinario de productos comerciales mucho después de que la fuerza de sus ejércitos se hubiera disipado. Después de la peste, ante la inexistencia del comercio y la improbabilidad del envío de refuerzos militares por parte de los demás mongoles, cada rama de la Familia Dorada de Genghis Khan tuvo que defenderse sola en un ambiente cada vez más inestable, que fácilmente podía tornarse hostil. Privados de sus dos grandes ventajas, el poderío militar y los beneficios comerciales, los mongoles de Rusia, Asia central, Persia y Oriente Medio buscaron nuevas modalidades de poder y de legitimidad por medio

de matrimonios mixtos con sus súbditos, y en consecuencia incrementando el parecido con ellos en el ámbito de la lengua, la religión y la cultura. Las autoridades mongolas depuraron los restos que aún quedaban de chamanismo, budismo y cristianismo en sus familias, y reforzaron su compromiso con el islam, que era la principal religión de sus súbditos o, en el caso de la Horda de Oro de Rusia, la religión del ejército túrquico que ayudaba a la familia a conservar el poder.

A medida que los distintos miembros de la familia real mongola se alineaban con las diversas creencias religiosas a las que pertenecían sus súbditos, las fisuras existentes entre las distintas estirpes reales se ensancharon. Cuando la Horda de Oro se convirtió al islam, antes de que lo hicieran sus primos de Irak e Irán, se alió con el sultán de Egipto contra el Ilkanato mongol. Más tarde, cuando los príncipes mongoles del Ilkanato se hicieron musulmanes, oscilaron entre las versiones sunnita y chiíta de esta religión, según lo pidiera el momento político. Durante el reinado de Oltyeitu, el más comprometido con la causa chiíta, se desencadenó una rigurosa persecución de grupos minoritarios como los budistas o los judíos. Los principios universales del imperio de Genghis Khan se disiparon como cenizas al viento.

Al hacerse musulmanes, parece que los mongoles de Oriente Medio siguieron los pasos de Kublai Khan, que se había hecho poderoso en China mostrando una apariencia china. Pero los sucesores de Kublai no imitaron su ejemplo y es posible que ni siquiera comprendieran la astucia y la genialidad de su método. En vez de

volverse cada vez más chinos, los gobernantes mongoles incrementaron las medidas represivas y fueron quedando progresivamente aislados¹⁸⁹. Durante este período caótico, algunos mongoles de la corte real dijeron haber tenido sueños en los que aparecía Genghis Khan pidiendo la implantación de una serie de rigurosas medidas destinadas a reforzar la represión de los chinos. Los dignatarios de la corte decidieron que habían concedido a los chinos demasiada libertad y que los mongoles se habían adaptado demasiado a sus formas de vida. En vez de seguir integrándose en la cultura local, intensificaron su identidad de extranjeros y siguieron manteniéndose al margen de la lengua, la religión y la cultura del país, y absteniéndose de contraer matrimonios mixtos. En una muestra más de su creciente paranoia, las autoridades mongolas ordenaron la confiscación no sólo de todas las armas de la población china, sino también de sus aperos de labranza de hierro, y limitaron el uso de los cuchillos. Prohibieron a los chinos utilizar caballos y, temerosos de que pudieran pasarse mensajes unos a otros en secreto, interrumpieron los espectáculos de ópera china, la actividad de los contadores de cuentos tradicionales y otras reuniones públicas y privadas. Ante aquellas medidas tan exageradas, se incrementó cada vez más el descontento de los súbditos, su desconfianza y el temor a los gobernantes mongoles.

¹⁸⁹ Para la política antichina de los mongoles, véase John W. Dardess, *Conquerors and Confucians: Aspects of Political Change in Late Yüan China*, Nueva York, Columbia University Press, 1973.

Empezaron a correr rumores acerca del exterminio en masa de niños chinos a manos de los mongoles y del plan de matar a todo aquel que llevara ciertos apellidos chinos.

En su intento de guardar el menor parecido posible con la población autóctona, los mongoles abandonaron la tradicional actitud de imparcialidad frente a la diversidad religiosa y concedieron cada vez más favores y poderes al budismo, y especialmente a su variante tibetana, que era la que más contrastaba con los ideales confucianos¹⁹⁰. Incapaz de criticar directamente a las autoridades, la población china dirigió en gran medida su odio contra los extranjeros que ayudaban a los mongoles a administrar su imperio. En particular los monjes budistas tibetanos, pues los habitantes de las localidades situadas a lo largo de la ruta del Tíbet, recientemente abierta por los mongoles, tenían la obligación no sólo de dar comida, alojamiento y transporte a los monjes, sino que además tenían que cargar con sus mercancías. Los monjes, que con frecuencia iban armados, adquirieron muy mala fama por abusar de las personas que los servían. El Departamento de Asuntos Budistas y Tibetanos defendía fogosamente a los monjes en la corte y les concedió una gran cantidad de prebendas. En un momento determinado, el Departamento intentó promulgar unas leyes que ordenaban cortar la mano a quien se atreviera a golpear a un monje, y cortar la

¹⁹⁰ Respecto al budismo tibetano bajo los mongoles, véase Hok-lam Chan y William Theodore de Barry, eds., *Yüan Thoughts: Chinese Thought and Religion Under the Mongols*, Nueva York, Columbia University Press, 1982, p. 484.

lengua a quien lo insultara o difamara. Los dignatarios mongoles acabaron derogando estas leyes por considerarlas incompatibles con su propia legislación, que prohibía la mutilación como castigo.

Cada vez más aislados de sus súbditos e incapaces de adoptar medidas eficaces contra la propagación de la peste, los kanes de China se refugiaron en la espiritualidad de los monjes tibetanos, que los animaban a apartarse del mundo exterior de los problemas imaginarios de la sociedad y a ejecutar acciones provechosas para su alma individual. Los monjes persuadieron a la familia real mongola de que todo acto de liberación de un prisionero la haría acreedora de un mayor mérito espiritual para alcanzar una posición mejor en la próxima reencarnación, y no tardaron en convertir este proceso en un lucrativo negocio. En una de las extrañas ceremonias que solía ejecutar el clero tibetano, un monje de la corte cruzó las puertas de palacio montado en un buey amarillo vestido con el traje de la emperatriz mongola, y a continuación liberó a los prisioneros como quien permite a un pájaro salir de su jaula.

El clero tibetano fomentó nuevas formas de prácticas religiosas en los ritos tántricos que proclamaban el camino de la iluminación a través del acto sexual. Este movimiento no sólo dio lugar a una vigorosa manifestación de obras de arte de contenido sexual, sino que además incitó a la familia real a participar en complejas danzas y ritos sexuales centrados en la activa participación del propio gran kan bajo la atenta mirada de los lamas. Los rumores de desenfreno y el carácter secreto de los ritos incrementaron la paranoia y la desconfianza de los chinos, que sospechaban que los lamas

tibetanos practicaban sacrificios humanos en la corte con el fin de prolongar la vida del kan y mantener su régimen ya vacilante.

Mientras que los soberanos mongoles de China centraban su atención en dar rienda suelta a su espiritualidad y a su sexualidad, la sociedad que vivía tras los muros de la Ciudad Prohibida se venía abajo. Acaso el síntoma más revelador fuera que las autoridades mongolas perdieron el control del sistema monetario que tan laboriosa y meticulosamente habían creado. Los principios en virtud de los cuales la economía había decidido utilizar el papel moneda se revelaron más complejos e imprevisibles de lo que habían pensado las autoridades, y el sistema fue quedando gradualmente fuera de control. Como último signo de debilidad de la administración mongola, la confianza en el papel moneda se redujo y provocó un descenso de su valor, al tiempo que empujaba al alza el valor del cobre y la plata. La inflación creció a un ritmo vertiginoso, hasta el punto de que en 1356 el papel moneda había perdido prácticamente todo su valor.

En Persia y China, el colapso se produjo rápidamente, en los años 1335 y 1368 respectivamente¹⁹¹. Los mongoles del Ilkanato persa desaparecieron, asesinados o absorbidos por la población, mucho más numerosa, de sus antiguos súbditos. En China, el gran kan

¹⁹¹ Para un estudio del final de la dominación mongola en China, véase Udo Barkmann, «Some Comments on the Consequences of the Decline of the Mongol Empire on the Social Development of the Mongols», en *The Mongol Empire and Its Legacy*, Reuven Amitai-Preiss y David O. Morgan (eds.), Koninklijke Brill NV, Leiden, 1999.

Togun Tumor y unos sesenta mil mongoles lograron escapar de los rebeldes Ming, pero dejaron tras de sí a unos cuatrocientos mil que fueron capturados y asesinados o absorbidos por los chinos. Los que consiguieron regresar a Mongolia reanudaron su estilo de vida nómada dedicándose de nuevo al pastoreo, casi como si todo el episodio chino, que había durado de 1211 a 1368, no hubiera sido más que una estancia prolongada en sus campamentos de verano del sur. La Horda de Oro de Rusia se disgregó en varias hordas menores cuyo poder fue declinando paulatina, pero constantemente durante cuatro largos siglos. En el curso de esa interacción tan prolongada, los mongoles y sus aliados túrquicos se amalgamaron en varios grupos étnicos turcomongoles diferentes que mantuvieron una identidad distinta unos de otros, y por supuesto también de la sociedad eslava, mucho más numerosa, que los rodeaba. Tras el derrocamiento de la dominación mongola, las autoridades Ming que habían salido victoriosas publicaron diversos edictos prohibiendo a los chinos utilizar trajes mongoles, dar a sus hijos nombres mongoles, y seguir otros hábitos extranjeros. En su afán por revitalizar los principios de gobierno y la vida social china, las autoridades Ming revocaron sistemáticamente muchas de las medidas políticas e instituciones mongolas. Expulsaron a los mercaderes musulmanes, cristianos y judíos cuyo establecimiento en China habían fomentado los mongoles, y asestaron un golpe

definitivo al sistema comercial mongol aboliendo por completo el papel moneda y volviendo al empleo del metal¹⁹². Rechazaron el budismo tibetano de los lamas y lo sustituyeron por el pensamiento y las tradiciones del taoísmo y el confucianismo. Tras un fallido intento de revitalizar el sistema comercial mongol, las nuevas autoridades quemaron sus naves dedicadas al transporte marítimo, prohibieron a los chinos viajar al extranjero, y gastaron una parte considerable del producto interior bruto en la construcción de nuevas y grandes murallas para cerrar la entrada a los extranjeros e impedir la salida de los chinos. De ese modo, las nuevas autoridades Ming dejaron abandonados a su suerte a miles de conciudadanos residentes en los puertos del sureste asiático.

En su afán por evitar los peligros de una nueva invasión mongola, los Ming trasladaron inicialmente la capital al sur, a Nankín, un centro mucho más chino, pero en las actitudes y en las acciones de la mayoría de la población, el gobierno de la China unificada estaba tan estrechamente asociado a su capital del norte, que los Ming tuvieron que trasladar de nuevo su corte a la antigua capital mongola de Kanbalik. Los Ming intentaron reconstruir la ciudad, eliminar su apariencia mongola, y edificar una nueva Ciudad Prohibida a su estilo. Salvo breves excepciones, la capital permaneció en el mismo sitio, aunque cambiando de nombre en

¹⁹² Para más detalles sobre el impacto del comercio, véase Andre Gunder Frank, *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, Berkeley, University of California Press, 1998, p. 112.

varias ocasiones, y Pekín sigue siendo la capital del país, que continúa teniendo más o menos los mismos límites nacionales que tuviera en tiempos de los mongoles.

En un país o en otro, los mongoles fueron expulsados como consecuencia de diversas sublevaciones indígenas, y las élites locales tomaron las riendas del gobierno. Mientras que Corea, Rusia y China volvieron a estar en manos de dinastías nativas, los territorios musulmanes sufrieron una transición más compleja en su salida de la dominación mongola. En vez de reinstaurarse el poder de los árabes, que habían sido los mercaderes, los intermediarios, los banqueros, los navieros y los caravaneros que habían unido Asia y Europa, apareció un nuevo híbrido cultural que conjugaba un sistema militar turcomongol con las instituciones legales del islam y las antiguas tradiciones culturales de Persia. La parte oriental del mundo musulmán había encontrado una nueva libertad cultural en la que podían seguir siendo musulmanes, pero no bajo la dominación de los árabes, a los que nunca fue permitido recuperar el control. Nuevas dinastías, como la de los otomanos en Turquía, la de los safávidas en Persia, y la de los mogoles en la India, llamadas a veces los Imperios de la Pólvora, se apoyaron ante todo en las grandes innovaciones del armamento mongol, una organización militar basada por un lado en la caballería y en la infantería armada, y por otro en el uso de las armas de fuego, para luchar contra el enemigo exterior y, lo que acaso sea más importante, en el orden interno para mantener el poder sobre unos súbditos pertenecientes a una gran variedad de etnias.

A pesar de la peste y del hundimiento del sistema comercial, de las sublevaciones y del consiguiente desmembramiento del Imperio mongol, incluso los rebeldes parecían reacios a permitir que el viejo imperio desapareciera por completo. Los nuevos gobernantes se aferraron quiméricamente a los rezagos del viejo sistema para legitimar su autoridad: la fachada del Imperio mongol siguió en pie mucho después de que la estructura interna se hubiera venido abajo y de que los mongoles hubieran desaparecido de la vista.

Tras la depuración de la influencia mongola en la vida pública que llevaron a cabo, las autoridades Ming se las vieron y se las desearon para hacerse con la legitimidad oficial de los mongoles, y conservaron el uso de la lengua mongola en la diplomacia como forma de mantener la continuidad con el pasado. Todavía en tiempos de la conquista de Constantinopla por los otomanos en 1453, la corte china escribía las cartas oficiales en lengua mongola. A su vez los manchúes, que derrocaron a los Ming en 1644, contrajeron estratégicamente matrimonios mixtos con los descendientes de Genghis Khan, para justificar sus derechos de legítimos herederos del soberano mongol tanto de sangre como de espíritu.

En el corazón de Asia central, los descendientes de Genghis continuaron ostentando el poder en la región llamada Mogulistán, nombre dado en persa al territorio mongol. A finales del siglo XIV, las posesiones mongolas en esta zona habían caído en poder de Timur, llamado Timur *el Cojo* o Tamerlán, guerrero túrquico que, aduciendo unas pruebas bastante endebles, se declaraba

descendiente de Genghis Khan. Intentó resucitar el Imperio mongol y conquistó buena parte del antiguo territorio de éste, desde la India hasta el Mediterráneo. En su afán de asociar directamente su persona con Temuyín, Timur fomentó la composición de diversos libros que los vinculaban. Para que en su linaje hubiera sangre de Genghis y de los mongoles, varios miembros de su familia contrajeron matrimonio con auténticos descendientes del caudillo. Pese a todos sus intentos de restaurar el Imperio mongol, el emir Timur no imitó el ejemplo del gran kan. Llevó a cabo matanzas sin motivo y parece que hallaba un placer insaciable en torturar y humillar a sus prisioneros. Cuando capturó al sultán del reino selyúcida de Turquía, lo obligó a contemplar cómo sus esposas e hijas le servían la cena desnudas y, según algunas fuentes, satisfacían sus deseos sexuales. Se dice que Timur aparejó al sultán como si fuera un animal y lo hizo tirar del carro real, exhibiéndolo a continuación en una jaula.

Como Timur decía que era mongol y yerno legítimo de un miembro de la dinastía de Genghis Khan, sus hazañas se mezclarían de manera inextricable con las de los auténticos mongoles en las mentes de los pueblos a los que ambos conquistaron. Resultaba difícil distinguir a un mongol de otro. Cuando Timur se deleitaba con los suplicios públicos o acumulaba pilas de cabezas cortadas fuera de las ciudades que había conquistado, se suponía que estaba haciendo realidad las tradiciones de su pueblo mongol. Las acciones de Timur fueron atribuidas anacrónicamente a Genghis Khan.

Los descendientes de Timur se conocen en la historia con el nombre

de los mogoles de la India. Babur, el fundador de la nueva dinastía en 1519, era descendiente en decimotercera generación del segundo hijo de Genghis, Chagatai. El imperio mogol llegó a su punto culminante con el nieto de Babur, Akbar, que reinó de 1556 a 1608. Tenía el genio de Genghis Khan para la administración y como él daba mucha importancia al comercio. Abolió la odiada *yizia*, el impuesto que debían pagar los no musulmanes. Akbar organizó su caballería inspirándose en las unidades tradicionales mongolas de diez hombres (hasta cinco mil) e instituyó un cuerpo de funcionarios civiles basado en el mérito. Del mismo modo que los mongoles convirtieron China en el centro manufacturero y comercial más productivo de su época, los mogoles hicieron de la India la nación manufacturera y comercial más grande del mundo y, en contra tanto de la tradición musulmana como de la hindú, elevaron el estatus social de la mujer. Mantuvieron la actitud universalista hacia la religión e intentaron amalgamar todas las creencias en una sola Fe Divina, Din-i-Ilahi, con un solo Dios en el cielo y un solo emperador en la tierra.

Con tantos imperios deseosos de mantener la ilusión del Imperio mongol en todos los terrenos, desde la política hasta el arte, la opinión pública parecía obstinadamente reacia a convencerse de que había dejado de existir. En ninguna parte fue la creencia en el imperio más persistente ni más importante que en Europa, donde en 1492, más de un siglo después de que reinara en China el último kan, Cristóbal Colón convenció a los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, de que podía restablecer el contacto por vía marítima con

la corte del gran kan y reavivar la actividad comercial perdida. Debido a la quiebra del sistema de comunicaciones mongol, los europeos no habían tenido noticia de la caída del imperio y del derrocamiento del kan mongol. Colón, por tanto, insistía en que, si bien los musulmanes constituían un obstáculo insuperable en la ruta terrestre que comunicaba Europa con la corte mongola, él podía cruzar la mar Océana y llegar por el oeste al país del que hablaba Marco Polo.

Colón emprendió su viaje convencido de que iba a encontrar el país de los mongoles llevando consigo un ejemplar impreso del libro de Marco Polo, en el que había apuntado numerosas notas y observaciones para cuando llegara, como pensaba, a su corte¹⁹³. Para Colón, la obra de Marco Polo no sólo fue una fuente de inspiración, sino también una guía práctica. Cuando desembarcó en Cuba tras recalar en otras varias islas más pequeñas, pensó que estaba en los confines del reino mongol y que no tardaría en encontrar el país mongol del Catay. Siguió convencido de que las tierras del kan se hallaban un poco más al norte, en el territorio que hoy día identificaríamos con el de Estados Unidos. Como no encontró el país del gran kan, decidió que los pueblos con los que se topó debían de ser los vecinos de los mongoles por el sur, esto es los habitantes de la India, y por eso llamó a los nativos de América

¹⁹³ Para más detalles sobre Cristóbal Colón y la influencia mongola, véase John Lamer, *Marco Polo and the Discovery of the World*, New Haven, Yale University Press, 1999.

«indios», nombre que ha venido dándoseles desde entonces.

Si bien los autores y exploradores del Renacimiento trataron a Genghis Khan y a los mongoles con manifiesta adulación, la Ilustración europea del siglo XVIII generó una actitud antiasiática cada vez más acusada, que a menudo se cebó especialmente con los mongoles, como símbolo de todo cuanto de malo o deficiente pudiera haber en Asia. Ya en 1748 el filósofo francés Montesquieu marcó el tono en su ensayo titulado *El espíritu de las leyes*, que trataba a los asiáticos con evidente desprecio y achacaba muchas de sus características más detestables a los mongoles, a los que calificaba de «el pueblo más extraño de la tierra»¹⁹⁴. Decía de ellos que eran esclavos serviles y amos crueles. Les atribuía todos los grandes ataques lanzados contra la civilización desde la antigua Grecia hasta Persia: «Han assolado Asia, desde la India hasta el Mediterráneo; y toda la zona que constituye el este de Persia lo han convertido en un desierto». Montesquieu glorificaba los orígenes tribales de los europeos, considerándolos precursores de la democracia, mientras que denigraba a los pueblos tribales de Asia en los siguientes términos: «Los tártaros que destruyeron el Imperio heleno establecieron en los países conquistados la esclavitud y el poder despótico; los godos, tras someter al Imperio romano, fundaron la monarquía y la libertad». Basándose en esta visión de la

¹⁹⁴ Las citas de todo este párrafo corresponden al barón de Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, trad. ing. de Thomas Nugent, Nueva York, Hafner, 1949, pp. 268-280.

historia, rechazaba de manera sumaria toda la civilización asiática: «Reina en Asia un espíritu servil que no han sido capaces nunca de sacudirse de encima, y es imposible encontrar en todas las historias de ese país un solo pasaje que revele una libertad de espíritu; nunca veremos allí más que los excesos de la esclavitud».

Genghis Khan se convirtió en el blanco principal de los ataques. Voltaire adaptó un drama dinástico mongol, *El huérfano de Chao*, de Chi Chün-hsiang, para que encajara con su propio programa político y social presentando a Genghis Khan, al que utilizaba como trasunto del rey de Francia, como un malvado ignorante y cruel. La obra en cuestión, cuyo título cambió por el de *El huérfano de China*, fue estrenada en París en 1755, mientras él disfrutaba de un destierro seguro en Suiza. «He confinado mi proyecto a la gran época de Genghis Khan», decía¹⁹⁵. «He intentado describir los modos de los tártaros y los chinos: los sucesos más interesantes no son nada si no pintan los modos de las gentes; y esa pintura, que constituye uno de los mayores secretos del arte, no es más que un divertimento vano cuando no tiende a inspirar ideas de honor y de virtud». Voltaire presentaba al mongol como «el rey de reyes, el fiero Genghis Khan / que convierte en yermos los fértiles campos de Asia». Lo llamaba «un salvaje soldado escita ejercitado en las armas / y avezado en el comercio de la sangre». Según la historia

¹⁹⁵ Las citas de todo este párrafo corresponden a Voltaire, *El huérfano de China*, en *The Works of Voltaire*, vol. 15, trad. ing. de William F. Fleming, París, E. R. Dumont, 1901, p. 180.

revisionista de Voltaire, los guerreros mongoles no eran más que «los hijos salvajes de la rapiña, que viven en tiendas, carretas y en los campos»: Según él, «detestan nuestras artes, nuestras costumbres y nuestras leyes; y por lo tanto intentan cambiarlas; convertir esta espléndida sede del imperio en un vasto desierto como el suyo».

La única buena cualidad del gran kan, en la obra del francés, era que había sabido reconocer, aunque a regañadientes, la superioridad moral de los más cultos. «Cuantas más cosas veo», hacía decir Voltaire a Genghis, «más obligado me veo a admirar a ese pueblo asombroso, grande en las artes y en las armas, por su saber y sus maneras grande también; sus reyes basaron todo su poder en los cimientos de la sabiduría». Genghis Khan acababa la obra planteándose la siguiente pregunta: «... ¿Qué he ganado con todas mis victorias, con todos mis culpables laureles manchados de sangre?». A lo que el propio Voltaire respondía: «... Las lágrimas, los suspiros, las maldiciones de la humanidad». Con estas palabras, Voltaire iniciaba la maldición moderna de los mongoles.

Pese a todas esas imágenes negativas del emperador mongol, el verdadero objetivo de Voltaire era el rey de Francia, al que no se atrevía a criticar directamente. Proyectaba, por el contrario, la imagen de Francia sobre el reino de los kanes y hacía que los mongoles representaran todo lo peor. Otros autores no tardaron en imitar el método de presentar como símbolo de todos los males del mundo a los mongoles, que de ese modo fueron víctimas de un ataque literario y científico generalizado. La nueva crítica apareció

de forma sesgada en la obra del poeta y dramaturgo italiano Giovanni Casti, que pasó largo tiempo en la corte de los Habsburgo y posteriormente en la de Catalina la Grande de Rusia. Como no se atrevía a criticar abiertamente a los monarcas de cuyo mecenazgo disfrutaba, utilizó la imagen de los mongoles en su *Poema tártaro* y en el libreto de la ópera de 1778 *Kublai, el gran kan de los tártaros*, con música de Antonio Salieri, el rival de Wolfgang Amadeus Mozart en la corte de los Habsburgo. El titular del Sacro Imperio Romano, dándose cuenta de las ideas potencialmente peligrosas que contenía la obra, la prohibió por miedo a que pudiera envalentonar a los revolucionarios.

Sin embargo, la justificación más perniciosa de la inferioridad asiática no vino de los filósofos y artistas europeos, sino de los científicos, la nueva casta de intelectuales que engendró la Ilustración. A mediados del siglo XVIII, un naturalista francés, el conde de Buffon, compiló la primera enciclopedia de historia natural en la que ofrecía una descripción científica de los principales grupos humanos, constituyendo los mongoles el más importante de Asia. Sus descripciones parecían una vuelta a los relatos históricos de Mateo Paris y de Tomás de Spalato, más de quinientos años antes. «Los *labios* son grandes y gruesos, con grietas transversales», decía Buffon¹⁹⁶. «La *lengua* es larga, gruesa, y bastante áspera. La *nariz* es

¹⁹⁶ Todas las citas de este párrafo pertenecen a Georges Louis Leclerc Buffon, *Buffon's Natural History of the Globe and Man*, T. Tegg, Londres, 1831, p. 122, y están tomadas de Kevin Stuart, *Mongols in Western/American Consciousness*, Lampeter, Reino Unido, Edwin Mellen, 1997, pp.

pequeña. La *piel* tiene un color amarillo ligeramente sucio, y carece de elasticidad, dando la sensación de que es demasiado grande para el cuerpo». Afirmaba que las mujeres tártaras «son tan deformes como los varones». Su cultura la encontraba tan desagradable como su rostro: «La mayoría de estas tribus son ajenas a la religión, la moral, y las buenas costumbres. Son todos bandoleros de profesión». Traducida del francés a todas las grandes lenguas de Europa, la obra de Buffon se convirtió en una de las fuentes de información clásicas durante los siglos XVIII y XIX.

Los científicos europeos intentaron hacer clasificaciones de todo, desde las razas de perros y caballos hasta las diferentes variedades de rosas o de plantas como el diente de león. El zoólogo alemán Johann Friedrich Blumenbach, catedrático de medicina de la Universidad de Gotinga de 1776 a 1835, realizó una serie de clasificaciones zoológicas de los seres humanos basadas en la anatomía comparada, especialmente en la pigmentación de la piel, el pelo y el color de los ojos, la forma del cráneo, y algunos rasgos faciales como el tamaño y la forma de la nariz, las mejillas y los labios. Según su estudio, los humanos se dividían naturalmente en tres razas primarias correspondientes a África, Asia y Europa, y dos subcategorías menos importantes, los americanos y los malayos. Basándose en la teoría que afirmaba que los asiáticos eran originarios de Mongolia, los clasificó a todos bajo el epígrafe de

mongoles. Los especialistas europeos aceptaron rápidamente su teoría e hicieron de ella una especie de evangelio científico.

Estas categorías implicaban naturalmente una ordenación evolutiva de las distintas razas según la formulada por el científico escocés Robert Chambers en su libro de 1844 *Vestiges of the Natural History of Creation*, que llegó a convertirse en un récord de ventas. «Las principales características de las diversas razas del género humano —afirmaba Chambers—, son simplemente representativas de los estadios concretos alcanzados en el desarrollo del tipo superior o caucásico¹⁹⁷». Comparada con la raza blanca, «la mongólica es un niño recién nacido atrofiado en su desarrollo».

Estos teóricos no tardaron en ver con claridad que la raza mongoloide mostraba una estrecha afinidad con el orangután, el mono de Asia. Dicha semejanza se manifestaba no sólo en los rasgos faciales, sino también en las posturas que adoptaban. Los asiáticos, como los orangutanes, se sentaban con las piernas cruzadas en la postura «mongola» o «de Buda». La categoría de los mongoloides se amplió para dar cabida a todos los indios americanos y a los esquimales, así como a los chinos del norte, los chinos del sur, los tibetanos, los pueblos tribales del sur de China, los mongoles, algunos turcos, los tungu, los coreanos, los japoneses y los pueblos paleoasiáticos¹⁹⁸.

¹⁹⁷ Robert Chambers, *Vestiges of the Natural History of Creation*, Londres, John Churchill, 1844; reimpr., Chicago, University of Chicago Press, 1994, p. 307.

¹⁹⁸ Carleton Coon, *The Living races of Man*, Nueva York, Knopf, 1965, p. 148.

Una vez establecido y aceptado mayoritariamente por la ciencia occidental, el sistema de clasificación mongoloide inspiró nuevas aplicaciones. Basándose en la descripción física de algunos niños retrasados a los que se atribuía unos marcados rasgos faciales asiáticos, los científicos de la época consideraron que esas criaturas debían de pertenecer también a la raza mongoloide¹⁹⁹. La primera asociación de los niños retrasados con la «raza mongoloide» de la que tenemos constancia aparece en el estudio de 1844 de Robert Chambers, que relacionó la enfermedad con el incesto: «El parentesco demasiado cercano de los padres suele producir hijos de tipo mongoloide, es decir personas que en la madurez todavía son una especie de niños»²⁰⁰. En 1867 el doctor John Langdon Haydon Down, superintendente médico del Asilo para Idiotas de Earlswood, Surrey, Inglaterra, formalizó el nuevo sistema de categorías en sus «Observaciones sobre la clasificación étnica de los idiotas», publicada en la revista británica *Journal of Mental Science*. Además del incesto y otras formas de desviaciones de la conducta consideradas causa de la condición mongoloide, los médicos sugerían también las deficiencias alimenticias, la angustia materna, el uso excesivo de perfumes, el alcoholismo paterno, y los espermatozoides bicéfalos.

¹⁹⁹ John Langdon Haydon Down, «Observations on the Ethnic Classification of Idiots», *Journal of Mental Science* 13 (1867), pp. 120-121. Citado en Stuart, *Mongols in Western/American Consciousness*.

²⁰⁰ Chambers, *Vestiges*, p. 309.

En su afán de dar con una explicación más directamente histórica de por qué esos niños tenían rasgos físicos asiáticos, los científicos encontraron una asociación biológica concreta en las invasiones de Europa por los mongoles allá por el siglo XIII. Según esta nueva explicación, a lo largo del tiempo, las tribus merodeadoras de hunos, ávaros y mongoles dejaron su impacto genético en Europa tras violar supuestamente a las mujeres blancas. Las consecuencias de aquellos genes aparecían en la actualidad esporádicamente, cuando algunas europeas aparentemente «normales» daban a luz un hijo que suponía una regresión a sus antepasados mongoles. El hijo del doctor Down perfeccionó la teoría de su padre declarando que en las investigaciones que había realizado como médico había descubierto que esos imbéciles procedían de una forma anterior de la raza mongola y que debían ser considerados más «prehumanos que humanos»²⁰¹.

En un libro muy popular de 1924, *The Mongol in Our Midst*, el médico británico Francis G. Crookshank pasaba tranquilamente de hablar sobre los mongoloides como raza a hablar de ellos como categoría mental en lo que calificaba de «estigmas mongoles», entre los cuales citaba los lóbulos de las orejas pequeños, los anos prominentes, y los genitales pequeños tanto en hombres como en mujeres. La conclusión evidente de esta asociación de los niños

²⁰¹ Citado en Francis G. Crookshank, *The Mongol in Our Midst: A Study of Man and His Three Faces*, Nueva York, Dutton, 1924, p. 21.

retrasados con otra raza era que dichas criaturas no pertenecían a la comunidad, ni siquiera a la familia, en el seno de la cual habían nacido. Como decía Crookshank, esos individuos «constituyen una raza aparte. Para bien o para mal, no son *precisamente* como los hombres y mujeres que viven a su alrededor. De hecho son “mongoles expatriados”. Como los niños en cuestión pertenecían a una raza distinta de la de sus padres, pensaban médicos y funcionarios, debían ser eliminados. El niño retrasado era sólo el ejemplo extremo de un fenómeno más general de «mongolismo (u orangutanismo) atávico». Según esta teoría, los mongoles occidentales eran los responsables no sólo del retraso mental, sino también de buena parte de los crímenes y de la imbecilidad que podía verse en Occidente. Siempre según esta teoría, los judíos en particular conservaban gran parte de la influencia mongola porque se habían mezclado con los jazaros y otras tribus de las estepas, y por lo tanto habían llevado consigo por toda Europa esa vil influencia genética.

En las teorías evolucionistas de la raza y el retraso mental, la comunidad científica aportó pruebas contundentes y supuestamente objetivas de lo que los demagogos políticos y los editores de los periódicos del siglo XIX y de comienzos del XX llamaban el «peligro amarillo». Como muchas naciones del este de Asia se habían mostrado reacias a aceptar la colonización occidental, las potencias coloniales europeas se dedicaron a colmarlas de invectivas. Aunque el temor al peligro amarillo podía provocarlo cualquier grupo, incluso coreanos y filipinos, se

concentraba en las dos grandes amenazas que representaban Japón y China. Como el primero de estos países se había industrializado y había formado un gran ejército, y el segundo seguía rechazando la colonización y la conversión forzosa al cristianismo, los asiáticos se convirtieron en enemigos para la opinión pública de Occidente.

Durante todo el siglo XIX, el temor a los asiáticos fue incrementándose en Europa; podemos verlo con toda claridad en una composición que el poeta simbolista ruso Vladimir Serguéievich Soloviov escribió en 1894, y que llevaba por título simplemente «Panmongolismo». La amenaza que representaban China y Japón para los valores de la civilización moderna era, a juicio de Soloviov, comparable con la que había supuesto la época de Genghis Khan, cuando «desde Oriente un pueblo desconocido y extraño» atacó la civilización acabando con ella²⁰². Lo mismo estaba ocurriendo en la actualidad: «Un enjambre de tribus al acecho se dispone a lanzar nuevos ataques. Desde el Altai hasta las costas de Malasia / los caudillos de las islas de Oriente / han reunido una hueste de escuadrones / junto a las murallas vencidas de China. / Incontables como la langosta / y tan dañinas como ella, / protegidas por un poder no terrenal, / esas tribus se dirigen al norte». Pronto «vuestras banderas, convertidas en harapos [...] pasarán de mano en mano como juguetes entre niños de piel

²⁰² Vladimir Sergeevich Soloviev, *Pan Mongolism* en *From the Ends to the Beginning: A Bilingual Anthology of Russian Verse*, accesible en <http://max.mmlc.northwestern.edu/vmdenner/demo/index.html>.

amarilla», advierte a sus lectores. «¡Panmongolismo! Sólo el nombre es monstruoso».

En los años transcurridos desde el Renacimiento y el Imperio mongol, Genghis Khan había sido degradado al nivel más bajo de la historia de la humanidad. En el poder colonial que acababa de descubrir y en la misión que se había impuesto a sí misma de gobernar al mundo, la Europa moderna no tenía sitio para los conquistadores asiáticos. Los colonialistas cristianos, al igual que los comisarios comunistas, intentaron salvar a los asiáticos del horrible legado de bárbara dictadura y brutalidad sangrienta que habían impuesto sobre ellos Genghis Khan y sus hordas mongolas. La insistencia en los mongoles como fuente y origen de los problemas de Asia, y por consiguiente la justificación de la conquista europea de todo el continente, desde Japón hasta la India, se desarrolló como un tema inherente a la ideología de la conquista y la colonización europea. Los supuestos horrores perpetrados por Genghis y los mongoles se convirtieron en una de las excusas de la dominación ejercida por los colonizadores ingleses, rusos y franceses, mucho más civilizados.

En clara oposición a los científicos y políticos europeos, las víctimas de esta ideología, los intelectuales y activistas asiáticos, encontraron un nuevo héroe en el kan mongol. Por toda Asia, desde Japón hasta la India, la nueva generación del siglo XX, deseosa de liberarse de la dominación europea, encontró una fuente de inspiración en Genghis Khan y los mongoles, vistos como los conquistadores asiáticos más grandes de la historia y como un claro contrapeso a las doctrinas de

la superioridad europea. Debido en parte a que los europeos, empezando por los rusos, habían arremetido con tanta violencia contra su figura y habían intentado desacreditar su memoria y su papel en la historia universal, un conjunto cada vez mayor de activistas políticos asiáticos apeló a su memoria como guía y como medio de rechazar los poderes y valores de Occidente.

Uno de los primeros en revalorizar a Genghis Khan fue un personaje en el que a nadie se le habría ocurrido pensar a primera vista: el defensor de la paz Jawaharlal Nehru, padre de la independencia de la India. El día de Año Nuevo de 1931, estando prisionero en una celda de aislamiento, tuvo noticia de que las autoridades coloniales británicas acababan de detener a su esposa y de que la habían encerrado en otra cárcel, siendo objeto, según decían los periódicos, de malos tratos. Consciente de que su hija Indira, de apenas trece años, pero llamada a ser de adulta primera ministra de la India, debía de estar muy asustada y deprimida, especialmente porque no podía visitar a sus padres más que una vez cada quince días, Nehru empezó a escribirle una serie de extensas cartas en las que le hablaba de historia y que debían constituir el antídoto a todo lo que le habían enseñado en las escuelas coloniales. Durante los tres años siguientes, Nehru escribió estas cartas de cuatro o cinco páginas casi a diario; en ellas intentaba comprender, a pesar de la educación occidental que había recibido, cuál era el lugar que ocupaban en la historia universal su país, la India, y su continente,

Asia. Aquélla era su manera de «soñar con el pasado y encontrar nuestra forma de hacer el futuro más grande que el pasado»²⁰³. Como decía a Indira en su primera carta, «sería absurdo no reconocer la grandeza de Europa. Pero sería igualmente absurdo olvidar la grandeza de Asia».

Una de sus tareas intelectuales como hombre y erudito asiático consistía en esforzarse en comprender el papel histórico de Genghis Khan, al que Occidente había utilizado para fabricar las brutales imágenes de Asia que había difundido. Nehru, en cambio, describía al caudillo de las estepas como un episodio más de la antigua lucha del pueblo asiático contra la dominación europea. Refiriéndose a la repentina aparición de los mongoles en la historia universal, escribía que «podemos imaginarnos cuál no sería la sorpresa del mundo euroasiático ante aquella erupción volcánica. Parecería casi una gran catástrofe natural, como un terremoto, ante el cual poco puede hacer el hombre. Aquellos nómadas procedentes de Mongolia eran hombres y mujeres fuertes, acostumbrados a la rudeza y a vivir en tiendas en las extensas estepas de Asia septentrional. Pero su fuerza y su duro adiestramiento no les habrían servido de mucho de no haber generado un caudillo que fue también un hombre extraordinario». Más adelante describiría a Genghis Khan diciendo que era «un hombre cauto y cuidadoso de mediana edad, y todas las grandes cosas que hizo fueron precedidas de un pensamiento y una

²⁰³ Jawaharlal Nehru, *Glimpses of World History*, Nueva York, John Day, 194Z, p. 5.

preparación».

Nehru se dio cuenta de que aunque los mongoles no vivían en ciudades, crearon una civilización notable. «Naturalmente no conocían muchas artes urbanas, pero desarrollaron un modo de vida en consonancia con su mundo, y crearon una compleja organización». El disidente hindú reconocía que, pese a su escaso número, «alcanzaron grandes victorias en el campo de batalla» debido a «su disciplina y su organización. Pero principalmente todo se debió al brillante caudillaje de Genghis». Evocando la descripción de Chaucer, Nehru concluía que «Genghis es, sin duda, el mayor genio militar y el caudillo más grande de la historia». Comparándolo directamente con los máximos conquistadores europeos, decía: «Alejandro y César se quedan pequeños ante él». Sin embargo, a pesar de sus hazañas militares, deseaba mantener relaciones amistosas con el resto del mundo: «Su idea era compaginar la civilización con la vida nómada. Pero no era posible, y sigue sin serlo». El kan mongol creía en la «*ley inmutable* por siempre jamás. Y nadie podía desobedecerla. Incluso el emperador estaba sujeto a ella». Nehru ofrecía entonces una idea personal: «Te he dado acerca de Khan más detalles y más información de los que acaso sean necesarios. Pero este hombre me fascina».

A medida que se intensificaba el temor de Occidente por el peligro amarillo, los asiáticos analizaban cada vez más a fondo el concepto de panmongolismo como camino viable hacia la creación de una identidad común para todos ellos. Si lograban unirse como lo había estado en otro tiempo el Imperio mongol, juntos podrían deshacerse

del poder cada vez mayor de los países occidentales. Esta teoría ofrecía a los asiáticos una forma de trascender las lealtades nacionales y de cooperar en una empresa común. En Mongolia interior, el nuevo espíritu condujo a la creación efímera de un calendario basado en el año 1206, fecha del establecimiento de la nación mongola por Genghis Khan, que pasó a computarse como año I²⁰⁴. Según el nuevo calendario mongol, 1937 pasó a ser el año 731 de Genghis Khan.

Sobre todo en Japón, que durante la primera mitad del siglo XX fue considerándose progresivamente a sí mismo el país puntero de Asia, pero que a la vez necesitaba diferenciarse de Europa, el panmongolismo empezó a ejercer cada vez más atracción. En la lucha por convertirse en el líder de la nueva Asia, la imagen de Genghis Khan se convirtió en un objetivo valioso. Quien ostentara el derecho a controlar su cuerpo, su santuario, o su tierra natal tendría más derecho a controlar su herencia y, por consiguiente, las tierras que en otro tiempo había dominado. Algunos estudiosos japoneses hicieron correr el rumor de que Genghis Khan había sido en realidad un guerrero samurái que había abandonado su patria como consecuencia de las luchas por el poder y se había refugiado entre los nómadas de la estepa, al frente de los cuales trató, más adelante, de conquistar el mundo.

²⁰⁴ Para más información sobre el calendario de Genghis Khan, véase Sechin Jagchid y Paul Hyer, *Mongolia's Culture and Society*, Boulder, Westview, 1979, p. 115.

En los años previos a la Segunda Guerra Mundial, Genghis Khan adquirió irónicamente una nueva importancia como tema no sólo propagandístico e ideológico, sino también de aplicación militar práctica. Los soviéticos, los japoneses y los alemanes se precipitaron a descifrar, traducir e interpretar la *Historia secreta*, accesible desde hacía poco tiempo, con la esperanza de que les proporcionara una clave útil para desentrañar los arcanos de la táctica militar mongola, y poder así imponerse en China y en Rusia.

El desarrollo de los carros blindados a lo largo del siglo XX permitió a la caballería y la artillería combinarse de nuevo en una sola unidad militar como no había existido desde los tiempos de los arqueros montados mongoles. Los genios militares de todos los países buscaron en aquellos viejos modelos mongoles pistas que les permitieran descubrir cómo debían combatir en la era moderna de la guerra con tanques. Los alemanes encontraron la aplicación más eficaz en su estrategia de la *blitzkrieg*, que imitaba la aparición repentina de los mongoles con un ejército sumamente móvil que atravesaba el paisaje a la velocidad del rayo dejando al enemigo sorprendido y desorientado. En su afán por comprender mejor la táctica de los mongoles, los alemanes emprendieron la traducción de la *Historia secreta* a su idioma²⁰⁵. Erich Haenisch, catedrático de

²⁰⁵ Durante la Primera Guerra Mundial, la revolución rusa y la revolución china impidieron en gran medida el estudio de la *Historia secreta*. Durante los años veinte, el sinólogo francés Paul Pelliot preparó una traducción francesa, pero no fue publicada hasta después de la Segunda Guerra Mundial. El editor alemán Bruno Schindler, de Verlag Asia Maior, preparó el texto chino para ser publicado en Leipzig, pero debido al peligro cada vez mayor de las persecuciones nazis,

sociología de la Friedrich Wilhelm Universität de Berlín, preparó una traducción al alemán. Haenisch viajó a Mongolia en busca de una versión de la obra en la lengua original, pero no pudo encontrarla. Logró hacer la traducción y confeccionar un diccionario a partir de un texto sinomongol. Las escaseces provocadas por la guerra en Alemania retrasaron la publicación de la obra hasta 1941, fecha en la que se realizó una pequeña edición; pero incluso entonces, las dificultades en el terreno del transporte retrasaron su distribución. Las cajas de libros permanecieron en Leipzig hasta 1943, siendo pasto de las llamas en el curso de una incursión aérea de los aliados. Los enigmas de la *Historia secreta* no llegaron nunca a serles revelados a los nazis.

Mientras el ejército alemán se dedicaba al estudio de los mongoles, los soviéticos hacían otro tanto. Obsesionado por comprender mejor a los dos grandes conquistadores asiáticos, Genghis Khan y Timur, Stalin mandó exhumar el cadáver de este último y envió varias expediciones militares fallidas a la zona del Burján Jaldún para

Schindler tuvo que huir a Inglaterra. Dejó el manuscrito en Alemania, donde acabó en manos de otra editorial, Otto Harrassowitz Verlag, que logró publicarlo en 1940. En Francia, la traducción de Pelliot vio finalmente la luz en 1949. Más o menos por la misma época se publicó una traducción completa al ruso, y la edición alemana apareció en 1981. Si exceptuamos a los escasos y excéntricos eruditos internacionales que trabajaron con el manuscrito, la obra pasó prácticamente desapercibida. Durante las décadas posteriores, esos esforzados eruditos, originarios de distintos países, se han esforzado en reconstruir y traducir la historia primero al mongol y al chino propiamente dichos, y luego al ruso y al francés, aunque todavía hay muchos pasajes que son objeto de duras discusiones. Algunos pasajes sueltos de las traducciones rusa, alemana y francesa han sido vertidos al inglés, pero el mundo de habla inglesa en general ha mostrado, al parecer, una profunda falta de interés por los mongoles en general, empezando por la llamada *Historia secreta*.

localizar también los despojos del primero. Otros eruditos se ocuparon igualmente del asunto y realizaron traducciones e interpretaciones a cuál más excéntrica de la historia mongola, tales como que el ángulo y la fuerza del sol afectan a Mongolia de manera distinta a como lo hacen a otras partes del mundo. Mezclando lo absurdo con lo serio, los soviéticos siguieron en la Segunda Guerra Mundial su propia versión de la estrategia mongola. En una adaptación a gran escala de la táctica empleada por Subodei para derrotar a los rusos en el río Kalka en 1223, los soviéticos atrajeron a los alemanes al interior de Rusia hasta que los tuvieron desperdigados por una zona extensísima, momento que aprovecharon los rusos para contraatacar e ir capturándolos uno a uno.

En 1944, prácticamente sin que nadie se enterara, en el paroxismo final de la Segunda Guerra Mundial, murió en Kabul, Afganistán, Sayid Alim Khan, antiguo emir de Bujará y último descendiente de Genghis en ocupar un trono, tras casi un cuarto de siglo de exilio lejos de la ciudad en la que había reinado de joven. El emir, que se proclamaba descendiente de Yochi y de la Horda de Oro, había sobrevivido a otras ramas de la familia. En 1857 el ejército británico había derrocado al último emperador mogol de la India, Bahadur Shah II, y al año siguiente lo había enviado al exilio en Birmania para que cediera su título a la reina Victoria, que se convirtió así en emperatriz de la India en 1877.

Cuando Alim Khan, de la dinastía Manguit, asumió el poder como emir de Bujará en 1910, los rusos llevaban ya controlando su patria

desde hacía dos generaciones, y él no era sino un monarca títere, más aún de lo que lo habían sido sus predecesores de otros siglos. Setecientos treinta y un años después de la primera *juriltai* tribal celebrada a orillas del lago Azul, al pie la montaña en Forma de Corazón, en 1189, se reunió una asamblea muy distinta, que también se denominaba a sí misma *juriltai*, pero que estaba formada por los delegados del Partido Comunista de Bujará, con el fin de destituir al último descendiente de Genghis Khan.

La última semana del mes de agosto, el emir huyó de Bujará, y tras un breve intento de organizar un movimiento de resistencia desde Tayikistán, se refugió bajo la protección de los británicos en Afganistán, donde residiría el resto de su vida. Cuando Alim Khan se fue, las tropas bolcheviques al mando de Mijail Vasilyevich Frunze atacaron la ciudadela de Bujará, la misma fortaleza en la que, precisamente siete siglos antes, el estandarte del espíritu de Genghis Khan condujera a los mongoles a su primera victoria en Asia central. El 2 de septiembre de 1920, Frunze comunicó a Lenin que «la fortaleza de la vieja Bujará ha sido tomada hoy tras un poderoso ataque de unidades del Ejército Rojo y de tropas de Bujará»²⁰⁶. En tono melodramático añadía que «la tiranía y la coerción han sido derrotadas, y la bandera roja de la revolución ondea en Registán».

²⁰⁶ Hélène Carrère D'Encausse, *Islam and the Russian Revolution: Reform and Revolution in Central Asia*, trad. ing. de Quintin Hjoare, Berkeley, University of California Press, 1988, pp. 164-165.

Durante la mayor parte del siglo XX, Rusia y China mantuvieron un acuerdo por el que se repartían entre las dos la patria de Genghis Khan: China ocupaba la Mongolia interior, la parte situada al sur del Gobi, y la Unión Soviética ocupaba la otra mitad, la Mongolia exterior, correspondiente a la zona situada al norte del desierto. Los soviéticos convirtieron Mongolia en un país almohadilla entre China y su propio territorio, y lo mantuvieron prácticamente vacío. Del mismo modo que los británicos ejecutaron a los hijos y nietos del último emperador mogol de la India en el siglo XIX, los soviéticos purgaron a los descendientes de Genghis Khan que se sabía que quedaban en Mongolia en el siglo XX; obligando a familias enteras a internarse en los bosques para ser fusiladas y enterradas en fosas anónimas, desterrándolas al gulag de los campos de concentración soviéticos diseminados por Siberia, donde los hicieron trabajar hasta morir o simplemente haciéndolos desaparecer misteriosamente en la noche de la historia.

En abril de 1964 el periódico oficial soviético *Pravda* publicó una severa advertencia contra los que intentaban «colocar en un pedestal al sanguinario bárbaro Genghis Khan, como si se tratara de un personaje históricamente progresista»²⁰⁷. Los comunistas chinos contrarrestaron el ataque soviético alegando que los rusos debían tener en mayor aprecio a los mongoles, pues el hecho de que

²⁰⁷ Larry Moses y Stephen A. Halkovic Jr., *Introduction to Mongolian History and Culture*, Bloomington, Ind., Research Institute for Inner Asian Studies, 1985, p. 168.

éstos invadieran su país les había brindado la oportunidad de «conocer una cultura superior». Por ofendidos que pudieran sentirse los mongoles a consecuencia del ataque de los soviéticos a su héroe nacional, siguieron firmemente fieles a los rusos.

Las persecuciones que se desencadenaron en Mongolia acabaron con toda una generación de lingüistas, historiadores, arqueólogos, y otros especialistas en materias relacionadas tangencialmente con Genghis o el Imperio mongol. A mediados de los años sesenta, ocho siglos después del nacimiento del gran caudillo, su *sulde*, el estandarte del espíritu que había llevado por toda Eurasia, desapareció del lugar en el que las autoridades comunistas lo habían escondido. Desde que se llevó a cabo aquella purga, el *sulde* de Genghis no ha vuelto a ser visto por nadie ni se ha tenido noticia de su paradero. Muchos estudiosos suponen que las autoridades lo destruyeron en un último acto de crueldad hacia el alma del gran conquistador mongol. Otros, sin embargo, esperan que éste acaso yazga olvidado simplemente en algún sótano polvoriento o en alguna habitación tapiada de la que un día saldrá para guiar de nuevo a los mongoles y servirles de inspiración.

Epílogo

El espíritu eterno de Gengis Khan

*¿Es culpa tuya y mía habernos
olvidado de nuestra historia?²⁰⁸*

D. YARGALSAIJAN

El de Genghis Khan ha sido el último gran imperio tribal de la historia universal. Él fue el heredero de los diez mil años de guerras entre las tribus nómadas y el mundo civilizado, de los antiguos enfrentamientos del cazador y el pastor contra el campesino. Se trataba de una historia tan vieja como la de las tribus beduinas que siguieron a Mahoma para acabar con la idolatría pagana de la ciudad, la de las campañas de los romanos contra los hunos, la de los griegos contra los nómadas escitas, la de los habitantes de las ciudades de Egipto y Persia que acosaban a las tribus nómadas de pastores hebreos y, en último término, la de Caín, el campesino, que asesinó a su hermano Abel, el pastor.

El choque entre las culturas nómada y urbana no acabaría con Genghis Khan, pero nunca volvería a alcanzar los niveles que alcanzó con éste. Las civilizaciones empujarían a los pueblos tribales hacia los lugares más recónditos del mundo. En los siglos que estaban por venir, varios jefes de tribu, como Toro Sentado y

²⁰⁸ De la canción «Chinggis Khaan», compuesta por D. Yargalsaijan e interpretada por el grupo musical Chinggis Khaan.

Caballo Loco de los sioux dakota, Águila Roja de los muskogee, Tecumseh de los shawnee y Shaka Zulú de Sudáfrica, exigirían con valentía, pero en vano, lo mismo que había exigido Genghis Khan. Sin saber nada de los mongoles ni de su gran caudillo, estos jefes tuvieron que hacer frente a los mismos problemas y entablar las mismas batallas de una punta a otra de África y a lo largo y ancho del continente americano, pero la historia pesaría más que ellos. Al final la civilización sedentaria se alzaría con la victoria en aquella larga guerra mundial; el futuro pertenecería a los civilizados hijos de Caín que desde tiempos inmemoriales se habían dedicado a invadir las tierras abiertas de las tribus.

Aunque tuvo sus raíces en las antiguas sociedades tribales, Genghis Khan supo moldear como nadie el mundo moderno del comercio, las comunicaciones y los grandes estados seculares. Fue el perfecto hombre moderno por su sistema de guerra profesional y ágil y por su compromiso con el comercio global y con el régimen de unas leyes seculares internacionales. Lo que empezó como una guerra de exterminio entre nómadas y campesinos, acabó convirtiéndose en una fusión mongola de culturas. Sus ideas fueron madurando con la edad y a medida que fue experimentando otros sistemas de vida. Se esforzó por crear un mundo nuevo y mejor para su pueblo. Los ejércitos mongoles acabaron con la unicidad de las civilizaciones que los rodeaban, abatiendo las murallas defensivas que aislaban una civilización de otra y amalgamando las distintas culturas.

Los grandes protagonistas de la historia no pueden quedar ocultos entre las cubiertas de un libro y permanecer archivados como

tantos especímenes botánicos prensados. Sus acciones no pueden ser contadas siguiendo un horario específico como el de salidas y llegadas de los ferrocarriles. Aunque los historiadores puedan indicar el comienzo y el final de una época con precisión y exactitud, los grandes acontecimientos históricos, particularmente los que se produjeron de forma repentina y violenta, fueron construyéndose poco a poco y, una vez iniciados, no llegaron nunca a un punto final. Sus consecuencias todavía pueden sentirse una vez concluida la acción. Como las vibraciones de una campana que seguimos percibiendo perfectamente cuando el repique ha cesado, la influencia de Genghis Khan resuena todavía en nuestra época por mucho tiempo que haga que el caudillo mongol haya desaparecido de escena.

En abril de 2000 seguí el camino que probablemente tomaran Temuyín y su familia ocho siglos atrás en su huida ante el ataque de los merkitas cuando éstos se presentaron para raptar a Borte. Tras localizar el lugar en el que posiblemente se levantara el campamento de Genghis en el momento de la agresión, calcular la dirección desde la que vinieron los atacantes y suponer el camino por el que el grupo emprendió la huida, nos pusimos a seguir el itinerario que recorrieron los perseguidos desde la estepa hasta llegar a las montañas. Los muchachos que pastoreaban por la región tenían más o menos la misma edad de aquellos a los que ahora queríamos seguir los pasos. Eran tan diestros en el manejo del caballo como sus antiguos predecesores, y vestían la tradicional *deel* mongola que ceñían con un brillante fajín dorado justo por

debajo de la cintura. Excepto por la ocasional gorra de béisbol, un par de gafas de sol o los pantalones téjanos que pudieran llevar debajo de la *deel*, sus ropas seguían siendo aquellas mismas prendas pesadas de lana, vellón y fieltro que vistieran sus antepasados.

Nuestros nueve caballos, al igual que los de la familia de Hoelun en su huida, estaban castrados, y las descripciones que la *Historia secreta* hace de estos animales son tan precisas que incluso habríamos podido emparejarlos por edad, color, forma y otras características. Sin embargo, nos limitamos a montar los cuadrúpedos que un viejo pastor algo ebrio nos dijo que eran los adecuados para nuestra misión. Más que buscar el camino, simplemente seguimos las indicaciones de los nómadas y nos dejamos llevar por su intuición. Sabían con exactitud qué camino debía seguir un jinete para ir de un lugar concreto a otro. Dónde las aguas congeladas de un río formaban una capa de hielo demasiado fina para atravesarlas, dónde la nieve era muy profunda en las pequeñas depresiones y dónde un conjunto de madrigueras de marmota habría podido provocar el tropezón de una de nuestras monturas.

El viento hacía bailar la nieve en polvo alrededor de los cascos de los caballos mientras subíamos lentamente por la rocosa ladera del Burján Jaldún, el monte más sagrado de Mongolia. Mi montura resoplaba nerviosamente húmedas bocanadas de vaho al aire seco y gélido, sin dejar de sacudir la cabeza. Bajo la tensión de una escalada dura y larga, su corazón batía con tanta fuerza que podía

escuchar sus latidos a pesar de las embestidas y el zumbido del viento. Sentía cómo sus palpitations subían por mis piernas hasta llegar a mi corazón. Cuando nos detuvimos en medio de la luz clara y cristalina de aquel cielo, echamos una mirada al horizonte en todas las direcciones y se abrió ante nosotros un paisaje de cimas de montañas, de campos llenos de cantos rodados, de serpentinos ríos y de lagos helados.

Cuando concluía su trabajo, Genghis Khan regresaba allí, como hiciera siempre después de cada victoria en el campo de batalla, para descansar, recuperarse y renovarse. Cambió el mundo, pero en la tierra que lo había visto nacer nunca permitió que cambiara nada. Hoy día los halcones siguen remontando el vuelo en primavera, y los insectos aún cantan en verano, como hacían en sus tiempos. Los nómadas se trasladan a las montañas en otoño, y los lobos merodean en invierno en busca de algo que comer. Cuando cierro los ojos, puedo oír todavía el ruido lejano de los cascos del caballo del caudillo que avanza a galope tendido rumbo a China, Europa y la India.

Mientras abandonábamos las montañas boscosas y nos dirigíamos a buscar nuestro todoterreno, decidimos volver a los parajes en los que había empezado toda la historia, y también nuestra expedición: el lugar en el que los merkitas raptaron a Borte, arrebatándosela a Temuyín. Ante nosotros la estepa se extendía hasta el horizonte en las cuatro direcciones, desprovista de árboles y libre de edificios, carreteras, vallas, tendidos eléctricos y de cualquier otra cicatriz del mundo moderno. Durante mis anteriores visitas había aprendido a

calificar la tierra como hacen los mongoles, esto es, por los colores de las estaciones. El breve y verde verano atraía a las aves en celo; el otoño amarillo inducía sabiamente a los caballos a correr y a las cabras a mordisquear las plantas que comenzaban a secarse. En el blanco invierno podía verse a los camellos vagar errantes junto a las aguas heladas de los ríos en busca de algo de hierba seca, y la primavera parda representaba sólo un tiempo de espera hasta la aparición de nuevos pastos para los animales y para los hombres que vivían de ellos. Aislado, remoto e imperturbable, este escenario indica el lugar en el que Temuyín se convirtió en un hombre y cambió a su tribu, los mongoles, transformándola en una nación.

Cuando llegamos al ventoso lugar que considerábamos el escenario del rapto, nuestro grupo quedó totalmente en silencio en medio de ráfagas constantes de aire que nos silbaban en los oídos. Habíamos cumplido la misión, y regresábamos allí con un renovado espíritu de curiosidad por lo ocurrido. El emplazamiento de numerosos campamentos anteriores estaba claramente indicado por piedras enormes que otrora se utilizaban para fijar la *ger* en el suelo cuando el viento soplaba con fuerza. Ahora los campos mongoles estaban yermos y vacíos. Pero parecía que con sólo remover un poco la tierra, habría podido sentir el calor de las cenizas aún humeantes de la última hoguera que probablemente allí mismo encendiera Genghis Khan. Que con barrer la nieve, habría podido ver las huellas de los cascos de su caballo estampadas en el barro helado. Parecía que las piedras habían quedado en aquella posición por simple casualidad, como si en cualquier momento su dueño pudiera

regresar y, tras desempolvarlas, levantar de nuevo un campamento de invierno para sus yaks y sus ovejas o erigir una capital imperial del mundo, lo que más conviniera en ese momento.

En medio de un silencio sepulcral y del viento silbante, con las chaquetas bien abrochadas y los sombreros perfectamente encajados, nos quedamos de pie contemplando el suelo. Uno a uno, los integrantes del grupo fueron a buscar unas cuantas piedras y las apilaron en aquel lugar, del mismo modo que durante milenios los pueblos nómadas han marcado los emplazamientos importantes. El jinete más veterano, un pastor local, reunió un poco de estiércol de caballo, lo amontonó delante de las piedras y, mientras los demás se desabrochaban las *deel* y las extendían abiertas para hacer una barrera y evitar así el paso del viento, le prendió fuego del mismo modo que una madre enciende una hoguera antes de que el resto de la familia instale la *ger* alrededor de sus llamas.

Cuando el estiércol ya ardía, el profesor O. Sujbaatar esparció sobre el fuego un poco de incienso de cedro finamente molido. El aroma que empezó a percibirse tuvo un efecto balsámico que mitigó la excitación provocada por la larga búsqueda a la vez que hizo que concentráramos nuestra atención en aquellas llamas. El humo que desprendían el incienso y el estiércol señalaba el éxito y la conclusión de esa fase de nuestras pesquisas. Todos los hombres se movían arrastrando un poco los pies, aunque paulatinamente empezaban a caminar más erguidos. Cada cultura tiene una forma particular de vestirse e imponer respeto. Para los mongoles, los tres botones del pecho debían estar perfectamente abrochados, el cuello

de la *deel* bien derecho, y las mangas estiradas, cubriendo la muñeca y parte de la mitad superior de la mano. Todos los hombres se ajustaban el ancho fajín dorado bien ceñido a la cintura y luego abombaban la parte superior de la casaca para que quedara más suelta y holgada.

Cuando identificamos el lugar durante nuestra anterior visita a esa zona, los pastores pidieron al profesor Sujbaatar que colocara en aquel sitio una piedra para que todo el mundo supiera lo que había ocurrido en él. Una mujer que vivía en las proximidades nos contó que, como ese tipo de historias había estado prohibido durante tanto tiempo, querían que sus hijos las conocieran ahora. Para ellos el mejor modo de recordar un episodio era haciéndolo esculpir en una piedra. Todos los pastores sentían un gran respeto por el anciano profesor. Lo conocían desde los años que siguieron a la purga de los académicos, cuando solo, y con riesgo de su vida, el historiador emprendió su primer viaje de más de un millón de kilómetros siguiendo los pasos de Genghis Khan y confiando en la hospitalidad de los pastores para encontrar cobijo, protección y alimentos mientras durara su búsqueda.

Ahora, una vez concluido nuestro viaje, el profesor accedería a su petición de erigir una piedra para conmemorar el rapto de Borte. Inmediatamente se decidió que él iba a encargarse de la redacción del texto, el profesor T. Yamyansuren de elegir la caligrafía para transcribirlo en mongol antiguo, y los estudiantes de buscar la piedra adecuada y de esculpir en ella la inscripción. Después de enviar a uno de sus discípulos a por su viejo almanaque, el profesor

Sujbaatar se puso a remirar una serie interminable de gráficos y diagramas a través de sus manchados anteojos. Empezó a escribir notas en un pequeño pedazo de papel con un lápiz desgastado, hizo unos cálculos rápidos y se puso a mirar más gráficos en el almanaque. Entonces anunció qué día era el más propicio para que los estudiantes regresaran a ese lugar a erigir la piedra.

Una vez concluida esa parte del trabajo, el profesor Ljagvasuren sacó una botella de vodka de un bolsillo oculto de su *deel*, vertió un poco de licor en las piedras, echó otro poco al aire y se humedeció con él la frente. En cierto sentido, cada persona mantenía un vínculo íntimo y directo con la historia que estábamos investigando. Ljagvasuren había visitado la región en numerosas ocasiones acompañando a su maestro y mentor, el arqueólogo Perlee. Cuando las autoridades encarcelaron a este último, también metieron en prisión al padre de Ljagvasuren por sus tendencias nacionalistas, y desterraron a su madrastra a una zona rural del interior del país. Como hijos de prisioneros políticos, él y sus hermanos pequeños quedaron desamparados por las calles de Ulaanbaator. Durante los meses que precedieron la llegada de las autoridades para llevárselo a una cárcel de niños, Ljagvasuren consiguió apilar suficientes escombros sobre una diminuta barraca situada fuera de la ciudad para que sirviera a sus hermanos de refugio durante el invierno mientras se encontraran solos. Después de pasar su adolescencia en prisión, realizando trabajos forzados en un lejano puesto fronterizo, reanudó el trabajo arqueológico de su mentor.

Para todos, ya fueran pastores o académicos, la historia que nos

rodeaba no era abstracta ni lejana; la historia del pueblo mongol se abría paso en sus vidas con la misma fuerza como si todos aquellos acontecimientos hubieran tenido lugar una semana atrás. Para mí, la búsqueda de una punta a otra de Mongolia a través del tiempo había comenzado casi como una curiosidad infantil que se había desarrollado para convertirse en una investigación académica e intelectual, pero para mis colegas mongoles cada paso que dábamos en nuestras pesquisas tenía unas connotaciones más íntimas y sentimentales. Cada día, a medida que íbamos comprendiendo mejor las penurias y la heroicidad de sus antepasados, nos deslizábamos más atrás en el tiempo. El sitio en el que nos encontrábamos no era simplemente otro lugar histórico; allí, la madre de la nación mongola había sido atacada, raptada y ultrajada. Cuando la apartaron de él, el joven Temuyín lo arriesgó todo, incluso la piel, para recuperarla. Consiguió rescatarla, y desde entonces, durante toda su vida, luchó por mantener su pueblo a salvo de los ataques externos, aun cuando ello supusiera pasarse el resto de sus años atacando a intrusos. En ese proceso, Temuyín cambió el mundo y creó una nación.

Se arrodillaron ante el pequeño montón de estiércol humeante con la respiración contenida y lágrimas en los ojos. Bajo la luz dorada y tenue del anochecer se desvanecían ocho siglos de historia, y el dolor de aquella aurora otrora de terror flotaba en el humo que nos envolvía. Mientras el incienso seguía quemándose sobre el pequeño montículo de piedras, uno a uno fueron desfilando para honrar aquel lugar. Se descubrían la cabeza, se arrodillaban ante las

pedras, tocaban la tierra helada de aquel espacio sagrado con la frente y luego se levantaban para dar lentamente tres vueltas alrededor del montón de piedras mientras echaban vodka al aire.

Todos dejaron algo junto a las piedras a modo de pequeño homenaje personal: un pedazo de terrón de azúcar, unas cuantas cerillas, un caramelo envuelto en papel de celofán, un puñado de hojas de té. Era como si quisieran remontarse en el tiempo para ofrecer aquellos insignificantes presentes, que proporcionaban alimento y calor, a la atemorizada Borte mientras sus raptos la subían a lomos de un caballo y se la llevaban a galope tendido hacia un futuro incierto. Era como si los miembros de nuestro enmudecido grupo quisieran decirle a ella, a su madre, que todo iba a acabar bien, que ella y ellos, sus hijos, lo superarían todo y vivirían ocho siglos más. Al fin y al cabo, siguen siendo los hijos de la Luz Dorada, los descendientes de un lobo y una gacela, y entre las frágiles nubes del Cielo Azul Eterno de Mongolia, el estandarte del espíritu de Genghis Khan sigue ondeando al viento.

Nota sobre las transcripciones

Transcripción

Existen al menos una docena de sistemas de transcribir los nombres y palabras clásicos y modernos mongoles en el alfabeto latino, pero ninguno de ellos ha logrado imponerse sobre los demás. Como se supone que cualquier especialista puede entender todas las formas de transcripción, he optado por utilizar las que resultan más fáciles de leer, comprender y pronunciar al lector. Por lo tanto me he atenido a los siguientes principios:

Si ya existe una forma habitual del término, la he utilizado. Así pues, empleo el nombre persa, *Genghis*, simplemente porque esta forma es más corriente que *Chinggis*, *Jenghiz*, *Djingis* u otras muchas. Análogamente, para la antigua capital utilizo la forma ampliamente conocida por todos de *Karakorum*, en lugar del nombre mongol moderno, *JarJorin*, o de la forma más académica, esto es, *Qaraqorum*.

Para los topónimos he optado por los nombres mongoles cuando ha sido posible. Por ejemplo, el río *Jerlen*, en vez de *Herlen*, *Kerulen* o *Qereleti*. Utilizo la versión mongola moderna de la capital, *Ulaanbaatar*, en lugar de la forma rusa, *Ulan Bator*.

Utilizo el término *kan* para designar al caudillo tribal o rey mongol, pero empleo la forma *gran kan* para el título de mayor rango. Si siguiéramos la fórmula moderna mongola de *kan* para rey y *kaan* o *jaan* o *qaan* para *gran kan* podría resultar algo confuso para el lector.

Una de las consonantes más habituales de la lengua mongola es la *h* aspirada (transcrita como *kh* o en castellano como /') parecida a la *ch* de *ich* en alemán o a la *ch* de *loch* en escocés. A veces aparece escrita como *q*, *h*, o un apóstrofe.

Siempre que es posible intento evitar los signos diacríticos, como la diéresis. En mongol, al igual que en otras lenguas altaicas, las diferencias existentes entre las vocales anteriores y posteriores es de una importancia crucial. Cualquier individuo que hable mongol sabrá cuándo una palabra se pronuncia de una manera u otra, y para la mayoría de los lectores esos signos ortográficos probablemente sean irrelevantes.

Glosario

- **Airak** Leche de yegua fermentada.
- **Anda** Hermanos de sangre. Temuyín y Yamuka eran *andas*. Yesuguei (el padre de Temuyín) era el *anda* de Torgil Khan, conocido como Ong Khan de la tribu de los keraítas.
- **Arik Boke** El hijo pequeño de Tolui, derrotado por su hermano Kuhlai en la pugna por convertirse en gran kan. Nacido c. 1217; muerto en 1264.
- **Avarga** Primera capital del Imperio mongol emplazada en el campamento base de Genghis Khan después de conquistar aquel territorio a los yurkin; situada en la confluencia de los ríos Jerlen y Tsenker.
- **Balyuna, lago** Lago en el que tuvo lugar el Juramento o Alianza de Balyuna entre Genghis Khan y un puñado de sus más fieles seguidores. Probablemente fuera un río.
- **Batu** Hijo de Yochi, kan de Rusia desde 1227 hasta su muerte en 1255.
- **Begter** Hermanastro de Temuyín, que lo asesinó. Hijo de Yesuguei y Sochiguel.
- **Belgutei (o Belgutai)** Hermanastro de Temuyín, al que siguió siendo fiel a lo largo de toda su prolongada vida de más de cien años. Murió en 1255.
- **Berke** Hijo de Yochi; a la muerte de su hermano Batu Khan, gobernó Rusia como kan desde 1257 hasta 1267. Luchó contra sus primos del Ilkanato y se negó a reconocer a Kublai como

gran kan.

- **Boorchu** Viejo compañero de Temuyín que posteriormente se convertiría en uno de los generales más destacados del ejército mongol.
- **Boriyin (o borijin)** Nombre del clan de Genghis Khan.
- **Borte** Principal y primera esposa de Temuyín. Nacida c. 1160; fallecida c. 1222.
- **Burján Jaldún (o Burkhan Khaldun)** «Monte de Dios», situado en la cordillera de los Jentii.
- **busgui** Varón; literalmente «sin fajín».
- **Catay (o Catai)** Antigua forma de transcripción en Europa del nombre de los kitán, parientes de los mongoles y gobernantes del norte de China durante el período comprendido entre los años 907 y 1125; llamados por los chinos la dinastía Liao.
- **Chagatai (o Chaghatai, Jaghatei...)** Segundogénito de Genghis Khan y Borte (1183-1242); sus descendientes gobernaron buena parte de Asia central, convirtiéndose al final en la dinastía de los mogoles de la India.
- **Chiledu** Individuo de la tribu de los merkitas y primer esposo de Hoelun antes de que ésta fuera raptada por Yesuguei.
- **deel** Casaca tradicional de los mongoles que visten hombres y mujeres.
- Genghis Khan Título concedido a Temuyín en 1206 aunque probablemente ya lo utilizara en 1189, cuando fue nombrado kan por primera vez.

- **ger** Casa portátil fabricada de fieltro sobre una estructura a modo de enrejado, llamada **yurt** por los foráneos.
- **Guchlug** Hijo de Tayang Khan, de la tribu de los naimanos; posteriormente fue elegido soberano del reino de los kitán negros.
- **Gur-kan** Antiguo título que significa kan supremo.
- **Guyuk** Gran kan del Imperio mongol (1246-1248); hijo de Ogodei.
- **Hoelun (o Jogelun)** Madre de Genghis Khan. En 1161 aproximadamente fue raptada por Yesuguei, de la tribu de los merkitas, que la separó así de su primer esposo y con el que tuvo cuatro hijos y una hija.
- **Hulegu (o Halagu)** Conquistador de Bagdad y fundador del Ilkanato persa. Muerto en 1265.
- **Ij Jorig (o Ikh Khorig)** El gran tabú, nombre dado a la zona en la que fue enterrado Genghis Khan.
- **Jadin (o Khaidu)** Nieto de Toreguene y Ogodei (1236-1301); kan de buena parte de Asia central y rival de su primo Kublai Khan.
- **Jasar (o Khasar)** El hermano que seguía en edad a Genghis Khan; destacó por su fortaleza y su destreza en el tiro al arco.
- **Jerlen, río** Uno de los tres ríos que nacen en el Burján Jaldún. Temuyín vivía a sus orillas cuando Borte fue raptada por los merkitas, estableciendo posteriormente su campamento central río abajo, en Avarga.

- **Jodoe Aral** Nombre que se daba a la región de Avarga, ciudad próxima a la confluencia de los ríos Jerlen y Tsenker.
- **jubi** (o **kbubi**) Parte de un botín o de las piezas obtenidas en el transcurso de una cacería.
- **juriltai** (o **khuriltai**) Nombre con el que designaba la asamblea oficial convocada normalmente para confirmar una elección o tomar importantes decisiones como la declaración de una guerra.
- **kan** Caudillo o rey. Los títulos de las estepas pueden resultar sumamente confusos. Además de kan, el título que recibía habitualmente el emperador de la dinastía de Genghis Khan era el que en mongol moderno se escribe como kaan o aparece como una transliteración del mongol clásico de los nombres de jan, jaan kha'an, khagan, qahan, qaghan o qa'an. Para evitar la confusión entre los títulos mongoles de kan y kaan, en este libro sólo utilizaremos con nombres el término kan, como, por ejemplo, en los casos de Kublai Khan o Batu Khan, y emplearemos gran kan para designar al emperador o kaan. Por ejemplo, «el hijo de Genghis Khan, Ogodei, fue elegido gran kan en 1229».
- **Kanbalik** (o **Khanbalix, Janbalik**) Capital de los mongoles construida por Kublai Khan; la actual Pekín (Beijing). En la época mongola también era conocida con el nombre de Da-Du o Ta-tu por los chinos; anteriormente había sido la capital de los yurchen, Zhongdu.

- **Karakorum** Llamada también Jarjorin; segunda capital del Imperio mongol (desde 1235 hasta 1260). Fue construida por Ogodei a orillas del río Orjon, en la región de Mongolia central que había pertenecido a Ong Khan, caudillo de los keraítas.
- **katun** (o **Khatun, jatun**) Título que recibían las reinas de los mongoles.
- **keraítas** (o **kereyid**) Tribu o conjunto de tribus de Mongolia central; vivían en las ricas tierras situadas a orillas de los ríos Orjon y Tuul; su caudillo era Torgil, llamado también Ong Khan.
- **kitán** (o **khitan, Chitas, Jitan, Kitai...**) Tribu estrechamente emparentada con los mongoles. Gobernó el norte de China como la dinastía de los Liao (907-1125), pero fue derrotada por la tribu yurchen, que la sustituyó. Los mongoles utilizaban este nombre para designar todo el norte de China, y Marco Polo, haciéndose eco de ello, llamó a esta región *Catay*.
- **Kublai Khan** (o **Jublai, Jubilai, Quibilaai...**) Nieto de Genghis Khan (1215-1294); reclamó el título de gran kan y fundó la dinastía Yuan de China.
- **kipchakos** Tribu túrquica del sur de Rusia.
- **merkitas** Tribu que habitaba a orillas del río Selenga, en la actual frontera de Mongolia con Siberia.
- **Mongke Khan** Primogénito de Tolui, gran kan desde 1251 hasta 1259.
- **morin huur** Violín con cabeza de caballo.

- **naadam** Celebración en la que se llevaban a cabo competiciones de lucha, tiro al arco y carreras de caballos.
- naimanos Tribu de Mongolia occidental gobernada por Tayang Khan hasta su conquista por Genghis Khan en 1205.
- **nerge** Línea formada en la cabecera de una partida de caza para acorralar a los animales.
- **Ogodei (o Ogadei, Ugedei)** Tercer hijo de Genghis Khan y Borte, gran kan del Imperio mongol desde 1229 hasta 1241.
- **Ogul Gaimish** Esposa de Guyuk; tras enviudar, intentó gobernar como regente del Imperio mongol, pero fue derrotada por Sorjojtani y sus hijos.
- **Ong Khan** Caudillo de la tribu keraíta. Conocido también por su nombre, Torghil, así como por Wang Khan o Van Khan, dos variaciones de su título. Como su tribu era cristiana, los europeos lo asociarían en numerosas ocasiones con un personaje de ficción, el Preste Juan.
- **Onon, río** Uno de los tres ríos que nace en el Burján Jaldún; a orillas de este río nació y pasó su infancia Genghis Khan.
- **ordu u horda** La corte del kan. De esta palabra deriva el término español «horda». También fue utilizada en turco dando lugar a la voz *urdu*, el lenguaje militar que se convirtió en la lengua oficial de Pakistán.
- **ortoo** Sistema postal mongol; llamado también *yam*.
- **Otchiguen (u Otchigen)** Título que recibía el benjamín de la familia; significa príncipe del hogar o príncipe del fuego.

- **Shanj, monasterio de** Monasterio budista fundado por Zanabazar; lugar en el que descansó el *sulde* negro de Genghis Khan.
- **Shigui-Jutuju (o Jhigi-Khutukhu)** Niño tártaro criado por Hoelun, nacido en ti8o aproximadamente, y muerto en c. 1262. Juez supremo del Imperio mongol y probablemente el autor de la *Historia secreta de los mongoles*.
- **Sochiguel (o Sochigel)** Madre de Begter y Belgutei, hijos de Yesuguei, con el que no se sabe si se casó o no. Su nombre no aparece en la *Historia secreta*.
- **Sorjojtani (o Sorkhokhtani)** Esposa de Tolui y madre de Mongke, Kublai, Hulegu y Arik Boke. Tras derrotar a la familia reinante de Ogodei en 1251, cedió las riendas del Imperio mongol a sus vástagos, pero falleció poco tiempo después.
- **sulde** Estandarte; alma; espíritu.
- **tangut** Dinastía tribal del reino de Xia-Xia (Hsia-Hsia), situado a orillas del alto río Amarillo; incluía la meseta de Ordos, gobernada por Bujan Khan, que murió a manos de los mongoles en 1227 cuando su reino fue anexionado al Imperio mongol.
- **Tayang** Khan Caudillo de los naimanos de Mongolia occidental.
- **tayichiud** Tribu emparentada con la familia de Temuyín, que a la muerte de su padre desertaron de su clan.
- **Teb Tengueri (o Teb Tengeri)** El chamán que sembró la

discordia en la familia de Genghis Khan y que murió asesinado por Temugue, el hermano pequeño del gran caudillo mongol.

- **Temugue (o Tenuge)** Hermano pequeño (príncipe del hogar o del fuego) de Genghis Khan.
- **Temulun** La hermana pequeña, además de la única, de Temuyín.
- **Temuyín (o Temujin, Temuchín, Temudjin...)** Nombre de nacimiento de Genghis Khan.
- **Temuyín Ugue (o Temujin Uge)** Guerrero tártaro muerto a manos de Yesuguei, quien posteriormente puso a su hijo este nombre.
- **Tolui** Hijo pequeño de Genghis Khan (1193-1133). Casó con Sorjojtani, quien logró hacerse con las riendas del imperio para cederlas a sus cuatro vástagos, acabando el poder al final en manos de Kublai.
- **Toreguene (o Toregene)** Esposa de Ogodei Khan y regente del Imperio mongol durante el período comprendido entre los años 1241 y 1246.
- **turnen** Unidad o división militar compuesta de diez mil hombres.
- **uigures** Pueblo de origen túrquico que actualmente vive en el oeste de China; primera nación extranjera que entró a formar parte voluntariamente del Imperio mongol de Genghis Khan.
- **Ulán Bator** Adaptación rusa del nombre de la capital de Mongolia, Ulaanbaatar, que significa Héroe Rojo.

- **Xanadú** Nombre occidentalizado de la capital de Kublai en el interior de Mongolia, Shangdu. Tras construir Kanbalik como capital permanente, Kublai eligió la ciudad de Shangdu como capital de verano.
- **Yadaran, clan de los (o Jadaran)** Descendientes del primer hijo nacido de la unión entre Bodonchar *el Loco* y una mujer embarazada a la que éste raptó. (El clan de los Boriyin descendía del último hijo que ella le dio.)
- **Yamuka (o Jomuka)** *Anda* de Genghis Khan, y durante un breve período de tiempo Gur-kan de los mongoles, hasta que fue ejecutado por Genghis Khan.
- **yeke jatun (o yeke khatun)** Gran emperatriz.
- **Yeke** Mongol Ulus Gran Nación Mongola.
- **Yesuguen y Yesui** Pareja de hermanas de origen tártaro que contrajeron matrimonio con Genghis Khan.
- **Yochi (o Jochi)** Primogénito de Genghis Khan y Borte. Su legitimidad no fue reconocida por sus hermanos. Murió en 1227, el mismo año que su padre; sus descendientes se convertirían en la Horda de Oro de Rusia.
- **Yurchen (o Jurchen, Jurched)** Tribus manchúes que gobernaban el norte de China. Llamadas también la dinastía yin (Chin), 1154-1234; estaban gobernadas por el kan dorado.
- **Yurkin (o Jurkin)** Linaje estrechamente relacionado con Genghis Khan.
- **Zanabazar** Lama budista, descendiente de Genghis Khan y

fundador del monasterio de Shanj.

- Para una lista más completa de nombres, términos y distintas formas de transcripción, véase Paul D. Buell, *Historical Dictionary of the Mongol World Empire*, Scarecrow Press, Lanham, Md., 2003.

Bibliografía

- Abu-Lughod, Janet L., *Before European Hegemony: The World System A.D. 1250-1350*, Nueva York, Oxford University Press, 1989.
- Achenbacher, Joel, «The Era of His Ways: In Which We Chose the Most Important Man of the Last Thousand Years», *The Washington Post* (31 de diciembre de 1989).
- al-Din, Rashid, *The Successors of Genghis Khan*, trad. ing. de John Andrew Boyle, Nueva York, Columbia University Press, 1971.
- Alisen, Thomas T., *Mongol Imperialism: The Politics of the Grand Qan Mongke in China, Russia, and the Islamic Lands, 1251-1259*, Berkeley, University of California Press, 1987. —, *Commodity and Exchange in the Mongol Empire: A Cultural History of Islamic Textiles*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997. —, *Culture and Conquest in Mongol Eurasia*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- Amitai-Preiss, Reuven, *Mongols and Mamluks*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995. —, y David O. Morgan (eds.), *The Mongol Empire and Its Legacy*, Leiden, Koninklijke Brill NV, 1999.
- Arnold, Lauren, *Princely Gifts and Papal Treasures: The Franciscan Mission to China and Its Influence on the Art of the West, 1250-1350*, San Francisco, Desiderata Press, 1999.

- Atwell, William, «Volcanism and Short-Term Climatic Change in East Asia and World History, c. 1200-1699», *Journal of World History*, 12, n.º 1 (primavera de 2001).
- Bacon, Francis, *Novum Organum*, vol. 3, *The Works of Francis Bacon*, trad. ing. de Basil Montague (ed.), 1620. Reimpr. Parry & MacMillan, Filadelfia, 1854 (*Novum Organum*, Barcelona, Hogar del Libro, 1988).
- Bacon, Roger, *Opus Majus*, 2 vols., trad. ing. de Robert Belle Burke, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1928.
- Barfield, Thomas J, *The Perilous Frontier: Nomadic Empires and China, 221 B. C. to A. D. 1757*, Cambridge, Mass., Blackwell, 1992. —, *The Nomadic Alternative*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1993.
- Barthold. V. V., «The Burial Rites of the Turks and the Mongols», trad. ing. de J. M. Rogers, *Central Asiatic Journal*, 14, 1970.
- Bawden, Charles R., *The Mongol Chronicle Altan Tobchi*, Wiesbaden, Gottinger Asiatische Forschungen, 1955.
- Bazargür, D., y D. Enkhbayar, *Chinggis Khaan Historic-Geographic Atlas*, Ulán Bator, TTS, 1997.
- Becker, Jasper, *The Lost Country: Mongolia Revealed*, Londres, Hodder & Stoughton, 1992.
- Beckingham, Charles F., y Bernard Hamilton (eds.), *Prester John, the Mongols, and the Ten Lost Tribes*, Aldershot, Reino Unido, Variorium, 1996.

- Berger, Patricia, y Bartholomew, Terese Tse, *Mongolia: The Legacy of Genghis Khan*, Londres, Thames & Hudson, 1995.
- Blake, Robert P., y Frye Richard N., «History of the Nation of the Archers (the Mongols) by Grigor of Akanc», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, 12, (diciembre de 1949).
- Boinheshig, *Mongolian Folk Design*, Pekín, Inner Mongolian Cultural Publishing House, 1991.
- Bold, Bat-Ochir, *Mongolian Nomadic Society: A Reconstruction of the «Medieval» History of Mongolia*, Nueva York, St. Martin's Press, 2001.
- Boldbaatar, J., *Chinggis Khaan*, Ulán Bator, Khaadin san, 1999.
- Bretschneider, E., *Mediaeval Researches from Eastern Asiatic Sources*, vol. 1, Nueva York, Barnes & Noble, 1967.
- Browne, Edward. G., *The Literary History of Persia*, vol. 2, Bethesda, Md., Iranbooks, 1997.
- Buell, Paul D., *Historical Dictionary of the Mongol World Empire*, Lanham, Md., Scarecrow, 2003. —, y Eugene N. Anderson, *A Soup for the Qan: Chinese Dietary Medicine of the Mongol Era as Seen in Hu Szu-Hui's Yin-Shan Chang-Yao*, Londres, Kegan Paul, 2000.
- Buffon, George Louis Leclerc, *Buffon's Natural History*, vol. 1, Londres, Bishop Watson, J. Johson *et al*, 1792.
- Bulag, Uradyn E., *Nationality and Hybridity in Mongolia*, Oxford, Reino Unido, Clarendon Press, 1998. —, *The Mongols*

at China's Edge, Lanham, Md., Rowman & Littlefield, 2002.

- Carpini, Fray Giovanni De Plano, *The Story of the Mongols Whom We Call the Tartars*, trad. ing. de Erik Hildinger, Boston, Branding Publishing, 1996.
- Carrère d'Encausse, Hélène, *Islam and the Russian Revolution: Reform and Revolution in Central Asia*, trad. ing. de Quintin Hjoare, Berkeley, University of California Press, 1988.
- Chambers, James, *Genghis Khan*, Sutton Publishing, Londres, 1999 *Genghis Khan*, Boadilla del Monte, Acento, 2001.
- Chan, Hok-Lam, *China and the Mongols*, Aldershot, Reino Unido, Ashgate, 1999. —, y William Theodore de Bary (eds.), *Yüan Thought: Chinese Thought and Religion Under the Mongols*, Nueva York, Columbia University Press, 1982.
- Ch'en, Paul Heng-chao, *Chinese Legal Tradition Under the Mongols: The Code of 1291 as Reconstructed*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1979.
- Christian, David, «Silk Roads or Steppe Roads?», *Journal of World History*, II, n.º 1 (primavera de 2000). —, *A History of Russia, Central Asia, and Mongolia*, vol. 1, *Inner Eurasia from Prehistory to the Mongol Empire*, Maiden, Mass., Blackwell, 1998.
- *The Chronicle of Novgorod: 1016-1471*, trad. ing. de Robert Michel y Nevill Forbes. Camden 3rd Series, vol. 25, Londres, Offices of the Society, 1914.
- Cleaves, Francis Woodman, «The Historicity of the Balyuna

Covenant», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, 18, n.ºs 3-4 (diciembre de 1955). —, trad. ing. de, *The Secret History of the Mongols*, Cambridge, Harvard University Press, Mass., 1982
Laureano Ramírez Bellerín (trad. y ed.) *Historia secreta de los mongoles*, Madrid, Miraguano, 2000].

- Conermann, Stephan, y Jan Kusber, *Die Mongolen in Asien und Europa*, Frankfurt, Peter Land GmbH, 1997.
- Cook Jr., F. Theodore, «Mongol Invasion», *Quarterly Journal of Military History* (invierno de 1999).
- Cosmo, Nicola Di, «State Formation and Periodization in Inner Asian History», *Journal of World History*, 10, n.º 1 (primavera de 1999).
- Crookshank, Francis G., *The Mongol in Our Midst: A Study of Man and His Three Faces*, Nueva York, Dutton, 1924.
- Curtin, Jeremiah, *The Mongols: A History*, Westport, Conn., Greenwood Press, 1907.
- Dardess, John W., *Conquerors and Confucians: Aspects of Political Change in Late Yüan China*, Nueva York, Columbia University Press, 1973. —, «Shun-ti and the End of Yüan Rule in China», en *The Cambridge History of China*, vol. 6, *Alien Regimes and Border States, 907-1368*, eds. Herbert Franke y Denis Twitchett, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1994.
- Dawson, Christopher (ed.), *The Mongol Mission: Narratives and Letters of the Franciscan Missionaries in Mongolia and China in*

the Thirteenth and Fourteenth Centuries, Nueva York, Sheed & Ward, 1955.

- DeFrancis, John, *In the Footsteps of Genghis Khan*, Honolulu, University of Hawaii Press, 1993.
- Delgado, James P., «Relics of the Kamikaze», *Archaeology* (enero de 2003).
- DiMarco, Vincent J., «The Historical Basis of Chaucer's Squire's Tale», *Edebiyat*, vol. I, n.º 2 (1989), pp. 1-22.
- Dlugosz, Jan, *The Annals of Jan Dlugosz*, trad. ing. de Maurice Michael, Chichester, Reino Unido, IM Publications, 1997.
- Dols, Michael W., *The Black Death in the Middle East*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1977.
- Dunn, Ross E., *The Adventures of Ibn Battuta*, Berkeley, University of California Press, 1989.
- Elias, N., y E. Denison Ross, *A History of the Moghuls of Central Asia: Being the Tarikh-I-Rashidi of Mirza Muhammad Haidar, Dughlát*, Londres, Curzon Press, 1895.
- Elverskog, Johan, «Superscribing the Hegemonic Image of Chinggis Khan in the *Erdeni Tunumal Sudur*», en *Return to the Silk Routes*, eds. Mirja Juntunen y Birgit N. Schlyter, Londres, Kegan Paul, 1999. Endicott-West, Elizabeth, «Imperial Governance in Yüan Times», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, n.º 46 (1986).
- *Mongolian Rule in China: Local Administration in the Yuan Dynasty*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1989.

- Fernández-Giménez, María E., «Sustaining the Steppes», *Geographic Review*, 89, n.º 3 (julio de 1999).
- Fletcher, Joseph F., «The Mongols: Ecological and Social Perspectives», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, n.º 461 (junio de 1986).
 - Frank, Andre Gunder, *The Centrality of Central Asia*, Amsterdam, VU University Press, 1992.
 - *ReORIENT: Global Economy in the Asian Age*, Berkeley, University of California Press, 1998.
 - Franke, Herbert, «Sino-Western Contacts Under the Mongol Empire», *Journal of the Royal Asiatic Society*, Delegación de Hong Kong, n.º 6 (1966). —, *From Tribal Chieftain to Universal Emperor and God: The Legitimization of the Yüan Dynasty*, Munich, Verlag der Bayerischen Akademie der Wissenschaften, vol. 2, 1978 —, *China Under Mongol Rule*, Brookfield, V., Ashgate, 1984. —, «The Exploration of the Yellow River Sources Under Emperor Qubilai in 1281», en *Orientalia Iosephi Tucci memoriae dicata*, eds. G. Gnoli y L. Lanciotti, Roma, Istituto italiano per il medioed estermo oriente, 1985. —, y Twitchett, Denis (eds.), *The Cambridge History of China*, vol. 6, *Alien Regimes and Border States, 907-1368*, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1994.
 - Gibbon, Edward, *Decline and Fall of the Roman Empire*, vol. 5, J. M. Dent, Londres, 1910 (*Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, Madrid, Turner, 1984; Barcelona, Circulo

de Lectores, 2001).

- Ginsburg, Tom, «Nationalism, Elites, and Mongolia's Rapid Transformation», *Mongolia in the Twentieth Century: Landlocked Cosmopolitan*, eds. Stephen Kotkin y Bruce A. Elleman, Nueva York, M. E. Sharpe, Armonk, 1999.
- Gluschenko, Nick, «Coinage of Medieval Rus», *World Coin News* (junio de 1998).
- Gottfried, Robert S., *The Black Death*, Nueva York, Free Press, 1983 [*La Muerte negra: desastres naturales y humanos en la Europa medieval*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989].
- Grousset, Rene, *Conqueror of the World*, trad. ing. de Marian McKellar y Denis Sinor, Nueva York, Orion Press, 1966. —, *The Empire of the Steppes: A History of Central Asia*, trad. ing. de Naomi Walford, New Brunswick, N. J., Rutgers University Press, 1970.
- Haenisch, Erich, *Die Kulturpolitik des Mongolishchen Welstreichs*, Berlín, Preussische Akademie der Wissenschaften, 1943.
- Halperin, Charles J., *Russia and the Golden Horde*, Bloomington, Indiana University Press, 1985. —, *The Tatar Yoke*, Columbus, Ohio, Slavica Publishers, 1985.
- Hartog, Leo de, *Russia and the Mongol Yoke*, Londres, British Academic Press, 1996. —, *Genghis Khan: Conqueror of the World*, Nueva York, Barnes & Noble, 1999.
- Heissig, Walther, *A Lost Civilization: The Mongols Rediscovered*,

- trad. ing. de D. J. S. Thompson, Londres, Thames & Hudson, 1966. —, (ed.), *Die Geheime Geschichte der Mongolen*, Düsseldorf, Eugen Diederichs Verlag, 1981.
- Herlihy, David, *The Black Death and the Transformation of the West*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1997.
 - Hildinger, Erik. «Mongol Invasion of Europe», *Military History* (junio de 1997). —, *Warriors of the Steppe*, Cambridge, Mass., Da Capo, 1997.
 - Hoang, Michel, *Genghis Khan*, trad. ing. de Ingrid Canfield, Londres, Saqi Books, 2000.
 - Holmgren, J., «Observations on Marriage and Inheritance Practices in Early Mongol and Yüan Society, with Particular Reference to the Levirate», *Journal of Asian History*, 20 (1986).
 - Howorth, Henry H., *History of the Mongols*, parte I, *The Mongols Proper and the Kalmuks*, Londres, Longmans, Green, 1876.
 - Hsiao Ch'i-ch'ing, «Mid-Yüan Politics», en *The Cambridge History of China*, vol. 6, *Alien Regimes and Border States, 907-1368*, eds. Herbert Franke y Denis Twitchett, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1994.
 - Humphrey, Caroline, *Shamans and Elders*, Nueva York, Oxford University Press, 1996.
 - Hyer, Paul, «The Re-Evaluation of Chinggis Khan», *Asian Survey*, 6 (1966).
 - Jackson, Peter, «The State of Research: The Mongol Empire,

1986—1999», *Journal of Medieval History*, 26-2 (junio de 2000).

- Jagchid, Sechin, *Essays in Mongolian Studies*, Provo, Brigham Young University Press, 1988. —, y Paul Hyer, *Mongolia's Culture and Society*, Boulder, Westview, 1979. y Van Jay Symons, *Peace, War, and Trade Along the Great Wall*, Bloomington, Indiana University Press, 1989.
- Jones, Eric L., *Growth Recurring: Economic Change in World History*, Oxford, Reino Unido, Clarendon Press, 1988 [Crecimiento recurrente: el cambio económico en la historia mundial, Madrid, Alianza, 1997].
- Kahn, Paul, *The Secret History of the Mongols: The Origins of Chingis Khan*, Boston, Cheng & Tsui, 1998.
- Kaplonski, Christopher, «The Role of the Mongols in Eurasian History: A Reassessment», en *The Role of Migration in the History of the Eurasian Steppe*, ed. Andrew Bell, Nueva York, St. Martin's Press, 2000.
- Keegan, John, *A History of Warfare*, Knopf, Nueva York, 1993 [Historia de la guerra, Barcelona, Planeta, 1995].
- Kessler, Adam T., *Empires Beyond the Great Wall: The Heritage of Genghis Khan*, Los Ángeles, Natural History Museum, 1993.
- Khan, Almaz, «Chinggis Khan: From Imperial Ancestor to Ethnic Hero», en *Cultural Encounters on China's Ethnic Frontiers*, ed. Stevan Harrell, Seattle, University of Washington Press, 1995.

- Khazanov, Anatoly M., *Nomads and the Outside World*, Madison, University of Wisconsin Press, 1994.
- Khoroldamba, D., *Under the Eternal Sky*, Ulán Bator, Ancient Kharakhorum Association, 2000.
- Klopprogge, Axel, *Ursprung und Auspraegung des ahdendlaendischen Mongolenbildes im 13. Jahrhundert: Eine Versuch zur Ideengeschichte des Mitterlaters*, Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 1993.
- Komaroff, Linda y Stefan Carboni (eds.), *The Legacy of Genghis Khan: Courtly Art and Culture in Western Asia, 1256-1353*, Nueva York, Metropolitan Museum of Art, 2002.
- Komroff, Manuel (ed.), *Contemporaries of Marco Polo*, Nueva York, Liveright, 1928.
- Kotkin, Stephen, y Bruce A. Elleman (eds.), *Mongolia in the Twentieth Century: Landlocked Cosmopolitan*, Armonk, Nueva York, M. E. Sharpe, 1999.
- Kwanten, Luc, *Imperial Nomads: A History of Central Asia, 500-1500*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1979.
- Lamb, Harold, *Genghis Khan*, Nueva York, Garden City Publishing, 1927 [*Genghis Khan, emperador de todos los hombres*, Madrid, Alianza, 1993].
- Lane, George, *Early Mongol Rule in Thirteenth-Century Iran: A Persian Renaissance*, Londres, Routledge Curzon, 2003.
- Lamer, John, *Marco Polo and the Discovery of the World*, New Haven, Yale University Press, 1999 [*Marco Polo y el*

descubrimiento del mundo, Barcelona, Paidós, 2001].

- Latham, Ronald, Introduction to *The Travels of Marco Polo*, by Marco Polo, trad. ing. de Ronald Latham, Londres, Penguin, 1958.
- Lattimore, Owen, *Studies in Frontier History*, Nueva York, Oxford University Press, 1962. —, «Chingis Khan and the Mongol Conquests», *Scientific American*, 209, n.º 2 (agosto de 1963).
- Legg, Stuart, *The Barbarians of Asia: The Peoples of the Steppes from 1600 B. C.*, Nueva York, Dorset, 1970.
- Levathes, Louise, *When China Ruled the Seas*, Nueva York, Simon & Schuster, 1994.
- Liu, Jung-en (ed.), *Six Yüan Plays*, Reino Unido, Middlesex, Penguin, 1972.
- Livi-Bacci, Massimo, *A Concise History of World Population*, 2.^a ed., trad. ing. de Carl Ipsen, Maiden, Mass., Blackwell, 1997 [*Historia mínima de la población mundial*, Barcelona, Ariel, 2002].
- Ljagvasuren, J., *Ancient Karakorum*, Ulán Bator, Han Bayan, 1995. —, *Bilge Khaan*, Ulán Bator, Khaadin san, 2000.
- Lynch, Kathryn L., «East Meets West in Chaucer's Squire's and Franklin's Tales», *Speculum*, yo (1995).
- McNeill, William H., *Plagues and People*, Doubleday, Garden City, Nueva York, 1976 (*Plagas y pueblos*, Madrid, Siglo XXI, 1984). —, *The Pursuit of Power*, Chicago, University of Chicago

- Press, 1982 [*La búsqueda del poder*, Madrid, Siglo XXI, 1988].
- Man, John, *Gobi: Tracking the Desert*, New Haven, Yale University Press, 1999.
 - Mandeville, sir John, *The Travels of Sir John Mandeville, the Voyage of Johannes de Piano Carpini, the Journal of Friar William de Rubruquis, the Journal of Friar Odoric*, Nueva York, Dover, 1964 [Juan de Mandeville, *El libro de las maravillas del mundo*, Madrid, Visor, 1984].
 - Marshall, Robert, *Storm from the East*, Berkeley, University of California Press, 1993.
 - Michal, Biran, *Qaidu and the Rise of the Independent Mongol State in Central Asia*, Richmond, Reino Unido, Curzon, 1997.
 - Montesquieu, Baron de, *The Spirit of the Laws*, trad. ing. de Thomas Nugent, Nueva York, Hafner, 1949 [*Del espíritu de las leyes*, Madrid, Alianza, 2003].
 - Morgan, David, *The Mongols*, Cambridge, Mass., Blackwell, 1986 [Los mongoles, Madrid, Alianza, 1990].
 - Moses, Larry, y Stephen A. Halkovic, *Introduction to Mongolian History and Culture*, Bloomington, In., Research Institute for Inner Asian Studies, 1985.
 - Needham, Joseph, *Science and Civilization in China*, vols. 3, 4, 6, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1954-1998.
 - Nehru, Jawaharlal, *Glimpses of World History* (Nueva York, John Day, 1942).

- Nicolás de Cusa, *Toward a New Council of Florence: «On the Peace of Faith» and Other Works by Nicolaus of Cusa*, ed. William R. Wertz Jr., Washington DC, Schiller Institute, 1993.
- Olbricht, Peter, y Pinks, Elisabeth, *Meng-Ta Pei-Lu and Hei-Ta Shih-Lüeh: Chinesische Gesandtenberichte über die frühen Mongolen 1221 und 1237*, Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1980. Olschki, Leonardo, *Marco Polo's Precursors*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1943. —, *Guillaume Boucher: A French Artist at the Court of the Khans*, Nueva York, Greenwood, 1946.
- Onon, Urgunge, trad., *The History and the Life of Chinggis Khan (The Secret History of the Mongols)*, Leiden, E. J. Brill, 1990. —, *The Secret History of the Mongols: The Life and Times of Chinggis Khan*, Richmond, Reino Unido, Curzon Press, 2001.
- Ostrowski, Donald, *Muscovy and the Mongols*, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1998.
- Paris, Matthew, *Matthew Paris's English History from the Year 1235 to 1273*, trad. ing. de J. A. Giles, 1852, Londres. Henry G. Bohn, Reimpr., Nueva York, AMS Press, vol. 1, 1968.
- Pegg, Carole, *Mongolian Music, Dance, and Oral Narrative*, Seattle, University of Washington Press, 2001.
- Pétis de la Croix, François, *The History of Genghizcan the Great: First Emperor of the Ancient Moguls and Tartars*. Publicado para J. Darby, etc., Londres, 1722.

- Polo, Marco, *The Travels of Marco Polo*, trad. ing. de Ronald Latham, Londres, Penguin, 1958 [*Viajes*, Pozuelo de Alarcón, Espasa-Calpe, 2003]. —, *The Travels of Marco Polo: The Complete Yule-Cordier Edition*, 2 vols., Nueva York, Dover, 1993.
- Prawdin, Michael, *The Mongol Empire: Its Rise and Legacy*, trad. ing. de Eden Paul y Cedar Paul, Londres, George Allen & Unwin, 1940 [*Los creadores del Imperio mongol*, Barcelona, Juventud, 1965].
- Purev, Otgony, *The Religion of Mongolian Shamanism*, trad. ing. de Narantsetseg Pureviin y Elaine Cheng, Ulán Bator, Genco University College, 2002. Rachewiltz, Igor de, *Papal Envoys to the Great Khans*, California, Stanford University Press, Stanford, 1971. —, «The Secret History of the Mongols: Introduction, Chapters One and Two», *Papers on Far Eastern History*, Department of Far Eastern History, Canberra, Australian National University, n.º 4 (1971), pp. 115-163. —, «The Secret History of the Mongols: Chapter Three», *Papers on Far Eastern History*, Department of Far Eastern History, Canberra, Australian National University, n.º 5 (1972), pp. 149-175. —, «Some Remarks on the Ideological Foundations of Chingis Khan's Empire», *Papers on Far Eastern History*, Department of Far Eastern History, Canberra, Australian National University, n.º 7 (1973), pp. 21-36. —, «The Secret History of the Mongols: Chapter Four», *Papers on Far Eastern*

History, Department of Far Eastern History, Canberra, Australian National University, n.º 10 (1974), pp. 55-82. —, «The Secret History of the Mongols: Chapter Five», *Papers on Far Eastern History*, Department of Far Eastern History, Canberra, Australian National University, n.º 13 (1976), pp. 41-75. —, «The Secret History of the Mongols: Chapter Six», *Papers on Far Eastern History*, Department of Far Eastern History, Canberra, Australian National University, n.º 16 (1977), pp. 17-65. —, «The Secret History of the Mongols: Chapter Seven», *Papers on Far Eastern History*, Department of Far Eastern History, Canberra, Australian National University, n.º 18 (1978), pp. 43-80. —, «The Secret History of the Mongols: Chapter Eight», *Papers on Far Eastern History*, Department of Far Eastern History, Canberra, Australian National University, n.º 21 (1980), pp. 17-57. —, «The Secret History of the Mongols: Chapter Nine», *Papers on Far Eastern History*, Department of Far Eastern History, Canberra, Australian National University, n.º 23 (1981), pp. 111-146. —, «Toreguene's Edict of 1240», *Papers on Far Eastern History*, Department of Far Eastern History, Australian National University, Canberra n.º 23 (1981), pp. 39-63. —, «The Secret History of the Mongols: Chapter Ten», *Papers on Far Eastern History*, Department of Far Eastern History, Canberra, Australian National University, n.º 26 (1982), pp. 39-84. —, «The Secret History of the Mongols: Chapter Eleven», *Papers on Far Eastern History*, Department of Far Eastern History,

Canberra, Australian National University, n.º 30 (1984), pp. 81-160. —, «The Secret History of the Mongols: Chapter Twelve», *Papers on Far Eastern History*, Department of Far Eastern History, Canberra, Australian National University, n.º 31 (1985), pp. 21-93. —, «The Secret History of the Mongols: Additions and Corrections», *Papers on Far Eastern History*, Department of Far Eastern History, Canberra, Australian National University, n.º 33 (1986), pp. 129-138.

- Rashid al-Din, *The Successors of Genghis Khan*, trad. ing. de John Andrew Boyle, Nueva York, Columbia University Press, 1971.
- Ratchnevsky, Paul, *Genghis Khan: His Life and Legacy*, trad. ing. de Thomas Nivison Haining, Oxford, Reino Unido, Blackwell, 1991.
- Reid, Robert W., *A Brief Political and Military Chronology of the Mediaeval Mongols, from the Birth of Chinggis Qan to the Death of Qubilai Qaghan*, Bloomington, Publications of the Mongolia Society, Ind., 2002.
- Riasanovsky, Valentin A., *Fundamental Principles of Mongol Law*, Uralic & Altaic Series, vol. 43, Bloomington, Indiana University Publications, 1965.
- Ronay, Gabriel, *The Tartar Khan's Englishman*, Londres, Cassell, 1978.
- Roosevelt, Theodore, prólogo a *The Mongols*, de Jeremiah Curtin, Westport, Conn., Greenwood, 1907.

- Rossabi, Morris, *Khubilai Khan: His Life and Times*, Berkeley, University of California Press, 1988 (*Kublai Khan: su vida y su tiempo*, Madrid, Edaf, 1990). —, «The Reign of Khubilai Khan», en *The Cambridge History of China*, vol. 6, *Alien Regimes and Border States*, 907-1368, eds. Herbert Franke y Danis Twitchett, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1994.
- Roux, Jean-Paul, *Genghis Khan and the Mongol Empire*, trad. ing. de Toula Bailas, Nueva York, Harry N. Abrams, 2003.
- Sabloff, Paula L. W. (ed.), *Modern Mongolia: Reclaiming Genghis Khan*, Filadelfia, University of Pennsylvania, Museum of Archaeology and Anthropology, 2001.
- Saunders, J. J., *The History of the Mongol Conquests*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2001.
- Schmieder, Felicitas, *Europa und die Fremden*, Sigmaringen, Thorbecke, 1994.
- Shen, Fuwei, *Cultural Flow Between China and the Outside World Throughout History*, Pekín, Foreign Languages Press, 1996.
- Sinor, Denis, (ed.), *The Cambridge History of Early Inner Asia*, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1990.
- *Studies in Medieval Inner Asia*, Brookfield, Ashagate Publishing, Vt., 1997.
- Skelton, R. A., Thomas E. Marston, y George D. Painter, *The Vinland Map and the Tartar Relation*, New Haven, Yale

University Press, 1965.

- Soloviev, Sergei M., *Russia Under the Tatar Yoke, 1228-1389*, vol. 4 de *History of Russia*, trad. ing. de Helen Y. Prochazka, Gulf Breeze, Fla., Academic International Press, 2000.
- Spence, Jonathan D., *The Chan's Great Continent*, W. W. Norton, Nueva York, 1998 (*El gran continente kan*, Madrid, Aguilar, 1999).
- Spuler, Bertold, *The Mongols in History*, trad. ing. de Geoffrey Wheeler, Nueva York, Praeger, 1971. —, *History of the Mongols Based on Eastern and Western Accounts of the Thirteenth and Fourteenth Centuries*, trad. ing. de Helga y Stuart Drummond, Berkeley, University of California Press, 1972.
- Stuart, Kevin, *Mongols in Western/American Consciousness*, Edwin Mellen, Lampeter, Reino Unido, 1997.
- Sweeney, James Ross, «Thomas of Spalato and the Mongols», *Florilegium: Archives of Canadian Society of Medievalists*, 12 (1980).
- Tanaka, Hedemichi, «Giotto and the Influence of the Mongols and Chinese on His Art», *Art History*, Universidad de Tohoku, vol. 6 (1984). —, «Oriental Scripts in the Paintings of Giotto's Period», *Gazette des Beaux-arts*, vol. 113 (enero-junio de 1989).
- Togan, Isenbike, *Flexibility and Limitation in Steppe Formations*, Nueva York, Brill, 1998.
- Trubetzkoy, Nikolai S., *The Legacy of Genghis Khan*, trad. ing. de Anatoly Liberman, Michigan Slavic Publications, Ann Arbor,

1991.

- Vaughan, Richard, *Chronicles of Matthew Paris*, Nueva York, St. Martin's Press, 1984.
- Vladimirtsov, Boris Y., *The Life of Chingis-Khan*, trad. ing. del príncipe D. S. Mirsky, Nueva York, Benjamín Blom, 1930.
- Voltaire, *The Orphan of China*, en *The Works of Voltaire*, vol. 15, trad. ing. de William F. Fleming, París, E. R. DuMont, 1901.
- Waldron, Arthur N., *The Great Wall of China*, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press, 1992.
- Waley, Arthur, *The Travels of an Alchemist*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1931. —, *The Secret History of the Mongols and Other Pieces*, Nueva York, Barnes & Noble, 1963.
- Wallis Budge, E. A., *The Monks of Kublai Khan, Emperor of China—, o The History of the Life and Travels of Rabban Swama, Envoy and Plenipotentiary of the Mongol Khans to the Kings of Europe, and Markos Who as Mar Yahbhallaha III Became Patriarch of the Nestorian Church in Asia*, Londres, Religious Tract Society, 1928.
- *The Commentary of Gregory Abu'l Faraj, Commonly Known as Bar Hebraeus*, Londres, Oxford University Press, 1932.
- Wang, Edward, «History, Space, and Ethnicity: The Chinese Worldview», *Journal of World History*, 10, n.º 2 (1999).
- Yuwaini, Ata-Malik, *Genghis Khan: The History of the World-Conqueror*, trad. ing. de J. A. Boyle, Seattle, University of Washington Press, 1997.

